Pablo de Marinis (Coordinador)

Exploraciones en teoría social

Ensayos de imaginación metodológica

Fermín Álvarez Ruiz | Daniel Alvaro | Alejandro Bialakowsky | Ana Blanco | Pablo de Marinis | Eugenia Fraga | Ana Grondona | Victoria Haidar | Mariano Sasín | Emiliano Torterola | Juan Ignacio Trovero





EXPLORACIONES EN TEORÍA SOCIAL

Marinis, Pablo de
Exploraciones en teoría social : ensayos de imaginación metodológica / Pablo de Marinis. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2019.
Libro digital, PDF - (Colección IIGG-CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-29-1819-8

1. Teoría Social. I. Título.
CDD 300.1

Otros descriptores asignados por la Biblioteca virtual de CLACSO:
Teoría Social / Pensamiento Crítico / Sociología / Universidad / Discursos / Metodología de la investigación / Pensamiento Decolonial / Contexto / Investigación / America Latina

Esta publicación ha sido sometida al proceso de referato bajo el método de doble ciego. Asimismo fue realizada en el marco del Proyecto UBACyT (2016), Código: 20020150100001BA.: “Sociología de las masas. Un análisis de textos claves sobre la problemática de las masas desde la perspectiva de la simultaneidad (1890-1970):

COLECCIÓN IIGG-CLACSO

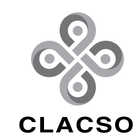
EXPLORACIONES EN TEORÍA SOCIAL

ENSAYOS DE IMAGINACIÓN METODOLÓGICA

Pablo de Marinis
(Coordinador)

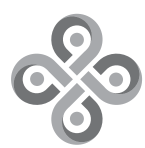
**Fermín Álvarez Ruiz, Daniel Alvaro,
Alejandro Bialakowsky, Ana Blanco,
Pablo de Marinis, Eugenia Fraga,
Ana Grondona, Victoria Haidar, Mariano Sasín,
Emiliano Torterola, Juan Ignacio Trovero**







Instituto de Investigaciones Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
Pte. J.E. Uriburu 950, 6º piso - C1114AAB Ciudad de Buenos Aires, Argentina www.iigg.sociales.uba.ar



CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-950-29-1819-8

Corrección de estilo - Ezequiel Acuña y Fabiana Blanco
Diseño de tapa e interiores - Fluxus estudio
Ilustración de tapa - María Gil Araujo

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Asdi



ÍNDICE

Pablo de Marinis

INTRODUCCIÓN

SOBRE TEORÍA/S, MÉTODO/S Y LOS JUEGOS QUE SE JUEGAN EN ESTE LIBRO

A. INTRODUCCIÓN A LA INTRODUCCIÓN Y A LAS (POR LO MENOS CUATRO) TENSIONES QUE ATRAVIESAN LOS DISTINTOS TRABAJOS QUE COMPONEN ESTE VOLUMEN

Todos los trabajos que componen este libro están atados por un hilván: el de la curiosa exploración, la intensa búsqueda y, quizá también (¿por qué negarlo?), el creativo divertimento en (y con) teorías sociológicas y sociales. Como va a resultar evidente para cualquier lector/a que apenas se adentre en estas páginas, no habrá aquí una única forma de entender la/s teoría/s y su lugar, su alcance, su significado en la investigación en ciencias sociales y humanas. Lejos de toda pretensión canónica y normalizadora de "La Teoría" (en mayúsculas y en singular), lo que encontrará será más bien un muestrario o un catálogo de muy diversos usos de –también muy diversas– teorías, puestas "en movimiento", "en acción". Se trata de usos "culpables",[1] que no se agotan en –ni se regodean con– su mera autoexhibición, lo cual conformaría un ejercicio asimismo posible frente al que, en prin-

1 La figura de la "culpabilidad" la he tomado libremente de Louis Althusser, tan libremente que él la refiere a las "lecturas", mientras que aquí la relaciono con los "usos de la teoría". Me resulta de todos modos evidente la conexión entre ambas cuestiones.

cipio, nada habría que objetar. Lo cierto es que todos estos trabajos siempre persiguen algún otro fin ulterior, además del más obvio de mostrarse: difundir un planteamiento poco conocido en nuestro medio, aunque valioso y reapropiable; a la inversa, revisar un enfoque ya consolidado, pero volcarlo esta vez sobre objetos diferentes a los habituales; reflexionar acerca de la condicionalidad geopolítica y cultural de las teorías; desestabilizar las maneras (por lo general, tristemente deterministas) de comprender las relaciones entre textos sociológicos y contextos socioculturales, así como interrogar los cánones teórico-metodológicos y los panteones de héroes (y heroínas) de histórico arraigo en las ciencias sociales, etc.

No aspiramos a ofrecer aquí un manual de recetas, de esas que resulta imperioso seguir al pie de la letra si no se quiere afrontar el mal trago de fallar en el intento de usarlas. Procuramos, más bien, ofrecer una fuente de posibles inspiraciones para la imaginación teórica de una gran diversidad de públicos, sociológicos, desde luego, pero sin tampoco dejar de lado otras disciplinas sociales y humanas, interesadas por algunos de los mismos conceptos que nos ocupan ("comunidad", "masas", "públicos", "totalidad", "crítica", "ciencia", etc.), y también por otros objetos/problemas con los que resulte posible tender el puente de alguna analogía.

Siempre se publican libros teniendo en mente un lector o una lectora promedio. En nuestro caso, nos representamos un público de gente inquieta, no complaciente, que experimenta una perenne incomodidad o insatisfacción con los métodos que utiliza para investigar, y que, en consecuencia, está siempre a la pesca de nuevos estímulos para otra imaginación, pariente muy cercana de la ya mencionada en el párrafo anterior, la imaginación metodológica.

Este es un libro que seguramente no podrá leerse como una novela, de adelante para atrás, o desde el principio hacia el final. Se trenzarán aquí muchos hilos teórico-metodológicos en paralelo y, seguramente, no será posible que todos despierten el mismo interés en ese lector o esa lectora que construimos como hipotético público. Sin embargo, tampoco se trata de un archipiélago de intervenciones aisladas y azarosamente dispuestas, puesto que los trabajos que componen este volumen dialogan entre sí de manera muy marcada. No podría ser de otro modo, dado que el libro es responsabilidad de un equipo en el cual la mayoría de sus integrantes vienen interactuando desde hace más de una década.[2] Numerosas, no forzadas ni arbitrarias, notas a pie de página podrán dar fe-

2 Sobre el equipo, su actual conformación y su historia volveré más abajo con mayor detalle.

haciente testimonio de estas conversaciones que, con frecuencia, incluso alcanzan tonos elevados de voz.[3] Creemos que diálogos de este tipo, entre perspectivas que no suelen convivir, tienen su importancia en tiempos como los actuales, signados por una impresionante ultraespecialización del campo científico, de la cual no es ajena la sociología. No podemos saber si estas tendencias conducirán o no a la desintegración/fragmentación de la disciplina, ni pretendemos valorarlas o juzgarlas como positivas o negativas, o como ineludibles o evitables. Lo que a todas luces resulta claro es que suelen dificultar o incluso imposibilitar los intercambios más allá del propio kiosco o secta o, para decirlo en términos menos peyorativos, la propia corriente u orientación.

Dada su heterogeneidad constitutiva, pero también pese a su evidente intertextualidad, esperamos que este libro se preste a descuartizamientos, apropiaciones selectivas, puntuales, interesadas, otra vez "culpables", que podrían permitir a sus lectores y lectoras establecer sus propias (y, desde nuestra perspectiva de hoy, impensadas) conexiones. Por su longitud, por su estilo de escritura mayormente denso y por la disparidad de temas/problemas que aquí se abordan, quizás no sean muchos los que logren atravesar por completo la lectura de este libro. De todos modos, albergamos la esperanza de que aun transitando solo algunos de sus tramos pueda comprenderse el propósito fundamental que lo sostiene: mostrar teorías "en acción", exploraciones de lectura y escritura en teoría social/sociológica.

Con respecto a la palabra "exploraciones", que figura en el título del libro, me parece necesario aclarar que no la entendemos como "investigaciones exploratorias", en el sentido llano que se le da en los manuales de metodología de las ciencias sociales a esos estudios que abordan temas o problemas no muy examinados previamente por el/la investigador/a y/o por el campo académico/científico del cual forma parte. Eso podría valer solo para algunos trabajos de este libro, mas no para otros. Así, cuando aquí hablamos de "exploraciones", queremos enfatizar la sensación de estar incursionando en una modalidad poco complaciente de trabajo teórico, sobre la que se sabe cuándo se ingresa, pero no cuándo (y, sobre todo, cómo) se sale. La exploración, en todo caso, tiene mucho que ver con la experimentación, tanto en el sentido de tantear y de ensayar otra vez

3 No es para menos, dado que aquí confluyen (de manera bastante pacífica, aunque no exenta de tensiones) "humanismo" y "teoría de sistemas", o "sociología" y "deconstruccionismo", o ejercicios de historización conceptual y perspectivas de carácter más bien sistemático. Pero esto, paradójicamente, no convierte a esta compilación en una "bolsa de gatos", o es, al menos, nuestra esperanza que no lo sea ni que lo aparente.

con objetos y teorías ya familiares[4] como de atreverse a lo todavía no pensado.[5]

Este volumen aparece justo en un momento en el cual, al menos en la mayoría de las editoriales comerciales de nuestro medio académico argentino y latinoamericano, se publican relativamente pocos trabajos que, estrictamente hablando, podrían clasificarse como "de teoría". Por demás, mucha polvareda se ha desatado en torno a una suerte de "retroceso de la teoría" en las ciencias sociales y humanas, y en particular en la sociología. Este supuesto retroceso tendría su correlato y su evidencia en el desarrollo de las instituciones sociológicas más importantes, tales como los congresos –donde como máximo hay una o dos mesas o grupos de trabajo estrictamente teóricos frente a decenas en los que predominan las investigaciones de corte empírico–, o las revistas –donde pueden observarse proporciones aún más desiguales entre aquellas que publican trabajos eminentemente teóricos y las que recogen resultados de investigaciones empíricas–, o las líneas de financiamiento de la investigación – algunas de las cuales incluso excluyen de manera deliberada los proyectos de raigambre estrictamente teórica, o bien les asignan un monto bastante menor de dinero–.

Ahora bien, este pretendido "retroceso de la teoría" debería discutirse con un poco más de detalle, revisando, aunque sea de forma breve, la historia. Así, cabe recordar que en las décadas centrales del siglo XX (en concreto, en los años cuarenta y cincuenta e incluso los primeros años sesenta), una obra ambiciosa, compleja y abarcativa como la de Talcott Parsons llegó a gozar de un prestigio y de una reputación de alcance mundial, que la llevó a un lugar de relativa hegemonía dentro del campo sociológico. Ya desde la década de 1960, y por una diversidad de razones estrictamente "teóricas" pero también "ideológicas" (suponiendo que ambos tipos de razones pudieran higiénicamente delimitarse *vis a vis*), esa obra recibió innumerables cuestionamientos, desde los más variados ángulos. A partir de entonces, no solo cayó en descrédito una figura, un autor clave, sino toda su manera de teorizar. Sin embargo, la historia depararía más novedades. Ya en los años ochenta, de las plumas de los Habermas, los Luhmann o los Giddens brotaron verdaderos –y, en algunos casos, ciertamente monumentales– exponentes de una especie de *revival* de la *Grand Theory* en socio-

---

4 Por caso, la comunidad, las masas, la historia del presente, la teoría de sistemas, etc.

5 Aquí se trataría no solo de nuevos objetos o de nuevas teorías, sino también de objetos ya abordados (aunque ahora se lo hace desde otras perspectivas), o de perspectivas ya utilizadas (pero que ahora se descargan sobre nuevos objetos).

logía. Teorizaciones como las de los autores recién mencionados, con esas pretensiones y con esa sistematicidad, son muy infrecuentes o directamente no existen en la actualidad.

Si hay entonces un "retroceso" de la teoría, debería entendérselo en este último sentido. De todos modos, me inclino a creer que el retroceso quizás sea solo aparente, o que sus alcances deberían especificarse con mayor claridad. En efecto, hoy como siempre, la enseñanza de la teoría sigue ocupando un lugar fundamental en los planes de estudio de las carreras universitarias de ciencias sociales y humanas. Asimismo, las referencias teóricas continúan siendo ineludibles en cualquier investigación que se precie de tal. Los trabajos que componen este libro aspiran también, modestamente, a ofrecerse como posibles voluntarios para ambos frentes de batalla: como materiales de estudio y enseñanza (para asignaturas que suelen contar como "difíciles" o "arduas" para el estudiantado), y además como insumos para la elaboración de los llamados "marcos teóricos" (uno de los momentos más complejos, creativos e interesantes que tiene que afrontar cualquiera que escriba una tesis o diseñe un proyecto de investigación).

Sin ánimo de victimizarnos o de presentar como proeza lo que no es más que un trabajo por el cual se nos retribuye con un salario o un estipendio,[6] no es un terreno para nada llano aquel en el que adrede hemos decidido emplazar este libro. Esto es, el conjunto de los trabajos que lo componen se instala en un campo atravesado por múltiples tensiones. Todas están fuertemente relacionadas entre sí, y ninguna resulta de sencilla o rápida resolución.[7] Me gustaría subrayar ahora solo cuatro de estas tensiones, y de manera somera. Si me tomara un tiempo adicional para reflexionarlo, quizás podría encontrar algunas tensiones más, pero, por el momento, mencionaré solo las siguientes y con ello debería ser suficiente: sociología/otras ciencias sociales y humanas (o: teoría sociológica/teoría social); Norte/Sur (o: centro/periferia); texto/contexto; teoría "abstracta"/teoría "aplicada".

La primera tensión conduce a una breve reflexión sobre las disciplinas. Como resultará evidente al final del libro ("Sobre las autoras y los autores"), por su formación de grado y posgrado, sus intereses temáticos y las formas prácticas de encarar sus capítulos para este libro, sus tesis y sus otras publicaciones, la mayoría de los autores y las autoras no solo no reniega, sino que incluso se mueve como pez en el

---

6 Una remuneración baja en relación con otras profesiones, pero ese tema no podremos desarrollarlo aquí, más que incidentalmente, más abajo.

7 Cabe quizás admitir que esta "resolución" tampoco la hemos intentado a fondo, puesto que, por lo general, nos hemos dedicado en estos capítulos a dar cuenta de estas tensiones, tramitándolas de las maneras que nos han resultado posibles.

agua, con inocultable comodidad, dentro del espacio disciplinario de la sociología. Eso, por cierto, no necesariamente supone concebir la sociología como lo que nunca ha sido: un receptáculo hermético, impermeable o refractario a fertilizaciones, influencias, apoyos, cuestionamientos, interrogaciones, desafíos e irritaciones por parte de otras disciplinas. Así, en este libro, por un lado, habrá genuinas exploraciones de teorización sociológica, con mayor o menor grado de "dureza" y "pureza" (Trovero, Sasín, Torterola, Álvarez Ruiz). Pero, por otro lado, tampoco faltarán los cruces, los préstamos, las interferencias y los cortocircuitos entre la sociología y el conjunto de las humanidades (Fraga), la filosofía (Alvaro), la psicología social (Bialakowsky y Blanco), el análisis del discurso (Grondona), la epistemología de las ciencias sociales (de Marinis), la crítica literaria (Haidar), la historia (Grondona y Haidar), etc. En suma, sin ánimo de (y sin espacio para) avanzar ahora mucho más en una discusión conceptual profunda acerca de esto, las tensiones entre una "teoría sociológica" de alcances disciplinarios más limitados y una "teoría social" más general o ecuménica atravesarán todo el libro, sin mayores vistas de resolución.[8]

La segunda tensión constitutiva de este volumen parte de un hecho que a menudo no se muestra o reconoce en toda su verdadera magnitud: el hecho de que siempre escribimos desde algún lugar, desde un entramado institucional determinado o una cierta tradición intelectual, identidad de género, constelación sociocultural, étnica o lingüística, desde un espacio concreto en la división internacional del trabajo científico-social, etc. Como es obvio, esto no dejará de sucederle a los trabajos que componen este libro, escritos todos por gente muy sensible a la –podríamos llamarla rápidamente así– "geografía política del conocimiento"[9] y a sus implicaciones. Dicho con crudeza: para quienes vivimos y trabajamos en el Sur del mundo, los mecanismos dominantes de la circulación internacional o transnacional de textos, teorías, perspectivas de análisis suelen tenernos asignado el lugar de pasivos agentes de consumo de artefactos elaborados y empaquetados en otras latitudes.

Sin embargo, no es la pasividad importadora de novedades o curiosidades del mercado editorial lo que animó nuestras exploraciones,

---

8 Abundan por doquier las referencias a "teoría social" y a "teoría sociológica" como dos emprendimientos diferenciados. Pero poco suele ahondarse en sus especificidades, en sus relaciones recíprocas, etc. Una excepción en nuestro medio académico es la investigación de Perla Aronson y su equipo. A modo de ejemplo, puede consultarse Aronson (2014).

9 Tómese ese sintagma en su sentido llano, literal, y no necesariamente en el que le da Pels (2001) en su muy interesante artículo.

sino la estratégica necesidad de pensar las teorías para jugar nuestros propios juegos, esto es, precisamente los juegos que queremos jugar. Por eso, en todos estos trabajos se pone en marcha algo más que (y algo diferente a) meras "recepciones" locales, argentinas, latinoamericanas, tercermundistas, "sudacas" o "telúricas" de un Edward Shils, un Ludwik Fleck, un Gabriel Abend, un Richard Swedberg o una Margaret Somers, para nombrar autores y autoras poco o menos conocidos que los Jacques Derrida, los Niklas Luhmann, los Reinhart Koselleck, los Émile Durkheim, los Robert E. Park, que también tendrán su albergue aquí. Así, nos tomamos bien en serio la "simultaneidad" incluso de nuestras propias producciones con otras a las que el campo académico da su lugar, en otras latitudes. Por eso, de maneras tanto explícitas (en el trabajo de Álvarez Ruiz y quizás también en el de Fraga) como implícitas (en todos los demás) en estos capítulos tratamos de ejercer un elevado nivel de conciencia acerca de lo que implica pensar desde el Sur y desde la periferia. Asimismo, y ya que se habla de "simultaneidad",[10] en gestos que combinan alta reflexividad teórica con irreverencia, nuestros lectores y lectoras no deberán sorprenderse al encontrar aquí capítulos en los que se pondrán en pie de igualdad, en el mismo plano de autoridad para decir cosas acerca del mundo social, a José María Ramos Mejía frente a Gabriel Tarde (Bialakowsky y Blanco), o a David Viñas y Josefina Ludmer frente a Robert Castel y Michel Foucault (Haidar).

Quizás un pliegue de lo recién planteado en relación con centros y periferias del saber sociológico lo conforme el haz de problemas vinculado con los diferentes contextos de producción intelectual y con los textos que en ellos se producen. Con ello, se avanza entonces en la tercera de las tensiones que más arriba se había prometido tratar y que atraviesan todo el libro. Por ejemplo, en algunos de los trabajos aquí reunidos, se presta una peculiar atención al hecho de que "texto" y "contexto" no son realidades autoevidentes, así como tampoco lo es la relación entre ambos. Tal es el caso de mi propia contribución para este libro, en la cual vuelvo a investigar sobre el concepto de "comunidad" en el campo cultural de habla alemana, pero esta vez recurriendo a herramientas conceptuales nuevas, al menos para mí, pese a que fueron acuñadas hace unas ocho décadas por Ludwik Fleck. Grondona, a su vez, da un rodeo teórico por la cantera de la historia intelectual y la historia conceptual para, de la mano del análisis materialista del discurso, ahondar en la obra-texto de "nuestro" Gino Germani y sus diferentes contextos. En suma, nuestra forma de tramitar esta ten-

10 Para comprender claramente a qué se está haciendo referencia cuando se habla de "simultaneidad", véase Bialakowsky (2018).

sión será intentar demostrar que, por un lado, los textos no flotan por los aires como si pudiesen carecer de alguna forma de enraizamiento cultural. Pero, por otro, tampoco serán considerados puro efecto o determinación contextual, como quiera que se entienda ese o esos texto/s y ese o esos contexto/s.

Y para cerrar con este breve y selectivo recuento de tensiones que atraviesan el libro, diremos que bien lejos de entender la teoría "teoricistamente", como si "teoría" fuera solamente un conjunto de afirmaciones abstractas, lanzadas al viento cual ejercicio de malabarismo conceptual, sin objeto definido, habrá, en algunos de los capítulos, ciertas "bajadas operativas" a problemas mucho más tangibles, localizados y restringidos: haciendo trabajo de archivo sobre ciertos tramos de la obra de un autor (Grondona), rastreando las derivas de un concepto en un campo cultural determinado (de Marinis y Torterola), cuestionando los usos y abusos de otro concepto (Álvarez Ruiz), trazando nuevas e impensadas líneas divisorias al interior del panteón local y mundial de la tradición sociológica (Bialakowsky y Blanco), y muchos etcéteras más. Desde luego, aparte de estos "análisis de casos", habrá también, en un estilo de escritura diferente, trabajos de una tonalidad un tanto más monográfica, de elaboración textual y con fuerte apego a la cuestión conceptual y terminológica, como el de Trovero –acerca de las "teorizaciones" de Richard Swedberg y Gabriel Abend–, o el de Sasín – interesado por la descripción en clave luhmanniana de los "recursos semánticos" de la teoría sociológica–, o el de Fraga –en torno a la "teorización sensibilizadora"–.

B. UNA ANTICIPACIÓN DEL CONTENIDO DE LOS CAPÍTULOS

Para dejar de avanzar a cuentagotas con el contenido de las diez exploraciones que contiene el libro, convendrá presentar en lo que sigue unas breves pero algo más detalladas sinopsis de cada una de ellas, sin establecer por el momento mayores cruces o articulaciones recíprocas. Como ya se dijo, estas articulaciones existen, son robustas y abundantes notas a pie de página dentro de los textos las documentarán de manera explícita. En libros como este, que son compilaciones de trabajos individuales que recogen resultados de un proyecto de investigación colectivo, la estructuración en partes o secciones es una forma habitual por la cual se muestran los diálogos internos. Estas partes podrían albergar los capítulos siguiendo algún criterio que sea razonable, o interesante, o las dos cosas a la vez.

A decir verdad, se nos ocurrieron demasiadas formas de acomodar los diez capítulos dentro del libro, por ejemplo, siguiendo las

cuatro tensiones desplegadas en la sección anterior. Así, por caso, en relación con la primera tensión, resultaba posible colocar algunos trabajos más cerca del polo "teoría social" de la tensión, y otros más cerca de "teoría sociológica". Pero los mismos textos no hubieran quedado colocados juntos si hubiésemos considerado, por ejemplo, la tensión entre "texto" y "contexto", o cualquiera de las otras.

Así, en aras de la simplicidad, y para no forzar de entrada a los lectores y las lectoras a observar articulaciones que quizás solo existan en nuestra mente, los capítulos aparecerán simplemente dispuestos uno tras otro, por mero orden alfabético del apellido de su autor o autora. Por otro lado, ha sido también una decisión editorial no colocar en sus títulos los nombres de los principales autores/as recuperados/as, abordados/as o interpelados/as. Por eso, en el título del trabajo de Alvaro no figura Derrida (pero sí la deconstrucción); por esa razón, Fraga incluye allí el sintagma de la "teorización sensibilizadora" (pero no menciona a Shils), y así siguiendo con el resto. Creímos que esta decisión era la más adecuada para resaltar las lecturas críticas de los problemas y los abordajes metodológicos en el marco de procesos concretos de investigación, mucho más que las exégesis-reposiciones eruditas del pensamiento de ciertos y determinados autores y autoras.[11] Hecho este necesario prolegómeno explicativo de algunas decisiones editoriales fundamentales para este libro, ahora sí, en lo que sigue, se presentarán unas breves anticipaciones del contenido de los capítulos.

Como ejercicio autoconsciente de las asimetrías de poder en el campo académico mundial, el libro se inicia, de manera programática, con la contribución de *Fermín Álvarez Ruiz*, que intenta establecer unos presupuestos teórico-metodológicos para la realización de estudios de teoría sociológica latinoamericana. El propósito que persigue es cuestionar la presentación que suele hacerse de las teorías del Sur como visiones meramente particularistas y jerárquicamente inferiores a aquellas elaboradas en el Norte. El capítulo establece un diálogo (tenso, pero diálogo al fin) entre los planteamientos de dos grandes teóricos sociales de nuestro tiempo, en especial sensibles a estos problemas (Boaventura de Sousa Santos y Aníbal Quijano), poniendo el foco en el concepto de "totalidad". De la mano de estos autores, se cuestionan en particular las concepciones eurocéntricas de totalidad, que para Álvarez Ruiz conforman el punto arquimédico a partir del cual las teorías latinoamericanas resultan desjerarquizadas y reducidas en sus potencialidades.

---

11 Estas últimas también tienen lugar, desde luego, pero están subordinadas al (o puestas al servicio del) otro propósito.

Continúa *Daniel Alvaro* con un análisis infrecuente, como es el de las relaciones entre sociología y deconstrucción, dos prácticas investigativas que han sido mutuamente indiferentes entre sí o que cuando se han vinculado, ha sido a través de la abierta confrontación. Alvaro defiende con vehemencia esa posible intercepción, abriendo a los lectores y a las lectoras uno de los usos posibles del trabajo deconstructivo en el terreno de la sociología, al que llama "deconstrucción de la sociología". Se trata de una tentativa metodológica inspirada en el pensamiento de Jacques Derrida, y que avanza hacia una desestructuración de las oposiciones binarias de origen metafísico que habitan el discurso sociológico. El alcance de este ejercicio, para Alvaro, no es meramente discursivo. Esto es, no se limita a identificar y transformar los aspectos más dogmáticos del discurso sociológico, sino que puede incluso intervenir en las instituciones, los ordenamientos pedagógicos y una multiplicidad de estructuras sociales, económicas, políticas, técnicas, sexuales, etc.

En el único capítulo del libro escrito en estricta coautoría,[12] *Ana Blanco y Alejandro Bialakowsky* ponen en funcionamiento el "abordaje simultáneo", un planteo teórico-metodológico que les permite desplegar un análisis alternativo tanto al de las llamadas "recepciones" como al de las "particularidades locales" de las producciones culturales. Subrayando encrucijadas teóricas y epocales compartidas, entre el Sur y el Norte, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, el trabajo aborda simultáneamente textos de José María Ramos Mejía, Ernesto Quesada, Gabriel Tarde y Émile Durkheim. Así encuentran lo que llaman "dos estilos fundacionales" de la sociología, que desestabilizando las dicotomías Sur-Norte y los habituales juegos de recepción del segundo por parte del primero, terminan colocando de un lado a Ramos Mejía y a Tarde, y del otro a Quesada y Durkheim. Estos estilos, a su vez, son dispuestos para su comparación en función de tres dimensiones de análisis: la autonomía disciplinar, las metáforas y el lenguaje utilizados y la perspectiva general sobre lo social.

Pablo de Marinis, a su turno, sigue obsesionado, como lo está desde hace tiempo, con el problema de las relaciones entre textos sociológicos y contextos sociohistóricos o socioculturales. Para volver a meterse en ese lodazal, encuentra estímulos en los poco conocidos planteamientos desarrollados hace casi un siglo por el médico y epistemólogo polaco Ludwik Fleck. De esa cantera extrae una serie de herramientas ("estilo de pensamiento" y "colectivo de pensamiento",

---

12 Digo "estricta" coautoría para distinguirla de la intertextualidad y de la necesaria articulación de todos los trabajos entre sí, de la que hemos hablado ya más arriba, y de la que volveremos a hablar más abajo.

entre las más importantes) que le sirven para repensar las derivas del concepto de "comunidad" en el campo cultural de la sociología alemana desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. El texto termina, a su vez, desplegando una crítica –y esbozando una alternativa analítica– frente a quienes entienden los textos como si estuvieran desgajados de sus contextos, pero también frente a quienes meramente los consideran como simples funciones o efectos de "otras cosas".

Eugenia Fraga no pierde su tiempo lanzando preguntas de poca monta. Por eso, se propone responder al triple interrogante de "¿qué es la teoría?, ¿cómo se trabaja teóricamente? y ¿por qué y para qué se teoriza?". Para encontrar sugerencias para el abordaje de estos enormes problemas, revisa variados textos del sociólogo estadounidense Edward Shils, otro autor muy poco conocido en nuestro medio y que siempre ha quedado a la sombra de su colega más famoso (Talcott Parsons). Retomando la propuesta de la "metaforología" de Hans Blumenberg, analiza las variadas metáforas que usa Shils (físicas, cartográficas, arquitectónicas, iluministas, religiosas, etc.) y termina desplegando la idea de lo que llama una "teorización sensibilizadora". Se trata de un concepto de raíz humanista que le permite recuperar para la sociología y el conjunto de las ciencias sociales y humanas (y para quienes las cultivamos) actitudes como la del "hambre de conocimiento" y de "trascendencia", la "expresión estética" y la "intervención política".

A *Ana Grondona* le irrita que en los trabajos académicos se hable, ramplona y aproblemáticamente, de "el" contexto, como si él fuera uno, compacto y homogéneo. De esa actitud, incluso, según ella, no estaría exenta la denominada nueva historia intelectual post "giro contextualista". Elige justamente esos y esas contrincantes, porque suele ser desde esa perspectiva que, con mayor insistencia, se reprocha en otros y otras una supuesta falta de contextualización del trabajo que realizan (o que realizamos). Para dar ese debate, retoma algunas lecturas de Quentin Skinner y, en menor medida, de la historia conceptual de Reinhart Koselleck. En ese ejercicio crítico se vale del "análisis materialista de los discursos", una práctica investigativa heredera de Foucault y Althusser a la que le saca el jugo para desentrañar las complejas temporalidades que se tejen en los textos sobre los que investigamos. Esas estimulantes conceptualizaciones sobre la historicidad de los textos tienen necesariamente consecuencias, por ejemplo, a la hora de componer un *corpus*, una cuestión que se suele presentar como un problema "metodológico", cuando en realidad lo es de orden estrictamente "teórico". Para ilustrar este punto, tomará distintos escritos de Gino Germani sobre la cuestión de la socialización de las juventudes en el fascismo, y así mostrar las múltiples temporalidades

que, a veces de modos heterogéneos, atraviesan la trama de los textos bajo estudio, dejando marcas que, precisamente, serán objeto fundamental para un análisis que pretende desestabilizar la apariencia de un tiempo único y homogéneo. De tal forma, más que referir a la noción de "contexto", uno de los resultados de la investigación será la delimitación de diversos dominios interdiscursivos que intervienen en la producción de sentidos de los documentos interrogados.

Victoria Haidar viene trabajando desde hace años en una línea de inspiración foucaultiana, relacionada con la "historia del presente". Su trabajo para este libro, por un lado, procura clarificar y sistematizar los rasgos metodológicos, las conceptualizaciones y la particular incidencia crítica que hacen a la singularidad de tal aproximación. Para ello, revisita un *corpus* de bibliografía producido al interior de lo que Fleck designaría como dos "colectivos de pensamiento": la "sociología histórica de las problematizaciones" –desplegada sobre todo en el campo cultural francés– y los "estudios de la gubernamentalidad" –mayormente radicados en el ámbito anglosajón–. Por otro lado, amplía su *corpus* considerando también como cultores de una "historia del presente" a dos grandes exponentes del ensayo argentino: David Viñas y Josefina Ludmer. De ese impensado viaje, surgen lecciones tanto metodológicas como de estilo de trabajo, que para Haidar pueden revitalizar un modo de investigación sociohistórica que, tras sucesivos esfuerzos por ser "operacionalizado" y "protocolizado", terminó perdiendo gran parte de su productividad teórica y potencia crítica.

Mariano Sasín vuelve a reincidir aquí en su ya arraigado vicio de observar todo con mirada luhmanniana. Así, propone una interpretación de la investigación teórica en sociología desde los conceptos de observación, operación, comunicación y semántica. Su intención, pese a la densidad de su vocabulario, es la de esclarecer desde esta perspectiva el carácter concreto y material ("operativo", podría decirse) de la investigación en teoría sociológica, que desde ese punto de vista no resultaría tan distinto de lo que se conoce como investigación empírica. En este intento, presenta una exploración sobre la forma que la semántica de las masas adquiere en la propia descripción teórica de la sociedad moderna que construye el autor de referencia (es decir, Luhmann). Concluye haciendo un esperanzado llamamiento a reconocer el potencial analítico y descriptivo y la capacidad crítica que una sociología teóricamente autoconsciente puede desplegar en las complejas circunstancias de la vida social contemporánea.

El trabajo de *Emiliano Torterola*, por su parte, persigue dos propósitos. El primero es construir una herramienta de análisis de teorías sociales. Para ello, articula o conjuga el estudio metateórico integrador de los paradigmas sociológicos ofrecido por George Ritzer y el

abordaje de Margaret Somers de una sociología histórica de la formación de los conceptos. El segundo objetivo de su capítulo consiste en utilizar la herramienta previamente elaborada en la comprensión sistemática del concepto de "público" en la obra de Robert E. Park, uno de los más importantes exponentes de la Chicago School of Sociology. En ese marco, se sostiene que el concepto de "público" (también el de "opinión") atravesaron desplazamientos diversos al mutar el marco teórico, los temas abordados y las redes de conceptos desplegadas en las sucesivas etapas intelectuales de la obra de este autor.

Cierra el libro *Juan Ignacio Trovero*, que lee y revisa las propuestas de dos sociólogos que se ocupan de cuestiones teóricas y que tampoco son muy conocidos en nuestro medio, como el uruguayo Gabriel Abend y el sueco Richard Swedberg. El texto arranca realizando una breve caracterización del modo en que ha sido pensado el "trabajo teórico" a lo largo de la historia de la disciplina. Luego, se analizan los principales trabajos de los dos mencionados autores, destacando, en primer lugar, el hecho de que ambos se focalizan en los aspectos prácticos del quehacer teórico en sociología. Así, proponen una concepción de la teoría de corte pragmático, apegada a cuestiones propedéuticas, metodológicas, y/o epistemológicas. Abend se propone clarificar el polisémico término "teoría" y explora sus respectivos "usos". Swedberg, por su parte, propone algunas "recomendaciones y reglas de procedimiento" para avanzar en el "proceso de teorización". Hacia el final, se sistematizan estos aportes y se los dispone para que otros y otras se los puedan apropiar en sus trabajos.

Para cerrar esta sección, no me cabe más que subrayar la obviedad de que, en este libro, "hay de todo como en botica", como decían mis dos extintas abuelas. Por un lado, diversidad de autores: del corazón de la empresa sociológica (de Durkheim a Luhmann pasando por Park y Thomas), de los márgenes de la historia de esa disciplina (de Tarde a Shils) y de disciplinas vecinas como la filosofía de la ciencia (Fleck), figuras notables del pensamiento filosófico (Derrida) e historiográfico (Koselleck y Skinner) del siglo XX, elementos indiscutidos del panteón de héroes de la sociología latinoamericana (Quijano y Germani), próceres del altermundialismo (Santos), colegas cuyos interesantes trabajos se conocen poco en la academia local (Swedberg, Abend y Somers), personajes relevantes de la tradición del ensayo histórico y literario (Ludmer y Viñas), figuras pioneras del pensamiento social argentino (Ramos Mejía y Quesada), etc. Por otro lado, diversidad de perspectivas analíticas: desde la deconstrucción hasta la filosofía/sociología de la ciencia y el conocimiento, desde la teorización de raíz pragmatista hasta el análisis materialista del discurso, desde la historia del presente hasta la metaforología, desde la teoría de los sis-

temas sociales hasta las perspectivas de la simultaneidad, entre otros etcéteras. Más allá de estas diversidades de autores/as y de enfoques, hay unos hilos que sostienen el conjunto del proyecto de este libro. Sobre ellos se habló más arriba y se seguirá hablando en lo que sigue.

C. SOBRE EL PROCESO DE ELABORACIÓN DEL LIBRO, EL EQUIPO QUE LO REALIZÓ Y OTRAS INFORMACIONES DEL CONTEXTO DONDE APARECIÓ

Lejos de ser un cóctel de textos sueltos apretados entre dos tapas,[13] esta es una genuina publicación "de equipo". Hay un solo capítulo escrito en coautoría y los demás llevan firmas individuales, pero todos exhiben los resultados de un trabajo auténticamente grupal. En ese sentido, se parece mucho a dos experiencias de publicaciones colectivas que realizamos tiempo atrás. Una tuvo lugar en 2010 y consistió en un *dossier* completo (siete artículos y uno introductorio) sobre las derivas del concepto de "comunidad" a través de la historia de la teoría sociológica, publicado en la revista *Papeles del CEIC*, del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva de la Universidad del País Vasco.[14] La segunda fue un libro (de Marinis [coord.], 2012) sobre el mismo tema/problema. Esa vez fueron diez artículos más una introducción, justamente la misma cantidad de trabajos que contiene el presente volumen.

Tengo altísimo agrado (y orgullo) de decir que la totalidad de los autores y las autoras de la primera publicación, la de 2010, escribieron contribuciones en la de 2012 y vuelven a estar presentes en la actual. Esa es la prueba más contundente de la persistencia de un "núcleo duro" del equipo a través del tiempo. Fundé este grupo a finales de 2006, en la que es nuestra sede todavía hoy: el Instituto de Investigaciones Gino Germani, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.[15] Desde hace algunos pocos años, lo bautizamos como GEPyC/TS (Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Sociológica), un nombre que resume bastante adecuadamente lo que hacemos.[16] En aquel grupo inicial habían con-

---

13 Al tratarse de un libro digital, la cuestión de las tapas solo debería entenderse en un sentido figurado.

14 En http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/issue/view/1177 se puede acceder a todos los artículos completos.

15 "El Germani" es un espacio donde se practican muy variadas orientaciones investigativas de las ciencias sociales y que, como tal, es ciertamente estimulante, por la cantidad y la calidad de intercambios que allí se garantizan.

16 Varias de nuestras actividades, que se mencionarán en lo que sigue (proyectos, tesis, publicaciones, eventos científicos, etc.), son detalladamente informadas en nuestra página web: gepyciigg.sociales.uba.ar

vergido diversos investigadores e investigadoras con quienes yo había mantenido relaciones de trabajo, en mi condición de coordinador de otro grupo de estudio en el que algunos y algunas participaban, de profesor suyo en cursos de grado y posgrado, de director o codirector de algunas sus becas y/o tesis de posgrado, etc. Por entonces se trataba mayormente de jóvenes estudiantes de posgrado; hoy son investigadores e investigadoras con carreras promisorias, ya iniciadas o bien en plena consolidación.

Lo cierto es que, casi sin darnos cuenta, el equipo cuenta ya con trece años de existencia ininterrumpida. En este lapso, hemos llevado adelante cuatro proyectos UBACyT financiados por la Universidad de Buenos Aires (UBA),[17] dos proyectos de investigación plurianuales (PIP) financiados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y tres proyectos de investigación (PICT) de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), dependiente del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, degradado de manera lamentable a Secretaría en 2018. Se trata, en todos los casos, de fondos de entidades y organismos públicos argentinos, algo que me interesa subrayar especialmente en tiempos como el actual, donde fuertes recortes presupuestarios ponen en peligro no solo la continuidad de nuestro propio trabajo como equipo, sino la supervivencia del conjunto del sistema de ciencia y técnica en el país.

Además de las ya citadas publicaciones colectivas y de los proyectos de investigación, otras dos cuestiones merecen ser mencionadas porque son nodales a la hora de presentar las credenciales del equipo y sus posicionamientos en el campo sociológico. Una de ellas tiene que ver con la organización de mesas específicas de teoría sociológica, de forma ininterrumpida, en frecuencia bianual, en eventos académicos nacionales (Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata desde 2008 hasta la última ocasión en 2018; Jornadas de Sociología de la UBA desde 2009 hasta el presente año), regionales (Congreso Latinoamericano de Teoría Social desde 2015 hasta el presente año; Congresos de ALAS, Asociación Latinoamericana de Sociología, donde hemos tenido activa participación desde 2009 hasta el presente año), e internacionales (de la International Sociological Association, siempre en el marco del Research Committe Nº 35 sobre Conceptual and Terminological Analysis, desde 2008 en adelante, hasta 2020, donde también ya está confirmada nuestra participación).[18]

---

17 Un quinto proyecto UBACyT y un cuarto PICT, presentados en junio y en noviembre de 2019, se encuentran a la espera de evaluación.

18 Además del mencionado comité de la ISA, tenemos alguna actividad en otro, el Nº 16, que lleva el nombre de "Sociological Theory"

La otra cuestión que quería mencionar, y que también es fundamental para describir la tarea del equipo, tiene que ver con las tesis de posgrado. En todos estos años, y aprovechando una coyuntura de extraordinaria expansión del sistema de becas de posgrado (ahora lamentablemente también reducido de manera significativa por las políticas oficiales de CyT), en el marco de este equipo se han defendido siete tesis doctorales y cuatro de maestría. Por demás, se encuentran en curso otras tres tesis doctorales y una de maestría.[19] He sido (en algunos de los casos todavía lo soy) director o codirector de buena parte de estas tesis, así como de las becas que, en la mayoría de los casos, las financiaron (o financian).[20] No está de más decir que los méritos últimos de todos estos trabajos corresponden sin duda a sus autores y autoras. Sin embargo, me complace subrayar que la gran mayoría de esas tesis han tenido en el equipo su espacio de contención, discusión y crecimiento, han recibido de él tanto estímulos como críticas y, a su vez, le han aportado insumos al trabajo colectivo.

Volviendo a poner el foco en los proyectos desplegados desde la fundación del grupo en 2006, temática y problemáticamente hablando, podría resumirse el conjunto de esa trayectoria en tres grandes fases, etapas o momentos. La primera, entre 2006 y 2012, se dedicó a un análisis del concepto de "comunidad" en la teoría sociológica del "Norte", esto es, en teorías mayormente europeas y estadounidenses. La segunda fase cubre el lapso que va de 2012 a 2015. Allí tuvo lugar una significativa ampliación del foco inicial de análisis, incorporando teorías latinoamericanas de la comunidad. Asimismo, en ese mismo periodo, avanzamos en una problematización específica de las herramientas metodológicas implicadas en la construcción de teorías sociales/sociológicas. La tercera fase del trabajo del equipo se inició en 2016 y prosigue hasta hoy. Comprende un análisis desde una perspectiva de "abordaje simultáneo" (Sur-Norte) del concepto de masas y multitudes en la teoría social/sociológica.

Puede ponerse el presente libro como eficaz ilustración de que el advenimiento de cada nueva fase no supuso necesariamente el abandono total de los enfoques utilizados y de los objetos abordados con anterioridad. Por su explícito énfasis en las cuestiones metodológicas

---

19 Quisiera comentar que en este recuento de tesis estoy incluyendo solo a las personas que han escrito contribuciones para este libro. El equipo cuenta además con otros y otras integrantes de incorporación más reciente. Si se contabilizaran sus tesis también en curso, las cifras indicadas serían aún mayores.

20 También se trata, en este caso, de becas de posgrado otorgadas por entidades y organismos públicos, exactamente los mismos que mencioné más arriba como financiadores de nuestros proyectos: la UBA, el CONICET y la ANPCyT.

implicadas en el trabajo en/con teorías sociales y sociológicas, este volumen correspondería propiamente a la segunda fase de la historia del equipo. De hecho, todos los capítulos fueron concebidos para poder exhibir con claridad específicos “rendimientos metodológicos” de los que nuestros lectores y lectoras pudieran aprovecharse, en el análisis de estos o de otros objetos que los que tratamos aquí. Pero, a la vez, aquí no se abandonan del todo los objetos abordados en la primera fase de la trayectoria del equipo[21] y se incorporan los propios de la tercera fase,[22] así como las perspectivas metodológicas prevalecientes en ella.[23]

Me gustaría también comentar algo acerca de “la cocina” de este libro, de los procedimientos a través de los cuales se lo concibió, primero, y se lo llevó a cabo, después. Del mismo modo que en las anteriores publicaciones del equipo, ha tenido lugar aquí una secuencia de trabajo que tuvo como punto de partida unas preguntas o inquietudes iniciales compartidas, estrechamente relacionadas a los proyectos de investigación colectivos. A partir de allí, y luego de someter a una primera ronda de discusiones la pertinencia de los temas y enfoques elegidos por cada autor o autora para el proyecto del libro,[24] fueron emergiendo las primeras versiones de los textos individuales. Ellas fueron sometidas a la despiadada crítica del compilador y de algunos/as pares en sesiones interminablemente largas, a veces tediosas, pero siempre frontalmente honestas y sobre todo útiles de cara a lo que siguió, esto es, unas nuevas reelaboraciones basadas en esas críticas. De allí resultaron las versiones que aquí finalmente se publicaron, previo paso por las hábiles manos de las personas encargadas de la corrección de estilo.[25]

---

21 De hecho, mi propia contribución vuelve (aunque con nuevas perspectivas metodológicas) al análisis del concepto de comunidad, el concepto “estrella” de aquella fase.

22 El ejemplo esta vez lo constituyen el trabajo de Blanco-Bialakowsky y el de Torterola, que se ocupan de los conceptos de masas y multitudes en diversas teorías sociológicas.

23 Ahora me refiero al ya mencionado “abordaje simultáneo”. Y, en particular, otra vez, al trabajo de Blanco-Bialakowsky.

24 Si bien se partió de preguntas compartidas, derivadas de los proyectos de investigación colectivos, aquí también ocuparon un importante lugar las inquietudes individuales. Por eso, entre los capítulos de este libro se pueden encontrar nuevas líneas de investigación posdoctoral, insumos para tesis de maestría o doctorales en curso, ejercicios de autoesclarecimiento teórico-metodológico, reelaboraciones de trabajos presentados en eventos científicos, etc.

25 Se trata de Ezequiel Acuña y Fabiana Blanco, profesionales excelentes con quienes es un verdadero gusto trabajar, y a quienes no podemos menos que recomendar.

Para comenzar a cerrar este capítulo introductorio, que se está haciendo ya demasiado extenso, quisiera hacer un comentario final sobre el contexto editorial donde se publica este libro. Como se sabe, este volumen se enmarca en una colección relativamente nueva lanzada en 2016 por el instituto donde tenemos nuestra sede de trabajo, el Instituto de Investigaciones Gino Germani, en sociedad con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En una división de tareas bastante razonable, el instituto se encarga de mantener abiertas las convocatorias a los diferentes tipos de publicaciones de la colección, de recepcionar las propuestas y, cuando sus autores y autoras así lo solicitan, de organizar el circuito de evaluación por pares en modalidad doble ciego.[26] CLACSO, por su parte, aporta la logística de la preparación de los ejemplares digitales ya evaluados, y se encarga de su puesta a disposición en Internet, en la Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de CLACSO.[27]

La existencia de este tipo de colecciones (digitales, de acceso abierto, en iniciativas editoriales no comerciales, y sin mayores costos que los honorarios profesionales de corrección de estilo y maquetación) nos parece una excelente noticia. De hecho, yo mismo he participado en la gestación de esta iniciativa editorial como miembro que fui del Comité Académico del instituto.

En lo personal, simpatizo con este tipo de publicaciones por razones político-académicas muy concretas. Simplemente, creo que las facultades, universidades y centros públicos de investigación deberían contar con editoriales propias para difundir las producciones de sus cuadros investigadores. Solo ese tipo de editoriales está dispuesto a asumir las publicaciones que las empresas editoriales comerciales no realizan si no es mediante el pago de (grandes, pequeñas o medianas, lo mismo da) sumas de dinero.[28] Y si, por las ra-

---

26 Este libro fue sometido a referato por pares designados/as por una comisión ad hoc del instituto que coordina esta colección. Volverá a ser revisado cuando los organismos que nos pagan los salarios (esto es, la UBA para la casi totalidad de los autores y autoras, y adicionalmente el CONICET para algunos/as de nosotros/as) evalúen nuestro desempeño. Dado que vivimos bajo un insidioso régimen de "evaluación permanente", es conveniente que los mecanismos de evaluación que ha tenido esta publicación queden debidamente explicitados.

27 http://biblioteca.clacso.edu.ar/

28 Para ser más precisos: las empresas editoriales son empresas y, por lo general, publican sin pedir dinero a los autores y las autoras solo en los casos en que visualizan la posibilidad de recuperar sus inversiones. Esto es: cuando suponen que los libros pueden alcanzar ciertas tiradas. Pero grandes tiradas solo pueden alcanzar libros que toquen temas atractivos para públicos también extraacadémicos. No es el caso

zones que fueran, no parece posible la conformación de una editorial como la que (hace ya demasiado tiempo) tuvo nuestra universidad y la enorgulleció, que al menos podamos contar con procedimientos alternativos que permitan a los equipos la publicación a bajo costo de los resultados de su trabajo, procedimientos como los que se han puesto en marcha en nuestro caso, en el presente libro y en otros que han aparecido desde 2016.

Pero no se trata de contabilizar beneficios solamente para investigadores e investigadoras. Se sabe que gracias a este tipo de publicaciones, en formatos digitales y de acceso abierto, los trabajos pueden resultar accesibles para públicos mucho más amplios y variados, dentro y fuera de nuestro pequeño mundo académico local. Las dificultades para difundir nuestro trabajo, que hemos tenido que padecer más de una vez y que son de lo más habituales sobre todo en lugares como Argentina ("tu libro es muy caro para mi magro bolsillo"; "las librerías locales no distribuyen tu libro", "la biblioteca de mi universidad no lo ha adquirido ni tiene presupuesto para hacerlo", etc.), quedarán apenas reducidas a la barrera lingüística.

Más allá de su apariencia digital, su formato EPUB o PDF, o el que termine teniendo, lo que hemos publicado sigue siendo un "libro", con todo lo que ello implica para nosotros y nosotras, gente formada en la "cultura del libro", en el contexto de una sociología que, por fortuna y pese a todo, sigue siendo una ciencia "de libros". Pese a las recién mencionadas evidentes ventajas económicas y a las facilidades para la circulación que ofrece esta modalidad de publicación, y aun dadas las razones político-académicas que acabo de esgrimir para defenderlas con vehemencia, estamos llegando al final de la introducción y debemos todavía confesar algo: seguimos siendo algo fetichistas del papel o quizás, más bien, del "objeto libro". Por eso, es muy probable que también hagamos imprimir al menos algunos pocos ejemplares "físicos", para poder tocarlos, subrayarlos en lápiz, exhibirlos en nuestras bibliotecas personales, regalarlos con firma y dedicatoria, donarlos a bibliotecas, etc.

Ahora sí, solo nos resta esperar que estas diez exploraciones surgidas de nuestra imaginación teórica y metodológica reboten todo lo que sea posible, y que sus lectores y lectoras les den los usos más variados que se les ocurran, y que ahora no podemos ni siquiera imaginar. En especial para conocer esos usos, los sabores y los sinsabores que esta apropiación pueda haber deparado en esos lectores y lectoras, mucho agradeceríamos que nos escriban a las direcciones

---

de nuestras publicaciones, a las que un público no experto suele considerar como áridas, aburridas, poco interesantes.

de correo electrónico que se consignan al final del libro (en el apartado "Sobre las autoras y los autores").

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aronson, P. (2014). El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social, en *Acta Académica* de las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Bialakowsky, A. (2018). Investigar teoría sociológica del Sur y del Norte: la propuesta del abordaje simultáneo. *Perfiles Latinoamericanos*, 52, 1-19.

de Marinis, P. (coord.) (2012). *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires, Prometeo Editorial.

Pels, D. (2001). Three Spaces of Social Theory: Towards a political geography of knowledge. *Canadian Journal of Sociology*. 26(1), 31-56.

Fermín Álvarez Ruiz

HACIA UNA CRÍTICA DE LA TOTALIDAD EUROCÉNTRICA COMO FUNDAMENTO PARA ESTUDIOS DE TEORÍA SOCIAL DE (Y DESDE) EL SUR

I. INTRODUCCIÓN

A) LA PRODUCCIÓN DE TEORÍA Y LA CONDICIÓN PERIFÉRICA: POR UNA CRÍTICA DEL IMPERATIVO DE LEGITIMACIÓN DE LA PRODUCCIÓN TEÓRICA DEL "SUR"

A través de su historia, el campo de las ciencias sociales en América Latina ha estado atravesado por múltiples problemas, preguntas y conceptos. Estos van del Estado a la lucha de clases, pasando por la marginalidad, el imperialismo, el desarrollo, la dependencia, las transformaciones del mundo urbano, las migraciones, la etnicidad y la democracia, entre muchos otros. En este trabajo, me interesa recuperar y discutir un problema específico de la sociología latinoamericana y del "Sur" en general: el imperativo de legitimar, en comparación con las sociologías del "Norte", su autonomía, su alcance y, particularmente, los términos de su relación con la producción de teoría. Esto último resulta especialmente relevante, puesto que la sociología de las regiones periféricas parece no poder intervenir con legitimidad en los debates teóricos de los centros académicos del centro.

El "Sur", tal como propone Santos (2000: 420), representa una "geografía social" o un "espacio–tiempo" vinculado a las formas de subordinación constitutivas de la modernidad capitalista occidental

—expropiación, silenciamiento, explotación, diferenciación desigual, etc—. En este sentido, se trata de un "territorio social" producto del imperio, arraigado en la experiencia de las "periferias", pero que excede sus fronteras físicas. Por lo tanto, es posible "encontrar Sur" en todos los espacios sociales configurados en torno a formas de desigualdad asociadas a la modernidad, entre los que se encuentra el ámbito del conocimiento. En él, el silenciamiento de saberes y tradiciones delimita una "periferia cognitiva" cuya producción considero relevante interrogar.

A la hora de proponer una investigación sobre o desde teorías sociológicas latinoamericanas, es posible echar mano de distintos enfoques metodológicos. Entre ellos, se encuentran los enfoques ligados a la "metateoría" (Alexander, 1982; Bialakowsky, 2013; Ritzer, 1988), las perspectivas ligadas a la "historia intelectual" (Skinner, 2000; Blanco, 2006) y la "historia conceptual" (Koselleck, 1993; Girola, 2011) y el "análisis del discurso" (Aguilar et al., 2014), entre otros que en los diferentes trabajos de este libro se indagan y despliegan. Sin embargo, más allá del enfoque que se adopte, el análisis debe involucrar una reflexión sobre la relación de la teoría sociológica de la región con la teoría elaborada en el centro. Específicamente, emerge la necesidad tanto de estipular si tiene sentido clasificar una o varias teorías en función de su anclaje "geográfico"[1], como de analizar qué tipo de participación en el campo de las discusiones teóricas supone ese anclaje —subordinación o hegemonía, autonomía o dependencia, contribuciones originales o mera recepción pasiva de enfoques del "Norte", aporte de conceptos con alcance universal o desarrollo de una perspectiva particularista, entre otras cuestiones—.

Este *imperativo de legitimación* de la actividad teórica en el "Sur" no es una novedad. En el caso de América Latina en particular, es posible sostener que acompaña a la disciplina al menos desde su institucionalización, a mediados del siglo XX (Blanco, 2010). Gino Germani, por ejemplo, en un artículo dedicado a describir las características, los problemas y las perspectivas de la sociología en América Latina hacia la década del sesenta, dedica varias páginas a delimitar la "especificidad regional" de la disciplina y su estatus en relación con las sociologías del centro.

---

1 Cabe aclarar que el "anclaje geográfico" de las teorías sociológicas trasciende los límites de los estados-nación y corresponde a su relación con espacios-tiempo y geografías vinculadas a configuraciones sociopolíticas, historias de conflicto/dominación, etc. Un ejemplo de este modo de entender el "anclaje geográfico" puede encontrarse en Pels (2001).

Para el autor, las teorías norteamericanas y europeas, a partir de las cuales se llevan adelante las investigaciones sociológicas locales, son de alcance universal debido a sus pretensiones de cientificidad. Sin embargo, reconoce que se trata de "productos históricos", es decir, que han nacido a partir del contacto con una realidad sociocultural específica. Por lo tanto, la especificidad de la sociología en América Latina está dada por la particularidad de los objetos de estudio que aborda, que son diferentes de los que inspiraron a las teorías sociológicas de Europa y Estados Unidos.

Según Germani, los objetos de estudio o problemas privilegiados de la sociología latinoamericana se vinculan al proceso de "transición" que atraviesa la región durante el período. Por lo tanto, el despliegue y la consolidación de la disciplina suponen una recepción reflexiva y cuidadosa de los enfoques elaborados en los países desarrollados y modernos. De esta manera, la especificidad de sus aportes no configura una nueva teoría "autóctona", sino una contribución particular a la "sociología universal" (1964: 3-9).[2]

El imperativo que exige dar cuenta de la especificidad y el estatus de la sociología local en relación con las del centro, presente en la sociología de Germani, pero también en la de otros "institucionalizadores latinoamericanos", representa una "marca de nacimiento" de la disciplina en la región, que se extiende hasta nuestros días.[3] Esto se ve reflejado en trabajos vinculados a diversos enfoques y tradiciones, que una y otra vez intentan delimitar la especificidad de la sociología latinoamericana y, en ese mismo movimiento, posicionarla en relación con las sociologías del "Norte". Girola (2008), por ejemplo, desde un enfoque vinculado a la historia conceptual, afirma que la especificidad de la sociología en América Latina está dada, precisamente, por la "historicidad" de los conceptos que pone en juego. De esa manera, la existencia de vínculos teóricos con los campos académicos del centro no supone una recepción o importación de teorías y conceptos sin más, sino aportes y usos originales en función de problemas locales.

---

2 Sin dudas, la opción por una "sociología universal" presente en el artículo de Germani se vincula a la tesis de que, a pesar de sus particularidades, así como sus "marchas y contramarchas", América Latina se inserta en un proceso de modernización de alcance universal, susceptible de ser estudiado científicamente por una disciplina cuya consolidación es producto del mismo proceso que analiza.

3 En el presente trabajo entiendo como "momento fundacional" de la sociología en América Latina el período de su institucionalización, a mediados del siglo XX. Eso no quita que, mucho antes de ese período, haya existido una vasta y heterogénea reflexión vinculada a problemas sociológicos. Sin embargo, solo a partir de los procesos de institucionalización, se consolida un campo de estudios con una autonomía relativa respecto de otras disciplinas (Blanco, 2010).

Martuccelli y Svampa (1993), por su parte, sostienen que el campo sociológico latinoamericano se caracteriza por lo que puede entenderse como una "doble falta de autonomía". En primer lugar, en relación con el campo político local y, en segundo término, en relación con los enfoques teóricos de los campos académicos centrales. Así, su especificidad está dada por los objetos de estudio que aborda a partir de la influencia que ejerce sobre la disciplina el campo político y, a su vez, por el uso que hace de distintos enfoques importados del centro para su tratamiento. De esto se desprende, entonces, la imposibilidad de sostener que la disciplina se desarrolló con rasgos continentales específicos.[4]

Desde un enfoque diferente, pero profundamente preocupados por la dimensión universalista de la sociología, Chernilo y Mascareño (2011) también indagan sobre el estatus de la teoría sociológica latinoamericana. Desde su punto de vista, toda sociología debe responder a la pretensión universalista de la disciplina, incluso cuando indaga sobre problemas "locales". Así, la sociología latinoamericana ha intentado responder a este problema presentando la modernidad latinoamericana y sus descripciones teóricas como desviaciones "retrasadas" de las europeas, o bien reflexionando sobre un *ethos* identitario presuntamente propio. De acuerdo con estos autores, estas concepciones impregnan a la sociología vinculada con la región de una impronta profundamente particularista que limita su alcance explicativo. Por lo tanto, señalan la necesidad de desarrollar un enfoque que tome como punto de partida una representación de la sociedad como "sociedad mundial", atravesada por un proceso constante y complejo de diferenciación funcional e integración normativa bajo criterios cosmopolitas. De esta manera, la consideración de lo particular podría vincularse con dinámicas de alcance universal que lo incluyen sin subordinarlo.

Finalmente, cabe mencionar la interpretación de González (2000), que desde un enfoque alejado y crítico de los precedentes, también se pregunta por el estatus de la sociología local –particularmente de Argentina– en relación con los enfoques del centro. En su caso, la respuesta a estos interrogantes aparece vinculada al modo en que entiende que la historia de la disciplina se ha desplegado a lo largo del tiempo: como un intento por definir y redefinir el "nombre" so-

4 Esta afirmación parece ir en contra de las propuestas actuales de Svampa. En su último trabajo, defiende la existencia de una serie de "debates latinoamericanos" –indianismo, desarrollo, dependencia y populismo– que revelarían la existencia de una teoría social relativamente autónoma con respecto a la del centro. Tanto es así que la autora enmarca su trabajo en lo que Santos entiende como una "sociología de las ausencias" (Svampa, 2016: 19). Más adelante volveré sobre este punto.

ciología, entrelazando lecturas, escrituras, interpretaciones, estilos y problemas socio–políticos, que trascienden lo local y vinculan las más diversas tradiciones intelectuales de la región y del mundo.

La lista de artículos, libros, enfoques y autores que abordan el problema de la definición del estatus y el alcance de la sociología local y sus teorías es enorme. Su reconstrucción y análisis podría abarcar por completo este trabajo.[5] Sin embargo, no me detendré en esa tarea. Aquí me propongo ahondar críticamente en la necesidad de ofrecer una respuesta a esos interrogantes, para luego delimitar un tipo de acercamiento a la producción de teoría que se desmarque del imperativo de legitimación. El tipo de enfoque que me propongo delimitar intenta posicionarse en un espacio de reflexión que no ignore los diferenciales de poder en los que se enmarca toda producción teórica, así como tampoco renunciar a la posibilidad de realizar descripciones totalizantes de la sociedad.

Pues bien, cabe remarcar que todos los trabajos mencionados, cuando intentan delinear la especificidad y el estatus de la sociología local o del “Sur” en general, no pueden evitar preguntarse por la autonomía, la dependencia o el conflicto que los enfoques desarrollados en la región mantienen con las sociologías del centro, en el mismo sentido en que la delimitación de América Latina o del “Sur” como espacio o “geografía social” es inseparable de una pregunta por su relación con Europa y Estados Unidos o el “Norte”. Por lo tanto, resulta indudable que una crítica al imperativo de legitimación de la producción de teoría debe comenzar por interrogar la condición periférica de los campos académicos del “Sur”. En otras palabras, como primer movimiento es necesario ahondar en la pregunta respecto de qué supone producir conocimiento en espacios académicos, que en el marco de la división internacional del trabajo intelectual se presentan como periféricos.

La condición “periférica” de los campos sociológicos latinoamericanos y del “Sur” en general es la preocupación central de los estudios sobre “dependencia académica”, revitalizados en las últimas décadas, pero que cuentan con una larga y heterogénea historia.[6] Para estos estudios, la condición periférica de los campos académicos del “Sur” supone una “estructura desigual de producción y difusión del

5 Para un acercamiento a este problema desde un enfoque que aborda la especificidad de los estilos fundacionales de la sociología comparando simultáneamente textos del “Norte” y del “Sur”, ver el capítulo de Bialakowsky y Blanco contenido en este volumen.

6 Para una historización del problema de la dependencia académica, ver Beigel (2016: 1-8).

conocimiento construida históricamente en lo que conocemos como sistema científico internacional", a partir de la cual se despliega una relación de dependencia de la periferia respecto del centro (Sabea y Beigel, 2014: 15).

Los mecanismos que reproducen la condición periférica y dependiente de los campos académicos del "Sur" son múltiples. Van de la más evidente y grosera importación acrítica de teorías y conceptos, hasta la asignación de fondos económicos e inversiones, pasando por el cuasi–monopolio de medios de difusión y educación tecnológica. Su articulación es heterogénea, compleja y supone el control de la distribución del prestigio y el reconocimiento. En efecto, resulta representativo de la complejidad de estos mecanismos el hecho de que algunos de los más importantes importadores de teorías y conceptos son académicos del "Sur" formados en el "Norte". A los fines de este capítulo resulta especialmente relevante la lógica de división del trabajo intelectual del campo internacional de las ciencias sociales con la que estos mecanismos se entrelazan, y que a la vez refuerzan. Esta asigna la producción de teoría a los campos académicos centrales, mientras que el trabajo empírico es atribuido a los campos periféricos (Alatas, 2014: 34; Vessuri, 2014: 46; Beigel, Gallardo, Bekerman, 2018).

Con respecto a esta dimensión de la dependencia académica, el trabajo de Bourdieu y Wacquant "sobre las astucias de la razón imperialista" resulta ineludible (2005). Para estos autores, uno de los mecanismos centrales del imperialismo cultural es la universalización de enfoques vinculados a, y elaborados en función de, un espacio sociohistórico específico, a través de la negación de su particularismo. De esa manera, temas, problemas y conceptos son exportados desde las metrópolis totalmente deshistorizados, reproduciendo el imperialismo cultural de manera compleja y sutil. En este sentido, el trabajo de teorización representa una dimensión particular de este mecanismo, ya que permite redoblar la universalización a través del efecto de ruptura con el contexto que acompaña a la reflexión teórica.[7] De esta manera, la división internacional del trabajo intelectual que asigna la producción teórica al "Norte" y el trabajo empírico al "Sur" resulta crucial para reproducir las relaciones de dependencia académica.[8]

---

7 En este sentido, es interesante recuperar una breve reflexión de Sidicaro (1992) respecto del auge del estructural funcionalismo *parsoniano*. De acuerdo con el autor, más allá de cualquier explicación "contextualista", el alto nivel de abstracción teórica del enfoque es un aspecto clave de su transformación en el lenguaje compartido de la comunidad sociológica internacional a mediados del siglo XX.

8 Para un análisis de la circulación del artículo de Bourdieu y Wacquant en los campos académicos angloparlantes y en América Latina, ver Beigel (2009). De acuerdo con la autora, a pesar de las críticas que el artículo formula a la univer-

Si seguimos los planteamientos de Bourdieu y Wacquant, así como los de Alatas (2014), es posible identificar dos niveles, planos o dimensiones del mundo académico-intelectual en los que opera la dependencia. Uno de esos niveles es el estructural, integrado por instituciones, regulaciones y circuitos que habilitan una mayor circulación de ciertas ideas en determinada dirección, promueven o excluyen investigaciones y enfoques e intervienen en la distribución de prestigio y reconocimiento. Un segundo plano, profundamente entrelazado con el anterior, pero que considero que goza de una autonomía relativa, es el de las ideas mismas. Esta dimensión remite a las características de los conceptos y problemas, es decir, a sus dimensiones, tensiones y articulaciones mutuas, cuya configuración se entrelaza de forma compleja, heterogénea y sutil con los mecanismos institucionales. En este nivel el análisis crítico de teorías, principalmente de sus presupuestos fundamentales, resulta clave para la elaboración de una sociología sensible al problema de la dependencia académica en el nivel intelectual.[9]

En el presente trabajo, entonces, quisiera proponer un abordaje del imperativo de legitimación de la producción de teoría, centrado en una crítica de los presupuestos –valga la redundancia– teóricos que lo sustentan. La división del trabajo intelectual entre centro/teoría/universalismo y periferia/empiria/particularismo es en sí misma una observación sociológica que, como cualquiera de esas observaciones, pone en juego presupuestos teóricos. Por lo tanto, considero necesario analizar de qué manera esos presupuestos dan lugar a formas específicas de jerarquización, según las cuales las teorías del "Sur" quedan ligadas de distintas formas a un punto de vista particularista incapaz de ofrecer una caracterización de las sociedades contemporáneas de alcance universal. Como analizo en los próximos apartados, uno de los presupuestos que sustenta esas

---

salización de las categorías de los estudios raciales producidos en Estados Unidos, Bourdieu y Wacquant ignoran las investigaciones producidas en la periferia que mucho antes que ellos critican el uso de esas categorías. En este sentido, remarca que la dependencia académica trasciende el problema de la importación acrítica de conceptos y también supone una circulación restringida de las producciones de la periferia (Beigel, 2016).

9 Vale aclarar que esto no supone que todos los enfoques, conceptos y problemas que circulan en los campos periféricos sean importados acríticamente de los campos académicos del centro, sino que la actividad intelectual de los primeros se encuentra atravesada por la dependencia. En otras palabras, la relación de dependencia –especialmente en relación con los circuitos de consagración, de acuerdo con Beigel (2016)– es un aspecto ineludible. En este trabajo, como he señalado, no me ocuparé de los mecanismos institucionales, sino de los presupuestos teóricos con los que se entrelaza en un nivel teórico-intelectual.

operaciones de jerarquización subordinante es una forma específica de entender la "totalidad".[10]

B) LA TOTALIDAD COMO PRESUPUESTO DEL IMPERATIVO DE LEGITIMACIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE TEORÍA EN EL "SUR"

Resulta innegable que el problema de la totalidad acompaña a la sociología desde sus inicios, en particular, a través de los enfoques holistas.[11] En efecto, en el pensamiento de Saint–Simon (1983 [1819]; 1985 [1824]) y Comte (1980 [1830]), representantes del primer positivismo sociológico, la conceptualización sobre lo social supone el intento de captar la sociedad como una totalidad integrada por instituciones, una forma de actividad característica, un tipo de pensamiento y, fundamentalmente, un fin histórico-social que articula todas estas instancias –la actividad industrial y el dominio de la naturaleza–. En ambos casos, los autores pivotean sobre una concepción totalizante de lo histórico-social, a partir de la cual diagnostican el estado de crisis de la Francia post-revolucionaria. Para los dos, este se vincula con "elementos sociales" –en Saint-Simon, el gobierno y en Comte, la forma de conocimiento preponderante– que mantienen tensiones con los demás, provocando un efecto de inadecuación entre "partes" que desemboca en un estado de desorden. La crisis, entonces, solo puede superarse en la medida en que la legalidad de la totalidad societal que esos elementos integran, sea captada como tal por el conocimiento

---

10 Al proponer el estudio de la totalidad como presupuesto teórico sobre el que se asientan las observaciones respecto de la división internacional del trabajo intelectual, me apoyo en el enfoque metodológico que Bialakowsky denomina "abordaje problemático" (2013). De acuerdo con este enfoque, es posible realizar estudios de teoría sociológica que tomen como objeto de estudio distintos presupuestos teóricos y abordarlos como problemas con múltiples dimensiones y aristas, que emergen del propio trabajo analítico que se despliega en la investigación. Así, habilita la posibilidad de realizar estudios comparativos de distintas teorías, colocando en el centro del análisis las características que asume un mismo problema —sus tensiones inherentes, sus vínculos con otros problemas, etc.—. Carece de sentido hacer aquí una exposición detallada del enfoque. Basta con remarcar que en el presente trabajo entenderé la totalidad como un problema de la teoría sociológica en el sentido que acabo de mencionar. Por lo tanto, lo trataré como un presupuesto con respecto al cual es plausible desplegar un análisis que identifique las características de sus múltiples dimensiones y, fundamentalmente, su impacto en otros problemas, preguntas y en el modo en que realizan sus observaciones distintos enfoques de las ciencias sociales.

11 De acuerdo con Jay (1984: 21) se trata de un problema que también se encuentra presente en gran parte del pensamiento occidental. En el presente trabajo, me limitaré a comentar brevemente su presencia en la tradición sociológica. Esto, por supuesto, excluye a todas aquellas sociologías vinculadas a la tradición del individualismo metodológico, donde el problema es descartado por principios epistemológicos.

científico y se opere políticamente desde ese saber para armonizar e integrar sus elementos.[12]

En el caso de Durkheim, también es posible encontrar una fuerte impronta totalizante en su enfoque. Principalmente, en *La división del trabajo social* (1967 [1893]), donde la relación entre las partes y el todo es problematizada con el concepto de "función", a partir de la investigación sobre el modo en que la división del trabajo produce un tipo de solidaridad entre "partes" diferentes entre sí. Por otro lado, en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1993 [1912]) la totalidad emerge a través del estudio del modo en que la sociedad se representa a sí misma como grupo en rituales, prácticas e instituciones religiosas. Finalmente, en *Lecciones de Sociología* (2003 [1912]) el orden político democrático, el Estado y las corporaciones son problematizados como elementos de una totalidad societal en la que cumplen una función específica, que en sus formas normales colabora con la reproducción del orden social.

El materialismo histórico, por su parte, también tiene como presupuesto una pregunta por la totalidad, ya que presenta un abordaje de la sociedad como "totalidad histórica". Esto se expresa en dos dimensiones del enfoque. En primer lugar, en su dimensión descriptiva de, por un lado, los elementos que conforman una sociedad: para el materialismo histórico cada una de las partes que la integran –particularmente sus clases– solo pueden ser entendidas en función de las relaciones –especialmente de contradicción– que mantienen entre sí. Por otro lado, en su descripción del alcance mundial-universal del modo de producción capitalista (Marx & Engels, 1985 [1845-1846]). En esta caracterización, las sociedades que integran el mercado mundial y que no han adoptado de forma plena las relaciones de producción capitalistas se presentan como "partes" que, eventualmente pero de forma inevitable, quedarán subsumidas a la lógica totalizante del mercado mundial. En segundo lugar, la totalidad en este enfoque también se presenta como un presupuesto central de su dimensión nor-

---

12 Así, Saint-Simon afirma: "Las bases de un nuevo sistema son pues, de un lado, un estado de civilización que proporciona a los hombres los medios de emplear sus fuerzas de modo que resulte útil a los demás y provechoso para ellos mismos. Y de otra parte, un estado de ilustración del que resulte que la sociedad, al conocer los medios que debe emplear para mejorar su destino, puede guiarse de acuerdo con los principios, y sin necesidad de confiar poderes arbitrarios a quienes encarga la administración de sus asuntos" (1983: 159). Por su parte, Comte señala "[La] revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente cumplida: solo resta, como ya he explicado, completar la filosofía positiva abarcando también los fenómenos sociales y a continuación resumirla en un solo cuerpo de doctrina homogénea. Cuando este doble trabajo esté suficientemente avanzado, el triunfo de la filosofía positiva se realizará espontáneamente y se restablecerá el orden en la sociedad" (1980: 46).

mativa, puesto que la revolución comunista vendría a instaurar una vida social en la que las partes que integran la sociedad se reconcilian entre sí y consigo mismas (Jay, 1984: 23).[13]

No es posible reconstruir aquí el modo en que el problema de la totalidad se aborda en toda la tradición sociológica clásica y contemporánea.[14] A los fines de este trabajo, basta con remarcar dos cuestiones. En primer lugar, como ya indicamos, que la totalidad como presupuesto teórico y problema acompaña a la disciplina desde sus inicios bajo distintas formas. En segundo término que, en ese contexto, resulta de especial interés para este capítulo su presencia como presupuesto fundamental de la concepción de la división del trabajo intelectual que asigna al centro la teoría y el universalismo y a la periferia, la empiria y el particularismo.

Este modo de entender la división internacional del trabajo intelectual es una observación sociológica que describe las relaciones entre distintos espacios de producción académica distribuidos por todo el mundo. Tal como la hemos caracterizado, esta observación presenta el campo de las ciencias sociales como un campo único de alcance internacional que entrelaza distintas "partes" bajo una lógica que las ordena y las jerarquiza. Así, a algunas "partes" se les asigna una posición que habilita y legitima un punto de vista de alcance universal, mientras que otras quedan limitadas a una mirada particularista y, muchas veces, degradada.

En este sentido, quiero sostener que la división del trabajo intelectual entre centro/teoría/universalismo y periferia/empiria/particularismo, en tanto observación sociológica, tiene como presupuesto que *centro y periferia conforman, precisamente, una totalidad en la que cada una de sus partes participan, se integran, se entrelazan de una manera específica*. Si aceptamos que este es uno de los presupuestos

13 De acuerdo con Jay, el punto de intersección entre la dimensión descriptiva y normativa de la totalidad es la práctica revolucionaria, es decir, la descripción de la totalidad histórica como forma de participación activa en su movimiento hacia una transformación revolucionaria de la sociedad (Jay, 1984: 64-65).

14 Actualmente no existen estudios sistemáticos sobre el problema que analicen toda la tradición sociológica. Sin embargo, una serie de trabajos permiten una primera aproximación al problema y su relación con la sociología y las ciencias sociales en general. Para un abordaje sobre la relación entre totalidad y distintos enfoques sociológicos sobre el cambio social, ver Torres (2011); para una crítica del postmodernismo y una propuesta de recuperación del concepto de "totalidad concreta" de Marx como fundamento para la crítica, ver De la Garza Toledo (1993); con respecto a la posibilidad de proponer un abordaje totalizante de lo social en el marco de las ciencias sociales, ver la discusión entre Dahrendorf, Habermas y Popper (2008); finalmente, para un análisis de la totalidad como perspectiva de conocimiento ver Zemelman (1987).

fundamentales de esta observación, emergen múltiples interrogantes. ¿Qué concepto de totalidad pone en juego esta afirmación? ¿Cómo se relaciona con una lógica de división del trabajo intelectual que asigna a los centros académicos del "Norte" la legitimidad para producir teoría, mientras que el "Sur", cuando no se lo limita a participar como fuente de datos empíricos, debe someterse al imperativo del legitimar su producción teórica una y otra vez? ¿Cuál es la lógica que subyace al modo de entender la relación entre las distintas partes que integran el campo internacional de producción sociológica como una totalidad?

Pues bien, para abordar estos interrogantes, voy a apoyarme en una serie de trabajos de Boaventura de Sousa Santos y Aníbal Quijano. Ambos autores han formulado extensas críticas al modo de entender la totalidad que, entiendo, opera como presupuesto de la división internacional del trabajo intelectual que sustenta el imperativo de legitimación teórica.[15] A través de sus reflexiones, intentaré proponer que el imperativo de legitimación de la producción teórica que se descarga sobre el "Sur" tiene como presupuesto fundamental una concepción específica de "totalidad" que ambos autores entienden como "eurocéntrica". Esta, como veremos, puede ser entendida como el núcleo de los argumentos a partir de los cuales se caracteriza a una perspectiva teórica anclada en una región periférica –como espacio-tiempo de producción o como objeto de estudio– en tanto visión particularista jerárquicamente inferior, residual o, en el mejor de los casos, parcial o complementaria, respecto de las perspectivas elaboradas en el "Norte".

Asimismo, de forma directamente relacionada con estas críticas a la concepción eurocéntrica de totalidad, pretendo delimitar un tipo de trabajo teórico específico que permita reivindicar el punto de vista del "Sur" como un enfoque que no necesariamente debe agotarse en una mirada particularista o local. Por el contrario, quiero proponer que es posible disputar el universalismo de las teorías del "Norte" sin renunciar a un enfoque totalizante sobre lo social y sin, a la vez, ignorar los diferenciales de poder que caracterizan los vínculos entre centro y periferia. Como intentaré demostrar a través de este capítulo, esta reivindicación solo puede realizarse si la crítica al concepto eurocéntrico de totalidad es acompañada por el despliegue de un

---

15 Además de tratarse de autores cuyas reflexiones resultan sumamente relevantes para los interrogantes de este capítulo, la indagación de sus enfoques se enmarca en un proyecto de investigación más amplio sobre la relación entre comunidad y emancipación en la teoría sociológica. En mi tesis de maestría analicé estos problemas en la obra de Boaventura de Sousa Santos (Álvarez Ruiz, 2016) y actualmente me encuentro trabajando en una tesis doctoral que los aborda en las sociologías de Aníbal Quijano.

modo de entender la totalidad como una totalidad histórica y estructuralmente heterogénea.

En este sentido, me interesa refutar la idea de que proponer estudios de "teoría sociológica latinoamericana" supone limitarse al análisis de enfoques "locales" o "particularistas" a los que no se les puede atribuir el mismo estatus teórico que a las producciones del "Norte", dado que no tendrían alcance universal. La producción de lo "autóctono" o de la "autoctonía" es una dimensión clave de los modos en que la dependencia académica se expresa, por lo que resulta fundamental discutir la pretensión universalista de las teorías del "Norte" intentando a la vez no producir un lugar de enunciación para las teorías de "Sur" que las presente como particularismos (Patel, 2014).

Concluida esta extensa introducción, el resto del capítulo se encuentra organizado de la siguiente manera. En primer lugar, me acerco a la crítica de la concepción eurocéntrica de la totalidad presente en la sociología de Boaventura de Sousa Santos, particularmente a las operaciones vinculadas a la "lógica de la escala dominante" que se desprenden de ella. En segundo término, a partir de interrogantes planteados al enfoque de Santos, abordaré la crítica de Aníbal Quijano, otorgando especial atención al concepto de "heterogeneidad histórico-estructural" y al tipo de trabajo teórico que despliega a través de sus análisis. Finalmente, tomando como eje la propuesta crítica de este último y su contraste con la de Santos, intentaré delimitar un espacio de reflexión teórica que se desmarque del imperativo de legitimación de la producción de teoría, así como un método de trabajo teórico-analítico entrelazado con ese espacio de reflexión. De esa manera, entiendo, se habilita la posibilidad de realizar estudios sobre teoría latinoamericana –y del "Sur" en general– que en su propio despliegue reivindiquen el punto de vista de la periferia como aquel que puede dar cuenta de una totalidad histórico-social heterogénea, contradictoria y conflictiva.

II. LA CRÍTICA A LA TOTALIDAD EUROCÉNTRICA EN BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS: DE LA "LÓGICA DE LA ESCALA DOMINANTE" A LA COEXISTENCIA DE MÚLTIPLES TOTALIDADES

El pensamiento de Boaventura de Sousa Santos tiene como premisa un problema "práctico" que el autor considera fundamental y urgente: la necesidad de reformular el modo en que concebimos alternativas para la crisis en que se encuentran subsumidas las sociedades contemporáneas. Esta premisa se desprende de cierto diagnóstico de época, según el cual los problemas epocales fundamentales no se encuentran vinculados exclusivamente a un modo de producción o una

forma de organización política. Por el contrario, refieren a la crisis del paradigma sociocultural que las enmarca: la modernidad occidental (Santos, 2006).

A los fines de este trabajo, no es necesario reconstruir todas las dimensiones del diagnóstico que formula el autor.[16] Resulta suficiente señalar dos de ellas. Primero, el conocimiento moderno –entendido en términos amplios, no solo como conocimiento científico, sino como "modo de percibir el mundo"– es un conocimiento que produce la no-existencia de múltiples experiencias y, de esa manera, crea y reproduce distintas formas de poder social.[17] Esto implica que gran parte de los problemas de las sociedades contemporáneas se asientan en una crisis epistemológica. Esto conduce a la segunda dimensión: es necesario indagar en las experiencias producidas como no-existentes por el conocimiento moderno para encontrar alternativas que permitan afrontar los problemas contemporáneos. Además de permitir la recuperación de formas de conocimiento, prácticas productivas y formas de organización política y jurídicas alternativas a las ofrecidas por la modernidad occidental, estas indagaciones operan como un acto de "justicia cognitiva" por derecho propio (Santos, 2010: 37).

Ahora bien ¿de qué forma opera el pensamiento moderno occidental y por qué tiene sentido vincularlo con el imperativo de legitimación de la producción teórica en el "Sur"? Para Santos, esta forma de pensamiento descansa en una racionalidad específica que se ha tornado hegemónica. Siguiendo a Leibniz, Santos llama a esa racionalidad "razón indolente". Esta se expresa de cuatro formas distintas, que a su manera, operan creando y legitimando diversas formas de poder social. La primera de ellas es la "impotencia", es decir, a través de la idea de que no es posible concebir ni operar sobre el mundo por fuera de lógicas que lo rigen desde fuera –el determinismo es la manifestación cabal de la "razón impotente"–; la segunda es la "arrogancia", que se revela en la representación de la razón incondicionalmente libre –el "libre arbitrio" es una de sus expresiones–; la tercera es la "razón proléptica", que presenta el futuro como una superación lineal, automática e infinita del presente, por lo que no es necesario pensarlo

16 Para una descripción completa de la crisis del paradigma sociocultural de la modernidad, tal como la entiende Santos, ver (2009b). Para un análisis extendido de los fundamentos teóricos de su enfoque crítico, ver Álvarez Ruiz (2016). Para una versión acotada de ese análisis, ver Álvarez Ruiz (2017).

17 En algunos trabajos muy reconocidos de Santos (vgr. 2000), estas operaciones epistemológicas asociadas a la modernidad son presentadas a través de una de sus consecuencias: el "desperdicio de la experiencia". En este sentido, entiendo que la "producción de no-existencia" y el "desperdicio de la experiencia" no son términos antagónicos ni tampoco equivalentes, sino complementarios.

o discutirlo; y, por último, se encuentra la "razón metonímica", que es el procedimiento cognitivo a partir del cual el pensamiento moderno occidental se reivindica como único y, por lo tanto, legitima la ignorancia de otras racionalidades o su apropiación como una suerte de "materia prima" (Santos, 2009a: 101).

A Santos le interesa criticar y discutir particularmente las operaciones cognitivas orientadas por la "razón proléptica" y la "razón metonímica". Esto se debe, por un lado, a que considera que la "impotencia" y la "arrogancia" del pensamiento moderno han sido mucho más discutidas que las otras dos. Por el otro, más importante aún, se debe a que la crítica de los procedimientos de la "razón proléptica" y la "razón metonímica" son la "llave" para formular alternativas al paradigma sociocultural moderno (2009a: 102).

De acuerdo con su enfoque, el modo en que el paradigma sociocultural moderno se entrelaza con distintas formas de poder social está fuertemente vinculado a perspectivas sobre el espacio y el tiempo.[18] En ese sentido, su crítica implica "despensar" las maneras en que se "expande el futuro" –"razón proléptica"– y "contrae el presente" –"razón metonímica"–. En el primer caso, se obturan las posibilidades de volver al futuro "objeto de cuidado" y espacio en el cual se imaginan formas de vida alternativas a las actuales, vinculadas a la solidaridad y el reconocimiento. En el segundo, se excluye de la contemporaneidad, es decir, del aquí y ahora, una enorme cantidad de experiencias sociales, lo cual legitima y refuerza la idea de que no existen alternativas a lo existente (2009a: 99). Dada la propuesta de este trabajo, voy a concentrarme en la caracterización y crítica de la "razón metonímica". En sus procedimientos, se revelan las claves para criticar el imperativo de legitimación de la producción e investigación teórica en la periferia.

Tal como indiqué más arriba, la "razón metonímica" expresa la indolencia de la razón moderna a través de la reivindicación del pensamiento moderno occidental como única forma de racionalidad, que ignora otras formas o las convierte en "insumo" apropiable. Pues bien, de acuerdo con el autor, estas operaciones tienen como fundamento un *concepto de totalidad que presenta la relación entre parte y todo como orden*, es decir que, bajo esta lógica totalizante, "no hay comprensión ni acción que no se refiera a un todo, el cual tiene primacía absoluta sobre cada una de las partes que lo componen (...) Las variaciones

---

18 En este sentido, las afirmaciones de Santos se vinculan con el abordaje de Giddens sobre la modernidad. De acuerdo con este autor, el "vaciamiento" del espacio y del tiempo habilita procesos de desanclaje que reconfiguran la formas de poder y su circulación (Giddens, 1990).

posibles del movimiento de las partes no afectan al todo y son vistas como particularidades" (2009a: 103).

Las expresiones más cabales de la "razón metonímica" son las dicotomías, ya que combinan la simetría con la jerarquía. Así, la simetría entre las partes siempre oculta una relación vertical. En este sentido, todas las dicotomías contienen un elemento que representa el "todo", es decir, que se reclama como referente de los demás, y una "parte" que, en función de ese "todo", es jerarquizada como inferior. Los ejemplos de más resonancia son: cultura científica/cultura literaria, ciencia/tradición, civilizado/primitivo, blanco/negro, hombre/mujer y occidente/oriente, entre otras que menciona el autor (2009a: 104).[19] En relación con las preguntas de este trabajo, también resultan relevantes dos dicotomías fundamentales involucradas en la pregunta por la producción de teoría en el "Sur": centro/periferia y teoría/empiria.

En el presupuesto de la construcción de las dicotomías como expresión de la "razón metonímica", se encuentran cinco lógicas o modos de producción de no-existencia de las particularidades. La primera de ellas es la "monocultura del saber y del rigor del saber". De acuerdo con esta lógica, el pensamiento moderno presenta a la ciencia y la alta cultura como criterios únicos de verdad y de calidad estética. La no-existencia es producida como "ignorancia" o "incultura". La segunda lógica es la "monocultura del tiempo lineal", según la cual la historia es presentada con un sentido y una dirección únicos. Aquello no-existente es producido como "atrasado", "premoderno", "tradicional", "subdesarrollado", etc. (2009a: 110). Para Santos, esta lógica de producción de no-existencia es clave en el pensamiento moderno, ya que, como he mencionado, la "contracción del presente", entendida como exclusión de la contemporaneidad de saberes, prácticas o experiencias, es uno de los modos más importantes a través de los cuales se crean y reproducen formas de poder social.[20]

La tercera lógica de producción de no-existencia es la "lógica de la clasificación social", cuyo fundamento es la "monocultura de la naturalización de las diferencias". De acuerdo con esta lógica, los sujetos y los grupos son distribuidos y clasificados por categorías que natura-

19 Para una crítica de las dicotomías fundamentales de la teoría sociológica desde una estrategia de lectura deconstructiva, ver el capítulo de Daniel Alvaro en este mismo volumen.

20 Para una crítica de la "contracción del presente" en el campo de la teoría sociológica enfocada en el problema de la negación de la simultaneidad y la coexistencia temporal entre "Norte" y "Sur", ver el capítulo de Bialakowsky y Blanco en este libro. Allí, a los estudios de "recepción" de conceptos se contrapone un "abordaje simultáneo" de teorías que establece puntos de contacto entre enfoques del "Norte" y del "Sur".

lizan jerarquías. La producción de no-existencia se da bajo la forma de lo "inferior". El cuarto modo de producción de no-existencia se basa en la "lógica productivista", según la cual el crecimiento económico es un objetivo racional incuestionable. De esa manera, produce no-existencia bajo la forma de "improductividad" (2009a: 111). Por último, pero de especial interés para este trabajo, se encuentra la *"lógica de la escala dominante"*. Este modo de producción de no-existencia se basa en la adopción de una escala como primordial, por lo cual todas las demás son identificadas como irrelevantes. En la modernidad occidental, el universalismo y lo global se presentan como escalas a partir de las cuales se descontextualiza entidades, realidades, saberes o experiencias y, a su vez, se contextualiza, localiza, particulariza y jerarquiza como inferiores a otras. Para Santos, el ejemplo más importante de la lógica de la escala dominante es la globalización. Esta representa una escala a partir de la cual se privilegian todas las entidades, realidades, saberes o experiencias que se extienden por todo el mundo, y operan como referencia a partir de la cual se designa como local o particular a otras entidades, realidades, saberes o experiencias. Así, la no-existencia es producida como "local" o "particular", lo cual implica que no sea concebida como alternativa a lo que existe en un plano universal (2009a: 111).

Hecha la reconstrucción de la crítica de Santos a la "totalidad eurocéntrica" y de las lógicas de producción de no-existencia con las que se entrelaza, resulta factible volver sobre la discusión del imperativo de legitimación de la producción teórica. Siguiendo la propuesta del autor, la necesidad de legitimar la producción teórica de las regiones periféricas radica en las operaciones que impulsa la "razón metonímica" y la concepción de totalidad que la subyace. De acuerdo con esta, no es posible concebir la existencia de partes que integran un todo sin subsumirse a una lógica universal que explica sus movimientos y sin la cual su existencia carece de sentido. Así, la afirmación de que las teorías producidas en el "Sur" representan expresiones particulares o locales de una sociología universal aparece profundamente entrelazada a este modo de entender la totalidad.

En este sentido, la "lógica de la escala dominante" resulta especialmente relevante para comprender el modo en que la producción teórica del "Sur" es caracterizada y clasificada. Me interesa remarcar el peso específico de este modo de producción de no-existencia. Más allá de la importancia que siempre ha tenido –y aún tiene– lo que Santos entiende como la "monocultura del tiempo lineal" en la caracterización de las teorías del "Sur" como retrasadas, subdesarrolladas o meras importadoras de conceptos del "Norte", la "lógica de la escala dominante" tiene un peso específico como presupuesto de la

división internacional del trabajo intelectual que asigna al centro la producción de teoría y a la periferia el trabajo empírico. Así, además de presentarse como un espacio-tiempo atrasado respecto de la temporalidad que delimita el centro, la periferia representa una variación "particular" o "local" de un "todo" de alcance "universal", que opera como punto de referencia a partir del cual se jerarquiza a las partes.

La producción de lo "local" o "particular", entonces, resulta un aspecto clave de las lógicas que obturan y ocultan la producción teórica de los campos académicos de la periferia. En esta línea, resulta interesante volver a recuperar las posiciones de Patel (2014) sobre la producción de lo "autóctono" y la "autoctonía" como estrategias clave de los centros de poder para producir y reproducir su posición dominante. De acuerdo con esta socióloga india, la producción de la "autoctonía" o lo "autóctono", especialmente en el plano del conocimiento, supone un reconocimiento de la diversidad del mundo, pero que mantiene intacta la imposibilidad de lo "local" o "particular" de presentarse como un espacio o punto de vista con pretensiones universalistas. De esa manera, incluso cuando se reconoce la producción sociológica de la periferia como una producción "autóctona", la sociología del "Sur" queda atrapada en una posición particularista producida por el poder.

Por su parte, ante las lógicas de producción de lo no-existente –entre ellas, la "lógica de la escala dominante"–, Santos propone impulsar una epistemología crítica, particularmente lo que denomina como una "sociología de las ausencias", que tiene como objetivo visibilizar y recuperar todo aquello que el pensamiento moderno occidental ha descartado.[21] Esta propuesta de una nueva sociología se fundamenta en lo que en otra parte he denominado como una "epistemología de la solidaridad y el reconocimiento" (Álvarez Ruiz, 2017). El presupuesto normativo fundamental de esta epistemología es el principio de comunidad, que promueve relaciones solidarias y de reconocimiento con todo aquello que la modernidad ha ocultado o descartado. Así, la sociología pasa de ser una disciplina dedicada principalmente a identificar regularidades del mundo social con el objetivo de dominarlo, para transformarse en una herramienta epistemológica crítica destinada a promover la emancipación social.

---

21 Contra la lógica de la "razón proléptica", Santos propone una "sociología de las emergencias". Dado que el presente trabajo no aborda las reflexiones de Santos en torno a esa dimensión de la "razón indolente", no me detendré en la "sociología de las emergencias" y su potencial crítico. Sin embargo, cabe remarcar que, de acuerdo con el autor, un trabajo crítico-epistemológico que permita impulsar una transición hacia un nuevo paradigma sociocultural supone un una investigación de aquellos elementos de la contemporaneidad que habiliten reformular la percepción sobre el futuro (2009a: 126-132).

De esta manera, la "sociología de las ausencias" permite "expandir el presente" en dos sentidos. Por un lado, revela que la experiencia del mundo es mucho más heterogénea y rica de lo que el pensamiento moderno está dispuesto a reconocer. Por el otro, en el reconocimiento de esta diversidad de experiencias y prácticas –sobre el conocimiento, el tiempo, el espacio, las diferencias y la producción– brinda herramientas para enfrentar los problemas de las sociedades contemporáneas. En conjunto, esto supone la realización de actos de "justicia cognitiva" que permiten avanzar hacia la conformación de una racionalidad alternativa a la indolente, que Santos denomina "razón cosmopolita" (Santos, 2009a: 99-100).

Para esto, propone la constitución de "cinco ecologías" que confrontan con las "monoculturas" a través de la construcción de cinco espacios-tiempo que habilitan la recuperación y coexistencia de todo aquello que el pensamiento moderno produjo como no-existente. Estas son: la "ecología de saberes", la "ecología de las temporalidades", la "ecología de los reconocimientos", la "ecología de las productividades" y, en confrontación con la "lógica de la escala dominante", la "ecología de las transescalas". La constitución de esta última supone la recuperación de "aspiraciones universales ocultas y de escalas locales/globales alternativas" (2009a: 121), es decir, la conformación de un espacio-tiempo en el que entidades, saberes, experiencias y prácticas producidas como "locales" o "particulares" puedan "globalizarse" de forma autónoma, pero sin producir nuevas localidades no-existentes, sino aspirando a conformar una "globalización alternativa" en la que una "pluralidad de totalidades heterogéneas" puedan coexistir (2009a: 122-123).[22]

Como se puede observar, de estas ideas no solo se deriva una crítica a la concepción de la totalidad que opera como presupuesto para el imperativo de legitimación de la producción de teoría en la periferia, sino también una propuesta superadora de ese enfoque sobre la totalidad y de las lógicas de producción de no-existencia que se desprenden de ella. En este sentido, el despliegue de una "sociología de las ausencias" al servicio de la reivindicación de la producción de teoría

---

22 Para conformar una "globalización alternativa", Santos propone impulsar procesos de "globalización contrahegemónica". Estos procesos suponen el entrelazamiento de movimientos alternativos locales que la forma de "globalización hegemónica" –la globalización neoliberal– produce como no-existentes. Por otra parte, el despliegue de una "globalización alternativa" también supone el desarrollo de herramientas de traducción. Para un estudio detallado de los procesos de globalización desde el enfoque de este autor, ver Santos (2003). Con respecto al trabajo de "traducción" que implica el desarrollo de una "globalización alternativa", así como cualquier otra ecología, consultar Santos (2009a: 135-151).

en el "Sur" implica recuperar las elaboraciones teóricas de la periferia y colocarlas en pie de igualdad con las del "Norte". En otras palabras, supone su reivindicación como un punto de vista totalizante por derecho propio, pero que no tiene como fin subsumir bajo su lógica a otras entidades, espacios y tiempos con pretensiones de universalidad. Por lo tanto, la recuperación de la teoría del "Sur" es en sí mismo un acto de "justicia cognitiva" que, al sacar de la no-existencia a toda una serie de saberes y experiencias, los vuelve objeto de discusión y disputa política. Tal como indica el propio Santos, no se trata de construir un nuevo relativismo, sino de "una ampliación de la conversación de la humanidad", al decir de Dewey (2009a: 122).

Al arribar a este punto, entonces, cabe preguntarse en qué sentido la propuesta de Santos resulta relevante para una crítica de la división internacional del trabajo intelectual que obtura y oculta la producción de teoría de la periferia. En principio, creo que es posible afirmar que su enfoque resulta sumamente relevante y fructífero para formular una crítica al imperativo de legitimación de la producción de teoría en el "Sur". En esa dirección, su crítica al modo de entender la totalidad característico del pensamiento moderno explica con creces uno de los fundamentos del imperativo, así como también el modo en que la división internacional del trabajo intelectual que lo sustenta se reproduce como forma de observación sociológica.

Sin embargo, considero que su propuesta superadora basada en la construcción de una "racionalidad alternativa", impulsada a través de herramientas crítico-epistemológicas, como la "sociología de las ausencias", deja abiertos algunos interrogantes. Con respecto a la "ecología de las transescalas" específicamente –aunque la crítica podría extenderse al resto de las "ecologías"–, cabe preguntarse si la mera reivindicación de una nueva relación entre lo local/global habilita un espacio en el que la teoría del "Sur" efectivamente pueda desplegarse como un punto de vista totalizante y autónomo. ¿Acaso esto no supone simplemente ignorar el diferencial de poder que produce lo local/particular como tal?

Cuando opone la concepción eurocéntrica de la totalidad y la posibilidad de una coexistencia de visiones totalizantes sin pretensiones de universalidad, Santos parece recurrir a una suerte de "voluntarismo teórico". Su propuesta omite que, para desactivar todo aquello que se desprende (tanto a nivel institucional, pero especialmente a nivel teórico) de la lógica de relación entre partes propuesta por la totalidad eurocéntrica, no basta con sugerir un cambio de presupuesto. Esto es particularmente problemático, ya que no queda claro por qué esa propuesta no sería obturada, invisibilizada o subordinada a través de las operaciones epistemológicas inherentes a la lógica totalizante

característica de la modernidad, operaciones que él mismo describe como constitutivas del paradigma sociocultural moderno.

Por el momento, me limitaré a dejar planteados estos interrogantes y avanzar sobre otra crítica al modo de entender la totalidad. Se trata de aquella desplegada en la sociología de Aníbal Quijano. Para este autor, el abordaje del problema de la totalidad también involucra una crítica a su carácter eurocéntrico, lo cual da lugar a una reformulación del modo en que se aborda la producción de conocimiento en el capitalismo global, moderno y eurocentrado. Como intentaré demostrar en las conclusiones, su enfoque habilita la construcción de un espacio de reflexión y de un trabajo teórico-analítico específico que permite trascender los puntos débiles de la propuesta de Santos y legitimar la producción teórica del "Sur" desde otro punto de vista.

III. ANÍBAL QUIJANO: DE LA TOTALIDAD EUROCÉNTRICA A LA HETEROGENEIDAD HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL PODER

El pensamiento de Aníbal Quijano es vasto, heterogéneo y aborda una multiplicidad de problemas. Sin embargo, es posible sostener que una preocupación corta transversalmente todos sus trabajos: la necesidad de desarrollar herramientas teórico-críticas que permitan dar cuenta del modo en que los problemas de las sociedades "periféricas" –o en términos de Santos, del "Sur"–[23] se enmarcan en un orden político, económico y cultural capitalista y global. De este modo, es

---

23 Es preciso detenerse en una diferencia entre los enfoques de Santos y Quijano respecto del modo en que delimitan las "geografías sociales", que en el marco de la sociedad mundial ocupan posiciones de subordinación, sea esta económica, política y/o cultural. Mientras que el primero, como he señalado desde el comienzo, designa estos espacios con el concepto de "Sur" –cuyo par opuesto es el "Norte"–, el segundo lo hace a través del concepto de "periferia" –cuyo par opuesto es el "centro"–. La utilización de estos conceptos se vincula con diferentes tradiciones teóricas y preocupaciones. El enfoque de Santos abreva de estudios de geografía social de la década del setenta, con el objetivo deliberado de reemplazar las metáforas temporales sobre lo social por metáforas espaciales. De acuerdo con el autor, esto permite captar la complejidad de las dinámicas sociales contemporáneas con mayor precisión (Santos, 1991). En el caso de Quijano, el uso del concepto de "periferia" se vincula de forma directa y explícita con los "debates dependentistas" de las décadas del sesenta y del setenta en América Latina, en los que intervino con múltiples trabajos (vgr. Quijano, 1973). Sus posicionamientos en estas discusiones, así como sus intervenciones posteriores en torno a la lógica del capitalismo global, no son homogéneos, por lo que el modo que ha entendido la "condición periférica" ha variado a lo largo de su obra. Por motivos de espacio no es posible ahondar en estas diferencias. Basta con señalar que, mientras que el concepto de "periferia" remite a una posición en la división internacional del trabajo –y todas sus implicancias–, el de "Sur"–tal como adelanté al comienzo– intenta abarcar ese problema, así como otras experiencias de subordinación que involucran la división del trabajo, pero la exceden.

importante remarcar que sus primeras investigaciones sociológicas relevantes, dedicadas al problema de la marginalidad y la urbanización en América Latina, tienen como marca distintiva la inserción de estas cuestiones en las discusiones dependentistas (Quijano, 1967a; 1967b; 1977 [1966]).[24]

De esta preocupación, entonces, se desprende que aquellos primeros trabajos, así como sus más recientes publicaciones, tienen como eje el intento de aprehender los problemas sociales como problemas "totales", es decir, como problemas imposibles de ser analizados en toda su complejidad a partir de su compartimentación –ya sea respecto de otros problemas o en las fronteras de un Estado-nación o de una región–. Esta impronta de su pensamiento se expresa con fuerza en su conocido y más reciente enfoque sobre la "colonialidad del poder" y, más precisamente, respecto de una cuestión de especial interés para este trabajo: su crítica a la "totalidad eurocéntrica", que opera como presupuesto del conocimiento moderno.

Su propuesta de una nueva concepción de totalidad como base para una racionalidad alternativa tiene como punto de partida una historización de la modernidad y su forma de racionalidad privilegiada. Esta historización es amplia y compleja. Sin embargo, basta con mencionar que, para Quijano, América Latina, el capitalismo y la modernidad emergen simultáneamente, constituyendo un patrón de poder mundial capitalista, que existe hasta nuestros días.[25] Así, el autor presenta a la modernidad no solo entrelazada con el capitalismo, sino también con el colonialismo.[26]

En este sentido, el colonialismo es presentado como un elemento que, históricamente invisibilizado o colocado en segundo plano, ocupa un lugar clave en su enfoque. Opera como una dimensión de la

---

24 Para una síntesis de sus aportes a las discusiones dependentistas, especialmente aquellos vinculados a la pregunta por la marginalidad, ver Svampa (2016: 215-225). Para un análisis general de su trayectoria intelectual y sus contribuciones teóricas fundamentales, ver Assis Clímaco (2014).

25 Para un análisis detallado de este proceso, ver Quijano (2011) y Quijano y Wallerstein (1992).

26 En este punto, los enfoques de Santos y Quijano tienen importantes puntos de contacto, puesto que para el primero la emergencia de la modernidad también es inseparable de su relación con el colonialismo. Esto no solo tiene que ver con el influjo de capitales que supuso la conquista y colonización de otras regiones del mundo, sino también con la constitución de una identidad europea, occidental y moderna en oposición a identidades geoculturales como América, África y Oriente (Santos, 2010). En el caso de Quijano, sin embargo, América Latina ocupa un lugar central, diferente del de Oriente o el de África. Esto se debe a que es a partir de América que emerge y se consolida la clasificación racial de la población mundial y la racialización de gran parte de las relaciones sociales (Quijano, 2011).

modernidad que no se extingue con la independencia política de las colonias, es decir, con el derrumbamiento de las estructuras de dominación y explotación controladas por las metrópolis fuera de su territorio. Por el contrario, se extiende hasta el presente como una forma de poder presente en cada uno de los ámbitos de la existencia social. En términos del autor, persiste como "colonialidad del poder", como elemento constitutivo de todas las relaciones sociales que emergen con la modernidad (Quijano, 2014a: 285).

La constitución de la modernidad y el capitalismo entrelazados con el colonialismo, supone cuatro procesos: (i) la emergencia de nuevas identidades societales y geoculturales, así como la consolidación de algunas más antiguas: indios, negros, amarillos; América Latina, África, lejano Oriente; (ii) la conformación de las correspondientes relaciones intersubjetivas entre estas nuevas identidades, que a lo largo del tiempo entrelazan las experiencias del colonialismo con las del capitalismo; (iii) la elaboración y consolidación de una forma de conocimiento afín a las necesidades cognitivas del capitalismo, es decir, caracterizada por la objetivación, la cuantificación, la externalización y, fundamentalmente, por su eurocentrismo; y, en relación directa con lo anterior, (iv) la presentación de Europa, la modernidad, el capitalismo y su forma de racionalidad como entidades autogeneradas, constituidas por fuera y con anterioridad a los vínculos de Europa con el resto del mundo. Esto último supone la invisibilización de las diferencias jerarquizantes producidas por la modernidad y el capitalismo en su despliegue histórico, inherentes a las nuevas identidades societales y geoculturales que funda.[27] En conjunto, estos cuatro procesos representan las dimensiones centrales de lo que el autor denomina "modernidad/racionalidad" (2014a: 286-287).

Ahora bien, la conformación de la "modernidad/racionalidad" como universo intersubjetivo supuso el despliegue de un modo de entender la totalidad según la cual el "todo" tiene primacía y continuidad sobre cada una de las "partes". De acuerdo con esta concepción, cada uno de los elementos que integran la "modernidad/racionalidad" y el capitalismo mundial como totalidad, se subsumen a una *lógica universal en la que las partes se vinculan con el todo de forma continua, unilineal, unidireccional –su movimiento es secundario, sin impacto sobre el todo– y se presentan como particularidades/ismos sin alcance universal* (2014: 296).

---

27 Estas diferencias jerarquizantes se expresan en algunas de las dicotomías fundamentales que funda la modernidad: irracionalidad/racionalidad, primitivo/civilizado, tradicional/moderno (Quijano, 2014: 287).

Por este motivo, todo aquello que la "modernidad/racionalidad" y el capitalismo enfrentan en su despliegue histórico se presenta subsumido a su lógica –o plausible de ser subsumido–, o como una variante particular de un movimiento universal. Este es el caso, por ejemplo, de la estructura social, las formas de conocimiento y las formas de trabajo presentes en América Latina cuando son presentadas como expresiones retrasadas o particulares de un movimiento histórico universal; o como elementos homogéneos que mantienen relaciones continuas entre sí.[28] De esta manera, es posible afirmar que en función de esta lógica totalizante, históricamente constituida como elemento fundamental de la "modernidad/racionalidad", las teorías producidas en la periferia pueden ser caracterizadas como perspectivas particularistas que deben responder al imperativo de legitimación que he mencionado más arriba.

Para Quijano, entonces, al igual que para Santos, la lógica de jerarquización y subordinación de las "partes" que presenta la totalidad eurocéntrica impacta de distintas maneras en el pensamiento moderno/occidental. Sin embargo, a diferencia del sociólogo portugués, que vincula esa lógica con la producción de no-existencia en distintos ámbitos, Quijano se concentra en cómo ha operado en tanto presupuesto del pensamiento moderno sobre lo social y lo político, distorsionando la experiencia histórica concreta. Esto se revela en dos importantes

---

28 De acuerdo con Quijano (2011), esta es la lógica que, con mayor o menor sutileza, operó como uno de los presupuestos centrales de los dos campos de debates más importantes de mediados de siglo XX en América Latina. Por un lado, en las discusiones respecto de la posibilidad de impulsar procesos desarrollo en la región, particularmente en los casos en que esta discusión se dio en el marco del paradigma de la modernización. Por el otro, en los debates que se dieron en el campo del materialismo histórico en torno a la posibilidad de un cambio social revolucionario. En el primer caso, la concepción de la relación entre la totalidad y las partes señalada se expresa en las descripciones que presentan a América Latina como un elemento retrasado o parcialmente evolucionado en relación con un patrón de modernización y desarrollo de alcance universal, que tiene al frente a Europa y Estados Unidos. En el caso de los debates del campo del materialismo histórico, se expresa en dos posiciones. En primer lugar, en aquella que considera necesaria una depuración de los elementos feudales de la sociedad a través de una revolución democrático-burguesa, para posteriormente agudizar la contradicción capital-trabajo y dar lugar a una revolución proletaria y socialista. En segundo término, en los enfoques en los que esa depuración previa no se considera necesaria, debido a que el modo de producción de la región es caracterizado como predominante capitalista. La concepción de la totalidad eurocéntrica opera como presupuesto de estas dos posiciones, ya que suponen una secuencialidad evolucionista en los elementos-momentos que integran la historia –del feudalismo al socialismo, pasando por el capitalismo– y homogeneidad-continuidad entre partes –el modo de producción de América Latina es el capitalismo, y por lo tanto la relación social predominante es la de capital-salario.

tradiciones ligadas a la "modernidad/racionalidad": la del liberalismo y la del materialismo histórico. La primera representa la concepción eurocentrista hegemónica sobre el poder, mientras que la segunda resulta su concepción subalterna.

En el caso del liberalismo, en un acto de simplificación cuanto menos polémico, toma como ejemplo representativo de toda la tradición la filosofía política de Thomas Hobbes. Esta, de acuerdo con su interpretación, presenta a las sociedades políticas como totalidades homogéneas, ya que se constituyen como tales en tanto estén organizadas en torno a las necesidades de la vida individual –el resguardo de los derechos naturales–. Así, los elementos que las integran –instituciones e individuos– se revelan como partes de un todo que guardan entre sí relaciones continuas, consistentes, lineales y unidireccionales (2014a: 289-290).[29]

En cuanto al materialismo histórico, sostiene que su relación con la totalidad eurocéntrica se revela principalmente en la prioridad teórica que asumen las relaciones de producción –las relaciones por el control del trabajo y sus productos, en sus propios términos–. Esta prioridad se expresa en la caracterización de los órdenes sociales como totalidades organizadas a través de una cadena de determinaciones, que toma como punto inicial el ámbito productivo y atraviesa a todos los demás –desde el doméstico, hasta el Estado, pasando por las representaciones sociales–. Por otro lado, señala que el materialismo histórico da por sentada la homogeneidad histórica del trabajo, el capital y el capitalismo, minimizando que se trata de fenómenos que en sus formas históricas concretas han articulado sus más diversas

29 Quijano no basa su caracterización del liberalismo en un análisis exhaustivo y sistemático sobre esta tradición –o si lo ha hecho, no llegó a publicar esta indagación antes de su fallecimiento, en mayo de 2018. En este sentido, me parece pertinente señalar que si bien considero adecuada su afirmación de que el modo eurocéntrico de entender la totalidad opera como presupuesto de la concepción de sociedad política y de poder de Hobbes, resulta un tanto apresurado afirmar sin más lo mismo respecto en toda la tradición liberal. Las reflexiones de Alexis de Tocqueville en torno a la lógica de la política democrática, solo por mencionar otro autor que integra el núcleo de esa tradición, tensionan y complejizan profundamente la concepción de totalidad que funciona como presupuesto del enfoque *hobbesiano*. No hay lugar para realizar un análisis pormenorizado aquí. Sin embargo, es posible afirmar que en *La democracia en América* (2007 [1835-1840]), la distribución del poder, así como el cambio y la reproducción de una sociedad política democrática, lejos se encuentran de seguir lógicas de continuidad, consistencia, linealidad y unidireccionalidad. En este sentido, al realizar una caracterización tan monolítica y homogeneizante del liberalismo, Quijano pareciera recaer en la lógica totalizante de la que se intenta desprender. Para un acercamiento a una historia del pensamiento liberal que da cuenta de sus dimensiones más relevantes y su heterogeneidad, ver Mannet (1990).

expresiones, por lo que están marcados por una profunda heterogeneidad (2014: 290).[30]

Ambas tradiciones, entonces, comparten un linaje eurocéntrico que tiene como núcleo la concepción eurocéntrica de totalidad.[31] En la interpretación de Quijano, tanto el liberalismo como el materialismo histórico toman como presupuesto de sus análisis la existencia de totalidades sociales configuradas por elementos históricamente homogéneos que guardan entre sí relaciones continuas y consistentes, así como lineales y unidireccionales. En consecuencia, indica, estas concepciones del poder no solo no reflejan la experiencia histórica concreta, sino que la distorsionan. Por lo tanto, señala que es necesario desplazar este abordaje de la totalidad y establecer modos de acercamiento a los procesos histórico-sociales que consideren su he-

---

30 La caracterización que el autor despliega respecto de la relación entre totalidad y materialismo histórico no resulta mucho menos monolítica que la que hace del vínculo entre totalidad y liberalismo. Aunque Quijano señala que el materialismo histórico es una posible interpretación entre muchas otras de la "heterogénea herencia de Marx" (2014: 290), su caracterización no deja de ser polémica, ya que parece minimizar la relevancia de lecturas críticas o heterodoxas que también se inscriben en esa tradición. Muchas de ellas han complejizado profundamente la "cadena de determinaciones" que va del ámbito productivo a todos los demás. Los aportes de la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, han dado cuenta de que el vínculo entre relaciones de producción e ideología, en el marco de la cultura de masas, no es continuo, lineal ni unidireccional (Honneth, 1990). Louis Althusser, por su parte, aborda directamente el problema de la totalidad, formulando críticas contundentes a las lecturas deterministas de la obra de Marx. Estas se apoyan en el concepto de "sobredeterminación", que aleja a su enfoque de cualquier tipo de "cadena de determinaciones" continua, lineal y homogénea (Steimberg, 2016). En la misma dirección, las reflexiones de René Zavaleta Mercado en torno al concepto de "formación social abigarrada" también se presentan como una reflexión heterodoxa y desestabilizadora de la "totalidad eurocéntrica" (Antezana, 2009). Por otra parte, su propia teoría de la colonialidad del poder puede ser leída como una problematización de algunos presupuestos centrales del materialismo histórico. Esto puede apreciarse con claridad no solo respecto del problema de la totalidad, sino también en el modo en que fundamenta su reflexión en torno a las clasificaciones sociales. Esta se apoya en una historización de los usos del concepto de clase en la obra de Marx y en distintas corrientes marxistas ortodoxas. Por lo tanto, si bien resulta innegable que su abordaje de la relación entre materialismo histórico y la totalidad invisibiliza muchas lecturas críticas que han complejizado ese vínculo, lo cierto es que la relación de Quijano con la "heterogénea herencia de Marx" es, como mínimo, compleja. Por motivos de espacio, no es posible indagar en esta cuestión aquí. Abordaré estos interrogantes en mi tesis doctoral, actualmente en proceso de escritura, sobre la obra del sociólogo peruano.

31 Este linaje eurocéntrico, según el autor, no se agota en la concepción de la totalidad. También supone un abordaje ahistórico de las formaciones sociales –incluso en el caso del materialismo histórico, lo cual es discutible– y una herencia naturalista/positivista, entre otras cuestiones. En función de los objetivos de este capítulo, me limito a señalar sus críticas al concepto de totalidad. Para un acercamiento al linaje eurocéntrico común al liberalismo y al materialismo histórico, ver Quijano (2014).

terogeneidad, pero sin renunciar a las pretensiones totalizantes, es decir, a lo que puede entenderse como una “perspectiva de conjunto”. Así, contra la totalidad eurocéntrica, propone desplegar el concepto de “heterogeneidad histórico-estructural”.[32]

Este, permite concebir una totalidad histórico-social como “un campo de relaciones estructurado por la articulación heterogénea y discontinua de diversos ámbitos de existencia social, cada uno de ellos a su vez estructurado con elementos históricamente heterogéneos, discontinuos en el tiempo y conflictivos” (2014a: 298). Desde este enfoque, las partes que integran una totalidad no son meras “particularidades” que expresan una lógica universal. Si bien se mueven dentro de una orientación general, es decir, como un “conjunto”, cada una representa una “unidad total” debido a su constitución históricamente heterogénea. Se trata, en ese sentido, de una especificidad o una singularidad cuyos movimientos se organizan en función de una matriz común, pero que goza de una autonomía relativa y que puede mantener una relación de conflicto con las demás y con la lógica general.

¿Qué es entonces lo que articula cada uno de los elementos históricamente heterogéneos que integran una totalidad histórica? Uno o más “ejes”, es decir, elementos a partir de los cuales el conjunto actúa por momentos como una totalidad, pero que no permite configurarlo de modo estático y definitivo como tal. Entendida de esta manera, una totalidad no se presenta como una estructura cerrada e integrada por elementos que siguen una misma lógica de manera unilineal, continua y consistente. Por el contrario, este enfoque admite la coexistencia discontinua de elementos heterogéneos y contradictorios (2014a: 298-299).

Pues bien, a partir de estas ideas, el autor propone reconceptualizar los enfoques vigentes sobre el poder. Contra las concepciones del liberalismo y el materialismo histórico, y en función del concepto de “heterogeneidad histórico-estructural”, indica que el poder es una malla de relaciones sociales de explotación, dominación y conflicto articulada en torno a la disputa por el control de distintos ámbitos de existencia social. Estos ámbitos de existencia social son: (i) el trabajo

---

32 Resulta pertinente mencionar que el concepto de “heterogeneidad histórico-estructural” representa una reelaboración de conceptos y debates “dependentistas” de las décadas del sesenta y del setenta del siglo XX, en particular, de los conceptos de “dependencia histórico-estructural” y de “heterogeneidad estructural”. En este sentido, el concepto de “heterogeneidad histórico-estructural”, tal como lo utiliza Quijano para confrontar con la concepción eurocéntrica de totalidad, encuentra su origen en la pregunta por cómo caracterizar los efectos de las relaciones de dependencia en las estructuras sociales periféricas. Un primer esbozo de este uso se encuentra presente en Quijano (1989).

y sus productos, (ii) la naturaleza y sus recursos de producción, (iii) el sexo y sus productos, (iv) la subjetividad y sus productos (entre ellos, y de especial interés para este trabajo, el conocimiento); (v) la autoridad y sus instrumentos de coerción (2014a: 289).

De esta manera, la "modernidad/racionalidad" y el capitalismo, en tanto totalidad histórico-social, suponen la articulación discontinua y conflictiva de estos heterogéneos ámbitos de existencia social en función de dos ejes articulados que conforman un patrón de poder mundial: el control combinado del trabajo y de la autoridad política (2014: 295). Estos dos ejes no representan elementos determinantes, ni la base de determinaciones, tal como pudieran hacerlo para el materialismo histórico el trabajo y, para el liberalismo, la autoridad política, sino solamente "ejes" a partir de los cuales, en determinados momentos y espacios, la totalidad histórico-social puede moverse bajo una lógica de conjunto.

De acuerdo con el análisis histórico de la modernidad que despliega el autor a partir de este enfoque, el modo en que estos dos ejes de articulación se conforman como tales en el proceso histórico concreto supone otorgar un lugar diferente a la experiencia colonial y, en particular, al modo en que se extiende como "colonialidad" hasta el presente. La consideración de América Latina como un elemento –o "parte"– constitutivo de la "modernidad/racionalidad" y del capitalismo global, supone otra caracterización del despliegue y los movimientos del "eje trabajo", así como de su entrelazamiento con el "eje autoridad". Para el autor, no es posible concebir la forma de explotación salarial sin considerar sus múltiples articulaciones con otras tantas formas consideradas no modernas como el esclavismo, la servidumbre, etc. Históricamente, todas se presentan ensambladas al capitalismo global a partir de la experiencia colonial y la clasificación racial de la población que en ese momento se funda.[33] Estas formas de explotación, entonces, no representan elementos residuales, sino que a partir de la colonización de América Latina son prácticas tan importantes para el capitalismo global como la primera. Lo mismo sucede con el control de la autoridad política, que si bien ha tenido como eje el Estado-nación democrático, este ha coexistido con formas de gobierno autoritarias por largos períodos tanto en el centro como en la

33 Aunque esta tesis es formulada de forma novedosa en el marco de la teoría de la colonialidad del poder, lo cierto es que el análisis de la articulación de la formas de explotación salarial con otras consideradas tradicionales o premodernas en América Latina existe hace varias décadas. En efecto, los trabajos sobre el "polo marginal" de la economía escritos por el propio Quijano en la década del setenta dan cuenta de esto. En estos análisis, sin embargo, el enfoque que orienta las investigaciones del autor es una teoría del imperialismo (1970; 2014b [1970]).

periferia, basadas en el no reconocimiento de amplias poblaciones. A su vez, señala, los distintos movimientos que anudan estos dos ejes se encuentran profundamente afectados por sus entrelazamientos mutuos (Quijano, 2011).[34]

El punto es que en ambos casos, aquello que excede a los ejes de articulación mantiene vínculos directos con la experiencia colonial, por lo que liga la "modernidad/racionalidad" y el capitalismo global con el colonialismo. En este sentido, la totalidad histórico social heterogénea que conforma el capitalismo moderno eurocentrado desde el siglo XV está organizada en torno a la "colonialidad del poder". Esta forma de poder no hace referencia al colonialismo simplemente como "marca de origen" del capitalismo moderno. Por el contrario, da cuenta de su desplazamiento como forma de dominación política y económica a "patrón de poder mundial". Al estar entrelazado de forma heterogénea, discontinua y multidireccional con los distintos ámbitos de existencia social, se reproduce de modos que pueden involucrar las instituciones políticas y las formas de explotación, pero que también los exceden. Esto se revela en un ámbito de la existencia social de especial importancia para este capítulo: el ámbito de la subjetividad y sus productos, es decir, la esfera del conocimiento.

La concepción eurocéntrica de la totalidad, en tanto presupuesto de las concepciones predominantes sobre el poder, invisibiliza que este opera como un patrón de articulación jerarquizante de elementos heterogéneos. Estos elementos corresponden a tiempos, espacios y experiencias diferentes –en algunos casos, contradictorios–, cuya jerarquización tiene como momento histórico fundamental la colonización de América Latina. La invisibilización del modo en que este momento fundacional del patrón de poder se perpetúa como colonialidad en las heterogéneas articulaciones históricas del ámbito del trabajo y la autoridad política, entonces, se encuentra directamente vinculada a la colonialidad del poder en la esfera del conocimiento, es decir, al eurocentrismo. De ahí la importancia que el autor otorga a su crítica.

Llegado este punto, entonces, quisiera proponer que, desde el enfoque de Quijano, no solo es posible explicar el imperativo de legitimación de producción de teoría en el "Sur" y la concepción de

---

34 Así, para el autor, no es posible comprender la estabilidad o inestabilidad de los Estados-nación tanto del centro como de la periferia, sin considerar los derroteros de los procesos de democratización del ámbito del trabajo, que siguen lógicas globales con impactos locales. De acuerdo con sus indagaciones, en el caso de algunos países de América Latina –aunque esto obviamente no excluye otras regiones–, debido a la profunda articulación entre clasificación racial de la población y formas de explotación no salariales, la consolidación de los Estados nacionales es inestable y dificultosa (2011).

la división internacional del trabajo intelectual que lo sustenta, en el mismo sentido que en líneas generales lo hace Santos. He afirmado, a través de las ideas del sociólogo peruano, que de acuerdo con la lógica de la totalidad eurocéntrica y la forma de concepción del poder que de ella se deriva, especialmente en el ámbito del conocimiento, la producción teórica en la "periferia" queda relegada a una versión particular de una producción de impronta universalista ubicada en el "centro". En este sentido, es plausible sostener que esta concepción de la división internacional del trabajo intelectual es producto de la "colonialidad del poder" en el plano del conocimiento, es decir, del eurocentrismo. Sin embargo, a partir del concepto de "heterogeneidad histórico-estructural" y, en particular, a partir del modo en que este concepto impacta sobre la concepción del poder, se habilita un espacio de reflexión que permite replantear la producción de teoría en el "Sur" más allá de la subordinación, en vistas a trascender los problemas que he encontrado en la propuesta ya superadora de Santos. Avanzaré sobre estas reflexiones en las conclusiones.

IV. CONCLUSIONES: LA RECUPERACIÓN DE UN PUNTO DE VISTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TOTALIDAD NO EUROCÉNTRICA

He comenzado este trabajo proponiendo que la sociología de América Latina y del "Sur" en general es acosada por un imperativo de legitimación, es decir, debe dar cuenta constantemente del alcance de sus aportes en relación con los del "Norte". Las heterogéneas sociologías de la región han dado una respuesta a este imperativo de distintas maneras. Mi propuesta, en principio, fue que este imperativo es ineludible y se sustenta en una concepción específica de la división internacional del trabajo intelectual que, a su vez, tiene como presupuesto un modo de entender la totalidad que presenta a las partes que entrelaza como particularismos subordinados a una lógica universal.

A lo largo del segundo y tercer apartado del trabajo, a través de los enfoques críticos de Boaventura de Sousa Santos y Aníbal Quijano, desplegué un análisis y una crítica pormenorizada de esa concepción de la totalidad. En el caso de Santos, recuperé su relación con la "lógica de la escala dominante", a partir de la cual se construye lo particular como no-existente. De esta manera, fue posible vincular la necesidad de legitimar la producción de teoría en el "Sur", así como su clasificación como un punto de vista particularista, con la hegemonía de una escala que privilegia las entidades, realidades, saberes o experiencias que se extienden por todo el mundo, que operan como referencia a partir de la cual se designa como "local" o "particular" –y por lo tanto como jerárquicamente inferiores– a otras.

En el caso de Quijano, también fue posible abordar críticamente el imperativo de legitimación a partir de su crítica a la totalidad eurocéntrica. A diferencia de Santos, sin embargo, esa crítica involucra un análisis de la relación entre esa concepción de la totalidad y el modo en que el liberalismo y el materialismo histórico –tal como los caracteriza Quijano– entienden el poder. Siguiendo su enfoque, entonces, fue posible afirmar que la totalidad eurocéntrica funciona como el presupuesto clave del modo en que se concibe la división internacional del trabajo intelectual que restringe la producción de teoría al "Norte". En efecto, en tanto esta concepción de la totalidad presenta un "todo" que tiene primacía y continuidad sobre cada una de las "partes", el "Sur" y su producción de conocimiento pueden presentarse como "particularismos" secundarios y sin impacto respecto de la totalidad. De esta manera, el imperativo de legitimación de la producción de teoría, así como la concepción de la división internacional del trabajo intelectual que lo sustenta, se presentan como un efecto de la "colonialidad del poder" en el plano del conocimiento, es decir, del "eurocentrismo".

En el caso de Santos, el autor elabora una propuesta para contrarrestar y superar los efectos de esta lógica totalizante, particularmente los efectos jerarquizantes y la producción de no-existencias que supone. La "sociología de las ausencias", como herramienta crítico-epistemológica, permite la construcción de distintas ecologías que enfrentan las diferentes monoculturas, invisibilizaciones y desperdicios de experiencias y saberes, entre ellos, aquellos producidos por la "lógica de la escala dominante". De acuerdo con esta propuesta, la manera de contrarrestar la caracterización de la producción de teoría en el "Sur" como un simple particularismo, en tanto expresión de una lógica universalista anclada en el "Norte", consiste en recuperar y presentar ese supuesto particularismo como una totalidad por derecho propio. Así, según Santos, es posible conformar un espacio de coexistencia de distintas visiones totalizantes del mundo, sin que ninguna intente subsumir a otra.

Una reciente expresión de esta propuesta, más allá de la obra del propio Santos, es el libro de Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos* (2016), que la autora presenta explícitamente como una operación crítica vinculada a una "sociología de las ausencias" en el campo de la teoría social. En efecto, la obra recupera una parte importante de la sociología y la teoría social de América Latina como aportes relevantes para distintos debates –"indianismo, desarrollo, dependencia y populismo"–. En ese sentido, resulta un gran ejercicio de visibilización de distintos enfoques, que bajo la "lógica de la escala dominante", son producidos como meras visiones particulares no-existentes.

Sin embargo, tal como anticipé más arriba, cabe preguntarse si ejercicios de visibilización como el propuesto por Santos y practicado por Svampa resultan suficientes para contrarrestar de manera efectiva los fundamentos y los efectos de la división del trabajo intelectual que sustenta el imperativo de legitimación teórica ¿No es un ejercicio que, de alguna manera, se limita simplemente a colocar en segundo plano el diferencial de poder entre "Norte" y "Sur"? Ante esta objeción, es admisible responder, por un lado, que aunque efectivamente esto sea así, eso no quita valor al trabajo de visibilización y recuperación de aquello que fue producido como no-existente o particularizado; y, por otra parte, que el propio trabajo intelectual tiene límites objetivos para subvertir ese diferencial que, en tal caso, debe ser afrontado a través de una democratización radical de los sistemas de producción y circulación de ideas.

Si bien comparto ambas afirmaciones, me interesa proponer que es posible afrontar los efectos de la división internacional del trabajo y la concepción de totalidad que la subyace en un "nivel intelectual", es decir, en el plano de la propia producción teórica. En esa dirección, considero que tomando distancia del enfoque de Santos, el de Quijano habilita la posibilidad de concebir la producción de teoría en la periferia de un modo diferente. A través de un trabajo teórico-analítico específico, permite desplazar la teoría del "Sur" del lugar de mero particularismo subordinado, pero sin transformarla en una nueva visión totalizante autónoma que se erige como si ignorara los diferenciales de poder.

De acuerdo con la perspectiva de Quijano, para superar la concepción eurocéntrica de la totalidad y sus efectos es necesario, en primer término, acercarse a los procesos histórico-sociales –especialmente al modo en que opera el poder– desde la lógica de la "heterogeneidad histórico-estructural". De acuerdo con este modo de entender la relación entre parte/todo o entre particular/universal, una "totalidad histórico-social" –la "modernidad/racionalidad", el capitalismo global o el campo internacional de producción de la sociología– no está integrada por elementos que siguen una misma lógica de manera unilineal, continua, consistente y, eventualmente, subordinada. Por el contrario, este enfoque admite la coexistencia discontinua de elementos heterogéneos, así como contradictorios. Por lo tanto, la lógica de la "heterogeneidad histórico-estructural", habilita tanto una crítica al imperativo de legitimación de la producción de teoría en el "Sur" como un tipo de trabajo teórico-analítico que permite desarmar y subvertir las "astucias" del eurocentrismo, expresión de la colonialidad del poder en el ámbito del conocimiento.

En primer lugar, el concepto de "heterogeneidad histórico estructural" permite concebir la producción teórica de la periferia como una producción imposible de caracterizar de forma definitiva por fuera de los casos concretos que se analicen. Esto quiere decir que carece de sentido sostener de manera definitiva que la producción teórica del "Sur" se limita a la recepción o la importación de teorías del centro, así como tampoco a la producción de enfoques originales o elaboraciones críticas. El enfoque de Quijano sugiere que los elementos que componen una totalidad histórico-social mantienen relaciones discontinuas y heterogéneas entre sí, por lo que varían históricamente.

En segundo término, también se desprende del enfoque que cada teoría, concebida como una unidad heterogénea, no cerrada y que integra elementos discontinuos, en su propio despliegue puede presentar conceptos del "Norte" importados acríticamente, así como también aportes originales específicos, que incluso pueden tensionar o discutir con las perspectivas del centro. En este sentido, en tanto el concepto de "heterogeneidad histórico-estructural" da cuenta de la imposibilidad de caracterizar de forma definitiva a las teorías de la periferia en general, también señala que no es posible hacerlo con una teoría en particular.

En tercer lugar, habilita un abordaje de la teoría elaborada en el "Sur" en general y de distintos enfoques en particular, que remarca su autonomía relativa, pero sin negar o colocar en segundo plano los diferenciales de poder que estructuran la relación entre los campos académicos del centro y de la periferia. De acuerdo con Quijano, la lógica de la "heterogeneidad histórico-estructural" supone que una "totalidad histórico-social" despliega movimientos de conjunto a partir de ejes articuladores. En el caso del campo internacional de producción de sociología, lo que opera como eje articulador son las distintas teorías elaboradas en el centro que, en función de los distintos mecanismos visibilizados por los estudios sobre dependencia académica, pueden articular e influir en los campos académicos periféricos, pero no necesariamente determinar punto a punto sus contenidos. Así, se habilita la posibilidad de concebir la producción teórica del "Sur" como relativamente autónoma, aunque no desentendida de los diferenciales de poder que la acosan y la obligan a legitimarse constantemente.

En cuarto lugar, el concepto de "heterogeneidad histórico-estructural", además de habilitar la posibilidad de concebir las teorías del "Sur" como enfoques legítimos, tal como hace Santos a través de la crítica de la "escala dominante", también permite concebirlas como perspectivas que, por la propia posición de la que emergen en el marco de la totalidad histórico-social "modernidad/racionalidad", la visibilizan como tal. En otras palabras, cuando la teoría del "Sur"

toma como punto de partida las contradicciones que mantiene con las teorías del "Norte" –señalando las operaciones de invisibilización que la aquejan, por ejemplo–, a la vez que se legitima a sí misma, da cuenta de la totalidad heterogénea –discontinua, contradictoria, etc.– en la que emerge. Al posibilitar que "las partes" se presenten en contradicción con "el todo", el enfoque permite concebir las tensiones y contradicciones de la "modernidad/ racionalidad" como "totalidad histórico social".

En este punto, entonces, se advierte cómo la lógica de la "heterogeneidad histórico-estructural" no se limita a transformar el modo en que "observamos" las producciones teóricas del "Sur" en relación con las del "Norte". También, permite el despliegue de un tipo de producción teórico-analítica específica. Si en el marco del eurocentrismo todo aquello que es clasificado como "específico", "autóctono" o "particular" tiene una relación con la dominación colonial, la concepción de la totalidad como "heterogeneidad histórico-estructural" habilita la emergencia de un espacio de reflexión y análisis crítico que subvierte el punto de vista clasificado –y jerarquizado– de esa forma. En tanto el "Sur" o la periferia son problematizados desde esta totalidad no-eurocéntrica, las clasificaciones y jerarquizaciones que operan sobre él son objeto de una crítica que tensiona y revela las contradicciones de la "totalidad histórico-social" en la que se inserta.

Así, un trabajo teórico-analítico como el que se desprende del enfoque de Quijano entiende la recuperación del "punto de vista" del "Sur" o la "periferia" más allá de una mera operación de visibilización. Ahora bien ¿en qué podría consistir este trabajo exactamente? Por un lado, supone un análisis crítico de conceptos, enfoques y problemas que desentraña su vínculo con el eurocentrismo. Una de las operaciones fundamentales del eurocentrismo, como he señalado, es la jerarquización como inferior de aquello que es clasificado como "específico", "autóctono" o "particular", al ocultar la relación de esa clasificación con la dominación colonial. En otras palabras, el eurocentrismo opera presentando conceptos universales a partir de los cuales lo "particular" es percibido como inadecuación a patrones universales, cuyo punto de referencia son procesos, relaciones sociales e instituciones dominantes en el "Norte".[35]

Esta primera dimensión de trabajo teórico-crítico que emerge del enfoque de Quijano involucra un análisis del modo en que el euro-

35 Cabe mencionar que las operaciones ideológicas que involucra el eurocentrismo no se agotan en las mencionadas. Por motivos de espacio y debido a que escapan a los objetivos de este capítulo, no podemos abordarlas aquí. Para una introducción general al eurocentrismo como ideología ver Amin (1989).

centrismo opera a través de determinados conceptos, así como sus consecuencias para las prácticas concretas. Un ejemplo de este tipo de trabajo puede encontrarse en dos famosos artículos de Quijano, a propósito de dos conceptos sociológicos "fundamentales": el de "clase social" y el de "Estado-nación" (Quijano, 2014a; 2011). En ambos casos, el autor lleva adelante una historización pormenorizada del origen y los usos de ambos conceptos, dando cuenta de su estrecha relación con la experiencia histórica europea –social e intelectual–, lo que transforma su pretensión histórica de alcance universal en un problema. Tanto es así, que sus usos para entender y organizar la experiencia histórica de América Latina se revelan limitados y con una "dimensión ideológica" de peso: obturan procesos emancipatorios. Este es el caso particular del concepto de clase social ligado al materialismo histórico. De acuerdo con el autor, no permite dar cuenta del papel que tuvo la clasificación racial de la población en el despliegue del capitalismo en América Latina. Por lo tanto, aquellos proyectos y estrategias emancipatorias concebidos a partir de este enfoque resultan inconducentes en América Latina y mantienen inalterada la dimensión fundamental de la dominación en la región: la clasificación racial de la población y, por ende, la colonialidad.

Una vez desentrañada la dimensión eurocéntrica de un concepto o enfoque, queda habilitada la posibilidad de desplegar desplazamientos, reformulaciones conceptuales o elaboraciones originales, desmarcadas del eurocentrismo. Así, se comprende de manera adecuada la especificidad de los procesos del "Sur", se revela la dinámica de la "totalidad histórico-social" en que esos procesos se insertan y se visibiliza la "dimensión ideológica" del eurocentrismo. En los trabajos de Quijano, la crítica de las dimensiones eurocéntricas del concepto de clase social supone su reemplazo por el de clasificación social, ya que este permite dar cuenta del papel que tuvo la dominación racial en la expansión del capitalismo global, moderno y eurocentrado. A través de este concepto, en primer lugar, esa "totalidad histórico-social" es revelada como una totalidad heterogénea. En segundo término, la dominación de clase aparece entrelazada en sus orígenes con la dominación racial en América Latina, lo cual señala el papel central del colonialismo y de la colonialidad en la dominación social. Por último, y precisamente por todo lo anterior, da cuenta de problemas y complejidades que el concepto de clase social no puede explicar e incluso invisibiliza.

Pues bien, no es este el lugar para continuar reconstruyendo el trabajo teórico-analítico que realiza el autor.[36] Resulta suficiente re-

---

36 Como he señalado más arriba, actualmente estoy llevando adelante un trabajo de investigación pormenorizado en torno a la obra de Quijano en el marco de mi tesis

marcar la potencialidad que encierra el concepto de "heterogeneidad histórico-social" para el trabajo teórico y para el espacio de reflexión y crítica que habilita. Como he destacado, por un lado, permite reconfigurar los análisis de la relación entre teorías del "Sur" y del "Norte". Por otra parte, habilita la elaboración de enfoques, problemas y conceptos que, en tanto emergen de una crítica al eurocentrismo, figuran una "totalidad histórico-social" que muestra sus tensiones y contradicciones, que no son otras que las del poder vinculado a la "modernidad/racionalidad". En este sentido, la propuesta de Quijano se distancia de la de Santos de forma considerable, ya que a la concepción eurocéntrica de totalidad opone un abordaje superador, y no una suerte de "coexistencia pacífica" entre abordajes diferentes, que eventualmente pueda derivar en un cambio de paradigma.

A modo de cierre, entonces, es posible afirmar que la "heterogeneidad histórico-estructural" del campo internacional de producción de sociología se revela como una "totalidad histórico-social", en tanto emergen teorías o enfoques que dan cuenta, precisamente, de los elementos contradictorios entre sí que integran la "modernidad/racionalidad". Este es el caso, como he señalado, del enfoque del propio Quijano sobre la "colonialidad del poder", como así también de otros tantos, que desde las contradicciones y las tensiones que propone el punto de vista de la periferia se han propuesto caracterizar el capitalismo moderno como "totalidad histórico-social".[37] Estos enfoques no se limitan simplemente a ocupar el lugar de un punto de vista "alternativo" u "original" respecto de las teorías del centro. Por el contrario, representan una mirada que viene a disputar las pretensiones universalistas de las teorías del "Norte" que tienen como presupuesto la totalidad eurocéntrica y, de esa manera, figurar una concepción totalizante de la realidad social que revele diferenciales de poder, tensiones y contradicciones.

---

doctoral, que próximamente será entregada y defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

37 No es posible brindar una lista exhaustiva de ejemplos de los enfoques que se acercan a esta perspectiva en los límites de un trabajo como este. Sin embargo, se pueden mencionar algunos de ellos. Por ejemplo, las teorías de la dependencia en sus diferentes variantes, que desde una visibilización de los límites para el desarrollo en la periferia desplegaron descripciones totalizantes sobre el capitalismo mundial (Blomström y Hettne, 1990). En una línea de análisis similar se encuentran los diversos estudios sobre el capitalismo desde la perspectiva del sistema-mundo, que tienen como núcleo el análisis del papel de las periferias en los ciclos de acumulación de capital a nivel global (Wallerstein, 2005). También resulta relevante un trabajo como el de Grüner (2010), que a partir de un estudio sobre la revolución haitiana de 1791 construye una interpretación sobre el despliegue del capitalismo moderno a nivel mundial y su relación con la esclavitud y el racismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adorno, T. W., Dahrendorf, R., Habermas, J., Popper, K. (2008). *La lógica de las ciencias sociales*. México: Colofón.

Aguilar, P., Glozman, M., Grondona, A., Haidar, V. (2014). ¿Qué es un *corpus*? *Entramados y perspectivas,* (4), 4, 35-64.

Alatas, S. F. (2014). "La dependencia académica: el desafío intelectual". En: F. Beigel y H. Sabea (coords.), *Dependencia académica y profesionalización en el Sur. Perspectivas desde la periferia* (pp. 33-41). Mendoza: EDIUNC. Río de Janeiro: SEPHIS.

Alexander, J. (1982). *Theoretical Logic in Sociology, Volume One. Positivism, presuppositions, and currents controversies*. California: University of California Press.

Álvarez Ruiz, F. (2016). *Comunidad y emancipación en la obra de Boaventura de Sousa Santos* (Tesis de maestría no publicada). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

— (2017). Boaventura de Sousa Santos: comunidad, conocimiento, emancipación. *Miríada,* (9) 13, 121-148.

Amin, S. (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología.* México: Siglo XXI Editores.

Antezana, L. H. (2009). "Dos conceptos en la obra de René Zavaleta Mercado: formación abigarrada y democracia como autodeterminación". En: *Pluralismo epistemológico* (pp. 117-142). La Paz: CIDES-UMSA; CLACSO; Muela del diablo; Comuna.

Assis Clímaco, D. (2014). "Prólogo". En: D. Assis Clímaco (Ed.), A*níbal Quijano. Cuestiones y horizontes. Antología Esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 13-54). Buenos Aires: CLACSO.

Beigel, F. (2016). El nuevo carácter de la dependencia intelectual. *Cuestiones de Sociología,* (14), e004, s/p.

Beigel, F., Gallardo, O., Bekerman, F. (2018). "Institutional Expansion and Scientific Development in the Periphery: The Structural Heterogeneity of Argentina's Academic Field". *Minerva,* enero, s/p.

Bialakowsky, A. (2013). "Antecedentes y posibilidades de un análisis comparativo en metateoría. El abordaje problemático en la teoría sociológica contemporánea." *Documentos de Jóvenes Investigadores*, 38, s/p. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

— (2010) "Ciencias Sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva elite intelectual (1940-1965)" En: C. Altamirano (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina,* vol. II (pp. 606-629). Buenos Aires: Katz Editores.

Blomström, M., Hettne, B. (1990) [1984]. *La teoría del desarrollo en transició*n. México: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). "Sobre las astucias de la razón imperialista". En: L. Wacquant, (coord.) *El misterio del ministerio: Pierre Bourdieu y la política democrática*. (pp. 209-230). Barcelona: Editorial Gedisa.

Chernilo, D. y Mascareño, A. (2005). "Universalismo, particularismo y sociedad mundial: obstáculos y perspectivas de la sociología en América Latina". *Persona y Sociedad,* (19), 3, s/p.

Comte, A. (1980) [1839]. *Curso de filosofía positiva (lecciones 1 y 2). Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Hyspamérica.

De la Garza Toledo, E. (1993). Postmodernidad y totalidad. *Revista Mexicana de Sociología,* (55) 4, oct-dic, 131-146.

Durkheim, E. (1967) [1893]. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire.

— (1993) [1912]. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.

— (2003) [1912]. *Lecciones de Sociología: física de las costumbres y el derecho, y otros escritos sobre el individualismo, los intelectuales y la democracia.* Buenos Aires: Miño y Dávila.

Germani, G (1964). "La sociología latinoamericana y el surgimiento de la sociología científica". En: *La sociología en la América Latina. Problemas y Perspectivas (*pp. 1-9). Buenos Aires: Eudeba.

Giddens, A. (1990). *Consecuencias de la modernidad.* Madrid: Alianza.

Girola, L. (2008). Del desarrollo y la modernización a la modernidad. De la posmodernidad a la globalización. Notas para el estudio acerca de la construcción y el cambio conceptual, continuidades y rupturas en la sociología latinoamericana. *Sociológica*, (23) 67, mayo-agosto, 13-32.

— (2011). Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos. *Sociológica*, (26) 73, mayo-agosto, pp. 13-46.

González, H. (2000). "Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre". En: *Historia Crítica de la Sociología Argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (pp.15-100). Buenos Aires: Colihue Universidad.

Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución.* Buenos Aires: Edhasa.

Honneth, A. (1990) [1987]. "Teoría Crítica". En: A. Giddens, J. Turner (eds.). *La teoría social, hoy* (pp. 445-488). Madrid: Alianza Editorial.

Jay, M. (1984). *Marxism and totality. The adventures of a concept from Lukács to Habermas.* Berkeley: University of California Press.

Koselleck, R. (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos.* Barcelona: Paidós.

Mannet, P. (1990) [1987]. *Historia del pensamiento liberal.* Buenos Aires: Emecé Editores.

Martucelli, D., Svampa, M. (1993) Notas para una historia de la sociología latinoamericana. *Sociológica*, (23), 8.

Marx, K., Engels, F. (1985) [1845-1846], *Ideología alemana: crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes, Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas.* Buenos Aires: Cartago-Pueblos Unidos.

Patel, S. (2014). "La problemática de lo *autóctono* y la *autoctonía*: experiencias del Sur asiático y de áfrica". En: F. Beigel y H. Sabea (coords.) *Dependencia académica y profesionalización en el Sur. Perspectivas desde la periferia* (pp. 55-64). Mendoza: EDIUNC. Río de Janeiro: SEPHIS.

Pels, D. (2001). Three Spaces of Social Theory: Towards a Political Geography of Knowledge. *The Canadian Journal of Sociology / Cahiers canadiens de sociologie*, (26) 1, 31-56.

Quijano, A. (1967a). Urbanización y tendencias de cambio en la Sociedad Rural en Latinoamérica. *Instituto de Estudios Peruanos*. Serie Documentos Teóricos, (5), abril.

— (1967b). La urbanización de la sociedad en Latinoamérica. *Revista Mexicana de Sociología*, (29) 4, oct-dec, 669-703.

— (1973). "Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina". En: A. Quijano y F. Weffort *Populismo, marginalización y dependencia. Ensayos de interpretación sociológica*. (pp. 171–329). San José: Editorial Universitaria Centroamericana.

— (1977) [1966]. "Notas sobre el concepto de 'marginalidad social'". En: *Imperialismo y Marginalidad en América Latina* (pp. 31-100). Lima: Mosca Azul Editores.

— (1989). "La nueva heterogeneidad estructural de América Latina". En: H. R. Sonntag (ed.) ¿Nuevos temas, nuevos

contenidos? (pp. 29-51). Caracas: UNESCO / Nueva Sociedad.
— (2011). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. (pp. 105-129). Buenos Aires: Ciccus-CLACSO.
— (2014a) [2000]. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Assis Clímaco (Ed.), *Aníbal Quijano. Cuestiones y horizontes. Antología Esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 285-327). Buenos Aires: CLACSO.
— (2014b) [1970]. 'Polo marginal' y 'Mano de obra marginal'. En: D. Assis Clímaco (comp.) *Aníbal Quijano. Cuestiones y horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 125-169). Buenos Aires: CLACSO.
Quijano, A., Wallerstein, I. (1992). La americanidad como concepto. *Revista Internacional de Ciencias Sociales,* (154) 4, diciembre, 583-591.
Ritzer, G. (1988). Sociological Metatheory: A Defense of a Subfield by a Delineation of Its Parameters. *Sociological Theory*, (6) 2, 187-200.
Sabea, H., Beigel, F. (2014). "Introducción". En: F. Beigel y H. Sabea (coords.) *Dependencia académica y profesionalización en el Sur. Perspectivas desde la periferia* (pp. 15-30). Mendoza: EDIUNC. Río de Janeiro: SEPHIS.
Saint-Simon, C. H. (1983) [1819]. "El organizador". En: Ionescu, G. (ed.) *El pensamiento político de Saint-Simon* (pp. 153-168). México: Fondo de Cultura Económica.
— (1985) [1824]. *Catecismo político de los industriales.* Madrid: Hyspamérica.
Santos, B. de S. (1991) Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. *Nueva Sociedad*, 116, 18-38.
— (2000) [1995]. *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia.* Bilbao: Editora Desclée de Brouwer.
— (2003). "Los procesos de globalización". En: *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, (pp. 167-41). Bogotá: ILSA.
— (2006). "¿Por qué se ha vuelto tan difícil construir una teoría crítica?" En: *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria,* (pp. 17-34). Lima: Fondo Editorial de la Facultad

de Ciencias Sociales; UNMSM; Programa de Estudios sobre Democracia y Transformación Global.

— (2009a). "Hacia una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias". En: *Una epistemología del Sur: la reinvención del conocimiento y la emancipación* (pp. 98-159). México: Siglo XXI Editores – CLACSO.

— (2009b). "La desaparición de la tensión entre regulación y emancipación en la modernidad occidental". En: *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*, (pp. 29-51). Madrid: Trotta.

— (2010). "Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes". En: *Descolonizar el saber, reinventar el poder,* (pp. 29-62). Montevideo: Ediciones Trilce.

Sidicaro, R. (1992). Las sociologías después de Parsons. *Sociedad,* 1, octubre, 7-25.

Skinner, Q. (2000) [1969]. Significado y comprensión en la historia de las ideas. *Prismas. Revista de historia intelectual,* 4, 149-191.

Steimberg, R. (2016). De la identidad a la diferencia: Althusser y la causalidad estructural. *Enfoques*, (28) 1, 93-117.

Svampa, M. (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo.* Buenos Aires: Edhasa.

Tocqueville, A. (2007) [1835-1840]. *La democracia en América.* Madrid: Akal.

Torres, E. (2011). Cambio social y totalidad. *Cinta de Moebio,* 42, 302-312

Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción.* México: Siglo XXI Editores.

Zemelman, H. (1987). La totalidad como perspectiva de conocimiento. *Revista Mexicana de Sociología,* 49 (1), Ene-Mar, 53-86.

Daniel Alvaro

DECONSTRUCCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

UNA TENTATIVA METODOLÓGICA[1]

SE PUEDEN IMAGINAR todo tipo de cruces, envíos y reenvíos entre la práctica sociológica y lo que desde fines de la década de 1960 se conoce con el nombre de deconstrucción. Precisamente por esta razón llama la atención que, salvo por algunas excepciones aisladas, la relación entre sociología y deconstrucción no se haya materializado hasta el momento en tentativas concretas de investigación. Todo sucede como si no hubiera nada en común entre ellas. O, incluso, como si existiera una incompatibilidad radical entre una y otra. Tanto más sorprende este hiato en la medida en que la deconstrucción, desde su emergencia en la escena filosófica hace exactamente medio siglo, despierta vivo interés entre los y las representantes de una gran variedad de disciplinas ligadas a las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, entre la perspectiva sociológica tomada en su generalidad y el trabajo de tipo deconstructivo existe una distancia que aún hoy parece insalvable.

La práctica de la deconstrucción está indisociablemente vinculada al nombre de Jacques Derrida, quien fue el responsable de darle

---

1 Una primera versión de este texto fue publicada en *Cuadernos de Teoría Social*, Vol. 3, Núm. 5, 2017, pp. 8-34, bajo el título “Sociología y deconstrucción. Cuestiones de método”.

un sentido específico en el vocabulario filosófico y convertirla en una de las apuestas intelectuales más importantes de los últimos tiempos. Para comprender mínimamente su historia hay que remontarse al año 1967, cuando aparece en Francia un libro destinado a dejar huella. Me refiero a *De la gramatología* (2000). Además de ser uno de los primeros y más recordados textos de Derrida, es allí donde utiliza por primera vez el término "deconstrucción". Muchos años más tarde, en "Carta a un amigo japonés", un texto de 1985 donde el autor reflexiona sobre el sentido de la deconstrucción, explica que el término, aunque de uso poco frecuente, ya existía en lengua francesa (2003; 1997a: 24). Algunos de los significados que consignaban los diccionarios le parecieron muy apropiados para describir el tipo de operación que intentaba llevar a cabo por aquel entonces. Uno de los usos consignados es gramatical, y refiere al "[d]esarreglo de la construcción de las palabras en una frase". Otro uso posible es más bien técnico, y remite a la acción de "[d]esensamblar las partes de un todo". En ambos casos, se trata de la alteración de una estructura o de un sistema. Según Derrida, al utilizar esta palabra se proponía entre otras cosas traducir y adecuar a sus propios fines las nociones heideggerianas de *Destruktion* o de *Abbau*. Nociones que, en el contexto de *De la gramatología*, significaban "una operación relativa a la *estructura* o *arquitectura* tradicional de los conceptos fundadores de la ontología o de la metafísica occidental" (1997a: 23). La deconstrucción se presenta entonces como una acción de desmontaje del *corpus* conceptual de la metafísica, pero no es una destrucción, en el sentido de la demolición nietzscheana. Tampoco es una simple negación. Desestructura para comprender cómo se organiza y cómo funciona en la teoría y en la práctica una estructura determinada, ya sea social o cultural, económica, política o filosófica. Dado el elemento negativo que comporta la palabra (indicado por el prefijo "de(s)-") y por el que muy rápidamente fue asociada a la aniquilación irracional, Derrida nunca se mostró del todo conforme con ella. Frente a las fuertes acusaciones que se le hicieron en este sentido, Derrida reivindicó el carácter afirmativo de la deconstrucción, esto es, su condición eminentemente racional. Pero no por eso retrocedió ante la exigencia de una crítica de la razón en nombre de todo aquello que, como el "acontecimiento por venir", excede la razón y no puede ser reapropiado por ella.

Derrida es el primero en reconocer un obstáculo fundamental para definir y traducir la palabra *deconstrucción*, a saber, "que todos los predicados, todos los conceptos definitorios, todas las significaciones relativas al léxico e, incluso, todas las articulaciones sintácticas que, por un momento, parecen prestarse a esa definición y a esa traducción son asimismo desconstruidos o desconstruibles" (1997a: 27).

Derrida advierte que no hay que confundir la deconstrucción con un *análisis*, "sobre todo porque el desmontaje de una estructura no es una regresión hacia el *elemento simple,* hacia un *origen indescomponible*", ni con una *crítica*, "en un sentido general o en un sentido kantiano" (1997a: 25). Tanto el análisis como la crítica están ellos mismos sometidos a deconstrucción. Otro tanto vale para el *método*. "La desconstrucción no es un método y no puede ser transformada en método. Sobre todo si se acentúa, en aquella palabra, la significación sumarial o técnica" (1997a: 25). Existen al menos dos razones de peso por las que la deconstrucción no puede reducirse a una instrumentalización metódica. La primera es su carácter acontecimental, la singularidad irreductible que hace de cada deconstrucción una experiencia única de lectura y escritura. La segunda razón, acaso más compleja y menos fácilmente asimilable, es que la deconstrucción no es un *acto* ni una *operación*. "No sólo porque no corresponde a un *sujeto* (individual o colectivo) que tomaría la iniciativa de ella y la aplicaría a un objeto, a un texto, a un tema, etc. La desconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera de la modernidad" (1997a: 26). Una famosa y enigmática frase resume el movimiento de esta ruptura *ya siempre* en curso: "*Ello se desconstruye*" (*Ça se déconstruit*). O también: "*Está en desconstrucción*" (*C'est en déconstruction*) (1997a: 26).

Los primeros textos deconstructivos se dirigían contra los argumentos de los discursos estructuralistas que por entonces dominaban la escena académica francesa. De ahí que la empresa filosófica de Derrida haya sido identificada con lo que la crítica anglosajona denominó postestructuralismo. Por lo demás, el trabajo de Derrida tuvo un reconocimiento temprano y dio lugar a más de una polémica. Muy rápidamente se convirtió en objeto de admiración y rechazo. A partir de entonces, su influencia no dejó de expandirse. El campo de la teoría y la crítica literaria se mostró especialmente receptivo a la deconstrucción. Lo mismo puede decirse del psicoanálisis, la teoría social y política contemporánea, la reflexión sobre la técnica y la tecnología, el derecho, la estética, la arquitectura y el cine. También fue recibida y puesta a prueba en campos marcadamente interdisciplinarios, como los estudios culturales, poscoloniales, subalternos y de género. En resumen, son numerosos y variados los dominios que hoy hacen uso de la deconstrucción con el fin de interrogar el conjunto organizado de presupuestos metafísicos que en cada caso las fundamentan. Pero ciertamente no es el caso de la sociología.

En este capítulo me propongo analizar algunos de los motivos que directa o indirectamente colaboraron con este distanciamiento, al mismo tiempo que intento justificar y promover un desplazamiento

en sentido contrario. En primer lugar, examino algunos de los contrastes más visibles entre dos lógicas claramente diferenciadas, dos maneras diferentes de razonar sobre los alcances de la razón. Para ello tomo como ejemplo el debate que mantuvieron Habermas y Derrida durante la década de 1980. En segundo lugar, me pregunto por las implicaciones de emplazar la estrategia deconstructiva en el terreno de la sociología y, seguidamente, por lo que esta maniobra supone desde el punto de vista del método y la metodología. En tercer lugar, argumento en favor de una deconstrucción de la sociología. Arriesgo una formulación general para este ejercicio interpretativo y recurro al análisis de un problema específico para mostrar cómo actúa en la práctica de la investigación.

1. EN NOMBRE DE LA RAZÓN: EL DEBATE ENTRE HABERMAS Y DERRIDA

Como se puede constatar con facilidad, distintos ámbitos del conocimiento, diferentes prácticas discursivas y no discursivas fueron sensibles a la deconstrucción. Sin embargo, nada semejante sucedió con la sociología (en el sentido más amplio del término: uno que empieza por reconocer el origen plural de la disciplina y que supone, en consecuencia, formas múltiples de practicarla). Ni quienes representaban a las principales escuelas sociológicas mostraron inclinación por la orientación deconstructiva, ni Derrida, por su parte, manifestó ningún interés particular por la producción sociológica clásica o contemporánea. De hecho, cabe preguntarse por qué tendría que haber sido de otro modo. Después de todo, la mayoría de los textos de Derrida están dedicados a autores y autoras pertenecientes a la filosofía o la literatura. En ellos, ninguna figura sociológica es solicitada en calidad de tal. Si se nombra o se cita a alguna persona de renombre en el área es al pasar y como parte de una demostración que concierne a alguien más. Ninguna obra sociológica es requerida, ni como apoyatura para el examen de un problema, ni como blanco de una lectura deconstructiva.[2]

En el otro sentido, vale decir que las referencias a Derrida en la bibliografía sociológica son muy escasas. Para los sociólogos, cuando su pensamiento no pasa inadvertido suele convertirse en objeto de una reacción violenta. Quizás el ejemplo más patente de un acer-

2 Acaso valen como excepción los trabajos que Derrida dedica a Georges Bataille, Marcel Mauss y Karl Marx. Tres autores cuya inscripción disciplinaria es sumamente heterogénea y cuya identificación con la sociología es, por lo menos, problemática. Sobre el primero, véase especialmente Derrida (1989). Sobre el segundo, véase Derrida (1995a). Sobre el tercero, véanse, entre otros, Derrida (1995b y 2002).

camiento crítico a su obra sean las "lecciones" que le dedica Jürgen Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad* (2008). Estas lecciones fueron el puntapié inicial de una prolongada polémica entre ambos pensadores. Vale la pena recordarlas, justamente, en la medida en que concentran muchas de las objeciones que se le hacen a la deconstrucción desde cierta mirada sociológica.[3]

Habermas presenta a Derrida como un "discípulo auténtico" de Heidegger. Ambos son catalogados como los adversarios por excelencia del racionalismo occidental en el siglo XX. Según Habermas, Derrida, al igual que su maestro alemán, "tampoco escapa a la aporética estructura de un acontecer de la verdad vaciado de toda validez veritativa" (2008a: 184). Desde este punto de vista, la deconstrucción sería una estrategia aporética que se exonera a sí misma de las pruebas de validez que permiten fundamentar racionalmente la pretensión de verdad a la que aspira cualquier discurso filosófico o científico. De ahí que Habermas acuse a la deconstrucción de ser mistificadora, acientífica y evocadora de una autoridad vacua. En otro orden de cosas, le reprocha el haber diluido la diferencia de género entre filosofía y literatura como así también la diferencia entre lógica y retórica, a los efectos de invertir la primacía reinante al interior de ambos pares de opuestos. Derrida pondría en marcha esta reducción no solo a través del tratamiento que da a los textos que lee, sino también a través de los textos que escribe, lo cual tendría como efecto inmediato dispensarlo de las obligaciones a las que se somete toda forma de argumentación seria, responsable y productiva (Habermas, 2008b).

Derrida, por su parte, contesta estas críticas de manera igualmente categórica. Su respuesta no es inmediata ni está centralizada en un solo texto. Una parte de la misma puede leerse en la versión francesa de *Memorias para Paul de Man* (1988b), y otra parte puede encontrarse en *Limited Inc* (1988a). En los pocos párrafos de ambos libros que conciernen al debate en cuestión, Derrida se propone demostrar una incomprensión manifiesta por parte del autor de *Teoría de la acción comunicativa*. En lo que respecta a la primera de las dos lecciones citadas, Derrida acusa a Habermas de haberlo leído de manera confusa, superficial y poco argumentada, violando de este modo las leyes de la razón y de la ética de la discusión. Respecto a la segunda, lo acusa de no haberlo leído en absoluto, de no citarlo ni una sola vez, de no hacer referencia a ninguno de sus textos a lo largo de un artículo de

---

3 En contrapartida, se puede señalar aquí la posición de Niklas Luhmann, quien no duda en afirmar puntos de convergencia entre la deconstrucción y su teoría sociológica de sistemas. Sobre las posibilidades y limitaciones de esta convergencia, véase Villalobos-Ruminott (2017).

veinticinco páginas que pretende ser una crítica sólida de su trabajo. Fundamentalmente, le reprocha el hecho de transgredir los principios básicos de su propio discurso acusador.

Aún tuvo que pasar mucho tiempo para que la controversia tocara a su fin. La posición política común que ambos autores adoptaron frente a los atentados del 11 de septiembre de 2001 habría puesto punto final al enfrentamiento.[4] Pero esta no es la cuestión que interesa aquí. Independientemente del saldo de este debate, tal vez ahora resulte más claro el porqué del desacuerdo básico entre, por una parte, cierta mirada sociológica poco tolerante y en el fondo dogmática frente a cualquier discurso que pretenda interrogar el fundamento de la razón —mirada que, a mi entender, la perspectiva de Habermas resume de forma cabal, aunque desde luego no agota todos sus alcances ni la diversidad de sus matices—, y, por otra parte, el pensamiento deconstructivo con todas sus contradicciones. No hay duda, pues, de que en determinados ámbitos académicos siempre se sospechó del carácter irracional, nihilista y escéptico de este último, sin importar la cantidad ni la calidad de los argumentos que una y otra vez Derrida opuso a este tipo de acusaciones. A menudo las reservas vienen asociadas a rótulos equívocos como aquellos de "postestructuralismo" o "posmodernismo", ambos sistemáticamente rechazados por el autor. Como consecuencia de estas embestidas, Derrida se vio en la necesidad de poner en evidencia hasta qué punto la deconstrucción —al menos la que él practicaba, como solía aclarar— es un procedimiento racional, sin que ello signifique perder de vista los límites de la razón. Además debió afirmar y reafirmar frente a sus críticos el carácter indisociablemente teórico y práctico de su trabajo, debido a que este no es una operación especulativa que se limita a montar y desmontar piezas conceptuales, sino que tiene consecuencias efectivas sobre instituciones y formaciones sociales.

Dicho esto, no se puede soslayar aquello que la sociología y la deconstrucción tienen en común. Por heterogéneas que sean estas prácticas en muchos sentidos, ellas comparten una capacidad y disposición crítica ante lo evidente, lo que se tiene por cierto y seguro, lo natural o inherente y, en suma, cualquier forma de lo dado. Entonces, ¿por qué ignorar o condenar sin más la deconstrucción antes que ver en ella la posibilidad de profundizar y ampliar el *sentido* de la crítica? Después de todo, ¿no es precisamente la vocación por desnaturalizar los modos naturalizados de pensar lo social aquello que de formas

4 El indicio más claro de este acercamiento lo constituye la aparición de un libro donde ambos autores son entrevistados por separado, pero paralelamente, a propósito de los mencionados atentados. Véase Borradori (2003).

muy distintas impulsa los proyectos más ambiciosos de la sociología clásica y contemporánea? ¿No constituye uno de los primeros y principales objetivos de dichos proyectos el romper con los juicios de sentido común, con las así llamadas "prenociones", incluido el sentido común y las representaciones impensadas de la propia ciencia? ¿Acaso el pensamiento sociológico, en sus mejores versiones, no nos invita a desconfiar del empirismo radical y, en el mismo sentido, de los valores de espontaneidad y transparencia que con aplastante simpleza se imponen al conocimiento? A pesar de las notables diferencias entre las obras de Marx, Durkheim y Weber, ¿no afirman todas ellas una clara ruptura con el sustancialismo filosófico y, más en general, con los naturalismos de todo tipo que velan el carácter eminentemente histórico y situado de los fenómenos sociales? Aún más cerca de nosotros, ¿no es preciso reconocer en algunas de las corrientes más influyentes de las últimas décadas (por ejemplo, aunque no solo, en las múltiples perspectivas que ofrece la sociología crítica, la sociología pragmática y el relacionalismo) una toma de posición explícita contra los binarismos epistemológicos y conceptuales que dominaron históricamente el ámbito de la investigación social? ¿En nombre de qué razón quienes nos dedicamos a la sociología deberíamos privarnos de emplear la deconstrucción como tantos otros y tantas otras lo han hecho en ámbitos más o menos cercanos al nuestro?

2. IDIOMA Y MÉTODO

La deconstrucción es una matriz de investigación que funciona sobre diferentes terrenos y que se sirve de recursos que toma prestados, entre otros, de esos mismos terrenos en los que interviene. Tal como se puso de manifiesto a través de innumerables trabajos en el curso de las últimas décadas, el tipo de cuestionamiento que esta matriz habilita puede ser realizado en diferentes campos de estudio y, por cierto, de maneras muy distintas. Esto quiere decir, por un lado, que lo que habitualmente se entiende por deconstrucción no se limita al entorno de la filosofía, donde de hecho se originó pero al cual no está indefectiblemente circunscripto, y, por otro lado, que no hay una única manera de leer y escribir deconstructivamente. Sería ingenuo creer que existe algo así como "la deconstrucción", siempre una y la misma. Existen diferentes estilos y formas de poner en cuestión la axiomática dominante de tal o cual registro del hacer, de tal o cual registro del saber. Por consiguiente, hacer uso de la deconstrucción en el ámbito de la sociología no supone necesariamente la apropiación de problemas ajenos a esta ciencia y a sus diversos legados. Más bien, se trata de empezar a reconocer lo que en este dispositivo de lectura puede resultar provechoso para pensar o repensar la inscripción histórica, las

condiciones de organización y funcionamiento, el sistema de presuposiciones y el andamiaje conceptual de la propia tradición sociológica.

Entiéndase bien, la deconstrucción no es convocada para suplir una carencia o una supuesta debilidad de los enfoques metodológicos empleados comúnmente por la disciplina para reflexionar sobre sus propias prácticas científicas e institucionales. No solo porque la deconstrucción carece de las condiciones mínimas para convertirse en una "sociología de la sociología", sino también porque no es un método. No, al menos, en el sentido convencional que la palabra "método" asume en la sociología y en otras ciencias sociales. Es necesario explicar esto con detenimiento, ya que constituye un aspecto sensible de la discusión en torno a la deconstrucción y, en la misma medida, el meollo epistemológico que habilitaría la separación, incluso la exclusión, entre la práctica sociológica y la estrategia deconstructiva.

Como ya se ha visto, la deconstrucción es contraria al método y a la metodologización. En primer lugar, porque se trata de un acontecimiento cada vez único. La singularidad de cada deconstrucción se relaciona tanto con la unicidad del texto deconstruido como con la del texto deconstructor. En segundo lugar, porque tiene lugar sin mediación de un sujeto. Como se decía más arriba: "ello se deconstruye", "está en deconstrucción". Otra forma de decir que ya siempre hay deconstrucción obrando en las obras. Desde luego, esto no es un impedimento para reconstruir críticamente la historia de la deconstrucción. Como tampoco es un impedimento para imaginar y proyectar una "sociología de la deconstrucción".

En todo caso, parece claro que no es un procedimiento sometido a reglas fijas y, por lo tanto, no se puede aplicar como si fuera un instrumento metodológico más. Sin embargo, Derrida escribe: "en ciertos medios (universitarios o culturales, pienso en particular en Estados Unidos), la 'metáfora' técnica y metodológica, que parece necesariamente unida a la palabra misma de 'desconstrucción', ha podido seducir o despistar". Y agrega de inmediato: "De ahí el debate que se ha desarrollado en estos mismos medios: ¿puede convertirse la desconstrucción en una metodología de la lectura y de la interpretación? ¿Puede, de este modo, dejarse reapropiar y domesticar por las instituciones académicas?" (1997a: 26).

Estas preguntas no se responden de una vez, ni de manera negativa o afirmativa. Estos interrogantes surgieron con fuerza a mediados de la década de 1980, en un momento en que la deconstrucción había alcanzado una alta consideración en los medios vinculados a las humanidades. Si bien las querellas en torno a la empresa deconstructiva no pasaban principal ni exclusivamente por la "cuestión del método", cuestión que por cierto ocupó desde el comienzo un lugar destacado

en la reflexión derridiana,[5] en todos los casos, la suponían. Un gran número de académicos y académicas comenzaron a practicar la deconstrucción sin poder evitar objetivarla, convirtiéndola así en metodología. En esta coyuntura, más de una vez, Derrida se vio llevado a precisar hasta qué punto la deconstrucción, tal y como él la entendía, puede quedar sujeta a una objetivación metódica.

De esta época datan una serie de textos sobre Descartes, con énfasis en su *Discurso del método*, dedicados a la palabra "método" (Derrida distingue *methodos*, el camino a seguir, el camino hacia algo, de *odos*, el camino sin más) y los valores técnicos, éticos y políticos que le están asociados. En estos textos, se analiza el papel que juega el vocabulario del método, de la regla y de la norma en el recorrido filosófico y científico hacia la verdad.[6] En otro escrito del mismo período, Derrida advertía sobre la ligereza de quienes solo ven en la deconstrucción un "conjunto técnico de procedimientos discursivos" o un "nuevo método hermenéutico" al amparo de la universidad en lugar de ver en ella, también, "una toma de posición, en el propio trabajo, respecto de estructuras político-institucionales" (1990: 424). Aún se podrían citar muchos otros textos de esta misma época donde se aborda la cuestión del método desde distintos ángulos. Para terminar este recorrido quisiera detenerme brevemente en uno de ellos. Se trata de una entrevista donde se expone con claridad la relación siempre problemática entre la singularidad y la generalidad de una deconstrucción, entre lo idiomático, y en consecuencia insustituible, y lo que puede ser repetido según leyes genéricas. Ante la pregunta del entrevistador acerca de cómo evaluar los efectos del trabajo deconstructivo, siendo que tantas veces se ha dicho que este no es un método, que no hay "método Derrida", el entrevistado responde:

> Naturalmente, creo que en cualquiera que hable o escriba hay un deseo por firmar de manera idiomática, es decir, irremplazable. Pero desde el momento en que hay una marca, es decir, la posibilidad de una repetición, desde que hay un lenguaje, la generalidad ha entrado en escena y el idioma transige con algo que no es idiomático, con una lengua común, con conceptos, leyes, normas generales. Y por consiguiente, incluso si

---

5 Véase Derrida (2000: 201-208), donde describe y justifica "principios de lectura" o, como también dice, "consideraciones metodológicas" acerca de su propio trabajo. Otro texto temprano donde se toca la cuestión es en Derrida (1997b). Allí dice de la diseminación, estrategia textual plegada a la deconstrucción: "No hay *método* para ella: ningún camino regresa en círculo hacia un primer paso, ni procede de lo simple a lo complejo, conduce de un principio al fin […] Ningún método: eso no excluye determinada marcha que se sigue" (1997b: 406).

6 Véase Derrida (1984; 1995c y 1995d).

> se intenta preservar el idioma del método [...], por el hecho de que no hay idioma puro, ya hay método; todo discurso, incluso una frase poética u oracular lleva consigo un dispositivo de reglas para producir cosas análogas y, por tanto, un esbozo de metodología. [...] En lo que escribo pienso que también hay reglas generales, procedimientos que se pueden transportar por analogía —es lo que llamamos una enseñanza, un saber, aplicaciones—, pero estas reglas se encuentran cogidas en un texto cuyo elemento es cada vez único y, ahí, no se puede dejar metodologizar totalmente (1992: 213-214).

Ni pura singularidad ni pura generalidad. Hay contemporización y mezcla. Por más vueltas que le demos al asunto no se puede afirmar con certeza que la deconstrucción sea un método, pero tampoco se puede afirmar lo contrario. Es justamente esta indecidibilidad característica de la matriz de pensamiento derridiano lo que exaspera a muchos de sus críticos de ayer y de hoy. Este deambular errante es lo que, más allá de las críticas justas o injustas, consecuentes o inconsecuentes, pone en guardia a quienes afirman el imperativo de una metodología rigurosa para su labor investigativa en ciencia y filosofía. De este modo, la sospecha epistemológica frente al recurso deconstructivo por parte de la comunidad académica no solo es esperable sino casi ineludible.

Si mi planteamiento apela a la deconstrucción, con todas las precauciones del caso, no es porque tenga la convicción de que ella hace bien algo que la sociología hace mal o hace a medias, sino porque cuestiona un gran número de presupuestos metafísicos que el análisis sociológico por lo general no toma en cuenta, aun cuando estos tienen efectos concretos sobre su propio trabajo científico. Lo que quiero decir con esto es que no se trata de sustituir el tratamiento específicamente sociológico de los fenómenos sociales y de la propia sociología por un tratamiento de naturaleza y propósitos muy diferentes. Tal cosa no es posible ni deseable. Pero tampoco se trata, como se podría creer, de producir una amalgama superadora de movimientos complementarios donde el acervo intelectual de uno vendría a ampliar y enriquecer el acervo del otro, y viceversa. Nada de eso. Lo que planteo aquí no debe tomarse por una "sociología deconstructiva" (Game, 1991; Agger, 1994) ni por una "deconstrucción sociológica" (Pfohl, 1985; Smikun, 2014).[7]

---

7 Aun si aquí se han proporcionado algunas pistas, haría falta un estudio aparte para explicar por qué ninguna "ciencia", así como ninguna "filosofía", puede ser deconstructiva sin convertirse en su propia condición de imposibilidad, del mismo modo que la deconstrucción no puede tomar como referencia primera o última ningún "saber", sea científico o filosófico.

En definitiva, mi propuesta apunta a producir una incisión deconstructiva en la trama del *texto sociológico*, lo que equivale a abrirlo, a separar sus hilos para comprender mejor la formación y los dibujos de un tejido que se expande con cada lectura y cada escritura en las que aparece comprometido.[8] Lo que me interesa, específicamente, es incidir (cortar, rasgar, hendir…) esta textura para poder identificar y transformar los aspectos más dogmáticos y mayormente impensados del discurso sociológico, pero también de todo aquello que en la sociología y sus inmediaciones no se limita a la discursividad, por ejemplo, las instituciones, los ordenamientos pedagógicos y una diversidad de estructuras sociales, económicas, políticas, técnicas, sexuales, etc. Como es evidente, esta propuesta tiene un alcance crítico, cuestionador. Y tiene también un alcance afirmativo, tal vez menos visible que el anterior pero no por ello menos importante. La incisión tiene por efecto dejar al descubierto tanto aquello que en la sociología da muestras de estar naturalizado como aquello otro que, en cambio, puede y debe ser reafirmado en su carácter de conocimiento científico desde el cual se contribuye de manera indispensable e insustituible a la desnaturalización de lo social. Por extrema que pueda resultar semejante instancia de interrogación, esta no hace de la sociología una ciencia menos necesaria. Todo lo contrario.

La deconstrucción del texto sociológico indica una tarea con límites precisos. En primer lugar, está limitada por el modo de entender la deconstrucción, un modo que en lo fundamental no difiere del sentido que Derrida asigna a esta palabra, comprendida su ambivalencia característica entre lo particular y lo general, lo idiomático y lo metódico. En segundo lugar, se encuentra limitada por la especificidad de la sociología, es decir, de todas y cada una de las sociologías —irreductible pluralidad que por costumbre o comodidad continuamos escribiendo en singular—. Específico de la(s) sociología(s) es la historia del nacimiento y la formación de la disciplina; la relación entre esta y otras disciplinas en la lucha por la autonomización científica e insti-

8 Seguimos aquí la noción de "texto" propuesta por Derrida, y más en concreto el concepto de "texto general", diferenciado del "texto determinado", al cual abarca. "El texto general carece de márgenes, en el sentido establecido de la palabra; atraviesa de forma infraestructural todo lo que la metafísica llama la 'realidad' (histórica, económica, política, sexual, etc., en el sentido establecido de dichas palabras) en la medida en que esta está constituida por relaciones de fuerzas diferenciales y en conflicto, de huellas, pues, sin ningún centro de presencia o de dominio" (Derrida, 1997d: 46). Para más precisiones sobre esta noción, véase especialmente Derrida (2000: 181-208; 1977). Sobre la relación entre el "texto", la "tela", el "tejido" y la "malla", y, en el mismo sentido, sobre "la metáfora del *istos* y la pregunta sobre el *istos* de la metáfora", véase Derrida, (1997c).

tucional; el origen de los conceptos sociológicos fundamentales y su vinculación con esquemas teóricos y argumentativos que provienen de otros campos del saber; la pregunta por el "sujeto" y el "objeto" de lo social; la disputa sobre el método y sobre los distintos métodos de investigación; la demarcación entre el trabajo empírico y el teórico; la relación de la sociología con la *crítica* (entiéndase, con el "sentido" o el "espíritu crítico") y con las diferentes tradiciones críticas existentes; las divisiones internas y la especialización del conocimiento sociológico; el repertorio de autores y la construcción del canon; las escuelas, los movimientos y las tendencias; los sistemas de producción, publicación y circulación de textos; la diferencia y la distinción de lenguas; las políticas de traducción; las resonancias entre el registro científico, el ensayismo y la divulgación; la cuestión del estilo en la escritura sociológica; la geopolítica de los enclaves académicos; las simetrías y asimetrías entre las perspectivas procedentes de los países del "centro" y aquellas que surgen en la "periferia"; las consecuencias de la "globalización" en la estructura general del estudio de lo social; las variaciones del punto de vista sociológico frente a las herencias filosóficas, éticas y políticas; las concepciones sociales de la naturaleza humana y el problema de la normatividad; el lugar y el alcance de lo humano en la explicación de la socialidad; los posicionamientos epistemológicos y ontológicos al interior de la disciplina; la conexión de la sociología con el resto de las ciencias sociales y las humanidades, etc.

Como se afirmó al comienzo, se pueden imaginar todo tipo de relaciones entre sociología y deconstrucción. La relación particular que aquí se propone no está dada. Por eso mismo, es preciso inventarla. Pero esta invención requiere algo más que un mero programa teórico. En cualquier caso, no puede reducirse a eso. Solo el abordaje de un problema particular puede revelarnos la oportunidad que representa la orientación deconstructiva en el horizonte actual del pensamiento sociológico.

3. DECONSTRUCCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

Lo que llamo así es, en principio, la desestructuración de las oposiciones binarias que habitan el discurso sociológico desde sus orígenes, es decir, desde el momento en que algo así como la identidad sociológica comenzó a asumir los rasgos que hoy le conocemos. Se trata de un tipo de trabajo que, ya sea por desinterés, ya sea por interés o conveniencia, la sociología no suele tener en cuenta pero cuya necesidad se hace sentir cada vez con mayor fuerza en las investigaciones contemporáneas. Oposiciones tales como comunidad/sociedad, orgánico/mecánico, natural/artificial, sentimiento/razón, originario/derivado, auténtico/inauténtico, objetivo/subjetivo, forma/contenido, micro/

macro, real/ideal, agencia/estructura, hombre/animal, humano/no-humano, individual/colectivo, interioridad psicológica/exterioridad social, por solo nombrar algunas de las más persistentes, se encuentran sólidamente unidas a la metafísica y, en consecuencia, solicitan una deconstrucción.

La estrategia deconstructiva, aun sin ser un método, sin serlo enteramente, admite ciertos principios o, para decirlo con otra expresión que Derrida usa a menudo, ciertos protocolos de lectura. Esto significa que no se interviene de cualquier forma, que la incisión en el texto no se realiza en cualquier dirección. Sin poder escapar aquí a una relativa simplificación de las cosas, se dirá que la tarea de la deconstrucción consiste en el cuestionamiento interminable de todas las diferencias que se presentan en el texto como simples dualismos. En una entrevista célebre en la que Derrida introduce la "*estrategia general de la deconstrucción*", explica que esta procede siguiendo un movimiento desdoblado. Este doble movimiento, este "doble gesto", como lo suele llamar, es su rasgo distintivo. *Por un lado*, es necesario "atravesar una fase de *inversión*" (1977: 54). La fase de derribo obedece a la necesidad de reconocer que una oposición conceptual implica una jerarquía violenta, tanto lógica como axiológica, de un término sobre el otro. "Deconstruir la oposición, significa, en un momento dado, invertir la jerarquía. Olvidar esta fase de inversión es olvidar la estructura conflictual y subordinante de la oposición" (1977: 55). *Por otro lado* y de forma simultánea, es preciso ir más allá del simple derribo ya que de lo contrario se corre el riesgo de confirmar la oposición, solo que ahora invertida, que se pretendía conmover. Es preciso, entonces, provocar un *desplazamiento* a partir de "la emergencia irruptiva de un nuevo 'concepto', concepto de lo que no se deja ya, no se ha dejado nunca, comprender en el régimen anterior" (1977: 55).

Deconstruir una pareja de opuestos requiere, pues, un movimiento de *inversión* y otro de *desplazamiento*, una doble lectura y una doble escritura que se sirve a su vez de ciertos signos lingüísticos a los que Derrida denomina *indecidibles*. Estos términos reciben el nombre de indecidibles porque al tener significados ambivalentes, incluso contradictorios, resulta imposible asignarles un sentido único y, por lo tanto, se sustraen a la lógica oposicional al mismo tiempo que la dislocan. Se trata de "unidades de simulacro [...] que ya no se dejan comprender en la oposición filosófica (binaria) y que no obstante la habitan, la resisten, la desorganizan, pero sin constituir *nunca* un tercer término, sin dar lugar nunca a una solución en la forma de la dialéctica especulativa" (1977: 56). A lo largo de su obra Derrida se valió de diversos indecidibles. Muchos de ellos ya formaban parte del lenguaje, mientras que otros fueron inventados sobre la marcha:

suplemento, *pharmakon*, himen, espaciamiento, espectro y *différance* son solo algunos de los más conocidos.[9]

Si bien esta estrategia fue usada mayormente para desbaratar las oposiciones que fundan el texto filosófico, existen buenos motivos para ponerla al servicio de un trabajo análogo pero, esta vez, en el texto de la sociología y de otras ciencias sociales con las que esta comparte buena parte de las presuposiciones que confirman su pertenencia conjunta al sistema de pensamiento dominante.

Durante demasiado tiempo se creyó que el estatuto científico de la sociología alcanzaba para poner a esta fuera de alcance de las determinaciones metafísicas. A fuerza de repetición, este lugar común se convirtió en una suerte de evidencia sobre la que ya no valía la pena detenerse y menos aún discutir. Muchas de las personas que se dedican a la sociología se sienten cómodas con esta creencia. Les tranquiliza creer que su actividad, en tanto y en cuanto se encuentra dotada de un espíritu de investigación fuertemente reflexivo y racional, tendiente a la producción de trabajos empíricos con alto grado de exigencia metodológica, está libre de esta pesada carga. Pero lo cierto es que el discurso sociológico no es menos inmune que cualquier otro discurso a las determinaciones que operan, de manera implícita o explícita, a través de los modelos de pensamiento duales o dialécticos. El carácter metafísico de un discurso, cualquiera sea este, no se mide únicamente por su proximidad a la filosofía, al tratamiento teorético y en última instancia idealista de los problemas de los que se ocupa. Si bien todos estos son elementos importantes, y de los que es preciso decir que la sociología se ha ocupado críticamente, no menos importantes son las oposiciones que se encuentran presentes y activas tanto en la filosofía especulativa como en las ciencias positivas. Y esto último, precisamente, es lo que se pasa por alto en la inmensa mayoría de los estudios sobre la realidad social. Las ciencias sociales pueden producir instrumentos cada vez más eficaces de vigilancia epistemológica con el fin de alcanzar el mayor rigor científico posible sin que nada de eso altere su vínculo con el edificio de la metafísica. Mientras no se someta a examen la lógica oposicional que gobierna estos discursos, la relación de dependencia con dicha edificación y con el orden que ella prescribe permanecerá relativamente inconmovible.

---

9 Los términos, enunciados y recursos indecidibles utilizados por Derrida son difícilmente determinables debido a su número y variedad. Si bien entre ellos no hay orden ni jerarquía, es imprescindible subrayar la noción de *différance* a causa del papel que jugó desde muy temprano en el proyecto deconstructivo. Sobre esta noción, véase en particular Derrida (1994).

Una maniobra de tipo deconstructivo como la que se plantea aquí obliga a trazar la genealogía de los conceptos sociológicos de un modo completamente distinto al que estamos habituados y, por consiguiente, nos pone en la situación de imaginar alternativas posibles, conceptos nuevos y sobre todo rebeldes al esquema binario que guía el pensamiento hegemónico sobre lo social. Ahora bien, este planteamiento no es una elaboración abstracta, en el sentido de una proyección ideal o imaginaria, sino que es la modalidad de trabajo empleada en una investigación que publiqué recientemente (Alvaro, 2015). Tal vez no sea del todo inútil tomar este ejemplo para ilustrar una lectura en clave deconstructiva —una entre otras, claro está— del texto sociológico.

Dicho sin rodeos, lo que me propuse allí fue la deconstrucción del par comunidad (*Gemeinschaft*)/sociedad (*Gesellschaft*) junto con otros pares de opuestos con los que aquel se encadena. Con ese objetivo comencé por delimitar histórica y conceptualmente el problema de la comunidad, hilo conductor y motivo central de la investigación. El análisis se centra en las tesis sobre la comunidad elaboradas por Karl Marx, Ferdinand Tönnies y Max Weber, entendiendo que son ellas las que más contribuyeron a consolidar el sentido actual de esta noción tanto en el lenguaje de la teoría como en el de la política. La investigación se encamina a demostrar que en los discursos de estos autores la *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft* forman una polaridad conceptual conflictiva y fuertemente jerarquizada. La "comunidad" representa el vínculo social tradicional, natural y originario, que se opone al mismo tiempo que se impone al vínculo artificial y derivado representado por la moderna "sociedad" capitalista. Para dar cuenta del privilegio que posee la primera sobre la segunda, privilegio basado en la supuesta unión o en la simple identificación entre la comunidad y la verdad, entre la comunidad y el valor de verdad en general, creí oportuno inventar un término: *comunocentrismo*. Lo que se denomina así es la prelación metafísica por la cual la instancia comunitaria, además de prevalecer en todos los sentidos sobre la instancia societaria, se presenta como referencia paradigmática de la socialidad, de eso mismo que en los debates contemporáneos se designó como "ser-" o "estar-en-común".

Finalmente, quise bosquejar las condiciones de posibilidad para una crítica radical de la dualidad interrogada. A tales efectos, se muestra cómo la inversión de la oposición, esto es, subordinar la "comunidad" a la "sociedad", puede ser un recurso ventajoso para desnaturalizar la relación tradicional entre estos conceptos, pero resulta limitado en sus alcances deconstructivos. Invertir el sentido de la jerarquía no es suficiente. Para conmover efectivamente el sistema es necesario desplazar el texto haciendo intervenir una marca indecidible, es decir,

un signo que desborde la dualidad, que se sustraiga a los contrarios sin convertirse en un tercer término. El signo con el que se pretende intervenir aquí es bien conocido. Sin embargo, su potencial es prácticamente inagotable, sobre todo si se considera su carácter ambivalente. La *relación* no es ni la comunidad ni la sociedad, ni la unidad ni la separación, ni la identidad ni la diferencia. No es *ni* una cosa *ni* la otra o es ambas cosas *a la vez*. Así se define, en términos generales, la lógica del "ni/ni" o del "entre" —Derrida utiliza ambas fórmulas— a partir de la cual se determinan las marcas indecidibles de un texto. La *relación*, en el sentido que pretendo darle a esta palabra, responde a esta lógica y es introducido como un concepto capaz de poner en cuestión la aparente naturalidad con que se presenta y opera el sistema de oposiciones sociológicas, empezando por la de comunidad y sociedad.[10]

En suma, lo que intenté dejar indicado en mi trabajo sobre el problema de la comunidad es que desde el momento en que se conduce la pregunta por la relación más allá de sus constricciones habituales se despliegan posibilidades inéditas para pensar la socialidad. El interés de la tarea deconstructiva consiste justamente en abrir posibilidades de construcción hasta ahora impensadas por el simple hecho de ser impensables al interior de las diferentes estructuras que conforman nuestra cultura. Abrir el juego a otras posibilidades, incluida la posibilidad de lo impensable o de lo imposible, supone una relación con la historia y con las herencias recibidas que, en el caso de la deconstrucción, pasa por desmantelar la arquitectónica del sistema de representaciones que regula nuestras prácticas.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: "HAY QUE COMENZAR *EN CUALQUIER LUGAR DONDE ESTEMOS...*"

El ejemplo anterior no pretende otra cosa más que indicar a través de un análisis puntual una de las muchas direcciones que puede tomar la deconstrucción de la sociología.[11] Estrictamente hablando, es un caso o una ocasión más que un ejemplo. Pues no es ejemplar, en el sentido de modelo o prototipo, ni pretende serlo. Aunque quisiera serlo, todavía quedaría por demostrar que la deconstrucción es una técnica

10 Sobre la *relación* y, más específicamente, sobre el potencial deconstructivo de este concepto en el terreno del pensamiento social y sociológico, véanse Alvaro (2015; 2016 y 2017).

11 A pesar de todas las diferencias, empezando por la diferencia temática, quisiera destacar sugerentes afinidades entre esta iniciativa y las formulaciones generales de la reflexión infrapolítica, cuyos referentes se nuclean en torno al blog Infrapolitical Deconstruction (https://infrapolitica.wordpress.com/). Una buena introducción a los interrogantes que se plantea este colectivo es el dossier "Infrapolítica y posthegemonía" que aparece en Moreiras (coord.) (2015).

que simplemente puede repetirse siguiendo un patrón y por ende producirse o reproducirse en serie. Para volver al tema de fondo, habría que demostrar que la deconstrucción es un método o que puede llegar a serlo. Esto implicaría volver la estrategia deconstructiva contra sí misma y, en el mismo acto, privarse de una de las herramientas más eficaces contra la omnipotencia de los esquematismos académicos. Evidentemente, no es eso lo que se busca aquí. Sin embargo, hay que hacer valer sin vacilaciones, junto con la idiomaticidad, lo que hay de "método" en la deconstrucción. Como ya se ha dicho, es una transacción permanente entre singularidad y generalidad. Incluso si no es posible aislar una cosa de la otra por completo, ya que siempre habrá un resto, una huella de la una en la otra y viceversa, nada impide seguir los pasos que allanaron el camino de la deconstrucción. Eso es lo que intenté a través de este recorrido. Me propuse seguir su marcha y, hasta donde fue posible, reconstruir una cierta andadura, una manera determinada de andar y desandar la textualidad del texto. Pues tiendo a creer que cuanto más se expliciten los aspectos generalizables de la deconstrucción, quienes reclaman un método claro y distinto para sus respectivas prácticas estarán más dispuestos a considerar seriamente este otro camino a pesar del halo de incertidumbre que lo envuelve, y sin perjuicio de continuar tomando los caminos conocidos cada vez que se juzgue necesario.

La deconstrucción de la sociología es una tentativa metodológica, un tanteo experimental a la vez singular y común, parcialmente apropiable y enteramente compartible. Se trata de un movimiento que no es propiamente sociológico, pero tampoco se identifica con "lo otro" de la sociología. El movimiento tiene lugar entre el adentro y el afuera de la ciencia, oblicuamente, sobre un límite que separa uniendo o que une separando aquello que la sociología interioriza como rasgos estructurales de su propia identidad y aquello que, en vistas de preservar su pertinencia, se ve llevada a dejar afuera al punto de ignorarlo, negarlo o denegarlo. Es la exposición mutua y la confrontación entre un interior largamente trabajado, producido y sedimentado a través de la historia de la disciplina y de sus instituciones, y un exterior lisa y llanamente intratable, como lo impensado de sí misma. A partir de este ir y venir sobre el margen y entre sus lados, es posible producir una incisión efectiva en el texto de la sociología, una cesura llamada a alterar la normalidad de los sociologemas que sirvieron tradicionalmente a la definición y al tratamiento de lo social. Cualquiera que lo desee puede hacer suya esta iniciativa que al mismo tiempo recuerda a quien lee y a quien escribe —la misma persona o acaso otra— que la tarea de una deconstrucción nunca se hace esperar y que su lugar es allí donde nos encontremos: "Hay que

comenzar *en cualquier lugar donde estemos*, y el pensamiento de la huella, que no puede dejar de tener en cuenta la perspicacia, ya nos ha enseñado que era imposible justificar absolutamente un punto de partida. *En cualquier lugar donde estemos*: en un texto donde ya creemos estar" (Derrida, 2000: 207).

BIBLIOGRAFÍA

Agger, B. (1994). Derrida for Sociology?. *American Sociological Review*, 59, 501-505.

Alvaro, D. (2015). *El problema de la comunidad. Marx. Tönnies, Weber*. Buenos Aires: Prometeo.

— (2016). Lo transindividual: de Simondon a Marx. *TRANS/FORM/AÇÃO*, 39(4), 153-172.

— (2017). La metáfora del lazo social en Jean-Jacques Rousseau y Émile Durkheim. *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Identity Research*, 1, 1-26.

Borradori, G. (2003). *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Madrid: Taurus.

Derrida, J. (1977). Posiciones (entrevista con Jean-Louis Houdebine y Guy Scarpetta). En *Posiciones* (pp. 51-131). Valencia: Pre-Textos.

— (1984). Descartes: lengua e institución filosófica. En *La filosofía como institución* (pp. 147-168). Barcelona: Juan Granica.

— (1988a). *Limited Inc.* Evanston, IL: Northwestern University Press.

— (1988b). *Mémoires pour Paul de Man*. París: Galilée.

— (1989). De la economía restringida a la economía general. Un hegelianismo sin reserva. En *La escritura y la diferencia* (pp. 344-382). Barcelona: Anthropos.

— (1990). Mochlos ou le conflit des facultés. En *Du droit à la philosophie* (pp. 397-438). París: Galilée.

— (1992). 'Il n'y a pas *le* narcissisme' (autobiophotographies). En *Points de suspension. Entretiens* (pp. 209-228). París: Galilée.

— (1994) [1972]. La Différance. En *Márgenes de la filosofía* (pp. 37-62). Madrid: Cátedra.

— (1995a). *Dar (el) tiempo. 1. La moneda falsa*. Barcelona: Paidós.

— (1995b). *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid: Trotta.

— (1995c). Si ha lugar a traducir. I. La filosofía en su lengua nacional (hacia una "licteratura en francesco"). En *El lenguaje y las instituciones filosóficas* (pp. 29-53). Barcelona: Paidós.

— (1995d). Si ha lugar a traducir. II. Las novelas de Descartes o la economía de las palabras. En *El lenguaje y las instituciones filosóficas* (pp. 55-83). Barcelona: Paidós.
— (1997a). Carta a un amigo japonés. En *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales* (pp. 23-27). Barcelona: Proyecto A Ediciones.
— (1997b) [1972]. La doble sesión. En *La diseminación* (pp. 263-427). Madrid: Fundamentos.
— (1997c) [1972]. La farmacia de Platón. En *La diseminación* (pp. 91-261). Madrid: Fundamentos.
— (1997d). Tener oído para la filosofía. Entrevista de Lucette Finas con Jacques Derrida. En *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales* (pp. 39-47). Barcelona: Proyecto A Ediciones.
— (2000) [1967]. *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
— (2002). *Marx & Sons*. París: PUF / Galilée.
— (2003). Lettre à un ami japonais. En *Psyché. Inventions de l'autre II* (pp. 9-14). París: Galilée.
Game, A. (1991). *Undoing the Social. Toward a Deconstructive Sociology*. Toronto: University of Toronto Press.
Habermas, J. (2008a) [1985]. Sobrepujamiento de la filosofía primera temporalizada: crítica de Derrida al fonocentrismo. En *El discurso filosófico de la modernidad* (pp. 179-203). Buenos Aires: Katz.
— (2008b) [1985]. Excurso sobre la disolución de la diferencia de géneros entre filosofía y literatura. En *El discurso filosófico de la modernidad* (pp. 204-230). Buenos Aires: Katz.
Moreiras, A. (coord.) (2015). Infrapolítica y posthegemonía. *Debats*, 128, 3.
Pfohl, S. (1985). Toward a Sociological Deconstruction of Social Problems. *Social Problems*, 32(3), 228-232.
Smikun, E. (2014). Sociological Deconstruction and Reconstruction: Mediation of Opposites by Interpenetration. En H. F. Dahms (ed.), *Mediations of Social Life in the 21st Century (Current Perspectives in Social Theory, Volume 32)* (pp. 135-157). Bingley, UK: Emerald.
Villalobos-Ruminott, S. (2017). Deconstrucción, Teoría Social y Sociología: Un desencuentro necesario. *Cuadernos de Teoría Social*, 3(5), 53-72.

Alejandro Bialakowsky y Ana Blanco

MULTITUDES Y “ESTILOS FUNDACIONALES”

UNA LECTURA EN SIMULTÁNEO DE TEXTOS DEL SUR Y DEL NORTE

INTRODUCCIÓN

“Casi simultáneamente han aparecido dos novelas…”. Así comienza Ernesto Quesada *Dos novelas sociológicas*, uno de sus primeros libros. Sobre ese “simultáneamente” y también sobre ese “casi”, podríamos sugerir que se construyen las reflexiones de este texto. Quesada, al igual que nosotros, busca comprender qué se juega en la emergencia de dos obras claves simultáneas, abocadas a dar cuenta de una época. Para el autor, esa temporalidad (casi) simultánea atraviesa la elaboración literaria argentina de la primera crisis financiera de este país en la década de 1890, a partir de la cual la sociología aporta un punto de vista científico y superador. Por nuestra parte, aquí se procura más bien analizar la simultaneidad de los intentos de “fundación” de la sociología en determinados textos argentinos y franceses –entre los cuales se incluyen los del propio Quesada–. En estos textos, identificamos el desarrollo de un conjunto de coordenadas e intersecciones teóricas orientadas a explicar las encrucijadas de la época en la que fueron escritos, hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

A nuestro entender, esta simultaneidad requiere, justamente, un “abordaje simultáneo”, distinto de una mirada solo enfocada en las “recepciones” o en las “particularidades locales”. Por ello, el “casi” que nos interesa analizar se presenta más amplio que el estudiado

por Quesada. Supone detenerse y profundizar en la heterogeneidad textual que existe –tanto en lo que respecta al despliegue teórico como a las investigaciones sobre su época– entre las primeras producciones sociológicas en el Sur y en el Norte que, en este caso, se circunscriben a la Argentina y Francia. Esta simultaneidad refiere a los vínculos entre distintos espacios, atravesados por relaciones sociales y, por tanto, temporales, de una modernidad que surge "ya siempre" conectada, esto es, simultánea, a partir de la expansión europea a finales del siglo XV.

Ahora bien, esa heterogeneidad, el "casi" de la simultaneidad, no puede simplemente remitir a un "aquí" (Argentina) y un "allá" (Francia), con sus posibles nexos, similitudes y diferencias. Por el contrario, una mirada simultánea permite captar que existen ciertas afinidades entre algunas obras de aquí y otras de allá, que son, a su vez, distintas de las afinidades con otras obras también de aquí y allá. A estas afinidades en los modos de concebir la "fundación" de la sociología, las denominaremos "estilos". Entendemos por estilos las formas de escribir lo social, según distintas referencias, argumentaciones e intervenciones intelectuales y políticas, con sus divergentes presupuestos teóricos, epistemológicos y metodológicos. En lo que sigue, planteamos que, en el momento en que la sociología buscaba definirse y legitimarse como una disciplina científica autónoma, es plausible advertir dos estilos "fundacionales" que suponen dos maneras disímiles de comprender los fenómenos colectivos y sus dinámicas. Estilos que, sin embargo, no desaparecieron luego, sino que se extendieron en tradiciones, linajes y escuelas, rastreables en textos posteriores.

Así se encuentran, por un lado, José María Ramos Mejía y Gabriel Tarde, y, por otro, Ernesto Quesada y Émile Durkheim. En los desarrollos analíticos de ciertos textos de estos cuatro autores –y en las disputas que protagonizaron a escala nacional–, pueden verse cristalizadas dos grandes líneas o estilos para la concepción y el estudio de lo social. Desde nuestro punto de vista, resulta fundamental atender al tratamiento diferencial que unos y otros realizan sobre las multitudes ("masas", "muchedumbres", "turbas", "montoneras") como problema epocal y teorético. En pocas palabras, mientras que para Ramos Mejía y Tarde se trata de una problemática crucial; para Quesada y Durkheim es más bien marginal o accesoria, aunque no por ello inexistente, y con énfasis diversos según las obras estudiadas.

De esta manera, lejos de ser una cuestión entre otras, la pregunta por las multitudes ocupa un papel destacado en los debates fundacionales de las sociologías argentina y francesa, con los mencionados autores como algunos de sus protagonistas. En tal dirección –y he aquí nuestra hipótesis de lectura–, aquel tratamiento diferencial de

las multitudes se encuentra estrechamente ligado al desarrollo de las "marcas estilísticas" que caracterizan a las diversas propuestas sociológicas impulsadas por ellos. Tales tratamientos se presentan como un prisma privilegiado para su investigación.

Hemos organizado el texto en tres apartados. En el primero, se recupera y articula un conjunto de reflexiones acerca de qué se entiende por teoría sociológica y por producción teórica en el "Norte" y en el "Sur". Esto permite presentar los lineamientos generales para desplegar un abordaje simultáneo de estilos sociológicos que, al reconocer complejas afinidades entre elaboraciones teóricas de distintas latitudes y espacios académicos, se distancie de las ideas de "recepción" –de perspectivas del Norte, con mayor o menor "originalidad"– y de "relativismo cultural" –focalizada en las "particularidades locales"–. En el segundo, con miras al análisis pormenorizado de las producciones de la Argentina y Francia seleccionadas, se caracterizan las encrucijadas teóricas y epocales simultáneas que signan el clima de propuestas y discusiones respecto del problema de las masas y su relación con el "cientismo" social. En el último apartado, se desarrollan dos "estilos fundacionales" de la sociología en la Argentina y en Francia, con sus conexiones, contrapuntos y heterogeneidades, a partir de la identificación y el análisis de tres dimensiones centrales: a) la autonomía disciplinar, b) las metáforas y el lenguaje utilizados y c) la perspectiva sobre lo social en general.

TEORÍA, SIMULTANEIDAD Y ESTILOS

Una propuesta metodológica sobre la investigación en teoría sociológica que incluya a aquellas del "Sur", en este caso de la Argentina, requiere reflexionar sobre la condición misma de esta teoría. Esto no supone que exista un consenso respecto de los modos del quehacer investigativo en teoría en otros espacios sociales, por ejemplo, en Estados Unidos o en países europeos occidentales. Ahora bien, resulta todavía más frágil una respuesta que tenga en cuenta las teorías de latitudes "periféricas", dada la indudable asimetría entre las formas de concebir como teorías las elaboraciones del Sur y el Norte, en favor de estas últimas. Como se pregunta Jeffrey Alexander (1992), ¿es posible dar una definición acerca de qué es teoría? En un gesto polémico contra cierto tipo de estudios que se pretenden "estrictamente teóricos", Randall Collins afirma que, a fin de cuentas, se denomina "teoría" a todo aquello que la disciplina considera relevante; esto es que vale la pena ser recordado y transmitido (citado en Abend, 2008: 186). Así, como "caso paradigmático", resuena para América Latina la "teoría de la dependencia" en cuanto perspectiva conformada por múltiples corrientes que ha conseguido la legitimación suficiente para

ser considerada "teoría" –esto podría aplicarse también a algunos de sus autores o a porciones de las obras de esos autores–.

No obstante, parece poco certero reducir la pregunta por la teoría a su legitimidad, aunque tenga ella un fuerte peso, en especial, cuando esa legitimidad se distribuye de forma heterogénea y desigual entre distintas regiones e instituciones. De las discusiones sobre la "lógica teórica" (Alexander, 1982) y la "metateoría" (Ritzer, 1990), se puede vislumbrar la centralidad que tiene una reflexión multidimensional sobre los presupuestos generales de los análisis sociológicos. Esto ocurre en el marco de una situación multiparadigmática de la disciplina que obliga a comparar entre perspectivas con notables diferencias, pluralidad que a partir de la década de 1970 se ha vuelto cada vez más evidente (Sidicaro, 1992). En este sentido, consideramos que la investigación en teoría se vincula a la discusión sobre "problemas" que resultan irreductibles a un concepto o a un tema tanto como a determinadas dicotomías clásicas de la sociología, tales como el subjetivismo y el objetivismo o lo micro y lo macro, en las cuales se focalizan Alexander y George Ritzer (Zabludovsky, 2002).[1] Estos problemas se pueden abordar de forma emergente a partir del trazado de sus dimensiones y niveles no delimitados previamente, ejercicio que permite dar cuenta de una definición compleja y rigurosa de lo abordado, atenta a las rupturas y transformaciones de la sociología (Bialakowsky, 2017).

Entonces, la "teoría de la dependencia" (Beigel, 2006) encuentra su rótulo de teoría por su profunda revisión de los presupuestos de la sociología (entre otras ciencias sociales) en la reflexión sobre un problema y sus dimensiones (para expresarlo en los términos de hoy, las relaciones entre Sur y Norte). Esto se plasma en sus análisis fundamentales, en las décadas de 1960 y 1970, sobre la historia y las características de América Latina. Allí se despliega una discusión acerca de los presupuestos existentes y una propuesta teórico-analítica que interviene en el juego entre una encrucijada teórica (por ejemplo, la revisión del marxismo y el funcionalismo, con sus interpretaciones de la llamada "modernización") y una encrucijada epocal (por caso, los conflictos en torno a las posibilidades de desarrollo capitalista o revolución socialista en los países latinoamericanos). En este punto, cabe destacar que el nexo que hilvana una teoría entre una cierta encrucijada teórica y una epocal nunca resulta lineal, ya que la elaboración

1 Para un despliegue detallado de esta cuestión en la perspectiva de Ritzer, ver el capítulo de Emiliano Torterola en el presente libro. Asimismo, para un debate desde la deconstrucción de los pares dicotómicos de la sociología, ver el capítulo de Daniel Alvaro, también en este libro.

teórico-analítica pretende comprender una época dándole una forma conceptual, a la vez que busca intervenir sobre ella en consonancia (aunque no por esto sin contradicciones) con el análisis sugerido sobre ese momento histórico.[2]

Como señala Johannes Fabian (2002) en sus reflexiones sobre la escritura antropológica, entre Norte y Sur se despliegan estrategias de distanciamiento temporal que conllevan a un supuesto "retraso" del Sur respecto del Norte –por ejemplo, bajo el signo de la evolución–, o bien a la "inconmensurabilidad" temporal entre ambos –que conduce hacia una concepción "relativista"–. Respecto de la discusión metodológica mencionada, la primera variante se vincula a la mirada de la "recepción" posterior en el Sur de aquello que se gestó previamente en el Norte. En cuanto a la segunda, se anuda a una defensa de la singularidad irreductible de la producción intelectual de cierto espacio social. A nuestro entender, ambas miradas pierden de vista la simultaneidad de la producción, del debate y de la circulación de esas elaboraciones. Si bien esa simultaneidad está atravesada por desigualdades, estas solo se comprenden en el marco de las relaciones complejas entre Sur y Norte implicadas en la propia simultaneidad (Bialakowsky, 2018).[3] Esto tiene consecuencias decisivas para un estudio abarcativo de la teoría sociológica tanto en el Sur como en el Norte (Bhambra, 2014).

Entre las perspectivas de la recepción y del análisis particularista, encontramos los más variados matices.[4] Ahora bien, consideramos que resulta más productivo abordar las elaboraciones de Quesada, Ramos Mejía, Tarde y Durkheim en el marco de una reflexión sobre la simultaneidad, a partir de la comparación de propuestas que en la

---

2 En este complejo juego, la heterogeneidad y la multiplicidad de las perspectivas que pueden ubicarse dentro de la denominada "teoría de la dependencia" se vinculan, también, a la heterogeneidad de las interpretaciones sobre ella (Álvarez Ruíz, 2017). Así, por mencionar algunas de estas, la "teoría de la dependencia" se trataría, para Atilio Borón (2008), de varios enfoques teóricos con "ejes de debate" compartidos; para Fernanda Beigel (2006), de un "paradigma"; y para Maristella Svampa (2016), de un "marco interpretativo común".

3 En este capítulo no nos detenemos, en especial, en el análisis de esas desigualdades, sino más bien en una investigación que aborda en el mismo plano simultáneo propuestas teóricas del Sur y del Norte –cuestión que retomamos en las conclusiones–. Para profundizar en las jerarquías Sur-Norte, en el marco de la relación entre "lo particular" y "lo universal", ver el capítulo de Fermín Álvarez Ruiz en el presente libro.

4 Cabe destacar, por ejemplo, el sofisticado estudio de Alejandro Blanco (2006) sobre Gino Germani, el cual cuestiona las interpretaciones lineales de su obra (por caso, como mero "importador del estructural-funcionalismo parsoniano"), al destacar cómo Germani discutía, combinaba y reelaboraba corrientes heterogéneas (entre ellas, la Escuela de Frankfurt).

Argentina y en Francia pretenden "fundar", en cierto momento histórico, una disciplina científica sobre lo social.[5] Estas miradas enfrentan, elaboran e intervienen en las encrucijadas singulares teóricas y epocales que, si bien son localizables nacionalmente, están conectadas de modo íntimo entre sí. Esas conexiones se enmarcan en una modernidad simultánea y desigual, que a tales encrucijadas ni las homogeneiza ni las vuelve indiferenciadas, pero tampoco las aísla o las convierte en inconmensurables.

En este contexto, cabe destacar dos reflexiones que de maneras disímiles se aproximan a un análisis de corte simultáneo entre producciones del Sur y del Norte, del "centro" y la "periferia". No por casualidad tales reflexiones se detienen sobre la cuestión del "estilo": por un lado, Gabriel Abend (2007) indaga los "estilos de pensamiento sociológico" en Estados Unidos y en México; y, por el otro, Horacio González (2002) explora el vínculo entre retórica, locura y teoría de la cultura argentina, a la vez que analiza directamente los temas aquí estudiados acerca de las multitudes, en especial en el caso de Ramos Mejía. Ambas miradas comparten la necesidad de marcar diferencias y, con ello, relaciones –aunque sea analíticas– entre sociologías de "aquí" y de "allá", que en este trabajo hemos puesto bajo el rótulo de Sur y Norte.

En el caso de Abend, se trata de comparar un conjunto de artículos que reflejan los resultados de investigaciones empíricas no cuantitativas que fueron publicados en importantes revistas sociológicas (dos de Estados Unidos y dos de México), a partir de una serie de dimensiones que refieren a los supuestos epistemológicos de cada una de esas comunidades científicas nacionales, supuestos en principio compartidos por quienes publican y participan en esas revistas. Así, con notoria claridad, se despliegan tendencias distintivas para cada una de esas sociologías. Abend divide estas dimensiones comparativas en tres grandes temáticas: relación entre "teoría y evidencia", "objetividad epistémica" y "neutralidad ética".

El autor señala que, en la mayoría de los casos, en Estados Unidos se utiliza la teoría de modo explícito, a la manera de una teoría de "alcance intermedio", para ponerla a "prueba" con los datos, lo cual permite formular proposiciones generales ("teóricas"), más allá

---

5 Hemos entrecomillado "fundar", al igual que "fundación" o "fundacionales", ya que no pretendemos sostener que existe de por sí una serie de perspectivas que "fundan" determinada disciplina. El concepto de "fundación" es siempre retrospectivo y abierto a múltiples debates, modificaciones y reconstrucciones (Verón, 1998; Bialakowsky y Álvarez Ruiz, 2015). Aquí, nos interesa señalar los estilos sociológicos que se despliegan a partir de los esfuerzos explícitos por parte de ciertos autores dirigidos a "fundar" un espacio de saber determinado.

del caso estudiado, y justificar el problema analizado. A partir de una creencia en la "regularidad" del mundo social, se hace uso de una lógica deductiva y expositiva. Esto se anuda a una búsqueda de objetividad y neutralidad, al borrar la subjetividad del texto, excepto en ciertas partes específicas (por ejemplo, la hipótesis), y al evitar los juicios de valor ideológico-políticos en los textos científicos, a partir del uso de cuadros, símbolos matemáticos y un lenguaje claro. En cambio, en México, en la generalidad de los casos, se incorporan "libremente" teorías amplias, a modo de "visiones" no convencionales del mundo, o bien directamente ni se las explicita. De esta manera, el interés no está puesto en su "puesta a prueba" ni en formular proposiciones generales teóricas, sino en dilucidar un problema empírico específico. Se escribe desde un punto de vista subjetivo "privilegiado", sin explicitar en extensión cómo se construyeron los datos, con un lenguaje más "abstruso" y desde un "nosotros" mayestático. Así, los juicios de valor se presentan en los temas que se abordan, como un elemento clave del aporte de la investigación.

Abend concluye que entre ambas comunidades existen presupuestos epistemológicos inconmensurables –aunque no por ello intraducibles o incomparables–, que se plasman en diferencias semánticas y de vocabularios (por ejemplo, en las distintas definiciones de qué es una hipótesis), en términos perceptuales ("mundos distintos") y en los estándares teórico-analíticos acerca de qué es un problema y qué es una solución de investigación. En el último apartado de la conclusión del artículo, Abend pone en relación estos dos ámbitos comparados, lo cual consideramos necesario no solo porque se trata de un autor uruguayo que vive en Estados Unidos y que publica en una revista mexicana la traducción al castellano de un artículo escrito originalmente en inglés. También resulta clave dado que en esa puesta en relación bien pueden surgir otras líneas analíticas.

Como él mismo aclara, su artículo adopta la mayoría de los presupuestos estadounidenses, de allí cierta paradoja de que se publique también en México. A su vez, al sugerir brevemente algunos posibles motivos de estas divergencias de estilo, Abend señala las diferencias institucionales, académicas y políticas entre ambos países. Estas hacen primar en Estados Unidos el "cientismo" y en México, una sociología entendida como una suerte de "conciencia moral" del Estado, incluso como reacción "latinoamericanista" al cientismo estadounidense, más cercana a la sociología francesa que reivindica al "intelectual público" y sospecha de la neutralidad. Ahora bien, si seguimos su metodología "semántica" (Abend, 2008), a lo largo de todo el artículo el autor evita utilizar el término "ensayo" para categorizar los estilos sociológicos. No obstante, su diferenciación entre ambas sociologías,

a partir de las dimensiones seleccionadas, parece conducir de alguna manera a señalar que la estadounidense es cientista, mientras la mexicana es ensayística. Entonces, al eludir el profuso debate sobre el ensayo latinoamericano –para un desarrollo de la temática, ver García (2013)–, Abend consigue plasmar a través de dimensiones un detallado y bien construido análisis comparativo. A nuestro entender, este análisis podría complementarse con un despliegue mayor de los vínculos entre los estilos sociológicos, no solo en términos institucionales sino también en sus encrucijadas teóricas y epocales.

Por su lado, la propuesta de González (2002) se encuentra en el centro mismo del debate respecto del "ensayo", en su búsqueda por realizar una lectura no literal del pensamiento argentino sobre lo social, que en sus momentos más lúcidos estaría cercano a tal género ensayístico. Este autor es sumamente hábil al plantear de entrada ese juego de "idas" y "venidas" en los debates y producciones. Así, Ramos Mejía, lector de Gustave Le Bon, pide ser prologado por un francés, Paul Groussac, que vive en la Argentina y dirige la Biblioteca Nacional. Groussac escribe un prólogo crítico tanto del libro de Ramos Mejía como de la Revolución francesa y de la argentina –un "mal calco" de la europea–, a la par que reivindica a otro francés que vivió en el Río de La Plata –el virrey Liniers–, quien defendió la Corona española. A su vez, González alude de modo directo a esta conexión, ya que este mismo libro –*Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*– es resultado de la compilación de unas conferencias que brindó en París, lugar consagratorio para un intelectual argentino, en las cuales intersecta autores franceses y "desconocidos" argentinos, entre los que se cuenta a Ramos Mejía con sus "multitudes".

De este modo, González señala la paradójica situación de un positivista, Ramos Mejía, que despliega un "cientismo ficcional" (2002: 27) con una escritura "desordenada y salvaje", incluso cercana al barroco de los administradores coloniales, como metodología de la apropiación de textos sobre todo franceses. Por otro lado, se encuentra el antipositivista Groussac, que desmonta el libro *La locura en la historia* de Ramos Mejía al abogar por una "historia sin mitos", que no confunda ciencia y literatura. Se trata, según el autor, de una "estética de la autoimpugnación" por parte de Ramos Mejía, quien publica un prólogo que lo critica profundamente como gesto aristocrático, pero también como el "desmoronamiento" de la escritura científica y el carácter fallido de la "fundación" de la ciencia, que resultaría más importante que su supuesta estabilización (2002: 58).

Así, González establece la relación que guía al libro entre retórica ("todo aquello que se vincula con el lenguaje") y locura, ya que la retórica de Ramos Mejía no está separada de su reflexión sobre el

lugar de la locura en la historia, ni –como estudia luego– de la locura de sus hombres célebres o de la "locura colectiva" de las multitudes. Su retórica simbolista se pliega a las contradicciones y tensiones que atraviesan su pensamiento, por ejemplo, al trazar las causas y los efectos entre revoluciones y guerras respecto de la locura, o al señalar el vínculo entre instituciones y multitudes: la propia "locura" del texto da cuenta del problema de la locura.

En las conclusiones del libro, González reflexiona sobre el vínculo entre retórica, locura y cultura argentina, es decir, también, sobre su "pensamiento social", su "sociología". De esta manera, señala cierta autonomía de una nación y su cultura a partir de la defensa de la inventiva de los textos respecto de su inmediato contexto histórico y de las lecturas a la vez inventivas de esos textos.[6] El tono argentino se caracteriza por un modo de articular autores heterogéneos, con lecturas entrecruzadas y abiertas, que "deniega" las referencias literales respecto de otras "yacentes en las ciénagas de la historia" (González, 2002: 243). Dentro de ese tono, se despliega una posible "lectura ontológica y denegatoria", vinculada a las imaginaciones míticas implicadas en la "práctica política comunitaria" y los "pliegues del pensamiento histórico real" –en nuestros términos, las encrucijadas fundamentales de una sociedad–. A partir de allí, respecto de la "trama interna de la cultura nacional", el autor plantea que "se trataría de ver cómo ciertos textos y estilos permanecen como legados en ámbitos sociales contrapuestos y cómo en ámbitos homogéneos desde el punto de vista de la práctica política se verifican escisiones de estilo y de formas de conocimientos" (González, 2002: 239).

Esta invitación final de González se acerca a nuestros intereses. Aquí, se observa cómo se despliegan diferentes estilos sociológicos dentro de un campo de saberes y prácticas disciplinarias. Esto se distancia de la postura de Abend, que marca dos estilos nacionales distintos, relativamente homogéneos y consistentes en su interior, vinculados a la división entre "cientismo" y "latinoamericanismo", al cual podemos denominar "ensayismo" por las características que lo signan. ¿No se pueden hallar acaso rastros tanto del cientismo como del ensayismo en cada uno de esos ámbitos nacionales? No obstante, en cuanto a la postura de González, también se percibe algo de esa misma contraposición, aunque desde otra mirada. El contraste entre Ramos Mejía y Groussac parece marcar ese juego que permite señalar que el tono argentino, respecto de la "fundación" de un pensamien-

6 Para profundizar en la reflexión acerca de las relaciones entre textos y contextos, especialmente en la necesidad de desmontar "la evidencia del contexto" para la investigación en teoría social, ver el capítulo de Ana Grondona en el presente libro.

to sobre lo social con pretensiones de cientificidad, en este caso una suerte de psicología social, resulta más revelador justamente por su falla y su exceso literario.

En la delimitación de la propia dinámica de la lectura denegatoria y ontológica propuesta por González, se vislumbra una posición dentro de esa diversidad de estilos de distintas formas de concebir y poner en duda la cientificidad de incipientes disciplinas sobre lo social: la "locura" de la retórica del texto y sus lecturas también son las "locuras" de la Argentina, sus ciencias y sus políticas. Por nuestra parte, consideramos que un abordaje simultáneo de los intentos de "fundación" de la sociología en la Argentina y en Francia debe adentrarse en esas divergencias de estilo, lo cual permitiría una perspectiva distinta y abarcativa de las particularidades nacionales, pero especialmente de las características y complejidades de la teoría sociológica en el Sur y en el Norte, a las que se pone en un mismo plano de análisis.[7]

Ahora bien, coincidimos con Abend en que resulta necesario trazar un conjunto de dimensiones para abordar de modo comparativo los estilos sociológicos. Como estas dimensiones son de carácter emergente, es decir, surgen de ciertas "lecturas sensibilizadoras" y del propio análisis comparativo de las perspectivas seleccionadas (Bialakowsky, 2017), aquí solo las mencionamos para luego desplegarlas a lo largo del capítulo. Ocurre lo mismo con el concepto de "estilo", del cual únicamente hemos realizado una aproximación provisional, que se irá precisando en el análisis, para ser retomada en las conclusiones. A nuestro entender, esto se debe sobre todo a que, en este trabajo, una

7 Sin dudas, el concepto de "estilo" se puede rastrear en las más diversas perspectivas teórico-metodológicas. Entre ellas, cabe destacar las reflexiones de Charles Wright Mills, quien debate con Karl Mannheim (1953 [1927]) sobre la sociología del conocimiento y los "estilos de pensamiento". Al tener en cuenta las facetas pragmáticas (del uso), sintácticas (de la lógica) y semánticas (del contenido) del lenguaje, Wright Mills (1961 [1959], 1963 [1953]) señala dos estilos de investigación social: el "macroscópico" –de los sistemas totales– y el "molecular" –de descripción densa y detallista–. Ambos estilos son, luego, reformulados en su conocida crítica a las falencias de la "gran teoría" y del "empirismo abstracto" (Fraga, 2018). Como se observa a continuación, esta caracterización de diferentes estilos que ofrece Wright Mills presenta algunos puntos de contacto con nuestro análisis. Asimismo, en el presente libro, Pablo de Marinis da cuenta del estudio de Ludwik Fleck sobre el "estilo de pensamiento", en cuanto modo de abordar ciertos problemas científicos (a partir de límites, juicios, métodos, técnicas y lenguajes). Para Fleck, cada estilo se encuentra vinculado a un determinado "colectivo de pensamiento". Si bien consideramos que esa caracterización del estilo es sumamente pertinente, aquí nos distanciamos de ella en tanto planteamos que una misma comunidad académica (o colectivo de pensamiento) está atravesada por tensiones que señalan el despliegue de estilos en pugna. Si reformulamos la figura de Ritzer, se puede afirmar que, "desde el comienzo", la sociología se encuentra en una situación "multiestilísica".

definición compleja del "estilo" se construye a través de las propias dimensiones y, por ende, a partir de su desarrollo analítico simultáneo. En tal sentido, en lo que sigue abordaremos las propuestas de Ramos Mejía, Quesada, Tarde y Durkheim desde tres dimensiones que, estrechamente vinculadas entre sí, permiten advertir en sus escritos el trazado simultáneo de dos estilos sociológicos fundacionales: a) la autonomía disciplinar, b) las metáforas y el lenguaje utilizados y c) la perspectiva sobre lo social en general. Estas tres dimensiones se vinculan a un problema teórico-analítico fundamental que marca la época en la que estos cuatro autores escriben: el problema de las masas o multitudes. Indagar este problema nos permite introducir e hilvanar las encrucijadas teóricas y epocales en las que surgen e intervienen sus obras, signadas por sus miradas diferenciales sobre lo social.

ENCRUCIJADAS TEÓRICAS Y EPOCALES: MASAS Y CIENTISMO

Desde mediados del siglo XIX, las multitudes se destacaron como un tópico recurrente que surca transversalmente las discusiones políticas, las narraciones literarias y los debates intelectuales que se despliegan tanto en el Norte como en el Sur. Muchas veces vistas como irrupciones peligrosas, imprevisibles, criminales, las multitudes fueron frecuentemente asociadas a la desmesura provocada por el accionar irreverente de ciertos agitadores (caudillos o *meneurs*), que lograban movilizar a un gran número de individuos. Preguntas tales como "¿qué son esas masas que invaden las calles?" y "¿qué hacer con ellas?" aparecieron con insistencia para las élites gobernantes que observaban con preocupación, a menudo terror, la irrupción de "los muchos" en la arena pública, y temían una posible crisis política fruto de su radicalización revolucionaria.

Aproximarnos al modo en el que, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, las incipientes ciencias sociales y humanas han abordado a las multitudes supone reconocer una relación de imbricación mutua entre las coyunturas sociopolíticas y las reflexiones teórico-analíticas. En otras palabras, rastrear este problema (y sus resonancias para el desarrollo de los estilos fundacionales que aquí buscamos delinear) conlleva necesariamente un juego de ida y vuelta, un intercalado entre encrucijadas epocales y teóricas, que socava la posibilidad de una presentación lineal.[8]

---

8 Aclaramos que comenzar el hilvanado de encrucijadas teóricas y epocales con la reconstrucción del escenario francés, para luego abordar el argentino, no implica suponer una suerte de recepción del Sur respecto del Norte. Como se ve a lo largo del apartado, esta dinámica expositiva es necesariamente subvertida una y otra vez, para

Alrededor de la década de 1890, el problema de las masas comenzó a recortarse como un objeto de estudio científico específico.[9] Para ello resultó clave la aparición de *Psicología de las masas*, el célebre libro publicado por Le Bon en Francia en 1895. Con esta obra, alcanzó amplia notoriedad y reconocimiento como temática científica aquella cuestión difusa que se presentaba como problema político (e incluso como "fantasma") en los relatos y debates de una época que empezaba a reflexionar sobre los efectos (no buscados) de la Modernidad, en el marco de las sucesivas crisis de un capitalismo de corte liberal.

Psicología de las masas nació al calor de los procesos revolucionarios que se extendieron desde 1789 hasta 1871, los cuales han marcado de forma irreversible la vida política francesa y han suscitado variados posicionamientos y controversias entre los intelectuales.[10] Se trata de un texto que sobresale al condensar en el problema de las multitudes un conjunto de reflexiones críticas acerca de las mutaciones introducidas por la creciente industrialización y las transformaciones políticas y sociales que signaban aquella Francia de fines del siglo XIX. Entre los acontecimientos y las circunstancias que atravesaron su texto, y el posterior debate en torno a las masas desplegado tras su publicación, cabe resaltar el acelerado desarrollo urbano, el auge de grupos socialistas y anarquistas, la creciente sindicalización de los trabajadores, la extensión de protestas y huelgas obreras, la emergencia de la cuestión social, el escándalo de corrupción vinculado al intento fallido de construcción del canal de Panamá y el comienzo del *affaire* Dreyfus (Van Ginneken, 1992). En ese momento, se desarrollaba la denomina-

---

destacar, por ejemplo, cómo la propuesta de Le Bon es leída y reinterpretada en simultáneo por Tarde y Ramos Mejía, en el entramado de una simultaneidad compleja y sinuosa de coyunturas sociopolíticas y reflexiones teórico-analíticas.

9 Jeffrey Schnapp y Matthew Tiews (2006: xv) exploran cómo el problema de las masas asume diversas nominaciones según cada idioma (inglés, francés, alemán, español, etc.) y dentro de cada uno de ellos. Tales nominaciones se plasman en distintos términos, por ejemplo, en inglés, *crowd, multitude, mob, mass,* o, para nuestro caso, en español, multitud, muchedumbre o turba. Aquí, no ahondaremos en estas diferencias, que serían de suma utilidad para un trabajo enfocado únicamente en la cuestión de las masas.

10 El estudio de la presencia de las multitudes en las sucesivas revoluciones francesas se constituyó como uno de los ejes para el desarrollo de aquella psicología de las masas. Merecen especial atención los análisis suscitados en torno a la Revolución de 1848, que marcaron divisiones sustantivas entre los intelectuales. En pocas palabras, muchos de los que apoyaron estos levantamientos se inclinaron, luego, a señalar que se trataban de movimientos destructivos, amenazantes, peligrosos, e impulsaron consignas tales como la necesidad de una "vuelta al orden" o "el fin de la revolución". No es el caso de todos, por supuesto. En las antípodas, pueden ubicarse los desarrollos de Karl Marx y Mijaíl Bakunin, por ejemplo, quienes celebraron la irrupción de las masas como vehículos decisivos para la transformación social (Terán, 2015).

da Tercera República, escenario político muy particular, signado por las experiencias inmediatamente anteriores de la Comuna de París y la derrota en la guerra franco-prusiana que legaron el temor a la violencia política y a la inestabilidad institucional. Sin embargo, este nuevo contexto se vio atravesado por la debilidad organizativa de los partidos, la sucesión de mandatos presidenciales incompletos, las numerosas reestructuraciones de los altos elencos ministeriales y por las viejas tensiones entre laicos y clericales, republicanos y monárquicos (Sidicaro, 2010). Así, las multitudes comenzaron a ser consideradas como la contracara (inesperada, negativa y temible) de estos procesos de modernización económica y cultural que transformaban rápida y radicalmente las formas de organización vigentes.

Ahora bien, el texto de Le Bon se inscribe en este "clima de época" pero, como hemos anticipado, adquiere preponderancia al promover lo que podríamos denominar un programa de estudios específico. Su libro se convierte en un verdadero manifiesto fundante de aquel dominio de análisis científico que, desde entonces, se ha conocido y extendido como "psicología de las masas" (Moscovici, 1993; Borch, 2012).[11] Es plausible señalar, incluso, que en esta obra se ofrece la descripción más sistemática y articulada hecha hasta aquel momento acerca del comportamiento de las multitudes.

Le Bon articula una serie de postulados acerca de la conformación y la dinámica de las multitudes que posibilitan describirlas como grupos sociales con características psicológicas propias. Esto se contrapone a las concepciones extendidas en la época que referían a ellas vagamente como grupos de individuos al margen o en contra de las instituciones establecidas, como colectivos definidos por su irracionalidad (por sus vertiginosos y apasionados cambios de ideas y objetivos) e incluso como peligrosas asociaciones criminales. Al postular una serie de premisas y reflexiones en torno a los colectivos (y los individuos), la originalidad de *Psicología de las masas* reside en señalar que la principal característica de las multitudes radica en

---

11 Christian Borch (2012) considera que la problematización de las *crowds*, en cuanto "lado oscuro de la modernidad", ha sido dejada de lado en el canon sociológico clásico, con el consecuente relegamiento tanto de ciertos autores, por ejemplo, Tarde o Theodor Geiger, como del análisis de la centralidad de las "semánticas" sobre las *crowds* que signaron la sociología en su "fundación". Por ello, considera que es necesario reconstruir una "historia alternativa de la sociología" que enfatice en esa cuestión. En este capítulo, tomamos en cuenta la importancia de un estudio o no de las masas en la disputa en torno a las características "fundacionales" de la sociología. No obstante, reinterpretamos tal disputa en términos de "estilos sociológicos", en plural, que no necesariamente implican la existencia de uno "hegemónico" y otro "alternativo", ya que su resultado es cambiante en cuanto a sus jerarquías y posicionamientos.

la fusión de los individuos en un espíritu común: las multitudes son entidades específicas, agrupaciones dignas de un tratamiento pormenorizado (Moscovici, 1993).

Para dar forma a su planteo, Le Bon se inspira en las indagaciones psiquiátricas en torno a la sugestión y la hipnosis llevadas adelante por Hippolyte Bernheim en la Escuela de Nancy y por Jean-Martin Charcot en Salpêtrière, a la vez que se nutre de una serie de argumentos preexistentes del campo de la historia y la criminología, entre los que sobresalen las referencias a sus contemporáneos Hippolyte Taine, Scipio Sighele y Gabriel Tarde, de quien nos ocuparemos en detalle más adelante. A partir de este singular cruce de referencias, la multitud es definida por Le Bon (2000 [1895]: 29) como "un ser provisional, compuesto por elementos heterogéneos soldados de forma momentánea". Tal definición se sustenta en la analogía que el autor traza entre las multitudes y los cuerpos vivos.

Según Le Bon, al reunirse, las células dan forma a un ser nuevo por completo, con características sumamente diferentes a las que presentan cada una de ellas por separado. Eso mismo, resalta el autor, ocurre con las multitudes: estas suponen la existencia de un "alma colectiva" que empuja a los individuos que participan en ellas a pensar, sentir y actuar de una manera radicalmente distinta de como lo haría cada uno por separado. Ciertamente, esta concepción cuestiona la caracterización del sujeto liberal imperante en la época, aquella descripción del individuo que, de modo esquemático, lo presentaba como un ser soberano del mundo y consciente de sus actos, capaz de conducir de modo racional sus pasiones y opiniones. En contraposición, se da cuenta de la existencia de impulsos y procesos inconscientes que mueven a los individuos, incluso a su pesar: las multitudes son colectivos "magmáticos", dotados de ciertos rasgos psicológicos distintivos, en los que, al menos por momentos, los individuos están inmersos, fusionados.

Esta crítica al individuo liberal moderno no es nueva para las incipientes propuestas sociológicas en Europa durante la primera mitad del siglo XIX. Así, por un lado, al apropiarse de miradas organicistas conservadoras y críticas de la Revolución francesa –como las de Louis de Bonald o Joseph de Maistre–, la sociología comteana impugna la "libertad ilimitada de conciencia" ilustrada, la cual debe someterse a una doctrina orgánica colectiva (Comte, 2000 [1822]; Forte, 1998). Esta línea es reinterpretada por el propio Durkheim (2004 [1895]) bajo el concepto de lo *sui generis* –sobre el cual volvemos más adelante–, que es "simultáneo" a las reflexiones de Le Bon sobre el alma de las multitudes, por ejemplo, con sus nociones de "conciencia colectiva" o "hechos sociales", en las

que se observan los trazos de la "voluntad general" rousseauniana (Lukes, 1984). Por otro lado, también con cierta inspiración en Jean-Jacques Rousseau, aunque con una impronta hegeliana, Marx elabora su crítica al individualismo burgués, sus "robinsoneadas" y sus derivas teóricas, que van desde la economía política de Adam Smith hasta el "anarquismo" de Max Stirner. Desde una mirada histórica de gran alcance, Marx se focaliza en las relaciones sociales y prácticas, en especial, en las relaciones de producción capitalistas (Marx y Engels (1968 [1845]); Balibar, 2000). Aunque estas impugnaciones, según el caso, se acercan a la masa de maneras más o menos directas –y diametralmente distintas en Comte y Marx respecto de la "masa proletaria"–, ninguna de ellas hace de la masa su objeto privilegiado de análisis en la conformación de una ciencia sobre lo social, es decir, en la "invención" de lo social como objeto de la ciencia (Donzelot, 2007).

Ahora bien, la descripción de las multitudes que construye Le Bon se presenta acompañada de un diagnóstico, de una advertencia y de una reivindicación. Respecto del diagnóstico, Le Bon afirma taxativo que se ha ingresado, sin retorno, en la "era de las masas" (Le Bon, 2000 [1895]: 20). Lejos de ser excepcionales o eliminables, las multitudes han llegado para quedarse, son un rasgo característico de las sociedades modernas. Por tanto, la advertencia sugiere que es necesario y urgente develar cuáles son las leyes que guían el comportamiento de aquellos colectivos, para así desplegar el conjunto de instrumentos pertinentes para su gobierno. De otro modo, si se continúan ignorando cuáles son los rasgos distintivos de las multitudes, resalta Le Bon con cierto tono pesimista, difícilmente estas puedan ser controladas, al quedar en manos de sus "conductores" que las seducen, hipnotizan y manipulan. Por último, en este texto se reivindica y legitima la posición privilegiada y la mirada objetiva de los científicos que serían capaces de ofrecer una descripción profunda de tales colectivos, en oposición a la mera crítica a las tendencias irracionales, apasionadas, desmedidas, incomprensibles e ingobernables que supuestamente encarnarían las multitudes.

> El conocimiento de la psicología de las masas constituye el recurso del hombre de Estado que desee, no gobernarlas (pues ello se ha convertido hoy en día en algo muy difícil), sino, al menos, no ser completamente gobernado por ellas
> (…) No se le escapó a un psicólogo nato, como Napoleón, pero los legisladores, al ignorar el alma de las masas, no pueden comprenderla. La experiencia no les ha enseñado lo suficiente que los hombres no se conducen jamás con arreglo a lo que prescribe la pura razón (Le Bon, 2000 [1895]: 23-24).

Tal como hemos señalado, este escrito de Le Bon se hace eco de parte de los desarrollos criminológicos de Tarde, quien, para la fecha de publicación de *Psicología de las masas*, ya era un pensador consagrado. Con más de cinco libros publicados y una asidua participación en revistas científicas de la época, Tarde se destacaba como interlocutor y abierto contrincante de los argumentos impulsados por la escuela positivista italiana que, hasta entonces, hegemonizaban el debate en torno al delito (Tonkonoff, 2008). En este contexto, el nexo entre las multitudes y las prácticas delictivas, que aparece de modo incipiente en *Filosofía penal* (1890), se convierte en objeto de reflexión privilegiado para el autor. Así, lo explora con cierto detalle en "Los crímenes de las multitudes" (1892) y en el artículo "Las multitudes y las sectas criminales" (1893; luego incorporado a la compilación de 1901, *La opinión y la multitud*). El argumento central de estos textos tardeanos es que las multitudes son agrupaciones sociales incoherentes, impulsivas, violentas y destructivas. Nacidas de una súbita fusión entre individuos, las multitudes se destacan por ser siempre retrógradas en términos evolutivos, inferiores moral e intelectualmente a la media de sus miembros: "No sólo el compuesto social, como siempre se dice, es diferente de los elementos del cual es *producto* o que la *combinación* es más que la suma, más aún, normalmente vale menos" (Tarde, 2013b [1901]: 207; énfasis original).

Ahora bien, luego de la publicación de *La psicología de las masas,* Tarde se convirtió en un entusiasta lector de Le Bon, a quien referencia en diversas oportunidades. Sobresale, sin dudas, el artículo "El público y la multitud" (1898) en el que, en diálogo con la obra de su contemporáneo, Tarde busca intervenir en el debate de las masas ya sin circunscribirlas al terreno del análisis criminológico. Para ello, propone una nueva categoría: la noción de "públicos". Con este término, el autor busca dar cuenta de una nueva forma de vínculo entre los individuos que prescinde del contacto cara a cara. Aunque físicamente separados, Tarde observa que entre los individuos puede establecerse una forma de cohesión mental que permite concebir la constitución, dispersa, de "una colectividad puramente espiritual" (Tarde, 2013b [1901]: 85). Lo caracteriza como un modo de asociación social específicamente moderno (desconocido para la Antigüedad y la Edad Media), puesto que se encuentra estrechamente vinculado al desarrollo conjunto de la imprenta, los medios de transporte y comunicación, que permiten "el transporte del pensamiento a distancia". Así, Tarde señala: "No puedo estar de acuerdo con un vigoroso escritor como el Dr. Le Bon, en que nuestro tiempo sea 'la era de las multitudes'. Es más bien, la era del público o de los públicos, lo cual es muy diferente" (Tarde, 2013b [1901]: 92).

Si bien se distancia sensiblemente de la caracterización de los fenómenos colectivos propuesta por Le Bon y Tarde, Durkheim no deja de hacer referencia a la aguda conflictividad que marcó a la sociedad francesa de fines del siglo XIX y principios del XX. Sin la vinculación con las mencionadas crisis políticas que signaron el derrotero de la Tercera República, no se puede comprender la conceptualización, a través de nociones tales como "anomia" y "egoísmo", de las profundas consecuencias que entraña para los individuos y las relaciones sociales el debilitamiento de los marcos normativos e integrativos de las sociedades modernas.[12] Sin embargo, su posicionamiento es complejo puesto que se aleja tanto de los conservadores, que con nostalgia ansiaban una vuelta al pasado (la restitución de cierto orden "natural" de las cosas), como de los impulsores de la idea de una asociación contractual entre productores libres (utopía rousseauniana de un orden voluntario) y de los pensadores revolucionarios (anarquistas, blanquistas, proudhonianos). Así, pretende sentar las bases de una ciencia social que problematice la "cuestión social" y la "cuestión democrática" (De Ípola, 1997: 36). En este marco, como veremos más adelante, se redefine la "cuestión de las masas".

La perspectiva durkheimiana escoge otros ángulos, diseña otros espacios por los que transitar. Para expresarlo brevemente, se orienta a analizar el crecimiento demográfico, el incremento de contactos, los intercambios y conflictos de la sociedad, a partir de la división de funciones y la creciente densidad de su estructura sin derivar de ello una inmediata condena a la Modernidad. Desde una óptica republicana y democrático-liberal a la que busca dotar de rigor científico, Durkheim se aleja de la figura condenatoria de las masas para problematizar las regularidades y desviaciones vinculadas a la construcción de "un orden social" en el marco de una creciente participación ciudadana en los asuntos públicos. Para ello, desarrolla un análisis sobre los diversos grados de integración/desintegración y de regulación/desregulación en los lazos sociales modernos. Al incursionar en esta vía, el autor consigue separarse de las nociones de contagio, sugestión e imitación que organizaban los análisis de sus contemporáneos. No obstante, resaltar esto no supone desconocer que, en sus textos tardíos, y particularmente en *Las formas elementales de la vida religiosa*, la figura

---

12 Ricardo Sidicaro (2010) señala cómo en los cursos que dictó Durkheim (luego editados y publicados como libros *La educación moral* y *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y el derecho*) pueden rastrearse un conjunto de reflexiones acerca de las consecuencias de las situaciones de anomia. En estos textos, el autor francés problematiza lo nocivo que resultan, por ejemplo, los líderes políticos que gobiernan sin oposición alguna, o los partidos políticos demasiado poderosos que no son resistidos y equilibrados por minorías.

de las masas efectivamente reemerge, ligada a la centralidad que en ellos adquiere el concepto de "efervescencia colectiva".[13] Durkheim advierte que, precisamente, en esos momentos de efervescencia colectiva pueden surgir líderes dotados de un reconocimiento social tal que lleve a que sus seguidores fascinados los conciban como héroes o artífices de grandes transformaciones, incluso sin tener mérito alguno para tales consideraciones (Durkheim, 2008 [1912]: 338-339). Con todo, allí tampoco se reedita una condena al accionar de las masas, sino que, por el contrario, estas aparecen ligadas a prácticas rituales, a aquellos momentos en los que se crean o recrean los lazos sociales (Ramos Torre, 2010).

Sin embargo, resulta fundamental destacar aquí que tales debates en torno a las masas consideradas como actores claves para comprender las coyunturas político-sociales no se circunscribieron al territorio francés, tampoco al europeo. En simultáneo con estos desarrollos, en la Argentina surgieron una serie de intervenciones y trabajos que se inscribieron en tal espacio de discusión, en especial, en torno a las características y el accionar de las multitudes como objetos de indagación científica respecto de un problema de orden público (González y Rinesi, 1996; Terán, 2008).[14] Se desplegaron entonces un conjunto

---

13 En *Las reglas del método sociológico*, el concepto de "corrientes sociales" ya aparece vinculado a la temática de las masas, en cuanto el individuo se sumerge y se pierde en ellas dada su coerción externa. Una vez que hemos dejado de estar bajo la influencia directa de esa corriente social, por ejemplo, en una asamblea –o incluso en un movimiento de opinión–, "los sentimientos que hemos tenido nos parecen algo extraño, algo en lo que ya no nos reconocemos. Entonces nos damos cuenta de que mucho más que haberlos hecho, los hemos padecido. Llega a suceder que nos producen horror: hasta tal punto son contrarios a nuestra naturaleza. Eso es lo que sucede cuando unos individuos que en su mayor parte son inofensivos pueden verse arrastrados a cometer atrocidades al reunirse formando una muchedumbre" (Durkheim, 2004 [1895]: 60). No obstante, en este libro Durkheim no se focaliza en estos "modos de hacer social", sino más bien en los "modos de ser social" (Alexander, 1997), lo cual luego se revierte. Volveremos específicamente sobre este punto en el siguiente apartado destinado al análisis pormenorizado de los estilos sociológicos.

14 Cabe señalar que este cientismo ha sido puesto reiteradas veces bajo la categoría de "positivismo" para el análisis de los desarrollos tanto franceses (en particular, para los de Durkheim) como para los argentinos (en especial, para los de Ramos Mejía), con base incluso en las afirmaciones textuales de los propios autores. Por supuesto, según la definición que brindemos del positivismo, se pueden trazar distintas facetas de pertenencia o tensión respecto de cada obra. Por ejemplo, acerca de la categoría que conviene a la obra de Quesada, Teodoro Blanco (2009) discute con la caracterización de "positivismo" que le imprime Oscar Terán (2008) y con la de "liberalismo reformista" bajo la cual la incluye Eduardo Zimmermann (1995), para señalar que Quesada puede clasificarse como reformista "conservador", en el sentido que le da Robert Nisbet al concepto para la sociología (1995). De esta forma, al estar cargada de fuerte normatividad, preferimos evitar la categoría de positivismo, y nos inclina-

de elaboraciones teóricas informadas y nutridas no solo por aquellos debates que se estaban dando en el Norte, sino también por los acontecimientos, las lecturas y las disputas vernáculas. De allí, la necesidad de recurrir a una estrategia metodológica simultánea que evite la mera afirmación de una recepción local "aunque se reconozca la creatividad que esta implica" de ideas producidas en otras latitudes, en este caso, Francia.

Aunque declinadas de modos diversos según las regiones, en aquella Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, comenzaron a manifestarse y problematizarse los conflictos suscitados por la mutación de las formas de organización típicas del capitalismo liberal. Eran años de profundas transformaciones en las políticas públicas ligadas al proyecto de la denominada Generación del 80. Bajo el lema "Paz y administración", junto con otros, Julio A. Roca promovió un conjunto de transformaciones institucionales tendientes a la "consolidación del Estado moderno" (Botana, 1994). Se buscaba incorporar al país al mercado mundial a través de la creciente exportación de ganado y cereales, posibilitada, entre variadas razones, por la expansión territorial y el control de fronteras con la así mal llamada "conquista del desierto". Se asistía, además, a una incipiente financiarización de la economía. Esto se convirtió en objeto de narración literaria en dos novelas de la época: *La Bolsa. Estudio social* (1890), de Julián Martel, y *Quilito* (1891), de Carlos María Ocantos.[15] Sobre estas, luego se focalizó Quesada al buscar analizar sociológicamente el fenómeno de la especulación y la crisis bursátil que signó el derrumbe de la economía argentina en 1889. A este cuadro de época, se le debe agregar la inmigración masiva. Con ella, el territorio argentino se fue tornando cada vez más urbano y cosmopolita, a la vez que los conflictos vinculados a la educación, la salud y la vivienda se fueron manifestando progresivamente.

> Como son tantos, todo lo inundan: los teatros de segundo y tercer orden, los paseos que son gratis, las iglesias, porque son devotos y mansamente creyentes, las calles, las plazas, los asilos, los hospitales, los circos y los

---

mos por la de "cientismo" que resulta más abarcativa y más abierta a una discusión sobre estilos sociológicos.

15 La década de 1880 como momento crucial para la comprensión del derrotero político y literario argentino es especialmente analizada por David Viñas (2003 [1982]; 2005 [1964]), quien presenta la hipótesis de que se trata de un verdadero parteaguas en el relato de la historia nacional que resignifica tanto el pasado (proponiendo una singular lectura de la Generación del 37) como el futuro. Línea interpretativa en la que luego incursiona y despliega con sello propio Josefina Ludmer (2000 [1988]; 2017 [1999]). Para un sugerente análisis de las hipótesis y el método desplegados por Viñas y Ludmer a partir de su inscripción en el universo de "la historia del presente", ver el capítulo de Victoria Haidar en este libro.

> mercados; todos los oficios y profesiones, siempre que sus actitudes un poco zurdas y elementales se lo permitan (Ramos Mejía, 1899: 294).

En este contexto de ampliación y creciente conflictividad social en el espacio público, de transformaciones sustanciales e irrupción de nuevas prácticas y alteridades, la criminalización y represión de las protestas sociales no demoraron en desplegarse.

En paralelo, retroalimentándose de modos complejos con tales procesos, las multitudes se presentaron como un objeto de estudio relevante para la reflexión científica que buscaba consolidarse en la Argentina. Ramos Mejía publicó entonces *Las multitudes argentinas*, en el que presenta una conceptualización sistemática y minuciosa del, a su criterio, crucial papel desempeñado por las masas en la historia argentina. Tal publicación se inscribió en un período cultural marcado por la superposición de teorías y estéticas, en el que convivían, no sin conflicto, las ideas y orientaciones políticas del romanticismo de la Generación del 37, la doctrina liberal con su proyecto modernizador y un conjunto de concepciones católicas, anarquistas y socialistas.

Corría el año 1899, el mismo año del derrumbe económico y tan solo cuatro años más tarde del mencionado libro clave de Le Bon. Desde la óptica de Ramos Mejía, lector de Le Bon al igual que Tarde, es hora de que las multitudes, que tantas pasiones intensas suscitaron entre literatos e intelectuales, alcancen el estatuto de objeto de estudio científico. En este sentido, puede afirmarse que estamos ante otro de los escritos decisivos del debate en torno a las masas. Texto inaugural que no solo aborda críticamente la coyuntura en la que se inscribe, sino que, además, busca producir una revisión de gran parte de los sucesos y relatos acerca de las luchas políticas y crisis sociales que atravesaron el país desde la Revolución de Mayo en adelante, leídos ahora a partir de una renovada clave psicosocial, centrada en el papel desempeñado por las multitudes.

> La multitud, como entidad social o política, es de antigua data, aun cuando diga Le Bon que recién hemos entrado en la *era de las turbas*, ya que antes, según él, sólo se constituían en las horas de crisis (…) si se estudia la historia, rastreando sus pasos en los acontecimientos más culminantes, se verá que su influjo está muy lejos de ser despreciable (Ramos Mejía, 1899: 2; énfasis original).

De este modo, con sus contemporáneos franceses, Ramos Mejía comparte la inquietud por reflexionar en torno a las transformaciones que la presencia de las multitudes produce en la esfera pública, fundamentalmente en el ámbito urbano. Comparte, además, la conceptualización general según la cual, fusionados en la masa, los individuos se compor-

tan de un modo diferente a aquel que adoptan cuando se encuentran en soledad. En lugar de serenas, inteligentes y racionales, las masas se muestran energéticas, impulsivas, pasionales e instintivas. Como ya puede advertirse –y como ha sido señalado en diversas oportunidades por sus lectores–, el interrogante político acerca de las posibilidades de su control no está ausente en el texto de Ramos Mejía (Terán, 2008, 2015; Trímboli, 1996). Sin embargo, tal interrogante se presenta en la obra del médico argentino de un modo complejo, no lineal.

A pesar de las marcas de darwinismo social que colorean sus reflexiones, en su discurso programático acerca de qué hacer con las masas –que, en su caso, encarnan, principal, aunque no exclusivamente, los inmigrantes– se vislumbra la mixtura con una mirada paternalista, que considera necesaria incluir para construir el "temperamento nacional" (Ramos Mejía, 1899: 321). En este punto, la educación pública es presentada por el autor como el principal vehículo de integración. Ella transforma en aporte sustancial a la constitución nacional aquello que, en principio, se presenta como una amenaza temible. Así, aunque cercano a la conceptualización de las masas propuesta por su contemporáneo Le Bon, Ramos Mejía carece del tono pesimista y condenatorio de aquel.

Para comprender estos rasgos propios de la obra de Ramos Mejía, resulta clave seguir una estrategia de análisis simultáneo. Tal como hemos anticipado, además de ser un ávido y temprano lector de Le Bon, de Tarde y de Sighele (a quienes parafrasea y referencia), Ramos Mejía construye sus elaboraciones analíticas al revisitar y buscar incidir en los debates intelectuales y políticos argentinos. En otras palabras, su marcado interés por las multitudes no nace inspirado solo a partir de la lectura de autores del Norte, sino que se vincula estrechamente con un conjunto de textos y discusiones locales que no pueden ser aquí ignorados.

En gran medida, la conceptualización teórica que Ramos Mejía promueve de las multitudes se orienta a desmontar parte de los sentidos y las creencias más arraigados de su época, construidos por la historiografía que lo antecedió, organizada centralmente en torno a la figura y el rol desempeñado por "los grandes hombres", retratados –a pesar de sus sensibles diferencias– tanto por Domingo F. Sarmiento (Facundo) como por Bartolomé Mitre (Manuel Belgrano y José de San Martín). Esta orientación puede ilustrarse en unas líneas del texto "De las biografías" que Sarmiento publicó en 1842 en el diario chileno *El Mercurio*.

> La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados es el resumen de la historia contemporánea, iluminada

> con los animados colores que reflejan las costumbres y los hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad (Sarmiento, 1995 [1842]: 30).

En oposición a aquellos, Ramos Mejía propone centrar los análisis en las multitudes como las figuras decisivas para comprender los procesos sociopolíticos (incluso los pasados), al poner en primer plano las fuerzas, los enigmas y los vacíos que atraviesan a los conjuntos sociales en los que ellas irrumpen. A partir de este estudio, se puede comprender mejor la relación que las multitudes entablan con sus *meneurs*, dirigentes o caudillos.

> Por lo que a nosotros toca, hemos vivido creyendo más en la acción personal de los grandes hombres, que en la de las multitudes, cuya silueta, por cierto, bien vaga y difusa en nuestros libros y leyendas, apenas se dibuja en las raras obras de algunos historiadores; sin embargo, de que en ciertas épocas como en los primeros días del período revolucionario, fue soberana y omnipotente (Ramos Mejía, 1899: 2).

En cuanto lectores y lectoras de Ramos Mejía, asistimos entonces a una "ojeada retrospectiva" de los enfrentamientos que sucedieron a las guerras de independencia entre unitarios y federales, así como a los dos gobiernos de Juan Manuel de Rosas, que marcaron a fuego la vida política e intelectual argentina. El autor repudia gran parte de los aspectos vinculados al mundo urbano y valora, en contraposición, el mundo rural y el caudillismo. Se fascina por las multitudes rurales del pasado, en las que identifica rasgos claves para revitalizar la nación. Esta reivindicación de los elementos "bárbaros" como revitalizantes para la sociedad supone una narración diferente de la historia argentina, que, en el límite, cuestiona la idea misma de progreso. De este modo, Ramos Mejía encuentra un posicionamiento propio que invierte parte de las valoraciones existentes hasta el momento, fundamentalmente aquellas presentadas en los relatos de la célebre y prolífica Generación del 37. En aquellos relatos, Buenos Aires aparecía como centro y origen del movimiento de las Luces, el eje civilizatorio, amenazado por un interior bárbaro conducido por un déspota despiadado y temible como Rosas.[16]

---

16 Cabe resaltar que la revisión historiográfica acerca del gobierno de Rosas no es un patrimonio exclusivo ni una tarea inaugurada por Ramos Mejía. De hecho, se constituyó como un tópico recurrente entre los intelectuales de fin de siglo que buscaban producir un análisis renovado de la figura y obra del "Restaurador", despojado de las pasiones que movilizaban las narraciones de sus antepasados. Así, a Ramos Mejía lo antecedieron en esta faena: Adolfo Saldías, con su *Historia de*

Resulta importante detenernos aquí para introducir, aunque breve, una referencia a la mencionada Generación del 37. No resulta exagerado afirmar que los escritos y debates suscitados por aquel grupo de jóvenes intelectuales nucleados en torno al Salón Literario –impulsado por Marcos Sastre– fueron la antesala para la constitución de la sociología en la Argentina. Ese fue un espacio de sociabilidad y discusiones del que participaron, entre otros, Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Vicente Fidel López, quienes contribuyeron a demarcar los tópicos y los contornos generales para el desarrollo de la imaginación sociológica que, décadas después, lograría institucionalizarse como disciplina científica (Marsal, 1963: 42-61). Tal como recuerda González (2000: 20), a pesar de sus reparos y las críticas vertidas, es el propio José Ingenieros quien en *La evolución de las ideas argentinas* identifica a este grupo de pensadores como los "saintsimonianos argentinos". En un profuso diálogo con la tradición intelectual y literaria francesa –como así también la inglesa, por ejemplo, en el caso de Alberdi respecto de Herbert Spencer–,elaboraron proyectos e interpretaciones singulares acerca de la vida política y cultural argentina que marcaron la memoria y el lenguaje nacional.

A pesar de que durante cierto tiempo los miembros de este grupo expresaron expectativas positivas hacia el gobierno de Rosas, inspirados tal vez por el romanticismo difundido en la época (aquel movimiento orientado a valorar lo idiosincrático, lo auténtico de cada cultura, de cada nación, en contraste con las valoraciones cosmopolitas ligadas a la Ilustración), luego se manifestaron abiertos opositores. Incluso, muchos de ellos partieron al exilio del que volverían recién para participar de la batalla de Caseros de 1852 o después de esta. Tal es el caso de Sarmiento, quien se exilió en Chile, donde escribió y publicó en 1845 *Facundo o Civilización y barbarie* (Sarmiento, 2011 [1945]). Como figura destacada de ese género singular que resulta de la combinación de géneros que es el "ensayo", el texto sarmientino exhibe los principales rasgos del mencionado canon romántico, pero surcado tanto por ribetes literarios distintivos como por marcas del posicionamiento político del autor. Lejos de ser un simple capítulo más de la abundante literatura antirrosista de la época, *Facundo* es un escrito que condensa múltiples propósitos: explicar las guerras civiles que marcaron a la Argentina luego de la independencia, reflexionar en torno a los rasgos que definen el caudillismo sudamericano, contar una biografía nove-

---

Rosas en tres volúmenes (1881, 1884, 1887), y el propio Quesada, con *La época de Rosas* (1898).

lesca (atravesada por múltiples y singulares acontecimientos) en el marco de una geografía exótica, y esbozar y difundir un programa sociopolítico (Altamirano, 2011). Se trata de un texto de interpretación histórico-social que ha legado una serie de tópicos claves para analizar la sociedad argentina, de manera tal que es caracterizado por Ezequiel Martínez Estrada como "embrión de la sociología argentina" (Nahmías, 2010: 108).

En su libro más célebre, *La época de Rosas*, Quesada discute con profundidad a Sarmiento. Su interpretación sobre el período rosista, según Quesada, falla al considerar el federalismo argentino como una artificialidad respecto del verdadero carácter unitario de la geografía y los rasgos culturales del país. Sarmiento atribuye tal error a la capacidad de Rosas para introducir "palabras vacías de sentido" que imitaban a Estados Unidos, con el fin de desplegar su tiranía sustentada en la "barbarie" rural. Quesada sostiene la posición contraria, distinta del "soberbio dogmatismo" de Sarmiento, que en gran medida ocultaba los vacíos de su "educación autodidacta y enemiga de las investigaciones penosas" (Quesada, 2011 [1898]: 31). El federalismo, Rosas, la guerra civil y sus masas populares "enconadas" son el resultado de la evolución social argentina.[17] Tal evolución se desarrolla desde la colonia y su forma federal incipiente –sus cabildos con altos grados de autonomía– hasta la dictadura de Rosas. La organización y administración del país llevada adelante por Rosas se impone sobre la anarquía causada por el "idealismo" unitario, incapaz de reconocer las tradiciones y

17 Carlos Altamirano (2004) marca una continuidad entre las últimas elaboraciones de Sarmiento en *Conflictos y armonías de las razas en América* y la interpretación de Quesada –a pesar del cambio de tipos de "clercs" o "intelectuales" entre las dos generaciones–, vinculada a la creciente importancia que ostenta el saber de la ciencia y el cultivo de la erudición profesoral, de la cual Quesada es quizás su máximo exponente. Dicha continuidad se sustenta en la defensa de una "historia sociológica" (Altamirano, 2004: 32), que resulta, en el mejor de los casos, una "adaptación" de las perspectivas de Spencer, Buckle y Taine. En especial, pesan este último y su mirada conservadora sobre la Revolución francesa y sus multitudes (Laclau, 2007), que se incluyen en discursos de fuerte carga racial en la conformación de un "país nuevo" distinto de Europa y parecido a Estados Unidos o Australia. Sin restar la relevancia de estas cuestiones, consideramos que en este texto prima cierta lectura unilateral, por ejemplo, en la relación que se presenta entre la sociología de Quesada y las elites, a las cuales Altamirano señala como único público de Quesada, cuando esto es más amplio (como veremos luego), o también al diferenciar las lecturas de Quesada como "adaptaciones" de Taine, mientras que las de Le Bon sí parecen estar cargadas de "originalidad". Por otro lado, coincidimos con Diego Pereyra (2005) en que Altamirano pierde de vista la "ruptura epistemológica y cognoscitiva" de esta nueva generación respecto de la del 37, que se puede observar en las investigaciones de Quesada sobre la sociedad argentina (Pereyra, 2008).

configuraciones federales de la sociedad argentina. La violencia y cierta "fanatización" de las masas rosistas son, pues, desde la perspectiva de Quesada, comprensibles de modo científico, a partir del análisis de documentos, en el marco de una dinámica histórica que articula la evolución social con un enfrentamiento histórico político en constante retroalimentación.

Como veremos con detalle a continuación, se percibe una afinidad entre Quesada y Ramos Mejía, ya que ambos disminuyen la importancia del caudillo Rosas en la historia. Sin embargo, mientras Ramos Mejía realiza esa operación empujando al centro del análisis a las multitudes, Quesada las somete a una explicación general de la evolución y la forma de la Argentina –si bien su conceptualización de la evolución se modifica sustancialmente a lo largo de su obra hasta el punto de ponerla en cuestión en sus últimos trabajos–.

AUTONOMÍA, LENGUAJE, METÁFORAS Y DEFINICIÓN DE LO SOCIAL: LAS DIMENSIONES DE DOS ESTILOS SOCIOLÓGICOS SIMULTÁNEOS

Hasta aquí hemos esbozado una aproximación a las encrucijadas epocales y teóricas simultáneas que marcaron el clima de ideas y debates en la Argentina y Francia hacia fines del siglo XIX y principios del XX, en particular, respecto del problema de las masas y las formas en las que fue abordado por el "cientismo" social. Esto ha permitido comprender que el proceso de emergencia y consolidación de la sociología supuso también una combinación singular de elementos de la criminología con desarrollos psicosociales, la preocupación por la investigación historiográfica y la literatura ensayística. En esta compleja mixtura se inscribieron e incidieron las intervenciones de Ramos Mejía, Quesada, Tarde y Durkheim que aquí nos convocan. Sin desconocer las heterogeneidades que atraviesan sus densos tejidos textuales, revisitamos sus desarrollos a partir de tres dimensiones que permiten distinguir en ellos rumbos y cadencias comunes, que delinean lo que denominamos "dos estilos fundacionales": a) la autonomía disciplinar, según las relaciones, tensiones y combinaciones que se establecen entre estas propuestas sociológicas y otros discursos y disciplinas; b) las metáforas y el lenguaje utilizados, en cuanto modos de articular distintas formas de escribir lo social con ciertas "metáforas maestras", y c) la perspectiva sobre lo social en general, que supone definiciones y análisis vinculados a diversos modos de abordar el problema de las masas o multitudes. Como ya hemos explicitado, la relevancia y las características de tales dimensiones se irán delineando de forma emergente en el curso del análisis que sigue.

A) REFLEXIONES EN TORNO A LA AUTONOMÍA DISCIPLINAR

En discusión con trabajos argentinos y europeos, Ingenieros, un contemporáneo de los autores aquí estudiados, destaca que la aplicación generalizada del criterio científico para estudiar la sociedad argentina resulta tanto un "síntoma del progreso en la cultura del país" como "el comienzo de una etapa en nuestra producción intelectual, índice seguro de que las jóvenes sociedades americanas se preparan a contar como iguales entre las naciones civilizadas" (Ingenieros, 1957 [1918]: 64-65). Este intento de aplicar un "criterio científico" a lo social atraviesa los textos de Ramos Mejía, Tarde, Quesada y Durkheim. Ahora bien, en la Argentina y Francia las formas que asume tal "criterio científico" no son homogéneas, como tampoco resultan evidentes los nexos que este entabla con las distintas definiciones de la cultura y la civilización.

En ese marco, los horizontes y modelos de ciencia por los que abogan están lejos de ser unívocos en los "estilos fundacionales" de lo que se denomina "sociología" o, incluso, "psicología social".[18] Entre las tensiones y divergencias fundamentales que signan a esos estilos, sobresale la pregunta por la autonomía de la perspectiva sociológica elaborada. Se trata de un interrogante acerca de los modos que adoptan los vínculos con otros saberes científicos (algunos más consagrados, otros en competencia por esa consagración) y, también, con otros discursos en circulación, como las producciones literarias.

Así, se establecen coordenadas y referencias que permiten reconocer algún tipo de forma propia. Se suceden, entonces, variados proyectos orientados a trazar tales distinciones con sus respectivas estrategias teórico-metodológicas: ya sea a través de la productividad teórico-analítica, que permite construir un saber autónomo; ya sea por la riqueza que supone un espacio inestable, "híbrido", "fronterizo" entre disciplinas para abordar lo social.

En el caso de Tarde, el impulso dado al diálogo entre disciplinas es radical. Al postular la existencia de un conjunto de principios recto-

---

18 Ricardo Martínez Mazzola (2002) señala cierta tensión que recorre el amplio libro, quizás el más voluminoso publicado sobre el tema, *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (González, 2000). Esa tensión se plasma entre dos líneas de desarrollo fundamentales: por un lado, las críticas a las pretensiones científicas de la sociología en una defensa del ensayo; y, por el otro, la "densidad" del libro y del capítulo del propio González en torno, justamente, a los momentos en que se desplegaron tanto la pretensión de centralidad del discurso científico como las reacciones contra esa pretensión –el momento "positivista" y el de la "sociología científica"–. Martínez Mazzola se pregunta, entonces, si acaso no fueron esas pretensiones y reacciones las que animaron "las idas y vueltas" de la sociología y le otorgaron un lugar en el espacio público.

res que serían compartidos (y, por tanto, aplicables) para el análisis de diferentes terrenos de investigación –desde la filosofía a la física, pasando por la biología, hasta la sociología–, en sus textos se despliegan reflexiones que no se circunscriben a un dominio del saber trazado previamente. En lugar de hacer surgir a la sociología de una ruptura tajante con la filosofía, el autor apuesta a buscar en ella los principios ontológicos que permitan sostener un "punto de vista sociológico universal". Punto de vista que se vincula a la enunciación de tres leyes generales –"las tres llaves de que la ciencia hace uso para abrir los arcanos del universo" (Tarde, 2013a [1898]: 41)–: la repetición, la oposición y la adaptación.[19] A partir de estas tres leyes, la ciencia en general y la sociología en particular serían capaces de descubrir "bajo lo indistinto aparente, tesoros de distinciones inesperadas" (Tarde, 1895: 354), es decir, "un fundamento de semejanzas y repeticiones elementales y verdaderas, infinitamente numerosas y sumamente precisas, que han sustituido, como materia primera de la elaboración científica, a un pequeño puñado de falsas o vagas y decepcionantes analogías" (Tarde, 2013a [1898]: 61).

En los textos de Ramos Mejía, la reflexión en torno a los límites –o potenciales diálogos– entre disciplinas no cobra especial centralidad. Sin embargo, esto no implica desconocer las tendencias racionalistas que alientan sus análisis, con sus críticas a las lecturas apasionadas y los juicios precipitados sobre la historia y sus figuras. Tales tendencias decantan en diversas definiciones teórico-metodológicas acerca de lo que implica el despliegue de un saber científico sobre el mundo social, el cual se desarrolla a partir de un juego de múltiples yuxtaposiciones y espacios de hibridación.[20]

19 Así, Tarde sostiene que "repetición significa producción conservadora, causación simple y elemental sin ninguna creación ya que el efecto, elementalmente, reproduce la causa (…) Pero no sólo la reproducción, sino la destrucción de los fenómenos importa a la ciencia. Por eso la ciencia, sea cual fuere la región de la realidad a la que se aplique, debe buscar en ella, en segundo lugar, las oposiciones que allí se encuentran y que le son propias: entonces se dedicará al equilibrio de las fuerzas y a la simetría de las formas (…) Esto no es todo, y no es ni siquiera lo esencial. Es necesario, ante todo, dedicarse a las adaptaciones de los fenómenos, a sus relaciones de coproducción verdaderamente creadora. Para capturar, poner de manifiesto y explicar esas armonías trabaja el científico" (Tarde, 2013a [1898]): 9-10). Para un análisis pormenorizado de las referencias transdisciplinares que se articulan en los textos de Tarde para la construcción de este "punto de vista sociológico universal", ver Blanco (2016).

20 En *Rosas y su tiempo*, por ejemplo, Ramos Mejía señala la necesidad de realizar una "disección moral" para comprender la figura de Rosas. Tal disección implica un "verdadero" análisis científico, que supone un punto de vista en el que se reúnen los cruces entre espacios de saber que proliferan a lo largo de sus obras: "He logrado poner [la figura de Rosas] en las condiciones de serena indiferencia en la cual se coloca un entomólogo cuando estudia un insecto nuevo o el microbiologista que

De hecho, ya en el temprano texto *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, a pesar de su explícita inclinación por el análisis de las fisonomías y marcas corporales, Ramos Mejía describe su labor científica como una "histología de la historia": una forma de investigar lo social que, insinuándose en "los más oscuros repliegues del alma humana", busca descubrir allí "los móviles ocultos que encierran ciertas acciones, al parecer incomprensibles". El autor sugiere, entonces, un método orientado a estudiar las "más pueriles manifestaciones" de la vida, "que interroga al cuerpo para explicarse las evoluciones del espíritu y que desciende hasta el hombre privado, buscando en sus idiosincrasias morales el complemento necesario del hombre público" (Ramos Mejía, 1878: 50-51). En *Rosas y su tiempo*, reafirma estas ideas al señalar que el psicólogo sabe descubrir reveladoras y sugerentes claves de análisis en el estudio de los caracteres morales del sujeto, un conjunto de elementos que suelen ser desconocidos o "pueriles" para "la solemnidad de la historia y para el cronista libresco o documentario" (Ramos Mejía, 2001 [1907]: 335). Ahora bien, el objeto de análisis de Ramos Mejía no se reduce ni a las figuras históricas ni a los rasgos morales cristalizados en un individuo. En *Las multitudes argentinas*, encontramos una definición de labor científica como una "paleontología social". Esta definición puntualiza la importancia de atender a la sucesión de encadenamientos políticos y sociales que permiten clasificar la diversidad de figuras y acontecimientos en sucesivos tipos, tal y como los biólogos han hecho con los animales. Son precisamente tales encadenamientos los que permiten comprender nuestra evolución (Ramos Mejía, 1899: 303).[21]

En cambio, en las elaboraciones de Quesada y de Durkheim, se subraya la necesidad de demarcar separaciones, esto es, ciertos recortes y selecciones que buscan establecer los contornos –siempre relativos– de un discurso sociológico autónomo. Ahora bien, tal construcción no es meramente "defensiva", en cuanto legitimaría una suerte de objetos

---

vislumbra un desconocido ser. Al encontrarse en presencia de un descubrimiento, embárgalo al uno como al otro únicamente la fría curiosidad y el espíritu absorbido, no admite otra preocupación. La misma repugnancia que le inspiraría en otro momento la deformidad del sujeto, transformase aquí en sereno entusiasmo científico que hiela las pasiones de otro género, por más avasalladoras que sean" (Ramos Mejía, 2001 [1907]: 16).

21 Estas tensiones que atraviesan la obra de Ramos Mejía han sido sintetizadas en unas breves líneas por Horacio González y Eduardo Rinesi, quienes advierten que en el texto de este autor es plausible observar una inclinación a enfatizar "el aspecto tormentoso de la historia" –presentada como un proceso lento, anónimo e impersonal–, que se combina con "escenas de fuerte personalización", escenas en las que "la historia se hace hombre" (González y Rinesi, 1996: 13).

particulares a ser abordados desde esta nueva ciencia (en realidad, "otra vez nueva", dado que hubo intentos previos de su "fundación" como los ya mencionados, en Francia, con Saint Simon y Comte, y en la Argentina, con Echeverría, Sarmiento y Alberdi). Por el contrario, supone un ejercicio de cierta "avanzada o conquista sociológica", ya que esta perspectiva se propone explicar todos los fenómenos sociales, entre los que se incluyen los objetos de estudio de otras disciplinas. Se trata de un movimiento de apropiación y reinterpretación de otros discursos en el marco de una nueva mirada que habilita una comprensión no solo más amplia y compleja, sino, sobre todo, "verdaderamente científica".

En el caso de Durkheim, esto es notorio en casi todas sus intervenciones. Es posible reconstruir sus distintas obras según cuál o cuáles disciplinas son objeto de su crítica, apropiación y reconstrucción sociológica, en el marco de sus disputas con otras miradas, como la de Tarde, que también afirman ser sociológicas: en *De la división del trabajo social*, la economía política, el derecho y la filosofía moral (Durkheim, 1967 [1893]); en *Las reglas del método sociológico*, la filosofía, la historia y la psicología (Durkheim, 2004 [1895]; en *El suicidio*, la psicología (Durkheim, 1995 [1897]); en *Lecciones de sociología*, la filosofía política y las teorías del Estado (Durkheim, 2003a [1890-1900]); y en *Las formas elementales de la vida religiosa*, la etnología (Durkheim, 2008 [1912]).

La estrategia de Durkheim, entonces, se compone de tres movimientos. En primer lugar, una crítica al "sentido común", dentro del cual también ubica a muchas otras teorías. Luego, una reinterpretación del fenómeno estudiado desde una mirada más general, desde lo social, que abarca la multiplicidad de hechos analizados, o al menos incide en ellos. Por último, la elaboración de una teoría específicamente "social", vinculada a tal reinterpretación: por ejemplo, una teoría de la diferenciación funcional, o bien de las formas de (des) integración y (des)regulación social, o bien del lugar de lo sagrado en lo social y del origen social de las categorías del pensamiento. Estas distintas teorías se sostienen en una concepción de lo social como *sui generis*, que se articula con la conformación de una perspectiva que se pretende estrictamente sociológica.[22] Esta disciplina, según Durkheim, puede interpretar los más diversos objetos de estudio, con énfasis di-

22 Así, respecto de la psicología, Durkheim afirma que "en ningún caso la sociología podría limitarse pura y simplemente a tomar prestadas de la psicología tal o cual proposición para aplicarla sin más a los hechos sociales. Por el contrario, el pensamiento colectivo en su totalidad, tanto en su forma como en su materia, debe ser estudiado en y por sí mismo, con la conciencia de lo que tiene de singular" (Durkheim, 2004 [1895]: 46).

ferentes según los momentos de su obra, por caso, como "hechos sociales" en *Las reglas del método sociológico*, como "corrientes sociales" en *El suicidio*, o como "representaciones sociales o colectivas" en *Las formas elementales de la vida religiosa*.

En Quesada, también se observa este trabajo de emergencia de un punto de vista sociológico capaz de debatir con otros discursos. En *Dos novelas sociológicas*, se preocupa por trazar un saber sobre lo social que se distancie críticamente de aquellos tratamientos literarios-novelísticos, tanto como psicologistas, basados en lecturas "eminentemente subjetivas". Se requiere, entonces, desplegar una mirada sociológica objetiva que, despojada "de las prevenciones contemporáneas", pueda perpetuarse en el tiempo (Quesada, 2010 [1892]: 22). Al igual que la filosofía, la sociología se sostiene en una teoría que sintetiza los más diversos campos de conocimiento y permite clasificarlos y estudiarlos desde las reglas propias de lo social (Quesada, 1905). Esta mirada no debe "tomar el efecto por la causa" (Quesada, 2010 [1892]: 71): no tiene que confundir la "locura" y el "contagio" de la Bolsa y sus caracteres psicológicos con la "cuestión social" capitalista de la cual se desprenden.[23]

Esto mismo ocurre en sus análisis históricos. Se requiere plasmar un saber científico sobre, por caso, la "época de Rosas", a partir de ciertos documentos claves que quiebran una "historia novelada". La historia de la Argentina, su profunda polémica y constante desgarramiento son reinterpretados desde una clave social, a partir del concepto de evolución y, en especial, de la forma federal singular que la Argentina despliega desde la colonia. El carácter democratizador, organizador y violento del rosismo solo se entiende bajo esa perspectiva que da cuenta del antagonismo central de esta sociedad y sus "criterios de la época". Estos análisis son científicos, como señala frente a las impugnaciones de Miguel Cané a la sociología. Quesada atribuye a Cané una mala comprensión de las ciencias en general, ya que cree en leyes inmutables y no en la cualidad orientativa y sujeta a la constante discusión de sus hipótesis, las cuales avanzan a partir de los errores (Quesada, 1905).

En esta pretensión de autonomía mediante la "conquista" de objetos y disciplinas, Durkheim y Quesada comparten, en especial, la necesaria ruptura con la psicología al abordar los fenómenos sociales,

---

23 Quesada se acerca al concepto de anomia durkheimiano en su reivindicación de la lectura de Balzac sobre el dinero: "Este abuso de los goces, que sólo el dinero satisface, trae como consecuencia las más horribles degradaciones morales (…) En nuestros días se da el nombre de 'neurosis' a lo que Balzac llamaba simplemente 'intemperancia del deseo'. La locura y el suicidio son los resultados desastrosos de este estado del alma" (Quesada, 2010 [1892]: 90).

para lo cual defienden la construcción y el uso de estadísticas. Para ambos, debe buscarse una interpretación sociológica de los perniciosos "estados del alma" que emergen en el capitalismo liberal aunque es de resaltar las divergencias sustanciales que presentan al analizar la historia. Si bien, por ejemplo, en *Las reglas del método sociológico*, Durkheim señala la importancia del estudio de la historia para la sociología, esta no ocupa el lugar privilegiado que tiene en Quesada. Con el concepto intermedio de "especie social" que permite clasificar a todo grupo, Durkheim pretende evitar tanto el particularismo y el relativismo histórico como el universalismo de la filosofía (con sus definiciones de una naturaleza humana que se desarrolla en la historia). Sin embargo, Durkheim no se introduce en un análisis sofisticado de la historia, por ejemplo francesa, aquello que sí irrumpe como un interés fundamental en las obras de Quesada.[24]

Este interés por interpretar los procesos históricos, particularmente la historia política argentina, también se observa en Ramos Mejía. Al inclinarse, como ya señalamos, por las descripciones densas, los escritos del autor combinan diversas fuentes, documentos e incluso registros de análisis para resucitar los hechos del pasado y narrarlos en sus detalles. En Quesada, esta reflexión persistente sobre la historia –que para muchos lo aproxima a Max Weber, con un "paralelo fantasmal" (González, 2000: 41)– puede, al final de su obra, convivir con un relativismo histórico. Entonces, en diálogo con Oswald Spengler, Quesada traza una morfología comparada de todas las culturas, entre ellas las previas a la conquista española. Este giro lo acerca a nuevas reflexiones de corte crítico sobre América Latina, como puede verse en sus cartas con José Carlos Mariátegui (Bergel, 2008), y así también, desde un ángulo histórico, a cierta "elementalidad" durkheimiana. Por su parte, crítico de las filosofías de la historia, Tarde presenta una suerte de "posición intermedia": comprende la historia tanto desde ciertas leyes abstractas aplicables a todo fenómeno existente como desde sus contradicciones y las luchas entre Estados, agentes, fuerzas, en cuanto producción situada de innovaciones y procesos de expansión imitativos.

En definitiva, la forma de constitución de una reflexión de lo social con pretensiones de cientificidad adquiere "estilos" distintos

---

24 Según Quesada, el desenvolvimiento de las disciplinas científicas va "cercenando" el amplio campo de estudio de la historia. Esto, en especial, ocurre con la sociología, que analiza "los fenómenos sociales, antes englobados en la narración corriente de la historia" (Quesada, 1905: 230-231). Allí, justamente, Quesada hace mención al libro *De la división del trabajo social* de Durkheim, en cuanto la sociología se desprende de un proceso general de especialización científica, en este caso, de lo que alguna vez fueron los objetos de estudio de la disciplina histórica.

en relación a una pregunta y un debate sobre la autonomía de ese saber incipiente. Para Quesada y Durkheim, la autonomía de una teoría y de una investigación singular de la sociología se despliega por "conquista", es decir, a través de la apropiación y reinterpretación de los más diversos objetos de estudio. En Ramos Mejía y Tarde, en cambio, se abre un espacio de debate, de múltiples aportes liminares, de hibridaciones e, incluso, de yuxtaposiciones de saberes, en el cual se elaboran teorías explicativas –con mayor o menor búsqueda de universalidad– de raigambre sociológica y/o psicosocial. No se trata de señalar uno u otro estilo como más acorde a un criterio científico general que está sujeto a los estándares cambiantes de su definición. En todo caso, consideramos clave observar cómo ambas modalidades resultan productivas a su manera, en el despliegue de ciertos vínculos privilegiados con otras disciplinas, que cada una de las perspectivas profundiza.

B) ACERCA DEL LENGUAJE Y EL USO DE METÁFORAS

La apelación a diversos lenguajes y vocabularios tanto como el empleo de metáforas constituyen estrategias frecuentes al momento de elaborar distintas teorías sociales, sin importar lo distantes y heterogéneas que estas resulten en términos analíticos o espacio-temporales. Como ya ha sido resaltado en diversas oportunidades, los inicios de la reflexión sociológica han estado marcados –principal, aunque no exclusivamente– por un extendido empleo de las metáforas y el vocabulario de la física, la biología y la medicina (Vezzetti, 1985). Clara expresión de ello son las formulaciones "fundacionales" del pensamiento sociológico que aquí estamos analizando. No obstante, consideramos que la riqueza de su problematización no descansa en tal constatación general, sino en el estudio pormenorizado de las modulaciones específicas que ellas promueven a partir de la referencia a ciertos materiales lingüísticos y metáforas "maestras" compartidas.[25]

Ciertamente, en el momento en el que Durkheim, Quesada, Tarde y Ramos Mejía desarrollaron sus obras, las llamadas ciencias natura-

---

25 En este punto, recuperamos la noción de "metáforas maestras" que ofrece Aquiles Chihu Amparán para analizar la teoría de los campos de Pierre Bourdieu. Esta conceptualización de la metáfora permite dar cuenta de su carácter productivo para la construcción teórica. Lejos de ser un mero recurso para embellecer o adornar el texto, el autor advierte acerca del rol crucial que pueden cumplir las metáforas cuando son utilizadas para "clarificar y generar un sistema teórico coherente, a la vez que un conjunto de categorías o conceptos relacionados" (Chihu Amparán, 1998: 180). Para un desarrollo del análisis de las metáforas en la teoría sociológica, en particular, vinculada a la propuesta de Hans Blumenberg sobre la "metaforología", ver el capítulo de Eugenia Fraga en el presente libro.

les ya contaban con una legitimidad de la que el pensamiento sociológico buscaba nutrirse. En este sentido, no son casuales sus esfuerzos por trazar analogías, utilizar vocabulario y apelar a un conjunto de metáforas propias de estos campos del saber. Tales apropiaciones resultan ser una estrategia para alcanzar el reconocimiento de "verdadero discurso científico" por el que abogaba la sociología. No obstante, además de esta pretensión de "reconocimiento científico", la referencia constante al "mundo natural y sus dinámicas" también puede ser leída como un intento (en algunos casos explícito) por "sociologizar" ese mundo natural. Por ello, enfatizamos la necesidad de reconocer no solo la persistencia de ciertas metáforas propias de las coyunturas epocales y teóricas en las que se inscriben las obras analizadas. Se trata de mostrar, en especial, las inflexiones particulares que ellas asumen en cada estilo de teorización acerca de lo social, las cuales suponen tensiones (Ricœur, 1995), limitaciones y alcances metodológicos, como así también posturas éticas y políticas.

En principio, podemos señalar que las elaboraciones teóricas de Ramos Mejía y Tarde se caracterizan por la apelación a múltiples y variados recursos retóricos y literarios. En ambos se advierte una proliferación de adjetivaciones y una combinación ecléctica de imágenes ficcionales, con ciertos tonos barrocos y románticos. En Ramos Mejía, los rasgos de este tipo de escritura se encuentran particularmente exacerbados, lo cual resulta un eje inevitable para subrayar respecto de su producción.[26] Estos autores no solo comparten cierta inclinación por "las derivas literarias"; también movilizan la terminología específica de otros campos científicos. Tal terminología se encuentra, como ya anticipamos, íntimamente vinculada a la utilización de diversas metáforas maestras.

La primera de ellas es la metáfora biológica que enlaza con toda una serie de términos propios de la salud y la enfermedad tan en boga

---

26 Los siguientes pasajes seleccionados permiten ilustrar este rasgo estilístico que advertimos como singular de ambas producciones. Por un lado, en Ramos Mejía (1899: 129): "Estimulante como el líquido vital cuando acaba de regenerarse al manso contacto del oxígeno, inundó de entusiasmo los corazones de todos; la vida venía de abajo a la manera de una de esas frescas y abundantes columnas de agua surgente y pura, que inundan y fecundan el suelo, llenando a la naturaleza de sana alegría". Por el otro, en Tarde (1895: 363): "El fondo de las cosas no es tan pobre, tan apagado, tan descolorido como se lo supone. Los tipos no son sino frenos, las leyes no son sino diques opuestos vanamente al desborde de diferencias revolucionarias, intestinas, donde se elaboran en secreto las leyes y los tipos del mañana, y que a pesar de la superposición de sus múltiples yugos, a pesar de la disciplina química y vital, a pesar de la razón, a pesar de la mecánica celeste, acaban un día, como los hombres de una nación, por arrasar todas las barreras y por hacerse aún con sus pedazos un instrumento de diversidad superior".

en la época, que llevan a describir a las constituciones sociales/subjetivas como resultantes de procesos normales y patológicos, de rasgos y conductas desviados, de epidemias, infecciones y contagios. Aquí nos gustaría resaltar que, en los textos de ambos autores, también se despliega en forma simultánea una modulación microbiológica. En Ramos Mejía[27] y Tarde,[28] se descubre una inclinación por recuperar aquellas investigaciones, conceptos e imágenes de orden capilar, microscópico, subatómico. Se despliega un énfasis en las "pequeñas colaboraciones", en "las virulencias que se suman", en las "proporciones infinitesimales" que concurren para la constitución de todo agregado (Ramos Mejía, 1904).

Resulta elocuente la analogía con el carbono que Ramos Mejía moviliza para dar cuenta del singular comportamiento de los individuos cuando participan de una multitud, a los que llama "hombres-carbono". En lugar de tomar la idea de organismo como totalidad y explicar con ella el comportamiento de sus miembros, para analizar al "hombre de las multitudes", Ramos Mejía propone recuperar la imagen de un elemento químico: el carbono. Este elemento se destaca por su enorme capacidad de mutación al vincularse con otros. Es preciso observar "esa facultad que tienen los átomos de unirse y remacharse los unos a los otros" para comprender, subraya Ramos Mejía (1899: 14), cómo se engendran "organismos tan variables en su forma, en sus dimensiones, en su solidez".

Una operación similar puede identificarse en los desarrollos tardeanos. A pesar de sus críticas a la noción de "organismo funcional" como clave para explicar la sociedad, Tarde no abandona la metáfora biológica como recurso estratégico del análisis sociológico. Para ello, reconecta esa noción con otro término afín, "el cerebro". La metáfora entre la sociedad y este órgano específico resulta productiva dado que evidencia la plasticidad y movilidad con la que operan los elementos que componen el tejido social. Tal imagen resulta privilegiada para

27 Ramos Mejía (1899: 288) señala que "por eso la multitud que se forme aquí tendrá más tarde su tinte nacional, porque necesariamente la circulación general concurre a este centro de oxigenación a refrescar la sangre que ha de enviar después hasta el más humilde capilar de la Nación. La sangre venosa de los empréstitos, de las exigencias de la miseria y de las pretensiones políticas o de los dolores locales afluye al gran pulmón a convertirse en el glóbulo rojo de la dádiva, de la ayuda moral o de la promesa balsámica (cuando no tóxica de alguna candidatura, que de todo hay en la viña del Señor) y que el gran corazón distribuye".

28 Tarde (2013a [1898]: 122) advierte que "no hay un fin en la naturaleza, un fin en relación con el cual todo el resto es medio; hay una multitud infinita de fines que tratan de utilizarse unos a otros. Cada organismo, y en cada organismo, cada célula, y en cada célula, tal vez cada elemento celular, tiene su pequeña providencia para sí y en sí".

pensar la cooperación, la multiplicidad de focos y relaciones que no se reducen ni a intercambios funcionales ni a jerarquías preestablecidas. Aún más, la analogía con el cerebro permite comprender que, para que nuevas estabilizaciones puedan producirse, es necesario el surgimiento de otras excitaciones. Esto manifiesta que los equilibrios son siempre móviles, resultados de acciones en cadena, incluso de series de series, pero que jamás dejan de estar atravesados por incorporaciones y variaciones.[29]

Por su parte, en las obras de Durkheim y Quesada, se advierte el despliegue de formas argumentativas que se pretenden más "directas", incluso "estandarizadas" o "formales". De allí que podamos afirmar que el estilo sociológico promovido en sus análisis también se reconoce en las marcas de su escritura. Sus descripciones son más bien despojadas, compuestas por oraciones más sintéticas que las de sus mencionados contemporáneos, al evitar la recarga de adjetivaciones. Cierta tendencia racionalista se imbrica con el vocabulario y el lenguaje utilizados. En Quesada, estos deben ponerse al servicio de exponer teorías, análisis de fenómenos y, por ejemplo, documentos en los estudios históricos.[30] Asimismo, para Durkheim (2004 [1895]: 38), se busca plasmar "ideas claras y distintas", opuestas a las nociones confusas, es decir, se precisa trazar conceptos con exactitud para que adquieran caracteres científicos.[31] Son pocos y, en todo caso

---

29 Isaac Joseph (1988: 149) destaca cómo en Tarde "la ruptura con el organicismo es perfectamente neta. La forma pura de lo social no es una forma de equilibrio y de centralización –el círculo–; es una forma de excrecencia discontinua y constante, una arborización (y entonces las sociedades son cerebros, así como los cerebros son bosques), o un orden por fluctuación, un flujo que determina desniveles estructurantes (metáfora de la cascada)".

30 En caso contrario, con su propio tono de escritura, Quesada afirma que se establece una combinación entre imágenes o formas retóricas y una mirada no científica, similar a "leyendas", "novelas terroríficas" o "folletines": "Rosas vuelve a ser una monstruosidad inconsciente, devorado por una sed de sangre que lo impele a cometer crímenes con o sin su propia voluntad. Hemos ya explicado cómo, en nuestro entender, esa opinión, más que en auxilio de la historia, parece venir en ayuda de la novela terrorífica y de los folletines de cierta literatura populachera" (Quesada, 2011 [1898]: 170). Esta preocupación de Quesada por delimitar un lenguaje "culto" atraviesa a la sociología, pero la excede, como se observa en su estudio del "idioma nacional" argentino (Terán, 1999). Así, en su homenaje a Quesada, Raúl Orgaz (1934: 128) señala que "careció del don de la expresión inolvidable. Su prosa, abundante, clara, salpicada de locuciones latinas y de alusiones clásicas, fue la que correspondía a su vivísimo anhelo de ser útil a los demás por la difusión, incesante de hechos, opiniones y doctrinas". Resulta interesante que, en ese mismo texto, Orgaz (1934: 125) establece el paralelo entre Quesada y Durkheim, por su erudición y rigor metodológico.

31 Durkheim (2004 [1895]: 77) afirma esta necesaria relación precisa entre palabras y conceptos científicos, en un tono que revela el modo en que pretende

detalladamente explicados, los símbolos y las imágenes a los que se recurre para ilustrar un argumento. Sin embargo, el recurso a metáforas maestras también resulta fundamental para ambas perspectivas. Desde nuestro punto de vista, en contraste, despliegan tales metáforas de modo distinto a cómo lo realizan Ramos Mejía y Tarde.

Así, nos encontramos con un uso divergente de la metáfora del organismo social. Al comparar la metáfora del "cerebro" de Tarde con la de Durkheim, se observa cómo en este último el énfasis está puesto en un "organismo funcional". En la sociedad moderna funcionalmente diferenciada, el Estado cumple la función de "cerebro social" en su permanente comunicación con el resto de la sociedad (Durkheim, 2003a [1890-1900]): el Estado reflexiona –vuelve "claros y distintos"– los difusos sentimientos, moralidades y representaciones que se producen y circulan en la sociedad en general, la cual se divide, a su vez, en partes que cumplen –o, más bien, deberían cumplir– distintas funciones.

Según Durkheim, estas funciones solo se comprenden en el marco de una totalidad que no se explica por las cualidades de cada una de sus partes, ya que son sus relaciones con las otras partes las que las definen. De esta manera, la metáfora orgánica funcional se combina con el argumento de las características *sui generis* de una totalidad social de corte relacional y con una mirada de "largo alcance", que permite una reconstrucción general de la evolución de las sociedades.[32]

---

hacer uso del lenguaje: "No sabemos con certeza lo que es el Estado, la soberanía, la libertad política, la democracia, el socialismo, el comunismo; así pues el método exigiría que nos prohibiésemos cualquier utilización de esos conceptos hasta tanto no estuviesen científicamente constituidos. Y, sin embargo, las palabras que los expresan vuelven a aparecer una y otra vez en las discusiones de los sociólogos. Se las utiliza corrientemente y con seguridad como si correspondiesen a cosas bien conocidas y definidas, siendo así que no despiertan en nosotros más que nociones confusas, mezclas indistintas de impresiones vagas, prejuicios y pasiones".

32 El argumento durkheimiano sobre la cualidad *sui generis* de lo social se sostiene, también, con una serie de analogías con las ciencias naturales, dado el carácter irreductible de toda síntesis (Nocera, 2005): "La vida no podría descomponerse así: es una y, por consiguiente, sólo puede tener por sede la sustancia viva en su totalidad. Está en el todo, y no en las partes. No son las partículas no vivientes de la célula las que se nutren, se reproducen, y, en una palabra, viven; es la propia célula, y sólo ella. Y lo que decimos de la célula podría repetirse al hablar de cualquiera de las síntesis posibles. La dureza del bronce no está en el cobre, ni en el estaño, ni en el plomo que han servido para formarlo y que son cuerpos blandos o flexibles; está en la mezcla de los mismos" (Durkheim, 2004 [1895]: 42). Otro tipo de analogía durkheimiana se puede hallar entre disciplinas para dar cuenta de la autonomía de las representaciones sociales frente a la estructura social, al igual que poseen las representaciones psíquicas respecto de su sustrato orgánico (Durkheim, 2000 [1898]). A su vez, en *El suicidio*, Durkheim (1995 [1897]) toma de la literatura su fuente de inspiración y

Esta metáfora funcional ubica a la sociología en la conocida misión de distinguir lo normal de lo patológico, aunada a la figura médica del "hombre de Estado", que previene y cura "enfermedades sociales" (Durkheim, 2004 [1895]: 133).

En cuanto a Quesada, su apelación a la metáfora orgánica totalizante no se focaliza en su dimensión funcional, sino más bien en el concepto de "evolución". Esto se vincula al lugar que ocupa en su mirada, como ya hemos mencionado, la investigación sobre la historia, en particular, la argentina. Se requiere comprender la "evolución social argentina", a partir de trazar una regla general de su desenvolvimiento natural, sin perder de vista ciertos momentos históricos claves de su explicación. Si bien en sus textos se perciben énfasis disímiles en determinadas dimensiones –por ejemplo, en "La evolución social argentina" hay un peso mayor de la explicación clasista respecto de la lucha entre unitarios y federales y del gobierno de Rosas (Quesada, 1911: 21)–, se trata de dar cuenta del tránsito de la fase colonial hasta la emergencia de la nación post 1853. Cristalizada en el Centenario de la Independencia, en esta nueva etapa, la nación argentina debe reconstituirse tanto frente a la inmigración masiva, sobre todo urbana, como frente a los cambios económicos y políticos, por ejemplo, las crisis financieras o la profesionalización de la política.[33]

En este marco, el momento rosista se comprende como un "pasaje" necesario entre ambas etapas –una de corte "militar" y la otra "industrial", en consonancia tanto con Saint-Simon y Spencer como con Alberdi–. Pasaje que quizás hubiera podido ser menos violento sin la "traición" unitaria.[34] De este modo, es posible trazar un paralelo entre la Argentina y la sociología argentina: ambas se encuentran *in fieri* (Quesada, 1911: 25; 1905: 226), "están por hacerse". La capacidad de comprensión y previsión de la sociología forma parte de la posibilidad de un futuro como nación. Sin embar-

---

analogía para comprender las características morfológicas de los distintos suicidios: para el egoísta, la melancolía; para el anómico, el frenesí.

33 Sobre esta nueva etapa, Quesada (1911: 26) afirma que "convierte al país en una especie de gigantesco *boa constrictor*, por completo entregado a la tarea, exclusiva y excluyente, de convertir la comida en substancia, sacando jugo de las mayores durezas y haciendo pasar tantos elementos diversos por las vísceras mismas de la nacionalidad".

34 Quesada hace uso de una analogía ejemplar histórica para dar cuenta de Rosas, al equipararlo a la figura de Luis XI de Francia. A su vez, al ser una "nación nueva", para comprender el curso de la Argentina debe estudiarse en particular aquel seguido con anterioridad por Estados Unidos, ya que "la Argentina reproduce en el siglo XX exactamente la misma marcha de los Estados Unidos en el siglo XIX" (Quesada, 1911: 27), con la ventaja de que "en la Argentina no hay problemas étnicos" como los de aquel país (Quesada, 1911: 28).

go, al final de su obra, esta mirada se ve modificada por el propio Quesada, al releer el concepto de evolución de modo "relativista", en su discusión con Spengler. Entonces, surge la figura romántica de una especie social con sus propias lógicas y formas internas, que resulta inconmensurable con otras, dada a su singularidad, en este caso, cultural (Quesada, 1926). Este relativismo le permite a Quesada trastocar una mirada lineal de la historia, ya que la "cultura indígena americana" puede ser aquella que renueve el ciclo de decadencia de Occidente, por su "contacto con la naturaleza" y por su rechazo de las "lacras" físicas y morales de la vida urbana (Stefanoni, 2012: 403). Como ya hemos indicado en la dimensión anterior, esto modifica las relaciones entre su perspectiva y ciertas corrientes políticas.

Ahora bien, las metáforas orgánicas no son las únicas rastreables en los textos de estos autores. Ciertas metáforas físicas son claves para algunas de sus conceptualizaciones más relevantes: una, referida a la fuerza; la otra, a la energía y las corrientes. Quesada hace un uso intensivo de la metáfora de la fuerza. Esto se despliega en dos niveles. Por un lado, para estudiar la evolución social se deben identificar las fuerzas que la atraviesan y definen. Ese derrotero histórico que se puede reconstruir hacia el pasado y hacia el futuro es divisible en diferentes dimensiones-fuerza que le dan forma. Por el otro, preocupado por los antagonismos sociales y su relación con la violencia, Quesada establece un análisis que comprende las fuerzas en juego de los distintos grupos sociales ("clases", "partidos", "razas", "naciones", "rurales", "urbanos"): las fuerzas y las violencias se emplean, se ganan o se pierden en el conflicto de poder, que a la vez son fuerzas y violencias que configuran la sociedad –por ejemplo, "centrípeta" de los unitarios y "centrífuga" de los federales–.[35] Por lo tanto, cuando Quesada alude a la energía, la entiende como fuerza que está en potencia o es desplegada, por caso, para Rosas y su "terror". No obstante, en breves referencias, menciona la figura de "corriente" al referirse a las masas o a los estados de ánimo volátiles de la sociedad, cuestión que retomamos en el siguiente apartado.

En Durkheim, estas dos metáforas físicas (de la fuerza o de las corrientes energéticas) en cierta medida marcan las tensiones de su

---

35 Así, el autor establece un vínculo entre tipo de fuerza y campos sociales y políticos: "Surgió de ahí el conflicto histórico entre la fuerza centrípeta: el *unitarismo*, y la fuerza centrífuga: el *federalismo*; cada una de las cuales pugnó por constituir el país, enredándose a cada instante en conflictos que fueron poco a poco agriando los ánimos, caldeando las pasiones, enconando las masas; y concluyeron por dividir al país entero en dos campos irreconciliables: el unitario y el federal" (Quesada, 2011 [1898]: 77).

obra y los ya señalados desplazamientos de sus intereses. En sus primeros textos, si bien se encuentra la idea de corrientes sociales –como ya se mostró–, la figura de la fuerza como coerción irrumpe de modo decisivo, tanto para marcar el carácter social de los hechos sociales –que dada su exterioridad al individuo se le imponen coercitivamente– como para dar cuenta del funcionamiento de la solidaridad en sociedades no modernas –bajo la idea de lo "mecánico", como imposición de la conciencia colectiva a los individuos–.[36] Ya en ese texto intermedio, *El suicidio*, las corrientes "suicidógenas" son claves para explicar las tasas de suicidio y sus cambios en los distintos grupos sociales analizados, aunque se enmarcan en las dos grandes dimensiones de la integración y la regulación social, vinculadas a las fuerzas de "atracción" al grupo y de "contención-presión" de los deseos (Ramos Torre, 1998: 25). En cambio, en sus últimas obras, en particular, en *Las formas elementales de la vida religiosa*, con el concepto de efervescencia colectiva, adquieren una importancia insoslayable: son esas corrientes energéticas de los rituales –fuerzas ahora devenidas "eléctricas"– las que permiten comprender la creación y actualización de lo social mismo en su dimensión más profunda, la sagrada (Grondona, 2012).[37] Con el contacto, la excepcionalidad y excitación colectiva, se abre un espacio de creación de nuevas representaciones "imaginarias", "míticas", a partir de la "primacía de

36 Durkheim invierte las metáforas de Ferdinand Tönnies, las cuales describen a la sociedad moderna como artificial, maquínica, y a la comunidad no moderna como orgánica (de Marinis, 2010). Durkheim atribuye la organicidad a la Modernidad y lo mecánico a lo no moderno. Sin embargo, para este último, lo mecánico no se refiere a un tipo de lazo artificial, sino a uno basado en la imposición coercitiva por encima de los individuos, en una sociedad cargada de violencia bajo la forma de la pena. La metáfora coercitiva aparece, también, aunque de modo mucho más esporádico, para referirse tanto a la dominación en general, en el suicidio fatalista, como a la dominación y lucha de clases, en la división del trabajo coactiva por la herencia y la lucha anómica del más fuerte entre capital y trabajo.

37 Así, Durkheim (2008 [1912]: 634-635) afirma que "si cuando la vida colectiva alcanza cierto grado de intensidad da origen al pensamiento religioso, es porque determina un estado de efervescencia que cambia las condiciones de la actividad psíquica. Las energías vitales están sobreexcitadas, las pasiones más vivas y las sensaciones más fuertes, e incluso algunas sólo se producen en tales momentos. El hombre no se reconoce a sí mismo; se siente transformado, y, por consiguiente, transforma el medio que lo rodea. Para justificar estas impresiones tan especiales que siente, presta a las cosas con las que está en contacto más directo propiedades que no tienen, poderes excepcionales y virtudes que no poseen los objetos de la experiencia cotidiana. En una palabra, al mundo real en el que transcurre su vida profana, superpone otro que, en cierto sentido, existe sólo en su mente, pero al que atribuye una especie de dignidad más alta con respecto al primero. Así que, por razones distintas, se trata de un mundo ideal".

lenguajes no-verbales, de acciones sin un sentido claro, la no disociación entre la palabra y la cosa" (Nocera, 2009: 110).

Esta metáfora energética y efervescente se acerca a una metáfora-concepto fundamental para Tarde: las corrientes de "creencia" y de "deseo". Este autor las describe como "corrientes cerebrales de imágenes parecidas, de impulsos parecidos que se repiten incesantemente" (Tarde, 1899: 8-9), las cuales circulan en y entre los individuos. Así, estas corrientes desmontan a los individuos como origen al convertirlos en verdaderas superficies de inscripción de ejemplos sociales: en su constante fluir, los interconectan y moldean en lo más íntimo. En Tarde, la metáfora de las fuerzas queda subsumida a la de las corrientes, ya que son estas las que pueden ser señaladas como fuerzas que configuran lo social. Por último, la metáfora energética también se hace presente en los textos de Ramos Mejía. Para caracterizar a las multitudes, este autor recurre a la terminología de los "fluidos ódicos", en explícita referencia a la teoría electromagnética desarrollada por el barón de Reichenbach (Ramos Mejía, 1899: 240). Según él, resulta vital atender a las "fuerzas ciegas que discurren en las entrañas de la sociedad y que cumplen su destino sin odios ni cariños" (Ramos Mejía, 1899: ii), al homologar a las multitudes con fluidos calurosos y repentinos que electrizan a quienes participan en ellas.

En resumen, los dos estilos analizados despliegan marcas de escritura características, con sus diferentes usos del lenguaje y de ciertos vocabularios, ya sea en la multiplicación de adjetivaciones y recursos retóricos (Ramos Mejía y Tarde), ya sea en la búsqueda de rigurosidad y formalización en la expresión escrita (Quesada y Durkheim). Así, para cada una de estas dos propuestas estilísticas, la elaboración de una mirada científica de lo social implica una manera particular de escribirlo. A su vez, esas marcas se combinan con determinadas metáforas maestras, decisivas para las conceptualizaciones que presentan. Hemos rastreado dos conjuntos de metáforas que atraviesan a las obras de los cuatro autores seleccionados, con énfasis y modulaciones singulares según cada una de ellas: por un lado, las metáforas biológicas, en sus formas tanto microbiológica (Tarde y Ramos Mejía) como funcional y evolutiva (Durkheim y Quesada); por el otro, las metáforas físicas, de las fuerzas (en especial, Quesada, pero también Durkheim) y de las corrientes y las energías (Ramos Mejía, Tarde y, en sus últimas obras, Durkheim). Por ende, puede afirmarse que las diversas maneras de escribir lo social se aúnan heterogéneamente con las metáforas maestras que cada mirada hace propia y complejiza, lo cual les permite oscilaciones, reconfiguraciones y pliegues teóricos.

C) PERSPECTIVAS ACERCA DE LO SOCIAL

Las perspectivas generales que los autores nos ofrecen acerca de lo social se conectan íntimamente con las otras dos dimensiones estilísticas que hemos analizado. En tal dirección, para cada estilo se detectan afinidades y combinaciones entre sus definiciones sobre lo social y sus posiciones respecto de la autonomía de la disciplina sociológica, así como también acerca de sus usos del lenguaje, de ciertos vocabularios y de determinadas metáforas maestras. De esta manera, se requiere analizar cómo en sus miradas de lo social se plasman dos derroteros: uno, atento al movimiento y a la multiplicidad que lo constituye y se constituye a través de él; otro, focalizado en las partes o instituciones en que se divide la sociedad y las relaciones que se establecen entre ellas. Como ya se adelantó en el apartado anterior sobre el problema de las masas y la cientificidad, el hilvanado entre las tres dimensiones estilísticas encuentra su punto de intersección en el problema de las masas. La centralidad o el lugar secundario de las masas –o multitudes– en determinadas teorizaciones da cuenta de una postura decisiva en la comprensión y la escritura de lo social, la cual articula los estilos de estos cuatro autores.

Así, consideramos que en los textos de Tarde y Ramos Mejía prima una definición marcada por el movimiento. Con tintes vitalistas –que adoptan en cada caso marcas propias–, sus análisis del mundo social se orientan a mostrar que toda estabilidad se sostiene en una circulación incesante de ejemplos, creencias, sentimientos, rumores, pasiones, deseos. Tal como resaltamos en relación con las metáforas y el lenguaje, esta mirada se enfoca en el devenir de energías múltiples y dispersas que son presentadas como anteriores y excesivas frente a cualquier estabilización. Lo social es caracterizado como un fluido que, a pesar de reconocer cristalizaciones parciales, no se reduce a ellas. De este modo, en ambos se advierte un acento puesto en los rasgos dinámicos como fundamentales al momento de explicar la constitución de las sociedades y los sujetos. Su atención se concentra en "la arquitectura molecular" que soporta el mundo (Ramos Mejía, 1904: 93), desde la cual se busca establecer escalas, fórmulas, leyes y clasificaciones que permitan su descripción.

Sin embargo, dado que lo social es siempre tejido en construcción, las mismas series construidas se encuentran habitadas por signos de lo irrepresentable. Aun cuando el analista se esfuerce por aprehender las minucias de los procesos, aun cuando sus descripciones sean en extremo detalladas, estas no alcanzan para agotar la diversidad del mundo social que siempre conserva algo del orden de lo indeterminado, de los enigmas irresolubles. A pesar de exhibir rasgos biologicistas, de incluir frecuentemente taxativas afirmacio-

nes acerca de la naturaleza humana que ostentan un carácter atemporal, las singulares reflexiones de la historia que presenta Ramos Mejía atestiguan la importancia dada a los dilemas y los obstáculos de todo proceso social. En tal sentido, en sus textos se subraya, una y otra vez, la importancia de atender a "los incidentes", a las "mil facetas inesperadas que surgen en el peculiar pedazo de cristal humano" (Ramos Mejía, 1904: 100).[38]

En paralelo, en Tarde se advierte la preocupación por desplegar una perspectiva sociológica centrada en la diferencia y no en la identidad. Como advierte el propio autor, esto no debería ser leído como una defensa del "idealismo vago", que refiere a causas completamente impersonales, ni como el culto de un "individualismo común", que explica las transformaciones sociales como resultado del capricho de algunos sujetos. Por el contrario, se trata de la consecuente aplicación de un punto de vista para el abordaje de lo social que hace foco en las innovaciones y sus posteriores propagaciones o neutralizaciones (Tarde, 2011b [1890]: 140). En la crítica al "antropomorfismo histórico-político" (Ramos Mejía, 1899: 24) y a la "teoría de los grandes hombres" (Tarde, 2011a [1902]: 3), se exhiben claras marcas de las conexiones en simultáneo entre estos dos modos dinámicos y fluidos de comprender lo social.[39] Así, al analizar el papel crucial desempeñado por Rosas en la historia argentina, Ramos Mejía (1899) describe a aquel "grande y originalísimo tirano" como la síntesis de una singular precipitación de hábitos urbanos y fuerzas campesinas. Rosas es presentado, entonces, como la encarnación material de pasiones colectivas que lo anteceden y desbordan.[40] Tarde, por su parte, enfatiza que es preciso abandonar

---

38 Como venimos destacando, este tipo de argumentos que surcan los textos de Ramos Mejía permiten trazar una filiación estilística entre sus desarrollos y los de Tarde. Por supuesto, esta no es la única lectura orientada a vincular sus planteos con otros desarrollos teóricos. En tal línea, incursiona Javier Trímboli al relacionar sus análisis acerca de las multitudes con los de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Así, en un gesto audaz, Trímboli señala que la forma en la que Ramos Mejía aborda las masas da cuenta de la vocación del autor por atender a los "espacios lisos", al buscar nombrar "las conflictividades sordas y extendidas (…) incluso con su carga de ominosidad" (Trímboli, 1996: 31).

39 Por su parte, González (2007: 328) destaca que, a diferencia de Carlos Octavio Bunge, cuya psicología social cristaliza en una biología de la mentalidad colectiva, Ramos Mejía ofrece "una visión de la historia en recíproco influjo con todo tipo de *agentes frenéticos*". Es precisamente esta la singular huella que el autor de *Las multitudes argentinas* ha legado en el ensayo social argentino y que resulta luego identificable en la producción de, por ejemplo, Martínez Estrada.

40 Ramos Mejía ofrece atisbos para pensar que su perspectiva acerca de la psicología de las masas desconfía de la idea de que los *meneurs* puedan ser verdaderos

"la curiosidad de los anticuarios" que, con frecuencia, asume la forma de una rememoración "pueril y vanidosa" (Tarde, 2011b [1890]: 227). La clave para el análisis sociológico no radica en la referencia a los personajes célebres, sino en el estudio de las invenciones capitales y sus fructíferas proyecciones.

De modo que, para leer y escribir lo social, se requiere desplegar una mirada microscópica capaz de atender a aquello "infinitamente pequeño" (Ramos Mejía, 1899: 17), "lo infinitesimal" que, lejos de ser lo insignificante es "el alfa y el omega del universo" (Tarde, 2013a [1898]:134).[41] Precisamente, los conjuntos y procesos sociales pueden explicarse a partir de esa infinidad tumultuosa de elementos de carácter individual, reconociendo las variadas alianzas que se producen (accidental y contingentemente) entre tales elementos heterogéneos. En palabras de Ramos Mejía (1899: 118), tales alianzas pueden ser vistas como una "especie de afinidad molecular que precipita el uno hacia el otro a los individuos *valentes* de la colectividad".[42]

Al abandonar las referencias a tendencias monolíticas, se analizan los múltiples y variados encadenamientos que conforman la vida política y social de un colectivo en un momento dado, para descubrir que las ideas consideradas como "fundamentales" y los "estados morales" han nacido, de modo inexorable, de una combinación de elementos simples. La descomposición o disección permiten, precisamente, realzar cómo el tejido social se establece desde lazos que otros considerarían efímeros, superfluos, anodinos. En el caso de Tarde, se busca evidenciar cómo, a partir de interacciones –inventivas, imitativas y opositivas– en las que se comunican creencias y deseos, la trama social se produce, reproduce o transforma. En esa línea, Ramos Mejía (1899: 329) se pregunta acerca de las maneras en que emergencias sin-

---

conductores. En varios pasajes el autor recalca que estos no son origen, ni pueden controlar cabalmente, sino solo dar forma (provisional) a fuerzas y apetitos que ya circulan y verdaderamente dirigen a las multitudes. En sus palabras: "Como el navegante que corre la tormenta, dirige hasta cierto punto su barco, pero sólo dentro de los empujes y caprichos del viento que es quien traza el verdadero itinerario" (Ramos Mejía, 1899: 234-235).

41 Para un análisis de las recuperaciones contemporáneas de la teoría social tardeana, particularmente sus ecos en los desarrollos de Deleuze y Michel Foucault, ver Tonkonoff (2017).

42 Apunta Tarde (1895: 313): "Esos elementos últimos en los cuales desemboca toda ciencia, el individuo social, la célula viva, el átomo químico, no son últimos más que para la mirada de su ciencia particular. Ellos mismos son compuestos, nosotros lo sabemos, sin exceptuar incluso al átomo que, según la hipótesis de los átomos-remolinos de Thomson, la más plausible o la menos inadmisible de las conjeturas aventuradas sobre este tema, sería un cúmulo arremolinado de elementos más simples".

gulares se vinculan con "la regularidad, la monotonía y la apariencia cristalizada de ideas comunes, de los sentimientos y teorías impuestas por la superstición y la costumbre".

Ambos discursos comparten la pretensión de escapar a la concepción de lo social como una totalidad, al resaltar los accidentes, las conflictividades y los vacíos que lo atraviesan. En lugar de analizar los conjuntos sociales como sistemas funcionales, se inclinan a destacar su carácter abierto y mutante. En este marco, se comprende la centralidad que adquiere la interrogación acerca de la emergencia de las multitudes como el arquetipo de formas de sociabilidad intensas, fusionales, desbordantes que ponen en jaque las formas estabilizadas de hacer, sentir y pensar. Estas formas de sociabilidad pueden prescindir de los contactos cara a cara, dada la expansión del transporte y los medios de comunicación que caracterizan a las sociedades modernas.

La importancia que Tarde otorga a la indagación en torno a las multitudes en el marco de su obra solo puede comprenderse si se atiende a la adopción del modelo de la hipnosis/sugestión. Este modelo general resulta alternativo a aquel del contrato social, ya que explica a las sociedades (y sus sujetos) como composiciones (siempre inestables) nacidas de magnetizaciones múltiples e intensas (Tonkonoff, 2016). A tal caracterización general se suma la particular conceptualización de los públicos que el autor presenta en sus textos tardíos. Allí, como forma renovada que adquiere el lazo multitudinario en la Modernidad, su análisis de los públicos le permite problematizar los procesos de des-individualización que tienen lugar a partir de la confluencia de corrientes de opinión a la distancia. De este modo, este autor enfatiza la posibilidad de una multipertenencia a diversos colectivos, que da lugar a la perpetua renovación de las asociaciones humanas.

Así también, llaman particularmente la atención de Ramos Mejía los vigorosos, excesivos e impulsivos vínculos transitorios que caracterizan a las multitudes, los cuales incluyen a aquellos que se constituyen en torno a la lectura de un mismo periódico. En ese contexto, las descripciones de Ramos Mejía oscilan entre, por un lado, resaltar lo temibles que pueden resultar estas formas particulares de relación social y, por el otro, ubicarlas como agentes históricos fundamentales para el desarrollo de la nación argentina, al dotarlas de imaginación creadora y capacidad para el mantenimiento de ideales comunes capaces de ligar íntimamente a los individuos entre sí (Frittaoni, 2017).[43]

---

43 La preocupación por la intensa sugestión que ejercen los periódicos, los periodistas y el discurso publicitario como formadores de opinión es un tema que convocó el interés tanto de Tarde (2013b [1901]) como de Ramos Mejía (1904). Desde

Lejos de esa concepción de lo social múltiple, heterogénea y focalizada en el movimiento, se ubican los desarrollos de Quesada y Durkheim. En términos generales, es plausible advertir que ambos coinciden en su inclinación por desarrollar una perspectiva atenta a las grandes tendencias, que los lleva a definir lo social a partir de las instituciones y configuraciones societales que marcan el despliegue histórico de los colectivos. No se trata de obviar las interacciones y los procesos de "pequeña escala". Estos, también, son objeto de indagación sociológica, en cuanto se incluyen en "las acciones y reacciones naturales de las masas humanas, en su vida de relación y bajo la influencia de su vida en común" (Quesada, 1911: 235),[44] en los ya mencionados "modos de hacer social" (Durkheim, 2004 [1895]), en las "tareas cotidianas", especialmente, del mundo del trabajo (Durkheim, 1995 [1897]), o en las "prácticas profanas" (Durkheim, 2008 [1912]).

Ahora bien, estos fenómenos deben vincularse con –o ponerse a contraluz de– los procesos que los atraviesan y enmarcan. Allí, se observa la preocupación decisiva de estos dos autores por comprender los modos en que las sociedades están compuestas, se dividen y conforman una suerte de totalidad, aunque en tensión. Para ambos, se debe investigar cómo, de maneras diversas, se relacionan entre sí las instituciones, grupos o partes claves de cada sociedad. Para ello, intervienen en el debate acerca de la entidad propia o no de la "colectividad" y su vínculo con lo individual –del individuo y de lo singular de cualquier fenómeno–, de forma tal que lo individual se integre en una explicación de lo social y de lo societal en general.[45]

Así, Quesada traza una pluralidad de divisiones sociales, algunas de las cuales ya hemos aludido –"razas", "clases", "ciudades", "provincias", "partidos políticos", "naciones"–. En el devenir de la Argentina, estas divisiones encuentran distintos nexos de combinación y

---

otro foco, este tema también interesó tempranamente a Quesada (1883).

44 Cabe señalar que aquí Quesada utiliza la noción de "masa humana" como conjunto de individuos, no como problema, es decir, a nuestro entender, subsume directamente la masa a un concepto abstracto para describir la aglutinación relacional de individuos. En cambio, en otras partes de su obra, utiliza el término "masa" para referirse a aquello que en este trabajo denominamos el problema de las masas, como se observará a continuación.

45 Quesada (1911: 241-242) señala que este debate es resultado de la discusión entre "individualismo" y "socialismo", que deriva de aquella entre "nominalismo" y "realismo". Mientras el nominalismo considera que los universales son falsos, "no reconociendo especie ni conjunto, sino lo individual y concreto en cuanto existe por sí", el "realismo" sostiene "la realidad objetiva" de los universales y, por tanto en sociología, de la sociedad. En cuanto a Durkheim, Alvaro (2017) analiza cómo la metáfora del "lazo social" alude a esta relación entre sociedad e individuo.

antagonismo. En la guerra civil, se ven arrastradas al conflicto entre dos formas de concebir la nación: una, "artificial" e "idealista"; otra, que "no ha sido una invención, sino una evolución" (Quesada, 2011 [1898]: 76) de la configuración de la tradición y la historia de esa sociedad. En cambio, en pleno proceso de "modernización", las sociedades se enfrentan a otro juego combinatorio y conflictivo entre divisiones sociales, en el marco de la tensión entre "progreso" capitalista y "cuestión social", en particular, urbana. En este contexto, se destaca el surgimiento de políticas públicas –por caso, educativas, económicas o morales– que abordan la cuestión social.[46] El análisis científico de estos problemas sociales permite no solo una alianza entre sociología y Estado. La sociología es parte del proceso de democratización que, comenzado en la Argentina con Rosas, se despliega en su nueva época *in fieri*: al trasmitir un conocimiento profundo de lo social, la sociología ayuda a que los ciudadanos elijan y actúen mejor –si son elegidos– (Quesada, 1905: 245).

Por su parte, en momentos distintos de su obra, Durkheim se detiene o bien en clasificar las "especies sociales" según la "fusión" o no de sus partes iniciales –por ejemplo, el clan es resultado de la fusión de "hordas"– (Durkheim, 2004 [1895]), o bien en las características y funciones de las distintas instituciones sociales –por caso, el Estado y las asociaciones profesionales– (Durkheim, 2003a [1890-1900]),[47] o bien en las conexiones entre los ámbitos de lo "sagrado" y lo "profano" en las sociedades "elementales" y modernas (Durkheim, 2008 [1912]; 2003b [1913-1914]). Bajo el signo de la patología o cierta necesidad que no es cumplida, el autor conceptualiza la tensión observable en las relaciones entre esas partes, instituciones o ámbitos y la totalidad societal. Frente a estas tensiones, Durkheim sugiere distintas solucio-

---

46 En consonancia con la Escuela de Sociología de Chicago, Quesada (1905: 248-249) destaca: "Los fenómenos sociales habrán de estudiarse en la vida práctica: así, los problemas de la mendicidad, pobreza, aglomeración de población, clases sociales, delincuentes, etc.; por todo lo cual las ciudades son los laboratorios naturales de la sociología: allí se observará, a la vez, el resultado de las medidas dictadas para remediar los males sociales, y podrá verse hasta qué punto el vicio, la pobreza y el crimen son debidos a las malas condiciones económicas, o a una educación moral descuidada, o a la simple lucha por la vida, notando cuáles son los remedios eficientes y cuáles no". Su preocupación por la cuestión social atraviesa la mayoría de sus textos, por ejemplo, sobre la "cuestión obrera" (Quesada, 1907), o acerca de su recuperación y discusión de la propuesta de la Iglesia católica al respecto de tal cuestión (Quesada, 1895).

47 En *Las reglas del método sociológico,* Durkheim (2004 [1895]: 50-51) ya afirma: "Se puede llamar *institución* a todas las creencias y a todos los modos de conducta instituidos por una colectividad; en tal caso, la sociología puede ser definida como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento".

nes, por ejemplo, deberían fortalecerse las asociaciones profesionales para integrar y regular, o tendrían que asegurarse los rituales colectivos debilitados en la Modernidad.

Entonces, en estas dos concepciones de lo social, las masas ocupan un papel marginal o secundario. En todo caso, estas han de ser entendidas en conexión a configuraciones y transformaciones generales. Respecto de Quesada, en *Dos novelas sociológicas* se halla tal vez una de las justificaciones más sintéticas de por qué, según él, no son las multitudes un objeto de estudio clave para el desarrollo de una imaginación sociológica. Sucede que los estados irracionales deben ser considerados "irrupciones extrañas", "deslices pasajeros" de los que "pronto se reacciona". No pueden ser tomados como causa explicativa de los fenómenos, dado que de hacerlo se estaría incurriendo en el grave error de confundir una situación excepcional, un accidente –el "brutal hormiguero de gentes" de cierto momento epocal–, con el normal desarrollo de las instituciones. Así, se recaería en "representaciones tremendistas", que poco explican la realidad social que atraviesan los países.[48] Como ya señalamos, en su definición del objeto sociológico, aparece el concepto de "masa humana". Sin embargo, este es utilizado en cuanto "aglomeración", "conjunto", no como problema teórico-analítico: de hecho se subordina la "masa" a una definición general de lo social.

Ahora bien, también encontramos una referencia a la "masa" como descriptor de poblaciones, en su faceta "popular" del gran número y, en la mayoría de los casos, subordinadas: "masa de gentes" de las "poblaciones indígenas" o "masas de nativos", las "masas regionales" de la población rural, las "masas de votantes" o las "masas de inmigrantes" (Quesada, 1911). Respecto de algunas de estas poblaciones, en términos político-sociales sí se observa un relativo despliegue del problema de las masas, las cuales se vinculan a la fuerza y a la violencia, al poder y al conflicto, a las "pasiones bajas" y a la "democratización". Se tratan, por un lado, de las masas rurales y urbanas de la guerra civil de 1840, a las cuales Rosas provoca, condensa, contiene y somete en su lugar de figura de "transición".[49] Estas

---

48 Quesada (2010 [1892]: 23) se pregunta "¿con qué criterio debe juzgarse a la sociabilidad argentina para comprender los efectos de esos sacudimientos, y esas plagas, comunes a todos los países, pero de diferentes consecuencias en unos y otros?". La respuesta que ofrece es contundente: resulta fundamental reconocer las regularidades históricas generales que permiten dar cuenta del desenvolvimiento de la nación.

49 Acerca de la relación entre Rosas y las masas, Quesada señala: "Niveló a todos, imponiendo color y divisa; cosas y hombres, todo tuvo que ser rojo. Fomentó las clases populares: su base eran los gauchos y los orilleros, a los que unió los negros,

masas se aúnan a la democratización federal del país que impide "la división en castas", derivada del carácter oligárquico y aristocrático de la Revolución de Mayo. Por el otro, las masas aparecen en el "pasajero y exótico desborde anarquista", que se debería enfrentar –como expresó el patriotismo del Centenario– con "la escuela nacional obligatoria y la conscripción" (Quesada, 1911: 28). A nuestro entender, tal despliegue resulta relativo, ya que al igual que cierta metáfora de las "corrientes" sociales, el problema de las masas en Quesada se encuadra en momentos específicos de volatilidad social, incluso de crisis, que se comprenden desde una mirada tanto de las partes o divisiones societales y sus fuerzas en pugna como del devenir histórico evolutivo de una determinada sociedad.

Por último, como ya se ha destacado, en la perspectiva de Durkheim se observa una creciente proximidad al problema de las masas, unida al desplazamiento de sus metáforas maestras –del énfasis en el organismo funcional hacia las corrientes sociales y sus efervescencias colectivas–. El autor realiza una transformación decisiva de sus presupuestos generales sobre lo social, en particular, respecto del vínculo entre lo cotidiano, lo regular o, como lo denomina en sus últimas obras, lo "profano" y lo extraordinario, lo excepcional o, también en sus últimos trabajos, lo "sagrado" o "mítico".

En *El suicidio*, Durkheim señala que las corrientes sociales integradoras, que promueven la cohesión social, pueden emerger en circunstancias excepcionales, en las denominadas "crisis políticas", por ejemplo, de las guerras o las revoluciones cuando se agitan las pasiones populares en pugna.[50] Ahora bien, en las conclusiones del libro, el autor deja de lado estas revitalizaciones de la integración social como

---

fomentando sus *tambores y candombes*, asistiendo a sus bailes africanos en plena plaza Victoria. Demócrata por temperamento, las masas populares fueron su baluarte; las clases dirigentes tuvieron que, anticipando el dicho célebre, *se soumettre ou se demettre* (...) doblegó las resistencias internas, dando a las bajas pasiones populares la válvula de escape de la mazorca (...) El daltonismo de la época era ver todo color de sangre" (Quesada, 2011 [1898]: 92); "las masas rurales se mantenían en estado de fermentación sordas, prontas a prestar oídos al somatén del alzamiento, para arrojarse sobre las ciudades, sobre las clases sociales que confusamente consideraban como sus opresores, y, ayudadas por el coraje fatalista de su melancólico indiferentismo, arrasar todo, pues nada arriesgaban perder por tenerlo ya perdido todo" (Quesada, 2011 [1898]: 125).

50 En esa línea, Durkheim (1995 [1897]: 213) afirma que "las grandes conmociones sociales, como las grandes guerras populares, avivan los sentimientos colectivos, estimulan tanto el espíritu de partido como el patriotismo, la fe política como la fe nacional y, conectando las actividades a un mismo fin, determinan, a lo menos, por cierto tiempo, una integración más fuerte de la sociedad. No es a la crisis a la que se debe la saludable influencia (...), sino a las luchas de que esta crisis es causa [que asocian a los hombres] para hacer cara al peligro general".

posible "solución" al egoísmo moderno, ya que son demasiado esporádicas, prontamente pierden su efecto. En cambio, se requiere una integración cotidiana, constante, "pegada" al individuo diferenciado de la sociedad moderna, que comprenda –e incida en– sus sentidos y deseos: el mundo del trabajo dividido y profesionalizado.

Esta correlación entre lo cotidiano y lo extraordinario se ve modificada de forma profunda con su estudio de las religiones elementales y las representaciones míticas. En esta otra mirada, los productores y revitalizadores de lo social resultan ser esos momentos excepcionales de corrientes efervescentes, de "mímesis" corporal y de lenguajes no racionales, cargados de potencial violencia y ruptura creativa de la moral: los rituales religiosos, las fiestas populares o las conmemoraciones cívicas.[51] La sociedad y sus representaciones más fundamentales –como aquellas que, luego, permiten el pensamiento científico, por ejemplo, el espacio o el tiempo– tienen lugar a partir de los momentos de "masas", de las corrientes sociales que atraviesan a los individuos entregados al devenir social junto a otros. A estos momentos, se vuelve constantemente para actualizarlos. Allí, entonces, aparece otra "solución" posible a los conflictos modernos.[52]

No obstante, consideramos que este giro de proporciones, que lo acerca a su anterior contrincante disciplinar (Tarde), no implica un abandono del estilo sociológico, que ya hemos delineado, sino una torsión dentro de este: se trata de la última gran operación de apropiación teórica del autor. Durkheim mantiene el interés en la autonomía disciplinar –en este caso, frente a la antropología e, incluso, como explicación sociológica del conocimiento científico–, que abona

---

51 De esta manera, Durkheim sostiene: "Cualquier fiesta, incluso la que tiene orígenes puramente laicos, mantiene algunas características de la ceremonia religiosa, pues tiene siempre por efecto acercar a los individuos, poner en movimiento a las masas y suscitar así un estado de excitación, a veces incluso de delirio, emparentado con el estado religioso. El hombre es arrastrado fuera de sí, sustraído a sus ocupaciones y preocupaciones ordinarias (...) las fiestas populares conducen a excesos y hacen perder de vista el límite que separa lo lícito y de lo ilícito" (Durkheim, 2008 [1912]: 579-580). "Resulta de ello una efervescencia general, característica de las épocas revolucionarias o creadoras (...) Las pasiones que lo agitan [al individuo] son de tal intensidad que sólo pueden satisfacerse con actos violentos, desmesurados: actos de heroísmo sobrehumano o de barbarie sanguinaria" (Durkheim, 2008 [1912]: 335).

52 Respecto de la importancia de la efervescencia creativa, el autor señala que llegará un día "en el que nuestras sociedades conocerán de nuevo horas de efervescencia creadora, en el curso de las cuales surgirán nuevas ideas y se inventarán nuevas fórmulas que, durante un tiempo, servirán de guía a la humanidad; y cuando hayan vivido esas horas, los hombres experimentarán espontáneamente la necesidad de revivirlas de vez en cuando en su pensamiento, es decir, de mantener su recuerdo por medio de fiestas que, regularmente, reverdezcan sus frutos" (Durkheim, 2008 [1912]: 642).

la característica *sui generis* de lo sagrado-social, a la vez que continúa aunando un determinado uso del lenguaje con cierta concepción de lo social a partir de sus divisiones –por ejemplo, entre el ámbito profano y sagrado–. Con ese estilo, Durkheim se propone hacer propio un juego metafórico al cual había aludido pero no dado el lugar fundamental, el de las corrientes sociales o efervescencia, que lo habilita a introducirse en el problema de las masas de modo directo, aunque su mirada se mantenga atenta a lo social en general.

En definitiva, es plausible señalar que, con marcas propias, en las caracterizaciones de lo social que nos presentan Ramos Mejía y Tarde puede advertirse un énfasis compartido en resaltar la multiplicidad y el movimiento como rasgos nodales para analizar los procesos sociales. Ambos destacan la centralidad de las multitudes como colectivos específicos que exhiben cualidades distintivas, dignas de una indagación pormenorizada. En cuanto asociaciones intensas entre elementos heterogéneos, las multitudes son caracterizadas como actores sociales claves para dar cuenta de los más variados procesos sociales. En contraposición, en los textos de Durkheim y Quesada encontramos el despliegue de una mirada que prioriza el estudio de las relaciones entre partes, ámbitos o instituciones que conforman una sociedad, así como también sus tendencias de largo plazo. Por ende, se presenta a las masas en relación con transformaciones o configuraciones que las enmarcan y engloban, las cuales permiten comprender su dinámica. Ahora bien, esto no implica una mirada monolítica sobre los estilos analizados: ambos se encuentran atravesados por tensiones y heterogeneidades (como, por ejemplo, el mencionado desplazamiento de la perspectiva de Durkheim). Se trata, entonces, de comprender cómo tales tensiones y heterogeneidades se incorporan y declinan en cada una de las miradas y en cada estilo, a partir de diversas estrategias y conceptualizaciones teórico-analíticas.

CONCLUSIONES

En este capítulo hemos expuesto los lineamientos generales y las potencialidades de un abordaje simultáneo de un conjunto de textos del Sur y del Norte. Esta propuesta metodológica reflexiona críticamente acerca de las posibles vías de investigación sobre la teoría sociológica, lo que supone también discutir las fronteras "conceptuales" y "territoriales" de la teoría. Nos hemos propuesto hacer uso del abordaje simultáneo de modo extenso y riguroso, como "puesta a prueba" de una metodología en constante revisión y reelaboración. Así, hemos desplegado un ejercicio analítico particular: la puesta en diálogo de los textos de Ramos Mejía y Quesada con los de Tarde y Durkheim.

A pesar de la heterogeneidad y densidad textual de sus obras, este análisis permitió rastrear un conjunto de rasgos comunes, tensionados y contrapuestos, los cuales dieron forma a lo que denominamos "dos estilos sociológicos fundacionales". Ambos estilos se desarrollaron en simultáneo en la Argentina y Francia a finales del siglo XIX y principios del XX. Tal simultaneidad solo puede ser comprendida de modo profundo si nos distanciamos de ciertos presupuestos de las interpretaciones centradas únicamente en las "recepciones" y "apropiaciones" –aunque se dé cuenta de su creatividad– en el Sur de elaboraciones del Norte, o en las "particularidades locales" del Sur y su inconmensurabilidad. A nuestro entender, se requiere focalizar en las afinidades que surcan los distintos espacios sociales y teóricos en los que escribieron los autores seleccionados, así como también en las diferencias claves que se observan en espacios sociales compartidos.

Los vínculos entre Sur y Norte se encuentran atravesados por evidentes desigualdades, por ejemplo que determinados textos sean considerados como "teoría sociológica" y otros no. Ahora bien, tales asimetrías solo se entienden cabalmente en el marco de las relaciones entre Sur y Norte implicadas en la simultaneidad de una modernidad "ya" desde un principio conectada. Las simultaneidades modernas son sumamente complejas, no solo porque producen supuestas distancias temporales ("evolutivas", "progresivas", "inconmensurables") como mecanismos de dominación –aunque también, por momentos, de resistencia–. Además, implican conexiones en simultáneo, a partir de las cuales se relacionan las heterogéneas características de diferentes espacios sociales. Por lo tanto, simultaneidad no conlleva homogeneidad o sincronización, sino complejas relaciones desplegadas, disputadas e interferidas, sin las que no podrían pensarse las heterogeneidades y desincronizaciones entre, por ejemplo, la sociología argentina y la francesa, como así tampoco sus afinidades y puntos en común.

En cuanto "puesta a prueba" del abordaje simultáneo como metodología de la investigación en teoría sociológica, en este trabajo no nos focalizamos en la simultaneidad de los ámbitos institucionales de producción de saberes o en la circulación de obras y cuerpos a través de esas relaciones entre "Sur" y "Norte", ni pretendimos centrarnos en un estudio de corte histórico-cultural de la Argentina y Francia. En cambio, abordamos en mayor o menor medida esas cuestiones desde una pregunta teórica, es decir, desde las elaboraciones que plasmaron Quesada, Ramos Mejía, Durkheim y Tarde, que buscaron "fundar" un saber científico de lo social al enfrentarse a una serie de "encrucijadas" teóricas y epocales. Como ya hemos destacado, las imbricaciones teóricas entre una cierta encrucijada teórica y

una epocal están lejos de ser lineales: la producción teórico-analítica pretende comprender una época dándole una forma conceptual, a la vez que busca intervenir sobre ella en consonancia (aunque no por esto sin contradicciones) con el análisis sugerido sobre ese momento histórico. Hemos realizado el esfuerzo de focalizarnos en este nudo, en esta "puesta en relación" teórica de perspectivas de distintos espacios sociales conectados, surcados por una serie de encrucijadas.

En cuanto a estas encrucijadas, nos hemos detenido en particular en la irrupción de las masas como problema sociopolítico de la crisis del capitalismo liberal de fin del siglo XIX y principios del XX (encrucijada epocal) y en el cientismo como forma de saber legítimo sobre lo social (encrucijada teórica). Sin reducir ni desconocer sus especificidades, estas encrucijadas acercan a las cuatro perspectivas de forma tal que permiten trazar superficies de contacto y contrapuntos entre "estilos" sociológicos. De esta manera, la pretensión de "fundar" un saber científico sobre lo social implicó, también, la construcción de un discurso científico sobre las masas o multitudes (ya sea que estas ocupen un lugar fundamental en el análisis, ya sea que resulten un objeto de estudio explicado por otros fenómenos considerados como más fundamentales).

Para abordar de modo simultáneo este entramado teórico, resultó necesario distanciarse de una lectura en clave de "creativos lectores de" para las perspectivas argentinas, o más bien dar cuenta del carácter de "creativos lectores" de todas las perspectivas estudiadas: por ejemplo, Ramos Mejía fue tan lector de Le Bon como lo fue Tarde, en sus reinterpretaciones simultáneas (por caso, en Ramos Mejía, en sus análisis de las masas rurales de la independencia argentina o de las apáticas masas urbanas, o en Tarde, en su estudio de los públicos como fenómeno moderno distinto de las multitudes). Es decir, podemos reducir toda perspectiva a las lecturas de las que se apropia, al definir una obra bajo la sombra de otra, o podemos ahondar en un plano compartido de aportes teórico-analíticos de las obras de "aquí" y "allá", obviamente, en los casos que ameriten por el interés y la riqueza de cada propuesta.

Así como fue importante detenerse en la búsqueda "cientista" de Le Bon, con su crítica al individuo burgués mediante el concepto de "alma colectiva" de las masas irracionales, pasionales y energéticas –críticas antecedidas por otras reflexiones sociales durante todo el siglo XIX–, las propuestas de Ramos Mejía y Quesada solo pueden comprenderse a partir de su discusión con la Generación del 37, la cual ya había polemizado de modo simultáneo con esas otras elaboraciones europeas sobre lo social del siglo XIX. Ramos Mejía y Quesada revisitaron e incidieron en los debates intelectuales y políticos argentinos,

esto es, sus intereses e interpretaciones de las multitudes no nacieron inspirados solo a partir de la lectura de autores del Norte, sino que se vincularon estrechamente con un conjunto de textos y discusiones locales que no pueden ser eludidos (por ejemplo, a la vez que critican el lugar de los “grandes hombres” en la historiografía argentina de Sarmiento y Mitre, rechazan el rol central de manipulador y conductor que le atribuía Le Bon a los líderes).

En esa misma línea, los análisis que priorizan los posicionamientos políticos –implícitos o explícitos–, a los que a veces se reduce a las obras argentinas, pueden perder de vista que tales posicionamientos no se corresponden necesariamente con las elaboraciones teórico-metodológicas que impulsan esas miradas para conceptualizar lo social (por ejemplo, la defensa de Rosas y el federalismo como resultado de la “evolución” argentina por parte de la “sociología científica” de Quesada). Por eso, una investigación como la que nos propusimos habilita a dar cuenta del complejo entramado, en disputa entre diferentes posicionamientos de una teoría sobre lo social, que en este trabajo hemos rastreado a través de un estudio de estilos sociológicos. Algo similar puede afirmarse respecto de la “hegemonía” o el carácter “alternativo” de un estilo u otro (o de determinada pregunta como la de las masas). Nos inclinamos por analizar primero la situación “multiestilística” de la sociología, aunque se podrá ver luego cuándo, de qué modo y hasta qué medida unos u otros toman preponderancia en un espacio social determinado o en ciertas instituciones. A su vez, cabe destacar que pueden convivir marcas estilísticas disímiles dentro de una misma obra, incluso de un mismo texto. Esto supone desmontar la concepción de que las producciones teóricas puedan ser tomadas como unidades monolíticas o cerradas sobre sí mismas, lo cual obliga a los esfuerzos comparativos de perspectivas tanto sobre un espacio de producción local o nacional como respecto de las nunca lineales conexiones transnacionales de una modernidad simultánea y desigual.

Para analizar estos “estilos sociológicos fundacionales”, consideramos que no era posible comenzar con una definición ya dada de cada uno de ellos. Es más, tampoco podíamos hacerlo respecto del “estilo” en cuanto tal. A nuestro entender, el concepto mismo de estilo se define por una serie de dimensiones constitutivas que van emergiendo durante el análisis. Por ello, hemos expuesto ese análisis a lo largo del capítulo como despliegue del abordaje simultáneo. A nuestro entender, a partir del estudio de estas cuatro perspectivas “fundacionales”, un estilo sociológico se define por tres dimensiones decisivas sobre las que cada uno de los estilos –aquí hemos abordado dos– van elaborando sus propuestas: el modo de comprender, construir o desdibujar la

autonomía disciplinar; el lenguaje, sus vocabularios y las "metáforas maestras" que los cuatro autores plasman como "marcas de escritura" de lo social; y las perspectivas sobre lo social que despliegan en sus reflexiones, vinculadas a una centralidad o marginalidad del problema de las masas. Estas tres dimensiones están profundamente vinculadas y encadenadas en cada estilo, por lo cual se refuerzan mutuamente.

Respecto de la autonomía disciplinar, la pretensión "cientista" compartida por las cuatro perspectivas supone una relación con saberes científicos ya consagrados o en competencia, como así también con otros discursos (por ejemplo, el literario). Se despliegan dos estrategias estilísticas. Ramos Mejía y Tarde desarrollan sus análisis en un ámbito inestable, híbrido, fronterizo entre disciplinas, por caso, Ramos Mejía con su "paleontología social", o Tarde con sus leyes ontológicas sobre lo social. En cambio, con su crítica a la psicología y a los discursos "folletinescos" o del "sentido común", Quesada y Durkheim, respectivamente, demarcan separaciones para dar contorno a la autonomía disciplinar, en una "avanzada o conquista" sociológica sobre los objetos de otras disciplinas, al apropiárselos y reinterpretarlos desde la mirada sociológica. No obstante, esto no implica negar ciertas afinidades entre Quesada y Ramos Mejía, quienes encuentran en la historia de la Argentina un espacio privilegiado de estudio.

En cuanto al lenguaje y a las metáforas, esta dimensión supone modos de escribir lo social que no solo buscan legitimidad científica en el uso de las metáforas de las ciencias naturales, sino que pretenden "sociologizar" lo natural, al articular y elaborar vocabularios, recursos retóricos y "metáforas maestras" sin las cuales no podrían desarrollar sus conceptualizaciones –aquí nos hemos detenido en ciertas metáforas biológicas y físicas–. Así, por un lado, Ramos Mejía y Tarde son proclives a multiplicar las adjetivaciones, a la variedad de los recursos retóricos y literarios y a la combinación de imágenes ficcionales. En esas perspectivas, las metáforas "microbiológicas" y "energéticas" resultan fundamentales para dar forma a una mirada sobre lo capilar, lo molecular, la multiplicidad de focos, la plasticidad y la fluidez. Por otro lado, Quesada y Durkheim buscan modos más directos de escritura, más formales, despojados, evitan la recarga de adjetivaciones y explican con cierto "racionalismo" las imágenes que utilizan. En estas dos perspectivas, son decisivas las metáforas "organicistas" y de "fuerza". En cuanto a las primeras, para comprender las totalidades, Durkheim se vale de las metáforas funcionales, y Quesada, de las evolutivas del desenvolvimiento natural de la sociedad, previstas por una sociología en vías de hacerse –*in fieri*, igual que la Argentina–, que permite al ciudadano democrático elegir mejor. En cuanto a las segundas, Quesada se focaliza en la fuerza de la evolución y las fuerzas sociales en pugna,

mientras que Durkheim hace uso de ellas con relación a la coerción social, las fuerzas de atracción y contención de las corrientes sociales o la energía efervescente. Justamente, respecto de estos dos últimos autores cabe aclarar que, en Quesada, la metáfora evolutiva es puesta en cuestión al final de su obra, al punto de reivindicar sociedades no modernas como las de "pueblos originarios", mientras que, en las últimas obras de Durkheim, la metáfora energética cobra cada vez más importancia en su conceptualización de la efervescencia colectiva.

Por último, acerca de la definición de lo social en general, esta supone una mirada divergente sobre las características centrales de los procesos sociales, en la cual se evidencia el tratamiento diferencial del problema de las multitudes y las masas: se detecta su centralidad o marginalidad al momento de definir lo social. El problema de las masas es presentado aquí, entonces, no solo como un dilema teórico y político crucial de fines del siglo XIX y principios del XX, sino también como un prisma o eje cardinal que permite analizar de manera relacional los textos de los autores seleccionados.

De esta manera, Ramos Mejía y Tarde despliegan una perspectiva atenta al movimiento y la multiplicidad que constituyen lo social, a la vez que se constituyen a través de él. Lo social resulta un "tejido" en construcción, abierto y mutante, habitado por enigmas irreductibles, por lo imprevisto, lo irrepresentable, que se puede captar a través de lo "infinitesimal". Así, la multitud resulta un arquetipo de sociabilidad intensa desbordante y cuestionadora de las estabilizaciones, compuesta de vínculos transitorios: en Ramos Mejía, con imaginación creadora y sostén de ideales; en Tarde, ya sea en principio como hipnosis o sugestión, o ya sea luego como opinión a distancia y de multipertenencia de los públicos.

Por su parte, Quesada y Durkheim se focalizan en las grandes tendencias, por lo cual la "pequeña escala" y lo individual se analizan en el marco de la vida en común: comprenden las totalidades en tensión, las partes y divisiones que las componen, las cuales pueden entrar en conflicto y violencia política (Quesada) o en procesos patológicos (Durkheim). Las masas, entonces, se subordinan a esta perspectiva general, tanto en momentos de crisis, excepcionales, como pasiones bajas y fuerzas democratizadoras (Quesada), como corrientes sociales de fuerte intensidad (Durkheim). Como ya hemos mencionado acerca de las metáforas, en la mirada de Durkheim el problema de las masas toma cada vez mayor importancia, en particular, en sus últimas obras como momento creativo de lo social mismo y sus ideales, momento al que se "regresa" en los rituales para actualizarlo. A nuestro entender, Durkheim se apropia de forma tensionada, entonces, de otra mirada sobre el problema de las masas (al modificar

la relación entre lo excepcional y lo cotidiano), ya que adopta cierta perspectiva pero la incorpora a su propio estilo (definido por la autonomía disciplinar, la división de la sociedad entre sagrado y profano y el tipo de lenguaje utilizado).

No hemos querido denominar a estos estilos con anterioridad. Consideramos que antes era necesario realizar este pormenorizado y productivo recorrido simultáneo sobre teorías sociológicas para poder rotularlos. Cada dimensión nos propone una terminología particular: con respecto a la autonomía disciplinar, fronterizo/híbrido o autónomo/reapropiador/disciplinar; en cuanto al lenguaje y las "metáforas maestras", yuxtapuesto/molecular/energético o despojado/formalizador/totalizante/analista de fuerzas; acerca de la definición de lo social en general, abierto/mutante/cinético/múltiple o particional/divisional/relacional. Si bien todas estas nominaciones son posibles, tomaremos el problema de las masas para definir estos dos estilos: el de Ramos Mejía y Tarde resulta ser "el estilo de las masas", mientras que el de Quesada y Durkheim, "el estilo de las divisiones sociales". Así, este capítulo pretende colaborar con una metodología de estudio que abre una variedad de investigaciones de corte simultáneo, las cuales enriquecen y amplían el campo de la teoría sociológica. Queda para futuros trabajos rastrear no solo la continuidad de ambos estilos, sino también sus diálogos, disputas, cruces, mixturas y combinaciones más diversas que han continuado en el despliegue de la teoría sociológica, tanto en la Argentina y en Francia como en muchas otras latitudes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abend, G. (2007). Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México y Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, XXV(75), 573-637.

— (2008). The meaning of "theory". *Sociological Theory* 26(2), 173-199.

Alexander, J. (1982). *Theoretical logic in sociology. Positivism, presuppositions, and currents controversies.* Berkeley: University of California Press.

— (1992). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Madrid: Gedisa.

— (1997). Les Règles secrètes de Durkheim. En E. H. Cuin (ed.), *Durkheim d'un siecle a l'autre: Lectures actuelles des regles de la méthode sociologique* (pp. 191-202). París: PUF.

Altamirano, C. (2004). Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la "ciencia social" en la Argentina. En F.

Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 31-65). Buenos Aires: Paidós.

— (2011). Prólogo. En D. Sarmiento, *Facundo* (pp.7-18). Buenos Aires: Eudeba.

Álvarez Ruíz, F. (2017). Los aportes de Aníbal Quijano a la Teoría de la Dependencia. *XXXI Congreso ALAS* (Asociación Latinoamericana de Sociología). Montevideo, 3-8 de diciembre.

Alvaro, D. (2017). La metáfora del lazo social en Jean-Jacques Rousseau y Émile Durkheim. *Papeles del CEIC,* 1, papel 173, 1-26.

Balibar, E. (2000). *La filosofía de Marx.* Buenos Aires: Nueva Visión.

Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las 'teorías de la dependencia'. En AAVV. *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). Buenos Aires: CLACSO.

Bergel, M. (2008). Ernesto quesada o la ciencia como vocación. *Políticas de la Memoria,* 8-9, 183-192.

Bhambra, G. (2014). *Connected sociologies*. Londres: Bloomsbury Publishing.

Bialakowsky, A. (2017). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Revista Cinta de Moebio*, 59, 116-128.

— (2018). Investigar teoría sociológica del Sur y del Norte: la propuesta del abordaje simultáneo. *Perfiles Latinoamericanos*, 52, 1-19.

Bialakowsky, A. y Álvarez Ruiz, F. (2015). El legado 'maldito' de Auguste Comte: la 'auto-fundación' reflexiva de la sociología. *Acta Sociológica*, 67, 52-82.

Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina.* Buenos Aires: Siglo XXI.

— (2016). De la monadología a la microsociología. Rastreando supuestos ontológicos en los textos de Gabriel Tarde. En H. Borisonik *et al* (comps.), *Pensar lo social* (pp. 19-38). Buenos Aires: CLACSO.

Blanco, T. (2009). *Ernesto Quesada. Sociología e historia en torno al Centenario.* Buenos Aires: Biblos - Fundación Simón Rodríguez.

Borch, C. (2012). *The politics of crowds. An alternative history of sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Borón, A. (2008). Teoría(s) de la dependencia. *Revista Realidad Económica,* 238, 20-43.

Botana, N. (1994). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.

Chihu Amparán, A. (1998). La teoría de los campos en Pierre Bourdieu. *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 98, 179-198.

Comte, Auguste (2000 [1822]). *Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar a la sociedad.* Madrid: Tecnos.

De Ípola, E. (1997). *Las cosas del creer.* Buenos Aires: Ariel.

de Marinis, P. (2010). Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies). En P. de Marinis, G. Gatti e I. Irazuzta (comps.), *La comunidad como pretexto. En torno al (re) surgimiento de las solidaridades comunitarias* (pp. 347-382). Barcelona: Anthropos.

Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social.* Buenos Aires: Nueva Visión.

Durkheim, E. (1967 [1893]). *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire.

— (1995 [1897]). *El suicidio*. Madrid: Akal.

— (2000 [1898]). Representaciones individuales y colectivas. En *Sociología y filosofía* (pp. 27-58). Madrid: Miño y Dávila.

— (2003a [1890-1900]). *Lecciones de sociología.* Buenos Aires: Miño y Dávila.

— (2003b [1913-1914]). *Pragmatismo y sociología*. Buenos Aires: Quadrata.

— (2004 [1895]). *Las reglas del método sociológico y otros escritos.* Madrid: Alianza Editoral.

— (2008 [1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial.

Fabian, J. (2002). *Time and the Other. How anthropology makes its object.* Nueva York: Columbia University Press.

Forte, M. (1998). *Sociología, sociedad y política en Auguste Comte*. Buenos Aires: Eudeba.

Fraga, E. (2018). *"Sociología radical" y "nueva izquierda". Elementos para una teoría crítica alternativa* (Tesis de doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Frittaoni, J. (2017). ¿Fiera innominada o función democrática por excelencia? Sobre las multitudes argentinas de José Ramos Mejía. *Question,* 54 (1), 287-302.

García, L. (2013). La crítica entre culturas. El problema de la "recepción" en el ensayo latinoamericano. *Cuyo: Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 27, 53-76.

González, H. (2000). Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre. En H. González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (pp. 15-100). Buenos Aires: Colihue.

— (2002). *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina*. Buenos Aires: Colihue.

— (2007). *Restos pampeanos*. Buenos Aires: Colihue.

González, H. y Rinesi, E. (coords.) (1996). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: IDEP-Desde la Gente.

Grondona, A. (2012). Representaciones, efervescencia colectiva y reproducción social. Trazos para un debate en clave contemporánea. *Política y Sociedad*, 49(2), 255-271.

Ingenieros, J. (1957 [1918]). Las multitudes argentinas. En *Sociología argentina* (pp. 64-81). Buenos Aires: Elmer Editor.

Joseph, I. (1988). *El transeúnte y el espacio urbano*. Buenos Aires: Gedisa.

Laclau, E. (2007). *La razón populista.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Le Bon, G. (2000 [1895]). *Psicología de las multitudes.* Madrid: Morata.

Ludmer, J. (2000 [1988]). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria.* Buenos Aires: Libros Perfil.

— (2017 [1999]). *El cuerpo del delito. Un manual.* Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Lukes, S. (1984). Émile Durkheim. Su vida y su obra. Estudio histórico-crítico. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Mannheim, K. (1953 [1927]). Conservative Thought. En *Essays on Sociology and Social Psychology* (pp. 74-164). London: Routledge and Kegan Paul.

Marsal, J. (1963). *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires: Libros del Mirasol.

Martínez Mazzola, R. (2002). Reseña Horacio González (comp.), Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes. *Prismas: Revista de Historia Intelectual,* 6, 310-315.

Marx, K. y Engels, F. (1968 [1845]). *La ideología alemana.* Montevideo: Pueblos Unidos.

Moscovici, S. (1993). *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas.* México: Fondo de Cultura Económica.

Nahmías, G. (2010). El eclipse Sarmiento: para una sociología de las pasiones. En H. González (comp.),

Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes (pp. 107- 116). Buenos Aires: Colihue.

Nisbet, R. (1995). *Conservadurismo.* Madrid: Alianza.

Nocera, P. (2005). Analogía, retórica y combinación. Exploraciones en torno al modelo argumental de la sociología durkheimiana. *Lenguaje, Sujeto, Discurso*, 1, 55-72.

— (2009). Los usos del concepto de efervescencia y la dinámica de las representaciones colectivas en la sociología durkheimiana. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 127(1), 93-119.

Orgaz, R. (1934). Ernesto Quesada. Homenaje a su memoria. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 21(1-2),123-129.

Pereyra, D. (2005). Reseña a Federico Neiburg y Mariano Plotkin. Intelectuales y Expertos… *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 9, 335-339.

— (2008). Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada. Algunas reflexiones sobre la repercusión internacional de sus ideas y el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina. *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación*, 8-9, 192-202

Quesada, E. (1883). El periodismo argentino (1877-1883). *Nueva Revista de Buenos Aires*, IX, 72-101.

— (1895). *La iglesia católica y la cuestión social.* Buenos Aires: Moen.

— (1905). La sociología, Carácter científico de su enseñanza. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, II (3), 213-261.

— (1907). La cuestión obrera y su estudio universitario. *Boletín del Departamento Nacional de Trabajo*, 1, 110-152.

— (1911). La evolución social argentina. *Revista Argentina de Ciencias Políticas,* I, 2, 11, 631-656.

— (1926). Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo. *Humanidades*, XII, 5-43.

— (2010 [1892]). *Dos novelas sociológicas.* Buenos Aires: Urbanita.

— (2011 [1898]). *La época de Rosas.* Buenos Aires: Urbanita.

Ramos Mejía, J. (1878). *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina.* Buenos Aires: Martín Biedma Editor.

— (1899). *Las multitudes argentinas.* Buenos Aires: Félix Lajoaune Editor.

— (1904). *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida.* Buenos Aires: Félix Lajoaune Editor.

— (2001 [1907]). *Rosas y su tiempo.* Buenos Aires: Emecé Editores.

Ramos Torre, R. (1998). Un tótem frágil: aproximación a la estructura teórica de El Suicidio. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 81, 17-40.

— (2010). La comunidad moral en la obra de Émile Durkheim. En P. de Marinis, G. Gatti e I. Irazuzta (comps.), *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias.* Barcelona: Anthropos.

Ricoeur, P. (1995). La metáfora y el símbolo. En *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Madrid: Siglo XXI.

Ritzer, G. (1990). Metatheorizing in sociology. *Sociological Forum*, 5(1), 3-15.

Sarmiento, D. (1995 [1842]). De las biografías, El Mercurio 20/3/1842. En *Polémica literaria*. Buenos Aires: Cartago.

— (2011 [1845]). *Facundo.* Buenos Aires: Eudeba.

Schnapp, J. T. y Tiews, M. (2006). *Crowds.* Stanford: Stanford University Press.

Sidicaro, R. (1992). Las sociologías después de Parsons. *Revista Sociedad*, 1, 7-25.

— (2010). La sociología de la política de Durkheim. *POSTdata*, 15(2), 131-158.

Stefanoni, P. (2012). Ernesto Quesada, el indianismo arqueológico y las mitologías sobre Tiwanaku. *Revista La Biblioteca*, 12, 402-411.

Svampa, M. (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo.* Buenos Aires: Edhasa.

Tarde, G. (1895). *Essais et mélanges sociologiques*. Lyon: Storck.

— (1899). *Les transformations du pouvoir*. París: Félix Alcan.

— (2011a [1902]). La invención considerada como motor de la evolución social. En *Deseos, creencias, sociedades.* Buenos Aires: Cactus.

— (2011b [1890]). *Las leyes de la imitación y la sociología.* Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas-Agencia Estatal del Boletín Oficial del Estado.

— (2013a [1898]). *Las leyes sociales.* Barcelona: Gedisa.

— (2013b [1901]). *La opinión y la multitud.* Buenos Aires: Urbanita.

Terán, O. (1999). Ernesto Quesada o cómo mezclar sin mezclarse. *Prismas*, 3, 37-50.

— (2008). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

— (2015). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Tonkonoff, S. (2008). La sociología criminal de Gabriel Tarde. *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, 26, 37-57.

— (2016). Individuo, multitud y cambio social. Una aproximación a la teoría social de Gabriel Tarde. *Revista Antípoda*, 24, 131-149.

— (2017). *From Tarde to Deleuze and Foucault. The Infinitesimal Revolution*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Trímboli, J. (1996). Masas y simuladores a través de la literatura y la ensayística argentina de fin de siglo. En H. González y E. Rinesi (coords.), *Las multitudes argentinas* (pp. 30-44). Buenos Aires: IDEP-Desde la Gente.

Van Ginneken, J. (1992). *Crowds, Psychology & Politics, 1871-1899*. Cambridge: Cambridge UP.

Verón, E. (1998). Fundaciones. En: *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

Vezzetti, H. (1985). *La locura en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

Viñas, D. (2003 [1982]). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

— (2005 [1964]). *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Wright Mills, C. (1961 [1959]). *La imaginación sociológica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

— (1963 [1953]). Two styles of social science research. En *Power, politics and people. The collected essays* (pp. 553-567). Nueva York: Ballantine.

Zabludovsky, G. (2002). Teoría y metateoría en las ciencias sociales contemporáneas. En *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo. Teoría y metateoría en las ciencias sociales contemporáneas* (pp. 127-168). México: Porrúa.

Zimmerman, E. (1995). *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana.

Pablo de Marinis

SOBRE COLECTIVOS Y ESTILOS DE PENSAMIENTO, TEXTOS Y CONTEXTOS

(Y UNA NUEVA RONDA DE ANÁLISIS SOBRE LAS SEMÁNTICAS SOCIOLÓGICAS DE LA COMUNIDAD)

"No podemos liberarnos de un pasado que –con todos sus errores– sigue vivo en conceptos heredados, en las formas de concebir los problemas, en los programas de enseñanza formal, en la vida diaria, en el lenguaje y en las instituciones. No existe ninguna generatio spontanea *de los conceptos, sino que están –valga la expresión– determinados por sus antepasados. Lo pasado es mucho más peligroso –o, mejor dicho, sólo es peligroso– cuando nuestros enlaces con él se mantienen inconscientes y desconocidos"* (Fleck, 1986 [1935a]: 67).

"Un conocer ahistórico, separado de la historia, es imposible, como también lo es un conocer asocial, llevado a cabo por un investigador aislado" (Fleck, 2011: 299) (mi traducción).

"Este carácter social inherente a la actividad científica no deja de tener consecuencias sustanciales. Las palabras que anteriormente eran simples términos se convierten en gritos de guerra. (…) adquieren fuerza mágica, pues ya no influyen intelectualmente por su sentido lógico (…) sino por mera presencia (…). Si se encuentra una palabra de éstas en un texto científico, no se la examina lógicamente, sino que inmediatamente despierta la amistad o la enemistad" (Fleck, 1986 [1935a]: 89-90).

INTRODUCCIÓN: REFLEXIONANDO ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE LOS CONCEPTOS DE COMUNIDAD Y SUS CONTEXTOS

Buena parte de mi actividad de investigación en los últimos años ha consistido en el estudio del concepto de comunidad en teorías sociológicas de diferentes contextos sociohistóricos y culturales, esto es, en

sociologías clásicas y contemporáneas, del "Norte" y del "Sur".[1] En ese trayecto, dos han sido los hallazgos a los que accedí que considero más interesantes y a la vez, por ello mismo, susceptibles de profundización. Tanto es así, que el presente capítulo va a inscribirse precisamente en tal propósito.

Uno de estos hallazgos consiste en la constatación de que "comunidad", mucho más que otros conceptos sociológicos fundamentales, puede asumir una gran variedad de registros, a menudo entrelazados o simultáneamente presentes. Así, comunidad ha sido conceptualizada como: a) hito histórico o punto de arranque de un proceso de modernización/complejización/diferenciación/secularización; b) tipo ideal de relaciones interindividuales; c) "grado cero" de toda forma de socialidad; d) nombre en el cual se cifra una utopía política y que, en cuanto tal, funge como dispositivo crítico del presente; e) artefacto sociotecnológico (o tecnológico-social) que recompone o reconstruye lazos sociales dañados por el proceso mencionado en (a). De la mano de estos registros, la sociología (o, dicho de manera más precisa, su teoría) puede, respectivamente, aproximarse a las ciencias históricas, ponerse la camiseta de la ciencia empírica, coquetear con la filosofía, animar y abonar proyectos políticos y de crítica social, y convertirse en consejera del Príncipe.[2]

En cuanto al otro hallazgo, planteado con relativa simpleza, es el siguiente: a primera vista, una *community* puede revestir diferentes significaciones conceptuales y además plantear distintas implicancias existenciales (por ejemplo, para sus propios miembros) que una *Gemeinschaft*. Pero, en cualquier caso, siempre que nos confrontemos con la tarea de traducir, no habrá grandes dificultades a la hora de verter una de esas palabras por la otra, o también cada una de ellas (o las dos) por comunidad o *comunitá* o *communauté* o *comunidade* o hacia la lengua que deseemos. Ahora bien, si se pretende que al análisis conceptual y terminológico no se le escape algo importante, las traducciones deben tener muy en cuenta el hecho de que si bien todos los conceptos sociológicos están caracterizados por una notable *embededness* cultural, en el caso de comunidad ella es más marcada aún. Así, más allá de lo que puedan tener en común las diferentes "comunidades", son realmente importantes los desplazamientos semánticos que pueden observarse al poner el foco en la relación entre

---

1 En de Marinis (2017), sintetizo un recorrido investigativo en torno a ese concepto que llevó, por lo menos, una década y media y que, como se puede advertir también en el presente capítulo, todavía sigue su curso.

2 Con mucho mayor detalle, aunque también sintetizando un trabajo de varios años, véase un despliegue de estos registros en de Marinis (2016).

uno u otro contexto cultural y el (o, a esta altura, mejor sería decir, los) conceptos que allí se gestan, desarrollan y, con el devenir del tiempo, muchas veces, cambian.

Desde luego, comunidad, siempre, en cualquiera de las versiones que se considere, remite a una cierta entidad colectiva en la cual un conjunto de individuos viven y actúan juntos, en un estado de relativa unión y cohesión. Esta forma de convivencia suele ser depositaria de cargas valorativas intensas y, por lo general, es designada como algo moralmente "bueno", virtuoso, éticamente pleno, con connotaciones casi invariablemente positivas.[3] Ahora bien, una vez admitido esto, comienzan a observarse las diferencias entre lo que en mis trabajos he venido llamando (a falta de un mejor nombre) las *"semánticas sociológicas de la comunidad"* (en plural, obviamente).

En efecto, y para mencionar sólo dos ejemplos de enorme relevancia en la historia (e incluso en el presente) de la disciplina sociológica, es posible constatar la existencia de una *"semántica alemana de la comunidad"*, que tiene algunas características que comparte pero otras que la distinguen de manera muy marcada de una *"semántica anglosajona de la comunidad"*. Profundizaré sobre las semejanzas y las diferencias entre ambas semánticas más abajo, en la primera sección de este capítulo. Por el momento, sólo quisiera subrayar que estos gentilicios ("alemana", "anglosajona") subrayan algo muy sencillo de formular y que, a primera vista, puede parecer una enorme banalidad: que los conceptos (todos los conceptos, aunque aquí nos interesarán sobre todo los sociológicos) tienen un marcado enraizamiento cultural.

Ahora bien, ¿es posible problematizar el ineludible enraizamiento cultural de los conceptos sin caer en las trampas del esencialismo, del culturalismo, del determinismo y de otros variados "ismos" de los que quienes nos hemos formado intelectualmente en sensibilidades teórico-epistemológicas pospositivistas, constructivistas, hermenéuticas, pragmatistas, etc. siempre procuramos distanciarnos?

En este capítulo parto de la presunción de que es posible una problematización en tal sentido. Para ello, me parece necesario volver

---

3 Sin detenerse en mayores distinciones entre *community* y *Gemeinschaft*, Bauman (sin duda un hijo de la cultura centroeuropea, pero que ha vivido en Inglaterra por más de medio siglo) ha afirmado que "tenemos el sentimiento de que la comunidad es siempre algo bueno". Según este autor, que incluso ha dedicado un libro entero al problema (2003), comunidad no solo es una palabra que tiene un significado, sino que además produce una "buena sensación" (2003: 7). En una línea muy similar, Williams sostiene que "a diferencia de todos los demás términos que denotan formas de organización social (Estado, nación, sociedad, etc.), comunidad parece que nunca se usa de manera desfavorable y tampoco nunca se le asigna un término positivo para oponérsele o distinguirse de ella" (1983: 76; mi traducción).

a poner sobre la mesa (¡una vez más!) el viejo, persistente y complejo problema de la relación entre "texto" y "contexto", y hacerlo de una manera no lineal, no unilateral y no determinista. En el caso que se viene considerando hasta aquí, el lugar del texto en esa relación lo ocupará el (en realidad, los) concepto/s sociológico/s de comunidad y el (en realidad, los) contexto/s serán, respectivamente, los campos culturales en los que esos conceptos se gestaron y desplegaron. Desde luego, aquí ha de considerarse "concepto" como equivalente de "texto", pero del mismo modo (y así se hará, también, en ciertos tramos de los argumentos que siguen) podría haberse hecho referencia a un libro o un artículo publicado, una teoría completa, una corriente intelectual o una perspectiva analítica, etc. De forma análoga, los más vastos campos culturales serán nuestros "contextos", pero asimismo podrían tomarse en el análisis, de manera algo más restringida, los colectivos de individuos de los cuales forma parte el/la autor/a del texto, una institución en la que ese texto tiene su fermento y se "cuece", un ámbito sociocultural o nacional más amplio donde tiene lugar su debate y gestación, el área de influencia de una lengua en la que se lo escribe o se lo pronuncia, etc.

A lo largo de la historia de las ciencias sociales y humanas, ha habido muchas maneras de analizar las relaciones entre texto y contexto, o enfoques que se han tomado en serio el hecho de que esta relación siempre es compleja, es decir, un problema. Para considerar solo el siglo XX, los ejemplos que primero se me ocurre mencionar son los de la sociología del conocimiento (desde las versiones pioneras y ya clásicas de Max Scheller y Karl Mannheim hasta los posteriores esfuerzos de autores como Norbert Elias), o la línea que arranca con Edmund Husserl, retoma Alfred Schütz y continúa en Berger y Luckmann, o la etnometodología de Harold Garfinkel, la historia conceptual de impronta alemana (por ejemplo, en Reinhart Koselleck), la historia intelectual del campo anglosajón (por caso, en Quentin Skinner), o en nuestro medio la historia de los lenguajes políticos de Elías Palti. Tampoco debería olvidarse la teoría de los sistemas sociales autopoiéticos de Luhmann.[4]

Como resulta evidente con solo ver la abultada lista de nombres que acabo de mostrar, no soy el primero (ni seré el último) en llegar a

4 La lista de nombres pertinentes para incluir en el conjunto de planteamientos que se ocuparon de estos temas (de las relaciones entre texto y contexto, y en general del conocimiento, sea este científico o no) podría extenderse ilimitadamente. A los ya mencionados, añadiré solamente a Robert K. Merton, a Michel Foucault, a Thomas Kuhn, a Pierre Bourdieu y daré abruptamente por concluida esta lista ya demasiado larga de nombres célebres, para poder proseguir con el capítulo y explicar de una vez cuál es su tema.

estas preguntas por la relación entre texto y contexto.[5] Es que se trata de un problema inagotable o, mejor dicho, de un haz persistente de problemas, en virtud del cual puede suceder que las investigaciones en el campo de la teoría social/sociológica recaigan en alguna de las siguientes dos situaciones, en las cuales el análisis de la relación entre texto y contexto se empobrece o se simplifica en exceso, pagando posiblemente por ello algunos elevados precios. Esquemáticamente, en la situación 1, se propone una casi total autonomía del texto respecto del contexto. En la situación 2, se plantea una más o menos completa (o casi absoluta) determinación o condicionamiento del primero por parte del segundo.

Con algo más de detalle, puede decirse que la situación 1 se presenta cada vez que se le atribuye al texto una autonomía tal que parece que se hubiera "liberado" o "divorciado" de su autor/a, o de los ámbitos institucionales, redes de debate o constelaciones culturales donde ese/a autor/a se desempeña y donde el texto tuvo su ámbito de gestación. De ese modo, el texto termina prácticamente desgajándose del contexto, o pareciera incluso carecer de él (o, dicho de otro modo, la importancia del contexto es desdeñada de manera absoluta). Esto puede observarse en aquellos ejercicios teóricos que perseguían propósitos sistemáticos, tan característicos de aquel "nuevo movimiento teórico" de la década de 1980, en los cuales tenía lugar una (a primera vista arbitraria, azarosa o antojadiza) combinatoria de conceptos, planteamientos, enfoques, disciplinas y/o tradiciones intelectuales de lo más dispares. De hecho, en aquellos planteamientos ambiciosamente multidimensionales y, en cierto modo, eclécticos, como los de un Habermas o un Giddens en teoría sociológica, este tipo de combinatoria tiene lugar de forma muy notable. De otro modo, no podría justificarse la convivencia en uno y el mismo esquema de los tan dispares aportes de Schütz, Winch, Gadamer, Marx, Goffman, el estructuralismo, la hermenéutica y tantos otros, en la teoría de la estructuración de Giddens, o de Mead, Parsons, Weber, Searle, Durkheim, la escuela de Frankfurt y, de nuevo, tantos otros, en la teoría de la acción comunicativa de Habermas.

La situación 2, por su parte, sería precisamente la opuesta a la anterior, pues resulta de una acentuación abusiva, exagerada, o demasiado unilateral, del significado y del alcance de las determinaciones por parte del contexto sobre el texto. Esto es observable en algunas posiciones tributarias de cierto marxismo ortodoxo, en interpretaciones más o menos esquemáticas de la sociología del conocimiento, o incluso en ciertas

5 Sin ir más lejos, en este mismo libro, el trabajo de Grondona también se ocupa del problema, aunque de manera diferente a como yo lo hago aquí.

miradas inspiradas en Bourdieu y su teoría de los campos. Desde todas estas perspectivas, los textos suelen quedar prácticamente atrapados por sus contextos y ser considerados casi como una mera "función", "expresión" o "deducción" de una cierta posición en la estructura social. Estos planteos pueden ser de muy diversos tipos y fundar sus argumentos en el decisivo poder causal de la clase social, o de la generación, un determinado campo cultural, un espacio disciplinario, etc. En todos los casos, el contexto "lo puede todo" o "casi todo", y el texto resultante es apenas una suerte de epifenoménica consecuencia.[6]

Por supuesto, ambas situaciones no son *per se* igualmente problemáticas, pues todo depende del propósito intelectual que se tenga entre manos. Así, para la elaboración de una teoría social sistemática y general no sería tan gravosa la omisión del análisis (o la realización de un análisis más superficial o incidental) de la relación entre los contextos de producción y los conceptos articulados o combinados en esa elaboración. A la inversa, para un estudio interesado por detectar "simultaneidades", "recepciones", "cadenas de influencias" o "filiaciones", "herencias", "legados" y "desplazamientos de sentido", una tal omisión sería impensable o, en caso de darse, acarrearía gravosas consecuencias interpretativas.

Está muy lejos de los propósitos de este trabajo (y también, por cierto, de este libro) el planteo de recetas que puedan o deban seguirse a rajatabla en la práctica de la investigación. De todos modos, me atrevo a postular que tanto para quienes se mueven en el campo de investigaciones en teoría social/sociológica (a menudo cultores de textos bastante descontextualizados) como para quienes lo hacen en el campo de la historia de la teoría social/sociológica (a menudo exagerados deterministas contextuales) podrían resultarles de mucho provecho metodológico aquellas perspectivas que tienden a iluminar la relación entre texto y contexto justamente problematizando un sinnúmero de posibilidades interpretativas que se instalan en algún lugar intermedio entre la plena "autonomía" del texto y su pura "determinación" contextual. O, dicho de otro modo, pretenden ir más allá de esa dicotomía o antinomia entre texto y contexto, y hacen denodados esfuerzos por distanciarse de ella. La mayoría de los aportes mencionados más arriba[7] participan de esta pretensión. Pero, como dijimos,

6 Tengo plena conciencia de que todo lo planteado al ilustrar ambos tipos de situaciones es bastante esquemático. Solo me cabe solicitar que se me acepte este inicio tan doctrinariamente tajante y que aun así se mantenga la expectativa de que, al final, todo esto pueda verse desde un punto de vista quizás más iluminador.

7 Véanse los autores y las perspectivas que se indican en el párrafo que termina con la nota al pie número 4, así como en esa misma nota.

el problema es enorme y siempre tiene sentido seguir ahondando en él, buscando nuevas alternativas para sortearlo.

Bruno Latour y Nikolas Rose son dos personajes que, cada uno a su manera, siempre me han suministrado importantes estímulos reflexivos. En obras más o menos recientes de ellos (Latour, 2008; Rose, 2007), encontré algunas referencias a Ludwik Fleck, un autor con quien no me había topado con anterioridad. Fue apenas ahondar en algunos de los trabajos de este último para rápidamente constatar que había también aquí leña valiosa para arrojar a la (ya ardiente) fogata de las problematizaciones que logran complejizar de manera incisiva las relaciones entre texto y contexto.

Fleck fue un médico polaco, epistemólogo, filósofo y sociólogo de la ciencia, muy poco conocido en nuestro medio. Además de algunos ensayos de corte epistemológico, a mediados de la década de 1930, publicó un libro que tuvo, primero, una muy escasa repercusión en círculos especializados en teoría de la ciencia, pero que cuarenta o cincuenta años después empezó a ser leído con creciente interés: *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (1986 [1935a]).

Las cada vez más abundantes lecturas de la obra de Fleck han estado, sin duda, motivadas por el descubrimiento de la creatividad, del valor intrínseco y del carácter pionero de su trabajo, pero sobre todo por el fuerte impacto que este libro causó en un autor (él sí muy famoso) como Thomas S. Kuhn. Como luego podrá verse, quien acceda a este trabajo conociendo ya la obra de Kuhn y sus conceptos claves, tales como comunidad científica, paradigma, revolución científica, inconmensurabilidad, etc., saltará a la vista la enorme y directa influencia que Fleck ha ejercido sobre aquel. Esto ha sido admitido, aunque de manera demasiado escueta, por el propio Kuhn.[8] Los estudios que se han producido al respecto han llegado incluso a encontrar en Kuhn trazos de Fleck que ni el propio filósofo estadounidense pudo o quiso reconocer, aunque también han advertido sus desplazamientos de foco y sus diferencias.[9] Otro fuerte impulso para las relecturas

---

8 La cita que realiza Kuhn es realmente breve: menciona el libro de Fleck (1986 [1935a]) y dice simplemente que se trata de "un ensayo que anticipaba muchas de mis propias ideas" (1971 [1962]:11). Un poco más extenso es el espacio que le dedica en el prólogo a la traducción inglesa del mismo libro de Fleck, la cual apareció recién en 1979, aunque tampoco hay allí un expreso reconocimiento del carácter claramente anticipatorio de sus propias posiciones (Kuhn, 1979). Véase el detallado análisis de este prólogo que realiza Lorenzano (2010).

9 A modo de ejemplo de los trabajos que se han ocupado de los "cruces", intersecciones, solapamientos, apropiaciones entre Fleck y Kuhn, apenas se citarán algunos, sin poder ahondar demasiado en su contenido: Pérez Marín (2010), Padilla (2012), Ruiz (2003), Lorenzano (2004; 2010), Harwood (1986), Brorson y Andersen (2001) y Mößner (2011).

recientes de Fleck lo han dado las peculiares apropiaciones de su pensamiento que han realizado los ya mencionados Latour y Rose, que son, como se sabe, dinamizadores muy importantes del debate teórico contemporáneo.

La recuperación de algunas de las principales coordenadas del planteamiento teórico-metodológico de Fleck que se hará en este capítulo no persigue fines de erudición epistemológica, por lo que no asumirá la forma de la detallada exégesis textual. Se trata, más bien, de un ejercicio interesado por encontrar en Fleck algunas posibles claves interpretativas para reflexionar acerca de las relaciones entre texto y contexto.

Pero este ejercicio tampoco se hará "en general", esto es, teniendo en mente cualquier texto en cualquier contexto. Así, el foco estará puesto en el concepto sociológico de comunidad, con explícito énfasis en la variante alemana de la *Gemeinschaft*. Se trata de un problema que no fue abordado ni directa ni indirectamente por el propio Fleck ni (según lo que he podido relevar) tampoco por ninguno de los más recientes estudios que se han realizado sobre su obra o partiendo de ella. Se intentará, en todo caso, poner en relación (del lado del texto) este concepto de comunidad (en realidad, estos conceptos, en plural, por razones que luego se comprenderán mejor) con los contextos socioculturales, lingüísticos, filosóficos, políticos, en los cuales surgieron, se estabilizaron, adoptaron tales o cuales perfiles semánticos y se transformaron.

Así, se intentará corroborar la intuición de que los planteamientos de Fleck, convenientemente dispuestos y desplegados, constituyen herramientas potentes para reflexionar de modo creativo y no determinista acerca de la *embededness* social y cultural de los conceptos. En este caso, se hará referencia solo a conceptos sociológicos (y precisamente a estos conceptos sociológicos: los de comunidad), aunque Fleck, como veremos más abajo, no haya limitado el alcance de sus reflexiones únicamente a los conceptos sociológicos, sino que pretendió abarcar todo concepto científico, y, con más generalidad aún, toda actividad del conocer.

El presente capítulo tendrá tres secciones. En la primera de ellas, retomando sintéticamente varias publicaciones previas, se reconstruirá el problema de las semánticas sociológicas de la comunidad. También allí se mostrarán de modo provisorio las semejanzas y las diferencias entre su variante alemana y la anglosajona. En la segunda sección, se presentarán algunas notas sobre la trayectoria de Fleck y se sintetizarán sus principales aportes conceptuales. En la tercera, se desplegarán los conceptos de Fleck en el análisis de las semánticas sociológicas de la comunidad, focalizando en su variante alemana. Al

final, se extraerán algunas conclusiones, que dejarán el camino dispuesto para ulteriores indagaciones sobre el (perenne) problema de la relación entre texto y contexto.

1. LAS SEMÁNTICAS SOCIOLÓGICAS DE LA COMUNIDAD

Ya no recuerdo exactamente en cuál de mis trabajos sobre la comunidad en la teoría sociológica[10] tomé por primera vez la decisión de llamar "semántica sociológica" a esos conjuntos de significados estrechamente vinculados entre sí. Lo supe entonces pero más lo sé ahora que denominarlos de ese modo era una apuesta ciertamente riesgosa, puesto que, en la discusión en teoría sociológica, el concepto de semántica ya estaba (y sigue estando) claramente habitado por Niklas Luhmann, quien se ha ocupado de establecer la diferencia directriz entre "estructura social" y "semántica" en muchas de sus publicaciones.[11] Además, la palabra "semántica" también fue abordada con toda intensidad a lo largo de décadas de estudios en lingüística y teoría/filosofía del lenguaje.

Asumiendo los riesgos de introducirme en un campo quizás demasiado trillado, seguí adelante observando que más allá (o a través, o en el trasfondo tácito o implícito) de escuelas, generaciones y autores/as, soslayando las importantes diferencias que se dan no solo entre autores/as, sino incluso también al interior de una sola trayectoria intelectual de un/a determinado/a autor/a, resulta posible hablar de la existencia de una suerte de **"semántica sociológica alemana de la comunidad"**, de la *Gemeinschaft*. Esta semántica se habría afianzado en aquellas décadas, a caballo entre los siglos XIX y XX, en las que se producía la consolidación institucional de la sociología en buena parte del mundo occidental.[12] Ella impregnaría los aportes intelectuales de los más diversos autores y autoras, pero en líneas generales estaría dotada de unos atributos asociables a palabras tales como intimidad, cohesión, unión, colectividad, afectividad, naturalidad, proximidad,

---

10 Como ya lo anticipé más arriba, los últimos años de mi actividad investigativa se relacionan precisamente con este tema/problema. Véase, por ejemplo, de Marinis (2010a; 2010b; 2013; 2015; 2016), o los diversos trabajos compilados en de Marinis (2012a), entre ellos de Marinis (2012b). Véase también Alvaro (2015).

11 El trabajo de Sasín, en este mismo volumen, se ocupa de este y de muchos otros temas de la obra luhmanniana. Véase allí la bibliografía que cita del propio Luhmann.

12 En comparación con Estados Unidos o Argentina (donde se abrieron cátedras de sociología ya desde finales del siglo XIX), la consolidación institucional de la sociología en Alemania tendría lugar bastante tiempo después, recién en la década de 1920. No obstante, como luego se profundizará, los antecedentes directos de aquella sociología alemana fundacional se extienden a todo el periodo mencionado.

irracionalidad, calor, organicidad, autenticidad, consenso, necesidad, bondad, eticidad, virtud, pasión, eternidad, etc.[13]

Abrevando en tan densos como variados antecedentes extra- o presociológicos, la obra de Ferdinand Tönnies ha conformado la piedra fundamental de la semántica sociológica alemana de la comunidad.[14] Posteriormente, sobre ella se han superpuesto numerosas otras contribuciones, que han enfatizado o profundizado tal o cual aspecto, que a veces se le han opuesto frontalmente, pero que no han logrado alterar ni revertir su significado más elemental.[15] Es más, buena parte de quienes han decidido distanciarse de los contenidos fundamentales de esta semántica han debido, necesariamente, tomar posición (en algunos casos negativa) respecto de la obra tönniesiana. En el mismo campo cultural de habla alemana, los ejemplos más famosos de estos distanciamientos son Max Weber[16] y, de manera aún más clara y enfática, Helmuth Plessner (2012 [1924]). En la segunda posguerra alemana, el influyente trabajo de René König (1955) ha marcado una recepción duramente crítica de la obra tönniesiana, y ha sido uno de los responsables de que, hasta hace relativamente poco tiempo, aquel pionero de la sociología alemana haya caído prácticamente en el olvido.

El proceso completo de la construcción, consolidación y crisis/cuestionamiento de la semántica sociológica alemana de la comunidad no podrá reponerse aquí, ni siquiera de manera resumida.[17] Solo

---

13 Es fácil advertir que todos estos significados mantienen una estrecha relación recíproca (lo "auténtico" no podría ser "frío", lo "íntimo" es improbable que sea "distante", etc.). Esta lista de palabras podría ampliarse. Pero a los fines del presente trabajo (que no pretende exhaustividad en este punto) las ya mencionadas deberían ser suficientes.

14 Bickel (1991) realiza una excelente síntesis de los más importantes antecedentes intelectuales de Tönnies (historicismo y racionalismo, en primer lugar).

15 Partiendo del aporte pionero de Tönnies, Breuer (2002) emprende una magistral reconstrucción del derrotero del concepto de la comunidad en la sociología alemana de las primeras décadas del siglo XX.

16 Otra vez Breuer (1996) analiza en detalle las relaciones Tönnies-Weber y, poniendo el foco sobre todo en el concepto de racionalidad (más que en el de comunidad), termina afirmando que Weber rompe con aspectos importantes de lo que llama la "línea alemana", despojando así al concepto de racionalidad de su influjo alemán y convirtiéndolo en algo más fácilmente articulable con tradiciones occidentales-liberales de pensamiento.

17 En lugar de ello, me limito a apuntar alguna bibliografía relevante, donde se avanza en reflexiones más específicas sobre ciertos tramos de ese proceso que ocupó más de medio siglo y decenas de textos. En primer lugar, podrían mencionarse los estudios preliminares de las traducciones del libro de Plessner arriba citado. Al castellano: Menegazzi (2012). Al inglés: Wallace (1999). Véase también el posfacio de una edición alemana reciente del libro de Plessner: Fischer (2002). Un libro muy im-

cabe por el momento afirmar que, aún hoy, cada vez que se pronuncia la palabra "*Gemeinschaft*", en alemán, tanto en el habla popular de la vida cotidiana como en los más crípticos y esotéricos textos del saber experto de la teoría sociológica, automáticamente resuena en los oídos de quienes escuchan un conjunto de significaciones que son, por lo general, las mencionadas unas líneas atrás u otras cercanas a estas.

Si bien ha sido muy importante, no es la alemana la única semántica de la comunidad que ha tenido peso y relevancia en la literatura sociológica, *grosso modo*, del último siglo. En efecto, en fuerte contraste con ella, en el mundo cultural anglosajón y, más específicamente, dentro de él, en el campo sociológico estadounidense,[18] desde finales del siglo XIX y con más nitidez en las primeras décadas del siglo XX, ha madurado otra semántica de la comunidad, de la *community,* caracterizable también ella por unos contenidos y atributos genéricos. Algunos de ellos son prácticamente opuestos a los de la semántica sociológica alemana de la *Gemeinschaft*, mientras que otros conservan rasgos bastante similares a los de aquella, y otros, por último, muestran interesantes variaciones y desplazamientos de significado.

Antes de avanzar en la descripción de los atributos de la semántica de la *community*, me permito una breve digresión de alcance metodológico. Quisiera enfatizar con la mayor claridad que los ejemplos de "semánticas sociológicas" que estoy utilizando aquí son meras estilizaciones, es decir, algo que se parece bastante a lo que Max Weber popularizó como "tipos ideales", y antes que él el propio Ferdinand Tönnies había bautizado como "conceptos normales". Esto es: productos de la investigación, consistentes en la acentuación unilateral, realizada en el marco de una determinada investigación, de ciertos rasgos de realidad, que no son "la realidad" sin más, sino apenas instrumentos puestos al servicio de su análisis y comprensión. No existe, entonces, en la "realidad", solo una semántica de la comunidad,[19] aun-

---

portante entre los estudios sobre la obra plessneriana es la compilación de Eßbach, Fischer y Lethen (2002). Peez (2010) ofrece un estudio comparativo entre Tönnies y Plessner. Hübinger (2009) y Gebhardt (1999) analizan el contexto cultural alemán de los años veinte, en el cual fue madurando la semántica alemana de la comunidad. Shimada (1996) aporta interesantes reflexiones acerca de las traducciones al japonés de los conceptos alemanes *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. Runeberg (1971) directamente presenta la hipótesis de la intraducibilidad de Tönnies a ciertas lenguas. Bond (2009) despliega, entre muchas otras cuestiones, los problemas que presentan las traducciones de Tönnies al inglés y al francés.

18 Sabido es que en Estados Unidos la sociología siempre fue intelectual e institucionalmente mucho más importante que en Gran Bretaña, y así lo sigue siendo incluso hasta nuestros días.

19 Ya veremos que, además, cada semántica puede estar también atravesada por endémicos disensos.

que la construcción de tipos ideales debería permitir leer enunciados y textos diversos observando las coincidencias así como también los distanciamientos que se dan precisamente entre estos tipos y el contenido concreto analizado.

Considerando entonces el hecho de que se trata aquí de estilizaciones ideal-típicas, debe subrayarse que en la *community* los individuos ya no están inmersos en una totalidad que ontológicamente los precede y que, en la práctica, no permite reconocer trazos de su identidad y de su individualidad, como en la *Gemeinschaft*, sino que más bien son retratados como activos, voluntaristas y racionales demiurgos de esta. En resumidas cuentas, si bien la *community* no conforma de ninguna manera un todo orgánico indiviso que no permite reconocer las partes de las que consta su interioridad, tampoco podría hablarse sin más de "unas partes que no conforman un todo". Más bien, debería hacerse referencia a otro modo por el cual esas partes proceden a conformar proactivamente ese todo. Así, el todo que conforma la *community* resulta estar mucho menos dotado de atributos de naturalidad, de necesidad, de autenticidad, de completitud y de eternidad que de un carácter más bien artefactual, construido de manera deliberada y voluntaria. En la *community*, como en la *Gemeinschaft*, puede reinar la afectividad entre sus miembros, puede incluso cultivarse una intensa (y densa) intimidad, pero casi en ningún caso se dan brotes o irrupciones de irracionalidad. En la *community*, las pasiones colectivas seguramente existen, pero en términos comparativos asumen una tonalidad ciertamente mesurada, moderada e incluso podría decirse "domesticada". Así, en ella, en ningún caso se coloca al individuo como plena y, quizás, sacrificialmente subordinado a las prioridades y exigencias (casi siempre intensas) que le plantea el ente colectivo, como es observable de manera recurrente en la *Gemeinschaft*.[20]

Así como hemos mencionado a Tönnies como una figura decisiva y fundacional para la definición de los rasgos o atributos fundamentales de la semántica sociológica alemana de la comunidad, en el caso de la anglosajona (que más propiamente debería quizás llamarse estadounidense)[21] pueden indicarse varios nombres. Primero, organi-

---

20 Otra vez, apenas será posible aquí mencionar algunos textos importantes acerca de la semántica de la *community*. Keller (1988) y Bender (1982) analizan el significado profundo y la vigencia actual del concepto de *community* a lo largo de la historia de la tradición cultural estadounidense. Joas (2006) y Schrecker (2010) encaran un profundo análisis comparado entre la *community* y la *Gemeinschaft*. Algunas referencias incidentales al respecto pueden encontrarse en Rosa *et al.* (2010: 177-178), Wetzel (2008: 45-46) y Liebersohn (1988: 7).

21 Aun así, se mantendrá aquí la denominación "anglosajona" para no dejar de in-

zados de forma cronológica, corresponde mencionar a algunos de los más importantes exponentes de la Chicago School of Sociology, tales como Robert E. Park y William I. Thomas, quienes a su vez se habían nutrido fuertemente de los aportes de la filosofía del pragmatismo ("la" filosofía estadounidense) y de Georg Simmel (con quien habían estudiado en Berlín).[22] En segundo lugar, debe hacerse referencia a Talcott Parsons.

Todos estos autores estadounidenses acuñaron sus propios conceptos de *community*, que tuvieron una centralidad y una relevancia que una mirada empecinada en colocarlos a la sombra de otro concepto aparentemente mucho más venerable para la sociología (como la *society*) no está en condiciones de reconocer. De todos modos, la idea de una secuencia histórica en dos fases ("de la comunidad a la sociedad"), que tan importante papel tuvo en Tönnies y en otros contemporáneos suyos, recibe en estos autores estadounidenses unas connotaciones por completo diferentes. Los primeros, los de Chicago, jugaron libremente con ambas palabras (comunidad y sociedad), tomándolas a menudo como sinónimos y sin hacer distinciones tan tajantes entre ellas, llegando incluso a recrear una idea de sociedad (moderna) entendida como "comunidad de comunidades", idea que tomaron prestada de John Dewey. El segundo, Parsons, en el tramo final de su obra acuñó el estratégico concepto de "comunidad societal", articulando los dos conceptos, destruyendo así la dicotomía (tan habitual en la sociología europea) cuyos polos dibujan una secuencia o proceso "de lo uno hacia lo otro", e imaginando, entre ellos, una tan enigmática como sugerente "relación ortogonal".[23]

Por supuesto que mucho más habría para decir acerca de ambas semánticas sociológicas de la comunidad, pero para los fines de este capítulo será suficiente con lo planteado hasta aquí. Luego de presentar en la siguiente sección al "personaje" Fleck y a sus principales conceptos, volveré en la tercera sección al "caso" de la semántica sociológica alemana de la comunidad, y lo analizaré precisamente desde esos conceptos.

---

cluir unos importantes antecedentes intelectuales de esta semántica que no fueron estadounidenses, tales como Herbert Spencer y, más en general, el liberalismo inglés.

22 De la Escuela de Chicago y, en particular, de Robert E.Park, se ocupa Torterola en su capítulo para este libro.

23 Para ahorrarme un número (que podría ser abrumadoramente) alto de referencias bibliográficas, véanse los textos que se citan de los autores de Chicago en Grondona (2012), Haidar (2012) y Torterola (2012), y de Parsons en de Marinis (2012b). La referencia a esa críptica "relación ortogonal" entre "comunidad" y "sociedad" que plantea Parsons se despliega convenientemente en de Marinis (2012b: 252).

2. LUDWIK FLECK: SUS PRINCIPALES CONCEPTOS HACIA UNA SOCIOLOGIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Fleck nació el 11 de julio de 1896 en Lwów –importante ciudad por entonces localizada en Polonia (aunque bajo el dominio político del Imperio Austrohúngaro y bajo la égida cultural de la lengua alemana) y hoy perteneciente a Ucrania–,[24] en el seno de una familia judía de clase media. Su trayectoria científica fue todo menos lineal. A vuelo de pájaro: estudios de grado y doctorado en medicina y formación autodidacta y no sistemática en historia de la ciencia, filosofía y ciencias sociales; inserciones variadas en la universidad; actividad en diversas instituciones médicas públicas; fundación y desarrollo de un laboratorio privado; ocupación nazi de Lwów y deportación al gueto judío de esa ciudad, de allí a los campos de Auschwitz y luego a Buchenwald; continuación de sus actividades científicas aun en esas increíblemente adversas condiciones; luego de la Segunda Guerra Mundial, rehabilitación de su inserción académica y universitaria en Polonia; testigo en los juicios de Núremberg; emigración a Israel, donde trabajó nuevamente en investigación y murió en 1961.[25]

De su obra en el campo de la epistemología y la filosofía/sociología de la ciencia, el trabajo sin duda más importante es el libro mencionado más arriba: *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (1986 [1935a]). Además, dentro de este campo de conocimiento ha publicado algunos otros pocos artículos, el primero en 1927 y el último en 1960.[26] El libro de 1935 es relativamente corto, de unas ciento cincuenta páginas, divididas en cuatro capítulos y un brevísimo prólogo. Allí Fleck aborda dos conjuntos de problemas, uno de los cuales, por cierto, le servirá como pretexto para desplegar el otro. El pretexto: el estudio de un "hecho" de la historia de la medicina, esto es, el desarrollo y las transformaciones del concepto de sífilis, desde el Medioevo hasta el momento de la publicación de su trabajo. En realidad, Fleck

---

24 Además de Lwów (en polaco), otros nombres con los que se la conoce son Lemberg (en alemán) y L'viv (en ruso), diversidad de denominaciones que expresan muy bien los "cambios de manos" que sufrió esta ciudad a través de su historia. En general, sobre los avatares de esta ciudad, véase Mick (2016). Sobre el profundo impacto cultural que la experiencia de vivir allí buena parte de su vida causó en Fleck, véase Graf y Mutter (2005).

25 Existen varias biografías de Fleck. Una de las más completas es la de Schnelle (1986). Algo más breve puede consultarse en Schäfer y Schnelle (1986: 11-17).

26 Todos estos trabajos, siete en total, están compilados en Cohen y Schnelle (eds.) (1986). Uno de ellos fue traducido al español (Fleck, 1994 [1929]). Junto al libro (1986 [1935a]), creemos que esa es la única literatura disponible de Fleck en castellano. Véase también el estudio introductorio a Fleck (1994[1929]): Atienza, Blanco e Iranzo (1994).

pretendía extraer de esa reconstrucción histórica una serie de consecuencias epistemológicas. O, dicho de otro modo, pretendía exponer una variedad de cuestiones epistemológicas a la luz de un "hecho médico", disparadas precisamente por ese objeto de análisis, pero, según Fleck, aplicables a otros casos. De hecho, es la posible aplicabilidad de la perspectiva de Fleck a "otra cosa", a "otro caso", lo que ha motivado la realización del presente capítulo.

Dado que aquí interesan mucho más esas "consecuencias epistemológicas" que extrae Fleck, no va a abundarse demasiado en la reposición de los detalles de la historia de las definiciones de la sífilis que realiza. Diremos solamente que inicia su recorrido remontándose hasta el siglo XV, cuando la sífilis (mejor dicho: lo que de acuerdo con las concepciones dominantes de la época se entendía por sífilis) estaba primordialmente asociada a referencias que mezclaban lo astrológico con lo religioso, derivando de ello consecuencias éticas. Así, la sífilis era caracterizada como el mal venéreo por excelencia, un castigo divino que se descargaba sobre quienes desplegaban una conducta sexual pecaminosa. Luego nuestro autor sigue la pista de un largo y complicado camino, errático y azaroso, lleno de callejones sin salida, imprevistos y casualidades, para nada lineal ni necesariamente acumulativo, en el que, pasando por otras concepciones como la empírico-terapéutica (según la cual la sífilis estaba asociada al uso de la pomada de mercurio, siendo, de este modo, la propia terapéutica la que definía la enfermedad), se arriba a la concepción moderna, patogénica-etiológica de la sífilis, según la cual se entiende que es causada por un agente específico (la *Spirochaeta pallida*). Fuertemente asociada a esta última concepción, Fleck se detiene con todo detalle en la llamada "reacción de Wassermann", un método para el diagnóstico de la sífilis inventado en 1906, y que dio lugar a la moderna serología.[27]

A la luz de ese estudio sobre el concepto de sífilis, en muy resumidas cuentas podría anticiparse que el aporte principal del planteamiento epistemológico de Fleck consiste en enfatizar la condicionalidad histórica, social y cultural del saber, algo que hoy pocos podrían objetar, pero que, en aquella época (en la que las posiciones de los empiristas y positivistas lógicos tenían todavía mucho peso), constituyó un giro decisivo. En efecto, el planteamiento de Fleck pone en cuestión las concepciones convencionales de verdad, de hecho científico, de la relación sujeto-objeto, de la ciencia entendida como una empresa acumulativa, etc., las que al descuidar la investigación his-

27 Como luego veremos, estas concepciones no son otra cosa que diferentes "estilos de pensamiento" acerca de la sífilis. Véanse las reconstrucciones de ellos que realizan Falconi (2014) y Macías Llanes (2002).

tórica y comparativa de los hechos científicos terminan recayendo en lo que Fleck denunciaba como una "epistemología imaginada" (1986 [1935a]: 68).

Apoyándose entonces en el recorrido que realiza a través de la historia de la sífilis, Fleck elaboró una serie de conceptos, todos mutuamente relacionados, y que aquí solo podrán ser repuestos de manera muy esquemática, directamente orientada por nuestros propios problemas de investigación. Para los fines de este capítulo, los dos más importantes son "colectivo de pensamiento" y "estilo de pensamiento".[28]

La empresa de Fleck consiste, dicho llanamente, en una fuerte operación de sociologización del conocimiento, realizada de una manera en cierto modo autónoma del emprendimiento intelectual de la sociología del conocimiento que impulsaron, sobre todo en el campo cultural de habla alemana, autores importantes como Karl Mannheim y, antes que él, Max Scheler.[29]

Si bien la cantera de "hechos" de la que extrae Fleck sus consecuencias epistemológicas puede parecer, a primera vista, bastante limitada (la historia de la sífilis, desde sus primeras menciones en el siglo XVI hasta la más reciente "reacción de Wassermann"), sus pretensiones son en realidad mucho más elevadas, dado que aspiran a abarcar el conjunto de la ciencia moderna (donde también entran nuestras ciencias sociales y humanas) y, aun de manera más amplia, toda actividad de conocimiento.

Para Fleck, el conocer no debe ser entendido como una mera relación bilateral entre un sujeto cognoscente y el objeto a conocer. Es necesario considerar el papel fundamental que cumple un tercer componente en el proceso de conocimiento, que es el estado del conocimiento disponible en cada momento, es decir, el conocimiento previo. "Lo ya conocido condiciona la forma y manera del nuevo conocimiento, y este conocer expande, renueva y da sentido nuevo a lo conocido" (1986 [1935a]: 85).

Por eso, para Fleck, el conocer no puede ser un proceso individual, sino que es el resultado de una actividad social, porque "el estado de conocimiento de cada momento excede la capacidad de cual-

28 El concepto de "estilo" ha sido también muy utilizado en el trabajo de Bialakowsky y Blanco en este mismo libro, aunque no necesariamente en el sentido que le da Fleck.

29 Según Harwood (1986: 174), Fleck no estaba demasiado al tanto de los desarrollos paralelos de la sociología del conocimiento alemana. De la misma opinión es Sady (2016). De todos modos, no cuesta gran esfuerzo encontrar convergencias entre sus planteos y los de la sociología del conocimiento.

quier individuo" (1986 [1935a]: 86). La siguiente cita expresa esa idea con total claridad:

> Un investigador verdaderamente aislado es imposible. (…) Un investigador aislado, sin prejuicios ni tradición, sin las fuerzas mentales de la sociedad actuando sobre él y sin el efecto de la evolución de esa sociedad, sería ciego e irreflexivo. Pensar es una actividad colectiva (…). Su producto es una imagen determinada, que solo es visible para cualquiera que participe en esta actividad social, o un pensamiento que también es claro solo para los miembros del colectivo. Lo que pensamos y cómo vemos depende del colectivo de pensamiento al que pertenecemos (1986 [1935b]; mi traducción).

Así introduce Fleck uno de sus conceptos más importantes, el de *"colectivo de pensamiento"*, que se define en estrecha relación con otro concepto nodal, el de *"estilo de pensamiento"*. La definición más sencilla y que los conecta a ambos es la que plantea que el colectivo de pensamiento es el "portador comunitario" del estilo de pensamiento (1986 [1935a]: 149). Un colectivo de pensamiento existe ya, por ejemplo, cuando dos personas intercambian ideas (1986 [1935a]: 90). La dinámica de esa conversación permite que surjan pensamientos y un "estado de ánimo" especial[30] que cada una de estas dos personas no podría haber desarrollado por separado o en compañía de otras. Pero no son estos colectivos casuales y momentáneos los que más le interesan a Fleck, sino los "estables o relativamente estables, que se forman especialmente en grupos sociales organizados" (1986 [1935a]: 150). Es precisamente en ellos en los que puede conformarse y consolidarse un determinado "estilo de pensamiento".

Para avanzar en la exposición, convendrá analizar en sus diversos componentes la siguiente definición, en la que aparecen sintéticamente dispuestos todos los elementos del estilo de pensamiento (del cual, recordémoslo una vez más, el colectivo de pensamiento es su portador).

> Podemos definir el estilo de pensamiento como un percibir dirigido con la correspondiente elaboración intelectiva y objetiva de lo percibido. Queda caracterizado por los rasgos comunes de los problemas que interesan al colectivo de pensamiento, por los juicios que el pensamiento colectivo considera evidentes y por los métodos que emplea como medio de conocimiento. El estilo de pensamiento también puede ir acompañado por el estilo técnico y literario del sistema de saber (1986 [1935a]: 145).

---

30 "Estado de ánimo" es otro concepto importante de Fleck al que hay que prestarle atención y al que luego volveré.

Repasando uno por uno los principales términos que presenta Fleck en esta jugosa cita, habrá que comenzar por el "percibir dirigido". Se trata de una idea que Fleck adopta y adapta de las teorías de la *Gestalt*, bastante en boga en aquella época sobre todo en el campo cultural de habla alemana.[31] Los miembros del colectivo de pensamiento, guiados por el estilo que les corresponde, no "ven" cualquier cosa y de cualquier manera, sino solo aquellas cosas y con los métodos y procedimientos que les han sido inculcados en el proceso de socialización en ese colectivo.[32] Partiendo de un confuso "ver inicial", con el que todo el proceso de conocimiento comienza, se llega a un observar como "ver formativo directo y desarrollado" (1986 [1935a]: 138), y es allí donde se ponen en juego las elaboraciones intelectivas y objetivas que se mencionaban en la definición transcripta en el párrafo anterior. Es justamente "la disposición para el percibir dirigido lo que constituye el componente principal del estilo de pensamiento". El "ver formativo" es una función del estilo de pensamiento. En cambio, el confuso "ver inicial" no está todavía impregnado por el estilo.

Segundo, es el colectivo de pensamiento, a través del estilo de pensamiento (de sus formas y sus contenidos), quien decide lo que es problemático para él y lo que no lo es. Así, en cada comunidad de pensamiento, opera fuertemente una "limitación" de los "problemas admitidos" (1986 [1935a]: 151). El estilo de pensamiento "coerciona a los individuos y determina 'lo que no puede pensarse de otra forma'" (1986 [1935a]: 145). Esta idea de "coerción" es recurrente en Fleck. Lejos de tratarse de una imposición brutal o violenta, la coerción implica un proceso que opera de manera inconsciente y tiene notable impacto sobre el sujeto de conocimiento, aunque él/ella a menudo ni siquiera lo pueda percibir.[33]

Por otra parte, "la formulación de un problema ya contiene la mitad de su solución" (1986 [1935a]: 85). Porque además de presuposi-

---

31 Véase al respecto, por ejemplo, Kleeberg y Werner (2014). También Werner (2014).

32 Luego profundizaremos en ese proceso, en qué consiste y cuáles son sus agentes impulsores. Hasta donde he podido constatarlo, Fleck no usa en sus trabajos el concepto de "socialización", que, como se sabe, es tan caro a la tradición sociológica y psicosociológica estadounidense (que quizás Fleck no conocía más que de oídas o ni siquiera). Pero la imagen de la función socializadora de los grupos que viene implicada en su argumento es notablemente similar.

33 "Aunque el colectivo de pensamiento se compone de individuos, no es su simple suma. El individuo no tiene nunca, o casi nunca, consciencia del estilo de pensamiento colectivo, que casi siempre ejerce sobre su pensamiento una coerción absoluta y contra el que es sencillamente impensable una oposición" (Fleck, 1986 [1935a]: 88).

ciones generales, de índole teórica y de cierto nivel de abstracción, un estilo de pensamiento involucra también formas prácticas del hacer, según las cuales algunos métodos son tenidos por válidos y otros son descartados de plano por improcedentes o inadecuados.[34]

Esto no quiere decir que un estilo de pensamiento se establezca de una vez y para siempre y deba permanecer siempre igual a sí mismo. Es verdad que "una vez que se haya formado un sistema de opiniones estructuralmente completo y cerrado, compuesto por numerosos detalles y relaciones, persistirá tenazmente frente a todo lo que lo contradiga" (1986 [1935a]: 74). Hay, entonces, una tendencia a la persistencia de los estilos de pensamiento. Se conforma, así, lo que Fleck llama una "armonía de ilusiones", consistente en "estructuras persistentes y rígidas", donde las contradicciones parecen impensables (1986 [1935a]: 75). La situación que impera cuando el estilo de pensamiento alcanza una solidez y una vigencia tal dentro del colectivo Fleck la caracteriza como una "época de clasicismo", en la cual todos los hechos pueden encajar en la teoría.[35]

Pero la investigación de corte histórico-comparativo que defiende Fleck (y que realiza efectivamente en su análisis del concepto de sífilis) muestra que los estilos de pensamiento, de hecho, cambian significativamente, y además lo hacen en sucesivas ocasiones. Cuando ya no todo encaja en la teoría o empieza a encajar pero de una manera forzada, florecen las excepciones, arrecian las complicaciones y las anomalías. El tiempo está ya maduro para un cambio del estilo de pensamiento. Pero, en condiciones de dominancia normalizada de un determinado estilo de pensamiento, conocer no quiere decir otra cosa que "constatar":

> Conocer quiere decir principalmente constatar los resultados impuestos por ciertas presuposiciones dadas. Las presuposiciones responden a las conexiones activas y forman la parte del conocer que pertenece al colectivo. Los resultados obligados equivalen a las conexiones pasivas y forman lo que se percibe como realidad objetiva. El acto de constatación es la contribución del individuo (1986 [1935a]: 87).

Cada vez que se produce un cambio en el estilo de pensamiento, queda siempre algún residuo o resabio del estilo de pensamiento anterior,

---

34 A todo estilo de pensamiento le corresponde un "efecto práctico" (1986 [1935a]: 151), afirma Fleck. "La verificación de eficiencia práctica está (…) tan unida el estilo de pensamiento como la presuposición" (ibídem).

35 No resultaría para nada difícil construir una suerte de "tabla de equivalencias" entre los principales conceptos de Fleck y los de Kuhn. Ese ejercicio haría aún más visibles las notables similitudes entre, por ejemplo, lo implicado en este pasaje y el concepto de "ciencia normal" de Kuhn.

o de varios estilos de pensamiento, combinados de forma compleja. Como si no hubiera sido ya suficiente el golpe que Fleck le suministra a la idea del individuo genial (al subrayar el carácter necesariamente colectivo de toda empresa de conocimiento), le agrega un nuevo condimento que tiene que ver con la creatividad:

> Cada estilo de pensamiento contiene vestigios que proceden del desarrollo histórico de muchos elementos de otros estilos. Probablemente se forman muy pocos conceptos totalmente nuevos, esto es, conceptos sin relación alguna con los estilos de pensamiento anteriores. La mayor parte de las veces sólo cambia la tonalidad (1986 [1935a]: 146).

A esto Fleck lo llama "dependencia histórica entre los distintos estilos de pensamiento" (ibídem). No descarta, por cierto, la idea de creación o de creatividad, sino que solo rechaza los excesos de atribuciones para el individuo en los que a menudo se recae en muchas historias del pensamiento: "El conocer representa la actividad más condicionada socialmente de la persona y el conocimiento es la creación social por excelencia" (1986 [1935a]: 89).

Fleck ha sido criticado por presentar muchos de sus conceptos de manera "inquietantemente amplia" (Harwood, 1986: 181). Eso es efectivamente así. De todos modos, en sus trabajos, ofrece algunas ejemplificaciones que procuran especificar sus alcances y, al mismo tiempo, preparan el terreno para algunas posibles apropiaciones, para propósitos diferentes a los suyos –apropiaciones como las que habrán de encararse en la siguiente sección de este trabajo–.

Así, en una perspectiva que se asemeja bastante al Simmel de los "círculos sociales",[36] afirma Fleck que "un individuo pertenece a varios colectivos de pensamiento al mismo tiempo" (1986 [1935a]: 91). En ese marco, presenta el ejemplo de una persona que puede ser investigador (y, en ese sentido, miembro de una determinada colectividad de científicos) y a la vez miembro de un partido, perteneciente a una clase social, ciudadano de un país, exponente de una raza,[37] etc. Cada uno de esos colectivos de pensamiento desarrolla su propio estilo de pensamiento. Pero además de estos colectivos, ciertamente grandes, Fleck aporta ejemplos de otros más pequeños y acotados, en los que

36 Simmel es citado una sola vez por Fleck en *La génesis y el desarrollo…*(1986 [1935a]: 158, nota 7). Para un desarrollo detallado de las conexiones entre Fleck y Simmel y, más en general, sobre el contenido específicamente sociológico de la obra de Fleck, véase Egloff (2007; 2014).

37 No deja de resultarme extraño y a la vez chocante que un científico judío todavía use el concepto de "raza" en 1935, cuando la parafernalia racista de los nazis ya estaba en pleno y obsceno despliegue.

siempre aparece realzado el hecho de que no solo se trata en ellos de un "trabajo en equipo" simplemente aditivo, sino de un "trabajo colectivo propiamente dicho", donde se conforma "una estructura especial que no es igual a la suma de los trabajos individuales", como un partido de fútbol, la actuación de una orquesta, o una conversación (1986 [1935a]: 145). Además de estos ejemplos bastante concretos, también presenta otros de mucho más amplio alcance, relacionados con estilos pictóricos, literarios, musicales (1986 [1935a]: 147).

En cualquier caso, para Fleck, es importante no confundir el colectivo de pensamiento con un "grupo fijo" o una "clase social". En una afirmación que resulta clave, dice que es "un concepto más funcional que sustancial" (1986 [1935a]: 149). "Un colectivo de pensamiento existe siempre que dos o más personas intercambian ideas. Este tipo es un colectivo de pensamiento momentáneo y casual, que nace y desaparece a cada momento". Sin embargo, se establece en él "una actitud especial",[38] que ninguno de los miembros consigue por su cuenta y que reaparece cuando estas personas vuelven a reunirse (1986 [1935a]: 149-150).

Como se mostraba más arriba, hay entonces, por un lado, colectivos de pensamiento casuales y momentáneos. Pero, además, existen los "estables o relativamente estables, que se forman especialmente en grupos sociales organizados". Los colectivos de pensamiento estables permiten estudiar mejor y más exactamente el estilo de pensamiento. Cultivan una "exclusividad formal y temática", disposiciones legales, hábitos arraigados, un lenguaje especial (o términos especiales). Cuando un grupo tiene cierta duración, "el estilo de pensamiento queda fijado y adquiere una estructura formal". La "ejecución realizadora" domina entonces por sobre el "ánimo creativo", que retrocede a un "nivel discreto, disciplinado y proporcionado". En la ciencia actual, afirma Fleck, hemos llegado hasta este punto (1986 [1935a]: 150).

Como puede advertirse con facilidad, Fleck no es del todo claro en los alcances (más precisamente: el tamaño) del grupo que tiene en mente cuando utiliza el concepto de colectivo de pensamiento y su correlativo de estilo de pensamiento. Además, hay otros problemas terminológicos, como cuando el concepto de colectivo resulta intercambiado con el de "comunidad".[39]

---

38 Actitud o estado de ánimo al que más abajo haré referencia en variadas ocasiones llamándolo por su nombre en alemán: *Stimmung*.

39 Por ejemplo aquí: "Una comunidad de pensamiento no coincide perfectamente con la comunidad oficial: el colectivo de pensamiento de una religión comprende a todos los creyentes verdaderos, mientras que la comunidad oficial de la religión incluye a todos los miembros formalmente aceptados, sin atender a sus formas de

De todos modos, más allá de estas imprecisiones, quedan en pie (y son perfectamente utilizables para nuestros propios fines de investigación) los mecanismos sociológicos que Fleck subraya como propios de cualquier colectivo de pensamiento. Por ejemplo, por una parte, existen unos procesos de incorporación al colectivo. Para Fleck, cada profesión, cada campo de saber, cada comunidad religiosa, maneja "un tiempo de aprendizaje", durante el cual se produce una "sugestión de ideas puramente autoritaria", una "introducción didáctica", "epistemológicamente análoga a esas iniciaciones que conocemos a través de la etnología y la historia de las culturas" (1986 [1935a]: 150-151). Por otra parte, hay unas características estructurales de todos los colectivos, independientemente de los contenidos específicos que cada colectivo movilice (1986 [1935a]: 152).

Es precisamente en este punto cuando Fleck introduce la distinción entre "pequeño círculo esotérico" y "gran círculo exotérico". "Un colectivo de pensamiento se compone de muchos círculos interseccionados. Un individuo puede pertenecer a varios círculos exotéricos y a unos pocos –y, a veces, a ninguno– esotéricos" (ibídem). Dentro de los iniciados del círculo esotérico existe, a su vez, una jerarquía de niveles. El círculo exotérico no tiene una relación directa con la creación de pensamiento, sino que ella resulta mediada por la actuación de los miembros del círculo esotérico.

Fleck establece una analogía entre la relación que mantienen entre sí los círculos esotéricos y exotéricos "con lo que se conoce en sociología como relación de la elite con la masa". Cuando la masa tiene una posición más fuerte, entonces la relación se impregna de un "carácter democrático"; la elite adula a la opinión pública y aspira a conservar la confianza de la masa (esto es precisamente lo que sucede en el colectivo del pensamiento científico, afirma Fleck). A la inversa, cuando la elite es más fuerte, tiende a distanciarse y autonomizarse de la masa (esto sucede en los colectivos de pensamiento religiosos, donde reina el "secretismo" y el "dogmatismo"). Lo primero conduce al "desarrollo de las ideas" y al "progreso", y lo segundo al "conservadurismo" y la "inmovilidad" (1986 [1935a]: 153).

Al tener la sociedad moderna una "compleja estructura" (1986 [1935a]: 154), es lógico que existan numerosas y variadas comunidades de pensamiento a las cuales los individuos pueden pertenecer

---

pensar" (1986 [1935a]: 150). De todos modos, el concepto de comunidad que usa Fleck parece ser ciertamente neutral en cuanto a su significado, y es usado de manera prácticamente equivalente al de "grupo social". De tal forma, no aparece investido de los contenidos de sentido tan habituales en torno a la idea de la "semántica alemana" de la comunidad, tal como se presentó más arriba y se retomará más abajo en este capítulo.

al mismo tiempo, sean estas de base profesional (comercial, militar, etc.), deportiva, artística, política, científica, religiosa, basada en una moda, etc. Ahora bien, "cuanto más especializada, cuanto más restringida en su contenido es una comunidad de pensamiento, más fuerte es el vínculo de pensamiento entre sus miembros" (ibídem).[40]

Fleck advierte además que los vínculos pueden sobrepasar las fronteras de la nación y el Estado, de la clase y de la edad. Y un detalle más, que interesa para nuestros propósitos de investigación: los colectivos de pensamiento desarrollan vocabularios específicos que pueden resultar incomprensibles para quienes no pertenecen a ellos[41] y que, a menudo, sobrepasan las fronteras nacionales, aprovechando los estímulos que la palabra impresa, el cine y la radio brindan tanto al intercambio de pensamientos entre diferentes colectivos como, dentro del mismo colectivo, entre sus círculos eso- y exotéricos (ibídem).

Ahora bien, "la comunicación no ocurre nunca sin transformación y sin que se produzca una remodelación acorde con el estilo, que intracolectivamente se traduce en un reforzamiento e intercolectivamente en un cambio fundamental del pensamiento comunicado" (1986 [1935a]: 158).[42] Es importante, en este punto, recordar la distinción que Fleck introduce entre comunicaciones intracolectivas y circulación intercolectiva de pensamientos. De tal forma, así como la "actitud común" dentro del colectivo de pensamiento lleva al reforzamiento de los valores de los pensamientos, la variación de la actitud (en el marco de una circulación intercolectiva) causa una variación de esos valores, que van desde el pequeño "cambio de tono", pasando por

---

40 No resulta difícil imaginar ejemplos para cada uno de estos casos: el "colectivo de pensamiento de los sociólogos y las sociólogas" genera vínculos recíprocos mucho más laxos que los que puede tener el colectivo de pensamiento de los "sociólogos y sociólogas interesados e interesadas especialmente por la obra de Fleck y por cuestiones de sociología de la ciencia".

41 Es notable la similitud entre este planteamiento de Fleck y la sociología de inspiración fenomenológica de Berger y Luckmann (1986[1966]), quienes hacen referencia, por ejemplo, a los vocabularios específicos de los roles sociales.

42 Fleck toma el concepto de "reforzamiento" de un filósofo y pedagogo, Wilhelm Jerusalem, a quien recurre a menudo, aunque también le realiza importantes cuestionamientos (véase, por ejemplo, 1986 [1935a]: 94). Estos planteos se realizan en el marco del único pasaje de su libro (de apenas cuatro o cinco páginas) donde Fleck cita a diversos autores de las ciencias sociales y humanas, como Comte, Durkheim, el propio Jerusalem, Gumplowicz y Lévy-Bruhl, a los que critica en su conjunto por tener "un respeto demasiado grande, rayano en la veneración religiosa, por los hechos científicos" (ibídem). Sobre las relaciones de Fleck con sus contemporáneos del colectivo de pensamiento de los filósofos polacos, véase Johach (2014), y con sociólogos (no solo polacos), véanse, otra vez, los trabajos de Egloff (2007; 2014) y Neumann (2014).

el cambio casi completo de sentido, hasta la destrucción total de este (1986 [1935a]: 156).

Como es sencillo de constatar, los estilos de pensamiento pueden también cambiar y, de hecho, es frecuente que lo hagan, tal como Fleck lo demostró puntualmente en el caso de la historia de la problematización de la sífilis. Ahora bien, sus herramientas poseen con frecuencia tal nivel de generalidad y abstracción que hará falta "deletrearlas" para nuestro propio caso de estudio, lo cual sucederá a continuación.

3. LA SEMÁNTICA SOCIOLÓGICA DE LA *GEMEINSCHAFT* (DESDE EL PRISMA ANALÍTICO DE FLECK)

En esta parte del capítulo, recurriendo a herramientas provistas por Fleck, pondré el foco en la semántica sociológica alemana de la *Gemeinschaft*, y más específicamente aún, en el puñado de autores mencionados más arriba (Tönnies, Weber, Plessner, König).[43] Se impone, en este punto, realizar una aclaración acerca del alcance que aquí se le otorga al concepto de semántica. Tal como se lo viene usando aquí, no habría que entender la semántica como un espacio monolítico o unívoco de significaciones. Aun así, resulta posible la estilización o la acentuación unilateral de ciertos rasgos o contenidos que constituyen perfiles dominantes en cada una de estas semánticas. Se dice "dominantes" justamente porque, lejos de un consenso o una aquiescencia generalizada, ha sido más bien el conflicto y el debate lo que guió su conformación y sus transformaciones a través del tiempo, como trataré de mostrar en lo que sigue.

Se espera realizar un aporte para un análisis acerca de cómo se conformó, estabilizó y transformó esa semántica a través del tiempo. Este análisis será considerablemente más rico que si se hiciera el habitual seguimiento de la "pista de las citas". Recurso habitualmente usado en análisis conceptuales y terminológicos, seguir la "pista de las citas" consistiría, por ejemplo en este caso, en relevar de qué manera Weber o Plessner han citado textualmente (o han parafraseado) a Tönnies, o König a todos ellos, y qué desarrollos más o menos "propios" han realizado a partir de esas citas.

Una exploración de referencias cruzadas entre diferentes autores siempre resulta imprescindible para entender las compleji-

---

43 Al poner el foco solo en ellos, lamentablemente deberán quedar por fuera del análisis otros importantes exponentes del campo cultural de habla alemana, algunos de los cuales además tampoco pertenecen de manera estricta al campo sociológico. Entre los contemporáneos de los autores que serán analizados aquí, podrían mencionarse los nombres de Carl Schmitt y Hans Freyer, y entre contemporáneos nuestros, Axel Honneth y Hans Joas. Todos ellos fueron responsables de importantes reflexiones sobre la comunidad.

dades de la semántica en cuestión, las etapas del largo proceso histórico de su constitución y la variedad de materiales de los que ella se nutre y compone. Pero si el análisis se limitara solo a eso se podría recaer en la "situación 1" a la que se hacía referencia en la introducción de este trabajo, esto es, se correría el peligro de cristalizar la idea de un/os texto/s fuertemente desgajado/s de su/s contexto/s.

Además, esto podría resultar poco provechoso como estrategia para conocer las reales y efectivas influencias intelectuales que pudieron haber existido entre los autores de las citas cruzadas o, quizás también, entre los diferentes colectivos en los cuales participaron, si así fuera el caso. Porque sabemos muy bien que, a menudo, las citas no necesariamente implican un reconocimiento expreso o una deuda intelectual patente, sino alguna "otra cosa", cuyo sentido específico debería elucidarse en cada caso. De hecho, estas "otras cosas" son las que creemos que los conceptos de Fleck (en especial, "colectivo" y "estilo de pensamiento") podrían contribuir a develar: citas de autoridad a referentes u obras consagradas por los contemporáneos; esfuerzo para demostrar que se conoce "lo que hay que conocer" para poder ser percibido como alguien debidamente "actualizado" o "a la moda" del estilo de pensamiento prevaleciente; un posicionamiento apologético y ortodoxo, o un deslinde heterodoxo al interior de determinado colectivo de pensamiento; o un planteamiento demoledoramente crítico desde fuera de él, etc.

En lo que sigue, se presentarán algunas vías posibles para avanzar en un análisis acerca de la semántica sociológica alemana de la comunidad basado o inspirado en los conceptos de Fleck. Asimismo, se prestará especial atención a los problemas derivados de lo que, al comienzo del presente trabajo, se caracterizaba como "situación 1" y "situación 2". De los desarrollos que siguen en este capítulo, no deberá esperarse una nueva reconstrucción detallada de los conceptos de comunidad en Tönnies, Weber, Plessner y König, puesto que ya he realizado esa tarea en trabajos previos.[44] Se trata, más bien, de revisitar todos aquellos trabajos introduciéndoles ahora el nuevo ángulo de observación que ofrece Fleck y aprovechando lo que, intuyo, son sus metodológicas ventajas.

---

44 Por ejemplo, sobre Tönnies he trabajado en detalle en 2010a; sobre Weber, en 2010b y en 2015; en 2013, agregué una específica consideración sobre la obra de Plessner y de König.

3.A. COLECTIVO DE PENSAMIENTO, ESTILO DE PENSAMIENTO, PROTOIDEA

Los temas que se desarrollarán en esta subsección se pueden resumir de la siguiente manera: los textos[45] (en nuestro caso, aquellos donde adquieren relevancia unos conceptos sociológicos de comunidad) tienen su contexto de gestación/desarrollo/crisis/transformación en el marco de determinados *colectivos de pensamiento*, bajo las condiciones y limitaciones que imponen determinados *estilos de pensamiento* y partiendo de ciertas y determinadas *preideas* o *protoideas*. Dicho esto, en lo que sigue, habrá que profundizarlo y desplegarlo.

Es sencillo de reconocer que los (casi) contemporáneos Tönnies y Weber pertenecieron prácticamente al mismo *colectivo de pensamiento*: el de los "sociólogos" alemanes de finales del siglo XIX y comienzos del XX, esto es, en una fase fundacional de la disciplina. Las comillas en la palabra "sociólogos" se encuentran plenamente justificadas. Procedentes, respectivamente, de la filosofía (el primero) y de la jurisprudencia, la economía política y la historia (el segundo), ambas figuras fueron adquiriendo y asumiendo una suerte de "autoconciencia" sociológica de forma paulatina y recién en momentos bastante avanzados de sus trayectorias intelectuales. Por demás, la postulación de la existencia de un colectivo de "sociólogos" supondría que ya se ha alcanzado un cierto grado de consolidación institucional de la disciplina en cuanto área autónoma y diferenciada de conocimiento. Esta consolidación recién empezaría a alcanzarse, por caso, a partir de la fundación de la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* (Sociedad Alemana de Sociología), en 1909, que ambos integraron y presidieron, de los congresos que esa asociación organizó, pero, más aún, desde el establecimiento de cátedras de sociología en las universidades alemanas. Esto último tuvo lugar con mayor nitidez recién a partir de la década de 1920 (ya luego de la muerte de Weber, acaecida justamente en 1920).

El *estilo de pensamiento* no fue unívoco durante todo el proceso que va desde finales del siglo XIX hasta la segunda posguerra, como tampoco fue homogéneo su "portador comunitario", el colectivo de los sociólogos alemanes. De hecho, los componentes de ese estilo fue-

45 Sabemos que el concepto de "texto" reviste múltiples significaciones, de Bajtín a Foucault pasando por Barthes, por ejemplo. Pero aquí lo consideraremos casi exclusivamente en su mera condición de concepto elaborado en un trabajo (libro, artículo, etc.), publicado al interior o desde un campo mayormente académico o universitario. De todos modos, los conceptos de Fleck que utilizamos en este trabajo pretenden problematizar una definición tan llana, introduciendo cuestionamientos a nociones tales como la "autoría" del "texto".

ron variando.[46] Lo cierto es que ya desde sus primeros momentos, a finales del siglo XIX, predominó en él una fuerte impronta historicista y antipositivista, y un esfuerzo deliberado por establecer una nueva disciplina (de débil legitimación al comienzo, al lado de los "gigantes" alemanes, comparativamente más consolidados, de la filosofía, la historiografía y la economía política) dotada de fundamentos teórico-conceptuales y metodológicos propios y distintivos. Estos esfuerzos son más que evidentes en el pionero libro *Comunidad y sociedad*, de Tönnies (1947 [1887]), y con posterioridad en Weber, sobre todo en los capítulos más nuevos de lo que póstumamente sería publicado bajo el título de *Economía y sociedad* (1964 [1922]).

Plessner, a su vez, pertenece a otro colectivo, de una historia mucho más larga y venerable que el de la naciente sociología, e inserto en una densa estela en el campo cultural de habla alemana: el de los filósofos. También participó de la oleada antipositivista de los sociólogos alemanes de la época, pero llega a ella por otros caminos, emparentados con la antropología filosófica. Sin embargo, si se modificase la escala del análisis, y si en lugar de considerar los colectivos como equivalentes o coincidentes con espacios disciplinarios acotados, universitariamente normalizados (sociólogos por un lado, filósofos por otro), se los definiese como un colectivo más amplio integrado por todos aquellos individuos interesados por la comunidad como problema político y sociocultural y como desafío intelectual, entonces sí sería posible albergar a Plessner bajo el mismo paraguas que Tönnies y Weber.[47]

René König, a su vez, localizado en términos generacionales[48] pocas décadas después, en la inmediata segunda posguerra, pertenece claramente al colectivo de pensamiento de los sociólogos alemanes. Lo que debe resultar evidente es que ese colectivo, en los años de la

46 Quizás sea una cuestión de mera nomenclatura si en este caso se trata precisamente de transformaciones al interior de un mismo estilo de pensamiento, o bien de reemplazos, desplazamientos o relevos de un estilo por otro. En cualquier caso, lo más importante sigue siendo poder describir en detalle los procesos implicados, los elementos del estilo que desaparecen, se desvanecen o pierden peso, o los nuevos componentes que emergen o se agregan.

47 Para no seguir entreverando más el argumento, quizás convenga abandonar la pretensión de dar con un rótulo adecuado para Plessner, y hacer algunas precisiones sobre su trayectoria: más allá de su formación y del grueso de sus publicaciones, que tienen que ver sobre todo con la filosofía, durante su exilio en Holanda enseñó sociología, participó de la reconstrucción institucional de la sociología alemana de la segunda posguerra, y entre 1955 y 1959 fue incluso presidente de la Sociedad Alemana de Sociología.

48 El problema de las "generaciones" en general, pero en particular en la sociología del conocimiento, ha sido magníficamente tratado por Mannheim (1993 [1929]).

posguerra, es portador de un estilo de pensamiento que, en términos epistemológicos y metodológicos, es mucho más proclive que el de sus predecesores a la investigación empírica de los "problemas sociales" de la sociedad de su tiempo. Esto supone obviamente una personificación diferente del sociólogo, concebido más como profesional y como "consejero" que como intelectual integral o pensador. El concepto de comunidad de König refleja muy bien esos cambios del estilo. Para él, es posible que comunidad sea, en todo caso, un concepto empírico,[49] pero de ninguna manera debería asumir los rasgos trascendentales que tenía todavía en Tönnies y que ya en Weber se habían reducido notablemente en sus alcances.

Para Fleck, sería tan imposible como innecesario decidir cuál de todos estos conceptos de comunidad es "el mejor", o el más "adecuado". Justamente el tipo de análisis que propone no juzga los pensamientos con la vara de la creciente perfectibilidad o del carácter acumulativo de la empresa científica.[50] A la luz del ejemplo histórico del concepto de sífilis, Fleck logra reconstruir un camino, mucho más entreverado y denso que el camino lineal de la "pista de las citas". Así, afirma que,

> al igual que las estructuras sociales, cada época tiene concepciones dominantes, residuos de las del pasado y gérmenes de las del futuro. Una de las tareas primordiales de la teoría comparativa del conocimiento sería investigar cómo las concepciones y las ideas confusas pasan de un estilo de pensamiento a otro, cómo emergen como preideas generales espontáneamente y cómo se mantienen, gracias a una especie de armonía de ilusiones, como estructuras persistentes y rígidas (1986 [1935a]: 75).[51]

Así, también en nuestro caso del concepto sociológico de comunidad en el campo cultural de habla alemana, sería posible considerar los conceptos de cada autor como preideas del de otro. Así, sobre la base de una serie de preideas que no podremos siquiera mencionar aquí,[52] Tönnies elabora una distinción categorial básica: comunidad versus

---

49 Lo cual lo vuelve utilizable en los *community studies* tan caros a la sociología estadounidense y que tan influyentes fueron para la reconstrucción de la empresa institucional de la sociología en Alemania luego de la Segunda Guerra Mundial.

50 "Una vez comparados, comprobadas las sucesivas transformaciones y detectados los elementos de otros estilos que marcan los caminos de la evolución, Fleck sostiene en principio que no existen criterios para preferir una teoría u otra, sacadas de su contexto" (Lorenzano, 2010: 103).

51 Esta interesante idea de la "armonía de ilusiones" ya fue citada más arriba, pero tiene sentido volver a traerla aquí al análisis.

52 Véase para eso el (ya mencionado más arriba) trabajo de Bickel (1991).

sociedad, *Gemeinschaft* versus *Gesellschaft*. Weber, a su turno, la mantiene en lo fundamental, aunque menguando la impronta tönniesiana de otorgarles a ambos conceptos atributos intrínsecos y "naturales", y cambiando ligeramente el vocabulario utilizado (*Vergemeinschaftung* versus *Vergesellschaftung*). Esto supuso incorporarle elementos procesuales que no estaban presentes en Tönnies.[53] Plessner sostiene la misma dicotomía de comunidad/sociedad, pero invierte la carga valorativa que todavía era muy marcada en Tönnies, y que había sido relativizada por Weber, mostrando los límites (y sobre todo los peligros) de la comunidad. Finalmente, König, con todo esto en mente, pega el decisivo salto epistemológico de elaborar un concepto empírico, no trascendental de comunidad.

Casi siete décadas median entre las fechas de acuñación de los conceptos de comunidad de Tönnies y de König. Quizás se trate siempre del mismo colectivo de pensamiento, dado que con la sola excepción de Plessner, estamos haciendo referencia a la sociología alemana. Pero ha habido cambios notables en el estilo de pensamiento que este colectivo ha portado en ese periodo. Fleck afirma que "cuando el estilo de pensamiento está muy alejado del nuestro, ya no es posible su comprensión, pues las palabras no pueden traducirse y los conceptos no tienen nada en común con los nuestros, ni siquiera motivos comunes" (1986 [1935a]: 190). En el caso que aquí analizamos no es tan profundo el hiato como el que Fleck encontró desde la concepción de la sífilis como peste diabólica hasta la concepción moderna de la enfermedad. De Tönnies a König ha habido, como se ha intentado mostrar, cambios de magnitud en los contenidos del concepto, pero los atributos genéricos de la comunidad (entendida positivamente como una de las formas fundamentales de la convivencia interhumana) siguen teniendo la mayor de las vigencias.

3.B. CÍRCULO ESOTÉRICO, CÍRCULO EXOTÉRICO Y ESTADO DE ÁNIMO

Los temas que se desarrollarán en esta subsección pueden sintetizarse así: estructuralmente hablando, en los colectivos de pensamiento a los que pertenecieron estos autores había *círculos esotéricos* (integrados por ellos, entre otros personajes) y *círculos exotéricos*. Los segundos, extremadamente heterogéneos, plantearon diferentes desafíos y exigencias a los primeros, y recibieron a su vez de ellos diferentes influjos. Determinados *estados de ánimo* dominaban al interior de los círculos esotéricos y, en ciertas coyunturas epocales, eran fuertemente coincidentes con los estados de ánimo de los círculos exotéricos, es-

53 Véase de Marinis (2010a; 2010b; 2015).

timulándose ambos de manera recíproca. Tal como se hizo en la subsección anterior, corresponde, en lo que sigue, desplegar con mayor detalle lo recién planteado aquí.

Para comenzar, debe anticiparse que ninguno de estos autores pretendió concentrar sus intervenciones solo en la circulación intracolectiva de conocimientos, sino que avanzaron en estrategias de comunicación de sus hallazgos hacia el exterior del colectivo. Tal como Fleck lo demostró en relación con la historia de la sífilis, este hecho tiene lugar prácticamente en todos los colectivos de pensamiento científicos, pero en las ciencias sociales y humanas adquiere condimentos especiales. La circulación intracolectiva, por supuesto, nunca dejó de tener lugar, sobre todo a través de los canales especializados de los congresos y las publicaciones científicas, más frecuentes los primeros y más abundantes las segundas a medida que avanzaba la consolidación institucional de estas disciplinas.[54] Pero aquí interesa particularmente recordar que, además de dedicarse con ahínco al cultivo de la propia disciplina, todos estos autores disponían de una gran sensibilidad frente a los más amplios asuntos políticos y socioculturales, y tomaban posiciones siempre decididas acerca de ellos.

Este hecho, sumado a la naturaleza intrínsecamente disputada y conflictiva del concepto en cuestión (comunidad), los ponía en contacto con muy variados círculos exotéricos, que demandaban a los integrantes del círculo esotérico interpretaciones sobre las situaciones sociopolíticas que los aquejaban dada su aguda conflictividad. O quizás también puede haberse dado el caso de que estos últimos ofrecían esas interpretaciones sin que nadie se las solicitara expresamente. Esto les sucede bastante a menudo, en muy diferentes contextos históricos, a las capas intelectuales de la sociedad, que lamentan que sus opiniones no sean tenidas en cuenta por las masas y los públicos. Resumiendo: además de la intensa comunicación que mantenían al interior del colectivo,[55] la comunicación entre el círculo esotérico y el círculo exotérico era también muy profusa.

---

54 En sus explicaciones acerca de la estructura social de las actividades científicas, Fleck sostiene que en las ciencias humanas "la organización está menos marcada" (1986 [1935a]: 89). Esto da lugar a disensos más profundos al interior del colectivo de pensamiento, así como a divergencias más marcadas en las formas que asume su estilo. En contraste, "cuanto más elaborado y más desarrollado está un campo de saber, más pequeñas son las diferencias de opinión" (1986 [1935a]: 130).

55 Este importante aspecto no fue desarrollado más arriba en la sección dedicada a reponer el pensamiento de Fleck, pero cabe ahora mencionar que este autor ocupó una parte importante de su análisis (1986 [1935a]:160 y ss.) a comprender el significado y el uso que se les da a las publicaciones tanto en la comunicación intracolectiva (a través de lo que Fleck llama la "ciencia de revistas" y la "ciencia de manuales")

Para presentar el ejemplo más conocido de estas comunicaciones entre los círculos, podría hacerse referencia a la intensa vocación política de Weber, magistralmente reflejada en sus *Escritos políticos* (1988 [1921]), en los cuales tomó posición frente a los más diversos acontecimientos de la política cotidiana de Alemania, desde la política exterior del Reich hasta las reparaciones de guerra apenas finalizada la Primera Guerra Mundial. Menos conocida, pero igualmente muy fuerte, es la relación de Tönnies con diversas expresiones políticas del movimiento obrero alemán, desde cooperativas, mutuales, comités de huelga hasta el propio Partido Obrero Socialdemócrata Alemán (SPD), al cual incluso se afilió en 1930. También fue notable la influencia que su pensamiento ejerció sobre la *Jugendbewegung*. Como se ve, diversos círculos exotéricos, entonces, fueron el claro destinatario, y a la vez el demandante de algunas de sus intervenciones, y no solo los colegas del círculo esotérico, para los que Tönnies se reservaba otro tipo de comunicaciones.

Por su parte, el ya citado libro de Plessner (*Límites de la comunidad*) no puede entenderse solo como una comunicación intracolectiva. Desde luego, ese aspecto no está ausente. A lo largo de su vida, mantiene un intenso y permanente diálogo con filósofos como Arnold Gehlen, Max Scheler, Carl Schmitt y Martin Heidegger, también con sociólogos como Karl Mannheim e incluso con arquitectos y diseñadores de la Bauhaus. Pero la motivación principal que lo anima en ese libro es dar cuenta precisamente de los "límites de la comunidad" justo en el momento (plena década de 1920) en el que esa palabra aparecía como una panacea para distintos actores sociales de izquierda y de derecha. Pero que, a los ojos de Plessner, amenazaba con derrapar hacia un desarrollo peligroso, sobre todo para la democracia liberal y las libertades individuales.

Finalmente, el trabajo de König ejemplifica con claridad el esfuerzo de la República Federal de Alemania de hacer de la sociología la ciencia de la planificación democrática por excelencia. Del mismo modo que el Estado prusiano había invertido cuantiosos recursos financieros y humanos en, por ejemplo, la investigación sobre la sífilis (entre muchos otros campos de estudio), lo propio hizo la República Federal con todas las ciencias y, desde luego también, con las sociales. La reconversión de la comunidad de un concepto transcendental y filosófico en un concepto empírico y sociológico, en la que König participó de manera protagónica, debe ser leída precisamente en este

---

como en la comunicación que tiene lugar entre los círculos esotéricos y exotéricos (a través de lo que denomina la "ciencia de los libros de texto") o, dicho de otro modo, la relación entre el "saber especializado" y el "saber popular".

contexto. Todo esto, además, en el marco de una naciente República Federal que buscaba (a su manera, con muchos resquemores e incontenibles sentimientos de culpabilidad, con la ayuda de las ciencias sociales) comprender cómo había sido posible la experiencia histórica de una *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo) que había llegado a convertirse en una inflamable maquinaria genocida.

Directamente relacionado con lo recién mencionado, otro concepto de sumo interés en este punto de nuestra argumentación, y que introduce Fleck en sus trabajos, es el de *Stimmung*, *mood*, o estado de ánimo, ya mencionado más arriba. Así lo define Fleck:

> La fuerza que mantiene al colectivo y une a sus miembros se deriva de la comunidad del estado de ánimo colectivo. Este estado de ánimo produce la disposición para una percepción, evaluación y uso idénticamente dirigidos de lo que se percibe, es decir, un estilo de pensamiento común (2011 [1936]: V; mi traducción).[56]

Para Fleck, el conocimiento no está, ni podría estar, libre de emociones. Porque "las palabras o las ideas son, originalmente, equivalentes sonoros y mentales de las vivencias que se dan simultáneamente con ellas" (1986 [1935a]: 74). Además, "todas las palabras llevan adherido un tono estilístico más o menos marcado" (1986 [1935a]: 156). Así, según ejemplifica Fleck, palabras como "fuerza" o "energía" en absoluto arrastran los mismos significados para físicos, filólogos y deportistas, que fueron formados en el marco de colectivos de pensamiento diferentes y siguiendo estilos de pensamiento distintos. Las emociones, desde luego, siempre tienen un carácter eminentemente social. Los términos técnicos, el vocabulario especializado, no solo denotan aquello que se establece en las respectivas definiciones teóricas, sino que también tienen un cierto poder: "Al no ser solo un nombre sino también un eslogan, tienen un encanto específico del pensamiento" (2011 [1936]:V; mi traducción).

Pocas palabras reflejan todas estas cuestiones mejor que el concepto de comunidad, tanto en el campo de la sociología como fuera de él. Porque no me refiero aquí solamente a la *Stimmung* que reinaba al interior del círculo esotérico del colectivo de pensamiento de los sociólogos alemanes, sino también en los más variados círculos exotéricos que lo circundaban. Retomando lo planteado más arriba, resulta notable, tanto en Tönnies como en Weber, la forma en la que participaron de, alimentaron e instigaron una *Stimmung* comunitarista que atravesaría numerosas capas sociales de ese país, con tonalidades

56 Para un completo desarrollo del concepto de *Stimmung*, sus raíces intelectuales y su lugar en la obra de Fleck, puede consultarse Bauer (2014).

patrióticas y nacionalistas durante la Primera Guerra Mundial, y de manera fuertemente polarizada, a izquierda y a derecha, pero siempre en una clave "comunitarista", en los años subsiguientes a esa guerra.[57]

De todos modos, el fervor comunitarista de Weber habría de desvanecerse poco tiempo después de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, hecho histórico al que había antes ensalzado como acontecimiento "grande y maravilloso" y en el que tanto él como la mayoría de sus contemporáneos habían depositado tantas esperanzas. Así, a finales de la década de 1910, cuando empieza a elaborar lo que luego sería el capítulo de los "Conceptos sociológicos fundamentales" de *Economía y sociedad* (1964 [1922]), y ya lejos de ese fervor comunitarista que lo había conmovido poco tiempo antes, introduce una fuerte desustancialización del concepto de comunidad, al reemplazar el concepto de acción comunitaria (*Gemeinschaftshandeln*) por uno mucho más neutral (el de acción social, *soziales Handeln*) como objeto primario de la sociología. Todo esto sucedía, además, justo en el momento en el que estaba despuntando en Alemania una verdadera explosión de motivos comunitarios de derecha y de izquierda, que habrían de alcanzar su mayor despliegue en la década de 1920.[58] Con esto, quiere mostrarse una vez más la importancia que tiene tomar en cuenta la *Stimmung* intracolectiva (y también la reinante en los más amplios círculos sociales) para arrojar nueva luz sobre las transformaciones terminológicas. Desde luego, esto no necesariamente indica la deducción automática de las segundas a partir de la primera. Será cuestión de analizar el efecto real de la *Stimmung* en cada caso histórico que se quiera considerar. Esta vez, fue particularmente notable.

Muy poco tiempo después de producidos estos desarrollos weberianos que acabo de comentar, ya entrando en la década de 1920, Plessner supo plantarse con firmeza (y en relativa soledad, cabe agregar) ante el fervor de una *Gemeinschaft* que se había difundido como reguero de pólvora en el campo cultural de habla alemana.[59] Pero lo

---

57 Un excelente panorama político-intelectual sobre "las ideas de 1914" (fuertemente emparentadas con una exacerbación culturalista de la comunidad nacional) lo ofrece Losurdo (2003). Sobre las transformaciones culturales en la *Stimmung* alemana desde inicios de la primera guerra hasta la toma del poder por parte de los nazis, puede consultarse también Fritzsche (2012).

58 Véase de Marinis (2015) para comprender más detalladamente las razones de los desplazamientos del sentido de los conceptos de comunidad de Weber entre 1913 y 1920. También allí se explican las diferencias más importantes entre los conceptos tönniesianos y weberianos de "comunidad" y "sociedad".

59 Fervor al que, sin duda, aun sin poder controlar sus efectos y sus manifestaciones más perversas y extremas (relacionadas con el constructo nazi de la *Volksgemeinschaft*), también había contribuido la obra de Tönnies.

hizo sin negar la centralidad y la relevancia cultural de la *Gemeinschaft*. En realidad, su estrategia consistió en invertir la carga valorativa dominante en su época, puesta claramente sobre uno de los polos de lo que estaba planteado como un verdadero dualismo conceptual (comunidad-sociedad), para ponerlo sobre el otro. Así, una de sus obras más conocidas y ya citada en este trabajo, *Límites de la comunidad* (2012 [1924]), terminó convirtiéndose a la vez en una denuncia de los peligros que para él encerraba la *Gemeinschaft,* así como en una exploración consecuente de las virtudes y las potencialidades de una *Gesellschaft* liberal y democrática, defendida por entonces por casi ningún actor social.

Y, por último, se agregará algo a lo ya dicho acerca de König (1955). Instalado en la segunda posguerra de una Alemania que ya se había "quemado" gravemente con las llamas de la comunidad en su variante nazi, König operó una demoledora crítica sociológica a la obra de Tönnies, a la cual, entre otras cosas, relegó al arcón de las antigüedades de la filosofía de la historia. La *Stimmung* en la nueva República Federal de Alemania había cambiado de manera notable. Los círculos exotéricos ya no le exigían a la ciencia interpretaciones para dar sentido a las tragedias de la historia, sino datos e informaciones obtenidas por métodos científico-sociales para poder optimizar la toma de decisiones políticas. La filosofía de la historia cedió así su paso a una sociología de vocación fuertemente empírica, a menudo demasiado cercana a una sociografía estatal.

4. CONCLUSIÓN PROVISORIA (PARA PODER PROSEGUIR DESPUÉS)

En las conclusiones de este trabajo se trata, apenas, de atar algunos cabos sueltos que han quedado en el camino. Es de esperarse que el recorrido realizado (en el triple juego de presentación del problema de las semánticas sociológicas de la comunidad en la sección 1, de reposición de la obra de Fleck en la sección 2, y de su aplicación a nuestros propios problemas de investigación en la sección 3) haya sido suficientemente elocuente. A la luz del análisis realizado en la última sección, se trata en lo que sigue de repensar o revisar la idea o el concepto de "semántica sociológica de la comunidad" que venía usando en trabajos anteriores. Asimismo, retomaré expresamente lo propuesto en la introducción de este trabajo, donde hacía referencia a diversas "situaciones" que pueden darse en el análisis de la relación entre "textos" y "contextos" y que, según postulaba allí, sería conveniente evitar.

Para recordarlo de forma breve, se hablaba de una situación 1, en la cual se proponía una casi total autonomía del texto respecto del

contexto, y de una situación 2, en la que se planteaba una muy fuerte (a menudo casi absoluta) determinación o condicionamiento del primero por parte del segundo. La situación 1 no es infrecuente en muchos trabajos que se definen a sí mismos como "de teoría sociológica", en los que las teorías a menudo parecieran flotar en el aire y carecer de alguna forma de enraizamiento cultural. La situación 2, en cambio, es la más habitual en trabajos de "sociología de los intelectuales" o de "historia de las ideas e instituciones sociológicas", en los cuales el texto no posee casi ninguna autonomía y aparece así como un mero efecto o un resultado de "otras cosas", que tienen que ver, sobre todo, con la posición del autor en un determinado campo intelectual, cultural, disciplinario, generacional, nacional, de poder, de clase, etc. Por mi parte, pretendo localizar mi propio trabajo de investigación en evidente conexión con (pero a la vez a relativa equidistancia de) ambos tipos de trabajo intelectual, tal como lo intentaré explicar en lo que sigue.

De la mano de los aportes de Fleck, creo haber empezado a abrir la "caja negra" de la idea de semántica que yo mismo venía utilizando, otorgándole un alcance quizás algo menos unilateral, menos monolítico, seguramente menos culturalista y, en cualquier caso, menos determinista. Todo en favor de una mirada de corte sociológico y relacional, que no descarta la existencia de determinadas semánticas culturales (que le imprimen una cierta tonalidad de conjunto a los conceptos que bajo su "paraguas" emergen, se estabilizan, cambian), pero que rastrea de manera más precisa sus complejos y heterogéneos orígenes sociales, sirviéndose de conceptos tomados de Fleck, tales como "colectivo de pensamiento", "estilo de pensamiento" y *Stimmung*, entre otros.

Retomando lo planteado en la introducción, se puede ahora arribar a la conclusión de que si se toman en consideración los aportes de Fleck, es más difícil recaer en lo que denominábamos "situación 1". No hay texto (en sus propias palabras, no hay "hecho científico"), no hay concepto (decimos nosotros, pensando en *Gemeinschaft*), que pueda entenderse por fuera del contexto en el que surge, se estabiliza y se transforma. Ese contexto, siempre cambiante, tiene entre sus principales componentes al colectivo de pensamiento, justamente ese portador comunitario de un determinado estilo de pensamiento, en el cual predomina o se impone cierta *Stimmung*. El estilo de pensamiento, a su vez, no solo supone preceptos teóricos abstractos, sino también formas prácticas del quehacer científico (científico social, en este caso).

Todos estos conceptos elaborados por Fleck, al mismo tiempo, relativizan fuertemente las nociones de "autoría individual" y de "genialidad", a las que la convencional lectura de "recepciones", "deudas",

"legados" e "influencias" y el juego del seguimiento de la "pista de las citas" muestran a menudo tanta inclinación. Ni siquiera la reacción de Wassermann puede ser considerada propiamente "de Wassermann". En el ejemplo histórico de la sífilis, Fleck muestra la intrincada combinación de demandas y presiones ejercidas desde amplios y variados círculos exotéricos hacia los diferentes estratos o capas de los círculos esotéricos de la ciencia, en también distintos momentos históricos; las generalizadas y persistentes sospechas morales frente a un mal tenido por pecaminoso desde el Medioevo en adelante; los cuantiosos recursos estatales invertidos a finales del siglo XIX y comienzos del XX, para desarrollar su investigación; la curiosidad, el error y el autoengaño de diversos colectivos de científicos que buscaban "otras cosas" y terminaron encontrando, con no pocas casualidades de por medio, el agente patógeno de la enfermedad, y, luego, finalmente, los procedimientos adecuados para detectarla en el análisis serológico.

Resulta posible proponer una analogía entre esta historia del concepto de la sífilis y la del concepto de comunidad en la sociología alemana desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX.[60] Lo he explicado más arriba y, por eso, no hará falta repetirlo ahora. Solo quisiera subrayar que también en este caso confluyeron numerosas presiones y cambiantes demandas de los círculos exotéricos sobre los esotéricos,[61] cada vez más abundantes comunicaciones intracolectivas en el círculo esotérico del colectivo de los sociólogos alemanes a través de los más diversos medios,[62] recursos estatales de promoción (y control)

---

60 Creemos que este ejercicio resulta posible aun cuando, como es evidente, Fleck construye sus conceptos teniendo en mente un ejemplo histórico de las ciencias experimentales, y a nosotros en cambio nos interesan las ciencias sociales y humanas. Fleck suele incluir este tipo de afirmaciones: "La tradición, la formación y la costumbre dan origen a una disposición a percibir y actuar conforme a un estilo, es decir, de forma dirigida y restringida; hasta que la respuesta está preformada en gran parte de la pregunta y se tiene que decidir solamente entre sí o no o un constatar numérico; hasta que métodos y aparatos nos realicen automáticamente la mayor parte del pensar" (1986 [1935a]:131). Aun así, en esta exploración sociológica, sin poder usar "aparatos" y casi siempre sin realizar "constataciones numéricas", no parece ser improcedente el traslado de sus categorías a los temas de nuestro interés.

61 El estudiantado, los miembros del movimiento de la juventud, el movimiento sindical, la dirigencia política de izquierda y de derecha, la amplia intelectualidad ilustrada, los soldados que iban a la guerra o regresaban de ella, el nacionalismo pangermano, los agentes del sistema educativo, los pastores y fieles de las iglesias, los grupos judíos alemanes, los militares, los grandes industriales, la vieja aristocracia terrateniente, y muchos grupos sociales más.

62 Libros y revistas de sociología (y disciplinas vecinas), congresos sociológicos y cátedras universitarias son, como ya hemos indicado, los más importantes vehículos de comunicación pero, por ello mismo, también de socialización de nuevos miembros en el colectivo, de transmisión del estilo tenido por "correcto", etc.

de las ciencias sociales y humanas,[63] esperanzas revolucionarias de izquierda, pánicos morales de derecha, y muchos etcéteras más.

En este caso, por añadidura, el "hecho científico" en cuestión (el concepto de comunidad) reviste unas características peculiares. A diferencia de palabras que solo son objeto de circulación en círculos esotéricos, de las que hay abundantes ejemplos también en las ciencias sociales, y que son comprensibles únicamente para quienes están convenientemente iniciados y socializados en la lógica, las ritualidades y los preceptos de orden teórico-práctico de un colectivo de pensamiento de sociólogos y sociólogas profesionales o en vías de profesionalización, la comunidad es (y sigue siendo, aún hoy) palabra de uso común en el vocabulario de la vida cotidiana, de la política, de la cultura en un sentido amplio. La comunidad siempre fue, mucho más que otras palabras, una que puede rápidamente convertirse en "grito de guerra" y despertar automáticamente "amistad" o "enemistad", para retomar una de las citas de Fleck que consignaba como epígrafe al comienzo de este trabajo. Y esto vale mucho más para aquellas décadas en las que, a favor (Tönnies, circunstancialmente también Weber) o en contra (Plessner y, a su manera, König), el vocabulario de la comunidad sintetizó a la vez la esperanza en una humanidad plena y reconciliada consigo misma, pero asimismo el espanto ante los horrores perpetrados en su nombre (por caso, los del nazismo, que hizo de ese vocabulario un uso más que intenso).

Ahora bien, en cuanto a lo que al comienzo de este trabajo había designado como situación 2, ¿logran realmente los planteamientos de Fleck romper con el crudo y unilateral determinismo del contexto sobre el texto? Podría decirse que sí, aunque de una manera que convendría matizar. Porque si lo que se pretende es tomar distancia de la situación 1 resulta casi inevitable desplazarse peligrosamente hacia la situación 2. Si todo este conjunto de problemas pudiese representarse sobre un segmento donde en cada uno de sus extremos se ubicase una de estas dos situaciones, al alejarse de un extremo habría que tomar la precaución de detenerse (habrá que ver cuánto) antes de llegar a toparse con el otro. Todo esto supone un ejercicio autorreflexivo bastante arduo para quienes investigamos sobre estos temas, en especial, porque implica emprender el camino más difícil (más difícil porque

---

63 El Reich prusiano, la república de Weimar, el régimen nazi y la República Federal mantuvieron relaciones muy distintas entre sí con la sociología institucionalizada (o con la institución de la sociología), que fueron desde el rígido control ideológico hasta la promoción instrumentalizadora. Lamentablemente no podrá decirse aquí mucho más acerca de esto.

tanto instalados en la situación 1 como en la situación 2 todo suele "cerrar", con menor esfuerzo y mayor comodidad).

Fleck, por cierto, lleva a cabo una clara operación de sociologización del conocimiento. Lo mismo pretendí hacer en este capítulo, tomando sus aportes como inspiración. En este sentido, ni Fleck ni tampoco yo hemos dejado de otorgarle una cierta prioridad analítica al contexto, ese contexto que Fleck describe en clave de colectivos, estilos, *Stimmungen*, etc. Pero esa prioridad no debe ser considerada de manera absoluta, sino matizada. En efecto, ella viene mediada por la efectividad que puedan tener estos constructos, en cuanto contexto, en el proceso de la génesis, estabilización y cambio de los perfiles de un determinado texto.

De todos modos, esa efectividad no debería decidirse de antemano, ni postularse *a priori*. Es por eso que este ejercicio no debería correr el peligro de recaer en un nuevo determinismo. Así, no habría contenidos específicos de los textos que puedan "deducirse" o "derivarse" automáticamente a partir de la exploración de un contexto dado. De hecho, los "mismos" contextos han admitido históricamente la emergencia de textos muy disímiles, y esto ha sucedido también en sociología o ciencias sociales.[64] Lo cierto es que el proceso de constitución, estabilización y cambio conceptual viene signado por cualquier cosa menos por la "necesidad histórica". Se impone, en todo caso (y es la consecuencia metodológica más importante que se podría extraer en este punto), la exigencia de realizar siempre una minuciosa y puntual indagación empírica de cierto texto, de su contexto, y de la relación entre ambos. Para ello, una exploración detallada del (o de los) colectivo/s, del (o de los) estilo/s y de la/s *Stimmung/en* en cuestión pueden ser de gran utilidad.

Así, habrá ocasiones para analizar en las cuales el texto podrá cobrar mayor "vuelo propio", y en otras el contexto adquirirá un poder de determinación más decisivo. Plessner (en una inserción en colectivos diversos, que no estamos todavía en condiciones de reconstruir claramente, pues, como ya se ha mencionado, cabalgó entre varios, y sus numerosos avatares personales, exilios y destierros lo impulsaron a ello) nadó de manera denodada contra la corriente de la *Stimmung* comunitarista, fuertemente dominante en la Alemania de la década de 1920.[65] No así König, cuyo pensamiento acompañó de manera pa-

---

64 El ejemplo que más fácil viene a la mente es el de la Europa del siglo XIX, que dio lugar tanto a la "sociología burguesa" como al "marxismo revolucionario".

65 Las intervenciones de Plessner podrían ser también analizadas desde Fleck, que hace referencia a los "hechos heroicos independientes" que también se registran en la historia de la ciencia. Así, afirma: "Esa independencia consiste únicamente en au-

radigmática el estilo de pensamiento reconstructivo, democrático y planificador de la sociología alemana (y del Estado alemán) en los años inmediatamente posteriores a la segunda posguerra. Tönnies, a su vez, había abierto en su momento una senda que Weber, pocos años después, ya no pudo soslayar. Fleck afirmaba que "cuanto más elaborado y más diferenciado sea un campo de pensamiento, más intrincados, más interrelacionados y más recíprocamente definibles serán sus conceptos" (1986 [1935a]: 100). Por eso, Weber, poco tiempo después que Tönnies, ya no pudo concebir sus definiciones de comunidad,[66] sin posicionarlas en relación con las de Tönnies (un pionero en esa faena) y sin debatirlas de alguna manera al interior de un colectivo ya constituido, "elaborado" y "diferenciado", como planteaba Fleck. *Comunidad y sociedad* (1947), cuya primera edición es de 1887, tiene apenas un puñado de referencias bibliográficas, de autores mayormente muertos, como Adam Smith, Thomas Hobbes y Karl Marx, entre otros. En cambio, en los conceptos sociológicos fundamentales de *Economía y sociedad* (1964), de Weber, escritos unas tres décadas después, las referencias cruzadas a varios colegas del colectivo son claramente más abundantes.

En suma, para analizar unos casos y otros, tanto aquellos en los cuales el texto adquiera mayor "vuelo propio" como aquellos en los que la determinación del contexto resulte mucho más marcada y pronunciada, el análisis de los colectivos de pensamiento, de los estilos de pensamiento y de las *Stimmungen* dominantes puede tener gran importancia. Y de ese modo, el estricto foco "sobre autores" (lo cual quizás solo quiera decir "sobre textos excesivamente autonomizados"), que a menudo tiene lugar en estudios "de teoría", se vuelve susceptible de una importante relativización. Operando con todas estas precauciones metodológicas en mente, es nuestra expectativa al menos, podría quizás avanzarse hacia una cierta desustancialización de la noción de "semántica" que veníamos utilizando hasta ahora. Y podrían abrirse nuevas perspectivas de investigación que quizás resulten prometedoras para su utilización en el análisis de otros textos, en otros contextos.

---

sencia de colaboradores y ayudantes y, eventualmente también de precursores" (1986 [1935a]:91). Para que estos hechos logren mantenerse, continúa Fleck, tienen que tener "repercusión significativa", esto es, deben aparecer en "momentos socialmente apropiados" (ibídem).

66 En realidad, no se trata de conceptos de "comunidad", sino de *Vergemeinschaftung*, que no es precisamente *Gemeinschaft*, sin más, tal como se explica detalladamente en de Marinis (2015).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alvaro, D. (2015). *El problema de la comunidad. Marx, Tönnies, Weber*. Buenos Aires: Prometeo Editorial.

Atienza, J., Blanco, R. e Iranzo, J. M. (1994). Ludwik Fleck y los olvidos de la sociología. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 67, 243-249.

Bauer, J. (2014). 'Gerichtetes Wahrnehmen', 'Stimmung', 'soziale Verstärkung'. Zur historischen Semantik einiger Grundbegriffe der Lehre vom Denkstil und Denkkollektiv. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin,* 22 (1-2), 87-109.

Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil.* Madrid: Siglo XXI Editores.

Bender, T. (1982). *Community and Social Change in America*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

Berger, P. y Luckmann, T. (1986) [1966]. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bickel, C. (1991). *Ferdinand Tönnies. Soziologie als skeptische Aufklärung zwischen Historismus und Rationalismus.* Opladen: Westdeutscher Verlag.

Bond, N. (2009). Gemeinschaft und Gesellschaft: The Reception of a Conceptual Dichotomy". *Contributions to the History of Concepts*, 5, 162-186.

Breuer, S. (1996). Von Tönnies zu Weber. Zur Frage einer "deutschen Linie" der Soziologie. *Berliner Journal für Soziologie,* 6, 227-245.

— (2002). 'Gemeinschaft' in der 'deutschen Soziologie'". *Zeitschrift für Soziologie*, 31(5), 354-372.

Brorson, S. y Andersen, H. (2001). Stabilizing and changing phenomenal worlds: Ludwik Fleck and Thomas Kuhn on scientific literature. *Journal for General Philosophy of Science,* 32, 109-129.

Cohen, R. y Schnelle, T. (eds.) (1986). *Cognition and Fact: Materials on Ludwik Fleck*. Dordrecht: Reidel.

de Marinis, P. (2010a). Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies). En P. de Marinis, G. Gatti e I. Irazuzta (comps.), *La comunidad como pretexto: en torno al (re) surgimiento de las solidaridades comunitarias* (pp. 347-382). Barcelona y México DF: Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

— (2010b). La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes. *Papeles del CEIC,* 58, 1-36.

— (coord.) (2012a). *Comunidad: estudios de teoría sociológica.* Buenos Aires: Prometeo Editorial.
— (2012b). La comunidad societal de Talcott Parsons, entre la pretensión científica y el compromiso normativista. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 231-263). Buenos Aires: Prometeo Editorial.
— (2013). *Gemeinschaft, community*, comunidad: algunas reflexiones preliminares acerca de las variadas semánticas de la comunidad en la teoría sociológica. *Revista Argentina de Ciencia Política,* 16, 87-104.
— (2015). Las comunidades de Max Weber. Acerca de los tipos ideales sociológicos como medio de desustancialización de la comunidad. En A. Morcillo Láiz y E. Weisz (eds.), *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción* (pp. 293-320). México DF: Fondo de Cultura Económica.
— (2016). The multiple uses of 'community' in sociological theory: historical type, ideal type, political utopia, socio-technological device and ontological foundation of 'society'. En G. Melville y C. Ruta (eds.), *Potency of the Common. Intercultural Perspectives about Community and Individuality* (pp. 27-50). Berlín-Boston: De Gruyter Oldenbourg.
— (2017). Acerca de la comunidad y su (¿presunto?) renacer. *Cuadernos de Teoría Social*, 3(6), 49-67.
Egloff, R. (2007). Leidenschaft und Beziehungsprobleme: Ludwik Fleck und die Soziologie. En C. Bozena y J. Joerden (eds.), *Von der wissenschaftlichen Tatsache zur Wissensproduktion. Ludwik Fleck und seine Bedeutung für die Wissenschaft und Praxis* (pp. 79-93). Fráncfort del Meno: Peter Lang.
— (2014). Gedankenverkehr, Kreuzung und Verdichtung. Fleck, Simmel und die Völkerpsychologie. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin*, 22(1-2), 69-85.
Eßbach, W., Fischer, J., Lethen, H. (eds.) (2002). *Plessners 'Grenzen der Gemeinschaft'. Eine Debatte.* Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
Falconi, R. (2014). El giro historicista antes del giro historicista: el trabajo de Ludwik Fleck. Trabajo presentado en VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.
Fischer, J. (2002). Nachwort. En H. Plessner, *Grenzen der Gemeinschaft. Eine Kritik des sozialen Radikalismus* (pp. 135-145).Fráncfort del Meno: Suhrkamp.

Fleck, L. (1994) [1929]. Sobre la crisis de la 'realidad'. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* 67, 251-261.

— (1986) [1935a].*La génesis y el desarrollo de un hecho científico. Introducción a la teoría del estilo de pensamiento y del colectivo de pensamiento*. Madrid: Alianza Editorial.

— (1986) [1935b]. Scientific Observation and Perception in General. En: R. Cohen y T. Schnelle (eds.), *Cognition and Fact: Materials on Ludwik Fleck* (pp. 59-78). Dordrecht: Reidel.

— (2011) [1936]. Das Problem einer Theorie des Erkennens. En S. Werner y C. Zittel (eds.), *Ludwik Fleck. Denkstile und Tatsachen. Gesammelte Schriften und Zeugnisse* (pp. 260-309). Berlín: Suhrkamp. En inglés (1986): The Problem of Epistemology. En R. Cohen y T. Schnelle (eds.), *Cognition and Fact: Materials on Ludwik Fleck* (pp. 79-112). Dordrecht: Reidel.

Fritzsche, P. (2012). *De alemanes a nazis. 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gebhardt, W. (1999). 'Warme Gemeinschaft' und 'kalte Gesellschaft'. Zur Kontinuität einer deutschen Denkfigur. En G. Meuter y H. Otten (eds.), *Der Aufstand gegen den Bürger. Antibürgerliches Denken im 20. Jahrhundert* (pp. 165-184). Würzburg: Königshausen & Neumann.

Graf, E. y Mutter, K. (2005). Ludwik Fleck und Europa. En R. Egloff (ed.), *Tatsache. Denkstil. Kontroverse: Auseinandersetzungen mit Ludwik Fleck* (pp. 13-20). Zúrich: Collegium Helveticum.

Grondona, A. (2012). La 'comunidad' de Chicago. Cuestión social, cuestión urbana y cambio social: una sociología de *lo* comunitario. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 189-228). Buenos Aires: Prometeo.

Haidar, V. (2012). Una 'Comunidad de comunidades': tras las huellas de una tradición liberal y democrática de pensamiento acerca de la comunidad en las obras de John Dewey y los sociólogos de la Escuela de Chicago. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 141-187).Buenos Aires: Prometeo.

Harwood, J. (1986). Ludwik Fleck and the Sociology of Knowledge. *Social Studies of Science*, 16, 173-187.

Hübinger, G. (2009). Individuum und Gemeinschaft in der intellektuellen Streitkultur der 1920er Jahre. En R. Köster, W. Plumpe, B. Schefold y K. Schönhärl (eds.), *Das Ideal des schönen Lebens und die Wirklichkeit der Weimarer Republik* (pp. 3-13). Berlín: Akademie Verlag.

Joas, H. (2006). Gemeinschaft und Demokratie in den USA. Die vergessene Vorgeschichte der Kommunitarismus-Diskussion. En M. Grundmann, T. Dierschke, S. Drucks e I. Kunze (eds.), *Soziale Gemeinschaften: Experimentierfelder für kollektive Lebensformen* (pp. 31-42). Berlín: Lit Verlag.

Johach, E. (2014). Was denkt im Individuum? Kollektivfiguren bei Ludwik Fleck, Tadeusz Bilikiewicz und Ludwig Gumplowicz. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin,* 22, 111-132.

Keller, S. (1988). The American Dream of Community: An Unfinished Agenda. *Sociological Forum*, 3(2), 167-183.

Kleeberg, B. y Werner, S. (2014). Gestalt – Ritus – Kollektiv. Ludwik Fleck im Kontext der zeitgenössischen Gestaltpsychologie, Ethnologie und Soziologie. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin,* 22(1-2), 1-7.

König, R. (1955). Die Begriffe Gemeinschaft und Gesellschaft bei Ferdinand Tönnies. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 7, 348-420.

Kuhn, T. (1971) [1962]. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

— (1979). Foreword. En L. Fleck, *The Genesis and Development of a Scientific Fact* (pp. vii-xi).Chicago: University of Chicago Press.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red.* Buenos Aires: Manantial.

Liebersohn, H. (1988). *Fate and Utopia in German Sociology, 1870-1923*. Cambridge: MIT Press.

Lorenzano, C. (2004). Los ancestros de Thomas Kuhn (homenaje a Ludwik Fleck). En: R. Martins, L. Martins, C. Silva y J. Ferreira (eds.), *Filosofia e historia da ciência no Cone Sul. 3º Encontro* (pp. 91-101). Campinas: AFHIC.

— (2010). Presentación del prólogo de T. S. Kuhn a la traducción inglesa de *Entstehung und Entwicklung einer wissenschaftlichen Tatsache* de Ludwik Fleck. Los orígenes fleckianos del pensamiento de Kuhn. *Metatheoria,* 1(1), 81-113.

Losurdo, D. (2003). *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la "ideología de la guerra".* Buenos Aires: Losada.

Macías Llanes, M. (2002). Una nueva mirada para el estudio de la ciencia y la tecnología: el enfoque de los estudios sociales. *Humanidades Médicas,* 2(2).

Mannheim, K. (1993) [1929]. El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* 62, 193-244.

Menegazzi, T. (2012). Prólogo. En H. Plessner, *Límites de la comunidad. Crítica al radicalismo social* (pp. 9-18). Madrid: Siruela.

Mick, C. (2016). *Lemberg, Lwów, L'viv, 1914-1947: Violence and Ethnicity in a Contested City*. West Lafayette: Purdue University Press.

Mößner, N. (2011). Thought styles and paradigms – A comparative study of Ludwik Fleck and Thomas Kuhn. *Studies in History and Philosophy of Science,* 42, 362-371.

Neumann, M. (2014). 'Gedankenwanderung'. Ludwik Flecks Morphologie des Wissens. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin,* 22(1-2), 49-68.

Padilla, E. (2012). Relaciones entre Fleck y Kuhn respecto a las nociones de colectivo y estilo de pensamiento. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 18, 433-439.

Peez, K. (2010). Ferdinand Tönnies und Helmut Plessner. *Theologie. Geschichte Beiheft,* 1, 21-54.

Pérez Marín, M. (2010). Ludwik Fleck: precursor del pensamiento de Thomas Kuhn. *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, 13, 130-149.

Plessner, H. (2012) [1924]. *Límites de la comunidad. Crítica al radicalismo social.* Madrid: Siruela.

Rosa, H., Gertenbach, L., Laux, H., Strecker, D. (2010). *Theorien der Gemeinschaft zur Einführung.* Hamburgo: Junius Verlag.

Rose, N. (2007). *The Politics of life itself. Biomedicine, power and subjectivity in the twenty-first century*. Nueva Jersey: Princeton University Press.

Ruiz, A. (2003). Redescubriendo a Ludwik Fleck. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 9, 386-393.

Runeberg, A. (1971). On the (Un)translatability of some of Ferdinand Tönnies' Principal Sociological Ideas. *Acta Sociologica,* 14(4), 227-235.

Sady, W. (2016). Ludwik Fleck. En E. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <https://plato.stanford.edu/archives/sum2016/entries/fleck/>.

Schäfer, L. y Schnelle, T. (1986). Los fundamentos de la visión sociológica de Ludwik Fleck de la teoría de la ciencia. Introducción a Ludwik Fleck, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico. Introducción a la teoría del estilo de*

pensamiento y del colectivo de pensamiento (pp. 9-42). Madrid: Alianza Editorial.
Schnelle, T. (1986). Microbiology and Philosophy of Science, Lwow and the German Holocaust: Stations of a Life – Ludwik Fleck 1896-1961. En R. Cohen y T. Schnelle (eds.), *Cognition and Fact: Materials on Ludwik Fleck* (pp. 3-36). Dordrecht: Reidel.
Schrecker, C. (2010). Community and Community Studies: a Return Journey. En C. Schrecker (ed.), *Transatlantic Voyages and Sociology. The Migration and Development of Ideas* (pp. 113-126). Aldershot: Ashgate.
Shimada, S. (1996). Die soziologischen Grundbegriffe 'Gemeinschaft und Gesellschaft" – aus der Perspektive der interkulturellen Kommunikation. *Japanstudien. Jahrbuch des Deutschen Instituts für Japanstudien der Philipp-Franz-von-Siebold-Stiftung*, Bd. 8, Múnich, iudicium, 265-286.
Tönnies, F. (1947) [1887]. *Comunidad y sociedad.* Buenos Aires: Losada.
Torterola, E. (2012). Lazo social y metrópolis. La comunidad en los orígenes de la sociología urbana: Georg Simmel y Robert E. Park. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 109-140). Buenos Aires: Prometeo.
Wallace, A. (1999). Translator's Introduction y Translator's Note. En H. Plessner, *The limits of community. A critique of Social Radicalism* (pp. 1-36 y 37-40). Nueva York: Humanity Books.
Weber, M. (1988) [1921]. *Gesammelte Politische Schriften* (ed. Johannes Winckelmann). Tubinga: Mohr Siebeck.
— (1964) [1922]. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
Werner, S. (2014). Wissenschaft und Magie. Ethnologische und wahrnehmungspsychologische Motive in Ludwik Flecks Epistemologie. *NTM Zeitschrift für Geschichte der Wissenschaften, Technik und Medizin,* 22(1-2), 31-48.
Wetzel, D. (2008). Gemeinschaft. Vom Unteilbaren des geteilten Miteinanders. En S. Moebius y A. Reckwitz (eds.), *Poststrukturalistische Sozialwissenschaften* (pp. 43-57). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
Williams, R. (1983). Community. En R. Williams, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. Nueva York: Oxford University Press.

Eugenia Fraga

LA “TEORIZACIÓN SENSIBILIZADORA”: HUMANISMO, CRÍTICA E INTERVENCIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES

UN ESTUDIO METAFOROLÓGICO

INTRODUCCIÓN

Edward Albert Shils (1910-1995) fue un sociólogo estadounidense de la segunda mitad del siglo XX. Su formación original fue en literatura, y el sesgo “humanista” que esta le imprimió a su pensamiento sobre lo social puede apreciarse a lo largo de su obra, de manera implícita pero también de forma explícita. El poco reconocimiento que el autor tiene en la actualidad se debe en gran parte a haber sido por un tiempo colaborador de Talcott Parsons (Parsons y Shils, 1962). Sin embargo, sus comienzos en la sociología fueron como asistente de Louis Wirth (1964), una de las figuras más relevantes de la llamada Escuela de Chicago –ubicada por la historia intelectual en las antípodas de Parsons–. Shils trabajó durante toda su vida en la Universidad de Chicago, institución cuya tradicional “preocupación por el problema social”, como él mismo la llamaba, apareció siempre en las investigaciones shilseanas. Durante su vida, llegó ser conocido –no solo en Chicago y en la Universidad de Cambridge en Inglaterra, sino también en diversas universidades de Europa continental– como profesor de sociología, pero también de historia de la ciencia, de antropología social, de filosofía social y de literatura, es decir que, de un modo muy acorde a sus propios postulados –como veremos en lo que sigue–, Shils manejaba un amplio espectro de conocimiento que le permitía tener una

mirada de conjunto sobre los distintos aspectos del ser humano y de la sociedad. En este mismo sentido que hace a su influencia internacional, recibió como profesor visitante a Raymond Aron (2011), sociólogo francés, y además fue fundador en 1962 y editor durante la mayor parte de su carrera de la importante revista *Minerva*, dedicada a la investigación, la educación avanzada y la política científica, y que continuó en vigencia hasta 2014. Por último, cabe destacar que Shils había sido especialista de las teorías de Max Weber (2012), por cuyo interés se adentró en la sociología en primer lugar, así como de las teorías de Karl Mannheim (1936), de cuyas obras fue traductor.[1] Es precisamente de la lectura de estos dos últimos pensadores que partió el interés de Shils por la reflexión en torno al conocimiento y al rol de los intelectuales, temas en los que profundizaremos a continuación[2] (Bulmer, 1996; Eisenstadt, 1997; Grosby, 2006; Turner, 2002).

¿Qué es la teoría sociológica? ¿Cómo se trabaja teóricamente en sociología? ¿Por qué y para qué se teoriza sociológicamente? Shils resolvió estas preguntas de un modo muy particular, y el presente capítulo busca recuperar el aporte que su respuesta supuso. Realizaremos esta tarea con una triple intención o propósito. Por un lado, en un plano que podemos llamar de "historia sociológica", pretendemos traer del olvido a un autor poco difundido, pero con una obra original. Por otro, en un segundo plano que podríamos denominar propiamente de "teoría sociológica", pretendemos explicitar una modalidad particular de trabajo teórico que, creemos, puede resultar productiva para tener en cuenta aun en el presente. Y por último, en un tercer plano que nos gustaría llamar de "política sociológica", intentaremos contribuir de la mano de las herramientas aquí trabajadas con los pocos pero conscientes intentos recientes de devolver el valor que la reflexión teórica en la sociología merece –y no siempre se le asigna– en la actualidad.[3]

Para alcanzar este triple cometido, deberemos profundizar en una serie de temas. Veremos cómo, según Shils, la sociología es una más de las disciplinas humanas, por el papel que juegan en ella las

---

1 En realidad, Shils también fue el primer traductor –en colaboración con Parsons, y en simultáneo a Charles Wright Mills y Hans Gerth– de los textos de Weber del alemán al inglés, ya en la década de 1930.

2 Para Stephen Warner, los temas en los que incursionó Shils a lo largo de toda su obra pueden incluso pensarse como un *mix* entre sociología y política, o como una "sociología política" de cuño propio (Warner, 1966).

3 Acerca del debate actual en torno a la relevancia de la investigación básica en general y de las ciencias sociales en particular, especialmente en el caso de la Argentina, ver lo planteado en los capítulos de Haidar y Sasín en este mismo volumen. Ver también las conclusiones de este capítulo.

tradiciones de pensamiento heredadas, la empatía y la sensibilidad, la apertura y la creatividad, la oposición y la crítica a las instancias de poder, las relaciones entre centros y periferias simbólicas, los diagnósticos de época, y la intervención y el debate en el seno de la opinión pública. Una vez revisados todos estos elementos por medio del análisis de sus obras más importantes –sobre todo *El llamado de la sociología* (1961), "Tradición, ecología e institución en la historia de la sociología" (1970), "La búsqueda de conocimiento y la preocupación por el bien común" (1976), "La confluencia de tradiciones sociológicas" (1977), y *La ética académica* (1982), pero también con referencias a "Ciencia social y política social" (1942), "Investigación social y autonomía de la esfera privada" (1957), *Centro y periferia* (1961), "La legitimidad de la investigación social" (1980), "Aprendizaje y liberalismo" (1980), y "La tradición y las generaciones" (1983)–,[4] trazaremos un bosquejo de lo que nos gustaría denominar "teorización sensibilizadora", que puede considerarse el producto sistematizado de los diversos aportes shilseanos a una original "metodología de trabajo teórico" para la sociología.

MODO DE ABORDAJE

Cabe destacar, antes de empezar, que el análisis que haremos de la obra de Shils girará en torno a ciertas "metáforas" que el autor utiliza con mucha frecuencia a lo largo de todos sus textos, y en particular de la que aquí más nos interesa: la de teoría. Ello va en la dirección de captar la complejidad de la significación de la experiencia vital humana, así como de poner de relieve el lugar de la imaginación y la creatividad en la construcción del discurso sobre lo social. En las conclusiones del trabajo, profundizaremos en los efectos que su uso adquiere en el caso particular del autor. Pero antes, queremos decir algunas palabras acerca de la productividad del análisis del uso de metáforas en la construcción del pensamiento humano. Nos apoyamos aquí en la propuesta de Hans Blumenberg (1998) de una "metaforología", puesto que, en su opinión, las metáforas permiten generar un lenguaje y una lógica con fuerzas propias, que trascienden, por su forma expresiva, la racionalización típica de la mera definición o conceptualización lineal. En su libro *Conceptos en historias*, Blumenberg se inscribe en un paradigma con muchos puntos de contacto con el

---

4 No es mucha la bibliografía de Shils disponible en castellano, por lo cual hemos trabajado sobre los originales en inglés. Todas las traducciones que se encuentran a continuación son propias. Incluso hemos traducido los títulos de los libros y artículos trabajados, para mayor legibilidad -para ver los títulos originales en inglés, revisar la bibliografía al final del capítulo-.

de la quizás más famosa "historia conceptual" de Reinhart Koselleck (2012), pero agregándole ciertos ingredientes específicos.[5]

Blumenberg propone una explicación del "nacimiento de los conceptos" precisamente a partir de una metáfora, en este caso la fotográfica. En su opinión, los conceptos, como las fotografías, funcionan con una lógica de "primero nada y luego algo –y algo sólo porque antes se había procurado la luz–", es decir, tanto los conceptos como las fotos emergen en contextos de "oscuridad" –podríamos decir, de opacidad, del caos de la experiencia aún no conceptualizada–, siendo sin embargo la luz la "condición más importante" –y luz refiere aquí a la capacidad teórica de los hombres,[6] pues ella ilumina aquella opacidad–. En este sentido metafórico, puede decirse que los conceptos son "creados" por los hombres como en una "cámara oscura" de revelado (Blumenberg, 1998: 28). Sin esta creación conceptual, "al hombre, el mundo le desconcertaría sin remedio", "se encontraría perdido en la jungla del ser", "en el absolutismo de la pura sorpresa; pero ni siquiera, porque la sorpresa supone una cierta regularidad, una cierta capacidad de ordenación de propiedades y características, de similitudes y expectativas" (p. 37). De algún modo, no puede pensarse la vida humana, ni siquiera un plano puramente histórico-experiencial, por fuera de su propia conceptualización teórica.

Ahora bien, a diferencia de lo que podría interpretar una lectura apresurada, estas disquisiciones no se reducen a una cuestión de "teoría del conocimiento", sino que penetran en las cuestiones últimas de la vida humana. Sin esta capacidad conceptual creadora-ordenadora, no existirían experiencias tan fundamentales como la "memoria" o el "reconocimiento". De hecho, afirma Blumenberg, "sobrevivir sería cosa de suerte" –y suerte, como sabemos, es otro modo de decir ley de la selva, del más fuerte–. Es que la capacidad teórica, en un sentido fuerte, es lo que distingue al hombre del animal. Por otro lado, no debe reducirse dicha capacidad, en cuanto creadora-ordenadora, a su dimensión pura-

---

5 Así señala Koselleck mismo (2012: 201) que "Hans Blumenberg nos ha mostrado cómo [...] existen 'metáforas absolutas' que no pueden racionalizarse ni expresarse mediante ninguna definición o conceptualización. Generan su propia fuerza y lógica lingüística".

6 Tanto Blumenberg como Shils –y en realidad todos los autores de aquella época– utilizan el vocablo "hombre(s)" para referir al "ser humano" en general, o a lo que desde otras teorías conocemos como el "ser genérico". Actualmente la idea del "hombre" ha sido puesta en cuestión por el choque entre su pretensión universalista y su origen y sesgo particularistas de género, específicamente machistas. Sin embargo, como estamos trabajando de cerca con los textos históricos de los autores, preferimos mantener el vocabulario original, aunque sin dejar de hacer esta salvedad respecto de su falta de actualidad y de la necesidad de su puesta en discusión para consensuar una palabra que la reemplace.

mente ordenadora –y con ello, podrían sugerir algunos, reaccionaria–: la capacidad teórica es primeramente creadora, pues pone de relieve la "contingencia de lo no contingente", es decir, el hecho de que todo orden social es, precisamente, social, y por ello modificable (p. 38). Así, la "razón" presenta una doble habilidad: la de instituir ordenamientos, pero también la de criticarlos, de allí que la crítica a la razón no puede hacerse sino por medio de la razón misma (p. 61).

Por supuesto, sería deseable, como sostiene Blumenberg –y como veremos que también afirma Shils–, que los conceptos no pierdan su conexión con la vivencia humana, que es la que les otorga su plenitud; pero el meollo del problema es que, justamente, nociones como la de vivencia, plenitud o intuición ya son de por sí conceptos (p. 87).[7] En este sentido, no hay una experiencia originaria, primera, pura, que luego es conceptualizada o teorizada, sino que la humanidad misma solo deviene tal a partir del punto en que ambas dimensiones operan a la par. Pero permanece al menos la pretensión, puesto que, aun si "la teoría procede del asombro" frente al mundo, ese "comienzo no determina el modo de su duración" (p. 129); para decirlo en otros términos, es necesario atender a las "asociaciones imaginativas" contenidas en los conceptos, así como a su "revitalización" por parte de la "frescura" que le aportan las metáforas (pp. 121-122). Más concretamente, la labor misma del teórico funciona de hecho produciendo sus "hallazgos" más relevantes allí donde "advierte huecos", distancias entre aquello que los conceptos "prometían" y aquello que efectivamente cumplen; y esos huecos no pueden captarse sino por medio de una "parateoría", de otra teoría, de más teoría (pp. 138-139). En este sentido, también el "malestar" es el nombre de aquella "menesterosa indeterminación conceptual", de la incapacidad de dar un nombre satisfactorio a una experiencia dada, o de que los nombres existentes no generen experiencias satisfactorias; por ello, ese malestar es también parte del "origen de la teoría" (p. 193).

Así, la creación conceptual está siempre precedida de "una pequeña o gran catástrofe" que puede ser histórica o teórica. En el último caso, una catástrofe teórica tiene que ver con el "escándalo" que producen las "desviaciones" –y toda innovación podría ser leída así– respecto de los modelos conceptuales dominantes y sus intentos de perpetuarse rígidamente.[8] Sin embargo, frente a esto, es siempre al-

---

7 Este impulso a la vez "fenomenológico", "existencialista", "crítico" y "pragmatista" de conectar teoría y vida, como veremos, estará presente de distintos modos en la propuesta de Shils.

8 En este sentido, Blumenberg (1998: 186) traza una distinción entre "textos sagrados" y "textos estéticos": mientras que los primeros son directamente "oscuros" –os-

guna otra –nueva o vieja– "red teórica" la que puede llegar a evitar las subsiguientes "caídas" (p. 204). Del mismo, modo, afirma el autor, "es falso que primero exista el fenómeno y luego se invente el nombre"; de hecho, si buceamos en la historia, veremos que "'dar con el nombre' aceleró enormemente la consolidación del fenómeno" (p. 264). Pero surge aquí la duda respecto a qué es una teoría, qué es un concepto, qué es una definición. Según Blumenberg, la definición misma, entendida como mera "regla para sustituir una palabra", es una "infravaloración" de las capacidades reales de los conceptos, de las teorías y de las definiciones mismas, porque al concebirla así se la reduce a una "tautología", a una repetición de algo preexistente. Las definiciones, en cambio, y en su sentido más sustantivo, debieran ser entendidas como "obras de arte", en el sentido de que deberían producir el mundo en lugar de reproducirlo. Y así, este escrito no trata tanto acerca de alguna definición de lo que es una teoría, sino que su concepto será más bien puesto en escena a partir de imágenes, de problemas, o como diría Blumenberg, de la "libre variación" sobre ellas, forma de hacer emerger su "núcleo duro", su "destilado", su "reducción a lo esencial" a partir de un "largo proceso de optimización" (pp. 175 y 281). El paradigma de este proceso es el análisis de metáforas, puesto que ellas "ponen en juego" ciertos "estratos fundamentales" de aquello que se busca transmitir (p. 116); esto es lo que habremos de analizar en los apartados que siguen.[9]

LA TEORÍA COMO SEMILLA Y COMO REVELACIÓN. LA TEORÍA COMO MIRADA Y COMO MAPA

En *El llamado de la sociología*, publicado en 1961, Shils muestra las relaciones que a su juicio deberían unir esas instancias o niveles constituyentes de la sociología conocidos como "teoría" y "empiria", utilizando para ello una de sus numerosas metáforas.[10] Para él, la teoría es la "semilla" de la sociología, en ella se contienen potencialmente todos sus elementos, pero la semilla debe beneficiarse con la

---

curidad que se encuentra "al servicio de su función: impedir nuevas preguntas"–, los segundos requieren de cierta claridad, aunque ella no excluya cierto nivel inevitable de "ambigüedad" –puesto que no existe algo así como un texto prístino, absolutamente autoconsciente tanto respecto de sus condiciones como de sus intenciones y de sus efectos–.

9 Justamente, la "diferencia lógica" entre los conceptos y las metáforas es que mientras los primeros mantienen alguna pretensión de "verdad", las segundas buscan en cambio la "verosimilitud" (Blumenberg, 1998: 298).

10 Para otros dos análisis alternativos acerca de la relación entre teoría y empiria, ver los capítulos de Trovero y de Sasín en este mismo volumen, el primero en el marco de la tradición pragmatista, y el segundo en el marco de la tradición sistémica.

"fertilización" de la investigación empírica para enriquecerse y florecer (Shils, 1965: 1407). Esta metáfora muestra el carácter impersonal de la teoría sociológica entendida como construcción abstracta pero aun así fundada en la experiencia humana: ningún hombre o mujer podría por sí mismo/a adquirir el volumen de "experiencia vital" total de la que se quiere dar cuenta, para luego representarla de manera sistemática.[11] En "La búsqueda del conocimiento y la preocupación por el bien común", de 1976, Shils afirma que toda proposición teórica es "tentativa", puesto que se basa en "interpretaciones" variables de las diversas experiencias humanas, y que por ello es indispensable tanto el análisis de dichas proposiciones como el "auto-análisis". La teoría es siempre tentativa porque se construye, en cierta medida, a partir de la imaginación.[12] En sus propias palabras, "ninguna ciencia, ninguna disciplina intelectual, por más rigurosos que sean sus métodos, por más confiables que sean sus instrumentos, por más precisa que sea su teoría, puede dejar de lado la imaginación" (Shils, 1976a; 1980: 413-415).[13]

La teoría, entonces, solo puede ser el producto en continuo devenir del ser humano como entidad colectiva, a lo largo y ancho de la tierra y de la historia, al abstraer este mentalmente la "experiencia de primera mano" y al "contrastar" dicha abstracción simultáneamente con esa misma experiencia. Este es el "efluvio perceptivo" que nutre la orientación de la producción teórica, es el "contacto consensual pleno" que va tomando la forma primero de "saber inarticulado" y, crecientemente, de teoría sistemática (p. 1431). Y aclara rápidamente el autor, sistematizar –es decir, "codificar", "rutinizar", volver "afinado", "confiable" y "riguroso"– el análisis sociológico no implica de ningún modo dejar de lado su elemento "humano". De hecho, llega a afirmar Shils, las más fundamentales categorías[14] y variables suelen

---

11 La categoría de "experiencia" es central en Shils, como iremos viendo. En nuestra opinión, y como tendremos tiempo de ir demostrando a lo largo del capítulo, es entendida en un sentido complejo que combina una herencia pragmatista anglosajona, relativa a la idea de una experiencia mental o cognitiva; una herencia fenomenológica alemana, relativa a la idea de una experiencia intersubjetiva o afectiva; y una herencia existencialista, derivada de la anterior, relativa a la idea de una experiencia de comunión o trascendente.

12 Esta postura acerca al autor a las preocupaciones de un contemporáneo suyo, que hizo de la imaginación el centro de la sociología: Wright Mills (2003).

13 Al respecto ver también Shils, 1970; 1980: 188, donde se utiliza la noción de "imaginación teórica".

14 Como bien explica Hans Adriaansens, sistema categorial y marco referencial son los dos elementos fundamentales del "aspecto conceptual" del concepto de "teoría" manejado por Parsons y Shils (Adriaansens, 1980: 13). Por otro lado, según Greg

ser aprehendidas mediante una suerte de "revelación secular" de la experiencia vital. En *Hacia una teoría general de la acción*, de 1952, Shils y Parsons hablan del "sistema categorial" como un sistema de conceptos sintetizados en función de un "marco de referencia" y que, a la vez, supone una elaboración o especificación de este último (Parsons y Shils, 1962: 3-4 y 50-51). Los términos centrales de toda teoría deben en este sentido ser "originarios", puesto que son "visiones" creadas en la vida interpersonal, la más profunda de las realidades humanas (Shils, 1965: 1448).

Este modo de funcionamiento de la "teorización"[15] implica que siempre habrá partes inarticuladas o aún no sistematizadas de ese saber, y por ende también cierta "brecha" entre la teoría y la observación empírica. Pero aceptar este hecho no debe llevar, según Shils, a quedarse de brazos cruzados, sino todo lo contrario, debe inducir a redoblar los "esfuerzos articulatorios" y "sistematizantes". Mientras tanto, todo este conjunto de vivencias, impresiones, saberes, categorías y procesos de abstracción conforman lo que el autor denomina la "orientación general" de la sociología, o también, su "mirada" particular, que la diferencia de otras. El objetivo de la sociología debe ser entonces la formulación y la explicitación creciente de la mirada que la constituye como tal, es decir, el establecimiento de sus "conceptos" e "índices" correspondientes –aunque en un sentido no representacionalista–. En una especie de círculo virtuoso, su formulación explícita podría utilizarse de manera más inmediata en la observación empírica, a la vez que podría nutrirse de ella también de forma más directa. Esto volvería a la teoría más "comprensiva" o abarcativa, a la vez que más "diferenciada" internamente o más específica (pp. 1411-1412).

Para Shils, la particularidad de la mirada sociológica se conforma en primer lugar por un "interés por la abstracción", que lleva a concebir eventos concretos como instancias, variantes o componentes de "clases" o subclases de eventos en general. Se trata de una tendencia a aducir afirmaciones generales para explicar fenómenos específicos o recurrentes, y simultáneamente, a "citar" a estos últimos como "ilustrativos" de las "proposiciones generales". En segundo lugar, la sociología contiene una "inclinación contemplativa" o "apreciativa": un "gusto" por la contemplación de "entidades colectivas". La noción

---

Swanson, Parsons y Shils no pretenden realmente elaborar una teoría tanto como "probar la utilidad de ciertas asunciones" que podrían funcionar como "bases" para el desarrollo de una teoría, es decir que su objetivo no es tanto el sistema categorial cuanto el marco referencial (Swanson, 1953).

15 El concepto de "teorización", como proceso distinto al producto "teoría", es tratado extensamente en el capítulo de Trovero en este mismo volumen.

de "tipo-ideal", típica de la sociología, es en gran parte un producto de esta inclinación, en tanto supone la construcción de una "imagen total" de algún fenómeno o proceso más o menos históricamente situado. De aquí a la "generalización abstracta" hay pocos pasos, pues en ambos casos –tipo ideal y generalización abstracta– se trata de proposiciones relativamente separadas de su experiencia individual (pp. 1415-1416).

Dentro de la teoría sociológica, existen varios momentos de distinto nivel de alcance, "intermedio" o general, pero todos ellos comparten la aspiración de alcanzar una mirada coherente de la "naturaleza humana", del "significado" de la sociedad otorgado a ella por el ser humano, y de las exigencias y "transformaciones" impuestas y posibles por la coexistencia humana en sociedad (p. 1418). Respecto del debate entre teorías generales y teorías de alcance intermedio, Shils realiza en "Tradición, ecología e institución en la historia de la sociología" de 1970 un balance de los beneficios y perjuicios de cada una de ellas a partir del análisis de las teorías de Parsons y de Robert Merton (2003), representantes de ambas respectivamente. El resultado del balance es que las teorías generales como la parsoniana poseen, por su pretensión sistemática y por su "compromiso *weltanschauliche*" (referido a una cosmovisión o "visión del mundo") o ideológico, una mirada más profunda de la sociedad, lo que explica su mayor abstracción, mientras que las teorías de alcance intermedio como la mertoniana, por pretender una menor comprensión y unicidad, son más asequibles a la hora de ser enseñadas, o aplicadas y puestas a prueba en la investigación (Shils, 1970; 1980: 219).

Cuanto más abarcativo es el alcance de la teoría, significa que más preocupada se encuentra por las potencialidades humanas y sus determinantes en una escala universal, y con ello, más se acerca a una "antropología filosófica" (Shils, 1965: 1424). Este es el ideal de Shils en lo que respecta a la teoría, y el ideal se ve justificado mediante el uso de una nueva metáfora. La experiencia humana, considera el autor, se ve beneficiada por la existencia de "mapas" de todo tipo, de los cuales la teoría sociológica es uno. Los mapas sociológicos, constructores de las "imágenes del mundo" circundante, requieren ser presentados en plural y a diversas "escalas". La multiplicidad en el alcance de la mirada, en su abarcabilidad y en su profundidad, permite la ubicación simultánea del hombre en "locaciones intelectuales" de diverso grado, algunas más históricas y otras más transhistóricas, algunas más locales y otras más globales (p. 1429). Para que la teoría sociológica pueda de verdad constituir un conjunto de mapas de la sociedad humana, es requisito previo la "clarificación" de su vocabulario conceptual. No se trata aquí, explica Shils, de una cuestión puramente estilística, pues

incluso el continuo trabajo sobre las ideas ya existentes es siempre una "reformulación" en sentido fuerte: una resignificación, una transformación de su semántica. Este trabajo de "desambiguación" es necesario porque equivale al pulido de la representación visual de los accidentes geográficos en un mapa (p. 1442).

LA TEORÍA COMO MARCO Y COMO EDIFICACIÓN. LA TEORÍA COMO CONCIENCIA Y COMO APERTURA

En "La confluencia de tradiciones sociológicas", de 1980, Shils continúa, en una línea similar, alegando en favor de la articulación de la tradición teoricista, de "raíz alemana", y la tradición empirista, de "raíz anglosajona".[16] Lo hace teniendo como trasfondo una definición propia de "tradición", entendida como aquello que, en lugar de oponerse al cambio o la transformación, más bien es movido directamente por impulsos como la "rebelión" y la "sospecha". En efecto, son la "desconfianza" hacia la tradición y su "desafío" los elementos que la hacen avanzar. A Shils le interesa mucho, entre otras cosas, la disolución de la tajante separación de sociólogos entre "teóricos" y "empíricos", o entre *Sinnhuber* ("buscadores de sentido") y *Stoffhuber* ("buscadores de material"),[17] especialmente cuando dicha separación toma la forma de una estratificación con un orden jerárquico, ya sea del primer grupo sobre el segundo o viceversa. Por supuesto que cierto nivel de "división del trabajo" es inevitable, dada la especialización creciente de las disciplinas, pero el autor busca volver consciente el

---

16 Algo hemos dicho ya acerca de la confluencia de estas dos tradiciones en la propuesta del propio Shils, en las notas 6 y 10 de este capítulo. Por otro lado, como muestra Phillip Altbach (1999), un punto central de articulación entre estas dos tradiciones es para Shils la universidad. La moderna universidad, en su opinión, debería continuar el modelo de la "autonomía" combinado con el de la "preocupación social", así como el modelo de la investigación académica y rigurosa de tipo científica pero con visos filosófico-humanistas, y debería constituir una "comunidad" a la vez que estar "internamente diferenciada". Para un tratamiento más extenso acerca de la relación entre las "semánticas" anglosajonas y alemanas, ver el capítulo de de Marinis en este mismo volumen.

17 Estos conceptos aparecían ya en los ensayos metodológicos de Weber. Los buscadores de materiales son aquellos "hambrientos por los hechos" brindados por documentos, estadísticas y encuestas, mientras que los buscadores de sentido son aquellos *connoisseurs* "alimentados por el pensamiento" (Weber, 2012: 138). De todos modos, es misteriosa la elección de los términos; sospechamos algún tipo de confusión en el ajetreo de la transcripción o traducción, primero de Weber y luego de Shils, ya que aunque *Sinn* es "sentido" y *Stoff* es "material", *Huber* no es una palabra aceptada por ningún diccionario vigente en lengua alemana. Quizás los vocablos originales fueran *Sinnsucher* y *Stoffsucher*, dado que *Sucher* significa "buscador". O quizás también *Huber* derive de aquella otra palabra en alemán antiguo *Hube*, que refiere a una unidad territorial o locación, y de allí su significado de "localización".

hecho de que ambos grupos comparten una misma "misión" y los mismos "ancestros". Los teóricos no pueden ya acusar a los empiristas por la "ceguera" con la que se supone conducen sus investigaciones; los empiristas no pueden ya acusar a los teóricos por la supuesta "trivialidad" de sus reflexiones. Pero para ello se requiere, como hemos visto, una teoría sistematizada (Shils, 1980: 136-137).

Uno de los obstáculos que encuentra el autor en el alcance de esta meta es la concepción que muchos teóricos tienen de sus producciones, que se asemejaría a la concepción que los artistas tienen de sus "obras" y que los políticos tienen de sus "logros". Así como el artista considera cada obra suya con un "valor intrínseco", los trabajadores teóricos de la sociología a veces tienden a buscar la "conclusividad" en sus reflexiones. Pero el cierre nunca puede ser absoluto en las cuestiones humanas, nunca se alcanza una síntesis definitiva en la que nada se omita y, por tanto, en la que nada precise ser agregado, porque la social es una materia "perpetuamente abierta". A medio camino entre la apertura de la teoría sociológica y la conclusividad de la obra de arte, se ubica un género específico de saber sobre lo social: el ensayo. En "La legitimidad de la investigación social", de 1980, Shils resalta que mucha de la reflexión teórica actual en la sociología adopta la forma del ensayo, heredero directo de la antigua "literatura de viaje", por su "descripción totalizante" de una sociedad dada. La diferencia con la literatura de viaje es que el ensayo suele ocuparse de la propia sociedad del investigador, y no de una sociedad ajena (p. 495). Por otro lado, así como el político considera cada logro propio como ajustado a la "exigencia del momento", los teóricos sociológicos pueden verse tentados de contentarse con que sus reflexiones versen únicamente sobre cuestiones de "relevancia coyuntural". Pero la reflexión teórica, si bien por supuesto las incluye, no puede reducirse a la descripción de un estado de cosas dado, ni a la resolución de objetivos prácticos, porque, por definición misma, la teoría apela a ser algo más abstracto y general, que los trasciende (p. 139).

La importancia que reviste la cualidad de la "generalidad" atribuida a la teoría se enmarca justamente en el contexto de creciente especialización y diferenciación de la sociología –iniciado en la época en que escribía el autor y que aún sigue avanzando–. Dicho proceso lleva, como es sabido, a la profusión de "temas" y "puntos de vista", y al aislamiento entre ellos. Por ello, el rol de una teoría general de la sociedad es el de brindar un "marco" que permita ubicar todos esos temas y puntos de vista en un mismo mapa. Solo gracias a ella pueden llegar a apreciarse las "interrelaciones" entre las distintas cuestiones sustantivas, interrelaciones tan relevantes para el análisis sociológico como el estudio de las cuestiones en sí mismas. Es por eso que Shils

considera la teoría como "fuente de orden intelectual en el medio del desorden intelectual": ella evita la "discrecionalidad" de muchas investigaciones que versan sobre los mismos temas sin saberlo (p. 247).

Para esto es necesario terminar de deshacerse de las formas antiguas de entender el trabajo teórico en contraposición al trabajo empírico. Antiguamente, nos recuerda Shils, era considerado un teórico todo aquel que "enseñara" los "sistemas de pensamiento" preexistentes, transmitiéndolos en forma cerrada, como sistemas "con nombre propio" e inamovibles;[18] paralelamente, era considerado trabajo empírico el resultado de la resolución de "problemas sociales", informes que apenas si contenían alguna reflexión "vaga", "superficial", "rudimentaria", "aforística" y hecha "al pasar". La investigación empírica requiere del uso de teoría, y la teoría debe permanecer abierta a las nuevas experiencias. Sobre todo, la teoría debe comenzar a entenderse como la proveedora de conceptos "fecundos", "enigmáticos" y "extensibles", en una palabra, orientadores.[19] Y es aquí donde Shils propone una nueva metáfora. La teoría sociológica debería funcionar como aquellas "edificaciones antiguas" en las que aún habitan las nuevas generaciones: tras ciertas modificaciones, algunas más "estructurales" y otras más "ornamentales", y operadas en forma constante, se mantienen de todos modos los cimientos originales. La teoría va adaptándose a las nuevas experiencias y a las nuevas formas de abstraerlas, formas eminentemente históricas, pero en ella persisten ciertas tendencias profundas: ciertas preocupaciones, ciertos intereses, ciertos problemas, que no son sino las preocupaciones, los intereses y los problemas humanos (pp. 140-143).

Ahora bien, entre la pura e inmediata experiencia vital y su sistematización en una teoría, Shils señala la existencia de lo que él denomina "teoría tácita". La teoría tácita es aquella que, más que una abstracción rudimentaria de la experiencia humana, es un conjunto difuso de ideas aprendidas a lo largo de la formación y de la práctica sociológica. La teoría tácita es aquel conjunto de ideas decantadas tras la formación sociológica transmitida por cierto tipo de textos. Shils resalta la influencia de los "tratados teóricos comprensivos", que presentan, supuestamente y según ellos mismos, "todos" los concep-

---

18 Esta crítica a las teorías "con nombre propio" nos resulta, a pesar de otras posibles distancias, muy cercana a la crítica que luego haría Michel Foucault (1998) a la noción de "autor", y la propuesta de su reemplazo por las "posiciones de sujeto".

19 Esta idea es similar a la noción de "concepto sensibilizador" acuñada por Herbert Blumer, y que refiere a aquellos conceptos cualitativos –no necesariamente operacionalizados– que funcionan como "guías de orientación" del investigador, especialmente en la generación de preguntas de investigación (Blumer, 1986: 147).

tos fundamentales de la sociología, así como algunas hipótesis clave que los pongan en relación. Estos tratados, a su vez, pueden presentarse en su versión "degradada", los "libros de texto" pensados para estudiantes, que se basan sobre todo en los ejemplos ilustrativos de los conceptos y sus relaciones. Así también, la teoría tácita deriva de aquel "tronco común" que supone el estudio de los autores "clásicos" de la tradición sociológica (Shils, 1970; 1980: 244 y 252).

La teoría tácita no es ni un emergente empírico ni una articulación sistemática, es un saber que no se pone a prueba en la investigación, sino que simplemente se aprende, repite y aplica en la interpretación de lo observado en el mundo social, o en la justificación poco argumentada de una interpretación sobre otra. Este proceso se da siempre de manera muy poco consciente, por carecer de una teoría articulada y adecuada a lo investigado, o bien, en el caso de que exista, por renegar de ella y pretender investigar de un modo "libre de preconceptos". La teoría tácita, que aparece inevitablemente ante el vacío de teoría sistemática, conduce a la "arbitrariedad" en el análisis: en la construcción de las categorías, de los indicadores, y de las relaciones entre cada uno de ellos. La arbitrariedad, entendida en este sentido particular, puede evitarse mediante la construcción de problemas de investigación "teóricamente significativos" –por contraposición a la de temas "interesantes", especialmente en función de una mirada de sentido común–.[20] Hay que destacar aquí varios elementos: los problemas de investigación se construyen, no vienen dados ni se descubren; pero además, deben construirse en función de la orientación general de la sociología, de su mirada, y en contra de la mirada dominante en la vida cotidiana (pp. 144-145).

Algo similar a la reducción inconsciente a la teoría tácita ocurre, según Shils, cuando los sociólogos buscan crear teorías propias sin tener en cuenta de manera sistemática las "tradiciones" de pensamiento heredadas y asimiladas de distintos modos en la teoría general preexistente.[21] Esta última se infiltrará, al modo de la "teoría

---

20 Consideramos que existe una afinidad entre este planteo y el de Pierre Bourdieu cuando afirma que toda investigación debe llevarse a cabo en función de una "problemática teórica" previamente construida por el investigador, que en el mismo movimiento construye también su "objeto" de estudio, y que busca romper con las "divisiones del mundo" heredadas del sentido común (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2008: 60).

21 Para ver el modo en que distintas tradiciones confluyen en las teorías sociológicas del más diverso cuño, ver los capítulos de Bialakowsky y Blanco, de Marinis y Trovero en este mismo volumen. En el primer capítulo, las tradiciones aparecen al modo de "estilos de trabajo"; en el segundo, al modo de "semánticas"; en el tercero, al modo de "influencias epistemológicas".

tácita", en el proceso de creación aunque el sociólogo en cuestión no lo desee, no lo busque, o no sea consciente de ello. A pesar de todos estos señalamientos y precauciones, el autor considera necesario no caer en el idealismo. Ninguna teoría puede llegar a prever punto por punto su propia "originalidad": esta originalidad viene dada por la infinita variedad y contingencia de la experiencia vital. Además de la originalidad de la experiencia, en "La tradición y las generaciones" de 1983, Shils ubica a las "jóvenes generaciones" de investigadores en el rol del "antitradicionalismo": en su opinión, es necesaria la dosis de "bohemia" –y con ello, de originalidad– que ellas aportan a la sociología (Shils, 1983: 34).

Por otro lado, es imposible deshacerse por completo de la cantidad de saberes más o menos borrosos con los que cuenta todo investigador en tanto miembro de su sociedad. Tanto la "teoría tácita" como el saber difuso propio de la vida social generan una "atmósfera" en la cual todo sociólogo se encuentra sumergido. Otro riesgo señalado por Shils tiene que ver con la "deriva tecnicista" de ciertas metodologías de trabajo. La sofisticación de las técnicas de recolección y procesamiento de datos, y su utilización ingenua, lleva a considerar superflua la reflexión teórica, y a creer que todo puede resolverse por medio de la tecnología, puesto que esta es siempre más "precisa" en un sentido matemático (Shils, 1980: 148-150). Además, resalta Shils en "Aprendizaje y liberalismo", de 1980, la preocupación excesiva por la sofisticación técnica lleva a "olvidar" el "problema social" (p. 320). Para no caer en la especialización, la diferenciación, el aislamiento y el tecnicismo excesivos, es preciso profundizar la tendencia de la sociología a abrirse a nuevos saberes en contexto de creciente globalización. Así como teorizar permite captar las interrelaciones entre los distintos temas de investigación, también permite articular los aportes de los sociólogos en las distintas partes del mundo.[22]

Cabe preguntarse por la razón de la profusión y variedad en los temas de investigación, así como por la razón detrás del cambio teórico que fluctúa de un tema a otro. Shils sugiere que el pasaje del énfasis de un tema teórico a otro en la tradición de la sociología responde a una combinación de tres factores: a) a los cambios propiamente intelectuales, b) a los cambios institucionales, y c) a los cambios exógenos, propios del contexto social más amplio (Shils, 1970; 1980: 240). Este "ensanchamiento del horizonte" sociológico, posibilitado por la globalización de la sociología, torna a esta última más consciente de las afinidades entre miradas locales, y ayuda a desplegar la "curiosi-

22 Para una problematización de la noción de "contexto", ver los capítulos de Grondona y de Marinis en este mismo volumen.

dad intelectual" y la "simpatía moral". El resultado, augura Shils, podría ser una sociología que no esté "confinada" a sus particularismos de origen, que pueda comprender, en el sentido fuerte de la palabra, la "amplia variedad de posibilidades humanas ofrecidas por la historia". Solo una teoría sociológica de este cuño sería una teoría verdaderamente "comprensiva" (pp. 157, 161 y 164).[23]

LA TEORÍA COMO HUMANISMO Y COMO SENSIBILIDAD. LA TEORÍA COMO CUERPO Y COMO DINÁMICA

Shils, por la época en la que escribe, aún utiliza el lenguaje de la cientificidad. A decir verdad, el carácter científico de la sociología es una cuestión ambivalente en Shils. En algunos lugares, el autor habla más bien de la sociología como producto del "movimiento cognitivo" introducido por la modernidad. Dicho movimiento cognitivo puede apreciarse, por un lado, en la esfera propiamente científica, constituida por la "curiosidad y la imaginación disciplinadas" por las tradiciones, las teorías y las técnicas de observación y análisis. Por otro lado, el movimiento cognitivo puede apreciarse en la "esfera pública", o mejor dicho en el carácter público –y por ello "político"– de la ciencia. Aquí se ubica la idea del "progreso humano" entendido como la adquisición de un saber "secular" en función del cual y en armonía con el cual se reorganiza la sociedad (Shils, 1980: 465-468).[24]

En todo caso, la sociología es científica en la medida en que su teoría es sistemática, en el sentido arriba descripto, es decir, en la medida en que se encuentra lo suficientemente clarificada y articulada como para poder guiar la investigación empírica, y como para ser a su vez ampliada y/o profundizada por los resultados de esta. En sus propias palabras, la teoría sociológica es científica cuando se encuentra "íntima, dialéctica y sistemáticamente relacionada con sus observaciones" (Shils, 1965: 1412). Pero como hemos visto, la cientificidad de la sociología es, en última instancia, un ideal inalcanzable y que funciona sobre todo como orientación. La sociología nunca podrá ser científica en el sentido en que pueden serlo las ciencias que se ocupan de cuestiones extrahumanas, o las que se ocupan de las dimensiones físicas o biológicas del hombre. Y esto, explica el autor, tiene que ver

---

23 Aquí puede verse la influencia del "método comprensivista" weberiano en la propuesta shilseana. Por otro lado, acerca del clásico dilema entre "universalismo y particularismo" en la producción de conocimiento, y en especial, atento a la relación entre "norte y sur", con foco en América Latina, ver el capítulo de Álvarez Ruiz en este mismo volumen.

24 Para el caso específico de la sociología y su historia disciplinar dentro del movimiento cognitivo, ver Shils, 1971.

con tres rasgos inherentes a la sociología: el conjunto de tradiciones de pensamiento de las que es heredera, la orientación general o mirada específica que ella supone, y la naturaleza misma de su empresa: su preocupación por lo "humano" en un sentido profundo, es decir, como contrario a lo "tecnológico o manipulativo" (p. 1419) –sobre estos puntos volveremos más adelante–.

Es que la sociología, afirma Shils, se encuentra "indisolublemente atada" a las disciplinas humanísticas en su conjunto, es una más entre ellas. El nudo que las ata es doble: ellas comparten un mismo objeto de estudio –la dimensión humana del hombre–, pero también una misma valoración sobre ese objeto –la apreciación positiva de la humanidad del hombre–. De aquí deriva la crítica del autor al "parroquialismo defensivo", que supo caracterizar la sociología en ciertos momentos de su historia, que pudo haberse justificado en la búsqueda de un lugar institucional propio, pero que en el fondo carece de sentido (p. 1417).[25]

Como hemos esbozado apenas, la sociología es una creación a partir de una confluencia de las más diversas tradiciones de "pensamiento occidental". Todas esas tradiciones –concepto al cual el autor le dedicó un libro entero y homónimo– se combinan de manera variable dando lugar a aquella orientación fundamental que le da a la sociología su identidad –borrosa, pero indefectiblemente "humanista"– (Shils, 1981).[26] La sociología es humanista porque pretende comprender lo que el ser humano es y lo que hace en categorías que den cuenta de su "humanidad", que Shils define como: "su capacidad de orientación cognitiva, de acción racional, de interrelación afectiva, de

---

25 Para otros argumentos que defienden una idea similar de borramiento de las fronteras entre la sociología y otras disciplinas, ver los capítulos de Alvaro y Bialakowsky y Blanco en este mismo volumen. El primero traza puentes entre sociología y filosofía a partir de la práctica de la deconstrucción, y el segundo, principalmente entre sociología y psicología social.

26 Según Struan Jacobs, la noción de tradición que maneja Shils en dicho libro (1981) es en sí misma una confluencia "multifacética" de tradiciones, y preocupada sobre todo por la construcción de tipologías (Jacobs, 2007). Para Mark Oromaner, la relevancia principal de *Tradición* es ayudar a quebrar la "dicotomía sociedad tradicional / sociedad moderna" y sus distintas variantes, al señalar las distintas instituciones modernas en las que persiste un "aprecio por lo pasado" (Oromaner, 1983). En opinión de Joseph Varacalli, el énfasis puesto por Shils en el rol propiamente moderno de la tradición permite ver el papel que esta tiene incluso en el pensamiento y la acción "creativa", en los cuales funciona como "fondo" (Varacalli, 1982). Maynard Adams, por su parte, considera que el libro es una empresa orientada a contrarrestar la tendencia generalizada a concebir la contracara de la tradición, la "racionalidad", en el sentido restringido de "conocimiento empírico" (Adams, 1983). Por todas estas razones, vemos un movimiento similar al que realiza Anthony Giddens en su estudio de la "modernidad tradicional" (Giddens, 1993).

expresión estética, de decisión moral".[27] Estos fenómenos son, evidentemente, imprecisos en su naturaleza y en sus límites, y el hecho de que la teoría sociológica pretenda captarlos de forma precisa explica la paradoja de su constante reinventarse. La "sensibilidad comprensiva" de la sociología como preocupación y como mirada es la fuente y a la vez el producto de su elemento teórico, de sus categorías apreciativas. Así, el autor llega a afirmar que el análisis sociológico es un "acto de comunión" entre el objeto de estudio (sujeto en sí mismo) y el sujeto estudiante. Pero este acto de comunión requiere que el proceso de "definiciones y clasificaciones" típico de la reflexión teórica sea concebido, precisamente, como proceso, como una "dinámica" teorizadora y no como un conjunto estático de compartimentos.

De todos modos, Shils llama a mantener la pretensión de "unificación en torno a ciertos problemas y conceptos fundamentales", es decir, la concepción metafórica de la teoría como un "cuerpo coherente de pensamiento" –pero un cuerpo en movimiento, como por otra parte lo es todo cuerpo vivo– (Shils, 1965: 1406, 1411 y 1417).[28] En otros lados, Shils utiliza palabras similares, en especial la frase "cuerpo de conocimiento", para definir la teoría sociológica (Shils, 1970; 1980: 172). Efectivamente, afirma allí, "la teoría es reconocida como tal por la presencia de aquellas 'palabras clave' en toda su simpleza y su grandeza". El uso de dichas palabras clave en las investigaciones empíricas es lo que se denomina "interpretación". La teoría nunca es "superflua", incluso si no ha sido "comprobada" en la investigación; su productividad radica en "volver inteligibles", "otorgarles sentido" e "iluminar" los diversos asuntos humanos y las asociaciones entre ellos. Para ello, sin embargo, son esenciales el "buen juicio" y el "aprendizaje" constante (Shils, 1970; 1980: 255).

La cuestión de la unificación teórica es bastante relevante, dado que empalma con la idea de una teoría sistemática, articulada o "coherente". Se trata sin embargo de una unidad que no contradice la pluralidad interna derivada de la multiplicidad de tradiciones. Hay que tomar esa "dispersión de proposiciones brillantes" heredadas de

---

27 Esta es la legitimación que Shils encuentra para su adscripción a la teoría de la acción de Parsons, específicamente en su variante "trisistémica", la cual se funda en las categorías "humanistas" de "personalidad", "cultura" y "sociedad" (Parsons y Shils, 1962).

28 Esta noción de unificación teórica es compartida por otros muchos autores. Citaremos aquí solamente a Mannheim (1936), por haber sido inspiración para Shils, con su propuesta de una "síntesis reconstructiva", método que tiene la sociología para superar la mera profusión de "exégesis" aisladas, combinándolas en una mirada "holista" y de "totalidad", lo que además le permitiría tender puentes con la "intervención" en la esfera pública.

las distintas etapas de la sociología, hoy clásicas, y combinarlas en una mirada singular (p. 1410). Pero no hay que perder de vista que las proposiciones clásicas o fundacionales de la sociología son, dice Shils, "demasiado" propias del contexto histórico de la segunda mitad del siglo XIX europeo –y con adendas del siglo XX en la misma Europa y luego en Estados Unidos–. Este hecho, que el autor denomina "ecológico", de la constitución misma de la sociología, permite iluminar las "grandes tendencias" de la sociedad moderna y contemporánea –dado que es en esos tiempos y en esos lugares que se gestó una parte relevante de la forma actual de la sociedad, y que esta se ve crecientemente globalizada–.

En *Centro y periferia*, de 1974, Shils realiza un análisis "ecológico" de la producción y circulación de saberes. El autor señala que "centro" y "periferia" son categorías geométricas y geográficas, y en ese sentido operan nada más –y nada menos– que como metáforas que permiten graficar los modos en que los saberes –en este caso, sociológicos– emergen en el "centro simbólico" de la sociedad. El centro de la sociedad es tal pues allí confluyen las élites que crean los valores y las creencias dominantes así como las instituciones encargadas de su difusión. En las periferias, a su vez, toman forma distintos niveles de aceptación, modificación y rechazo del sistema valorativo central (Shils, 1961a; 1975). Pero el único modo de que la representación teórica de esas grandes tendencias sea la representación teórica del total de la sociedad humana actual es que la globalización de esa forma particular de sociedad sea también total –podríamos decir, que la modernización y occidentalización del mundo sea un hecho consumado, y no solo una tendencia, por otra parte, siempre ambigua y compleja– (Shils, 1965: 1424).

Dado que la realidad es siempre más compleja, Shils encuentra en este punto una "falta" de la sociología, en su corriente "hipostación" de la situación particular de la sociedad moderna occidental, en su "sobregeneralización" de sus especificidades espacio-temporales.[29] Encontramos aquí un punto de sostén para una verdadera autocrítica tanto de las modernidades como de las teorías sociológicas producidas en los "centros simbólicos" del mundo, así como de su apertura y del señalamiento de la necesidad de complementación con las modernidades y las teorías sociológicas producidas en las diversas "peri-

29 Para un tratamiento más extenso del problema ecológico de la producción intelectual, ver los capítulos de Álvarez Ruiz, de Marinis y Bialakowsky y Blanco en este mismo volumen. En el primer capítulo, se despliega el dilema entre universalismo y localismo; en el segundo, el de las traducciones entre ámbitos culturales diversos; y en el tercero, se delinea la posibilidad del abordaje simultáneo entre distintos espacios de producción.

ferias ecológicas" (Shils, 1981). Sin embargo, una vez constatado este hecho, sigue considerando válida una teoría sociológica general, a la que también denomina "macrosociología", puesto que, en su opinión, solo a través de la aplicación de conceptos generales puede percibirse, comprenderse y analizarse la especificidad y la unicidad de los distintos tipos de sociedades. En sus propias palabras, "la aserción misma de la unicidad presupone categorías generales de comparación" (Shils, 1965: 1442-1443; 1976c; 1976d).

Además del problema que podríamos titular de lo local y lo global, emerge aquí otro muy cercano sobre lo histórico y lo transhistórico. Shils marca la carencia, en la teoría sociológica de su época, de un adecuado y consciente estudio del "cambio". Si bien este vacío ha sido llenado luego del momento en el que él escribe, por los intentos de muchísimos pensadores posteriores –e incluso algunos contemporáneos–, vale la pena resaltar el lugar que el autor da al análisis de los "pasajes" de un tipo de sociedad a otro a lo largo del tiempo. También en este campo se le atribuye utilidad a la construcción de tipologías generales bien diferenciadas, que permitan explicar el porqué de una determinada secuencia de cambios, de entre las múltiples alternativas posibles en principio (Shils, 1965: 1443-1444).

Y una vez más, es necesario pensar en distintos alcances y escalas simultáneos: es tan necesaria una tipología de las variantes societales históricamente dadas como un conjunto de proposiciones más generales sobre las capacidades y necesidades humanas que han permanecido a lo largo de distintos períodos históricos. Una teoría sociológica compuesta a varias escalas y alcances, tanto temporales como espaciales, sería lo suficientemente flexible como para poder integrar toda información emergente o novedosa –ya provenga esta del pasado o del futuro, del seno de la propia sociedad o de alguna otra–, a la vez que lo suficientemente abarcativa como para captar las "determinantes fundamentales" que, hasta el momento y según nuestros conocimientos, han atravesado las distintas formas de la humanidad (p. 1446).

LA TEORÍA COMO RECONOCIMIENTO Y COMO CRÍTICA. LA TEORÍA COMO ILUMINACIÓN Y COMO AUTOCOMPRENSIÓN

De acuerdo con lo establecido por Shils en *La ética académica*, de 1982, la sociología, en cuanto constructora de imágenes sobre la acción humana, tiene enormes implicancias éticas –y por ello políticas–. Allí, define dicha ética como el "ideal humboldtiano de unión entre investigación y enseñanza", ideal cuyo objetivo máximo es la búsqueda y la transmisión de "saberes fundamentales", y que requiere de una "libertad" tanto positiva como negativa para realizarse de forma cabal (Shils, 1984). Por su parte, en otro trabajo, Shils especifica las

relaciones entre la ciencia y la ética tal como fueron dispuestas por el naciente paradigma moderno de las ciencias sociales en los siglos XVIII y XIX. A diferencia del paradigma "clásico" propio de la filosofía antigua y de la teología medieval, en el paradigma moderno el interés por el "ser" y por el "deber ser", aunque vayan acompañados, no se implican mutuamente. Se trata de la conocida distinción, a pesar de su permanente vínculo, entre juicio de hecho y juicio de valor (Shils, 1976a; 1980: 366).[30]

La existencia del ser humano en cuanto ente racional y moral es de un orden cualitativamente diferente al de su existencia en cuanto ente físico y biológico. Ahora bien, la percepción de esas cualidades humanas solo es posible mediante el uso de nuestras propias capacidades racionales y morales. De hecho, su percepción solo se habilita mediante el reconocimiento previo de una "afinidad fundamental" entre los hombres estudiados y los estudiosos. De este hecho se deriva un reconocimiento por parte de la mirada sociológica de la afinidad entre los hombres y su construcción por antonomasia: la sociedad.[31] Pero no es menos cierto que las tradiciones constituyentes de la sociología, a la vez que "ensalzan" a la sociedad, son fuertemente "críticas" de ella, en sus diferentes formas. De algún modo, lo que se reconoce es la necesidad que tiene el ser humano de cierto orden social, a la vez que lo que se critica son las diversas formas concretas que ese orden social adoptó en sucesivos momentos históricos.[32]

Ambos reconocimientos son necesarios en la teoría sociológica en la que está pensando el autor: una teoría que únicamente critique a la sociedad de su época sin reconocer su costado positivo es, en su opinión, una teoría "alienada".[33] La crítica a la que apela Shils es, en

---

30 Probablemente Shils se nutre aquí de la distinción que ya era usada por Weber (2012), quien a su vez se había apoyado para construirla en los trabajos de Wilhelm Dilthey (1949) y Heinrich Rickert (1968), que hablaban de "ciencias del espíritu" y "ciencias naturales", o bien, de "ciencias nomotéticas" y "ciencias históricas" o "ideográficas".

31 Consideramos que este tratamiento del concepto de "reconocimiento" constituye un interesante antecedente de su posterior sistematización por parte de la teoría crítica de Axel Honneth (2007), quien también ató el estudio filosófico-social del mundo, al rastreo de sus "patologías" morales, y a la reflexión sobre formas de vida superadoras.

32 Para otras declinaciones del rol crítico de la sociología, ver los capítulos de Álvarez Ruiz, Haidar, Alvaro y Sasín en este mismo volumen. El capítulo de Álvarez Ruiz refiere a las teorías críticas del "Sur"; el de Haidar, a la crítica de las temporalidades naturalizadas; el de Alvaro, a la crítica deconstructiva de textos; y el de Sasín, a la crítica como objeto y como autorreferencia de la comunicación teórico-sociológica.

33 Shils deja entrever, en varios momentos a lo largo de su obra, que aquí está pensando sobre todo en las distintas variantes del marxismo en la sociología. Su opinión

sus palabras, una crítica de gran escala pero internamente diferenciada, que permita la "localización del yo en la propia época y sociedad". La crítica debe ser siempre particularizada y concreta, para no derivar en una mera "desesperanza severa sobre la condición humana", al asumir el rol del *laudator temporis acti*, de aquel que en el fondo solo añora los tiempos pasados. Su particularidad y concreción refiere sobre todo a la referencialidad específica de sus conceptos clave –este es el rol principal de las "teorías de alcance intermedio", todo lo cual acerca a la sociología, como veremos más adelante, a la "opinión pública" (Shils, 1965: 1421-1424; Shils, 1984).[34]

Comienza aquí a emerger el problema de la relación entre el saber sociológico y las diversas instancias de poder. Shils es claro a la hora de distinguir entre a) el "mecenazgo" de la ciencia social por parte de los legisladores, b) la "intromisión" de los legisladores en la ciencia social, y c) la "incorporación" de los resultados de la ciencia social en los actos de legislación. En "Ciencia social y política social", de 1977, el autor apunta, por un lado, cierta inevitabilidad de que las instancias de poder financien a las ciencias sociales. Por otro lado, remarca que la intromisión no está implicada en el financiamiento, o mejor dicho, el financiamiento conduce a investigar ciertos temas y no otros, pero no a interpretar los resultados de la investigación de modo sesgado. Por último, subraya que el hecho de que dichos resultados reingresen en la opinión pública, y de allí en la legislación, es un hecho positivo (Shils, 1942; 1980: 282-283).[35]

Por otro lado, como mencionamos anteriormente, Shils desprecia la idea de la aplicación tecnológica de la teoría. Llega a referirse a la "monstruosidad moral" que implicaría la transformación de la sociología en una "herramienta para tecnócratas" (Shils, 1965: 1421). La parte crítica de la orientación general de la sociología conduce a que esta mantenga relaciones "tirantes" o tensionadas con los "sectores creyentes" de la sociedad –creyentes de todo tipo, por ejemplo creyentes de cualquier ideología política–, así como con aquellos que "disfrutan de la autoridad". Si la teoría sociológica alguna vez llegara a "parecerse demasiado" al conjunto de las "creencias" de los hombres

---

del marxismo es que se trata de una más de las numerosas tradiciones que confluyen legítimamente en la teoría sociológica, pero que solo puede constituir una teoría en sí misma en la medida en que construya una visión positiva de la sociedad, junto con la visión crítica.

34 En opinión de Harold Johnson, sin embargo, el énfasis en un ideal lleva precisamente a un juicio "poco realista" sobre la situación concreta de las universidades modernas (Johnson, 1986).

35 Al respecto, ver también Shils, 1976a; 1980: 389.

de la sociedad en la que la sociología prospera, afirma categóricamente Shils, entonces ella dejaría de tener sentido. Es que la "distancia" y la "desconfianza" respecto de las creencias, las instituciones que las sostienen, y las autoridades que hablan en su nombre, son elementos clave de la teoría sociológica. En última instancia, la distancia y la desconfianza respecto de la autoridad es distancia y desconfianza respecto de la religión, ya que toda forma de autoridad es "en el fondo, aunque no del todo, un fenómeno religioso".

La relación entre la teoría sociológica y la religión es compleja, como muestra Shils. Por un lado, en tanto nació con pretensión científica, la sociología buscó siempre construir conocimiento "secular" –empírico o teórico–, en contraposición al saber religioso. Sin embargo, vimos más arriba que el procedimiento del "descubrimiento" sociológico se asemeja al de la "revelación" teológica. Por otro lado, el saber sociológico se considera "bueno en sí mismo", así como se considera positiva su utilización consciente en el accionar humano, y esto también es similar a la concepción tradicional del saber religioso. Justamente, ambas esferas de saber consideran que su conocimiento es la fuente de una "vida moral correcta" (Shils, 1980: 465-466). Shils afirma que existe así un "hueco" entre la teoría sociológica y la creencia, sea esta teológica, política, o tradicional en cualquiera de sus sentidos, un hueco inevitablemente "infranqueable". Esta tensión y esta desconfianza, entonces, son los "límites externos" de la extensión de la teoría sociológica hacia la sociedad, y de su incorporación en ella (Shils, 1965: 1425-1426; Shils, 1976b).

Una consecuencia práctica de esta sospecha generalizada hacia las instancias de poder y de decisión pública es que ciertos sociólogos sientan "resquemor" hacia el uso de sus estudios para el "mejoramiento" de la sociedad a través de la política pública. Por suerte, atestigua Shils, esto no es así en todos los casos (Shils, 1965: 1434). Es que la sociología no se reduce a ser una "empresa cognitiva": es también una relación entre seres humanos que viven en sociedad. Y esa cualidad relacional no es exclusiva del "procedimiento" de la investigación sociológica, sino que también es propia de los "resultados" de la investigación. La "comunicación" de los resultados de la investigación sociológica es fundamental, es una acción que "afectará la opinión pública", y, por ello, movilizará otras acciones. En palabras del propio autor, "la sociología no es solo una ciencia; es al mismo tiempo una retórica, dirigida a una situación abierta". Y es tan "retórico" el informe de una indagación empírica concreta como el más abstracto de los tratados teóricos (pp. 1413-1414). En paralelo, en "Ciencia social y política social", Shils augura que, algún día, por intermedio del reingreso de los resultados de la investigación social en la opinión pública,

las instancias de poder utilicen ese conocimiento en la construcción de la política pública, del mismo modo que en la actualidad aprecian y utilizan los resultados de las "encuestas de opinión" derivadas del *marketing* (Shils, 1942; 1980: 284).

Para el autor, la función de la teoría sociológica es triple y resulta indisociable de la sociedad en la que se produce. En primer lugar, se trata de "enriquecer el elemento empático de la opinión pública"; en segundo lugar, de "proveer conocimiento sobre el yo y los otros"; y, en tercer lugar, la teoría sociológica debe "unir al yo con los otros a través de una mejor apreciación de los hilos que los atan". Unir empáticamente a los hombres entre sí no debe confundirse, afirma Shils en "Investigación social y autonomía de la esfera privada", de 1957, con la intrusión de la ciencia social en la "esfera privada" de los hombres. El "privilegio de la intrusión" solo se le permite a otras disciplinas, como la ciencia médica o la religión –y podríamos agregar el psicoanálisis–, puesto que su "contribución al bienestar" de los hombres es, para los hombres mismos, mucho más palpable. A la sociología, en cambio, se la obliga a mantenerse "circunspecta" (Shils, 1957; 1980: 433). Dado que la sociología se construye sobre la opinión de los hombres que conforman la sociedad, es su misión retornar a la opinión.[36]

Según un estudio realizado por Shils, el saber de las ciencias sociales es, en general, "bien visto" por la opinión pública extraacadémica. En cuanto a la especificidad de la teoría sociológica, esta es respetada, a pesar de sus "logros poco prácticos", siempre que se mantenga "dentro de su propia esfera" de erudición. Al autor, por supuesto, le gustaría que esto último se modificara, ampliándose su legitimidad y disminuyendo el señalamiento de su supuesta inutilidad (Shils, 1980: 353). En definitiva, el "llamado" o la misión de la sociología es la "iluminación" de la opinión pública (Shils, 1965: 1440-1441; 1977). En este sentido, afirma, "toda ciencia social es potencialmente relevante para la política pública, por más empírica o teórica que ella sea" (Shils, 1942; 1980: 287).

Hay en los hombres, afirma Shils, una "necesidad de contemporaneidad". La forma que la teoría sociológica ha encontrado de saciar esta necesidad es mediante la realización periódica de "diagnósticos de época". El *Zeitdiagnostik*, según el autor, es aquella parte de la teoría que se construye específicamente a partir de la "preocupación mo-

---

36 Por otro lado, esta concepción de la teoría sociológica como opinión acerca de la opinión social, la asemeja a los planteos hermenéuticos que la definen como "observación de segundo grado", sea en la variante fenomenológica de Alfred Schütz (2003), en la variante de la "doble hermenéutica" de Giddens (1995), o incluso en la variante de la "observación de observaciones" de "segundo orden" de Niklas Luhmann (2007).

ral", de la "sensibilidad estética" y de la "alerta respecto al paso del tiempo". Este costado de la teoría sociológica no puede diluirse por más que aspire también en otra escala a una abstracción y a una generalidad mayores: dejar ese costado de lado sería, en opinión del autor, una "verdadera pérdida para nuestra vida cultural". Es que el diagnóstico de época es el medio por el cual la teoría sociológica critica a la sociedad de la cual es contemporánea, a la vez que el medio por el cual se mantiene en "contacto" con ella (Shils, 1965: 1429).

En este sentido, entonces, vemos que la teoría es una "autointerpretación", pues incluye en su propio acervo de saber la información sobre el acto mismo de la construcción de teoría, en el contexto de la sociedad de la que forma parte. Las categorías de la teoría sociológica no solo deben dar cuenta de la humanidad del hombre, también deben dar cuenta de la capacidad del hombre para reflexionar sobre esa humanidad. Esto, nuevamente, parte del reconocimiento de la "continuidad" entre el teórico y aquello sobre lo que teoriza. La "contraparte tecnológica" de la teoría sociológica, si es que así quiere llamársela, no debe ser la "manipulación" de otros mediante prácticas tecnocráticas, sino la iluminación del yo individual y colectivo; podríamos decir, no es el disciplinamiento, sino el autodisciplinamiento en función del sentido de afinidad antes descripto. La teoría sociológica, en conclusión, es una forma fundamental de "autoconocimiento" o "autocomprensión" colectiva y, a partir de allí, de "autotransformación" colectiva (pp. 1420-1421).

CONCLUSIONES

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, desde la perspectiva de Edward Shils es factible concebir el análisis sociológico como una forma de continuar, aunque en un lenguaje más contemporáneo, el esfuerzo ancestral por establecer juicios sobre las vicisitudes del hombre sobre la Tierra. La sociología irrumpe de una aspiración, en última instancia, tan profunda como la teología, aunque menos abarcativa, dado que se reduce a las vicisitudes de "este" mundo. Es inherentemente agnóstica, aunque puede llegar a rozar la escatología cuando sus diagnósticos de época toman la forma de lo que se conoce como filosofía de la historia. Por ello, debe siempre volver a recordar que, en cuanto forma moderna de saber, no puede ir más allá de la historia. Y debe recordar también que no se reduce a ese diagnóstico, sino que este es una parte de la teoría sociológica más amplia porque, a pesar de su ineludible particularismo temporal y espacial, sus aspiraciones son siempre mayores, trascendentes.[37]

---

37 Justamente Koselleck (2012), a quien ya hemos mencionado, así como la historia conceptual más en general, se ocupan de trazar los vínculos entre el lenguaje social y la escatología religiosa.

La sociología ha sido entendida a lo largo de su historia de tres grandes maneras: como parte de la acción y "reproducción" de las distintas instancias de poder, control y autoridad de la sociedad; como forma de la crítica a la sociedad desde un supuesto "exterior"; y como modo de posibilitar la transformación de la sociedad, en especial, sus relaciones de poder, control y autoridad, a partir de la comprensión "desde adentro" de dicha sociedad. Shils, como hemos visto, adscribe a esta última concepción, la concepción que denomina "consensualista", a la vez que rechaza las otras dos tildándolas de "manipulativa" y "alienada" respectivamente.[38] El autor considera que la misión –o el llamado, como lo denomina– de la teoría sociológica es el "automejoramiento" de la sociedad, en contraposición al mejoramiento desde afuera, sea ese afuera una instancia de dominación o una de crítica externalista. Podemos apreciar entonces cómo su definición de la sociología se condice con su definición de su aspecto específicamente teórico. La sociología es una disciplina que es tanto una ciencia que sospecha como un juicio moral, un cuerpo de opiniones y una retórica performativa. La teoría sociológica, por su parte, implica un trabajo constante sobre las tradiciones heredadas, una sistematización permanente de las nuevas experiencias, y una reflexión sobre la situación del ser humano en sus determinaciones y en sus variaciones. En este sentido es que el sociólogo se encuentra, para retomar el título de otro de los libros shilseanos, "entre la tradición y la modernidad" (Shils, 1961b).

Entonces, a modo de primera conclusión, quisiéramos hacer notar que las formas en que el autor va delineando su concepción de teoría son claramente figurativas. En efecto, lo que ella fuera es mostrado a partir del señalamiento de semejanzas en los atributos, en las funciones, en las relaciones y en las formas con otros objetos, procesos, fenómenos o acciones del mundo social ya conocidos. Así, vimos que la teoría sociológica puede ser pensada a partir de: a) una *metáfora física* –la teoría como "cuerpo" en movimiento y como "dinámica"–; b) una *metáfora cartográfica* bastante cercana a la de ciertos autores contemporáneos –la teoría como "mirada" y como "mapa"–;[39] c) una *metáfora arquitectónica* –la teoría como "marco", por ejemplo, de una

38 Respecto de la noción shilseana de "consenso", y su posición intermedia entre el tratamiento parsoniano del "problema del orden" y las "teorías del conflicto" como las de Ralph Dahrendorf (1959) y Lewis Coser (1956), recomendamos ver Stolzman (1974).

39 Estamos pensando aquí en la noción de "operación de observación" de Luhmann (2007), y sobre todo en la noción de "punto de vista" de Bourdieu (2008) y su utilización de formas "cartográficas" para representar el "espacio" social.

ventana o de una puerta, y como cimiento de una "edificación"–; d) una *metáfora cristiana* –la figura de la "semilla" y la noción de "revelación"-; y finalmente e) una *metáfora iluminista* –la teoría entendida como "iluminación" de la opinión y como "autoconocimiento". Todas estas metáforas resultan muy coherentes con la idea general de Shils respecto de la inevitabilidad de moverse en el magma de las tradiciones de pensamiento heredadas: la teología y el iluminismo, el humanismo y el cientificismo se combinan en su obra dando forma a estas cinco metáforas, a estas cinco formas originales de entender lo que la teoría sociológica deba ser, cómo deba hacerlo y, en nuestra opinión el punto más relevante, para qué deba hacerlo.

En segundo lugar, hay otra serie de cualificaciones que Shils le otorga al trabajo teórico en la modalidad que defiende, que aunque no llegan a ser metáforas propiamente dichas, porque no constituyen imágenes, sí que pueden ser la base de una perspectiva unificada a partir de su combinación. Así, la teoría se caracterizaría por ser a) "abierta", b) "consciente", c) "empática" y d) "crítica". Primeramente, habría que hacer notar que estas cuatro adjetivaciones conforman distintos *pares conceptuales antagónicos*: si la autoconciencia, unida a la autoiluminación, la autocomprensión y el autoconocimiento, presenta un vector que apunta "hacia adentro" –del propio individuo, del propio pequeño grupo, o de la propia sociedad–, la apertura, por otro lado, entendida como dinámica y metamorfosis, apunta su vector "hacia afuera" –hacia la otredad temporal o espacial, hacia otras ecologías individuales o colectivas, hacia la modificación de la tradición–. Del mismo modo, si la empatía, en cuanto rasgo humano basado en una sensibilidad que resalta la afinidad fundamental entre todos los seres y permite el reconocimiento intersubjetivo, constituye un vector que podríamos llamar *constructivo*, unificador, creador y fortalecedor del lazo social, incluso conservador de los logros de la civilización; la crítica, por su parte, al ser entendida como sospecha frente al poder o como cuestionamiento a la autoridad, constituye un vector que podríamos denominar *deconstructivo*, desafiante, incluso trascendente respecto de lo dado y lo heredado.[40] Pero en nuestra opinión, es al *combinar estos cuatro vectores*, estos cuatro pares antagónicos, que la teoría logra alcanzar una mirada más completa, una mirada mejor preparada para captar las complejidades y sutilezas del mundo, evitando las sobresimplificaciones, las caricaturizaciones, las linealidades que nunca son tales, y las falsas dicotomías.

---

40 Para un desarrollo detallado de la perspectiva deconstructiva en la variante derrideana, ver el capítulo de Alvaro en este mismo volumen.

Como tercera conclusión, finalmente, nos gustaría llamar la atención sobre el hecho de que entonces la teoría sociológica comparte motivaciones, imágenes y conceptos con todas las grandes áreas del quehacer humano a lo largo de la historia: por supuesto con el saber y el *hambre de conocimiento*, pero también con el arte y la *expresión estética*; con la ética y la *intervención política;* con la religión y la *trascendencia teológica*. En efecto, teoría sociológica es ciencia y sistematización, pero también es creatividad e imaginación, es comunión y misterio, es dominación y resistencia. Dicho esto, podemos ahora comprender mejor a qué nos referimos al comienzo de este capítulo, cuando sugerimos que la metodología particular de trabajo teórico, que podía derivarse de los aportes planteados por Shils, era la de una "teorización sensibilizadora". La teorización sensibilizadora, en sociología, en las ciencias humanas más en general, o quizás en cualquier ámbito de producción de conocimiento, es aquella que es a la vez práctica y conceptual, concreta y abstracta, coyuntural y universal, localizada y trascendente, consensualista y cuestionadora, empática y crítica, comprometida y distanciada, tradicional y moderna, sistemática y ensayística. Que trabaja con conceptos, pero también se inspira en metáforas; que señala dicotomías, pero las derriba al intentar captar totalidades complejas; y que, en cuanto quehacer movilizado por preocupaciones humanas, busca a su vez sensibilizar a esos seres para *rastrear, proteger y resaltar "lo humano del ser humano"*.

Traer a colación una propuesta como esta tiene sentido aquí y ahora, opinamos, toda vez que tanto el elemento "teorizador" como el elemento "sensibilizador" parecen, con frecuencia, estar siendo atacados en algunos frentes. La ya conocida y creciente unión de ciencia y técnica, impulsada por los poderes económicos y políticos locales o globales, y que en especial desde la época de las guerras mundiales y de la era dorada del capitalismo se "aplican estratégicamente" a la maximización de la productividad, sea en términos de rentabilidad ganancial o de éxito bélico, hoy sigue vigente sobre todo en la forma de un neoliberalismo reforzado, de una creciente privatización de los recursos naturales cada vez más escasos, y de la manipulación de la subjetividad en un grado antes impensable gracias a las redes sociales virtuales y su intrusión en la más profunda intimidad. Esto, a su vez, se suma a la también ya conocida desigualdad material y simbólica entre regiones y grupos dominados y dominantes a lo largo del planeta. De este modo, si no se reduce al mínimo tolerable la producción de pensamiento teórico –sobre todo por su capacidad crítica y transformadora–, en pos de un ensanchamiento casi total de la "investigación aplicada y estratégica", al menos se le pide a la teoría haber sido producida en el "centro" del mundo –o al menos allí se le dificulta menos

realizarla en términos de recursos financieros–. En este marco es que adquiere su sentido, entonces, *defender desde la "periferia" y en pleno siglo XXI la legitimidad del trabajo teórico, y de un trabajo teórico sensible, crítico y con pretensión de intervención práctica.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adams, E. M. (1983). Edward Shils' Tradition. En *Canadian Philosophical Review*, 3 (1): 37-39.

Adriaansens, H. P. M. (1980). *Talcott Parsons and the conceptual dilemma*. Londres: Routledge.

Altbach, P. G. (1999). Edward Shils and the American university. En *Society*, 36 (3): 68-73.

Aron, R. (2011). *El opio de los intelectuales*. Barcelona: RBA.

Blumenberg, H. (1998). *Conceptos en historias*. Madrid: Síntesis.

Blumer, H. (1986). *Symbolic interactionism. Perspective and method*. Los Ángeles: University of California.

Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (2008). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bulmer, M. (1996). Edward Shils as a sociologist. En *Minerva*, 34 (1): 7-21.

Coser, L. A. (1956). *The functions of social conflict*. Nueva York: Free Press.

Dahrendorf, R. (1959). *Class and class conflict in industrial society*. Stanford: Stanford University Press.

Dilthey, W. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eisenstadt, S. N. (1997). Edward Shils. En *Proceedings of the American Philosophical Society*, 141 (3): 366-373.

Foucault, M. (1998). ¿Qué es un autor?. En *Revista Litoral*, 25/26: 35-71.

Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

— (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

Grosby, S. (2006). Edward Shils' Fragment of a sociological autobiography. En *Society*, 43 (5): 59-63.

Honneth, A. (2007). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*. Buenos Aires: Katz.

Jacobs, S. (2007). Edward Shils' theory of tradition. En *Philosophy of the Social Sciences*, 37 (2): 139-162.

Johnson, H. J. (1986). Edward Shils' The academic ethic. En *Canadian Philosophical Review*, 6 (1): 30-33.

Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.

Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.

Mannheim, K. (1936). *Ideology and utopia*. Nueva York: Harcourt-Brace.

Merton, R. K. (2003). *Teoría y estructura sociales*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Oromaner, M. (1983). Edward Shils' Tradition. En *American Political Science Review*, 77 (4): 1124-1125.

Parsons, T. y Shils, E. A. (1962) [1952]. *Toward a general theory of action. Theoretical foundations for the social sciences*. Nueva York: Universidad de Cambridge.

Rickert, H. (1968). *The limits of concept formation in natural science*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rodríguez Medina, L. (2014). Edward Shils' Center and periphery. En *Critical Reviews on Latin American Research*, 3 (2).

Schütz, A. (2003). *Escritos I. El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Shils, E. A. (1942). Social science and social policy. En *Philosophy of Science*, 16: 219-242.

— (1957). Social inquiry and the autonomy of the private sphere, H. D. Lasswell y D. Lerner (eds.), *The human meaning of the social sciences*. Meridian Books.

— (1961a). Centre and periphery. *The logic of personal knowledge*. Londres: Routledge.

— (1961b). *The intellectual between tradition and modernity*. Nueva York, The Hague.

— (1965) [1961]. The calling of sociology. En Parsons, T. *et al*. (ed.), *Theories of society. Foundations of modern sociological thought*, Macmillan, Toronto.

— (1970). Tradition, ecology, and institution in the history of sociology. En *Daedalus*, 99 (4).

— (1971). *Génesis de la sociología contemporánea*. Madrid: Seminarios y Ediciones.

— (1975). *Center and periphery. Essays in macrosociology*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1976a). The pursuit of knowledge and the concern for the common good. En C. Frankel (ed.), *Controversies and Decisions. The social sciences and public policy*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

— (1976b). *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Tres Tiempos.

— (1976c). *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Buenos Aires: Tres Tiempos.

— (1976d). *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Buenos Aires: Tres Tiempos.

— (1977). Social science as public opinion. En *Minerva*, 15.

— (1980) [1977]. *The calling of sociology, and other essays on the pursuit of learning*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1981). *Tradition*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1983). Tradition and the generations: on the difficulties of transmission. En *The American Scholar*, 53 (1): 27-40.

— (1984) [1982]. *The academic ethic*. Chicago, University of Chicago Press.

Stolzman, J. D. (1974). Edward Shils on consensus: an appreciation and critique. En *British Journal of Sociology*, 25 (1): 3-14.

Swanson, G. E. (1953). The approach to a general theory of action by Parsons and Shils. En *American Sociological Review*, 18 (2): 125-134.

Turner, S. (2002). The significance of Shils. En *Sociological Theory*, 17 (2): 125-145.

Varacalli, J. A. (1982). Edward Shils' Tradition. En *Sociology of Religion*, 43 (4): 391-393.

Warner, R. S. (1966). The civil order: the sociological politics of Edward Shils. En *Berkeley Journal of Sociology*, 11: 82-97.

Weber, M. (2012). *Collected methodological writings*. Londres: Routledge.

Wirth, L. (1964). *The ghetto*. Chicago: University of Chicago.

Wright Mills, C. (2003). *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ana Grondona

¿QUÉ ES *EL* CONTEXTO?

REFLEXIONES A PARTIR DEL ANÁLISIS MATERIALISTA DE LOS DISCURSOS

Esta reorientación del foco de análisis de los contenidos hacia las formas de los discursos políticos, aunque puede parecer menor, supuso un vuelco metodológico drástico por el cual se redefiniría el objeto mismo de los análisis. Éste ya no serían las ideas de un autor –las cuales, consideradas en sí mismas, son entidades transhistóricas, pueden aparecer en los contextos más diversos (…)–, sino "textos", siempre particulares y específicos a un contexto de enunciación dado.
Elías Palti, 2010

¿En qué "momento dado" estamos?
Georges Didi-Huberman, 2011

EN ESTE CAPÍTULO NOS INTERESA abordar el problema del contexto –en rigor, su presunta evidencia como algo que vendría dado y que se predica, además, en singular (*el* contexto)– para la investigación en/sobre teorías sociológicas. ¿Qué implica situar algo en *su* contexto? ¿Qué es "eso" que situamos? ¿Una teoría, un concepto, una obra, un texto, un autor? ¿Qué supone predicar que tienen un contexto propiamente "suyo"? Se trata, evidentemente, de un asunto ya muy debatido.

En este trabajo presentaremos algunos aspectos centrales del modo en que ha sido tematizado desde la denominada "nueva historia intelectual" (NHI) (Palti, 1998, 2004, 2010), retomando para ello, fundamentalmente, los aportes de la Escuela de Cambridge (en particular, de Quentin Skinner) y, en menor medida, de la historia conceptual. En este balance crítico, volveremos sobre algunas de las observaciones realizadas por Peter Burke (2002) y por Alejandro Blanco (2006) sobre este denominado "giro contextualista", en las que se

subraya, entre otros aspectos, la imprecisión conceptual con la que suele hacerse uso del término. Luego, en los dos apartados siguientes expondremos una forma alternativa de problematizar la cuestión del contexto, a partir de un análisis materialista de los discursos (AMD) en el que trabajaremos, a modo de ilustración, sobre algunos aspectos de una indagación alrededor de la sociología de Gino Germani. Lejos de querer resolver la ambivalencia en los usos (y abusos) de la noción de "contexto", nos interesará hacerla jugar de modos productivos tanto en términos teóricos como en la práctica de investigación.

1. HISTORIA DE LAS IDEAS, HISTORIA INTELECTUAL Y EL PROBLEMA DEL "CONTEXTO"

Parece no haber dudas de que para cada enunciado debe haber algún contexto explicativo y para cada acción algún conjunto de condiciones causales antecedentes.
Quentin Skinner, 2000

En los últimos años, la historia intelectual ha tenido una intensa recepción y recreación en el medio académico argentino y latinoamericano. En un texto de 2010, Mara Polgovsky Ezcurra distingue tres oleadas fundamentales para comprender la NHI en América Latina. En primer lugar, consigna los debates de Brasil en 1970 alrededor del esfuerzo crítico de Roberto Schwartz y las ideas "fuera de lugar"; luego, subraya la importancia de los trabajos de Charles Hale sobre las singularidades del liberalismo en México; y, finalmente, consigna una tercera ola iniciada alrededor de los trabajos de François-Xavier Guerra que cuestionaban las hipótesis sobre "desajustes" entre ciertas ideas "importadas" y los contextos locales de aplicación. Las posiciones contemporáneas alrededor de la historia intelectual son, desde esta perspectiva, herederas y superadoras de estas tres oleadas. En particular, es el caso de una nueva generación interesada en hacer andar la NHI por los andariveles de la filosofía del lenguaje y la historicidad de los conceptos (vgr. Elías Palti), y ya no tanto por los de la sociología o la crítica literaria (como, por ejemplo, Carlos Altamirano). Por cierto, la descripción de estas tres olas deja como saldo, o como estela, la conclusión de que la NHI en América Latina está estrechamente vinculada al problema de la recepción. El hilván que pareciera atravesar las diferentes etapas es una interrogación, más o menos crítica según el caso, alrededor de la metáfora "original/copia" para pensar la circulación de ideas producidas en el (o los) centro(s) hacia las periferias y su in/adecuación a estas nuevas condiciones. La tematización texto/contexto adquiere, pues, una densidad singular y

específica estrechamente asociada a los problemas de "traducción", "circulación", "recepción", etc. Tal como veremos enseguida, estas preguntas están ausentes o tienen una importancia marcadamente menor en los contextos de formulación de la NHI. Volveremos sobre ese punto más adelante.

La NHI, como suelen aclarar quienes la cultivan, se contrapuso a una *vieja* historia intelectual o, mejor, a la vieja historia de las ideas. Quentin Skinner es una referencia fundamental para dar cuenta de aquella ruptura epistemológica de fines de la década de 1960. Este autor cuestionó la noción misma de "ideas-unidad", entendidas como elementos transhistóricos, que había sido el objeto de investigación de Arthur Lovejoy,[1] autor que hasta entonces había hegemonizado el campo.[2] A contramano de esta perspectiva transhistórica, en el balance crítico que propuso Skinner, y que acompañó la denominada Escuela de Cambridge, el contexto pasó a ocupar un lugar de privilegio para la indagación de los sentidos de un texto o una doctrina. Este "contextualismo radical" (o "giro contextualista", según Peter Burke), sin embargo, tuvo un signo muy distinto al de cierta historia social dispuesta a reducir la producción de ideas o doctrinas a la mera *expresión* de *otros* procesos (económicos, sociales, religiosos, tecnológicos, etc.).[3] Quizás el mejor modo de captar a qué alude la noción de contexto sea atender a la aclaración de Palti según la cual la Escuela de Cambridge tomó sus rasgos distintivos de la obra de Peter Laslett, quien en su edición de los *Dos tratados sobre el gobierno civil* de Locke

---

1 En el *racconto* de Elías Palti, la década de 1930 fue la "edad heroica" de la historia intelectual estadounidense, tras la aparición de *Main currents in American thought* de V. L. Parrington, al que se sumaron los partes de Perry Miller, Richard Hofstadter y Arthur Schlesinger Jr. Sin embargo, fue recién con Arthur Lovejoy que la historia de las ideas definió un espacio teórico e institucional propio (Palti, 1998: 25).

2 Por cierto, este último también dejó su impronta en el ámbito de los estudios de teoría sociológica, en particular mediante la noción de "ideas-elemento" con la que Robert Nisbet trabajó en *The Sociological Tradition* (traducido como *La formación del pensamiento sociológico*) (1966). Nisbet se proponía, en aquel clásico libro, reponer y sistematizar la tradición sociológica a partir de un conjunto de ideas medulares, fundamentales, persistentes, generales y distintivas (comunidad, autoridad, estatus, sagrado, alienación) en las que habrían coincidido los más variados autores, escuelas y perspectivas.

3 Reencontramos este intento de explicación por reducción en algunos aspectos de la sociología bourdieusiana. Si bien el foco de nuestro debate es la historia intelectual, dado que se trata de un libro en el que se presentan herramientas de análisis e investigación para la teoría sociológica, ámbito en el que esta aproximación está ampliamente difundida, conviene que, en notas al pie, precisemos algunas de sus discrepancias con la propuesta teórica y epistemológica que nos interesa presentar (el AMD).

"mostró que el *verdadero* interlocutor de Locke no era, como suele afirmarse, Hobbes, sino un autor hoy casi desconocido, Filmer", y que "*sólo en relación con éste pueden comprenderse las ideas de aquél*" (Palti, 2004: 67, énfasis nuestro). Así pues, la delimitación de *con/contra quién* se habla resulta, desde el punto de vista del texto seminal "Significado y comprensión en la historia de las ideas" (Skinner, 2000), un elemento fundamental en la delimitación del contexto y (por ello del) sentido de un escrito.

El pragmatismo, y en particular la teoría de los actos de habla de John L. Austin, talló fuerte en el modo en que Skinner definió teóricamente la noción que aquí nos interesa: El "contexto" devino central en tanto la pregunta por el sentido remitía a la dimensión *performativa*[4] de la enunciación. Comprender una obra no se reduce a su análisis textual, es menester, por el contrario, asir su sentido o fuerza performativa, entenderla como un *acto* de comunicación. Ello requiere recuperar la intención compleja del autor al formular tal o cual texto, así como analizar las condiciones semánticas de su producción, entendidas como las convenciones en las que una acción de enunciación se enmarca. Estas condiciones –entre las que se destacan las circunstancias (*quién* habla, *a quién* se dirige, *dónde* lo hace, etc.) y las dimensiones retóricas asociadas a la disposición del discurso– son aspectos fundamentales para comprender el propósito al decir, sobre la que el autor tiene un privilegio. En efecto, como en la teoría de los actos de habla, la delimitación del contexto está fuertemente atada a la posibilidad de precisar la finalidad que una formulación expresa, "consciente o inconscientemente", según se aclara. Sin embargo, esta aclaración es siempre marginal respecto del argumento central, o, permanece, cómodamente resguardada por un paréntesis:

> Esta autoridad especial de un agente sobre sus intenciones no excluye, por supuesto, la posibilidad de que un observador esté en condiciones de dar una explicación más completa o convincente que la suya propia sobre su comportamiento. *(En rigor de verdad, el psicoanálisis se funda en esta posibilidad)*[5] (Skinner, 2000: 171, énfasis nuestro).

---

4 En una revisión crítica, Peter Burke observa que para las tematizaciones más contemporáneas el foco ha dejado de ser el contexto asociado a ciertas condiciones (en sentido más o menos estructural: clase, género, raza) y ha pasado a ser la *situación inmediata* en la que una comunicación se inscribe como *performance* (Burke, 2002: 170).

5 Hacia el final volveremos a referirnos a esta singular manera de presentar la práctica del psicoanálisis.

En este punto, la crítica de Jacques Derrida a la perspectiva de Austin introduce elementos interesantes para el análisis del "giro contextualista" que aquí nos proponemos. En "Firma, acontecimiento, contexto", el filósofo francés subraya que la teoría de los actos de habla exige un "contexto exhaustivamente determinable", incluso "total", pues este representa la única garantía para sortear las amenazas de los denominados "infortunios" (2015: 14). En sus famosas lecciones, Austin se había preguntado por los casos en los que, aun formulando ciertas sentencias, la performatividad fallaba (el ejemplo típico, "los declaro marido y mujer" en una obra de teatro no resulta en un matrimonio). Esta inquietud, que atrae la atención de Derrida, se resuelve, sin embargo, muy rápidamente en el planteo del filósofo inglés, mediante la enumeración de condiciones que deben ser garantizadas para la efectividad del acto de habla, como la convencionalidad, la corrección o la integralidad.[6] Según la crítica que sostiene Derrida, y que nos interesa recuperar para nuestro trabajo, aquella enumeración presuponía, necesariamente, una "conciencia libre y presente en la totalidad de la operación, de querer-decir absolutamente pleno y señor de sí mismo", una "jurisdicción teleológica de un campo total en el que la intención sigue siendo el centro organizador" (Derrida, 2015: 18). Así, aun cuando Austin había reconocido la posibilidad de la falla, y la había reconocido como posibilidad estructural, en "nombre de una especie de regulación ideal" termina por excluir aquel riesgo como accidental y exterior (ídem). El gesto del filósofo francés es dejar co-

---

6 Las condiciones de éxito de un formulación realizativa son, según afirma Austin " A.1) Tiene que haber un procedimiento convencional aceptado, que posea cierto efecto convencional; dicho procedimiento debe incluir la emisión de ciertas palabras por parte de ciertas personas en ciertas circunstancias. Además, A.2) en un caso dado, las personas y circunstancias particulares deben ser las apropiadas para recurrir al procedimiento particular que se emplea, B.1) El procedimiento debe llevarse a cabo por todos los participantes en forma correcta, y B.2) en todos sus pasos, Γ.1) En aquellos casos en que, como sucede a menudo, el procedimiento requiere que quienes lo usan *tengan ciertos pensamientos o sentimientos*, o está dirigido a que sobrevenga cierta conducta correspondiente de algún participante, entonces quien participa en él y recurre así al procedimiento debe tener en los hechos tales pensamientos o sentimientos, o los participantes deben estar animados por el propósito de conducirse de la manera adecuada, y, además, Γ.2) los participantes tienen que comportarse efectivamente así en su oportunidad" (Austin, 2006: 56, énfasis nuestro).
Puede trazarse un paralelo entre esta enumeración y la de los "vicios de la voluntad" en la teoría del contrato. Según esta última, existe voluntad jurídica solo si concurren una serie de requisitos internos (discernimiento, intención y libertad) y externos (la declaración). En tanto un acto jurídico es una manifestación de voluntad, ella debe estar sanamente formada, libre de error o dolo que afecte la intención, de violencia o de intimidación que afecta la libertad. Agradezco a Victoria Haidar haberme realizado este señalamiento.

locada la pregunta por el fracaso en el centro de la reflexión sin apresurarse a encontrar las garantías últimas. En cada acto ilocucionario, pues, no hay otra referencia/sostén más que la repetición (o la serie de repeticiones) previas de ese y otros actos de habla (así, la "felicidad" de la declaración matrimonial depende, por ejemplo, de la escena en la que el Estado autorizó al juez como tal y esta de la que lo había consagrado como abogado, etc.), motivo por el cual está siempre-ya-abierto a las posibilidades del infortunio. No puede partirse de una "consciencia libre y plena" que suture las posibilidades accidentales del contexto.[7]

Ahora bien, volviendo a nuestra lectura de Skinner a la luz de "Firma, acontecimiento, contexto", la propuesta de entender una obra (¿o una teoría? ¿O un texto?) como un acto de habla no solo se encuentra con el obstáculo de depender de un presupuesto ontológico tan cargado como el de una consciencia plena y dueña de su decir, sino que conlleva una segunda complicación: pasa por alto el hecho de que se trata de un *escrito*. En efecto, los realizativos de Austin eran orales y estaban insertos en la interacción de un ritual. El texto, por el contrario, trae, irremediablemente, el problema de la ausencia:

---

7 Bourdieu (1999) también se interesó por la teoría de los actos de habla de Austin. Se trata, sin embargo, de una respuesta radicalmente distinta a la de Derrida que, además, se diferencia de la perspectiva del AMD.
Por una parte, el análisis de Bourdieu se separa del de Derrida en tanto el sociólogo da por resuelto lo que el filósofo prefiere dejar abierto como interrogación. El sociólogo afirma que la eficacia de los actos de habla "reside en las *condiciones institucionales* de su producción y su recepción" (Bourdieu, 1999: 70), más allá de las engañosas apariencias según las que esa eficacia pareciera estar contenida en la formulación ("el misterio de la magia performativa se resuelve en el misterio del ministerio", ídem: 66). De lo que se trata es de un "discurso de autoridad" que solo ejerce su efecto a condición de ser reconocido como tal. Tal reconocimiento depende de ciertas "condiciones litúrgicas", que conforman la parte más visible de un sistema de condiciones, la más importante la delegación de autoridad (ídem: 70).
Toda la ambivalencia que el análisis derrideano concede al ritual performativo ha desaparecido. Se trata de un punto fundamental que se vincula a otro: Bourdieu se empeña en negar autonomía y especificidad tanto a la lengua como al discurso (dimensiones que, además, confunde). En virtud de ello, puede desentenderse de la materialidad y los mecanismos de una y otro y reducirlos a la lógica meramente expresiva de una disputa que, en definitiva, se dirime en otros términos (institucionales, de poder, de "ministerios"). Las *formas* singulares de esa expresión resultan indiferentes para entender las lógicas de una reproducción que opera a partir de disputas determinadas por la distribución de posiciones y capitales al interior del espacio social y que resultan absolutamente claras para la mirada del sociólogo. Esta operación analítica resulta, desde el AMD, un reduccionismo sociológico que toma *una parte* del haz de condiciones de producción, por el *todo* (punto sobre el que volveremos).

> Un signo escrito se adelanta en ausencia del destinatario. ¿Cómo calificar esta ausencia? (…) Es preciso si ustedes quieren, que mi «comunicación escrita» siga siendo legible a pesar de la desaparición absoluta de todo destinatario determinado en general para que posea su función de escritura, es decir, su legibilidad. Es preciso que sea repetible –reiterable– en la ausencia absoluta del destinatario o del conjunto empíricamente determinable de destinatarios. Esta iterabilidad (*iter*, de nuevo vendría de *itara*, «otro» en sánscrito, y todo lo que sigue puede ser leído como la explotación de esta lógica que liga la repetición a la alteridad) estructural la marca de escritura misma, cualquiera que sea además el tipo de escritura (pictográfica, jeroglífica, ideográfica, fonética, alfabética, para servirse de estas viejas categorías). Una escritura que no fuese estructuralmente legible –reiterable– más allá de la muerte del destinatario no sería una escritura (Derrida, 2015: 9).

La no-presencia en general y "la no-presencia de mi querer-decir", de "mi intención-de-significación", de "mi querer-comunicar-esto" son *constitutivas* de la escritura como tal, en tanto fundan su legibilidad. De este modo, la escritura resulta una estructura reiterativa necesariamente apartada de toda "autoridad de última instancia, huérfana y separada desde su nacimiento de la asistencia de su padre" (Derrida, 2015: 10). El intento de reponer esa intención a partir de la reconstrucción de sus circunstancias desatiende, pues, la materialidad misma del texto como escritura.

Ahora bien, ¿estas formas de relativizar la delimitación del contexto, no corren el riesgo de subestimar el peligro del anacronismo en el análisis de doctrinas/obras/teorías? Después de todo, ese era el verdadero peligro que intentaba exorcizar Skinner con su conjura.[8]¿Diremos acaso que fue poco razonable cuestionar el modo de trabajo de la *vieja* historia de las ideas, que, a partir de retazos muy distintos entre sí, producidos en contextos muy diversos, componía *collages* desinteresados por cronologías y discontinuidades? (Palti, 2010: 121). Nuestra respuesta es ambivalente. Por una parte, compartimos algunos reparos frente al *collage* que proponía la historia al estilo de Lovejoy (1983), pues partía de la hipótesis de una identidad esencial de ciertas ideas que se habían presentado en (y más allá de) muy diversas coyunturas históricas y variaciones semánticas.[9] La ta-

---

8 "El peligro específico que se corre en la biografía intelectual es el del liso y llano anacronismo. A partir de cierta similitud de terminología puede 'descubrirse' que determinado autor ha sostenido una concepción sobre algún tema al que en principio no puede haber tenido la intención de contribuir" (Skinner, 2000: 153).

9 Otros aspectos de la propuesta de Lovejoy tienen gran resonancia con la del AMD. Por ejemplo, su interés en incorporar al análisis textos que excedieran los límites de la filosofía y pudieran abarcar "todas las fases de la vida reflexiva" (1983:

rea investigativa se presentaba, desde esta perspectiva, como una búsqueda de ciertos "denominadores comunes", mediante simplificación y depuración de ambigüedades semánticas (Lovejoy, 1983: 12 y ss.). Esta aproximación anula la historicidad del texto y lo reduce a ser un medio de *expresión* de representaciones. Ahora bien, será precisamente en virtud de esa historicidad (la del texto) que podremos componer *otra forma de collage*, que, en realidad, preferimos denominar "montaje" (Glozman, 2015; Didi-Huberman, 2011). Estos montajes de retazos parten de la premisa de las temporalidades múltiples de cualquier texto, esto es, de su constitutivo anacronismo/heterocronismo/pluricronismo.

En este punto, resuena algo de la historia conceptual de Koselleck, que también retoma la nueva historia intelectual, en particular la sistematización de Palti.[10] En efecto, para aquella perspectiva, los conceptos son plurívocos y están cargados de una inevitable *asincronía semántica*, en virtud de la cual superan su contexto y son capaces de proyectarse tanto hacia el pasado (como sedimento de experiencia histórica) como hacia el futuro (como horizonte de expectativas). Son unidades de sentido en las que habitan múltiples tiempos (la contemporaneidad de lo no contemporáneo). En consecuencia, rebasan siempre el presente de la historia entendida como historia social. Resultan equivocadas, pues, las perspectivas que parten de una hipótesis de *correspondencia* o *ajuste* entre los conceptos y otros procesos históricos (Koselleck, 2012).

Nuestra celebración del "anacronismo", algunos renglones más arriba, pareciera colocarnos más cerca de la propuesta de Koselleck. Sin embargo, no es el caso. Por una parte, nuestro interés es pensar la asincronía[11] del *texto* antes que del "concepto", y la de las nociones

---

22). El capítulo de Victoria Haidar, en este mismo libro, es un buen ejemplo de este afán de producir objetos que eludan las fronteras disciplinares.

10 Cabe preguntarse si este modo de entender la temporalidad de los conceptos es asimilable con el modo en que la pragmática de Skinner delimita el "contexto". Entendemos que no, pues la perspectiva de Koselleck está mucho más interesada en ciertos entramados culturales-nacionales en virtud de la delimitación de ciertas tradiciones y *semánticas* que en dilucidar las intenciones (conscientes o inconscientes) de tal o cual autor, o la descripción de ciertos usos del lenguaje o de determinadas retóricas. Estamos, pues, frente a *distintas hipótesis respecto de cómo se produce sentido*, con todas las diferencias que supone hacerlo a partir del concepto de "acción" (Skinner) o del de "experiencia" (Koselleck).

11 Sobre la relación entre anacronismo y asincronía diremos que una vez que se acepta, tal como indicaremos algunos párrafos más abajo, el carácter ideológico de la representación de un tiempo "de base" o "sincrónico", todo afán de "reponer" *un* contexto en sus propios términos sin "intromisiones" pierde fundamento. Probablemente, en virtud de ello, Jacques Courtine (1981) no tuvo mayor inconveniente en

de *práctica* y *proceso de producción* antes que la de "acción" o "experiencia". Proponemos, pues, plantear el problema en otro terreno, uno capaz de reconocer la especificidad de la dimensión textual.

Antes de pasar a esa instancia, querríamos recuperar algunos elementos de otras críticas contemporáneas al "giro contextualista", a las que, por cierto, ya hemos aludido. Resulta particularmente iluminador un texto de Peter Burke (2002) en el que se subrayan las imprecisiones en la definición conceptual de "contexto", situación que compara con los usos múltiples y ambiguos de "cultura", que puede funcionar en sentido estrecho o amplio, flexible o rígido, etc. La pregunta es, según este argumento, qué *no* entraría dentro de esos usos inespecíficos de una noción tan vaga (Burke, 2002: 177). También resulta refrescante que no se opte por una resolución normativa en términos de fijación de sentido –como si la polifonía pudiera resolverse con un glosario– y se deslice, por el contrario, que "es más realista emplear la palabra en plural, colocarla mentalmente entre comillas y hacer lo más posible para contextualizarla, en todos los sentidos del término" (2002: 177).

En un sentido semejante, Alejandro Blanco, quien en su libro dedicado a Gino Germani retoma el texto de Burke (Blanco, 2006: 47), también realiza un llamado a revisar algunos supuestos afines a la NHI, y en particular a Skinner. Así, recupera las críticas que subrayaron que las intenciones del autor no agotan los sentidos de un escrito, que sus circunstancias inmediatas tampoco y que la situación conversacional explícita en el que se inscribe no alcanza para delimitar todos los diálogos en los que se entreteje. Esas presunciones resultan cuestionables en tanto tienden a desestimar la autonomía de la dimensión textual, cuyo sentido se vincula a "la totalidad del curso objetivo de la historia" (ídem). Por supuesto, ninguna investigación podría plantearse como objetivo dar cuenta de esa totalidad. Precisamente, deberá delimitar el o los contextos pertinentes en virtud de las preguntas e hipótesis puestas en juego en la indagación: "Dicho de otro modo, los hechos de dicho contexto serán aquellos que puedan ser postulados como hipótesis potencialmente explicativas del texto o de los textos en cuestión" (ídem). Desde esta perspectiva, entonces, no resulta del orden de lo ya dado, por el contrario, "lo que cuenta como contexto depende de lo que uno desea explicar como de la teoría que se ha asumido" (ídem).

---

plantear la posibilidad de delimitar "dominios de anticipación" (expresión que, en sí misma, abraza el anacronismo) para ciertas secuencias o textos estudiados. A partir de estos elementos, es posible establecer afinidades entre el AMD y la historia del presente que Haidar retoma en este mismo libro.

En lo que sigue, presentaremos una perspectiva que habilita formas de delimitación particularmente atentas a la materialidad textual, asunto que está ausente como preocupación tanto en la historia de las ideas *à la Lovejoy* (para la que un texto no es más que una encarnadura casi accidental de ideas transhistóricas) como de la historia intelectual (según la cual el sentido del texto radica en la intención del autor *al* decir en un cierto contexto *dado*).

2. EL PROBLEMA DEL "CONTEXTO" DESDE UN PUNTO DE VISTA MATERIALISTA

El terreno en el que queremos plantear el problema del contexto es el del AMD.[12] Esta perspectiva –desarrollada por Michel Pêcheux, Jacques Courtine, Jacqueline Authier-Revuz, entre otros y otras– articula el trabajo arqueogenealógico de Michel Foucault (2002) y la teoría de la ideología de Louis Althusser (1988). Precisamente, retomando esta última perspectiva, entendemos la producción de discursos como una práctica material sui géneris (en múltiples sentidos, como veremos), que se inscribe en diversas esferas sociales y en la que inciden *otras* prácticas no textuales. Comprendemos que esa "incidencia" no resulta de la mera yuxtaposición de prácticas y esferas, sino que opera bajo la lógica de la sobredeterminación en las que en "un momento dado" algunas tienen mayor relevancia.

En relación con la delimitación del "momento dado", la propuesta althusseriana comparte sintonía con la pregunta de Didi-Huberman que encabeza este capítulo, pues desestima, precisamente, la "ideología del tiempo continuo-homogéneo/contemporáneo a sí mismo", esto es, un tiempo frente al cual habría que tomar nota de las discontinuidades de su continuidad, de los retrasos, adelantos, sobrevivencias o desigualdades de desarrollo. Por el contrario, Althusser propone considerar las diferencias de estructuras temporales "como, *y únicamente como,* índices objetivos del modo de articulación de los diferentes elementos o de las diferentes estructuras de conjunto del todo. Esto equivale a decir que, si no podemos efectuar un 'corte de esencia' en la historia" –para pensar, por ejemplo, "espíritus de época"–, "es en la unidad específica de la estructura compleja del todo donde debemos pensar el concepto de dichos retrasos, adelantos, sobrevivencias, desigualdades de desarrollo, que coexisten en la estructura del presente histórico real: el presente de la *coyuntura*" (Althusser y Balibar, 2006: 117).[13] A partir de ello, "hablar de histori-

12 En lo que sigue, nos basaremos en Aguilar *et al.*, 2014.

13 El capítulo de Victoria Haidar en el presente libro retoma la cuestión de la coyuntura según Josefina Ludmer.

cidades diferenciales no tiene, por lo tanto, ningún sentido en referencia a un tiempo de base, donde podrían ser medidos estos atrasos y adelantos" (ídem). El tiempo, lo sospechábamos, está irremediablemente fuera de quicio, por más que los historiadores se persignen frente al temido "anacronismo".

El problema de las múltiples temporalidades y asincronías no hace sino reproducirse, sin el horizonte tranquilizador de un tiempo "base" en función del cual poder organizar estas multiplicidades. Así, por ejemplo, nada debería resultar más sencillo y evidente que *datar* un texto. Un paso necesario, pareciera, para situarlo en *su* contexto determinado. Sin embargo, puede tratarse de una tarea bastante más complicada de lo que aparenta. Pongamos por caso el texto clásico de Gino Germani *Política y sociedad en una época de transición*. La primera edición fue en 1962. No obstante, si observamos las fechas de publicación de cada capítulo "por separado" –según lo advierte el propio Germani en el libro–, obtendríamos el siguiente cuadro:

Parte	Capítulo	**Formas previas de circulación** (según Germani, 1971b)
Parte I. PROBLEMAS DE TEORIA SOCIOLÓGICA GENERAL	I. La estructura social y el análisis del cambio	**SD** Circuló privadamente entre los estudiantes de los cursos de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.
	II. Indicaciones sobre la acción social	
Parte II. SOCIEDAD INDUSTRIAL Y SOCIEDAD TRADICIONAL	III. Análisis de la transición	**1958.** Sep. "Sobre algunos aspectos sociales del desarrollo económico", Seminario sobre Metodología de la Enseñanza e Investigación en Ciencias Sociales, FLACSO, Santiago de Chile. **1959.** Jul. "El tradicionalismo ideológico". V Congreso Lat. de Soc., Montevideo y seminario conjunto UNESCO/ UN, "Urbanización e Industrialización", Santiago de Chile, el autor (...) utilizó algunas de las ideas (...) al redactar el documento de trabajo. **1960.** "Secularización y Resistencias al Desarrollo". Libro *Resistencia a Mudancas*, CLAPCS, Río de Janeiro. **1960.** *Política e Massa*, publicado por la Universidad de Minas Gerais. **SD** Los cuadros comparativos de la tipología fueron empleados en el curso de Introducción a la Sociología.
	IV. El autoritarismo y las clases populares	**1957.** Jul. IV Congreso Latinoamericano de Sociología, en Santiago de Chile, publicado en las actas correspondientes.
Parte III. NOTAS SOBRE LA TRANSICIÓN EN AMÉRICA LATINA	V. De la sociedad tradicional a la participación total en América Latina	**1961.** "Classes populaires et démocratie représentative en Amérique Latine", Sociologie du Travail (1961, n° 4). Luego fue modificado.
	VI. Grados de desarrollo, tipos de estratificación y movilidad social en América Latina	**1960**. Dic. "The strategy of fostering mobility", *Seminario sobre aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina,* México. Luego fue modificado.

Parte	Capítulo	**Formas previas de circulación** (según Germani, 1971b)
Parte IV. ESTUDIOS SOBRE LA ARGENTINA EN TRANSICIÓN	VII. La inmigración masiva y su papel en la modernización del país	**SD** (**antes 1961**) Constituye en realidad el primer informe de una investigación sobre asimilación y retorno de inmigrantes que realiza el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, con los auspicios del Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales. Publicación interna del Departamento de Sociología (un capítulo de este, según se indica, fue preparado por el profesor J. P. Graciarena) **1961.** *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*
	VII. La transición hacia un régimen político de participación total en la Argentina	**1961.** "Transición hacia una democracia de masas en la Argentina", *Revista Venezolana Política.*
	IX. La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo	**1956.** "Integración política de las masas" fue publicado separadamente como folleto de una conferencia brindada en el Colegio Libre de Estudios Superiores CLES.
	X. La familia en transición en la Argentina	**1962**. En idioma francés, en una publicación del International Social Science Council.

Se trata, pues, de un *patchwork* de distintos textos, producidos en fechas diferentes, con los que luego se compuso un libro, publicado por primera vez en 1962, y luego profusamente reeditado con múltiples correcciones y modificaciones. Por cierto, además de estas discontinuidades entre capítulos, este "libro" (ya podemos colocarlo entre comillas) está habitado por una multiplicidad de otras voces. Por ejemplo:

> Una de las posiciones más populares con respecto al problema del "cultural lag" es la de W. F. Ogburn con su distinción entre "cultura material" y "cultura inmaterial" (*Social Change*, Nueva York, Viking Press, 1952) (Germani, 1971: 22).

Siguiendo una pauta extensamente generalizada en los textos académicos,[14] en el pasaje referido, el autor nos indica, mediante el uso de comillas que fijan distancia, que hay una serie de expresiones que utiliza en su exposición, pero que no son de su autoría ("cultural lag", "cultura material", "cultura inmaterial"). Se trata, como ha definido Authier (1984), de una forma de heterogeneidad *mostrada*, es de-

14 Rozamos aquí la cuestión de los "géneros discursivos", otra de las dimensiones materiales condicionantes de lo que puede y debe ser dicho, más allá de la fantasía liberal del individuo propietario privado del sentido e intención de su decir (asunto que desarrollamos algunos párrafos más abajo).

cir, marcada en el texto, pues se delimitan y señalizan esas otras voces que el autor/enunciador convoca. En el ejemplo del párrafo anterior, se trata de una voz que data de 1952, una nueva temporalidad que se suma al cadáver exquisito.

Además de introducir múltiples cronologías, estas marcas señalan un juego de interlocuciones. "Germani" retoma un aspecto de tal autor, critica tal otro asunto, se autoriza a partir de cierta cita, se sitúa entre estas dos, etc. Nos señala así con *quiénes* habla y desde *dónde*. Pues bien, podemos referirnos a esta dimensión del texto como *escena de enunciación*. Tal como vimos en el apartado anterior, este es un aspecto que interesa particularmente en la perspectiva de Skinner y que podría habilitar múltiples análisis. Por ejemplo, podríamos indagar en estos "diálogos" (mostrados) de Germani con otros textos, analizar los modos en que el enunciador/autor dispone la escena enunciativa, cómo construye su autoridad (*ethos*), sus argumentos, cómo refiere a sus contrincantes, etc. En este nivel, puede analizarse toda la serie de imágenes (de sí, de los otros, de ciertos objetos) que el texto proyecta y que hacen a la escena enunciativa o contexto enunciativo. Sin embargo, desde una perspectiva materialista del discurso, esta representa tan solo *una* dimensión a la que de ningún modo puede reducirse el estudio de las condiciones de producción textual.[15]

Una segunda dimensión de análisis, que debe distinguirse de la anterior y que es *extra textual,* remite a las relaciones de Gino Germani con W. F. Ogburn, no ya en la escena de enunciación, sino en términos de trayectoria, campos e interacciones múltiples. ¿Se conocieron? ¿Frecuentaron un mismo círculo? ¿Se leyeron? ¿Tuvieron correspondencia? ¿Fueron amigos? ¿Ocuparon lugares análogos/contrapuestos en sus respectivos campos? Estamos aquí trabajando no ya con marcas textuales, sino con *datos* biográficos, de trayectorias, etc., que se pueden reponer, por ejemplo, mediante los abordajes que suele movilizar la sociología o la historia intelectual. Por cierto, también sería posible preguntarnos por la relación entre el Ogburn "proyectado" en los textos que llevan la firma de Germani y la relación que descubramos que tuvo con el Ogburn de "carne y hueso", o por los modos en que la cita a "Ogburn" funcionaba o no como capital simbólico en el ámbito de la sociología argentina o latinoamericana en 1962 (o en 1971), etc. Pero en ningún caso cabe confundir estas dimensiones.

---

15 Esta es también la dimensión que entra en juego en las reflexiones de Bourdieu (1999) cuando analiza los mecanismos de autocensura y control mediante los cuales los individuos producirían sus discursos proyectando anticipadamente el modo en que estos podrían ser recibidos en lo que denomina "mercado lingüístico".

Ahora bien, si el análisis permaneciera en estos dos niveles (el "enunciador" proyectado y el sociólogo de "carne-y-hueso"),[16] habríamos producido un "yo" enunciador aún más pleno que el de Skinner y Austin. Nuestro "Germani" no solo habla "por él mismo", sino que convoca otras voces; de hecho, voces que son el producto de "su" lectura. Lejos de ello, la perspectiva materialista del discurso, en este caso, de la mano de Jacqueline Authier, nos invita a entender y analizar la dimensión de la "heterogeneidad mostrada" (en la que "Germani" discute con sus proyecciones de "Ogburn" o "Parsons" o "Bunge" y que incluso convoca "estratégicamente") a la luz de la noción de "heterogeneidad constitutiva".[17]

> La *representación,* en el discurso, de las diferenciaciones, disyunciones, fronteras interior/exterior a través de las cuales *uno* –sujeto, discurso– *se delimita en la pluralidad de los otros* y, al mismo tiempo, afirma la figura de un enunciador exterior a su discurso, se opone a una *heterogeneidad radical*, en exterioridad interna al sujeto y al discurso, y por lo tanto *no localizable* y *no representable* en un discurso que ella constituye -la del *Otro del discurso-,* donde actúan el interdiscurso y el inconsciente (Authier, 1984: 9, subrayado nuestro).

Frente a la pretensión espontánea e ideológica de que el sujeto/autor/enunciador es *fuente* autónoma y *responsable* de un sentido que comunica mediante el uso de la lengua, el AMD parte de que el sujeto "más que hablar, es hablado". Pero no se trata de una premisa abstracta, sino de un modo de entender una determinada práctica: la producción de discursos. Vista desde la enunciación, nos encontramos con un "yo" propietario privado de su decir que dispone y organiza unas voces, monta una cierta escenografía, organiza (retoma, rebate) unos determinados argumentos. Ahora bien, los sentidos que pone en juego *necesariamente preceden* a *su* discurso, *no* se han formado (ni podrían haberse formado) *en él,* remiten a lo que ha sido dicho antes, en otro lado, eso que habilita "su propia palabra" de sujeto-sujetado por un orden del discurso (y antes que eso, por un sistema de la lengua).[18]

---

16 En Aguilar *et al.* (2014), nos referimos a las condiciones de enunciación (ce) y las condiciones de producción (cp) respectivamente.

17 La distinción entre "sujeto biográfico" y "sujeto de intención", que propone Skinner a partir de las críticas que señalaban cierta inocencia en su planteo –distinción que, por cierto, inquieta a Palti (1995: 175)–, tampoco resuelve el problema que aquí planteamos, pues elude la cuestión de la heterogeneidad constitutiva de cualquier "intención".

18 Esta dimensión del "orden del discurso" (que remite a la zona de lo ideológico y de lo inconsciente) es precisamente lo que está ausente en análisis como el de Pierre Bourdieu (1999). Algunas páginas más arriba señalábamos, en otra nota al pie, que el

Resulta curioso que incluso investigadores o investigadoras entrenados en las lides del hecho social como formas de hacer, sentir y pensar exteriores, y que se nos imponen, o en las determinaciones de la interdependencia material (aun cuando la división del trabajo nos ponga a unos frente a otros como propietarios privados) estemos tan dispuestos a morder el anzuelo del sujeto de enunciación. Ni Robinson Crusoe ni Adán: tanto como la producción material de mercancías,[19] la de discursos está ineludiblemente signada por una interdependencia que opera a espaldas de los productores.

Pues bien, esos discursos-Otros que nos preceden y sin los cuales simplemente no podríamos hablar no están marcados en nuestro "propio" decir; de hecho, nos desbordan, nos gobiernan mucho más de lo que los gobernamos a ellos. Esa alteridad constitutiva es lo que

---

sociólogo francés se empeña en negarles entidad tanto a la lengua (sea como forma o como sistema) como al discurso. Más afín a los pasajes del *Curso de lingüística general* en los que se la define como "institución", sociologismo mediante, Bourdieu termina por reducirla a las lógicas de imposición del poder simbólico bajo la forma de una "lengua oficial". En cualquier caso, para el sociólogo, no será allí donde habrá que ir a buscar la producción de sentido.
Por el contrario, Bourdieu acuña para ello la noción de "mercado(s) lingüístico(s)", en el/los que habría una competencia perfecta, que supone posiciones desiguales y segmentaciones, y que opera bajo la forma de la "anticipación", a la que nos referimos en una nota anterior. Este mercado es, además, el que asigna precios diferenciales a los discursos y donde se forman los diferentes sentidos de una palabra: "En la relación entre el núcleo invariante y la lógica específica de los diferentes mercados, estos objetivamente situados con relación al mercado en que se define el sentido más común" (Bourdieu, 1999: 14). Si bien el sociologismo bourdieusiano pareciera contraponerse a las perspectivas que hacen al sujeto *fuente* última del sentido, opera más bien su sustitución por otro *Sujeto* con mayúsculas: el "mercado lingüístico", cuya lógica (verdaderamente *extra* lingüística) es descifrable por el ojo omnisciente de la Sociología. Ella podrá poner las cosas nuevamente en su lugar mostrándonos el modo en que a través de estas cosas-signos se establecen y reproducen, en realidad, relaciones sociales (y de poder) desiguales. Así, se redunda en una paradójica restitución narcisista del Sujeto como fuente de sentido, pues lo horadado en el altar del sociologismo se repone bajo la forma de un punto de vista omnipotente, precisamente, el de la Sociología.

19 En este sentido, la metáfora del "mercado lingüístico", que ha tenido bastante difusión, resulta riesgosa, pues, a pesar de las advertencias sobre "monopolios" y competencias "imperfectas" (Bourdieu, 1999), tiende a colocarnos unos frente a los otros como individuos privados, obturando las condiciones objetivas de la necesaria (aunque inconsciente) cooperación material *también* en la producción de discursos. Esto resulta claro en la siguiente formulación: "Lo que circula en el mercado lingüístico no es 'la lengua', sino discursos estilísticamente caracterizados, discursos que se colocan a la vez del lado de la producción, en la medida en que *cada locutor* se hace un idiolecto con la lengua común, y del lado de la recepción, en la medida que *cada receptor* contribuye a producir el mensaje que percibe introduciendo en él todo lo que constituye su experiencia singular y colectiva" (Bourdieu, 1999: 13, énfasis nuestro).

Michel Pêcheux denominó "Interdiscurso" y al que definió como cuerpo sociohistórico de huellas *exterior y anterior* a la existencia de una secuencia dada (Pêcheux, 2016).[20] Ahora bien, como en el síntoma, ese exterior se muestra a través de sus *efectos*, en este caso, textuales. Estas marcas no son señales *del* autor enunciador/autor; son por el contrario el resultado de un hallazgo, de un proceso de rarificación y descripción de determinadas secuencias. En virtud de los resultados de una indagación a contrapelo del "hilo del texto", el investigador o investigadora postulará *relaciones* con fragmentos de *otros* textos y montará un *corpus* con retazos.[21] Esa composición trae nuevas temporalidades, pero no como capricho de quien busca una virtualidad eterna que subyace, sino como quien atiende a las múltiples cronologías de la materialidad que tiene frente a sus ojos. Y lo que tenemos son materialidades múltiples: la de una secuencia (en la que una palabra sucede a la otra), la de la lengua (con relaciones de equivalencia y diferencia), la del discurso (con regularidades propias a describir: principios de sustitución, de articulación, lo preconstruido, etc.), la del proceso de diseño-tipeo-publicación (o no) de un texto (que escribió alguien que se inscribe en cierto campo, que presentó en cierta reunión, que fue o no traducido, etc.).

Múltiples materialidades, temporalidades y, sumamos, espacialidades. En efecto, los fragmentos con los que se compone un *corpus* a partir de ciertas huellas remiten no solo a distintas cronologías. Tal como nos muestra la arqueogenealogía, la trayectoria y procedencia de distintos elementos remiten a distintas coordenadas, a distintos "viajes". La *asincronía* y la *multilocación* son, desde nuestra perspec-

---

20 La noción de "Interdiscurso" se vincula a la crítica que hace el AMD a ciertos aspectos de la lingüística inaugurada por Saussure. Se trata, conviene aclararlo, de una crítica muy distinta a la descrita en la nota anterior. Según propusieron Haroche y Pêcheux (1971), la ruptura saussuriana y la distinción lenguaje, lengua y habla había resultado productiva para crear la morfología, la fonología y la sintaxis, lo que logró impulsar un trabajo específico sobre "la materialidad significante" (Glozman, 2016: 9). Por el contrario, se había mostrado inapropiada para desarrollar un estudio a nivel de la *semántica*. Las palabras, indican Haroche y Pêcheux, cambian su sentido según la posición de quién las usa, sin que ello pueda abordarse desde una mirada subjetivista de la creación individual (a nivel del habla) ni atendiendo exclusivamente a la lengua como sistema de valores o diferencias (ni desde el reduccionismo sociologicista, agregamos). En virtud de ello, postulan la necesidad de una semántica *discursiva* que trabaje al nivel del *Interdiscurso*, terreno de la lucha ideológica y, con ello, de la lucha de clases. Sin embargo, advierten: la lengua (que definen como "forma" antes que como "institución") no desaparece como realidad autónoma. A esta materialidad, con sus respectivas determinaciones y singularidades, suman otra: la de las formaciones discursivas, que pueden ser, pues, objeto de análisis específicos.

21 El capítulo de Victoria Haidar en el presente libro es resultado de un trabajo de este tipo.

tiva, principios constitutivos de cualquier texto y, en consecuencia, no hay nada en la delimitación de "un/algún" contexto (como nos repetía Skinner) que resulte obvio.

Al introducir la vertiente latinoamericana de la NHI nos referimos, brevemente, a la cuestión de las "ideas fuera de lugar" para hipotetizar que, al menos en parte, existe una afinidad entre una perspectiva centrada en la noción de "contexto" y una serie de inquietudes en las que la cuestión de la des/re/localización de conceptos, autores, tradiciones intelectuales ha resultado tan insistentemente interrogada. Ahora bien, cuando tuvimos que reponer los modos en que, en los antecedentes de la Escuela de Cambridge, se había tematizado la cuestión del contexto, pudimos prescindir alegremente de esta dimensión de *espacialidad* de las ideas. Unos párrafos más arriba, justo antes de presentar un trabajo de investigación realizado "desde el Sur",[22] el asunto retorna. Cabe sumar, pues, un elemento al hilo de reflexión que desarrollamos más arriba, aunque quedará claro a partir de los ejemplos que se desarrollan en el apartado siguiente: un texto no solo es un palimpsesto de temporalidades, sino también de *espacialidades*. Si las ideas trascendentes de Lovejoy eluden toda posibilidad de dar cuenta de este asunto fundamental, cabe preguntarnos si la presunción de *el* contexto que subyace en la aproximación de la NHI no nos fuerza a persistir en la imagen de "recepción", que asigna la "producción" a unos territorios y la "recepción" (por más creativa que esta sea) a otros.[23]

Pues bien, retomando la proposición que introducíamos algunos párrafos más arriba, según la cual la producción de un texto remite a múltiples materialidades, quizás deberíamos confesar que, al menos para quienes venimos de las ciencias sociales, la más difícil de asir es la materialidad discursiva. En efecto, solemos sentirnos más cómodos navegando en las aguas de una sociología intelectual o con el estudio de trayectorias, pero también, es probable, en la de los análisis retóricos, argumentativos o de conformación de escenografías y *ethos*. Trabajar sobre la materialidad del discurso se parece más bien a lanzarse al vacío, a un vacío que nos elude. Salir munidos de *La arqueología del*

22 Para una reflexión sobre las especificidades de la producción de teorías/discursos desde el Sur y sus vínculos con los del Norte, ver el capítulo de Álvarez Ruíz y el de Bialakowsky y Blanco, ambos en este volumen.

23 De nuevo, el texto de Victoria Haidar, que parte de una perspectiva afín a la que aquí describimos, logra desmarcarse de las hipótesis "recepcionistas". También es el caso del capítulo de Bialakowsky y Blanco, aunque en este opera más bien una extensión de la noción de "contexto", que se redefine de un modo más amplio e histórico (ya no meramente como "situación comunicacional") como "encrucijada epocal".

saber al encuentro de "formaciones discursivas" es una empresa temeraria y probablemente poco fecunda. En lo que sigue, expondremos algunos resultados de una aventura arqueogenealógica emprendida desde esta perspectiva, con el objetivo (o más bien la esperanza) de poder sistematizarla bajo la forma de algo que pueda servir de "inspiración metodológica".

Se trata de una aventura algo ensortijada, no solo por las particularidades de una perspectiva que no reniega ni de la teoría ni de la complejidad, sino porque el objeto "elegido" como blanco de indagaciones resulta, al menos a primera vista, paradójico o polémico con relación a ella. Nuestro punto de partida son los escritos de Gino Germani, una figura estelar del panteón sociológico argentino y latinoamericano. Son por lo menos tres las unidades presuntamente autoevidentes que amenazan en convertirse en obstáculo epistemológico de una indagación que parta desde allí: la obra, el autor y la disciplina. Sumo una cuarta, que las entreteje y organiza: la narrativa del campo, que asigna un lugar a todos los elementos enunciados y tiende a reproducirse bajo la forma sistematizada del "estado del arte" o de modos más difusos como lo que "se sabe" de la historia de la sociología argentina (incluso bajo la modalidad del rumor). La indagación que se retoma a continuación intentó dispersar esas unidades, precisamente, *no* tomarlas como punto de partida. Ello supuso, por ejemplo, no salir al encuentro de Germani allí donde sabíamos que lo íbamos a encontrar. Así, intentamos *des*encontrarnos con la representación del sociólogo de la modernización *á la Parsons*. En este punto los trabajos de Alejandro Blanco (2006), Ana Germani (2004), Luis García (2006), Pasquale Serra (2013) y Samuel Amaral (2008) nos permitieron avanzar, al menos al principio, sobre un camino ya trazado.

GERMANI Y LA CUESTIÓN JUVENIL: TRES "CONTEXTOS" EN BUSCA DE "UN AUTOR"

El análisis que, a modo ilustrativo, proponemos en esta sección parte, como secuencia de referencia, de un texto que apareció en cuatro "versiones": (1) "La socializzazione política dei giovani nei regimi fascisti: Italia e Spagna", en *Quaderni di Sociologia*, 1-2, 1969; (2) "Political socialization of youth in fascist regimes", Basic Books S/D, 1970; (3) "La socialización de los jóvenes en los regímenes fascistas: Italia y España", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, 1971, y (4) "La socialización política de los jóvenes en los regímenes fascistas: Italia y España", que figura como el noveno capítulo del libro *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, traducido al español en 2003 (de la versión en inglés de 1978). Los dos primeros textos (en inglés e italiano) son muy similares y algo distintos a los otros dos, que son

casi iguales entre sí, salvo cuestiones de traducción. El argumento y las secciones de los tres escritos (aunque no el orden) son, sin embargo, bastante parecidos.

En el sentido más evidente, lato e inmediato de contexto, estos artículos (1968-1978) se enmarcaban en una iniciativa que se proponía comparar diversas experiencias autoritarias y que incluyó entre sus promotores a Atilio Borón, Kenneth Organsky, Fernando Henrique Cardoso, Juan José Linz y a la que también invitarían a Juan Francisco Marsal.[24] Más allá de que se trataba de un objeto de investigación "del pasado", sería difícil no asociar la pregunta por la socialización/politización de los jóvenes entre 1968-1978 con el contexto social general de la que era contemporánea, dominado por diversas "revueltas de la juventud" a ambos lados del Atlántico. Se trataba, indudablemente, de una problematización que excedía la voluntad, el interés o la intención de Germani al formularse sus preguntas de investigación. Las inquietudes de ese tiempo "sincrónico" dejaron huellas en los textos a los que nos referimos. Así, por ejemplo, la pregunta por las juventudes fascistas[25] (y franquistas) es, asimismo, un modo elíptico de cuestionarse acerca de la relación entre juventud y peronismo. Al respecto, es importante recordar el riguroso trabajo de distinción entre fascismo y peronismo que había realizado Germani en textos previos, sobre todo atendiendo a sus bases sociales de apoyo, pero también en lo referente al grado de racionalidad involucrado en sus adherentes (Germani, 1956; 1971b; 2003). Pues bien, estas distinciones además operaron alrededor de la "cuestión de la juventud". Sobre este tema, el autor subraya que la socialización en el fascismo no resulta asimilable ni a la de los autoritarismos latinoamericanos ni al caso del comunismo. En los textos de fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente, sostiene que el peronismo no logró ni necesitó devenir totalitario y que no movilizó, salvo marginalmente, esas formas de socialización. Sin embargo,

> (l) a consideración más relevante para la hipótesis referida a las condiciones requeridas para la movilización de la juventud es el proceso que se

24 En el Fondo Germani de la Fondazione Ugo Spirito hemos tenido acceso a numerosos borradores y correspondencia asociada a los pedidos de financiamiento para este proyecto, por ejemplo, uno que había redactado la "parte" española del equipo en 1976, dirigido a la Ford Foundation y que lleva la firma de Juan Marsal y Amando de Miguel.

25 En el comentario de Marsal a uno de los textos (el que iba a publicarse en la *Revista Latinoamericana de Sociología*), sostiene que el caso italiano está desarrollado con mayor profundidad que el español. Esta es una de las razones por la que hemos concentrado en esos tramos de los textos de 1968-1978; la otra es que nos interesaba establecer vínculos con los textos juveniles de Germani.

> desarrolló en la Argentina *después de la caída del régimen, a partir de 1955*. Sin duda, los jóvenes fueron los primeros en tomar conciencia del "malentendido histórico" que llevó a la clase media a considerar el peronismo una forma de fascismo. Muchos jóvenes intelectuales, inmediatamente después del golpe militar de septiembre de 1955, comenzaron a preguntarse por la verdadera naturaleza del movimiento populista nacional y a sentirse desencantados *con la vieja élite política* y el tipo de democracia que los militares *y los viejos partidos iban a establecer*. Los componentes "izquierdistas" y populistas del peronismo se volvieron crecientemente significativos para la juventud de clase media. La rebeldía generacional normal contra las viejas generaciones tomó rápidamente la forma de un *neoperonismo*. La brecha generacional se amplió porque, bajo el gobierno populista nacional, la formación de nuevos dirigentes en los partidos de oposición era, si no imposible, por cierto, más difícil (…) El término "socialismo nacional" fue utilizado tanto por el ala derecha como por la izquierda del movimiento, aunque con un contenido y un significado muy diferentes. Para la extrema derecha, era "nacional socialismo", no muy diferente del nazismo (y su traducción literal); para la izquierda, "socialismo nacional", esto es, una forma de socialismo (con frecuencia marxista o *quasi* marxista) que interpretaba la realidad y las necesidades de la nación en términos de antiimperialismo. No es mera casualidad que algunos grupos guerrilleros –de hecho, los más poderosos entre ellos, como los Montoneros– fueran de origen claramente fascista, nazi y antisemita y se mezclaran, más tarde, con el marxismo y otras formas de ideologías izquierdistas. El modelo de Cuba y el Che Guevara atrajo a muchos nuevos y viejos peronistas, y dio origen a una nueva ola basada, principalmente, en el ejemplo proporcionado por el papel que cumplieron, en la Revolución Cubana, la juventud y su héroe argentino, el Che Guevara (Germani, 2003: 295-296, énfasis nuestro).

"Montoneros", "Che Guevara", "Cuba", "neoperonismo": en esta extensa cita encontramos algunas de las huellas textuales de ese contexto social sincrónico que aguijoneaba las preguntas de Germani. Ahora bien, tal como también señala el autor, los textos de 1968-1978 volvían sobre temas que el sociólogo había analizado en su juventud antifascista, es decir, se inscribía en *otra* coyuntura:

> Las contradicciones del régimen inherentes a la participación política de los jóvenes fueron descritas por este autor *desde la perspectiva antifascista militante* en G. Germani, "Dodici anni di educazione fascista", Italia del popolo –diario italiano publicado en Buenos Aires–, 23 de diciembre de 1934 (Germani, 2003: 266, énfasis nuestro).

Aquí tenemos un caso interesante de funcionamiento de heterogeneidad mostrada a la que nos referimos en el apartado anterior. El enunciador refiere a otra voz (o la suya propia, pero en el pasado, que caracteriza como "antifascista militante") de la que se distingue, como

si nos advirtiera: "Aunque se trate de la misma persona, no crean que ahora diré lo mismo que entonces". Por cierto, tal como veremos en breve, en la aclaración del párrafo citado, se nos escamotea la referencia a varios otros textos de juventud en los que trabajó, "desde la perspectiva militante", sobre el mismo problema.[26]

Pues bien, si nos inquietara el asunto de la intención o la voluntad *al* decir deberíamos respetar la delimitación de responsabilidades que propone la letra escrita. Dado que el punto de partida es el de la heterogeneidad constitutiva, no nos ata tal compromiso y, por el contrario, nos hicimos la pregunta: más allá de lo que se proyecta en la escena de enunciación 1968-1978 sobre la relación entre esos mismos textos y los de la juventud antifascista, ¿qué relaciones *textuales* pueden establecerse entre ellos? En la indagación en la que nos embarcamos a partir de esta interrogación nos interesó, además, dar pie a que se escucharan *otras* voces que –según fuimos encontrando en el trabajo con los materiales– también recorrían las reflexiones de madurez del sociólogo. Nos referimos a una serie de marcas que nos reenviaron, de nuevo, al campo antifascista, aunque en este caso, al del antifascismo italiano exiliado en Francia. Muy particularmente, nos interesará analizar el papel de Giustizia e Libertà (GeL), tanto en el joven como en el viejo Germani. Sobre este tema, el autor de 1968-1978 hacía sus aclaraciones:

> Dentro del movimiento antifascista, los únicos grupos que se interesaron por las nuevas generaciones fueron *Giustizia e Libertà* (un movimiento socialista liberal) y el Partido Comunista. (Germani, 2003: 282).

Los trabajos de Ana Germani (2004) y Daniela Rawicz (2012), con el antecedente de un artículo de Renato Treves de 1980, figuran entre los que se interesaron por la relación de Germani con el antifascismo, y en particular con el grupo GeL.[27] Hemos encontrado, en distintos fondos, documentos que nos brindaron *datos* que confirman este vínculo. En el Archivio dello Stato, por ejemplo, hallamos en el fascículo que

---

26 Por otra parte, sí incluye una referencia al trabajo de otro colega antifascista y simpatizante de *Giustizia e Libertà*, Renato Treves ("II fascismo e il problema delle generazioni", publicado en *Quaderni di Sociologia,* aunque la referencia indica, equivocadamente, 1954, cuando era de 1964).

27 Por cuestiones de espacio, en este capítulo no podemos extenderemos en una descripción de GeL. Se trató de un movimiento socialista liberal fundado por, entre otros, Carlo Rosselli y Emilio Lussu desde el exilio francés (1929), que aportó numerosos militantes a la guerrilla italiana después de 1942 y que, al menos en parte, estuvo vinculado con la fallida experiencia del Partido d' Azione, luego de la recuperación del orden institucional en la península.

le dedicó el *Casellario Politico Centrale* un listado en el que Germani figura como suscriptor al periódico del movimiento.[28] Asimismo, en su archivo personal en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice, hallamos un recorte del programa del GeL, varios números de aquella publicación y de *Il Becco Giallo,*[29] así como un carné de marzo de 1942 de la Asociación Italia Libre con vínculos con la organización italiana.[30] Finalmente, la insistencia con la que Germani se refiere al movimiento en sus textos juveniles y, sobre todo, el artículo que le dedicó a Carlo Rosselli (fundador de GeL) en el aniversario de su muerte[31] son otros elementos para tener en cuenta.

Nuestro ejercicio intentará mostrar, entonces, que la delimitación del contexto con el que un texto dialoga y en el que se inscribe es necesariamente una operación de recorte; es decir, resultado de hipótesis sobre las temporalidades y espacialidades que lo atraviesan. En efecto, podríamos hacer constelar los artículos de 1968-1978 en *otras* redes (textuales y contextuales) en virtud de otras hipótesis u objetivos de indagación. En este punto, se precisa una aclaración. La operación de "hacer constelar" una secuencia en distintas redes supone un trabajo con otros textos pero esta dimensión no agota, al menos en nuestro caso, la labor de investigación. Cada una de las relaciones postuladas como hipótesis (con los artículos del joven antifascista o con el periódico GeL) implica una verdadera inmersión en nuevas discusiones y campos, con sus propias coordenadas espaciotemporales. Esto conlleva una revisión de bibliografía y de muchos otros documentos (que quizás nunca lleguen a ver la luz de una cita, ni siquiera a pie de página) a fin de poder asir al menos los aspectos que nos interesan de esos dominios interdiscursivos que vamos delimitando. Hacia el final de este capítulo, intentaremos mostrar que ese esfuerzo rinde frutos y, sobre todo, que si tenemos algo de suerte nos permite establecer

---

28 Caja 2344, Carpeta 46171.

29 *Il Becco Giallo* era un periódico satírico que se publicó en Italia desde 1924 y que se siguió editando en Francia a partir de 1926 (el número encontrado en el Fondo Germani es de noviembre de 1930) estaba codirigido por el giellista Alberto Cianca y financiado por Torcuato Di Tella, a través del socialista Filipo Turati (Di Tella, 1993). El periódico se cerró en 1931 cuando su otro director, Alberto Gianni, se enfrentó a Carlo Rosselli.

30 Nicolla Cilla, socialista, excomunista y uno de los líderes de la asociación, era, según Di Tella, simpatizante de GeL (Di Tella, 1993: 54). Este testimonio parece confirmado por una carta de 1930 que encontramos en el *Casellario Politico Centrale* según la cual "era uno de los líderes de la asociación secreta *Giustizia e Libertà*" (Carta de Di Stefano del 12/9/1930, CPC; Carpeta 1343).

31 Bajo el seudónimo Giovanni Frati escribió el artículo "Carlo Rosselli", publicado el 3 de junio de 1943 en *La Nuova Italia*.

relaciones a las que no podríamos haber accedido de otro modo. A continuación, presentamos otros dos "contextos" en los que es posible hacer constelar los textos de los que partió nuestra indagación.

ECOS DE UN JOVEN MILITANTE

Gino Germani llegó a la Argentina en 1934, luego de la persecución y confrontación con el régimen fascista, que lo había sentenciado a cuatro años de confinamiento (de los que solo cumplió un poco más de un mes) y que luego lo había vigilado en condición de "amonestado político". Desde su llegada a Buenos Aires, participó en el ámbito del antifascismo local –lo que le valió que el régimen lo siguiera espiando a la distancia hasta casi el final de la guerra–. Se trataba, por cierto, de un campo agitado por cambiantes controversias. En este apartado, nos proponemos trabajar sobre los ecos del joven Germani en los artículos de 1968-1978 a los que nos referimos más arriba. Para ello hemos analizado algunos de los textos del militante antifascista: 1) "Dodici anni di educazione fascista", en *Italia del Popolo*, 21 de diciembre de 1934; 2) "Sul significato della rotazione", en *Italia del Popolo*, 25 de enero de 1935;[32] 3) "Critica e disciplina", en *La Nuova Patria*, 3 de marzo de 1935; 4) "Educación fascista", escrito inédito de 1935; 5) "La juventud en Italia", apuntes de conferencia de 1939 y "Pueblo y fascismo en Italia", apuntes de conferencia de 1945, que han sido conservados juntos; 6) "Sul Programma", en *La Nuova Italia,* 27 de abril de 1943 (como Giovanni Frati);[33] y por último, 7) "I giovani, il fascismo e la nuova Italia", en *Italia Libre*, 15 de septiembre de 1945.

En otro trabajo hemos caracterizado más detalladamente el campo antifascista en el que participó el joven Germani. Asimismo, presentamos los aspectos principales de los distintos periódicos en los que escribió y de cada texto (Grondona, 2019). Por cuestiones de espacio, no podremos recuperar aquí ese análisis ni reponer los argumentos de cada artículo. Por el contrario, nos centramos en presentar las resonancias encontradas en esta serie y los textos de 1968-1978.

Múltiples elementos de la tematización madura de Germani sobre la cuestión de la juventud en el fascismo se encuentran ya presentes en los textos del militante. Tal es el caso de la caracterización de la apatía, el aislamiento generacional, la adhesión más bien mecánica al fascismo, el peso del aparato de propaganda y de las técnicas del

---

32 Tanto este artículo como el primero se encuentran en el fascículo de Gino Germani del *Casellario Politico Centrale* del Archivo de Stato. Le debemos a sus espías la conservación de estos documentos.

33 Aún estamos en la búsqueda de un octavo artículo para la serie: Giovanni Frati, "Il Neo-Antifascismo", en *La Nuova Italia*, 10 de junio de 1943.

Estado totalitario, la indiferencia y el repliegue en la vida privada, la generalización de prácticas arribistas, la tensión irresuelta que atravesó el régimen entre socializar en vistas a la emergencia de una nueva élite –admitiendo, para ello, innovaciones e incluso "herejías ortodoxas"– y el reflejo de incrementar los controles ideológicos, etc.

El señalamiento de que para el propio régimen la socialización de la juventud se había constituido como un problema es quizás una de las continuidades más intensas entre ambas series. En sus textos tempranos, Germani ubicaba el nacimiento de la cuestión un poco después de lo que iba a hacerlo en los artículos de fines de la década de 1960. Mientras que en estos últimos la publicación de la novela de Alberto Moravia *Los indiferentes* (1929)[34] funciona como acontecimiento inaugural, en los escritos militantes el corte cronológico se ubicaba recién alrededor de 1933. Asimismo, debe subrayarse que el diagnóstico del joven militante caracterizaba la educación fascista como un "fracaso", pues sus resultados eran solo "aparentes", mientras que el sociólogo maduro se muestra más cauto y establece más matices.

En los textos más tardíos, Germani sostiene que la adhesión de los jóvenes a las organizaciones fascistas había sido masiva en virtud de distintos factores. Por un lado, había "factores positivos" vinculados a que ellas detentaban, de hecho, el monopolio de la actividad política, artística y cultural, de modo que quien tuviera el deseo de autorrealización en casi cualquier campo debía pasar por ellas. Por otra parte, estaban los "factores negativos", por ejemplo, el hecho de que el fascismo fuera tomado por las nuevas camadas como un hecho normal. Había un problema de comunicación generacional que inhibía a estos muchachos y muchachas para imaginar otras posibilidades. Se generalizaba, además, una actitud peyorativa hacia el viejo mundo, sobre todo en virtud de la humillación de la Primera Guerra Mundial. El antifascismo que reivindicaba el orden democrático previo a Mussolini, dirá el Germani maduro, no pudo llegar a la población, y resultaba, incluso "arqueología" para las nuevas generaciones (2003: 272).

En relación con este último punto, en los textos más tempranos (en particular en el de 1934), Germani reconocía exclusivamente a GeL el haber esgrimido una estrategia orientada a interpelar a la juventud. Asimismo, insistía en la hipótesis de Rosselli, según la cual la guerra en África había servido para desactivar a los jóvenes italianos entusiasmados por las promesas colectivistas o corporativistas del fascismo y que, por ejemplo, se habían movilizado alrededor de

34 Encontramos una referencia a esta novela en los apuntes de la conferencia de 1939. Por cierto, en todas las series documentales analizadas se observa un interés por los modos en que la "cuestión juvenil" se articulaba en la literatura.

los Littorali della Cultura desde 1934.[35] En los escritos sociológicos posteriores, por el contrario, también incorpora al Partido Comunista Italiano (PCI) como interlocutor de las nuevas generaciones. Por cierto, el PCI ya se encontraba referido en las conferencias de 1939-1945 (consignado como "movimiento juvenil período 1922-1925"), donde se apuntan los nombres de Antonio Gramsci *(Ordine Nuovo - Revoluzione Liberale)*[36] y Carlo Rosselli *(Quarto Stato)* como figuras políticas que habían reflexionado sobre la cuestión.

Como saldo más general de los textos juveniles, resulta llamativo encontrar muy tempranamente un tono sociológico en las intervenciones de un Germani de apenas 25 años, interesado en analizar el (muy sociológico y muy italiano) tema de la *renovación de las élites*.[37] Al igual que para el autor maduro, los primeros años de la década de 1930 habían sido, para el antifascista Germani, tiempos de un balance crítico sobre el proceso de formación de nuevos grupos dominantes, un momento clave en el que quienes habían comenzado su escolarización con el régimen fascista estaban llegando a la mayoría de edad. También el joven militante insistía en la contradicción del momento que atravesaba el fascismo. Así, señalaba que, en otros contextos, las condiciones constitucionales democráticas y liberales de la lucha de ideas organizada, por ejemplo, a través de partidos, lograban, al mismo tiempo, una intensa (y más pasiva) adhesión de las masas y la emergencia de una nueva (y más activa) élite, capaz de garantizar no sólo la continuidad, sino la renovación del orden, mediante una selección natural de los mejores cuadros. Precisamente, el problema residía en que la "sustitución" del libre consentimiento por un sistema

35 Los Littorali eran una suerte de congresos o convenciones a la vez que competencias, que se realizaban todos los años en una ciudad diferente y a la que asistían estudiantes en representación de las universidades italianas. Para ello, mediaban competencias y reuniones locales previas (los pre Littoralli). Estas competencias comenzaron en 1934, un dato relevante para una de las hipótesis del joven Germani, quien cifraba en esos años la emergencia/intensificación de la preocupación por los jóvenes. Sin embargo, ya desde sus primeras ediciones se transformaron en ámbitos en los que era posible deslizar críticas al régimen, o al menos impulsar ciertas interpretaciones doctrinarias heterodoxas. Un ejemplo de ello fueron las discusiones alrededor de la relación entre el programa del corporativismo, que prometía Mussolini, y el necesario eclipse de la propiedad privada. Asimismo, se generalizaba la crítica a las viejas burocracias que no daban lugar a "lo nuevo".

36 Aunque esta revista fue dirigida por el turinés Piero Gobetti una de las fuentes de Rosselli y de GeL, en los apuntes de Germani aparece adjudicada a Gramsci.

37 El tratamiento sociológico de la cuestión de las élites (y su renovación) ha quedado indisolublemente asociado a los nombres de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto (francés de nacimiento, pero estudió y se desarrolló profesionalmente en Italia) y Robert Michels (alemán de nacimiento, pero italiano por opción).

sostenido en la uniformidad y la sugestión no había generado idénticos resultados (Germani, 1935c).

Hacia mediados de los años cuarenta, estas primeras intuiciones germanianas ya se articulaban en una conceptualización general del fascismo que, en muchos niveles, comparte elementos con sus teorías posteriores. Tal es el caso de la centralidad que adquieren aspectos psicosociales en su explicación o la insistente distinción entre autoritarismo, reacción y totalitarismo.[38] Otro tanto puede decirse de la caracterización de la sociedad que dio lugar al fascismo, a la que describe como sumida en la "crisis total" (económica, moral, política) del orden liberal-burgués. Incluso, en los apuntes de 1939-1945, vemos emerger un esbozo que anuda el diagnóstico más bien psicosocial a la inquietud por la estructura de clases, configuración de preguntas "muy propias" de la sociología germaniana. Asimismo, en estos escritos se indica que además del contexto de desocupación y miseria, en Italia se había observado una tensión entre masas populares que pretendían ingresar a la vida política e instituciones que recortaban esa participación. Lejos de reducir este proceso a una simple reacción, el joven Germani insiste en consignar que este autoritarismo propiamente moderno era la vía que la burguesía había encontrado para evitar una "evolución necesaria" (Germani, 1945a: 2).

Ahora bien, junto con estas resonancias más bien temáticas, llama la atención que entre ambas series de escritos (los de juventud y los de madurez) haya también continuidades *metodológicas*. Por cierto, la forma de trabajo sobre el problema de la juventud resulta, en ambos casos, afín a lo que contemporáneamente llamaríamos una reproblematización[39] (Foucault, 2001, 1995). Así, a partir del trabajo

---

38 En el caso de los apuntes de 1939-1945, Germani distingue entre "reacción" como fenómeno general y "totalitarismo" como hecho propiamente moderno. En los textos sociológicos, la distinción se realiza entre "autoritarismo" y "totalitarismo". Una vez más, indica que este último no solo era un hecho netamente moderno, sino que era "la expresión de las tendencias arraigadas en la estructura misma de la sociedad moderna" (Germani, 2003: 71).

39 Se trata de una noción acuñada por Foucault (2001), tan rica como ambigua. Por una parte, remite a las formas específicas en que "ciertos temas, fenómenos, hechos se constituyen en objeto de interrogación, en *problemas*, cuyas características son identificables a partir de sus respuestas concretas, variadas, no siempre coherentes entre sí, pero que permiten captar la singularidad de aquello que se hallaba naturalizado" (Aguilar *et al.,* 2014). En este sentido, la "cuestión juvenil" fue una problematización en el régimen fascista (y, de otro modo, en la coyuntura 1968-1978). Sin embargo, Foucault también usa "problematización" para describir su propio trabajo, en un sentido próximo a la *rarificación* que proponía Paul Veyne (1984). En este segundo sentido se alude a la operación del investigador al construir un determinado problema-objeto, reuniendo para ello materiales que no necesariamente se presentaban juntos. Esta *reproblematización* desestabiliza (porque describe e historiza) los

con documentos fascistas, Germani extrae una serie de formulaciones que organiza a partir de sus propias preguntas de indagación. De este modo, por ejemplo, entre los papeles de la investigación de 1968-1978 encontramos los recortes de las revistas analizadas, ordenados según "temas" recurrentes que consigna en separadores amarillos, entre los que se destacan (al menos de manera legible): 1) alienación, conformidad; 2) justicia social, liberalización, pluralismo; 3) los Littorali de la cultura; 4) crítica versus disciplina; 5) educación política de los trabajadores; 6) la discusión política y 7) las élites.

A pesar de estas regularidades, el abordaje de los documentos en los artículos de madurez no solo es más sistemático, sino también más vasto. Por ejemplo, tomando el apartado sobre el problema de la juventud del texto publicado como el noveno capítulo del libro sobre autoritarismo, fascismo y populismo nacional, encontramos que Germani trabajó sobre cuarenta y cuatro formulaciones de distintas fuentes. Por su parte, los textos juveniles que hacen un uso más intensivo de los documentos fascistas[40] no abarcan más que ocho o diez formulaciones. Por cierto, también encontramos cinco fragmentos que el joven militante y el sociólogo maduro "comparten" en sus respectivos análisis, se trata de selecciones de *Il Saggiatore, Vampate*, *Critica Fascista* y *Dogana,* en las que se tematiza el estilo aburguesado de las nuevas generaciones, su apatía, degeneración y nihilismo, su arribismo y la caracterización del problema como un defecto de la estructura política del fascismo.

También resulta sugerente notar que hay tramos y citas completas con las que el joven militante trabaja y que el sociólogo maduro parece descartar. Así, por ejemplo, los textos más tardíos sobre juventud y fascismo hacen referencia a la tensión entre "crítica y disciplina" sin citar de manera explícita el artículo publicado por el propio Duce en *Il Popolo d'Italia* en 1935 y que llevó, precisamente, ese título.[41] Este escrito, en el que Mussolini explicaba por qué era menester poner coto a la apertura de las instituciones fascistas a una participación más intensa de la juventud, resultaba, por el contrario, central en la economía de los textos del Germani militante. No solo porque allí se

---

modos en que ciertos elementos se articularon; modos que en el presente suelen pasar como (auto)evidentes. Este es, según entendemos, el trabajo que hace Germani en su análisis de muy diversos documentos que incluyen, por ejemplo, tanto periódicos fascistas como *anti* fascistas, novelas, autobiografías, etc.

40 El artículo de 1934 que balancea los doce años de educación fascista, el apunte inédito fechado 1935 y el artículo de 1945 en el que articula la cuestión de los jóvenes con su proto-teoría del totalitarismo.

41 Los textos de madurez de Germani sí remiten al texto de Benito Mussolini, "Punti fermi sui giovani", en *Crítica Fascista,* 8, 1930.

enunciaba aquel dilema, sino porque las ironías de Mussolini sobre la esterilidad de la "crítica y la supercrítica" y la vehemencia con la que enviaba a los jóvenes a "contener la lengua" se combinaban bien con el registro más polémico de los diarios antifascistas y del propio Germani/Frati en ellos. Del mismo modo, el viejo sociólogo edita el lenguaje más controversial de una de las citas "compartidas" con el joven militante. En efecto, el texto traducido en 2003 dice:

> Aquellos que trabajan dentro del fascismo especialmente en estrecho contacto con los jóvenes no pueden evitar una duda terrible y persistente, el temor de que los mayores, los que han permanecido lejos del fascismo, no sean meros vestigios del mundo prefascista, sino que puedan encontrarse entre las jóvenes generaciones, las de aquellos que deberían haber adquirido la mentalidad fascista. [...] Aunque una minoría ha adquirido un auténtico estilo de vida fascista, la gran mayoría está sumergida en la apatía y la falta de interés por todos los problemas nacionales importantes. Y esta apatía se profundiza al estar disimulada bajo una apariencia completamente diferente, como pura fe, disciplina, ortodoxia política perfecta.

Lo que callan los modestos corchetes es que la mentalidad fascista debería haber sido, para las nuevas generaciones, "*carne y sangre*" (Germani, 1935: 2, énfasis nuestro), una imagen quizás demasiado intensa para el tono sociológico de los escritos más tardíos.

Otro de los elementos que no se encuentra en los textos de madurez y que estaba muy presente en los artículos "militantes" es la invitación a tender la mano a los jóvenes italianos, incluidos aquellos que se habían visto seducidos por el régimen, a fin de ganarlos para la causa antifascista. Para ello debía abandonarse la fantasía de que era posible un regreso al viejo orden y reconocer que la única salida posible a la "crisis total" era una revolución capaz de fundar un nuevo orden. Este objetivo suponía la necesaria renovación del antifascismo. En este sentido, en un texto inédito de 1935, llamando a la unidad antifascista, Germani subrayaba la necesidad de impulsar una gran concertación de partidos y movimientos bajo un único y nuevo nombre, pues los viejos partidos y figuras generaban una "desconfianza instintiva" (Germani, 1935d: 1), sobre todo en aquella juventud en la que el antifascismo comenzaba a surgir como por "germinación espontánea" (ídem).[42]

---

42 Resulta sugerente notar que en la cita con la que comenzamos esta sección también encontramos, a propósito de la "peronización" de las juventudes de clase media, una referencia a la "desconfianza" de los muchachos y muchachas respecto de la "vieja élite política" y sus restringidos modos de entender la democracia.

Volviendo, pues, a la advertencia en nota al pie del sociólogo maduro, es claro que ambas series de textos guardan diferencias, y que distintos tonos, vocabularios o recursos retóricos son más propios de una que de la otra. Sin embargo, son muy llamativas las resonancias. En el apartado que sigue trabajaremos sobre otra forma de estas continuidades, asociadas, paradójicamente, a los silencios.

GIUSTIZIA E LIBERTÀ: MARCAS DEL SILENCIO

Revisando los papeles vinculados a la investigación sobre los jóvenes y el fascismo entre 1968 y 1978, en los que pudimos ver el trabajo de Germani sobre los recortes de revistas afines al régimen mussoliniano organizados por tema, también observamos un conjunto de artículos que *no* correspondían a esa serie, ni a la de autobiografías analizadas por el autor.[43] Tan solo tenían una indicación escrita con bolígrafo o lápiz, según el caso, que decía "G. L." y una fecha, por ejemplo, 30-8-1935. En virtud del trabajo previo sobre la trayectoria del sociólogo, surgió como hipótesis, o más bien como conjetura, que podía tratarse de recortes del periódico *Giustizia e Libertà*, publicado por aquel grupo político desde el exilio francés entre 1934 y 1939.[44] Efectivamente, pudimos constatar que era el caso de tres artículos: "Mussolini e i giovani", del 30 de agosto de 1935, "Qualche osservazione sulla gioventú dell'era fascista", de Pietro Casiraghi, del 10 de enero de 1936 (aunque en los papeles de Germani figuraba una fecha incorrecta) y "La gioventú italiana e la guerra", del 6 de marzo de 1936. Ahora bien, estos textos, que plantean asuntos afines al interés del sociólogo, no son *explícitamente* referidos en ninguno de los artículos publicados entre 1968 y 1978, es decir, no aparecen como voces mostradas.

Resultan notorias algunas continuidades entre las dos series de textos germanianos que hemos analizado en el apartado anterior y estos artículos que forman parte, aunque silenciosamente, del archivo que ambas movilizan y que delimitan, pues, otro "contexto". Tal es el caso del diagnóstico sobre la incomprensión entre los viejos antifascistas y los jóvenes italianos, así como la invitación política a evitar los juicios apresurados sobre las nuevas generaciones o, en el caso de los textos juveniles del sociólogo, la caracterización de la invasión de Abisinia como intento de desmovilización de las nuevas generaciones. Al respecto, en los textos de GeL, particularmente en los interesados por una caracterización social más precisa de "los jóvenes", parece

43 En particular, encontramos numerosos pasajes de *La generazione degli anni difficili* de Ettore A. Albertoni, editorial Laterza, 1962.

44 El periódico semanal está disponible online en: http://www.bibliotecaginobianco.it/?e=flip&id=4.

funcionar una hipótesis afín a la noción de "estado de disponibilidad", con la que tanto jugó Germani en su caracterización sobre el peronismo (punto sobre el que volveremos al final). En efecto, los muchachos movilizados por las promesas fascistas (y luego lanzados cruelmente a la desventura de la guerra colonial) no habían encontrado un correlato concreto en el que traducir sus ansias de participación y era un desafío para el antifascismo poder reclutarlos contra el régimen.

Por cierto, un recorrido más amplio por los textos del periódico de GeL dedicados a la cuestión del fascismo y la juventud nos mostró un amplio concierto de resonancias con los textos germanianos, más allá de los artículos que habíamos encontrado en su archivo. Por cuestiones de espacio, no podemos reponer por completo este análisis. Sin embargo, puede resultar interesante traer un ejemplo: entre los apuntes de las conferencias de 1939-1945 dictadas por Germani, encontramos que luego de señalar la existencia de estrategias para la juventud tanto entre los comunistas como entre los giellistas figuraba la anotación que transcribimos a continuación:

> 1934) para 60 agentes de policía se presentaron 3000 candidatos sobre los cuales 1000 eran egresados secundarios y doctores universitarios.
> No se pedía sino "Licenza elementare".

Curiosamente, en la revisión posterior que realizamos del periódico de GeL, en particular de una sección en la que se reseñaban y discutían periódicos, revistas y libros antifascistas ("Stampa amica e nemica"), hallamos la siguiente referencia en el ejemplar del 4 de enero de 1935 ("Avenire del giovani in Italia", p. 4, traducción nuestra):

> Recientemente, por ejemplo, en un concurso estatal para la asunción de 60 agentes de la Policía de Estado (salario: 500 al mes con provisiones), de 3000 competidores 1000 tenían diploma de estudios medios superiores o de licenciatura. Se exigía estudios primarios ("licenza elementare¨).

No sabemos si Germani tomó el dato directamente del periódico en cuestión, al que nos consta estaba abonado. Lo que es seguro es que estas discusiones eran parte del entramado discursivo en el que participaba y que reproducía. Resulta más apropiada, en efecto, la figura de trama o red antes que las metáforas de irradiación desde un centro, pues encontramos referencias cruzadas entre los periódicos italianos y los argentinos; por ejemplo, una cita a *La Patria degli Italiani*, una publicación de la comunidad italiana en Argentina, en la mencionada sección "Stampa amica e nemica" del periódico giellista (8 de febrero de 1936).

Debemos señalar que también en términos más generales en los textos germanianos reverbera la agenda de GeL: desde la apuesta por

la laicidad, la inquietud por el papel de las clases medias en el fascismo y la necesidad de convocarlas al *anti*fascismo, el interés por la psicología de las masas, la preocupación por la crisis moral de su tiempo, el rol de las élites, y, por supuesto, la cuestión de la juventud. Del mismo modo, encontramos afinidades al nivel de las explicaciones y descripciones del fascismo. Así, por ejemplo, Rosselli subrayaba el problema del *carácter social*[45] italiano, su renuncia a la actividad política, el culto a la unanimidad, la aversión a la herejía, etc. (Fedele, 1992). Al respecto, en su estudio de los debates políticos de GeL, Fedele subraya que el grupo político "adelantó" la hipótesis de investigación sociológica sobre la relación entre modernización y fascismo, según la cual el advenimiento de los gobiernos autoritarios respondía a problemas y tensiones propios de la organización social moderna (Fedele, 1992: 68). La afinidad de este diagnóstico con el de Germani resulta notoria.

Asimismo, encontramos trazos de algunas de las líneas programáticas más concretas de GeL en los textos del sociólogo. Por ejemplo, la sugerencia de garantizar mayor participación de los trabajadores en la dirección de las empresas o de fomentar el cooperativismo a fin de exorcizar los demonios autoritarios que podía traer la modernización,[46] ambos puntos del programa de GeL de 1932.[47]

---

45 Precisamente, la cuestión del carácter social o personalidad social básica sería un asunto nodal para la sociología germaniana. Entre las múltiples y heterogéneas resonancias de ese término en su teoría, cabe sumar esta.

46 Por ejemplo: "El trabajo absorbe la mayor parte de las horas del día, y representa sin duda una de las esferas esenciales para la vida personal de todos: ahora bien, en aquellas mismas sociedades que se supone deberían estar fundadas sobre la libertad y la autodeterminación no hay acaso ninguna otra actividad tan burocratizada, reglamentada y sometida a disciplina autocrática como el trabajo, excepto quizá la vida militar (…) Hay muchas formas de ejercer la democracia en la esfera del trabajo. En primer lugar, está el aspecto sindical. La elección de delegados o comisiones internas, la discusión sobre los problemas laborales que afectan al personal de cada empresa. (…) Pero esto no es todo; las investigaciones en el campo de la psicología social del trabajo y no pocas experiencias concretas han revelado de manera indudable y clara la posibilidad de extender esa participación activa a la realización misma de las tareas (…) Parece obvio que esta experiencia de libertad y responsabilidad será tanto más sentida y eficaz cuanto mayor sea la participación del trabajador en la dirección de la empresa. Esta debería llegar a constituir una verdadera comunidad en la que todos los productores, cualquiera que sea su función y posición jerárquica en lo técnico o en lo económico, ejerzan una ciudadanía plena" (Germani, 1971: 333-334).

47 "El control obrero, introducido en todas las grandes y medianas empresas, tanto públicas como privadas, deberá asegurar a las clases trabajadoras una efectiva coparticipación en la gestión de la empresa. Esto será organizado de modo de afirmar la libertad obrera en la fábrica, de desarrollar la capacidad industrial de la clase obrera y de oponerse, en interés de la producción, a las tendencias burocráticas de

Sin dudas, estas resonancias merecen ser investigadas en profundidad. En cualquier caso, a los fines de este capítulo, nos interesa dejar asentado que esta maraña de textos vinculados a GeL delimita *otro* contexto pertinente para analizar los sentidos entretejidos en la problematización de la cuestión juvenil tanto en los textos "militantes" como "sociológicos" de Germani, aun cuando no sean explícitamente referidos como parte de una "conversación" en la que el sociólogo ítalo-argentino tuviera "intención" de participar o supiera que estaba efectivamente participando. Del mismo modo, esa remisión no es caprichosa, responde a *huellas* que encontramos en el archivo, incluso bajo la forma de silencio.[48]

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Cuando uno quiere que le reconozcan, da su nombre; eso es evidente. El que adopta la apariencia del que no es, acaba por enredarlo todo. ¿Cómo no habían de tratarte como un extranjero en una casa donde te presentas como extranjero? No, no, todo esto no es normal.
María, en *El malentendido*, Albert Camus

La sección anterior tuvo como objetivo ver en funcionamiento la perspectiva de análisis que presentamos más arriba, luego de criticar el modo en que Skinner, y en buena medida la NHI, ha tematizado la noción de "contexto". Para ello, mostramos algunas relaciones discursivas entre distintas series textuales en las que se hilvanaba una inquietud (o problematización) recurrente. Para encontrar esta recurrencia tuvimos que saltarnos las referencias del autor y de lo que quiso hacer *al* decir. Esto implicó ignorar las proyecciones (imaginarias) del propio "Germani", que, asumiendo el papel de "sociólogo maduro",

---

centralización". Y un poco más adelante: "Política sindical y cooperativa (…) El movimiento cooperativo recibirá, en todas sus ramas, el máximo apoyo. Se promoverá el vínculo entre cooperativas de producción industrial y agrícolas y cooperativas de consumo, reorganizando los mercados con la supresión de los intermediarios parasitarios" (Giustizia e Libertà, 1959: 7, traducción nuestra).

48 En el caso analizado tuvimos acceso a la "cocina de investigación" que nos devolvió pistas bastante firmes para vincular los textos germanianos con los periódicos de GeL. En otros casos, las huellas pueden ser menos contundentes: regularidades en los modos de combinar ciertas palabras, en el uso de ciertas fuentes o citas, en los ejemplos, en la disposición textual, en los tonos, etc. En cualquier caso, importa subrayar que el AMD requiere de alguna forma de marca textual que fundamente una puesta en relación. Las perspectivas asociadas al ensayo, por el contario, parecen admitir un juego más libre entre textos. Para un análisis de este punto, ver el capítulo de Haidar en este volumen.

"investigador distanciado" e incluso "neutral", nos advertía que había tratado el tema de la juventud cuando él mismo era un muchacho, en un tono y de un modo que, en los textos más asentados, no venía demasiado al caso.

De este modo, intentamos mostrar que las temporalidades/espacialidades de la reproblematización de Germani sobre la cuestión juvenil en los textos de 1968-1978 son, necesariamente, múltiples. Por una parte, "el contexto" marcado por Montoneros/Che Guevara/Cuba, pero también la temporalidad/espacialidad de esas inquietudes juveniles que "regresan" no solo como rememoración nostálgica (como nos quiere hacer creer), sino como *regularidades* temáticas e incluso metodológicas. Asimismo, hemos encontrado las marcas del contexto del antifascismo italiano exiliado en Francia, no solo como fuente silenciosa, sino también como la repetición de un cierto modo de plantear el problema. Más allá de las señales e indicaciones del autor/enunciador, de sus advertencias sobre "lo militante" y "lo sociológico", distintas secuencias nos han llevado de un texto al otro. Todas estas capas de temporalidades múltiples quedan invisibilizadas por las perspectivas que no están dispuestas a atender a la materialidad específica de lo textual y que se apuran a dar por evidente a qué denominamos "contexto".

Más que sintetizar los argumentos que se fueron desplegando, en este último apartado, nos interesa presentar algunas de las consecuencias que podría tener una lectura del *corpus* germaniano como la que aquí proponemos, es decir, los efectos explicativos de hacer constelar los textos 1968-1978 en relación con textos/contextos que *no* resultan sincrónicos a su publicación, sino que remiten a otras de las coordenadas temporoespaciales que (según nuestra hipótesis) atraviesan los artículos en cuestión. Para ello, tenemos que retomar un punto que quedó apenas enunciado más arriba: la posibilidad de establecer analogías en la caracterización que el joven Germani (y GeL) hizo de la juventud frente al fascismo, por un lado, y la que hace el sociólogo en relación con las clases populares frente al peronismo, por el otro. Al respecto, en un clásico texto de 1956 puede leerse:

> Si efectuamos, pues, un balance con respecto a los objetivos reales alcanzados por las clases populares durante la dictadura, forzoso es reconocer que, aun cuando el saldo sea completamente negativo en cuanto a los cambios estructurales, no puede decirse lo mismo en lo que concierne a la afirmación de esas clases frente a las demás y frente a sí mismas. (…) Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional, lo racional habría sido el método democrático. Mas llegados aquí es menester preguntarnos: ¿era posible dicho mecanismo democrático en las condiciones en que se ha-

> llaba el país, tras la revolución de 1930? *La contestación es claramente negativa*. Por ello, si tenemos en cuenta las características subjetivas que presentaban las clases populares a comienzos de la década de 1940, *su reciente ingreso a la vida urbana* y a las actividades industriales, *su escaso o nulo entrenamiento político*, su *bajo nivel educacional*, sus *deficientes o inexistentes posibilidades de información y, sobre todo*, los *infranqueables límites que las circunstancias objetivas* oponían a sus posibilidades de acción política, debemos concluir que el camino que emprendieron y que las transformó en la base humana de un movimiento totalitario destinado a servir en definitiva intereses que les eran completamente ajenos, *no puede considerarse, dentro del conjunto de condiciones históricas dadas, ciega irracionalidad* (Germani, 1956: 24-25, énfasis nuestro).

El párrafo precedente nos da pistas para establecer la analogía que proponemos. Por un lado, aquí también aparecen los condicionantes de una escasa formación política. Como los jóvenes italianos, los sectores populares argentinos fueron movilizados sin lograr, en virtud de condicionantes objetivas, un modo adecuado de canalización de su participación. En ese sentido, a diferencia de lo que cabía como caracterización a la primera generación de los europeos de clase media que habían dado lugar al nazifascismo, no convenía hacer un juicio apresurado sobre la racionalidad de acción de las clases populares argentinas que habían dado pie al peronismo. En el caso europeo, el "nivel educacional, tradición política, posibilidades de información, las capacitaban para una acción política realista, acción que, por otra parte, se presentaba como mucho más factible también desde el punto de vista de las condiciones objetivas" (ídem). A partir de esta descripción, el sociólogo se refería a cierta "impermeabilidad de la experiencia"[49] propia del carácter autoritario de las clases medias del viejo continente, que marcaba la necesidad de un cambio de mentalidad en el orden de los valores y las orientaciones (por ejemplo: el "abandono del deseo de afirmación por medio del prestigio y la diferenciación con respecto a otros trabajadores" [ídem: 26]).

Pues bien, tal como distingue Germani, la del párrafo anterior no era una descripción adecuada para las masas peronistas. En efecto, no podía hablarse, en aquel caso, de una impermeabilidad a la experiencia (ídem). En consecuencia, aunque una (re)educación democrática resultara beneficiosa, no resolvía el problema fundamental del que el nacionalismo popular era síntoma:

49 Esta expresión alude a que, a pesar de que distintos hechos y experiencias contradigan las representaciones que se tienen sobre un proceso o fenómeno, ellas se mantienen y refuerzan.

> La llamada “desperonización” de la masa de las clases populares argentinas constituye un problema muy distinto (…) Lo que se precisa a este respecto no reside de ningún modo en un cambio de mentalidad, sino en *ofrecer a la acción política de esas masas un cambio de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos “reales”* (objetivos que, a pesar de todo, habían percibido sin excesiva deformación, aunque sí fueron engañadas con las incumplidas promesas relativas a las reformas de estructura). Tal acción debe poder ofrecerse a partir de los aspectos más inmediatos de su vida y de sus intereses: el trabajo y los problemas conexos (…) Y esto depende no solo de la política social del gobierno, sino también de la orientación de los partidos políticos y, además (y muy especialmente), del comportamiento de la clase empresaria y de sus agentes (ídem, énfasis nuestro).

Se requería, pues, una estrategia política (democrática) capaz de absorber la demanda y la movilización de estos sectores. Una posición muy semejante a la del joven militante al referirse al problema de las nuevas generaciones socializadas bajo el fascismo, cuya experiencia era, ella también, distinta a la de sus padres, esas clases medias de posguerra que, asustadas por la movilización popular, habían aceptado los *Ersatz* que ofrecía el totalitarismo, aun teniendo a mano otras opciones (de allí su *irracionalidad*). Más arriba citábamos la caracterización según la cual las biografías concretas de aquellos jóvenes italianos (su experiencia) hacían inimaginable otras alternativas más allá de las del totalitarismo, entre otros motivos, porque los puentes con el viejo antifascismo estaban rotos (Germani, 2003: 272). Pero tampoco resultaba suficiente apuntar a una reforma moral de los jóvenes seducidos por las promesas del corporativismo. En ambos casos (para los obreros argentinos y los jóvenes italianos), era menester tomar nota de que un simple regreso al orden liberal previo (el régimen demoliberal o liberal, según el caso) resultaba imposible.[50] Se necesitaba una fuerza política cuyo programa pudiera renovar el antifascismo, en el caso italiano, y renovar la democracia de masas, para la Argentina. En este sentido, el famoso escrito de 1956 funcionaría mucho más como una crítica al *anti*peronismo que al peronismo, a las fantasías restituyentes de quienes no estaban dispuestos a aceptar que la experiencia de 1945-1955 lo había cambiado todo.

Una conjetura como la que aquí aventuramos es contraria a las advertencias del estilo que propone Skinner, pues parte de desestabilizar la noción de “comunicación” que esa perspectiva presupone.

---

50 Esto es lo que sí habían entendido las juventudes de clase media después de 1955, una vez superado el “malentendido histórico” al que refiere la cita con la que comenzamos el tercer apartado de este capítulo.

No hay por qué presuponer que al hablar (y mucho menos al escribir) sepamos (o gobernemos) *qué* estamos diciendo y a *quién*. Para una perspectiva de análisis del discurso menos liberal (y seguramente menos "anglosajona") que la que postula el autor de "Meaning and understanding",[51] es sobre la posibilidad de *este* tipo de desplazamientos sobre la que juega el psicoanálisis.

Conviene precisar a qué desplazamiento nos referimos. Las "situaciones comunicacionales" en las que se inscribieron los escritos de las series analizadas en los apartados de este capítulo y la de "Integración política de las masas y el totalitarismo" resultan muy distintas entre sí. Incluso, para agregar complejidad, para cada uno de los textos pueden delimitarse múltiples "situaciones". Así, por ejemplo, "Integración política de las masas…" fue producido para una comisión del gobierno de la autodenominada "Revolución Libertadora", que había decidido implementar un programa de desperonización y para ello, requería averiguar las características del fenómeno que pretendía erradicar (Amaral, 2008: 2). Se trató de una intervención que, en 1955, "se dirigía" a la plana mayor del gobierno de facto. Luego, en 1956, fue publicado por el Colegio Libre de Estudios Superiores,[52] acostumbrado a interpelar a sectores medios ilustrados, antiperonistas y liberales que iban desde la Unión Cívica Radical al comunismo. Finalmente, en la reedición supervisada por Germani de 1962, el texto circuló como uno de los capítulos del libro *Política y sociedad*, en el marco de un proyecto institucional-editorial de consolidación del naciente campo de la sociología científica en la Argentina. Para la cuarta edición de la obra, con la que hemos trabajado (1971), ese campo ya estaba atravesado por completo por las disputas en torno de la interpretación del peronismo. Volviendo a los términos del segundo apartado, estas últimas precisiones remiten a las condiciones de producción y circulación en minúscula del texto, a ciertos *datos* que pueden

---

51 Nos referimos a la cita que consignamos más arriba, en la que afirmaba que la autoridad especial de un agente sobre sus intenciones no excluía "la posibilidad de que un observador esté en condiciones de dar una explicación más completa o convincente que la suya propia sobre su comportamiento. (*En rigor de verdad, el psicoanálisis se funda en esta posibilidad*)" (Skinner, 2000: 171, énfasis nuestro). Una definición bastante limitada de lo inconsciente.

52 El Colegio Libre de Estudios Superiores fue fundado en 1930 por Aníbal Ponce, un dirigente comunista. Entre sus tareas principales estaba la realización de cursos y conferencias. Durante los años del peronismo, sirvió de lugar de reunión de buena parte de la intelectualidad opositora. Luego del golpe de 1955 funcionó como cantera para el reclutamiento de las figuras que protagonizarían el proyecto de la universidad reformista, en el seno de la cual se fundó, en 1957, la carrera de Sociología dirigida por Gino Germani.

obtenerse a partir de "fuentes secundarias". Pero la pregunta por el interlocutor proyectado en el texto (*a quién* le habla) es otro asunto. Un asunto, como vemos, que tampoco cabe reducir a lo que el enunciador quiso hacer *al* decir o incluso a quién creía hablarle. En los apartados previos mostramos que es posible ver las huellas de un diálogo no marcado entre los textos 1968-1978 y los escritos juveniles de Germani o los artículos del periódico de GeL. Aquí nos arriesgamos un poco más al plantear, de modo preliminar, que es posible encontrar analogías entre la forma en que los textos juveniles de Germani (y los de GeL) hablaban *a* los sectores antifascistas *sobre* la juventud seducida por el fascismo y los modos en que luego el sociólogo ítalo-argentino habló (en otro "contexto") *a* las élites del gobierno de facto/las clases medias antiperonistas *sobre* los sectores obreros reclutados por el peronismo. Y ello aun cuando pareciera que está hablando de "cosas diferentes" y a "públicos distintos". Ni "las interlocuciones" ni "el contexto" parecen estar, después de todo, simplemente "dados".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, P., M. Glozman, A. Grondona y V. Haidar (2014). "¿Qué es un *corpus*?". En *Revista Entramados y Perspectivas*, nº 4, pp. 35-64.

Althusser, L. (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. *Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Althusser, L. y Balibar, E. (2004). *Para leer el capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Amaral, S. (2008). "El líder y las masas: fascismo y peronismo en Gino Germani". Documento de trabajo 371. Buenos Aires, Universidad del CEMA.

Austin, J. L. (2006). ¿Cómo hacer cosas con palabras? Buenos Aires: Paidós.

Authier, J. (1984). "Hétérogénéité(s) énonciative(s)". En *Langages*, 73, pp. 98-111.

Blanco, A. (2003). "Política, modernización y desarrollo: una revisión de la recepción de Talcott Parsons en la obra de Gino Germani". En *Estudios Sociológicos*, vol. XXI, núm. 3, septiembre-diciembre, México, pp. 667-699.

— (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (1999). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.

Burke, P. (2002). "Context in context". En *Common Knowledge*, vol. 8, nº 1, pp. 152-177.

Casighari, P. (1936). “Qualche osservazione sulla gioventú dell’era fascista”. En *Giustizia e Libertà,* 10 de enero, año 3, n°2, p. 3.

Courtine, J.-J. (1981). “Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adressé aux chrétiens”. En *Langages*, n° 62, pp. 9-128.

Derrida, J. (2015). “Firma, acontecimiento, contexto”. Santiago de Chile: Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Disponible en https://www.ddooss.org/articulos/textos/derrida_firma.pdf

Didi-Huberman, G. (2011). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Di Tella, T. (1993). *Torcuato Di Tella. Industria y política*. Buenos Aires: Tesis y Norma.

Fedele, S. (1992). *E verrà un’altra Italia: politica e cultura nei “Quaderni Giustizia e libertà”.* Milán: Franco Angeli.

Foucault, M. (2001). “Polémique, politique et problématisations”. En *Dits et écrits II. 1976-1988*. París: Gallimard.

— (1995). “¿Qué es la crítica?”. En *Daimon: Revista de Filosofía,* n° 11, pp. 5-25.

— (2002). *La arqueología del saber.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Frati, G. (1943a). “Sul Programma”. En *La Nuova Italia,* 27 de abril, p. 1.

— (1943b). “Carlo Rosselli”. En *La Nuova italia,* 3 de junio, año 1, n° 5, p. 5.

García, L. (2006). “La Modernidad como crisis. Apuntes para una relectura de Gino Germani”. En *Espacios y modos de la modernidad*, Córdoba, 10, 11 y 12 de agosto, Grupo de Estudios sobre la Modernidad, Revista Modernidades.

Germani, A. (2004). *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología.* Buenos Aires: Taurus.

— (2015). *La sociologia in esilio Gino Germani, l’America Latina e le scienze sociali*. Roma: Donzelli.

Germani, G. (1934). “Dodici anni di educazione fascista”. En *Italia del Popolo*, 21 de diciembre, p. 5.

— (1935a). “Critica e disciplina”. En *La Nuova Patria*, 3 de marzo, año LIX, n° 182, p. 1.

— (1935b). “Sul significato della rotazione”. En *Italia del Popolo*, 25 de enero.

— (1935c). “Educación fascista”. Documento inédito del Fondo Germani en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice.

— (1935d). "Sull'unita antifascista". Documento inédito, Fondo Germani en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice.

— (1939). "La juventud en Italia". Apuntes de conferencia, Fondo Germani en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice.

— (1945a). "Pueblo y fascismo en Italia". Apuntes de conferencia, Fondo Germani en la Fondazione Ugo Spirito e Renzo de Felice.

— (1945b). "I giovani, il fascismo e la nuova Italia". En *Italia Libre*, 15 de septiembre, p. 5.

— (1956). *Integración política de las masas y el totalitarismo*. Buenos Aires: Colegio Libre de Estudios Superiores.

— (1969). "La socializzazione politica dei giovani e i regimi fascisti: Italia e Spagna". En *Quaderni di Sociologia*, 1-2, pp.11-58.

— (1970). "Political socialization of youth in fascist regimes". En Huntington, S. y Moore C. H (eds), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*. New York and London: Basic Books, pp. 339-379.

— (1971). "La socialización de los jóvenes en los regímenes fascistas: Italia y España". En *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, pp. 544-592.

— (1971b) [1962]. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.

— (2003) [1978]. *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional.* Buenos Aires: Universidad Di Tella.

— (2010) [1979]. "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna". En Mera, C. y J.Rebón, *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 652-695.

Giustizia e Libertà (1935). "Mussolini e i giovani". En *Giustizia e Libertà*, 30 de agosto, año 2, n° 35, p. 1.

— (1959) [1932]. "Il Programa Rivoluzionario di Giustizia e Libertà". En *Quaderni di Giustizia e Libertà,* 1, Turín, pp.1-20.

Glozman, M. (2015). "Lengua, política y saber: aproximaciones al archivo". En *Lengua y peronismo*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

— (2016). "Lingüística, materialismo, (inter)discurso: elementos para una lectura de *Las verdades evidentes*". En Pêcheux, M. *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía.* Buenos Aires: Ediciones del CCC.

Grondona, Ana (2019). "'Prima di tutto, antifascista'. Juventud y anti/fascismo en Gino Germani". En *Leviathan. Cuadernos de investigación política*. San Pablo: UNICAMP. En prensa.

Haroche, C. y M. Pêcheux, (1971). "La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours". En *Langages*, año 6, n° 24, pp. 93-106.

Koselleck, R. (2012). *Historia de los conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.

Lovejoy, A (1983) *La gran cadena del ser. Historia de una idea.* Cambridge: Icaria.

Palti, E. (1995). "Comentario de 'Meaning and context': Quentin Skinner and his critics". En *Daimon*: *Revista de Filosofía*, nº 11, pp. 171-176.

— (1998). *Giro linguistico e historia intelectual.* Quilmes: UNQUI.

— (2004). "De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos'. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano". En *Anales Nueva Época*, nº 7, p. 70.

— (2010) "Un diálogo con Elías Palti". Entrevista realizada por Bonill para *Revista Iconos*, 36, pp. 119-129.

Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía.* Buenos Aires: Ediciones del CCC.

Polgovsky Ezcurra, M. (2010). "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico'". En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, *Questions du tempsprésent*. Disponible en: http://nuevomundo.revues.org/60207; DOI: 10.4000/nuevomundo.60207

Rawicz, D. (2012). "Gino Germani: socialismo liberal y sociología científica". En *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 9, núm. 19, mayo-agosto, UNAM, México, pp. 235-257.

Salentino (1936). "La gioventú italiana e la guerra". En *Giustizia e Libertá,* 6 de marzo, p. 2.

Serra, P. (2013). "Germani e Gramsci. Impostazioni del problema". En *Democrazia e Diritto*, 50, pp. 519-533.

Skinner, Q. (2000) [1969]. “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *Prismas*, 4, Quilmes, pp. 149-195.

Treves, R. (1964).“II fascismo e il problema dellegenerazioni”. En *Quaderni di Sociologia,* XIII, abril-junio, pp. 360-364.

Veyne, P. (1984). “Foucault revoluciona la historia”. En *Cómo se escribe la Historia*. Madrid: Alianza Editorial.

Victoria Haidar

ENTRE LA FORMULACIÓN DE PROBLEMATIZACIONES Y LA ORGANIZACIÓN DE *CORPUS*

HERRAMIENTAS PARA ESCRIBIR LAS HISTORIAS DEL PRESENTE

INTRODUCCIÓN

La expresión *historia del presente* está asociada con una metodología de investigación procedente de los países centrales, desarrollada a partir de la movilización de las herramientas de análisis arqueológico-genealógico derivadas de la obra de Michel Foucault.[1] Así entendida, se reduce a un conjunto de *corpus* (*corpora*) producidos

---

1 Michel Foucault (2002a [1975]: 31) utilizó la contra-intuitiva y extraña expresión "historia del presente" al final del primer capítulo de *Vigilar y castigar* para referirse al proyecto de hacer la historia de la prisión en términos de su "actualidad". Una preocupación por releer, en clave genealógica, la historia de las sociedades europeas para elucidar las cuestiones del presente despunta, asimismo, en varios de sus trabajos posteriores: así, en *La voluntad de saber* (2002b [1976]) procura, mediante un análisis de las transformaciones en los discursos sobre el sexo desde el siglo XVIII, poner en discusión la interpretación "represiva" de la sexualidad y del poder sostenida desde perspectivas freudo-marxistas, no menos que los efectos de "predicación" (de la "liberación de la sexualidad") que estaban asociados, como la otra cara de la misma moneda, a aquella teoría. Por su parte, los seminarios que se ocupan de trazar la historia de la gubernamentalidad (2006 [1978]) y de re-problematizar el liberalismo (2012 [1979]) se encuentran animados por el propósito de discutir la centralidad otorgada (tanto desde la izquierda como desde la derecha) al problema del Estado, no menos que por la intención de mostrar la singularidad del neoliberalismo.

al interior de dos “colectivos de pensamiento”[2] procedentes de los países del “Norte”.

Emplazado a horcajadas de la *sociología histórica y la historia filosófica de las problematizaciones*, uno de esos *corpus* está conformado por los libros que escribieron seguidores y colegas, mayoritariamente de origen francés, de Foucault: *La invención de lo social* (Donzelot, 2007 [1984]), *L'État Providence* (Ewald, 1986), *Gouverner la Misère. La question sociale en France 1789-1848* (Procacci, 1993), *Las metamorfosis de la cuestión social* (Castel, 1997). Como lo indican sus títulos, dichos libros se focalizan sobre las transformaciones en las tecnologías de gobierno que sucedieron durante el siglo XIX y que darían lugar a la conformación del Estado de bienestar; período que Foucault omitió considerar al trazar su genealogía del Estado moderno (Bröckling, Krasmann y Lemke, 2011: 8).

El segundo de los *corpus* a partir de los cuales se demarca el canon de la historia del presente está integrado por los trabajos que configuran el dominio, anglosajón, de los *estudios sobre la gubernamentalidad* (Burchell, Gordon y Miller, 1991; Barry, Osborne y Rose, 1996; Dean, 1991, 1999; Rose, 1991, 1999). Al igual que los textos a los que me referí en el párrafo anterior, la bibliografía producida al interior de este segundo “colectivo de pensamiento” guarda estrecha relación con los seminarios que Foucault impartió entre 1978 y 1979 en el Collège de France. Sin embargo, mientras los autores y autoras de origen francés se concentraron, principalmente, sobre la cuestión de “lo social”, sus pares del mundo anglosajón mostraron interés en dar cuenta de la singularidad de las racionalidades “liberal-avanzadas” o “neoliberales” que colorean el paisaje del presente. Y, en lugar de filiarse en la tradición filosófica o sociológica, los estudios de la gubernamentalidad rehúyen los encasillamientos disciplinarios para ubicarse en la frontera de las ciencias sociales, los saberes “psi”, la historia y la filosofía políticas.[3]

---

2 Para un desarrollo *in extenso* de este último concepto, elaborado por Ludwik Fleck, recomiendo leer el capítulo que, en este mismo libro, escribió Pablo de Marinis. Solo cabe recordar que (como el propio de Marinis señala) una de las recuperaciones que se han hecho, desde las ciencias sociales, de las ideas de Fleck, se encuentra en los trabajos de Nikolas Rose (2007), un autor emblemático para el enfoque de los estudios de la gubernamentalidad.

3 Ciertamente, al referirme al *corpora* de la historia del presente hago alusión, solamente, a bibliografía procedente de Francia, Gran Bretaña y los países del Commonwealth. Ello no significa, sin embargo, que no existan estudios realizados desde esa perspectiva en otros contextos nacionales. Por el contrario, tanto en otros países del “Norte” (particularmente en Alemania) como del “Sur” (así, por ejemplo, en Argentina, Colombia y Chile) se han producido artículos y libros que se inscriben –sea de un modo cabal o bien en forma ecléctica–, en el linaje de la historia del presente. Sin

Sin desconocer los aportes realizados por ambos colectivos de pensamiento[4] tanto para la sistematización de aquel estilo de investigación como para la institucionalización de un campo de estudios autónomo[5] –distinto, aunque tributario de la sociología política e histórica, la historia intelectual y la filosofía política–, este capítulo está dedicado a ampliar el *corpora* de historia del presente mediante la inclusión de otro *corpus* de escritos procedentes del campo del *ensayo* y la *crítica literaria* argentinos.[6] Como veremos, este *tercer cuerpo* se diferencia de aquellos *corpus* que delinean el canon de la historia del presente por sus condiciones "periféricas" de producción, por el estilo

---

embargo, si la expresión que designa la metodología a la que me refiero en este capítulo está asociada (sin contar con Foucault, un padre *esquivo*) a autores como Castel, Rose, Ewald y Dean (entre otros) es porque estos últimos llevaron adelante iniciativas que culminaron con la institucionalización de la historia del presente como un campo de estudios autónomo. En efecto, estos intelectuales se ocuparon (antes que otros) de "clarificar" y "sistematizar" los modos en que llevaron adelante sus investigaciones. Dicho en otros términos, la literatura francesa y los estudios anglosajones sobre la gubernamentalidad establecieron el canon de la historia del presente, canon que en este capítulo procuro poner en discusión.

4 Existen considerables diferencias tanto "entre" ambas bibliografías como "al interior" de cada una de ellas, sobre las que aquí no puedo explayarme. Corresponde consignar, sin embargo, que los trabajos de corte genealógico, que se sirven de la historia con la finalidad de reconstruir críticamente el presente, se encuentran concentrados, en su mayor parte, en la primera de esas dos vertientes; mientras que, en cambio, las elaboraciones procedentes del campo de los estudios sobre la gubernamentalidad se han orientado, preferentemente, al análisis de los procesos de la "historia reciente" (básicamente, al estudio de los regímenes de gobierno "neoliberales" o "liberal-avanzados"). Profundizando ese movimiento, en el libro que dedicó al estudio del biopoder, Nikolas Rose (2007) optó, directamente, por reemplazar la perspectiva "diacrónica" por otra "sincrónica", decisión que lo condujo a trocar el término "historia" por "cartografía" para designar sus investigaciones.

5 Las iniciativas "institucionalizadoras" a las que me refiero datan, en su mayoría, de la década de 1990. Entre ellas se cuentan la conformación, en 1989, de la History of the Present Research Network, espacio de intercambio y encuentro de investigadores e investigadoras que han continuado, crítica y recreativamente, las elaboraciones foucaultianas en torno al "gobierno" y la "gubernamentalidad"; la aparición de revistas como *History of the Present* (animada por Paul Rabinow y publicada durante algunos años posteriores a la muerte del filósofo), y *Economy and Society* (que todavía se publica); la circulación de traducciones al inglés de entrevistas, conferencias y fragmentos de los seminarios impartidos por Foucault en el Collège de France y la publicación de libros-colecciones de ensayos dedicados a las temáticas del "gobierno" y del "liberalismo" –entre ellos, Burchell, Gordon y Miller (1991) y Barry, Osborne y Rose (1996)–. Un desarrollo más amplio de esta clase de iniciativas se encuentra en de Marinis (1999).

6 Gran parte de la riqueza de los textos que agrupé en este *tercer corpus* radica en que, promiscuos, se dejan inscribir, simultáneamente en varias series: la crítica literaria, los estudios culturales, el ensayo político-sociológico y, según sostengo en este artículo, la historia del presente.

de trabajo intelectual que representa, así como por la circunstancia de que el horizonte al que apunta excede –al igual que los seminarios y libros de Foucault– el ámbito académico y comprende a la "cultura" entendida en un sentido amplio.

Sin embargo, los textos de los autores y las autoras argentinos comparten con las bibliografías procedentes del "Norte", el "tiempo" de su producción. Así, mientras en Europa, al calor de los debates en torno a la crisis del Estado de bienestar, varios de los hombres y mujeres que asistieron a los cursos de Foucault se abocaron a la producción de ambiciosas genealogías de "lo social", David Viñas publicaba, todavía en tiempos de dictadura, *Indios, ejército y frontera* (2003 [1982]). Encabalgado sobre la determinación de re-discutir el estado liberal argentino, el texto se escribió a expensas del archivo que Vicente Gil y Ernesto Quesada (dos miembros de la coalición político-militar-cultural del roquismo) donaron a la biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín, que el ensayista consultó en sus años del exilio. Asimismo, al mismo tiempo que desde el universo anglofoucaultiano se ponían a circular interpretaciones del neoliberalismo fuertemente ancladas en la variable "cultural", en Argentina aparecían, con el intervalo de una década, *El género gauchesco* (2012 [1988]) y *El cuerpo del delito* (2017 [1999]), de Josefina Ludmer. Contagiada por el deseo de su maestro,[7] en esos libros la autora se ocuparía de rastrear las correlaciones entre la literatura, la cultura y el Estado argentino, en las diversas configuraciones que adquirieron a lo largo de los siglos XIX y XX.

Lejos de replegarse en torno a una única hipótesis, los libros de Viñas y Ludmer son pródigos en la producción de interrogantes e interpretaciones. Así, excavan en la literatura de frontera, la gauchesca y "los cuentos de delitos" hasta encontrar las matrices culturales del Estado liberal argentino, y también avanzan en dirección de otras genealogías que se entrecruzan y se mezclan con aquella que tiene al Estado como centro; tal es el caso de la genealogía de los múltiples "sujetos" –políticos, militares, intelectuales, estéticos– que ocuparon, en las diferentes configuraciones estatales, posiciones de poder: el "caballero", el "burgués conquistador", el "dandy", etc.

La pretensión del capítulo se proyecta, al mismo tiempo, en dos direcciones. Al sumar al universo de la historia del presente un *tercer cuerpo* particularmente belicoso de textos[8] procura, por un lado,

---

7 La propia Ludmer se reconoce "discípula" de la tradición de crítica literaria inaugurada, en Argentina, por David Viñas y Noé Jitrik. Véase Ludmer, 2000.

8 La operación de "ensanchamiento" que aquí propongo es solo una entre otras posibles. La ampliación y complejización del *corpora* de la historia del presente habría asumido otra orientación si, en lugar de inquietar el canon desde el campo del

poner en discusión algunos de los rasgos que caracterizan a dicho método de investigación, los cuales aparecen descriptos, en forma sumaria, en el apartado 1. Y, por otro lado, intenta contribuir a su desarrollo, puntualizando, en las conclusiones, una serie de aspectos que, desatendidos en las bibliografías del "Norte", los escritos argentinos colocan, en cambio, en primer plano.

Asimismo, apuesta a suscitar un cambio en los modos de leer los libros de Viñas y Ludmer; a producir un desplazamiento que los habilite a participar de la conversación que iniciara, allá por la década de 1970, *Vigilar y castigar*. Porque, aun sin reconocerse herederos de Foucault, *Indios, ejército y fronteras*, *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* contribuyen a escribir el capítulo específicamente "argentino" –pero también latinoamericano– de la historia del presente (liberal)[9] y, en ese movimiento, la recrean y desarrollan de manera creativa.

Entre los diversos rendimientos analíticos que se obtienen al poner "en la cuenta" de la historia del presente estos "otros textos", el diálogo que aquí se propone permite observar las potencialidades del "abordaje simultáneo", y apuntala, con ello, varias de las ideas desarrolladas por Ana Blanco y Alejandro Bialakowsky en otro de los capítulos de este libro. Sin embargo, aun cuando las resonancias de la "mirada simultánea" proliferan a lo largo de todo el trabajo, al comparar los textos del "Norte" con aquellos procedentes del "Sur", procuro, sobretodo, discutir la historia del presente entendida como *metodología*.[10] En esa dirección, al comparar los escritos de los hombres y las mujeres de la periferia con los trabajos producidos desde el centro, puse el foco sobre las semejanzas que, según se desarrolla en el apartado 2, conciernen al modo de plantear y abordar las preguntas de investigación, para avanzar, en las conclusiones, en la puntualización de los aportes (también de carácter metodológico) que los trabajos procedentes del campo del ensayo y la crítica literaria argentinos realizan a la historia del presente.

---

ensayo y la crítica literaria argentinos, yo hubiese intentado desestabilizarlo revisitando la bibliografía proveniente de la historia social del castigo y del control social (Melossi y Pavarini, 1981; Melossi, 1992; Spierenburg, 1991; Garland, 2001, entre otros); linaje cuya afinidad con la historia del presente narrada en *Vigilar y castigar* es no solo metodológica, sino también temática.

9 Se trata de un capítulo en el cual, a contrapelo de las lecturas procedentes de aquella tradición, el Estado cobra un inusitado protagonismo.

10 No me ocuparé aquí de las posibilidades de comparación, por demás de interesantes, que suscita el hecho de compartir una misma "problemática" (es decir, los avatares del liberalismo desde el siglo XIX y hasta la actualidad); dimensión sobre la que, entre otros tópicos, discurren las comparaciones realizadas desde el abordaje de la simultaneidad.

1. LA HISTORIA DEL PRESENTE: UN RETRATO DESDE EL CANON

Son escasos los trabajos que los investigadores y las investigadoras que se asumen "practicantes" de la historia del presente dedicaron a formalizar los aspectos metodológicos de dicha perspectiva, explicitar sus presupuestos epistemológicos y normativos o a recapitular acerca de lo realizado. Incluso, aquellos autores y aquellas autoras ligados a los estudios sobre la gubernamentalidad se han mostrado reticentes a informar acerca del propio método e, imitando el gesto foucaultiano,[11] han depositado especial atención en "no teorizar".[12]

Aun así, en los dos *corpus* –uno procedente de Francia y otro del ámbito anglosajón– a partir de los cuales se demarca el campo de estudios de historia del presente es posible reconocer una serie de reflexiones de corte metodológico, las cuales han girado sobre un conjunto relativamente estable de problemas.

Uno de ellos está dado por la pregunta relativa a la significación que quienes practican la historia del presente le atribuyen a las conceptualizaciones. Herederos y herederas de la antigua tradición empirista anglosajona, los hombres y las mujeres que se enrolan en el enfoque de la gubernamentalidad muestran cierta ansiedad por dar cuenta del modo "pragmático" en que se sirven de las teorías.

Si bien inspirada en las reflexiones de alta densidad filosófica, a través de las cuales tanto Foucault como Deleuze han procurado eliminar todo vestigio metafísico del pensamiento político y social, la referida aproximación "pragmática" se afirma a través de una serie de formulaciones que, repetidas en las producciones del universo *anglofoucauldian* y en la bibliografía que las glosa, funcionan como una verdadera colección de clichés. Uno de esos clichés consiste en predicar que los estudios de la gubernamentalidad constituyen una "analítica" y no una "teoría" y otro, en sostener que aquellos cultivan un "empirismo minucioso" (Barry, Osborne y Rose, 1996: 2).

Un destello de elaboración teórica, fundado en una lectura de *Diferencia y repetición* (Deleuze, 2002 [1968]), procede de *Powers of Freedom*, libro en el que Rose (1999) intenta clarificar la referida aproximación "pragmática" a la teoría, que caracterizaría a la historia del

11 Como resulta conocido, más allá de ciertas reconstrucciones esporádicas y sintéticas de las orientaciones que asumían sus investigaciones, tampoco Foucault era proclive a esa clase de operaciones.

12 Así, en *Powers of Freedom,* Rose (1999: 9) declara que toda "formalización metodológica" es contraria al *ethos* de los estudios de la gubernamentalidad. Consecuentemente, advierte a los lectores y las lectoras contra la tentativa de extraer, de su trabajo, "proposiciones generalizables" que resulten "aplicables" a otros problemas.

presente, siempre en la versión emergente de este colectivo de pensamiento de raigambre anglosajona. Según afirma el autor, los conceptos se elaboran teniendo en cuenta la especificidad de la interrogación o del problema que son llamados a resolver, por lo que su valor debe juzgarse en virtud de los rendimientos que producen con vistas a la resolución de "casos". Rose, lector de Deleuze, sugiere que la investigación realizada desde el punto de vista de la historia del presente está comandada por una lógica "policial". Siendo así, el investigador, actuando como una suerte de "detective", inventa o diseña conceptos que tienen un íntimo parentesco con los objetos empíricos analizados, estando su esfera de influencia acotada a la resolución de aquellas "situaciones locales" en función de las cuales aquellos fueron "inventados" (1999: 12). Esa relación de imbricación con los problemas considerados imprime a los conceptos –entendidos como objetos de un encuentro que nunca se repite– una gran variabilidad, lo cual hace a la creatividad del método (p. 12).

Asimismo, la referida aproximación "pragmática" a las teorías está relacionada con el modo en que los historiadores y las historiadoras del presente conciben el cambio histórico, que depende de transformaciones en el registro prosaico de las prácticas, frente a las cuales las grandes teorías, las doctrinas y las ideologías funcionan como racionalizaciones (o sea: a posteriori). Se trate de prácticas punitivas, sexuales, pedagógicas o de aseguramiento, unos y otras acceden a ellas mediante la consulta de materiales documentales "menores", siempre relativamente opacos. Buceando en el archivo, procuran identificar las "inercias" que, del pasado, habitan en el presente así como captar lo que este último tiene de "singular" (Castel, 2001).

Se trate del "liberalismo avanzado" (Rose, 1999), de la sociedad salarial (Castel, 1997) o del Estado de providencia (Ewald, 1986), de la producción de ese tipo de diagnósticos, dedicados a *rarificar* el presente –mostrando el carácter contingente y descoyuntado de las configuraciones actuales– depende una de las incidencias críticas del método que, fiel aliado de *espíritus inquietos*, se concibe como una herramienta para producir debates, allí donde, antes de la investigación, reinaban, orondos, las evidencias y los acuerdos.

Tributaria de una significación de la crítica que hace de ella una operación dedicada a establecer las condiciones de posibilidad para la producción de prácticas de diferencia, la producción de diagnósticos no es, sin embargo, el único saldo que puede esperarse de la historia del presente. Por el contrario, tanto en las investigaciones llevadas adelante por Foucault como en las caracterizaciones que varios autores y autoras (procedentes, incluso, del círculo de los estudios de la gubernamentalidad, como Mitchell Dean) proponen de aquel método,

se "cuela" otra significación de la crítica, asociada a una concepción perspectivista y polémica del conocimiento que lo entiende como herramienta de una lucha inacabada.

Ambas significaciones están habilitadas por uno de los rasgos que distinguen a la historia del presente: la articulación de las preguntas o los objetos de la investigación en términos de "problematizaciones".[13] La postulación de una "problematización", entendida como un haz unificado de interrogantes emergente en un momento dado del pasado (susceptible de datar), que ha sido reformulado varias veces dando lugar a transformaciones que es menester periodizar y que siguen vigentes en la actualidad (Castel, 1997: 19), es un momento clave para dicha metodología. Se trata del acto en el que se subsume la apuesta analítica y las interpretaciones del investigador o de la investigadora.

Dada la importancia que ello reviste, en lo que sigue me concentraré en puntualizar los procedimientos a partir de los cuales historiadores e historiadoras del presente producen problematizaciones. Para desmenuzar dicha operación me serviré de diversos materiales, entre los que se cuentan: las *páginas que abren y cierran* algunos de los libros y seminarios de Foucault, en las que el filósofo despliega osadas yuxtaposiciones históricas y avanza sobre sus interpretaciones; un *paper* de David Garland (2014), que pone en la mira dichos movimientos, y mis propias *notas de lectura* de aquellas historias del presente en las que, de tanto en tanto, los investigadores e investigadoras brindan aclaraciones metodológicas acerca de su *modus operandi*.

Según se desprende de dicho material (que revisité con el propósito de muñirme menos de "definiciones" que de "ejemplos"), producir una problematización equivale siempre a postular un *cambio de encuadre o enfoque* de una cuestión. Como señala Garland (2014:

---

13 Como el análisis de la historia del presente que aquí propongo, en lugar de concentrarse sobre la obra de Foucault, toma como referencia los desarrollos que dicha perspectiva tuvo tanto entre una serie de autores y autoras de origen francés (varios de ellos seguidores o colegas directos del filósofo) como entre los autores y las autoras vinculados al campo de los estudios de la gubernamentalidad, vale la pena aclarar que: "La noción de problematización proviene de la obra de Michel Foucault. Si bien el término como tal aparece en los últimos años de la producción intelectual del filósofo (Revel, 2008), en tanto esquema o modelo de pensamiento comienza a "trabajar" mucho tiempo antes en su obra. Así, como el propio autor reconoce, a pesar de que no se encontraba lo suficientemente aislada, dicha noción sirvió como "forma común" al conjunto de estudios que realizara ya desde *Historia de la locura* (Foucault, 2001b: 1488). Su recepción en el ámbito de la sociología está asociada, fundamentalmente, a la obra de Robert Castel (1997), quién se ocupó de reconstruir, para el caso francés, la problematización de la cuestión social" (Haidar, 2013). Escribí eso a propósito de una reflexión sobre el "uso de la historia" en la sociología de las problematizaciones. El recuerdo se lo debo a Ana Grondona.

376), gran parte de la eficacia crítica de las genealogías foucaultianas se debe a la "especificación inicial del problema", que luego sería explicado mediante el recurso a la historia y no, en cambio, a los análisis históricos a los que el filósofo-historiador se aventuró en algunos de sus libros.

Ahora bien, las prácticas a través de las cuales los historiadores y las historiadoras del presente procuran aproximarse al "problema" que funciona como motor de sus investigaciones no revisten, en principio, nada que las singularice. Al igual que sucede en otras pesquisas procedentes del campo de las ciencias sociales y las humanidades, unos y otras comienzan presentando –de una forma que siempre es relativamente injusta– la visión establecida de la cuestión que les interesa explorar[14] para, luego, distanciarse de ella, sea porque su poder explicativo es limitado, o porque su incidencia crítica se encuentra diluida en virtud de un enfoque equivocado (Garland, 2014).

El rasgo singular de esta metodología radica, sin embargo, en que con la finalidad de producir un desplazamiento respecto de las lecturas establecidas, y especificar la pregunta de investigación de un modo productivo, el investigador y la investigadora procederán a "yuxtaponer" y "comparar" la práctica (discursiva o no discursiva) que ha funcionado como disparadora de las interpretaciones y críticas que les resultan insatisfactorias, con *otras prácticas*. Estas *otras prácticas* con las que uno y otra "vinculan", "asocian", etc. la cuestión en discusión reúnen una doble condición: por un lado, son diferentes pero exhiben algún *parecido de familia* con aquellas de las cuales se parte; es decir que nadie las pondría *en la misma bolsa* pero resultan comparables. Y, por otro lado, reconocen *otras varias temporalidades,* que no son sucesivas (no se continúan cronológicamente unas a las otras) sino *discontinuas*.

Así, al comienzo de *Vigilar y castigar*, Foucault (2002a [1975]) pone a conversar un documento de 1757, que describe un suplicio, con el reglamento (redactado en 1838) de una prisión para jóvenes delincuentes que especifica el uso del tiempo en la situación de encierro. Yuxtapone uno y otro discurso con el objeto de circunscribir y poner de relieve la historicidad de la *experiencia del castigo*. Al subsumir los debates acerca de la prisión en un conjunto mucho más amplio de prácticas, el acento se desplaza hacia las transformaciones en las tecnologías y los discursos punitivos, explicables, en la hipótesis del autor, en virtud de la emergencia de una modalidad de

14 Ello involucra la reconstrucción del "estado del arte", es decir, un trabajo de revisión teórica, que la diatriba "anti-teoricista" de los *anglofoucauldians* pasa, lógicamente, de largo.

ejercicio del poder –esto es, la "disciplina"–, que toma como blanco al cuerpo.

Como resultado de ese tipo de maniobras preliminares de asociación, tales como las que ensaya Foucault, el "texto", la "institución" o la "teoría" (entre otras posibles "prácticas") del que se parte queda inscripto en una problematización histórica específica. Pierde autonomía y, en cierto sentido, se *masifica*: de esa deliberada confusión de "una" práctica (y a la vez de "un documento": un reglamento, un panfleto, las páginas de alguna obra de teoría sociológica, etc.) en una *masa* de prácticas (y en una *masa de documentos*) depende, en gran medida, la identificación de problematizaciones. Recuérdese, en ese sentido, la multiplicidad de materiales históricos que Foucault recorre con la finalidad de que los lectores y las lectoras sean capaces de figurarse algo así como la *experiencia del castigo*; en qué modo acumula y organiza dichos materiales hasta conseguir que "despunte" la transformación en el poder punitivo que le servirá de pivote para introducir su hipótesis relativa al cambio en las tecnologías de poder.

Lo dicho en relación con la discusión que plantea *Vigilar y castigar*, tomando una preocupación y unos materiales que son de interés tanto para la historia social y cultural como para la criminología, el derecho penal y la política criminal, también vale para la sociología, entre otras disciplinas. El "presente" que los investigadores y las investigadoras deseen "inquietar" y "transformar" bien puede comprender un modo hegemónico de conceptualizar y valorar (en términos político-ideológicos) algunas de las encrucijadas que han interpelado históricamente al pensamiento sociológico, como los fenómenos de "masas" o la cuestión de la "comunidad" a los que refieren otros capítulos de este libro. Es factible, también, que la "actualidad" que desee interrogarse esté dada por una "interpretación establecida" de la obra de algún autor significativo para la tradición sociológica. Tal es el caso, por ejemplo, de la lectura prevaleciente de la obra de Gino Germani, que lo identifica con la teoría de la modernización en la versión parsoniana, que Ana Grondona pone en discusión en otro capítulo de este libro.

En todo caso, los desplazamientos que la historia del presente permite producir dependen de que se consiga "re-encasillar" o "reenfocar" el problema del que se parte, subsumiéndolo en una interrogación que no solo es más general sino que además reconoce una trayectoria o un itinerario de cierta duración. Es la *historización* del problema, modo de lectura, etc., que se toma como referencia al comienzo de la investigación, lo que genera el cambio en el "nivel" o en la "escala" del análisis al que me refiero.

Sucede que una problematización funciona, en términos de Foucault (2002c: 174), como un "campo de estabilización" o, tomando

una metáfora procedente del campo de la música, como un *leitmotiv*: se repite a intervalos y en formas distintas a lo largo de la historia. De allí que su identificación exija poder aislar, en su diversidad e intermitencia, un "motivo principal".

Si bien la comparación histórica es un recurso utilizado tanto por la historiografía como por la historia intelectual y la sociología histórica, la historia del presente se distingue de estas otras aproximaciones porque pone en diálogo prácticas, discursos, documentos, etc., que reconocen, como ya se señaló, temporalidades "múltiples" y "discontinuas"; sin preocuparse por saldar, suturar o esconder los "hiatos", las "lagunas" o los "impasses" que se abren entre las diferentes "unidades" que se comparan.

Al establecer las asociaciones que vinculan el presente con pasados remotos, pasados recientes e, incluso, con futuros posibles, hombres y mujeres dedicados a la genealogía no dudarán en "saltearse" (con vistas a la eficacia de la hipótesis y a la dirección en que desea intervenir en el marco de ciertos debates y coyunturas) la reposición de aquel saber destinado a informar sobre lo que, en términos de la acumulación de conocimientos y de las condiciones que posibilitan dicha acumulación, transcurre *entre* una y otra expresión histórica de la problematización bajo estudio.

Así, el efecto inicial de "desestabilización", que activa los procedimientos de demostración –trabajo con materiales de archivo, producción de argumentaciones fundadas en comparaciones– a partir de los que se arman las historias del presente, se logra poniendo en relación las prácticas que se consideran "evidentes" con prácticas heterogéneas que se corresponden con otras coyunturas históricas, de las cuales las primeras no pueden considerarse una derivación lógica o continuación cronológica.

Tanto la puntualización de aquello que se considera "limitado", "equivocado", "poco claro" o "ilusorio" de una interpretación establecida, como la producción de yuxtaposiciones históricas tendientes a inscribir la cuestión que se discute en un haz más amplio de interrogantes de cierta duración, suelen darse en tándem al comienzo de las investigaciones.

Por ejemplo, la investigación emprendida por Ewald (1986) en *L'Etat Providence* parte de la disconformidad respecto del lugar al que había arribado, en Francia de fines de la década de 1970, el debate sobre el Estado de bienestar. Insatisfecho con los discursos que predicaban el "declive" o la "decadencia" de tal tipo de Estado, así como con aquellos que "denunciaban" su crisis, el autor reenmarca el problema en una interrogación más general, relativa a la experiencia moral del "riesgo". Ello lo conduce a adentrarse en la producción de una ge-

nealogía que ausculta las transformaciones en las racionalidades, las tecnologías, los arreglos institucionales y los procedimientos de subjetivación que se fundan en dicha noción, la cual cobra un inusitado protagonismo en la lectura propuesta. De ese modo, en la interpretación de Ewald, el Estado de bienestar no es más que una expresión histórica de las racionalidades y tecnologías ligadas a la noción de riesgo, que comprenden, entre otras prácticas, el patronato empresarial, las asociaciones de socorros mutuos, el derecho de la responsabilidad civil y el seguro privado.

Por su parte, en *Governing the soul*, Rose (1991) intenta poner en cuestión las "socio-críticas" de orientación marxista a la psicología que piensan que las teorías psicológicas conciernen a la "adaptación" de sujetos, así como las críticas "progresistas" a la psicoterapia que, procedentes del psicoanálisis, enfatizan el valor de la subjetividad. Unas y otras desconsideran, en la visión del autor, el carácter ambivalente de los saberes y las tecnologías que, a lo largo del siglo XX, tendieron a objetivar la existencia humana en términos de "subjetividad". El análisis genealógico que Rose emprende permite advertir que, a contrapelo de la interpretación marxista, los dispositivos "psi", montados sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, promueven la ampliación de la autonomía personal. Ello no significa, sin embargo, que con la ayuda de tal clase de terapéutica los individuos consigan escapar a las mallas del poder: echando por tierra las promesas "emancipadoras" del psicoanálisis, el investigador británico advierte que la creciente atención sobre la "subjetividad" apuntala la producción de aquella identidad (esto es, la figura del individuo libre, independiente, responsable) sobre las que se funda el gobierno liberal.

Un tercer ejemplo surge de *Las metamorfosis de la cuestión social* (Castel, 1997). En ese texto el autor procura contribuir al debate acerca de la crisis de la sociedad salarial que afecta, desde hace varias décadas, a Francia, entre otras sociedades capitalistas de Occidente. Su aporte, labrado desde la perspectiva de la *sociología histórica de las problematizaciones*, consistió en exhibir la "especificidad" de las situaciones contemporáneas de "disociación social". En *Las metamorfosis…*, Castel apeló a la historia para mostrar el carácter contingente del "presente" –esto es, la condición del "asalariado"– que, en el contexto de aquel debate, resultaba equiparado, cuasi mecánicamente, a la experiencia del "estar protegido".

Asumiendo una perspectiva de larga duración, se aventuró a producir una memoria (relativa en el caso que analizó, a los mecanismos que las sociedades pergeñan para domeñar los riesgos sociales) con el propósito de inscribir el presente en una historia de más larga duración. "Olvidamos [recuerda a lectores y lectoras] que el salariado,

que ocupa hoy en día a la gran mayoría de los activos y con el que se relaciona la mayoría de las protecciones contra los riesgos sociales fue durante mucho tiempo una de las situaciones más inseguras, y también más indignas y miserables" (Castel, 1997: 13).

Ocurre que la memoria de esa herencia es necesaria, dice el autor (como el relato de la novela familiar en el psicoanálisis, agregamos nosotros) para "comprender" y "obrar" hoy en día (p. 14).

Así, como consecuencia de la apertura hacia múltiples temporalidades, la cuestión que activa la investigación –se trate del Estado de bienestar, de la prisión, la sociedad salarial, etc.– pierde su aparente "unicidad", "consistencia" o "coherencia" para percibirse, en cambio, como una combinación o anudamiento de varias de las formas o "avatares" en que un motivo principal se reitera a lo largo de historia.

Proclive a la fragmentación, en la mirada de los historiadores y las historiadoras del presente los objetos se revelan como "una miríada de piezas de origen diverso, de tal modo que su encuentro y concordancia (…) [queda] al descubierto, mostrando su improbabilidad, su condición retrospectiva y su nuda contingencia" (Vázquez García, 2005).[15] La "nuda contingencia" de lo que parece coherente, natural y contemporáneo, a la que refiere este último autor, es puesta de manifiesto gracias al uso estratégico de recursos históricos. Herramienta fundamental para esta perspectiva, la historia permite establecer las diversas trayectorias e interconexiones (articulaciones, ensamblajes) de aquellos elementos que componen los acuerdos sociales actuales y las experiencias contemporáneas (Dean, 1994: 21).

En este punto, las reflexiones que realizaron Althusser y Balibar en *Para leer El Capital* (1969) a propósito de la historia del capitalismo coadyuvan a esclarecer la concepción de la temporalidad que subyace a la práctica de la historia del presente. Es que, como señalara el primero, "la verdadera historia no tiene nada que permita leerla en la continuidad ideológica de un tiempo lineal del que bastaría señalar las cadencias y cortar; posee, por el contrario, una temporalidad propia extremadamente compleja" (Althusser, 1969: 114).

En consonancia con lo que apuntaba el filósofo estructuralista, las operaciones de fragmentación e historización a partir de las cuales procede la investigación genealógica rompen la evidencia del "tiempo lineal" al que se asocia la práctica cotidiana. Como "saldo" de dicha

15 Así, por ejemplo, Rose (1999: 275) muestra que el liberalismo no tiene la coherencia ni el carácter sistemático y cerrado de las disciplinas científicas, sino que está poblado de diversos elementos que derivan de fuentes heterogéneas: doctrinas filosóficas, versiones de la justicia, concepciones de poder, nociones de la realidad social y humana, creencias sobre la eficacia de diferentes cursos de acción.

maniobra, las cuestiones del "presente" que se someten a consideración dejan de ser legibles de manera inmediata o espontánea. Y en el lugar que antes ocupaba una representación naturalista del tiempo surge la temporalidad siempre "compleja" –múltiple y discontinua– que las atraviesa.

La comparación histórica permite, como ilustra magistralmente el estudio de Castel, identificar "homologías" y proporciona un criterio para calibrar lo que el presente tiene de "novedoso". En palabras del sociólogo francés, no es posible evitar "un largo rodeo" si se quiere captar la especificidad de lo que sucede *hic et nunc*, en el caso de la problemática analizada en *Las metamorfosis de la cuestión social*, la conmoción de la situación salarial. Se observa cómo, en los estudios que se organizan en torno a problematizaciones, el pasado se reactiva en una de sus más conspicuas funciones: "significar la alteridad", "representar una diferencia" (De Certeau, 1985 [1975]).

Al mismo tiempo, la reorganización de los contenidos históricos en nuevos "agrupamientos" o "series" que surgen del entrecruzamiento de diferentes temporalidades genera un efecto de "extrañeza" (Ariès, 1988) o "rarificación", que cuenta como saldo de la incidencia "crítica" del método. Dicho efecto es provocado por el contraste entre la suposición de una temporalidad lineal y directamente aprehensible y la producción (como consecuencia de la investigación) de otra temporalidad, paradójica y compleja (Althusser, 1969: 114).

En esa dirección, por ejemplo, a contrapelo de las interpretaciones que se referían al Estado de bienestar como una suerte de "corrección" del Estado liberal, Ewald (1986: 11) demuestra que se trata de una figura política inédita, dotada de su propia positividad. Producto de la formalización o cristalización de toda una serie de procesos económicos, jurídicos y sociales (entre los cuales la socialización de la responsabilidad jurídica desempeñó un papel crucial), el Estado de bienestar designa una realidad política densa a la cual corresponde un modo singular de gubernamentalidad, distinto al liberal. A través de tal análisis genealógico, Ewald (1986: 11) llama la atención acerca de la banalidad de la disputa entre liberales y socialistas en torno a la crisis del Estado de bienestar y la reconduce a una querella acerca de las mejores modalidades de su gestión.

Sirviéndose del mismo método, Castel (1997: 19) relativiza lo que parece "nuevo" de la conmoción actual del salariado, mostrando que "las conmociones aunque sean fundamentales no son novedades absolutas si se inscriben en el marco de una misma problematización".

De ese modo, al exhumar, en sus emergencias, los problemas y las respuestas que históricamente se articularon frente a ellos, la historia del presente los pone a disposición del escrutinio crítico, expandien-

do, con ello, los términos de los debates actuales. Ello permite que los límites que condicionan, en el presente, nuestras posibilidades de ser, actuar y pensar se vuelvan conscientes (Koopman, 2009). Y facilita, asimismo, la identificación de aquellos puntos débiles y líneas de fractura por donde es posible colar el pensamiento en orden a producir una diferencia (Rose, 1999: 277).[16]

Sin embargo, esta no es la única incidencia crítica que habilita el trabajo con problematizaciones. Abierta la interrogación a las condiciones históricas de las que dependen las prácticas del presente, de las que no se tiene conciencia o que simplemente no se toman en cuenta al reflexionar acerca de la actualidad, el efecto crítico del procedimiento tendrá un alcance distinto conforme cómo los y las genealogistas procesen la heterogeneidad: prestando atención a las luchas, las asociaciones o las alianzas; iluminando escaramuzas entre élites que se intercambian posiciones de poder o haciendo reaparecer, según la impronta nietzscheana, los "saberes sometidos", los "saberes de abajo", "saberes no calificados" (Foucault, 2001a: 21).

Si bien la genealogía no apunta, en sí misma, a deslegitimar un estado de cosas o a subvertir valores, este efecto puede llegar a producirse si las reconstrucciones históricas se realizan con la mira puesta en dar o devolver la voz a los vencidos, situación en la cual, lejos de la neutralidad de la historiografía positivista, la historia del presente funciona como un "saber perspectivo" (Foucault, 1997: 57). En cambio, en el *corpus* de trabajos de historia del presente que se considerará en el apartado siguiente, conformado por textos producidos en el ámbito del ensayo y la crítica literaria argentinos, los investigadores y las investigadoras no ocultan el lugar desde donde miran.

2. LA HISTORIA DEL PRESENTE: OTRAS VERSIONES

Publicados en el arco temporal que transcurre entre el despuntar, en Francia, de las primeras genealogías de "lo social" y la aparición de los textos que tienen la impronta de la apropiación, anglosajona, del Foucault de la genealogía y de la gubernamentalidad, *Indios, ejército y frontera*, *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* practican la historia del presente en modos particularmente audaces y creativos. Sin inscribirse de manera explícita en dicha perspectiva, ni declararse "herederos" del estilo de investigación arqueológico-genealógico

---

16 Pero, asimismo, más allá de las direcciones en las que se despliegue, la práctica de "problematizar" tiene, en sí misma, una significación ética, en la medida en que ella pone en acto un cierto vínculo con la verdad (del investigador o investigadora, de los grupos, de la sociedad en su conjunto). Y la relación que cada uno tiene con la verdad involucra, siempre, alguna transformación (Osborne, 2003: 12).

foucaultiano,[17] los tres libros explotan algunos de sus recursos: articulan las preguntas de investigación en términos de "problematizaciones" y despliegan análisis orientados a exhibir las fracturas y las temporalidades de sentidos múltiples y discontinuos que atraviesan aquello que parece desde siempre "unido", "homogéneo", "lineal" y "continuo"; para, en ese movimiento, montar dispositivos críticos de la actualidad.

Así, en la lectura que proponen Viñas y Ludmer, el presente no es ni una "época histórica" ni un "tema" sino una "interrogación": aquella relativa a las condiciones (culturales) de posibilidad del Estado liberal argentino.

Siendo esa la "cuestión", el aporte del primero de esos autores consiste en exhumar la parte "negada" en la historia autocelebratoria de la tradición liberal argentina, esto es, el "hecho indio", frente al cual aquel estilo de gobierno pone en acción su "dimensión criminal". Por su parte, tanto en el tratado que dedica a la gauchesca como en su manual sobre el delito, Ludmer, asediada por el drama de la "nación argentina", y con un ojo puesto en la literatura y otro fuera de ella,[18] se dedica a analizar la producción de las cambiantes "coaliciones" o "alianzas" culturales que hacen posible la constitución del Estado argentino.[19]

---

17 Vale la pena recordar que, en este capítulo, el *corpus* de textos procedente del campo del ensayo y la crítica literaria argentinos es puesto en diálogo con el "retrato" de la historia del presente que emerge de las elaboraciones de la sociología/filosofía histórica de las problematizaciones y de los estudios de la gubernamentalidad. Por ello, quien espere encontrar, en este apartado, una restitución y un análisis de las lecturas que Josefina Ludmer realizó de Foucault –a quién cita en *El género gauchesco* y cuya obra enseñaba, según informa Canavese (2015) en los cursos que impartía en su casa durante la última dictadura argentina– o una interpretación de la ausencia del nombre y la cita foucaultiana en *Indios, ejército y frontera,* se sentirá defraudado. Aun así, el mismo puede leerse como una reflexión acerca de los "modos de presencia" (Canavese, 2015: 14) –explícitos e implícitos– de Foucault en uno y otro libro.

18 Así, la pregunta por la relación entre "texto" y "contexto" –que discuten, en esta misma publicación, los capítulos de de Marinis y Grondona–, más precisamente, por la "literatura" (en función de texto) y su "exterior" (político, económico, cultural) recorre los libros de Josefina Ludmer a los que aquí se hace alusión.

19 "Objeto verbal" (Ludmer, 2012 [1988]: 24) en el que literatura y política se anudan, la gauchesca propone, en la interpretación de la autora, una alianza entre la cultura popular y la letrada frente a lo que en la coyuntura de las guerras de la independencia de principios de siglo XIX se construyó como un enemigo común. Mientras que, como efecto de la operación de despolitización con la que la élite liberal argentina buscó, a partir de 1880, dejar atrás los conflictos que surcaron la historia de la nación, las ficciones que la coalición cultural del Estado liberal comenzó a producir a partir de ese período se autopresentaban como representaciones de la cultura y de la sociedad (Ludmer, 2017 [1999]: 101).

Entonces, mientras el "exterminio" es lo que se repite en la historia alternativa del liberalismo que propone Viñas, en la lectura que presenta Ludmer lo que insiste es la "zona de exclusión" que, invariablemente, cada coalición cultural demarca en su coyuntura y que la autora explora para catalogar a sus "personajes" (la "mujer", el "indio", el "judío", el "anarquista", etc.) y trazar, desde el presente, sus trayectorias.

Ambos libros revisitan discursos "establecidos" de la cultura argentina con una finalidad polémica y estratégica: Viñas "reactiva" ("relee" y "reagrupa") la *literatura de frontera* que componen la "crónica oficial" de la denominada "Conquista del Desierto", desde el exilio de una dictadura que practicó la tortura y la desaparición forzada de personas, y, al afirmar que "los indios fueron los desaparecidos de 1879", propone una polémica interpretación de aquel "hito" de la historia nacional. Ludmer reexamina, en los primeros años de la posdictadura argentina, el canon de literatura gauchesca que conforman los cuatro referentes principales del género –Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández– con el propósito de exhibir las yuxtaposiciones entre "literatura" y "política" para, a partir de allí, "re-problematizar" el género,[20] en una dirección tal que permite fundamentar las "fantasías de intervención" que se desprenden de su discurso (Gerbaudo, 2013).[21] Y se embarca, diez años después, en un intento de "reordenamiento" del *corpus* de la literatura liberal argentina que, según dice, establecieron David Viñas y Noé Jitrik. Esta última maniobra de revisión, mediada por el instrumento conceptual "particular" que, en la vi-

20 Ludmer piensa el género gauchesco como un dispositivo de poder, un artefacto de la "lengua" que captura, politizando, los cuerpos, transponiendo en el universo de la ficción el dispositivo de poder jurídico-militar que funcionaba en las fronteras del entonces embrionario Estado argentino. Es posible conjeturar que, si al momento de escribir *El género gauchesco*, la autora hubiera tenido en mente, no solo *Vigilar y castigar* sino, asimismo, las conferencias que Foucault impartió en octubre de 1974 en el Instituto de Medicina Social de la Universidad Estadual de Río de Janeiro, en las que se refirió al nacimiento de la medicina social, *La voluntad de saber* o el curso, dedicado a la genealogía del racismo, que el filósofo desarrolló en 1976 en el Collège de France, la gauchesca hubiera sido definida, más precisamente, como un dispositivo "biopolítico". Sobre la elaboración progresiva de este último concepto en la obra de aquel autor, véase Moreira Martins y Peixoto Junior (2009).

21 Esta expresión es la que Analía Gerbaudo (2013) elige para designar aquellas acciones que apuntan a reorganizar una parte, aunque ínfima, del entramado sociocultural, donde el término "fantasía" se usa tanto para atenuar las posibles connotaciones redentoristas sostenidas en la intencionalidad atribuida al término "intervención" como para enfatizar el "arrojo", "posible desmadre" o "frustración" que implica todo aquello que se dirime en el actuar con otros.

sión de la autora es el "delito",[22] transcurre en paralelo al gobierno neoliberal-conservador de Menem, una experiencia política surcada por "crímenes mayores".

Mientras el ensayo de Viñas se publicó en un contexto represivo, con una finalidad polémico-defensiva, Ludmer reactiva la discusión acerca de la cultura (liberal) argentina animada por una vocación de "construcción" (de la democracia, la carrera de Letras, la universidad pública, la teoría de la crítica literaria). La impulsa la contumacia con la que la literatura gauchesca excede las definiciones del "género" propuestas en la teoría literaria y la oportunidad (de releer, reordenar, en fin… de "jugar")[23] que representa, para una profesora de un país periférico, un cargo en una universidad imperial (Yale), propietaria de una biblioteca absoluta ("la Biblioteca").

Escrito como una suerte de *contra-historia* del liberalismo,[24] *Indios, ejército y frontera* se infiltra en la memoria liberal de la constitución del Estado argentino a partir de la puntualización de algo que resulta, para el autor, problemático por "sospechoso": demasiadas

---

22 También el "delito" (que utiliza en el libro de 1999 para "reordenar" las ficciones del liberalismo) funge como un dispositivo; esto es, como un "instrumento articulador de diferentes zonas (…) [que] sirve para (…) relacionar el Estado, los sujetos, la sociedad, la política, la cultura y la literatura" (Ludmer, 2017 [1999]: 24).

23 Gran parte de la creatividad de las que dan testimonio las historias del presente emergentes del campo del ensayo y la crítica literaria argentinos se debe –como bien advirtió Ana Grondona al leer uno de los borradores de este capítulo– a la disposición lúdica, "juguetona" con la que tanto Ludmer como Viñas combinan –articulan, entrecruzan, yuxtaponen, hilvanan, etc.– los materiales –documentos de frontera, "cuentos de delitos", etc.– con los que trabajan. Volveré sobre esta marca "lúdica" al referirme, en las conclusiones, al modo en que estos "otros textos" contribuyen al desarrollo y la renovación del método de la historia del presente.

24 Así, pienso que el ensayo de Viñas, publicado en 1982, bien puede leerse como mascarón de proa de una serie de estudios procedentes del ámbito de la filosofía política, la historia de las ideas políticas y la crítica cultural (Grüner, 2010; Losurdo, 2005; Mehta 1990, 1999) y que se han ocupado, a partir de la década de 1990, de llamar la atención sobre lo que, aprovechando el envés que autoriza la imagen de las Luces, puede denominarse el "lado oscuro" del liberalismo: la institución de la esclavitud, las prácticas de trabajo en condiciones semiserviles y las múltiples estrategias de exclusión del espacio del autogobierno a las que varios pueblos y categorías de personas fueron efectivamente sometidos, en distintos períodos de la historia a partir de la iniciativa de las élites que reivindicaban, orgullosas, el credo de la libertad. También el capítulo 3 del manual del delito, en el que Josefina Ludmer (2017) discurre sobre las genealogías que abre, en 1879, "Juan Moreira", un personaje literario (pero que también existió en "la realidad"), ícono de la violencia y la justicia popular, puede ser leído en clave de "contra-historia" del liberalismo. Héroe popular emergente en el proceso de modernización e inmigración, cuando Argentina lograba la unificación en el Estado liberal y la entrada en el mercado mundial, Juan Moreira expresa, señala Ludmer, la "otra cara" de la historia liberal.

voces de un lado (generales, científicos, dandys), ninguna del otro. La versión establecida que decodifica el proceso de expansión socioterritorial del Estado argentino en términos de una "guerra" con los indios le resulta "desproporcionada" porque solo toma en cuenta las opiniones y los argumentos de los vencedores: del lado civilizado, cristiano, blanco. En lugar de invertir el maniqueísmo que organiza la versión oficial, el dispositivo crítico que aquella sospecha dispara apunta a restablecer lo que fuera eludido de la tradición de "los señores" (*genteel tradition*) –el "hecho indio", los fusilamientos, las torturas–, para movilizar las polémicas y renovar las interpretaciones, mostrando los "vasos comunicantes" entre los dos campos (Viñas, 2003 [1982]: 144).

El interrogante que funge como "guion" del ensayo, a partir del cual el autor va hilvanando las diversas piezas documentales que pone a trabajar, se construye de modo tal que queda claro, desde el comienzo del libro, que lo que se somete a análisis es una "problematización". Así, la aproximación "crítica" al "presente", entendido como "cuestión", se define en el modo en que Viñas plantea su pregunta. Con ese propósito recurre, al igual que los investigadores que procuran seguir la huella foucaultiana, a la clásica operación de reposición –caricaturizada– del discurso establecido, del cual se distancia, y a un provocador ejercicio de "yuxtaposición histórica" a partir del que avanza su "hipótesis" y su "método".

Como singularidad, la "evidencia" que se propone desarmar –aquí, el relato oficial de la Conquista del Desierto– se integra con la "coyuntura" en la que dicho relato fue reactivado. En efecto, fue en el contexto de la última dictadura militar que se impulsaron una serie de iniciativas tendientes a conmemorar lo que, en la interpretación de los ideólogos del mentado régimen represivo, era un "hito fundacional" de la historia argentina. La campaña de conmemoración que orquestó la Junta Militar incluyó la organización del Congreso Nacional de Historia de la Conquista del Desierto, realizado en la ciudad de General Roca en 1979, así como la publicación, en la editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba),[25] de los partes de campaña, las memorias y las historias laudatorias de la denominada "Conquista" (Vezub, 2011). En *Indios, ejército y frontera*, Viñas disputa este último *corpus,* el cual aparece, pocos años después (en 1982), como una respuesta desafiante a aquellas celebraciones.

De este modo, su *actualidad* no se circunscribe solamente a la "verdad evidente"[26] que funda la tradición liberal argentina; "verdad"

25 Al igual que la propia Universidad de Buenos Aires, dicho sello editorial había sido intervenido por el gobierno militar.

26 Nos servimos aquí de la feliz expresión por la que se inclinaron M. Glozman, P. Karczmarczyk, G. Marando y M. Martínez (*Las verdades evidentes*) para traducir el título del libro de M. Pêcheux (2016 [1975]) *Les verités de la palice*.

que enuncia que la expansión socioterritorial del Estado argentino se debió a la "guerra" contra el indio. Por el contrario, el contexto en el que este último relato vuelve a ponerse en circulación, mediante la política de reedición propulsada por la dictadura, es parte consustancial –y no mero "suplemento"– del discurso liberal establecido que Viñas pone en cuestión.

No es solo el "aguijón" de la reedición lo que parece haberlo impulsado a mirar hacia atrás. Producir otra memoria es, para el autor, una maniobra estratégica, teniendo en cuenta que el "uso monumental de la historia" (Nietszche, 1999 [1874]), que supone recuperar las memorias que permitan justificar o inspirar las acciones del presente, es un rasgo característico del liberalismo argentino. De este modo, en el ejercicio que propone Viñas, la historia del presente funciona como un saber de "lucha" dispuesto a disputar no solo el "uso" de la historia sino asimismo los materiales con los que esta trabaja y el modo en que lo hace. *Indios, ejército y frontera* parte del "presente" ("los indios son los desaparecidos…") para llevar el "pasado a juicio" (Nietszche, 1999 [1874]: 65) de un modo tal que la sospecha que pesa sobre la actualidad se magnifica: es la tradición liberal la que, después del ensayo de Viñas, está "en deuda" y "en duda".[27]

> Si se leen ["basta con leer", "hay que leer"][28] los documentos oficiales o la serie de libros publicados con motivo de la campaña al río Negro (…) se va recortando un núcleo problemático que se repite de forma matizada, con fugaces resonancias a veces o de manera enfáticamente subrayada en otros casos, que la campaña al desierto representa "el necesario cierre", "el perfeccionamiento natural" o "la ineludible culminación" (…) de la conquista española de América (Viñas, 2003: 54); así, la literatura de frontera "no es otra cosa que el párrafo final en el largo discurso de la conquista" (p. 61).

Escucha atento del lenguaje de la burguesía, al aseverar la "homología" entre Julio A. Roca y Cecil Rhodes[29] o encontrar en el general argentino una recreación del "paradigma" del "burgués conquistador",

27 Así, el lenguaje militar de la "guerra sucia" contra los "guerrilleros subversivos", circulante durante la última dictadura, no sería enteramente nuevo: la guerra contra los indios habría sido un "combate irregular", cuyas tácticas describía la publicación de "Política seguida con el aborigen", a cargo de la Dirección de Estudios Históricos del Comando en Jefe del Ejército en 1974.

28 Para Viñas y Ludmer, la crítica literaria equivale a un "modo de lectura" cuya apuesta es transformar los modos en que se lee.

29 Empresario, político y colonizador, Cecil Rhodes fue un apologeta del imperialismo británico. Su apellido dio nombre a "Rhodesia" uno de los tantos países cuya existencia está ligada, en el continente africano, al imperialismo.

Viñas da prueba de un uso estratégico del método arqueológico. Es que en *Indios, ejército y frontera* no es el registro de las rupturas, sino aquel de las "continuidades retrospectivas", lo que cuenta como "golpe" al adversario. Porque explicitar los *encadenamientos,* las *asociaciones* o las construcciones de *series* que la propia élite liberal habría ensayado, más de una vez, a lo largo de la historia argentina, equivale a denunciar su coloniaje.[30]

Al igual que en la sociología histórica de las problematizaciones que supiera cultivar Robert Castel, en el ensayo del autor argentino hay un énfasis en la exhumación de las memorias que, procedentes de distintos pasados, habitan el presente, así como un interés por rastrear las reformulaciones que experimenta, a lo largo del tiempo, una misma cuestión. Sin embargo, mientras las comparaciones históricas que apuntalan la hipótesis central de *Las metamorfosis de la cuestión social* asumen la forma de "homologías", las semejanzas a las que Viñas presta atención se manifiestan en "acto" (son "escenas", como aquella del *malón*, que se repiten) y en "personificaciones". Arqueólogo sagaz, hace del "indio" un *paradigma*[31] del "enemigo prioritario"[32] para auscultar luego cómo las diversas configuraciones históricas se le aproximan.

Explotando al máximo las posibilidades analíticas que ofrece el trabajo de historización, el autor agrega a las *series autojustificatorias* proclamadas o sugeridas por la conciencia liberal[33] otras de su

---

30 Si bien el argumento que sostiene la "hipótesis Viñas" postula que durante el proceso que condujo a la organización definitiva del Estado y a la inserción del país en el mercado mundial, la élite liberal argentina prefirió filiarse al proyecto del conquistador "hispánico", es preciso destacar que dicha adhesión estuvo plagada de matices. Sin que la fuerza de tal argumentación resulte mitigada, el ensayista hace lugar, en ciertos pasajes de su libro, a las "vacilaciones", "sospechas" y actos de "repudio" que la herencia colonial generó entre los miembros de la élite, quienes, por ejemplo, veían en Rosas un representante de "lo más negativo" de la tradición colonial (p. 57).

31 Por aventurada que parezca la comparación a los lectores y las lectoras, no es posible dejar de destacar que la maniobra arqueológica que Viñas pone en acción en *Indios, ejército y frontera*, cuya capacidad explicativa debe mucho a la identificación de "paradigmas", es semejante a aquella que, años después, pondrá en movimiento Agamben (2003) en su *Homo sacer.*

32 Convierte al indio en paradigma del "enemigo prioritario" para analizar sus transformaciones: "Los rezagados históricos [del nuevo modo de producción capitalista, es decir, los "indios"] se iban convirtiendo en ociosos primero, luego en marginales, en inquietantes figuras a poco de andar, amenazantes y delincuentes más adelante, después en rebeldes, infieles y matreros. Y, finalmente, en 'subversivos' y en eliminados" (p. 107).

33 El discurso de la república oligárquica presiente su parentesco con el clásico conquistador renacentista. "Por eso sus citas funcionan como memoria, seducción, auto-iluminación, mediante paralelismos y analogías, inculpaciones de indios

cosecha, compuestas a partir de elementos que el discurso liberal "niega", "excluye" o bien piensa en términos de "excepción": así, por ejemplo, la figura del "malón" aparece recreada en las protestas de los obreros anarquistas que organizaban los "malones rojos" que "ya no salían de Carhué o de las Salinas Grandes; las tolderías de 'la Sodoma del Plata' quedaban ahí nomás, en la Boca. Los conventillos eran los toldos de 1910" (p. 125).

El establecimiento de analogías no se detiene con la comparación entre "1879" y "1979". La literatura de frontera, producida en el momento "clásico" del liberalismo argentino (fines de siglo XIX), funciona como "dominio discursivo de referencia" (Courtine, 1981)[34] a partir del cual el ensayo pivotea en varias direcciones. Las yuxtaposiciones históricas, con sus temporalidades múltiples y discontinuas, son las que revelan el *lado oscuro* del liberalismo: el *largo atrás* –el Renacimiento, de donde procede la figura del "burgués conquistador", que Viñas transforma en "paradigma"–, el *pasado reciente* –los escritos de la Generación del 37 que, en la interpretación del autor, proporcionan el guion que la Generación del 80 "actúa"–, pero también unos *futuros* (1900, 1920, 1976) en los que el gesto criminal se repite.

Por su parte, si tal como establece la convención historiográfica "1880" (que tanta significación tiene, como vimos, para Viñas) marca el establecimiento definitivo del Estado y la entrada de Argentina al mercado mundial, Ludmer localiza también allí un "corte literario". Dicha ruptura está dada por la emergencia de la "coalición cultural" que produce la literatura aristocrática-liberal, formación que el grupo de intelectuales nucleados en torno a la revista *Sur* recrea, en la interpretación de la autora, tras el derrocamiento del peronismo.

Ese "corte" específico de la historia literaria también separa, en la producción de la profesora cordobesa, el "tratado" que dedicó a la gauchesca –género que irrumpe hacia mediados del siglo XIX, y en el que la literatura está casi fundida con la política– de su "manual" del

'convertidos y ejemplares' (…). Y finalmente, como rescate de un 'pasado utilizable' que se les torna aval. Entendámonos: como garantía pero, al mismo tiempo, como paradigma" (p. 55).

34 Procedente del ámbito del "análisis materialista del discurso", práctica teórica y metodológica a la que se refiere Ana Grondona en otro de los capítulos de este libro, el "dominio discursivo de referencia" alude, en términos de Courtine (1981) a aquella selección de secuencias discursivas cuyas condiciones de producción son homogéneas y que el investigador toma como punto de referencia para desplegar los procedimientos que lo conducirán a esclarecer las relaciones interdiscursivas que determinan el sentido del enunciado que pretende explicar.

delito dedicado a reordenar una literatura que, tras 1880, se ha autonomizado de la política.[35]

Una concepción ni lineal, ni naturalizada del tiempo, sino sensible al entrecruzamiento complejo e inesperado de temporalidades (Althusser, 1969) gobierna, en los trabajos de Ludmer, tanto el establecimiento de periodizaciones como la "trazabilidad" de aquellos elementos de la literatura liberal a partir de los que la autora organiza *series*, que son *posibles antologías*. El "judío Eleazar", personaje de la novela *La gran aldea* (1882) de Julio Vicente López, nos conduce, dice la autora, a *La Bolsa* de Julián Martel, la clásica novela antisemita argentina publicada en 1891, inaugurando una historia "que llega hasta el presente" (Ludmer, 2017 [1999]: 82). Otro elemento que funciona como cabeza de serie es el "examen de física" al que aluden las novelas naturalistas *En la sangre* de Eugenio Cambaceres (1887) e *Irresponsable* (1889) de Manuel Podestá. Dichas escenas de exámenes, que se caracterizan por revelar la "verdad social" a través de la "ciencia abstracta de los cuerpos", abren ciclos y nos llevan hacia el futuro, depositándonos en otra estación de la literatura argentina: Roberto Arlt, 1920 (p. 147).

Tiempos múltiples también son los de la gauchesca. En la mirada de la autora, este género articula la cadencia propia de la literatura con el tiempo histórico del proceso de la revolución y la guerra. Al poner en acto el pasaje de una temporalidad a otra, funciona como un "tratado sobre la modernización" (2012 [1988]: 93), en el que se mezclan diferentes "ritmos" (el tiempo largo y tradicional de la situación oral –hecho de repeticiones y ritos– y el tiempo puntual de la coyuntura y del acontecimiento). Proyectado hacia un futuro utópico, "el género es toda ilusión, deseo y porvenir porque es anhelo de la alianza con la voz de otro" (p. 99).

Dos aspectos distinguen la reproblematización de aquellos objetos fundamentales de la crítica literaria que ensaya la autora (la gauchesca, la literatura de la Generación del 80). Por un lado, en dicha reproblematización se acentúa la *puesta en relación* de piezas que son *multidimensionalmente heterogéneas;* procedimiento que se ve facilitado por la movilización de conceptos –tales como el "gaucho" y el "cuento de delito"– que poseen una historicidad tal que permite articular significaciones diversas, incluso contradictorias. Por otro lado, Ludmer se pre-

---

35 En este sentido, como la propia autora señaló en un encuentro que mantuvo en 2000 con un grupo de doctorandos, graduados y estudiantes de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata, concibió *El cuerpo del delito* como una "continuación histórica" de la investigación que emprendiera en *El género gauchesco* y que pivotea en torno a la "historia literaria del delincuente" (Ludmer, 2000).

ocupa por *conceptualizar* las modalidades que asumen las relaciones histórico-particulares de las que están hechos sus objetos.

Mezclar lo heterogéneo –voces, enunciados, tonos, lugares, textos que reconocen diferentes temporalidades–, establecer relaciones insospechadas a partir de "pequeñas pistas", usando conceptos y palabras anfibias (el "género gauchesco" que está en dos campos a la vez y la palabra "gaucho", que admite una doble lectura) o nociones articuladoras (como el "delito" y los "cuentos de delitos" que están "en" o "entre" todos los campos): todo ello resulta afín a la celebración de la irreductible pluralidad de lo existente en la que se disuelve la historia del presente en el modo en que se la practica al interior del colectivo de pensamiento anglofoucaultiano.

Así, en el libro que escribe desde el "Norte", con un archivo supernumerario, la profesora argentina se ocupó, como los seguidores y las seguidoras anglosajones de Foucault, de "cortar en pedazos" el *corpus* de la literatura liberal establecido por sus maestros, para armar, con esos materiales, sus propios ensamblajes o "paquetes de textos", los cuales no responden a los criterios establecidos.

Sin embargo, Ludmer no se limita a "desestructurar". Por el contrario, en sus análisis se dejan ver las secuelas de la formación marxista recibida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y de la discusión de Antonio Gramsci en los grupos de lectura que funcionaron en su casa durante la última dictadura. De allí que su crítica literaria resulte permeada por la categoría de "contradicción" y preste especial atención a la formación de coaliciones en las que las fuerzas políticas se articulan con las fuerzas intelectuales.

En ese sentido, por ejemplo, advierte que la "duplicación proliferante" es el "sello" de la gauchesca (Ludmer, 2012 [1988]: 93), género que nace como intento de administrar las "contradicciones" de las que proviene y que, a la vez, contribuye a reproducir, ensayando "alianzas" que operan en los diversos registros, desde los cuales aquella es pasible de ser analizada: conjunción entre literatura y política, voces populares de los gauchos y voces letradas que las narran; gaucho soldado y gaucho delincuente; oralidad y escritura; voz del gaucho y enunciado político-militar; difusión oral y periodismo político; textos cantados y textos dialogados.

Tampoco las maniobras de "descomposición" que Viñas ensaya con el discurso liberal equivalen, como desarrollé anteriormente, a un mero desparramo de piezas. Por el contrario las piezas que el ensayista y dramaturgo aísla (así, "el burgués conquistador", el "malón", el "indio") cuentan, en su lectura, como "paradigmas", es decir, como figuras que condensan una problemática que se repite en una larga duración.

SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE *CORPUS*, LA ESCRITURA Y LA POLÍTICA (PARA CONCLUIR)

Por efecto de la deslocalización y consecuente reubicación a los que fueron sometidos, los textos de David Viñas y de Josefina Ludmer encarnan, en este capítulo, la posición del *parvenu*. Lejos de menoscabarlos, esa nueva condición los vuelve aún más productivos. Es porque arrastran consigo el aire de "lo foráneo" que contribuyen a desarrollar y renovar el método de la historia del presente, tal como este viene siendo "practicado" y "narrado" al interior de aquellos dos colectivos de pensamiento procedentes del "Norte" que demarcan su canon: la sociología histórica y la historia filosófica de las problematizaciones, por un lado, y los estudios sobre la gubernamentalidad por el otro.

En este capítulo aposté a profundizar y reanimar la historia del presente, haciendo lugar, en un campo de discusiones mayoritariamente constreñido al ámbito académico, a un grupo de "ensayos" políticos, sociológicos y literarios provenientes del "Sur", que intenta encontrar algún eco más allá de los muros de las universidades. La potenciación del método que aspiré a generar está estrechamente ligada a la importancia sobresaliente que *Indios, ejército y frontera*, *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* otorgan al problema de la construcción del *corpus*. Es que la relevancia que esta "otra serie" de trabajos confiere a los modos de organizar (disponer, presentar, articular) las multiplicidades (de escritos de frontera, "cuentos" de delitos, etc.) que manipula, no encuentra parangón en ninguno de los dos colectivos de pensamiento que demarcan el canon del método.

A diferencia de las producciones que provienen del "Norte", los ensayos argentinos explicitan, discuten y recrean los criterios y procedimientos que utilizan para ordenar y poner a trabajar los textos que funcionan como insumos para las versiones alternativas de la historia que ofrecen. Viñas y Ludmer agrupan, en sus investigaciones, escrituras heterogéneas. Las usan para delinear trayectorias que ligan varias temporalidades discontinuas. De ese modo, textos poco leídos o muy leídos son habilitados para participar (con voz propia) en varias conversaciones simultáneas que interesan a la historia de la literatura argentina, la historia del liberalismo, la historia de la cultura y la política en general. Y en todas esas maniobras los autores exhiben una dosis importante de osadía teórica y vanguardismo que, pienso, podría contagiar la práctica de la historia del presente tal como viene desarrollándose en la actualidad.

Lejos de reducirse a mero "firulete estilístico", la impronta "lúdica" que traslucen sus construcciones de *corpus* hace a la "creati-

vidad" de las lecturas propuestas.[36] Como en la cocina fusión, en la mesa de trabajo del autor y la autora argentinos la invención de nuevas recetas depende de la disposición a combinar ingredientes caros a diversas tradiciones, "altas" y "bajas", distanciadas tanto espacial como temporalmente.

El "juego" con los documentos no solo genera problematizaciones más creativas, sino que coadyuva a "desglosar", "nombrar" y "conceptualizar" los procedimientos que subyacen a su formulación. Así, lo que la revisión de los ensayos argentinos permite concluir es que entre *producir una problematización* y *construir o montar un corpus* hay una relación de correspondencia.[37]

Pensar que tal homología banaliza o vuelve algo pueril un quehacer que se vincula con la (conspicua) historia de la verdad y que cimentan disciplinas tan serias como la filosofía, la historiografía y la sociología no resulta descabellado, cuando se cae en la cuenta de que para poner en discusión el método de la historia del presente recurrí, en este caso, a una bibliografía que trabaja con *ficciones,* conecta *novelescamente* hipótesis e interpretaciones[38] y en la que nunca deja de respirarse un cierto aire de "juego".

Pero, al mismo tiempo, no es posible negar que la construcción de *corpus* reviste, en los ensayos argentinos, un alto grado de densidad teórica y condensa toda una serie de apuestas políticas y éticas. De allí la productividad de establecer un diálogo entre aquellas bibliografías del "Norte", a las que aludí en el apartado 1 y el "tercer cuerpo" de textos procedente del "Sur" sobre el que me explayé en el apartado 2.

Por otro lado, además de recrear el método, la inclusión en el *corpora* de la historia del presente de este último grupo de trabajos puede contribuir a superar algunas de sus limitaciones. Una de ellas concierne a la escasa atención que los autores y las autoras que se reconocen inscriptos en tal tradición de análisis le otorgan a la explicitación y discusión de las operaciones de las que depende la construcción de una "problematización". En la imagen que arrojan los dos colectivos

---

36 Tal marca lúdica no deja de tener cierto parentesco, particularmente en el caso de Viñas, con el surrealismo.

37 En este sentido, este trabajo retoma el diálogo entre las elaboraciones relativas a la construcción de *corpus* ligadas al "análisis materialista del discurso" –sobre el que vuelve, en este libro, el capítulo de Ana Grondona– y la investigación –de raigambre foucaultiana– con problematizaciones, que realicé junto a Paula Aguilar, Mara Glozman y la propia Grondona en el artículo "¿Qué es un *corpus*?" (2014).

38 María Pía López (2016: 18) apunta, en una afirmación que comparto, que "en el fondo del ensayo está la novela"; David Viñas explota al máximo los recursos ficcionales, al tal punto que, como señala la autora, hace de la interpretación una dramaturgia.

de pensamiento que definen el canon de dicho método, la generación de problematizaciones aparece como una actividad "intransmisible", ligada casi exclusivamente a la "intuición filosófica", la "erudición" o la "sutileza analítica" de los hombres y las mujeres que investigan.

Por el contrario, la "reflexividad" y el "experimentalismo", que en relación con la construcción de *corpus* y con la conceptualización de tal procedimiento irradia de la bibliografía ligada al linaje del ensayo y la crítica literaria, podrían coadyuvar a superar tal déficit, facilitando, con ello, la transmisión y el desarrollo de dicho campo de estudios.

Uno de los tópicos del diálogo que propongo atañe a la *forma* en la que se presenta/expone una *multiplicidad* (de prácticas/textos).[39] Ciertamente, al resaltar la nuda contingencia de los anudamientos de elementos heterogéneos que constituyen las prácticas del presente, los *ensamblajes* a los que se refieren los autores anglofoucaultianos contribuyen a ampliar las posibilidades de transformar lo existente. Sin embargo, el poder de fuego de tal clase de *artefactos* se vería considerablemente ampliado si, al darles una *forma específica*, los investigadores tuvieran en cuenta tanto la "historia de las batallas" y las "coyunturas" en las que dichas articulaciones se inscriben como el posicionamiento del autor en esa coyuntura (es decir, su "estrategia").

Para esclarecer este último argumento, puede contrastarse, por ejemplo, los modos en que Nikolas Rose y Josefina Ludmer utilizan, en *Powers of Freedom* y en *El cuerpo del delito* –ambos publicados en 1999, ambos escritos con bibliotecas "absolutas"– la figura de la "enciclopedia".

La "enciclopedia *desordenada*" que aparece en *El idioma analítico de John Wilkins* de Jorge Luis Borges (1952) fue la metáfora que Foucault eligió, en *Las palabras y las cosas,* para plantear sus preguntas respecto del orden del saber, no menos que para crear la atmósfera de "perplejidad" apropiada para un comienzo de libro. Por su parte, Rose

39 A la correlación entre la formulación de una problematización y la construcción de un *corpus* subyace otra relación de correspondencia que atañe al modo de pensar los "elementos" o "unidades" que componen las multiplicidades que se procesan/organizan bajo determinadas formas: en las investigaciones que orbitan en torno al legado foucaultiano y que se sirven de manera explícita de la noción de "problematización", dichos elementos se conceptualizan en términos de "prácticas" (discursivas y no discursivas), mientras que en los trabajos inscriptos en el campo del ensayo y la crítica literaria, en los que el montaje del *corpus* estructura la investigación, los elementos discretos que conforman las multiplicidades (o, en otras palabras, el "archivo") se piensan en términos de "textos". Cada uno de esos conceptos tiene una historia particular, sobre la que en este capítulo no puedo avanzar. Basta con señalar que mientras la noción de "práctica", cara al pragmatismo, traza un puente entre la historia del presente y las sociologías de las prácticas, la noción de "texto" la vincula con el campo de los estudios culturales, la crítica literaria y el análisis del discurso.

(a quién se puede suponer lector de Foucault) se sirvió de la imagen de una "enciclopedia *siempre inacabada*" con la finalidad tanto de indicar a los lectores y lectoras cómo usar su *Powers of Freedom* como de describir su proyecto. Cada capítulo del libro cuenta, según el autor, como un pequeño mapa o diagrama de un cierto conjunto de problemas y cuestiones atinentes al liberalismo y puede leerse independientemente de los otros. Y, en su conjunto, los capítulos conforman algo así como un "glosario parcial o una selección de entradas de una enciclopedia imaginaria y siempre inacabada" (Rose, 1999: 12).

A la autora argentina, que lee las versiones borgianas de la enciclopedia desde la perspectiva de la historia del presente (es decir, como la instancia apoteótica de la "alta cultura" de la coalición cultural emergente en 1880) y sabe de su politicidad,[40] no le basta con alterar los criterios esperables de la organización enciclopédica del saber o con postular, como hace el autor británico, el carácter "siempre inconcluso" de tal compendio.

La democratización de la crítica literaria y del modo de comprender la cultura argentina[41] demanda, en cambio, el esfuerzo de proponer *otras figuras* que maximicen la "maleabilidad", la "movilidad" y la "provisoriedad" del *corpus*.[42] En esa dirección, en el cuerpo de su texto (donde se la escucha más académica y posestructuralista), la autora propone pensar al *corpus* convocado en su libro como una "zona móvil". Así:

> Un cuerpo de delito puede ser un momento, una escena de un relato o de una novela, una cita, un diálogo, o también una larga historia que abarca muchas novelas. La desestructuración de las narraciones en cuentos y la alteración de su escala; la oscilación de los cuentos entre texto y contexto (entre literatura y vida), el hecho de que todos estén en el mismo nivel, permite establecer entre ellos los vínculos que se desee. Por eso los cuentos

---

40 Borges formó parte de la "coalición cultural" constituida en torno a la revista *Sur* fundada por Victoria Ocampo, formación que continúa, en la lectura de Ludmer, la línea de la literatura liberal aristocrática que despuntó en las últimas décadas del siglo XIX, tras la organización definitiva del Estado argentino.

41 Democratización que se efectiviza, en *El cuerpo del delito*, en la medida en que la autora consigue aislar, entre la masa de textos con los que trabaja, "otra línea de la cultura argentina moderna" (Ludmer, 2017 [1999]: 236) alternativa a la literatura de la tradición aristocrática liberal, la cual se caracteriza por cuestionar al Estado desde sus propias instituciones (desde "adentro") demandando su transformación en el sentido de la justicia y la verdad (p. 481).

42 "Mi actividad en ese libro [informa Ludmer a propósito de *El cuerpo del delito*] era hacer paquetes, hacer grupos de textos, mostrando [que] dentro del campo literario, uno lo puede tratar como una materia maleable: puedes agrupar textos acá, allá, según los temas, según lo que quieras" (Tala, 2012: 302)

> de este manual se organizan en diversas formas y se mueven en diversos trayectos temporales: en parejas, series, redes, familias, cadenas, genealogías, superposiciones, ramificaciones (…) *El cuerpo del delito* es una zona flotante (…) una zona en la que me puedo mover como quiero, puedo saltar de un cuerpo a otro y también atravesar tiempos y realidades. Esa es la diversión de este útil manual (…) que usa las ficciones mismas de la literatura para contar toda clase de historias. Una diversión temporaria, sujeta a reformulación (Ludmer, 2017 [1999]: 26).

Mientras que en aquel texto paralelo que en *El cuerpo del delito* conforman las notas ubicadas al final de cada capítulo (donde se la escucha más íntima, polémica y, por qué no, marxista) la alternativa a la "enciclopedia" resulta ser la "colección", este "otro" modo de agrupar la seduce, tanto en virtud de su afinidad con "lo nuevo" como del hecho de que no la obliga a renunciar a la utopía de la completud:

> Un conjunto de objetos es trasladado de un lugar a otro y adquiere un nuevo significado en función de su recontextualización en colección. La colección se liga con el desplazamiento porque es la reunión de obras dispersas o seriadas en un nuevo conjunto, dotado de una identidad propia. Anota Walter Benjamin en los borradores de 'El coleccionista'…El objeto se organiza de un modo nuevo, en un sistema histórico nuevo, la colección, y es puesto bajo *la lógica de la completud*, dice Benjamin (p. 236).

Precisamente, es en ciertas "colecciones" donde ve "emerger", en la historia argentina, una cultura "progresista y modernizadora", "una segunda cultura, de hijos de inmigrantes, de periodistas, de nuevas clases medias" que, aclara, es su propia cultura (p. 237).

Las posibilidades de usar los textos en un sentido estratégico –superponiéndolos, cortándolos, componiendo redes, cadenas, series o saltando de una serie a otra– de las que dan cuenta los libros de Viñas y Ludmer se explican porque ambos autores conciben la producción del *corpus* como una operación de "montaje violento" (Glozman, 2015: 22). Ello involucra un "estilo de montaje" que "arrebata a las piezas sus coordenadas espacio-temporales y las organiza a voluntad" (p. 22), articulándolas de un modo tal que quedan expuestas las suturas que se interponen entre ellas. Hay, en esta operación, un énfasis en torno al "artificio" de la composición o, en otros términos, un deseo de evidenciar las huellas que el procedimiento deja impresas en las maniobras de sutura.[43]

43 El estudio preliminar a la antología de textos sobre las políticas lingüísticas del peronismo que ofrece *Lengua y peronismo* de Mara Glozman (2015) me condujo a la teoría del montaje cinematográfico (Sánchez-Biosca, 1991) de donde proceden las reflexiones acerca de los estilos de montaje a las que aquí me refiero solo muy superficialmente.

Puede observarse así cómo la contingencia de los "anudamientos" que caracteriza a los objetos producidos por los genealogistas (problematizaciones, dispositivos) se corresponde, en esta *otra forma* de practicar la historia del presente, con la "artificiosidad mostrada" de los *corpus* con los que los y las ensayistas cuentan sus historias.

Distanciados del método de la "historia intelectual", tanto *Indios, ejército y frontera,* como *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* ponen en diálogo elementos de diferentes procedencias sin detenerse a reconstruir los "puentes" o "tránsitos" que median esas relaciones, horadando, de ese modo, la autonomía de cada texto y profundizando el efecto de "rarificación" que, como se explicó, caracteriza la historia del presente.

Así, en el libro publicado en 1988, Ludmer se preocupa por mostrar las múltiples ramificaciones, las "dispersiones" de aquel nudo de conflictos que caracteriza a la gauchesca, y entonces deja que los contrastes entre los textos que considera hagan su trabajo sin intervenir para amenguarlos.[44] Por su parte, en *El cuerpo del delito* traza, a partir de ciertos textos –así por ejemplo, de los escritos de Arlt de la década de 1920–, trayectorias inesperadas, tanto hacia el "pasado" como hacia el "futuro".

Desde otra óptica, la historia del presente que propone *Indios, ejército y frontera* apuesta a resaltar la "constancia" a lo largo de varios siglos de la problemática de la dominación burguesa, en sus múltiples formulaciones; de allí que el autor se esfuerce por encastrar distintas piezas discursivas en una suerte de "metarrelato", que eslabona textos de varias temporalidades. Para ello no escatima el uso de recursos ficcionales: desplegando un estilo literario, conecta *dramatúrgicamente* a Pizarro con Roca y ambos con Cecil Rhodes, o el *Facundo* con el diario de Colón y a ambos con la literatura de frontera. Al explotar ampliamente el trabajo con "paradigmas", la postulación de "prefiguraciones" o "intertextualidades", etc., sin detenerse a reconstruir los modos de circulación y lectura de los textos de épocas históricas muy diversas que vincula, el autor "muestra la hilacha" interpretativa que subyace a toda historia del presente.[45]

---

44 La composición de Ludmer resalta el diálogo entre lo heterogéneo. La gauchesca se comprende a partir de un *corpus* en el que están los cuatro referentes principales del género gauchesco: Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernandez pero también textos de Borges, Bioy Casares, Martínez Estrada y Lamborghini.

45 Así propone "entender al general Villegas y a otros capitanes del Desierto confrontándolos con la serie de mariscales napoleónicos: Ney, Murat, Moreau, Soult. (…) Y por qué no (…) ampliar esa *intertextualidad de continuos* con la serie de los generales de Alejandro Magno (Viñas, 2003 [1982]: 263-264).

Pero además de yuxtaponer “retazos” de textos de temporalidades múltiples, *Indios, ejército y frontera* propone otro agrupamiento, algo más homogéneo: una “antología” de la literatura de frontera. En esa disposición textual a la que Viñas refiere (no sin cierto sarcasmo) en término de un “polémico *collage*”, varios autores participan, en igualdad de condiciones, en la discusión que el autor enciende.

Es en esa antología donde queda de manifiesto la vocación polifónica del ensayo, la intención de respetar la autonomía de cada uno de los textos que la componen; presentándolos como piezas que pueden leerse por sí mismas, liberadas de la sujeción a la función del “autor”, esto es, del hilo enunciativo que recorre el libro.

Pero no por recurrir a la antología Viñas renuncia a interpretar. Por el contrario, en ese agrupamiento de escritos de frontera, todo se dispone en función de la lectura alternativa de la historia que propone el autor. Así, por ejemplo, la antología que se encuentra en *Indios, ejército y fronteras* tiene una *temporalidad propia* que se deriva de la cuestión que el autor busca poner en discusión, mientras que los materiales que la componen tienen asignados ciertos *papeles* o *roles* (algunos documentos cumplen una función “testimonial”, otros se ocupan de la “presentación” del problema, etc.).

Asimismo, los agrupamientos de escritos literarios, a los que tanto Viñas como Ludmer confieren un lugar central en sus libros, nunca dejan de ponerse en relación con las condiciones sociopolíticas y culturales con las que la producción de ficciones se encuentra vinculada.

Ciertamente, la preocupación por reconstruir las condiciones discursivas y no discursivas que posibilitan la emergencia de aquello que se analiza[46] es un rasgo característico de todos los trabajos genealógicos. Sin embargo, las historias del presente provenientes del “Sur” que asumen un estilo ensayístico se distinguen de las producciones de los seguidores y las seguidoras franceses y anglosajones de Foucault (conformadas por libros y *papers* destinados a un público académico) tanto por el apego a la “coyuntura” –manifiesto en el caso Viñas, más larvado en Ludmer– como por el esfuerzo por teorizar el “contexto” de los textos que articulan.

En relación con este último problema, Viñas se encarga de repensar geopolíticamente el “contexto” de su dominio discursivo de

46 La condición de posibilidad de la gauchesca, entre la independencia y la instauración definitiva del Estado en 1880, es, dice Ludmer (2012 [1988]: 139-140), “la existencia de por lo menos dos sectores que se disputan la hegemonía; cada uno apela al gaucho como aliado contra el otro. La condición, entonces, es que exista una guerra de definiciones; en el género es la guerra por la definición de la voz ‘gaucho’ ”.

referencia (esto es, la literatura de frontera), vinculando sus condiciones "nacionales" de producción con los procesos político-económico-sociales-culturales que se desarrollan simultáneamente en el ámbito latinoamericano e internacional, para concluir que:

> Si la Argentina de 1879 y de 1880 puede ser entendida como un texto, América Latina aparece ineludiblemente como su primer contexto en paulatina homogeneización, y el vaivén entre ambas dimensiones brota como una suerte de intertextualidad. Recíprocamente una instancia remite a la otra y entre ambas se iluminan con mayor nitidez… Al fin de cuentas, la historia nacional –como la historia económica o la historia de las ideas– no es más que una abstracción, parcela o momento de una historia general que sólo globalmente puede entenderse (2003 [1982]: 30).

Por su parte, en *El género gauchesco* se percibe un esfuerzo por "teorizar" la "coyuntura". Entendida como "ficción teórica", esta última sería, en la reflexión que propone la autora, un modo de postular una categoría "exterior" al género que se transforma, por su lógica, en algo acerca del género, algo que el género "interioriza". "Las coyunturas afectan situaciones, circuitos de interlocución, jerarquías, grados de antagonismo, tipos de relato, y personajes: integran una multiplicidad de datos en el sistema complejo del género" (2012 [1988]: 159).

Ese esfuerzo por articular texto y contexto responde menos a razones "epistémicas"[47] que a razones "políticas": así, al conectar la literatura de la Generación del 80 con el Estado, Ludmer procura hacer un cortocircuito en el proceso de despolitización de la cultura que impulsara, tras la constitución del Estado, la élite liberal argentina, que es lo mismo que hace su maestro al vincular la historia "nacional" con la historia "general": romper la ilusión, abonada desde el discurso liberal argentino, de "texto cerrado que sólo puede ser leído por sí mismo" (Viñas, 2003 [1982]: 83).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agamben, G. (2003). *Homo sacer.* Valencia: Pre-Textos.

Aguilar, Paula, Glozman, Mara, Grondona, Ana y Haidar, Victoria (2014)."¿Qué es un *corpus*?", Entramados y Perspectivas, 4 (4), pp.35-64.

Althusser, L. (1969). Los defectos de la economía clásica. Bosquejo del concepto de tiempo histórico. En L. Althusser y E. Balibar, *Para leer El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

---

47 Es decir, al interés manifiesto en el caso de la Escuela de Cambridge a la que alude Ana Grondona en otro de los capítulos de este libro, de establecer la "verdadera significación" de un texto.

Ariès, P. (1988). *El tiempo de la historia*. Buenos Aires: Paidós.
Barry, A., Osborne, T. y Rose, N. (eds.) (1996). *Foucault and Political Reason. Liberalism, Neo-liberalism and Rationalities of Government*. Chicago: University of Chicago Press.
Bröckling, U., Krasmann, S. y Lemke, T. (eds.) (2011). *Governmentality. Current Issues and Future Challenges*. Nueva York-Londres: Routledge.
Burchell, G., Gordon, C. y Miller, P. (eds.) (1991). *The Foucault effect. Studies in Governmentality*. Chicago: University of Chicago Press.
Canavese, V. (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
— (2001). Presente y genealogía del presente: pensar el cambio de una forma no evolucionista. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, 47, 67-75.
Courtine, J. J. (1981). Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adresséaux chrétiens. *Langages*, 62, 9-128
Dean, M. (1991). *The constitution of poverty. Toward a genealogy of liberal governance*. Nueva York-Londres: Routledge.
— (1994). *Critical and effective histories. Foucault's methods and historical sociology*. Londres y Nueva York: Routledge.— (1999). *Governmentality. Power and Rule in Modern Society*. Londres: Sage.
Deleuze, J. (2002) [1968]. *Diferencia y repetición.* Buenos Aires: Amorrortu.
De Certeau, M. (1985) [1975]. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
de Marinis, P. (1999). Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo). En F. García Selgas y R. Ramos Torre (eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea.* Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
Donzelot, J. (2007) [1984]. *La invención de lo social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
Ewald, F. (1986). *L'Etat Providence*. París: Grasset.
Foucault, M. (1997). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
— (2001a). *Defender la sociedad.* Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica.

— (2001b). Le souci de la verité. En *Dits et Écrits*, vol. II, 1487-1497. Paris: Gallimard.
— (2002a) [1975]. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
— (2002b) [1976]. *La voluntad de saber.* Buenos Aires: Siglo XXI.
— (2002c). *La arqueología del saber.* Buenos Aires: Siglo XXI.
— (2006) [1978]. *Seguridad, territorio y población.* Buenos Aires: FCE.
— (2012) [1979]. *Nacimiento de la biopolítica.* Buenos Aires: FCE.
Garland, D. (2001). *The Culture of Control. Crime and Social Order in Contemporary Society.* Oxford: Oxford University Press.
— (2014). What is a "history of the present"? On Foucault's genealogies and their critical preconditions. *Punishment & Society*, 16(4), 365-384.
Gerbaudo, A. (2013). *Las voces de un "archivo". Notas a propósito de las clases de los críticos en la universidad de la posdictadura (1984-1986)* [en línea]. VI Jornadas de Filología y Lingüística, 7 al 9 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/traba_eventos/ev.3856/ev.3856.pdf.
Glozman, M. (2015). *Lengua y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina, 1943-1956*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires: Edhasa.
Haidar, V. (2013). *La historia como condición para la inteligibilidad del presente: una aproximación desde la sociología de las "problematizaciones"*. Ponencia presentada en las XIV Jornadas de Interescuelas/Departamentos de Historia, 2 al 5 de octubre de 2013, Universidad Nacional de Cuyo.
Koopman, C. (2009). Two uses of genealogy: Michel Foucault and Bernard Williams. En C.G. Prado (ed.), *Foucault's Legacy* (pp. 90-108). Nueva York: Continuum.
López, M. P. (2016). *Yo ya no, Horacio González: el don de la amistad.* Buenos Aires: Cuarenta Ríos.
Losurdo, D. (2005). *La contrahistoria del liberalismo*. Madrid: El Viejo Topo.
Ludmer, J. (2000). Encuentro con Josefina Ludmer. *Orbis Tertius*, 4(7). Disponible en: http://www.orbistertius.unlp.edu.ar
— (2012) [1988]. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
— (2017) [1999]. *El cuerpo del delito. Un manual.* Buenos Aires: Eterna Cadencia.
Mehta, U. (1990). Liberal strategies of exclusion. *Politics and Society*, 18, 427-464.

— (1999). *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought*. Chicago: University of Chicago Press.

Melossi, D. (1992). *El estado del control social.* México: Siglo XXI.

Melossi D. y Pavarini M. (1981). *The Prison and the Factory: Origins of the Penitentiary System*. Londres: MacMillan.

Moreira Martins, L. A. y Peixoto Junior, C. A. (2009). Genealogia do biopoder. *Psicología & Sociedade*, 21(2), 157-165.

Nietzsche, F. (1999) [1874]. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II Intempestiva]*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Osborne, T. (2003). What is a problem? *History of the Human Sciences*, 16(4), 1-17.

Pêcheux, M. (2016) [1975]. *Las verdades evidentes*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación.

Procacci, G. (1993). *Gouverner la Misère. La Question Sociale en France 1789-1848*. París : Seuil.

Sánchez-Biosca, V. (1991). *Teoría del montaje cinematográfico*. Valencia: Filmoteca de la Generalitat Valenciana.

Revel, J. (2008). *El vocabulario de Foucault*. Buenos Aires: Atuel.

Rose, N. (1991). *Governing the soul: the shaping of the private self.* Londres: Routledge.

— (1999). *Powers of Freedom. Reframing political thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (2007). *The Politics of life itself. Biomedicine, power and subjectivity in the twenty-first century.* Nueva Jersey: Princenton University Press.

Spierenburg, P. (1991). *The Prison Experience. Disciplinary Institutions and their Inmates in Early Modern Europe*. Londres: Rutgers University Press.

Tala, R. (2012). Este libro es un testimonio del presente, del ahora. De la lectura, la literatura, la historia del presente. Entrevista a Josefina Ludmer acerca de su último libro *Aquí, América Latina*, *Taller de Letras*, 51, 293-303.

Vázquez García, F. (2005). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. San Sebastián: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa S.L.

Vezub, Julio Esteban (2011). "1879-1979: Genocidio indígena, historiografía y dictadura". *Corpus*. Archivos virtuales de la alteridad americana, 1 (2). Disponible en: htpp://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus. Fecha de consulta:21/01/2017.

Viñas, D. (2003) [1982]. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Mariano Sasín

INVESTIGACIÓN TEÓRICA, SEMÁNTICA Y COMUNICACIÓN

EL LUGAR DE LO MASIVO EN LA TEORÍA DE LOS SISTEMAS SOCIALES AUTOPOIÉTICOS

(Un ejercicio de aplicación)

INTRODUCCIÓN

Desde que a mediados de la década de 1960, Niklas Luhmann decidió abandonar su carrera en la administración pública y orientar sus inquietudes e intereses a la sociología, se dedicó a una tarea que al día de hoy muchos podrán considerar pasada de moda y/o innecesaria: la elaboración de una teoría general para la sociología. Heredó la preocupación parsoniana, que había sido antes en gran medida también de Durkheim, pero incluso la radicalizó, ya que, en su perspectiva, la teoría sociológica debería tener, inevitablemente, un alcance universal. Universalidad no es, por supuesto, exclusividad. Muchas formas de describir las acciones de, y las relaciones entre, los seres humanos son posibles y tan válidas como las de la teoría sociológica, pero si la sociología pretende hacerlo desplegando una comprensión de esas acciones y relaciones como de alguna manera condicionadas por un contexto que las excede (lo social, la sociedad), entonces la teoría de lo social o la teoría de la sociedad,[1] se vuelve

1 Sé que con estas dos construcciones semánticas no se dice siempre lo mismo, sobre todo cuando lo social es vinculado a una serie de dispositivos históricamente situados, orientados a la regulación de esas acciones y relaciones (Donzelot, 2007; Sasín, 2009), pero, además, cuando se pretende distinguir entre teoría social y teoría sociológica, poniendo en juego la discusión sobre los límites disciplinarios

universal.[2] Es decir, la teoría sociológica es aquella perspectiva que describe explicando, o explica describiendo, la vinculación entre el contexto social general y las acciones y relaciones particulares de los seres humanos, incluyendo las acciones de explicar y describir (lo social y lo no social) y las relaciones que se establecen para ello.

Esa preocupación por la construcción de una teoría general para la sociología puede ser valorada, criticada o ignorada, pero lo cierto es que Luhmann construyó en torno a ella una obra singularmente extensa, profunda y coherente. La preocupación por una teoría general puede ser ignorada entonces, dije, pero la obra no. Y mucho menos a la hora de pensar las formas, los alcances, la relevancia, los métodos y los presupuestos de ese modo particular de vincular el contexto social general a acciones y relaciones sociales específicas que aquí denominamos "investigación en teoría sociológica", o "investigación teórica" a secas, dando por descontado que se trata de teorías de y sobre la sociedad.

Este capítulo comenzará con una exposición sintética de los trazos generales de la perspectiva que Niklas Luhmann desarrolla sobre las características de la sociedad y, dentro de ella, de la sociología. Pero su objetivo no estará allí, sino en la intención de presentar algunos de los aportes que, en mi opinión, esta perspectiva puede hacer a la reflexión sobre la investigación en teoría sociológica. Para ello habrá de exponer el argumento principal que sostiene su pretensión de unificar teóricamente a la sociología: la distinción de un objeto único y específico de observación: la comunicación.

La comunicación no solo es el objeto de la sociología por una decisión teórica sino que, para Luhmann, lo es en tanto que, en su concreción fáctica, es la única operación socialmente observable. Los sistemas sociales son sistemas de comunicación y la sociedad es un sistema mundial de comunicación en el que se han diferenciado sistemas parciales de tipos específicos de comunicación. La ciencia es el sistema de las comunicaciones científicas, y una de las formas que adoptan esas comunicaciones son las teorías. Al igual que la investigación de cualquier otro aspecto de la sociedad, la investigación teórica observa comunicaciones, distinguiendo las propias de las ajenas a

---

(volveré sobre esto más adelante). Sin embargo, veremos que, en el desarrollo de la argumentación teórica de Luhmann, esta distinción es innecesaria.

2 Otros autores plantean una situación opuesta. Steven Seidman, por ejemplo, habla de la "insularidad social e intelectual" de la teoría sociológica (1998: 119, traducción propia). Sin embargo, como se verá más adelante, en el pensamiento de Luhmann ni la clausura temática ni la autorreferencialidad social se oponen a la universalidad de la teoría sino que más bien la posibilitan.

partir de criterios particulares también elaborados por ella. Esta operación de distinguir lo propio de lo ajeno para comunicar sobre ello (sobre uno o sobre lo otro) es lo que Luhmann llama "observación". Y los criterios mediante los cuales esta distinción se lleva a cabo conforman el esquema de observación. A nadie se le escapa que al esquema de observación lo decide quien observa, con lo cual la observación es una construcción del observador. Sin embargo, esto es lo que pasa con cualquier comunicación y, por eso, la sociedad es definida también como un entramado recursivo de observaciones.

Una de las preguntas que atraviesa este capítulo se orienta, entonces, a reflexionar sobre cuáles son los criterios específicos de las comunicaciones sociológicas y, por lo tanto, cuáles son, dentro de ellos, los de la investigación teórica. Si se puede responder esto, se puede justificar teóricamente la investigación teórica, pero también se la puede fundamentar metodológica y epistemológicamente. Y se puede intervenir, a su vez, desde una posición, podríamos decir, más sustentable en las discusiones acerca de las delimitaciones de los campos disciplinares.[3]

Las teorías sociológicas retoman las observaciones sociológicas y producen con ellas descripciones de los fenómenos sociales o de la sociedad toda. Las descripciones no son otra cosa, en la terminología de nuestro autor, que la elaboración de las observaciones en la forma de textos. Estas descripciones producen y retoman conceptos y semánticas para ser usados y reutilizados en contextos históricos y sociales específicos y con intereses teóricos y sociales definidos. Esclarecer estos usos de los conceptos y las semánticas de la teoría social o sociológica es una de las formas posibles de llevar adelante la práctica de la investigación teórica. Y qué mejor, entonces, que presentar un ejercicio de aplicación en curso para evaluar sus alcances y posibilidades.

A lo largo del capítulo desarrollaré, entonces, un cruce entre esta indagación en clave luhmanniana por la investigación teórica y la indagación acerca de una semántica específica que ha cobrado una gran importancia como recurso descriptivo general de la sociedad moderna: la semántica de lo masivo. Pero lo llevaré a cabo de un modo que, siguiendo a Luhmann y Spencer Brown, podríamos definir como una *re-entry*. Porque lo que haré es trasladar la pregunta por lo masivo a la teoría de Luhmann para observar qué lugar ocupa allí, qué sentidos involucra, en qué semánticas se referencia y qué podemos concluir de ello sobre el uso de este recurso en el seno de una descripción de la

3 En torno a estos debates para el caso específico de la teoría sociológica, se pueden encontrar sendos resúmenes de argumentos y contraargumentos al respecto en Zabludovsky (2002), Bialakowsky (2013) y Aronson (2014).

sociedad. Y una vez hecho esto, la intención es pensar también cómo queda configurada la relación entre la propia operación de descripción de la teoría sociológica y el objeto que esta describe, cuando se afronta la tarea de describirla describiéndolo, de observarla observándolo observarse.[4]

En los apartados siguientes comenzaré, por lo tanto, con unas aclaraciones preliminares en relación con el uso que aquí hago de ciertos conceptos y su vínculo con esta propuesta de descripción (teórica) de la investigación teórica (§ 1). Continuaré luego con una breve reposición de los argumentos centrales del pensamiento de Niklas Luhmann respecto del posicionamiento de la comunicación como operación basal de los sistemas sociales y, por lo tanto, de su centralidad en una teoría general de la sociedad (§ 2). Se comprenderá así la relación entre el desarrollo de los medios de difusión de la comunicación y la masificación de la sociedad y, de esta manera, el sentido en que puede interpretarse a la sociedad moderna como una sociedad de masas desde una perspectiva luhmanniana (§ 3). A partir de esta comprensión podré presentar las consecuencias teóricas de la inclusión de los medios de masas como un sistema funcionalmente diferenciado de la sociedad moderna (§ 4). Por último y como conclusión, analizaré la relación entre los medios de masas y la propia sociología como formas de la autodescripción social (§ 5).

1. INVESTIGACIÓN Y TEORÍA

Este capítulo surge del cruce de dos líneas de trabajo en las que me hallo inmerso y que hasta ahora discurrían en paralelo. La primera de ellas desarrolla una indagación acerca del carácter concreto de la investigación en teoría sociológica, planteada en términos de la teoría de Niklas Luhmann. En esta perspectiva, tal pregunta puede responderse al señalarla sencillamente como una operación de observación que describe un tipo particular de comunicaciones sociales: aquellas que se orientan a la producción de una autodescripción científica de la sociedad. La segunda línea de investigación se orienta a analizar ciertas formas específicas que adopta la autodescripción sociológica de la sociedad, las cuales han sido y son particularmente relevantes, configurando semánticas de amplia utilización en las construcciones teóricas de la sociología. Pero para poder presentar los fundamentos teóricos de esas indagaciones, de modo que puedan comprenderse sus

4 Es decir, mediante las distinciones de la investigación teórica (recordemos que una observación es el trazado de una distinción entre lo que se observa con la observación –lo propio– y lo que, al hacer lo anterior, no se observa –lo ajeno–), observar la teoría sociológica mientras observa a la sociedad observándose a sí misma.

presupuestos y alcances, será necesario precisar el sentido de varios de los términos utilizados. Pasemos, entonces, a algunas aclaraciones conceptuales.

1.1 OBSERVACIÓN

Con la noción formal y abstracta de *observación*, Luhmann designa el modo básico de relación entre los sistemas que procesan sentido (psíquicos y sociales) con su entorno y consigo mismos (1996: 55 y ss.). Estos sistemas existen en la medida en que se producen continuamente a sí mismos mediante sus propias operaciones. Cada uno de estos tipos de sistema se constituye a partir de una única operación y así, mediante la producción continua y encadenada de esa operación, se diferencia de su entorno. Por eso, para Luhmann, un sistema no es un objeto material ni un todo compuesto por partes, sino una diferencia continuamente producida por el mismo sistema: la diferencia entre el sistema y su entorno.[5]

En esta descripción no ontológica, el sistema no "es" sino que está todo el tiempo "siendo". Pero ese continuo "estar siendo" ocurre en un entorno donde suceden otras cosas que pueden también ser relevantes para el sistema. La operación que constituye el sistema debe dar cuenta asimismo, internamente, de eso que ocurre en el entorno. Es decir, en la medida en que *opera*, reproduciéndose, debe ser capaz también de *observar* esa diferencia. Toma, entonces, del cálculo formal prematemático de Spencer Brown (1972) la idea de que cualquier acceso al mundo de los sistemas psíquicos o sociales se lleva a cabo mediante una operación que supone dos componentes: la distinción y la indicación. El mundo es, para el sistema, un espacio sin marcar

---

5 Esta característica es lo que le permite a Luhmann definirlos como autopoiéticos, es decir, producidos por sí mismos, tomando el término "autopoiesis" de Maturana y Varela (1998). Este concepto pretende simplificar la definición de un proceso específico de ciertos sistemas a través del cual estos producen sus propios componentes mediante sus propios procesos. Entre esos componentes, también producen los límites que los diferencian, como sistemas, de su entorno. No hay sistema sin entorno, ya que el sistema presupone al entorno para diferenciarse y, entonces, el entorno es parte de la definición del sistema. Para Luhmann, en los sistemas psíquicos y sociales, este proceso se efectúa mediante una única operación que a la vez que constituye el sistema, lo reproduce y lo diferencia del entorno, donde ocurre todo lo que no es esa operación. La referencia continua del sistema a esa operación para seguir existiendo (la comunicación en los sistemas sociales, la conciencia en los psíquicos) permite comprenderlos también como "autorreferenciales" y la delimitación de estos sistemas a una única operación permanentemente reproducida en el tiempo es lo que los convierte en "operativamente clausurados". Estos tres aspectos: autopoiesis, autorreferencialidad y clausura operativa, además de estar mutuamente implicados (y justamente por ello), definen el concepto de sistema que Luhmann aplica a la comprensión de los sistemas psíquicos y sociales.

al que solo puede acceder mediante la operación de trazar una distinción en él para señalar alguna de sus partes. Al indicar algo en el mundo se lo distingue de todo lo que no está siendo marcado en ese momento, al distinguirlo se lo está indicando. La operación (y recordemos que sin ella no hay acceso al mundo) construye así una forma que posee dos lados: uno indicado, aquel sobre el que se piensa o se comunica, y otro compuesto por todo lo que no fue indicado, pero sin lo cual lo indicado no se distinguiría. Esa operación del sistema, que usa distinciones para referirse al entorno (o al sistema) y de esa manera producir conocimiento sobre ambos,[6] es una *observación*. Observar y, por lo tanto, conocer es construir formas con dos lados; es a la vez observar y no observar. Es trazar distinciones con criterios propios para hacer selecciones con motivos propios.[7] Pero significa, también, la imposibilidad de observar. Observar algo es no poder observar, con esa misma observación, otra cosa. Y, sobre todo, significa no poder observar la propia observación.

Toda observación tiene su punto ciego. Ninguna observación puede observarse a sí misma en el mismo momento en que opera como observación. Para ello, requiere tiempo, y una observación de segundo orden que observe el observar mediante una observación que tampoco podrá observarse a sí misma observando el observar. Trabalenguas aparte, esto tendrá profundas implicaciones a la hora de pensar en los rendimientos de la investigación teórica. Por lo pronto, le aporta a la teoría un fundamento epistemológico: todo conocimiento es una construcción de un observador y, por lo tanto, relativo al esquema de distinciones con el que observa. Asimismo la propia teoría aparece como una observación más entre otras. Pero además le provee una orientación metodológica a la investigación: en la medida en que las observaciones de las teorías se asientan en textos, se exponen, como descripciones, a otras observaciones, que producirán también sus

6 Lo que no fue indicado en una primera distinción puede serlo en otras subsiguientes y, a su vez, la propia operación, una vez efectuada, puede ser indicada y distinguida de otras operaciones. Este carácter secuencial de las operaciones, marcado por la imposibilidad lógica y práctica de indicar a la vez los dos lados de la forma, estaría, así, en la base de la comprensión psíquica y social del tiempo, y la distinción antes/después sería su forma.

7 Luhmann recurre al concepto de selección para evitar recaer en el uso sociológico del concepto de acción y, por lo tanto, en la remisión al sujeto. Ni el concepto de selección ni el de observación suponen un sujeto que seleccione u observe. Ergo, el observador no es un sujeto sino un sistema, es decir, él mismo es una distinción. "La selección ya no puede ser conceptualizada como originada por el sujeto, por lo tanto, análoga a la acción. La selección es un procedimiento carente de sujeto, una operación que es resultado del establecimiento de una diferencia" (1998: 54).

propias descripciones.[8] Investigar las teorías es investigar tanto los esquemas de distinciones subyacentes a su construcción como las selecciones del observador que los trazó. Es trazar a su vez una distinción para observar el texto (teórico) y su contexto (social).

Dicho ahora con más detalle, las teorías sociológicas constituyen formas en las que la sociedad se describe a sí misma desde el sistema de la ciencia. La investigación sociológica de la teoría sociológica tiene como objeto, a su vez, estas formas de autodescripción y opera también al interior del sistema general de la ciencia, pero se orienta a ellas con sus propios criterios de investigación, derivados de esos criterios generales de la ciencia pero, por supuesto, más específicos.

Considero que responder adecuadamente la pregunta que me hacía al comienzo de este apartado, esto es, poder de alguna manera distinguir el carácter específico de la investigación teórica en sociología, es un paso imprescindible para afirmar la relevancia de esta actividad. Por razones *metodológicas*, por un lado, como necesidad del propio campo, si pretende desarrollar cierta autonomía al interior de la disciplina, pudiendo especificar sus métodos en relación con los de las investigaciones denominadas "empíricas". Por razones *epistemológicas*, por otro, si se quiere fundamentar esa autonomía en la posibilidad de plantear un arco de preguntas y una serie de problemas que no son abordados por otras áreas de la investigación sociológica, contribuyendo a complejizar sus premisas y profundizar sus indagaciones. Pero, fundamentalmente, por razones propiamente *teóricas*, ya que, como sostendré al final del capítulo, la reflexión sobre la investigación teórica en sociología está profundamente vinculada a la posibilidad de pensar los distintos aspectos involucrados en una teoría de la sociedad.

La investigación teórica se lleva a cabo, habitualmente, sin estas precisiones conceptuales y no encuentra ningún problema en ello.[9] Pensarla en términos de la teoría luhmanniana de los sistemas sociales puede, sin embargo, ayudar a reconocer la unidad de su campo. Por su parte, identificar los modos específicos de su operación brinda, a quienes la practican, la posibilidad de reconocer de esta forma su participación en ese campo, ya sea que se inscriban o no en tal perspectiva teórica. Este es el principal aporte que estas páginas desean

8 Una descripción es, para Luhmann (2006), una observación que adopta la forma de un texto escrito.

9 Por ejemplo, en la "lógica teórica" de Alexander (1982, 1991 y 1992), en la "metateoría" de Ritzer (1997) o, más recientemente, en el "abordaje problemático" de Bialakowsky (2013). Al respecto, pueden también consultarse los trabajos de Abend (2008), Swedberg (2012) y Zabludovsky (2002).

hacer para la reflexión metodológica sobre la investigación teórica que se expresa en este libro. Por último, además, nadie discutirá que el autoesclarecimiento teórico-metodológico resulta ser siempre productivo a la hora de investigar, hacer o aplicar teoría.[10]

1.2 RECURSOS SEMÁNTICOS

La idea de *recurso semántico* forma parte de la segunda línea de trabajo mencionada a comienzos de este apartado. En ella, sostengo que mediante la investigación en teoría sociológica pueden llegar a reconocerse ciertos recursos semánticos que la sociología utiliza para construir su observación de la sociedad en la sociedad, reconstruir la función que estos cumplen en la teoría y pensar otros equivalentes. Al hablar de recursos semánticos estoy haciendo referencia a los *conceptos normales* de Tönnies (1947), comunidad y sociedad, o los *tipos ideales* de dominación, acción o relación social de Weber (1997), o los que Nisbet (1996) presenta como *ideas elementos* o Koselleck (2012) como *conceptos fundamentales*. Estos recursos semánticos de la autodescripción sociológica de la sociedad se presentan a veces como hiperónimos que admiten variadas especificaciones y que permanecen como referencia semántica de la comunicación sociológica, aunque adopten diversas denominaciones. La investigación en teoría sociológica puede observar así estas autodescripciones como formas con dos lados guiadas, como mencioné más arriba, por su propio esquema de observación. El esquema de observación de la investigación teórica es aquel que le permite distinguir entre el texto (el concepto mismo y su definición específica en relación con otros conceptos en una teoría) y el contexto tanto histórico como biográfico en que esa teoría es producida y el concepto utilizado.

Toda descripción de lo que sucede, ya sea mediante la distinción antes/después, adentro/afuera o incluso la de identidad/diferencia, corre por cuenta, ya fue dicho, de un observador, y corresponde al esquema de distinciones de este. Las operaciones se llevan a cabo y solo un observador puede hablar de ellas. Un esquema de distinciones se construye a partir de una *Leitdifferenz*, una diferencia guía o directriz, que constituye la distinción primaria que organiza las diferenciaciones ulteriores que la especifican o reconducen. Puede ser sistema/entorno, observación/operación, burguesía/proletariado o comunidad/

10 Ha habido intentos de desarrollar una metodología para la investigación sistémica orientada por las premisas de la teoría de sistemas de cuño luhmanniano. Algunos dirigidos al desarrollo de una metodología sistémica de investigación empírica (Mascareño, 2006) y otros al despliegue de categorías teórico-metodológicas (Jokisch, 2002). Este aporte se posiciona en el mismo sentido, pero hacia la forma de la investigación teórica.

sociedad, la *Leitdifferenz* organiza la observación a partir de un punto de partida que es el trazado de una distinción determinada, una forma específica, en lugar de otras posibles, y las operaciones de distinción continúan de un lado y no del otro de esa forma. Cada especificación resulta una selección derivada de la que traza la diferencia que guía el proceso. Pero todas encuentran su origen en esa selección originaria que constituye la diferencia matriz.[11]

Toda observación del mundo y, por lo tanto, toda unidad reconocible en el mundo, aun la propia unidad del mundo, resulta, así, construcción de un observador. Resultado histórico de un encadenamiento de observaciones, esto es, distinciones e indicaciones que acumulan, en la medida de su desarrollo, un número creciente de presupuestos. La distinción primaria que permite observar es la que fija los límites de la observación. El límite externo: lo que la observación ve a diferencia de lo que no ve; pero también el límite interno: la observación ve, pero no puede ver cómo ve. Toda observación fija, de esta manera, sus alcances y posibilidades.

Comunidad, sociedad, individuo o sujeto y Estado son claros ejemplos de esos conceptos con los que se construyeron las distinciones o dicotomías que han configurado la trama semántica de la autodescripción de la sociedad moderna (comunidad y sociedad; comunidad e individuo; individuo y sociedad; Estado y sociedad civil; etc.). Estas "oposiciones semánticas" (Blanco Rivero, 2012) constituyen formas asimétricas (y, por lo tanto, jerárquicas) de autodescripción en la medida en que presentan un valor positivo y uno negativo con la función de orientar, hacia el lado positivo, las reespecificaciones que amplíen y estabilicen la forma de la autodescripción social.[12]

Al hablar de "semánticas" debería aclarar que, con el concepto de semántica, Luhmann hace referencia al repertorio de temas que conforman la memoria oficial de la sociedad y hacen posible, por lo tanto, la comunicación (1996: 497). Por mi parte, interpreto que la semántica se puede presentar en dos niveles: la semántica de los temas de la comunicación cotidiana y la semántica elaborada en la forma de textos que reúne, con mayor grado de abstracción e intención generalizadora, las descripciones de la propia sociedad y del entorno. Podría

---

11 En Blanco Rivero (2011), se encuentra una interpretación interesante de la distinción que plantea Luhmann entre semántica y estructura social, al proponerla como diferencia directriz de las investigaciones en sociología del conocimiento y evaluar sus posibles aportes al debate con la historia de las ideas y la historia intelectual.

12 En este mismo volumen, Daniel Alvaro se refiere en un sentido similar, pero desde la perspectiva de Derrida, a las "oposiciones binarias de origen metafísico que habitan el discurso sociológico".

hablarse, en este sentido, de semántica de primer y segundo orden, siendo esta última la semántica que organiza la autodescripción de la sociedad, incluida aquella que toma la forma de teorías sociales y sociológicas. En determinadas condiciones, esta semántica de segundo orden puede adquirir también la forma de una reflexión específica sobre sus propias condiciones.

Si observamos la teoría sociológica clásica, por ejemplo, podemos ver cómo la oposición comunidad/sociedad, formulada de manera pionera por Ferdinand Tönnies, se aclara y especifica mediante las oposiciones natural/artificial, real/ficticio, verdadero/falso, etc., las cuales organizan una autodescripción de la inviabilidad de la sociedad moderna y permiten proyectar, entonces, lo que llamo semánticas condicionales o de solución. Estas semánticas condicionales han sido una forma de tematizar, en la autodescripción social, las transformaciones estructurales de la sociedad. El concepto de comunidad se estabiliza así como un recurso semántico –que podríamos englobar con el hiperónimo de "recurso comunitario" o "lo comunitario" (Sasín, 2010)–, utilizado por distintas sociologías clásicas y contemporáneas, cuya observación echa luz sobre características importantes de la propia disciplina.

Este breve ejemplo me permite afirmar en estas páginas que el trabajo con los conceptos fundantes de la teoría sociológica puede ayudar a rastrear tres aspectos básicos:

a. Ciertas formas históricas de la autodescripción social, vinculadas a las condiciones estructurales del surgimiento de la disciplina.
b. La configuración de la trama de temas y conceptos que marcan la especialización de las comunicaciones sociológicas y dan forma a la construcción de un campo semántico propio tanto mediante referencias a otras diversas tramas temáticas como a través de estabilizaciones y reutilizaciones de conceptos de diversas procedencias.
c. El modo en que este campo semántico se relaciona con otras comunicaciones sociales y se distingue de otras configuraciones posibles, lo que permite dar cuenta de la identidad disciplinar que paulatinamente se establece.

Pero, como toda investigación, este rastreo se ve obligado a plantearse también la pregunta de por qué llevar a cabo esta observación en el contexto de las otras observaciones actualmente existentes. Y, a partir de allí, es que se abre a la posibilidad de desarrollar una reflexión

sociológicamente fundada, es decir, autorreferencial, y, por lo tanto, en los términos de la teoría de Luhmann, racional, sobre las posibilidades, los alcances, los motivos y las funciones de la observación y la descripción sociológicas.

1.3 LO MASIVO

Además de trabajar con los recursos semánticos de la teoría sociológica, muchas veces la investigación teórica debe enfocarse en semánticas de la autodescripción social que, sin pertenecer estrictamente al campo de la sociología, también constituyen "semánticas de segundo orden", es decir, comunicaciones que intentan precisar el sentido de los temas de la comunicación (a diferencia del uso de los temas en la comunicación cotidiana, el cual no requiere, generalmente, de este refinamiento en la participación comunicativa). Y esto es así sobre todo cuando estas semánticas de segundo orden no sociológicas se encuentran en la raíz de desarrollos de teoría sociológica (o social, si quisiéramos retomar una discusión sin demasiado fundamento epistemológico)[13] y repercuten en ellos.

Del mismo modo en que el concepto de comunidad o *lo comunitario* es un claro ejemplo de esos recursos semánticos de la teoría sociológica, el concepto de masas o *lo masivo* (con sus variantes en la forma de turbas, multitudes, muchedumbres, etc.) es un destacado representante de aquellos recursos semánticos que exceden la utilización sociológica. A punto tal que, así como la sociedad era claramente "el otro lado de la comunidad" (Sasín, 2010), cuesta encontrar de qué se distingue el concepto de *masas* para definirse.[14]

---

13 En torno a esta distinción, nunca del todo saldada, entre teoría social y sociológica, pueden encontrarse diversos argumentos en Allan (2006) y también en Aronson (2014). De todos ellos y de muchos otros, puede deducirse que las principales posiciones en relación con el deslinde se organizan en función de criterios normativos que definen el carácter de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular. Es, justamente, esta particularidad y especificidad de la sociología (y de las proposiciones y los enunciados que conforman su teoría) la que es puesta en discusión o rechazada cuando se opta por una perspectiva transdisciplinaria con límites tan amplios como imprecisos que se define como teoría social. En la perspectiva luhmanniana, como comenté en la introducción, se parte del carácter universal de la observación sociológica y, por lo tanto, de su teoría de la sociedad. Universalidad que no es de índole normativa sino teórica y que subyace en y se desprende de, justamente, su especificidad. Con base en estas premisas me referiré, en adelante, con exclusividad a la teoría sociológica y solo haré referencia a la teoría social cuando la mirada esté puesta en la construcción de esta diferencia.

14 En otro trabajo presenté la hipótesis de que en las obras fundantes de Le Bon, Ramos Mejía y Quesada, quedaba implícito que el otro lado de las masas era el orden. En sus orígenes como recurso de la autodescripción de la sociedad moder-

El trabajo con la semántica de lo masivo se encuentra actualmente en proceso en el contexto de la segunda línea de investigación mencionada al comienzo y constituye el punto en el cual se cruza con la primera para dar lugar a estas páginas.

Como punto de partida, es necesario aclarar que la semántica de lo masivo aparece en Luhmann de dos formas diferentes que van, sin embargo, a interrelacionarse. Por un lado, de un modo implícito pero crucial para comprender los aspectos centrales de su teoría de la sociedad: en la descripción de la evolución social desencadenada por la difusión masiva de la comunicación, que se inicia con el desarrollo de los medios técnicos desde la invención de la imprenta. Esta evolución va a derivar en la diferenciación funcional que da su característica a la sociedad moderna. Por el otro, en una forma explícita, que se expresa en la denominación específica de uno de los sistemas de funciones de la sociedad contemporánea: el sistema de los medios de masas, que es el sistema mediante el cual la sociedad se comunica sobre sí misma.

Para finalizar este apartado, quisiera hacer una aclaración con respecto a la forma que he utilizado al exponer y reponer los argumentos del sociólogo alemán y mis propias interpretaciones acerca de ellos. Quien esté mínimamente familiarizado con la obra de Luhmann sabe de lo arduo que resultan los primeros acercamientos a sus textos debido, más que nada, a dos factores. Por un lado, a la utilización de una terminología conceptual con múltiples referencias a disciplinas extrañas para la mayor parte de quienes se dedican a la sociología, como la lógica, las matemáticas, la física, la cibernética o la biología. Por otro lado, como consecuencia de la rigurosidad conceptual y el método complejo de su construcción teórica, que lleva a que, para lograr una comprensión completa de su propuesta, sea necesario reconocer en cada caso el exacto significado de términos muy precisos (el cual, en la mayoría de los casos, difiere del utilizado habitualmente) y, además, aceptar el juego de circularidad y autoimplicación que propone la teoría (la teoría se presupone a sí misma, en todas y en cada una de sus partes). Por esto mismo, al presentar los distintos aspectos de dicha teoría, imprescindibles para desarrollar este capítulo, he intentado no sobrecargar más de lo estrictamente necesario esa dificultad con notas, citas o referencias extensas extraídas de las obras del autor, sino explicarlos lo más brevemente y en el lenguaje más claro posible en función de la idea que esté desarrollando en cada caso. Dichos aspectos resultan fundamentales para comprender su teoría y, por ello

---

na, la idea abstracta del Orden (orden social, orden político, orden económico) era aquella ausencia que las masas designaban, o aquella presencia que el observador invocaba como conjuro y crítica de la realidad observada (Sasín, 2017).

mismo, pueden encontrarse expuestos y precisados en las principales obras del autor (sino en prácticamente todas). Quien desee profundizar en su comprensión puede remitirse a Luhmann (1996, 1998, 2006 o 2007a), entre otras, las cuales conformaron la base a partir de la que he desarrollado las explicaciones de los fundamentos conceptuales de la teoría de este autor, que anteceden y que siguen a continuación.

Sin embargo, ya que las referencias a las obras de Luhmann no están en todos los casos directamente señaladas, sí me vi obligado a aclarar cada oportunidad en que me aparté de la descripción estricta de los lineamientos teóricos del autor para incluir interpretaciones, aportes o conclusiones propias. En estos casos, indiqué explícitamente que se trata de un desarrollo o una consideración propia, que puede derivarse de (pero no necesariamente se contiene en) la trama teórica expuesta en el *corpus* de obras luhmannianas.

2. SOCIOLOGÍA Y COMUNICACIÓN

La teoría de Luhmann define lo social de un modo durkheimiano, es decir, como un fenómeno emergente (*sui generis*, diría el francés) que se desarrolla a partir de otros fenómenos (también emergentes) sin ser determinado por ellos. La realidad queda presentada así como una superposición de niveles de emergencia. Lo social, entonces, está conformado por procesos que se autogeneran sobre la base de ciertos entornos psíquicos y biológicos, los cuales presuponen también determinadas condiciones químicas y físicas. La distinción entre lo social, lo psíquico y lo biológico está dada por la operación elemental que define cada aspecto de la realidad como una organización sistémica autoproducida (*autopoiética*, en términos del alemán). Si la operación que define los sistemas biológicos es la vida (entendida, en sentido amplio, como síntesis de los procesos autoproductivos de los sistemas vivos), y los sistemas psíquicos existen a partir de la continua producción y reproducción de conciencia (comprendida la conciencia como la capacidad de percibir la distinción entre la percepción y lo percibido), la comunicación, como fenómeno emergente que no posee ni refiere a componentes psíquicos ni biológicos, se presenta como la única operación genuinamente social y la única que se produce al interior de los sistemas sociales.

La comunicación es una operación que supone la comprensión por parte de un *ego* de la intención de un *alter ego* de participar una información. La comprensión es comprensión de la distinción entre la participación y la información, y para nada presupone la comprensión completa y certera por parte de *ego*, ni del contenido informativo de la comunicación ni de los motivos verdaderos de *alter* para participarla. Como operación es la síntesis de una diferencia e incorpora en su estructura la contingencia derivada del hecho de que los dos lados de la diferencia

(la información y la participación) suponen selecciones sobre las que la comunicación no puede actuar directamente, ya que ocurren en los sistemas participantes y, por lo tanto, podrían suceder de otra manera.[15]

Podemos pensar la comunicación humana como un logro evolutivo que podría no haberse dado pero, en la medida en que se dio, implicó el desarrollo de sistemas sociales a partir de la copresencia de dos o más sistemas psíquicos. La relación entre los sistemas psíquicos y sociales, al igual que entre estos y los respectivos sistemas orgánicos, es la de ser mutuamente entornos unos de otros, es decir, condición necesaria pero no suficiente para la existencia del sistema. Pero sistemas psíquicos y sociales funcionan, según Luhmann, acoplados estructuralmente por medio del lenguaje. Es decir, si bien son sistemas diferentes que funcionan a partir de operaciones distintas (la conciencia y la comunicación), ambas operaciones se dejan estimular o irritar por formas específicas que surgen en el medio del lenguaje e interfieren reconduciendo los procesos de pensamiento o comunicación. Estas formas son las palabras, las oraciones, los discursos o textos, que poseen un sentido tanto para la conciencia como para la comunicación (es decir, el sentido es, para Luhmann, y a diferencia de la concepción fenomenológica de raíz weberiana, tanto subjetivo como social).

El sentido es el medio de todas las posibilidades de pensar y comunicar. Se expande y se contrae con la sociedad, en verdad, configura los límites de esta, ya que demarca los límites de la comunicación. El sentido opera con la distinción entre actualidad y potencialidad, entre lo actualmente utilizado en la comunicación y todas las formas posibles, potencialmente utilizables, que quedan en estado latente para ser usadas en otro momento, o nunca. Lo que no es usado no desaparece sino que, mientras sea recordado (por la conciencia o la sociedad), conforma la trama semántica a partir de la cual las comunicaciones humanas son posibles.

Esta diferencia entre actualidad y potencialidad se expresa, a su vez, en tres dimensiones. En la dimensión temporal, se distingue entre antes y después o pasado y futuro: toda comunicación en esta dimensión se refiere siempre desde un presente a algún evento en el pasado o en el futuro. En la dimensión objetual, se distingue entre esto y lo otro: toda comunicación referida a objetos debe poder distinguirlos

---

15 *Alter* y *ego* son asimismo sistemas que observan (para el caso de la interacción se trata de sistemas psíquicos, pero también puede tratarse de sistemas sociales, como las comunicaciones entre escuela y familia, por ejemplo) y, por lo tanto, trazan distinciones con criterios propios y llevan a cabo selecciones para indicar uno u otro lado de la distinción. Cada indicación es, por ende, una selección que podría haber ocurrido de otra manera, es decir, contingente.

entre sí, asociando a cada uno sus características. Y en la dimensión social, se diferencia entre *alter* y *ego*: toda comunicación en esta dimensión debe referir claramente sus atribuciones a uno u otro de los participantes para que esta sea comprensible. La comunicación se organiza así en función de estos horizontes de sentido que conforman su marco de referencia. La ausencia total de sentido no es posible, ya que la propia idea de falta de sentido tiene sentido en la sociedad y, por eso, es comunicable.

El lenguaje es, de acuerdo con lo anterior, el medio del acoplamiento estructural entre sistemas psíquicos y sociales. Como acontecimiento es un ruido específicamente orientado a atraer la atención de la conciencia y la comunicación: las palabras son formas con sentido en el medio de todos los sonidos posibles, las frases u oraciones son también formas con sentido en el medio de todas las palabras existentes, y los textos escritos o los discursos pronunciados lo son en el medio de todas las posibles combinaciones de frases u oraciones. El sentido de la información comunicada es lo que hace posible la comprensión de una comunicación como tal, al atraer la atención de las conciencias hacia la participación en la comunicación. Sin embargo, esta es la comprensión de la comunicación como tal, es decir, la comprensión de que ese evento, síntesis de un ruido y una intención, es una comunicación. No presupone de ninguna manera, como dije, la comprensión por parte de *ego* del sentido dado por *alter* a su participación, ya que ambas conciencias permanecen cerradas a la mutua observación. Lo que sí presupone es la comprensión de una intención de comunicar algo, y, a partir de allí, se despliegan las estructuras de expectativas que organizan la comunicación en los sistemas sociales.

La comunicación genera sus propias condiciones de reproducción al incorporar, como premisa, en cada comunicación, expectativas sobre las expectativas de la siguiente comunicación. Es decir, la propia contingencia que vuelve improbable la comunicación la lleva a realizar recursiones y anticipaciones, hacia las comunicaciones pasadas y futuras, para incrementar su probabilidad. También incorpora mecanismos comunicativos para enfrentar las decepciones (repetir la información, reforzar la intención, aclarar la motivación, etc.). Las expectativas posibilitan así la continuidad de las comunicaciones y, por eso, son, para Luhmann, las estructuras de los sistemas sociales. Dependiendo de la forma y tipo de estructura de expectativas que funcione en cada caso, surgen también distintos tipos de sistemas sociales (interacciones, organizaciones, familias, movimientos sociales, etc.), cada uno con un tipo específico de comunicación y de forma de llevarla a cabo. La sociedad es, por su parte, un sistema social entre otros, pero sus expectativas son las que organizan la diferenciación de los

distintos sistemas parciales de comunicación (ver *infra*), y entonces tiene la particularidad de que, siendo un sistema social entre los otros tipos de sistemas sociales, es aquel que incluye a todas las comunicaciones y, por lo tanto, es el ámbito que establece los límites para lo social. Una ciencia o disciplina de lo social, como la sociología, no puede más que orientarse a las comunicaciones. Y como comunicaciones es todo lo que hay en el ámbito de lo social, es decir, en la sociedad, son comunicaciones lo que la sociología puede y debe observar. Pero, además, la sociología es un ámbito diferenciado al interior de la sociedad, que también produce comunicaciones, solo que de un tipo específico. La sociología forma parte de la sociedad, ya que produce comunicaciones en ella, pero estas son el resultado de sus observaciones sobre la misma sociedad, y esa es la particularidad del tipo de comunicación que produce la sociología.

Siguiendo esta caracterización que hace Luhmann de la sociología como sistema parcial o subsistema de comunicación del sistema de la ciencia, que es, a su vez, un sistema parcial del sistema social de la sociedad (Luhmann, 1996: 462 y ss.; 2006: 878-879), me interesa plantear aquí algunas indicaciones propias sobre su modo de operación con miras a desarrollar un posible criterio de distinción. Así como lo social se especifica por la distinción comunicación/no comunicación (solo lo que es comunicación es social, es decir, el lado positivo de la distinción), la sociología duplica este código al producir solo comunicaciones sobre lo social, distinguiéndose de todas las otras comunicaciones sobre lo no social (sobre lo psíquico, lo biológico, lo metafísico, lo teológico). A la vez, observa estas comunicaciones sobre lo no social como comunicaciones de la sociedad, reingresándolas del lado positivo de su distinción, observándolas con su propio esquema de observación.

Lo que hace aquí la sociología es una doble observación de segundo orden de las comunicaciones: observa las comunicaciones y no observa lo que no es comunicación, pero, al observar las comunicaciones, también observa aquellas comunicaciones sobre lo que no es comunicación como comunicaciones sociales. La sociología es el sistema parcial de la ciencia que observa las comunicaciones de la sociedad orientada por el código, que podríamos definir a partir de aquí, como social/no social. La distinción comunicación/no comunicación es una distinción operativa de la sociedad, la distinción social/no social es una distinción observacional de la sociología. Lo que la sociología considera como social es el objeto de la observación y la descripción sociológica (formas de hacer, pensar o sentir que influyen coactivamente en los individuos, según Durkheim, acción con sentido referida a otros actores en términos de Weber, comunicación como

operación autopoiética en Luhmann). Entendida en estos términos, podría pensarse la sociología, según señala Luhmann (2007a: 261 y ss.), como la empresa de autoobservación y autodescripción científica de la sociedad. Pero el objeto de observación de la sociología está conformado por todas las comunicaciones existentes, ya sea sobre los hechos, sobre las acciones o sobre las personas (y aun sobre los dioses, los fantasmas, los dragones o los zombies) y el producto de esa observación es la elaboración de, asimismo, comunicaciones.

Así, las comunicaciones que produce la sociología pueden, en líneas generales, tomar la forma de:

C1. Comunicaciones sobre la identidad específica de las comunicaciones de la sociedad, es decir, comunicaciones que describen comunicaciones, hechos, acciones o fenómenos sociales, pudiendo también elaborar conceptos y teorías sobre ellos (*observaciones de segundo orden de la sociedad, o sea, análisis sociológico propiamente dicho*).

C2. Comunicaciones sobre la identidad de la distinción social/no social y sobre los procedimientos de aplicación de esta, es decir, comunicaciones sobre las comunicaciones que definen lo social y lo no social (*teorías de reflexión de la sociología, o sea, planteos, discusiones y debates acerca del carácter, método y objeto de la sociología*).

C3. Comunicaciones sobre la identidad de la distinción comunicación/no comunicación, es decir, sistema/entorno (*teorías sociológicas sobre la sociedad*).

La sociología no es biología ni filosofía ni metafísica ni literatura, pero sí puede hacer sociología de la ciencia, de la filosofía o del arte. Y para todo esto utiliza un procedimiento propiamente sociológico: la sociología produce comunicaciones sobre lo social situando históricamente las comunicaciones observadas, localizando las semánticas elaboradas en las condiciones estructurales de su elaboración, usando, podríamos decir de un modo figurado, la distinción entre *texto y contexto*.[16] Pero también puede (y debe) hacer esto mismo con las semánticas empleadas en la observación y descripción de las semán-

16 Esto implica aceptar, además, que toda teoría es también contingente y, como toda operación social, depende de condiciones estructurales como las que ella misma describe. En esta dirección, se habilita una reflexión sobre la siempre problemática relación entre el texto y el contexto. Puede encontrarse una interesante reproblematización en los capítulos de Pablo de Marinis y Ana Grondona, en este mismo volumen.

ticas, es decir, observarse y describirse observando y describiendo. A menos que, al hacer sociología, quiera dejar de hacer sociología.

Esto, que podríamos describir siguiendo a Luhmann (1998) como la racionalidad sociológica,[17] es lo que intento poner en práctica a la hora de observar las semánticas utilizadas para describir a la sociedad, que he denominado como "semánticas de segundo orden", es decir, aquellas con las que se elaboran descripciones complejas de la sociedad o el entorno. Entre ellas, se encuentra una que nos interesará especialmente en este capítulo: la semántica de las masas y las multitudes, la semántica de lo masivo.[18] Al igual que la semántica comunitaria, la semántica de lo masivo surge como un recurso descriptor de los procesos de transformación social que se desarrollaron en la modernidad europea a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Tales procesos marcaron el surgimiento de distintas empresas de autodescripción de la sociedad (la sociología, entre ellas, va a consolidarse de manera paulatina en esta función al interior del sistema de la ciencia), en el seno de las cuales tomaron forma diferentes recursos descriptivos. Estos recursos tuvieron la particularidad de que, además de convertirse en importantes sintetizadores de esas semánticas autodescriptivas, permanecieron operativos más allá del cambio en las condiciones de su emergencia. Algunos de ellos, como el recurso comunitario,[19] se convirtieron en contenidos teóricos centrales de disciplinas pretendidamente científicas, como la sociología.

El producto de una observación de esta clase de semánticas deberá tomar, claramente, la forma de una comunicación del tipo que aquí he denominado como C2. Pero en el fondo, dado que se trata también de una pregunta por el modo en que la sociedad se observa y describe a sí misma, resulta inevitable llevar a cabo alguna comunicación en la dirección de C3.

Más allá de las amplias posibilidades que se desprenden de estos desarrollos teóricos, el presente capítulo tiene objetivos mucho más modestos. Aquí, en particular, me interesará ver cómo funciona, qué lugar ocupa, qué describe y para qué la semántica de lo masivo en la teoría que conforma el propio marco teórico de esta propuesta. De

---

17 "La racionalidad solo se da cuando el concepto de diferencia se utiliza de modo autorreferencial, es decir, cuando se refleja en la unidad de la diferencia" (1998: 420). "Esto y no otra cosa es de esperar cuando la teoría se reconoce a sí misma en su propio campo de estudio como uno de entre muchos otros objetos" (p. 432).

18 En este mismo volumen, puede encontrarse el capítulo de Bialakowsky y Blanco sobre la semántica de las multitudes en los inicios de la sociología francesa y argentina.

19 Así en Sasín (2010).

lo que se trata es de incluir la teoría de Luhmann en el rastreo más amplio de una investigación sobre las múltiples formas en que la semántica de lo masivo ha sido utilizada como un aspecto central de la descripción de la sociedad moderna.

3. HACIA LO MASIVO: LA EVOLUCIÓN DE LA COMUNICACIÓN

Si la sociedad es pura comunicación, la evolución de la sociedad toma, para Luhmann, la forma de la evolución de la comunicación.

En el apartado anterior, ya adelanté que el logro evolutivo específico de la comunicación fue haber generado las condiciones para su reproducción autopoiética. Siguiendo a Luhmann (1998, 2006, 2007a), todo evento comunicativo, es decir, toda comprensión de un evento como comunicación, transporta y despliega una estructura de expectativas que condensa referencias de sentido (recordemos que el sentido es tanto subjetivo como social). Estas expectativas son siempre reflexivas (expectativas sobre las expectativas de quienes participan de la comunicación) y permiten orientar la participación de todas las partes en la situación, limitando la comprensión de lo acontecido y anticipándose a las posibilidades abiertas en lo que, a partir de allí, pueda acontecer. De esta manera, al incluir la expectativa de una respuesta, es como cada comunicación, cuando es efectiva (y está predispuesta a serlo), motiva una nueva selección de información y un modo de participarla, es decir, consigue generar una nueva comunicación en respuesta a la comunicación previa. Es solo a partir del logro evolutivo que significó la estabilización de expectativas reflexivas en la forma de estructuras sociales que la comunicación humana se organiza como sistema de comunicación, se cierra en torno a esa única operación y toma la forma de un sistema social autopoiético y operativamente clausurado.

Esta estructura de expectativas supone una codificación de aceptación o rechazo de la propuesta de sentido de la comunicación. En ambos casos, la respuesta es siempre otra comunicación que puede, a su vez, ser aceptada o rechazada. Un sistema de comunicación no se sostiene entonces en el consenso, sino en el operar continuo y recursivo de la comunicación, y aun ante la ausencia total y absoluta de entendimiento entre las partes acerca de su contenido. Las estructuras de expectativas logran asegurar de este modo los enlaces comunicativos en la mayor parte de las situaciones simples y concretas de la comunicación cotidiana. En situaciones de mayor complejidad, sin embargo, en las que la comunicación porta pretensiones extravagantes de sentido, cuyo horizonte de posibilidades excede la experiencia cotidiana, se vuelven necesarias estructuras de refuerzo de las expec-

tativas reflexivas o, se podría decir también, estructuras de expectativas reforzadas. Si las sociedades pudieron establecerse, extenderse y desarrollarse, fue porque de alguna manera se lograron, para estas situaciones y en determinados contextos, mayores niveles de aceptación que de rechazo de la propuesta de sentido de la comunicación. Pero para comprender este logro específico de la comunicación es necesario decir algo acerca de las funciones del lenguaje desde la perspectiva de Luhmann.

El lenguaje no es un sistema, afirma Luhmann, sino, como comenté más arriba, un medio. No es un sistema, porque no tiene una operación exclusiva y característica, condición necesaria para distinguirse como sistema de los otros sistemas o de la complejidad desorganizada del mundo, es decir, para trazar la diferencia entre sistema y entorno que constituye al sistema. El lenguaje no es un sistema, entonces, y en esto se diferencia de la perspectiva de Saussure, pero sí es un medio[20] indispensable para el desarrollo de la autopoiesis de los sistemas de comunicación, ya que provee la codificación binaria sí/no, o sea, aceptación o rechazo, que resultó crucial en la evolución de la sociedad. La mera invención del lenguaje ha representado, por sí sola, un acontecimiento fabuloso, ya que su utilización tiene como consecuencia la duplicación del mundo y, por lo tanto, la duplicación de su complejidad: para toda afirmación posible acerca el mundo, existe también una posible negación. En su existencia fáctica, el mundo es; en su mediatización por el lenguaje, el mundo puede ser o no ser. Y ambas cosas son comunicables. La apertura del lenguaje a ambas posibilidades y su indefinición por ninguna genera, por su parte, la necesidad de reducir esta complejidad estableciendo condiciones generales para la restricción de las posibilidades. Estas condiciones apuntan siempre hacia una mayor aceptación de la propuesta de sentido de la comunicación que permita asegurar las expectativas contra posibles decepciones y dar así continuidad a los enlaces comunicativos.

En sociedades sin escritura, de tipo segmentario, diferenciadas por el linaje o el territorio, el conocimiento mutuo en el marco de la *Gemeinschaft*, y de los roles y las posiciones a su interior, genera las condiciones para que el rechazo sea evitado y la propuesta de sentido

---

20 Un medio se observa con la distinción amplio/estricto referida al acoplamiento entre elementos, que Luhmann toma de la teoría de la percepción de Fritz Heider (Luhmann, 2007a: 235 y ss.). Observada la distinción elemento/relación con este esquema pueden distinguirse relaciones (acoplamientos) amplios y estrechos entre elementos y construir así la distinción entre medio y forma, considerando al medio como un acoplamiento laxo o amplio de un cierto número de elementos y a la forma como un acoplamiento más estricto, es decir, estrecho, entre esos mismos elementos. Las formas, entonces, surgen en el medio y, por esto, se diferencian de él.

aceptada.[21] La rigidez estructural se retroalimenta con la semántica tradicional, lo que dificulta las variaciones y construye sistemas sociales estabilizados pero poco abiertos al cambio. Pero más allá de su estabilidad, ya sea por expansión interna, por conquista o por otros factores, algunas sociedades segmentarias debieron enfrentarse al problema de continuar la operación de la comunicación cuando ya no puede garantizarse la copresencia en todos los casos. La cuestión para resolver en las sociedades diferenciadas en centro y periferia y crecientemente estratificadas era la de la redundancia de la comunicación: el aseguramiento de que todos los participantes necesarios comparten la información, cuando esto ya no puede garantizarse personalmente. La solución corrió por cuenta del desarrollo de los medios de difusión de la comunicación, los que presuponen el lenguaje, pero desarrollan nuevas formas a partir de él. La escritura fue el primero de aquellos,[22] la cual incorpora, sin embargo, condiciones y problemas que no estaban presentes en el lenguaje oral. El principal problema, y casi la causa de todos los demás, es el fin de la copresencia como condición de la comunicación. La escritura posibilita la comunicación cuando las conciencias no están visibles entre sí como cuerpos. Debe asegurarse como acto de participar la información y, a su vez, tener en cuenta que el contexto de la comprensión no es el de la participación. Debe explicitar los motivos y, aun así, tener en cuenta que es posible que no sean comprendidos, y rendirse ante ello. Este proceso de reproducción continuamente incrementada de una comunicación, ya desanclada de las limitaciones impuestas por la necesidad de la copresencia, se inicia con la invención, generalización y estabilización de la escritura, pero se acrecienta con el desarrollo posterior de los medios técnicos de la comunicación: la imprenta, los medios electrónicos y los medios digitales, dando lugar así a los grandes cambios en la estructura de

---

21 Estas sociedades están basadas exclusivamente en el lenguaje oral, y la comunicación tiene, por lo tanto, una forma puramente interaccional y copresente.

22 La relación entre la invención de la escritura y las civilizaciones palaciegas de Creta y Micenas, que puede reconstruirse a través de las tablillas de Lineal A y B, así como las condiciones de su redescubrimiento y generalización en la Grecia arcaica pueden explorarse en Finley (1987: 65 y ss., 101 y 189 y ss.). En este último caso, puede apreciarse cómo la generalización de la escritura en el mundo griego de la Era Arcaica, más allá del uso limitado en los rituales religiosos y la administración del palacio que había tenido en las primeras civilizaciones humanas, va de la mano con los primeros atisbos de diferenciación de los medios dinero (economía monetaria diferenciada de la administración palaciega centralizada), poder (democracia ateniense diferenciada tanto de la monarquía basada en la tradición como de la oligarquía eupátrida basada en la riqueza y de la tiranía basada en el prestigio o en el uso directo de la fuerza) y ciencia (filosofía presocrática o física primitiva, diferenciada de la religión y del mito).

la sociedad moderna, que serán el foco de atención de la naciente sociología. La transformación de las sociedades estratificadas en una única sociedad mundial funcionalmente diferenciada comienza con el desarrollo de la imprenta, y será en este momento, con la aparición y multiplicación de los medios técnicos de difusión, que se acelera la conversión de la comunicación así mediada en comunicación de masas, en comunicación masiva.

El pasaje a la sociedad diferenciada en funciones se da, entonces, a partir del desarrollo previo de los distintos medios encargados de incrementar la redundancia de la comunicación. Pero esto trajo aparejado, además, el desarrollo de medios encargados de incrementar también la probabilidad de aceptación de su propuesta de sentido, algo que, en estas nuevas condiciones, ya no está asegurado.

Según afirmé antes, en un contexto tradicional-comunitario, la aceptación de la propuesta de sentido de la comunicación estaba garantizada por una estructura conformada por expectativas profundamente afirmadas en la sociedad, mediante la experiencia continua de los vínculos personales. Pero cuando esta experiencia se diluye con la distancia en sociedades demográfica y territorialmente extendidas, se vuelven necesarios otros medios de garantizar un mínimo probable de aceptación de la comunicación. En la medida en que esto se ha logrado, ha sido a través del desarrollo de los medios de consecución de la comunicación: los medios de comunicación simbólicamente generalizados. Mediante la generalización de una trama simbólica y una semántica asociada a ella, se han ido especificando las referencias a cada uno de los distintos medios. El poder, el dinero, la verdad, el arte, el amor o los valores surgen como formas de restringir las selecciones de una de las partes (*ego*) y garantizar que la propuesta de sentido de la otra (*alter*) sea aceptada cuando, por las características mismas de tal propuesta, esto resultaría sumamente improbable.[23]

Estos medios se organizan con códigos que, como el lenguaje, señalan un valor positivo y uno negativo pero, a diferencia de este, establecen –mediante la construcción de aparatos semánticos que toman la forma de programas, para definir la utilización del medio– una preferencia por el lado positivo como el único apto para el enlace

---

23 Esto sucede, como dije antes, cuando la propuesta de sentido toma un carácter extravagante, como en los casos que expresa un mandato de obediencia (poder), formula la expectativa de aceptación de una experiencia ajena como propia (verdad), pretende la resignación del uso o pertenencia de un bien (propiedad/dinero), desea la orientación de las acciones de alguien por los sentimientos de otro (amor) o el reconocimiento de una obra como valiosa por sí misma (arte). En todos estos casos, de no mediar la referencia al medio, lo más probable es que la propuesta de sentido sea rechazada.

comunicativo.[24] El valor negativo queda solo como valor de reflexión, que obliga a reflexionar sobre los motivos o las causas del rechazo, es decir, a reconocer los errores o fallos en el uso del medio. Queda abierta así la puerta a la restricción de las comunicaciones aceptadas en cada medio (solo las que se orientan por sus códigos y programas son aceptadas) y a su reespecificación como ámbitos diferenciados de posibilidades comunicativas, orientados a la resolución funcional de los problemas de la comunicación en sociedades extensas y técnicamente desarrolladas. La teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados es central en el contexto de la teoría de la sociedad de Luhmann. Sin embargo, su explicación en detalle me alejaría de los objetivos de este capítulo, por lo que no podré continuarla aquí.[25] En cambio, de todo lo expuesto me interesa concluir que, en la teoría de Luhmann, la comunicación es la operación social por excelencia, es más, es la única operación identificable como auténticamente social. La descripción de la comunicación, de sus formas y evolución es la descripción de la sociedad, de sus formas y procesos históricos. De esta manera, podemos identificar cómo en la obra de Luhmann se presenta una descripción, fundamentada en la teoría de los sistemas autopoiéticos, del proceso histórico mediante el cual la comunicación se vuelve masiva a partir del desarrollo de los medios de difusión. En estos términos, hablar de la masificación de la comunicación es lo mismo que decir que la sociedad se vuelve capaz de involucrar, en cada comunicación en la que intervienen los medios de difusión, a públicos amplios y diversos, con lo que cada propuesta de sentido de un *alter* puede ser aceptada o rechazada por múltiples *ego*s a quienes este desconoce. De esta manera, la expansión de la masividad de la comunicación lleva aparejado el desarrollo de nuevas estructuras de limitación de la comunicación. Estas estructuras están orientadas a regular la contingencia que, si bien es inmanente a todo evento comunicativo, se acrecienta, como vimos, en condiciones de masividad.

Los medios de comunicación simbólicamente generalizados se organizan a partir de la necesidad de restricción de las posibilidades de la comunicación y el condicionamiento de sus orientaciones para los casos de comunicaciones problemáticas. Es decir, están orientados

24 Solo quienes sienten amor pueden amar, quienes tienen dinero pueden pagar y quienes pagan pueden comprar y quienes tienen poder pueden mandar. Así también, solo las verdades son verdaderas y las obras de arte son artísticas o, para el caso infructuoso de los valores, solo lo bueno tiene valor, es decir, es bueno.

25 Puede encontrarse una aproximación a esta teoría en Chernilo (2002) y Mascareño (2009).

a resolver problemas de la comunicación. En el cumplimiento de esta función, catalizan (muchos, pero no todos[26]) sistemas parciales que enfrentan, entonces, problemas de la sociedad. Estos son diversos y variados: la toma de decisiones colectivamente vinculantes y su legitimación se convierte en una operación concentrada en el sistema de la política; el aprovisionamiento de bienes a futuro se confina al sistema de la economía; el aseguramiento y la validación legal de expectativas generalizables en la sociedad queda en manos del sistema del derecho; la presentación de comunicaciones novedosas como conocimiento experimentable resulta una atribución exclusiva del sistema de la ciencia; la estabilización de relaciones de intimidad que incluyan por completo a quienes participan de la comunicación, cuando estas ya no se resuelven por criterios territoriales ni estamentales, se lleva a cabo en las familias entendidas como sistema funcional de la sociedad moderna; la elaboración de una representación no religiosa del mundo en el mundo o de valoración de las obras individuales es arrogada por el sistema del arte; etc.[27] Por lo tanto, los sistemas parciales evolucionan también de modo diferente, adoptando condiciones distintas de complejidad y tecnificación. Se vuelven autónomos, autopoiéticos y autorregulados; se clausuran operativamente en torno a sus códigos respectivos y su problema de referencia. Mutuamente indiferentes en general pero acoplados estructuralmente en condiciones específicas (la universidad, por ejemplo, es una organización que funciona como acoplamiento estructural entre los sistemas de la educación y la ciencia, el Estado hace lo mismo entre la política y el derecho, etc.), los sistemas funcionales de la sociedad moderna constituyen entornos unos de otros al interior de la sociedad.[28] Ningún sistema predomina sobre otros y ningún sistema asume la dirección de la sociedad. Cada uno se ocupa de su función, de la forma que sabe y del modo que puede. Se da así el pasaje a una sociedad funcionalmente diferenciada, acéntrica y heterárquica, que diferencia y diversifica también sus formas de dominación y que incluye a los medios de comunicación de masas como una de sus formas específicas, uno de sus sistemas funcionales, y uno que cumple una función crucial en ella.

---

26 Los valores son señalados por Luhmann (2006: 303) como un medio que, al no poseer un código específico, no organiza en torno a sí un sistema de funciones.

27 Para un análisis extenso de cada uno de estos casos, hay que remitirse a las monografías sobre cada sistema parcial en Luhmann (2000, 2002, 2004, 2005a y b, 2007b, 2008 y 2017).

28 En la medida en que todos comunican, pertenecen a la sociedad; en la medida en que comunican diferente, se diferencian en su interior. La sociedad moderna tiene, entonces, un entorno interno, el de cada sistema funcional, y uno externo, el entorno general de la sociedad.

4. DESDE LO MASIVO: LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS

Los sistemas funcionales que evolucionaron a partir de los medios de comunicación simbólicamente generalizados refieren su función a los problemas internos de la comunicación. Sin embargo, hay otros que la refieren a los vínculos con el entorno: la medicina, a la relación con los sistemas orgánicos humanos; la educación, a la relación con los sistemas psíquicos, conocida como socialización; la religión, a la relación con el entorno sobrenatural, etc. Los medios de comunicación de masas no refieren su función a los problemas internos de la comunicación, ni a la relación de la comunicación con el entorno, sino al propio nexo de la comunicación con la comunicación. Lo que los medios masivos de comunicación producen es cada vez más comunicación, comunicación sobre la comunicación, comunicación de la comunicación, es decir, redundancia de la comunicación. Ese es, señala Luhmann (2000), su aporte específico a la sociedad y el corazón de su función.

Los medios de difusión, en la medida en que incorporan tecnología para expandir la comunicación, logran prescindir por completo de la interacción entre presentes, hasta llegar al punto en que necesariamente la excluyen.[29] Surgen así –como un sistema de componentes comunicativos apoyados en una base tecnológica orientada a su reproducción masiva– los medios de comunicación de masas. Forman parte de ellos todos los medios gráficos derivados de la invención de la imprenta (diarios, libros y revistas, libelos y panfletos),[30] los medios electrónicos no orientados a comunicaciones interpersonales como la radio, el cine y la televisión, y hoy deberíamos agregar los medios digitales tales como las redes sociales, los sitios web y los equivalentes digitales de los medios gráficos y electrónicos (periódicos, revistas y canales de televisión y *streaming online*). Estos medios se clausuran operativamente como un sistema autopoiético en torno a una distinción que configura la forma específica de su comunicación. Se consolidan así como un sistema parcial de la sociedad moderna funcionalmente diferenciada. Su distinción operativa es entre información y no

---

29 Por lo menos hasta la aparición de los medios digitales y las redes sociales, cuando surgen nuevas formas de interacción entre ausentes, ya sea en la forma de comentarios en los medios periodísticos o a las publicaciones en las redes sociales, además de las posibilidades de circulación de informaciones mediante el reenvío de publicaciones, noticias o memes. En todos los casos, sin embargo, se mantienen constantes los presupuestos de que las interacciones comunicativas no se llevan a cabo entre presentes y de que las comunicaciones no se orientan a receptores conocidos.

30 También podríamos agregar a la lista posters y afiches.

información, es decir, solo las comunicaciones con valor de novedad (información) pertenecen al lado positivo de la distinción y reproducen las operaciones del sistema. Las que no lo tengan deben reformularse de una forma novedosa para formar parte del sistema.

La función de los medios de masas se sostiene, justamente, en su masividad, en la capacidad técnica de hacer llegar sus comunicaciones a públicos diversos y extensos. Con el concepto de “público”, Luhmann hace referencia al entorno interno de todos los sistemas sociales, conformado por aquellas comunicaciones que quedan por fuera de los sistemas parciales. Los medios de comunicación de masas estimulan así las comunicaciones en el entorno interno de la sociedad, se especializan en la estimulación de la comunicación mediante la continua producción y reproducción de la información. Incrementan, por lo tanto, la oportunidad para la comunicación mediante la provisión continuamente renovada de temas novedosos. De esta manera, irritan también la comunicación en los sistemas parciales, ya sea proveyendo temas para la comunicación propia de cada uno (a la comunicación política, a los temas educativos, etc.), o irritando las operaciones respectivas (movimientos bursátiles a la alta o a la baja, tendencias electorales, etc.).

En esta teoría, los medios de masas son, entonces, una forma evolutiva mediante la cual la sociedad moderna se garantiza la continuidad ininterrumpida y la abundancia de operaciones necesarias en relación con la forma de su diferenciación. Pero su desarrollo supuso también el desarrollo de la sociedad moderna tal y como la conocemos. Para Luhmann, el pasaje de la diferenciación estratificada a la funcionalmente diferenciada en la sociedad europea estuvo muy marcado por la invención y generalización del uso de la imprenta y la consecuente difusión masiva de los textos impresos. A diferencia de otros lugares (China, por ejemplo), la invención de la imprenta no fue puesta al servicio del Estado sino del mercado. No sirvió, entonces, para sostener las jerarquías sociales difundiendo informaciones desde la cúspide de la sociedad (y solo desde ahí), sino que la difusión de textos estuvo basada en el interés económico, que excluía a la estratificación estamental (o, por lo menos, no se restringía por ella). La difusión de la comunicación pierde entonces, en Europa, su forma exclusivamente jerárquica y se transforma de manera paulatina en heterárquica. Los textos se observan entre sí para posicionarse unos respecto de otros; los lectores observan los textos y deben valorar su información sin reaseguros institucionales; la verdad de la comunicación ya no se garantiza por la posición de la enunciación, sino que se evalúa observando las observaciones; autores y editores también deben tener en cuenta lo que leen los lectores para decidir el modo de

presentar sus comunicaciones. Y esto se multiplica de forma exponencial: el poder ya no solo se ejerce, debe teorizarse y darse a conocer con fundamentos; el arte ya no es anónimo ni sagrado, expresa intenciones y sobre estas se comunica; el amor solo se entiende cuando se han leído novelas de amor; los valores son tan universales que todos deben conocerlos y leer sobre ellos, etc.

Este desarrollo técnico va a dar paso a una comunicación de masas, condición inseparable de la descripción de la sociedad como una sociedad de masas. La radio y la televisión contribuyen aún más a minar las jerarquías y a desintegrarlas espacialmente, la religión no se practica solo en los templos, además, hay canales y programas para ello; las comunicaciones llegan desde distintos lugares, en simultáneo, y se puede hacer *zapping*; en la radio hablan de libros, en la televisión de la radio, en las revistas de la televisión y todos de todo a la vez. Las computadoras, los "teléfonos inteligentes", Internet y las redes sociales ponen al alcance de un clic todo eso, más los comentarios de los usuarios sobre todo eso, más cualquier información vinculada a eso o a cualquier otra cosa a la que se quiera acceder, y ya no hace falta que nadie ratifique ni rectifique nada, lo verdadero, lo falso, lo real y lo ficticio, todo es información disponible y de esta manera, multiplicada en una red acéntrica y desencajada, se construye la observación social de la sociedad guiada por los medios de comunicación de masas.[31]

Esto me permite afirmar que Luhmann deja planteada así, aunque no lo explicita ni desarrolla en el mismo sentido, la descripción clásica de las ciencias históricas y sociales de uno de los principales factores que marcan el surgimiento de la sociedad moderna: su transformación en una sociedad de masas.[32] Si la sociedad es un sistema social omniabarcador (Luhmann, 2006: 55) –aquel que incluye todas las comunicaciones, pasadas y presentes y anticipadas como futuras– y, como tal, está compuesto por comunicaciones y solo por comunicaciones, la redundancia masiva de las comunicaciones difundidas por medios técnicos se convierte en un dato característico que permite guiar su descripción en un momento determinado. La sociedad moderna es también para Luhmann una sociedad marcada, a diferencia

31 Acéntrica y desencajada, pero no por eso exenta de jerarquías en cuanto a la capacidad de distribución, de posiciones dominantes en la producción de la comunicación, de concentraciones de la posibilidad de la circulación, etc. Como en todos los sistemas parciales, la diferenciación funcional no hace desaparecer las jerarquías internas ni entre las organizaciones ni al interior de ellas.

32 El *Lloyd's Weekly* en Gran Bretaña en 1890 y *Le Petit Parisien* en Francia en 1900 fueron los primeros periódicos en vender un millón de ejemplares, siendo, según Hobsbawm (2018: 61), los primeros en merecer el calificativo de "medios de comunicación de masas".

de las anteriores, por la masividad de sus componentes. Lo masivo, concluyo, es asimismo, en la propia obra de Luhmann, un recurso semántico puesto al servicio de la descripción sociológica de la sociedad moderna. La comunicación se vuelve masiva, reproducida por los medios técnicos de difusión, y esto tiene consecuencias cruciales para la sociedad (Luhmann, 2006: 243). Según el autor, la regulación social mediante la comunicación jerárquica ya no es posible, la sociedad se ve obligada a experimentar con nuevas condiciones de estabilidad, a desarrollar valores heterárquicos capaces de autorregularse, a autoobservarse de múltiples maneras sin poder definirse de ninguna. Mientras los medios de consecución de la comunicación capacitados para ello van conformando paulatinamente sistemas parciales diferenciados por función como forma de garantizar, mediante restricciones, espacios regulados de comunicación; los medios técnicos de difusión también se autonomizan, se clausuran operativamente y toman la forma de un sistema parcial de la sociedad moderna. Como tales, elaboran una observación propia de su entorno, construyen su propia realidad (en el doble sentido de que se autoproducen con las mismas observaciones con las que describen el mundo). Pero la realidad de los medios de masas es también información sobre el mundo para los públicos masivos que reaccionan comunicativamente a su comunicación. En su operación global, los medios de masas producen una descripción de la sociedad en la sociedad, y la difunden de forma masiva.

La teoría de sistemas autopoiéticos de Luhmann nos presenta, entonces, del mismo modo que las ciencias sociales en general, la descripción de un proceso histórico signado por la emergencia de lo masivo en las sociedades occidentales, el cual se vuelve un factor central de la descripción de estas. Pero su forma de presentación permite, a su vez, que podamos observar un aspecto no siempre percibido al hacer esta afirmación: la descripción de la sociedad moderna como sociedad de masas es, en gran medida, una autodescripción de la sociedad que se lleva a cabo con los medios masivos de difusión de la comunicación.[33] Las descripciones clásicas de la sociedad de masas

---

33 Se podría mencionar a Gustave Le Bon (1983) como el caso más emblemático de difusión de la comunicación sobre las masas como forma de autodescripción social. Su obra, *Psicología de las masas* [1895], ocupa un lugar fundacional en la semántica de segundo orden sobre las masas. Sin embargo, pese a pretender inscribirse dentro del ámbito de la psicología social, el éxito de la obra no se da en los círculos académicos, sino entre el público lego, convirtiéndose rápidamente en un *best seller* (Moscovici, 1981: 78) con repetidas ediciones. Es a partir de este éxito de público (sobre todo en los círculos políticos e intelectuales) y de su difusión como semántica de primer orden que el problema de las masas se consolida como semántica de segundo orden y foco de la reflexión académica. Por otra parte, muchos de los textos que

enfatizan la presencia de las multitudes en la escena pública. Pero eso sucedía ya en las sociedades segmentarias (póleis griegas), de tipo centro-periferia (Imperio Romano) o estratificadas (feudalismo). En la descripción luhmanniana de la sociedad moderna, es la capacidad de difusión incrementada por los medios técnicos de comunicación masiva lo que genera tal redundancia de la comunicación que solo puede ser encauzada, si se reduce su complejidad mediante la diferenciación funcional. La masividad de la comunicación es condición y consecuencia de la forma de la diferenciación funcional. Estamos en una sociedad de masas, sí, pero de masas de comunicación o de comunicación masiva.[34] Este excedente de comunicación abre las puertas tanto al condicionamiento y control de los medios de comunicación simbólicamente generalizados como también a la contingencia, heterarquía y policontexturalidad de la sociedad actual, ahora sociedad mundial. La masividad se resuelve en diferenciación, pero la diferenciación produce redundancia y la redundancia más masificación. La sociedad moderna está condenada a no poder rendir cuenta de sus actos y a aceptar como realidad la construcción virtual de los medios masivos de comunicación.

5. CONCLUSIÓN: CIENCIA Y COMUNICACIÓN

Este capítulo había comenzado planteando un cruce entre dos líneas paralelas de investigación y prometía llevar a cabo un *re-entry* de una en la otra. Pero la indagación acerca del lugar de la semántica de lo masivo en la teoría de Luhmann me recondujo, otra vez, hacia una de ellas. Porque la pregunta por el uso de las semánticas en la teoría sociológica es siempre una pregunta por las autodescripciones de la sociedad. Y el lugar de la semántica de lo masivo en la teoría de Luhmann está puesto en función de dos factores. En primer lugar, por orden de aparición, describir indirectamente las condiciones por las cuales, a partir de la difusión masiva de la comunicación por medios técnicos, se lleva a cabo una transformación en las estructuras de la sociedad en dirección al primado de la diferenciación funcional.[35]

---

vuelven sobre la temática con vocación reflexiva o descriptiva lo hacen bajo la forma del ensayo, por fuera de las disciplinas académicas y orientados al público en general –así, por ejemplo, en Sarlo (2007) y McClelland (2010)–. Una reflexión más extensa de los cruces y las influencias en los momentos fundacionales de la semántica de las masas y las multitudes puede encontrarse en el capítulo de Bialakowsky y Blanco en este volumen, y también en Sasín (2017).

34 Gabriel Tarde (2013) ha sido un precursor de esta observación al distinguir entre públicos y multitudes.

35 No es este el lugar para explayarme, pero debe quedar claro que "primado de la diferenciación funcional" no implica que sea la única forma de diferenciación exis-

Pero, en segundo lugar, y más directamente, la semántica de lo masivo aparece en la obra de Luhmann para describir un sistema social particular, el sistema parcial de los medios masivos de comunicación. La peculiaridad de este sistema, aquella que lo vuelve especialmente relevante en el contexto de una indagación por las formas de la autodescripción social es que, como afirma Luhmann (2000: 1), “lo que sabemos sobre la sociedad y aun lo que sabemos sobre el mundo, lo advertimos a través de los medios de comunicación para las masas”.

La realidad de los medios de masas, afirma Luhmann, es su operación social como multiplicadores de la comunicación (2000: 136 y ss.). Pero en esta función producen como realidad la de los temas con los que enlazan continuamente sus comunicaciones. La realidad de los medios de masas es tanto su operación como su observación. Como operación, constituyen un sistema parcial, entre otros, de la sociedad moderna funcionalmente diferenciada. Como observación, construyen la realidad de la sociedad como tema de la comunicación, es decir, la autoobservación de la sociedad. Es inevitable entonces pensar en qué medida los medios de masas se superponen con, o se diferencian de, la sociología.

La sociología, en el contexto del sistema de la ciencia, pretende también hacer otro tanto. Pero no como producción de temas para la reproducción de la comunicación, sino, podríamos decir en última instancia, como teoría de reflexión de la propia sociedad.[36] Si la producción de los *mass media* está orientada al entorno interno de la sociedad, la sociología observa a la sociedad como totalidad diferenciada de su entorno externo, y a cada sistema parcial con sus entornos. Pero lo hace desde y para el sistema de la ciencia y puede, entonces, observarse a sí misma operando en su entorno, con la distinción entre texto y contexto. La observación sociológica puede así comprender que la semántica de lo masivo es una forma de autodescripción de la sociedad moderna que presenta como novedad el reconocimiento de las condiciones crecientemente complejas de la vida moderna y se vale de la masividad para proclamarla. Pero también como un recurso de la comunicación que permite dar cuenta de que las condiciones para

---

tente: hay diferenciación segmentaria (por ejemplo, en las familias y los Estados) y estratificada (por ejemplo, en las organizaciones), pero la diferenciación funcional es la estructura predominante en la sociedad y la que organiza, en última instancia, a las demás.

36 En la teoría de Luhmann, los únicos que producen teorías de reflexión como forma de autodescripción son los sistemas funcionales. Las reflexiones precedentes me llevan a pensar que, en la medida en que la sociología se proponga una teoría de la sociedad en la sociedad, está llevando a cabo también el mismo tipo de autodescripción orientado a toda la sociedad.

su reproducción necesitan ahora de una reflexión que acompañe el carácter contingente e imprevisible de su diferenciación.

En la definición de Luhmann, la sociedad es el entramado recursivo de todas las comunicaciones humanas, presentes, pasadas y futuras, orales, escritas o electrónicas. La sociología, en cuanto empresa de observación y descripción científica de la sociedad, observa estas comunicaciones produciendo, a su vez, comunicaciones en su interior que pueden tomar la forma de *observaciones de segundo orden* de eventos o fenómenos sociales específicos (**C1**), *teorías de reflexión de la sociología* (**C2**) y *teorías de reflexión de la sociedad* (**C3**). Tomando en cuenta esta distinción ya presentada más arriba, puede plantearse que la teoría sociológica funciona, a su vez, también en tres niveles, o podría decirse, se despliega en tres dimensiones:

D1. En primer lugar, como esquema de referencia, trama de conceptos o conjunto de distinciones que guían la observación sociológica, es decir, como marco teórico de la investigación sociológica. Esta sería la prestación que la teoría sociológica ofrece a la sociología y que le permite la producción de comunicaciones de tipo C1.

D2. En segundo lugar, como forma de observación sociológica de la propia sociología. Elabora así, autoobservaciones y autodescripciones sociológicas que la llevan a aplicarse a sí misma su código operativo. Así, la teoría sociológica se presenta como reflexión de la sociología, generando comunicaciones del tipo C2.

D3. Por último, la teoría sociológica no resulta solo una teoría para la sociología ni una teoría de la sociología, sino, además, una teoría de la sociedad. En este sentido, la teoría sociológica cumple, en última instancia y en mayor medida, la función social de la sociología, aquella que la legitima como campo del saber y permite el acoplamiento de sus comunicaciones con las de los otros sistemas parciales en el marco de las comunicaciones de tipo C3.

La conjunción de estos tres niveles de la producción sociológica mediante el anudamiento de estas tres dimensiones de la elaboración teórica permite comprender que la teoría sociológica, lejos de ocupar un lugar secundario y prescindible en la producción del conocimiento de y sobre la sociedad, configura su misma matriz y resulta una pieza fundamental sin la cual aquel no sería posible.[37] Pero esta

37 Y esto puede comprenderse cuando la investigación en teoría sociológica se orienta por la forma C1 (observación de observaciones) para observarse en cuanto

compresión no puede dejar de tener en cuenta también que este conocimiento no es más que una semántica específica en el contexto de una estructura social determinada y, por lo tanto, tan limitado por las condiciones de su emergencia como contingente en relación con los factores de su producción.

Investigar sociológicamente la teoría sociológica acarrea, en estos términos, la marca de la autoimplicación y la recursividad, y traslada la pregunta de toda investigación, al contexto social que la hace posible, a las condiciones de la sociedad en que tal investigación se lleva a cabo. Y estas condiciones son las de una sociedad que ha renunciado a centralizar la comunicación y ha descargado en los medios de masas la producción y reproducción de los temas y las informaciones necesarios para su autopoiesis.

En resumen, en cuanto teoría de la sociedad, la teoría sociológica asume la función de producir una descripción científica de la sociedad en la sociedad, una autodescripción de la sociedad. Esto es, se presenta como una instancia en la que la sociedad elabora comunicaciones sobre sí misma, representándose como unidad. La teoría sociológica es, ya se ha dicho, también una teoría de reflexión de la propia sociedad. Pero también los medios masivos de comunicación se encargan por su cuenta de eso, de un modo más certero a veces, con mayor capacidad de enlace, siempre. En cierta medida, los sistemas del derecho, de la economía, de la política, del arte, a veces, cumplen de modo restringido esa función. Pero la sociología es el único ámbito que produce, y se legitima con ello y para ello, una descripción científica de la sociedad.

En las condiciones de una sociedad moderna organizada con base en la diferenciación funcional (la fragmentación de esferas de valor, la división del trabajo social, etc.), la sociedad ya no encuentra una fuente unívoca para su autodescripción. No hay una cúspide jerárquica en la pirámide de la estratificación social desde la cual pueda legitimarse una forma de descripción. La legitimación es funcional y así la sociedad ha desarrollado en su seno una semántica legítima de autodescripción social en la forma de la ciencia. Se diga lo que se diga acerca del alcance o la influencia de las comunicaciones sociológicas, lo cierto es que la sociología funciona como una fuente de legitimación científica de las comunicaciones de la sociedad sobre la sociedad. Al describir a la sociedad en la sociedad, los medios de masas no ne-

---

D1 (esquema de observación). Si esto se lleva a cabo, la propia racionalidad de la observación sociológica deriva en un salto a la D2 (autoobservación sociológica) y no puede, de esta manera, dejar de hacerse preguntas en la tercera dimensión planteada, D3, es decir, como teoría de la sociedad.

cesitan regular la verdad de sus afirmaciones, su único criterio regulativo es información/no información. Su descripción es más masiva, más amplia, hasta podríamos pensar, más actual. Pero su observación no puede dar cuenta de sí misma, no puede informar sobre cómo distingue entre informar y no informar o, cuando lo hace, genera paradojas de difícil resolución. No puede, en definitiva, observarse observando, describirse describiendo. La sociología no solo puede, sino que debe hacerlo. Forma parte de su programa como empresa científica y constituye la base de su racionalidad operativa, aquella que le permite desarrollar, como descripción, un correlato comunicativo de la sociedad, de presentar, como propia teoría, una teoría de la sociedad.

Estas reflexiones, que se desprenden directa e indirectamente de los desarrollos conceptuales de la teoría de los sistemas sociales autopoiéticos de Luhmann, se orientan, principalmente a plantear la necesidad de una clarificación teórica del trabajo con las teorías. No solo en el sentido de la *metateoría* propuesta por Ritzer (1997) sino, además, en el de una definición teórica de la teoría que fundamente adecuadamente las investigaciones en este campo. La observación de los "recursos semánticos" de la teoría sociológica permite dar cuenta de los distintos modos en los que la sociología en particular, y las ciencias sociales en general, presentan sus descripciones de los procesos sociales con una pretensión de universalidad, pese a su localización interna al sistema de la ciencia. Y asimismo permite comprender la relación entre estas descripciones y los procesos sociales que con ellas son descritos. Pero muchas otras formas de investigación teórica son posibles a su vez, y este libro es una muestra de algunas de ellas. A todas las reúne la necesidad de dar cuenta de sí mismas al presentarse como tales, al describirse describiendo, al observarse observando. Por supuesto, no todas (seguramente pocas, quizás ninguna) abrevarán en el manantial de la teoría de sistemas, no es necesario tal cosa. Pero es posible que puedan encontrar aquí algunas pocas indicaciones para formular el marco teórico de una investigación que en cierto momento de su desarrollo llegue tal vez a indagar acerca de sus propios presupuestos. Si tal cosa llegase a suceder, la función de estas líneas estaría cumplida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abend, G. (2008). The Meaning of 'Theory'. *Sociological Theory*, 26(2), 173-199. Recuperado de https://doi.org/10.1111/j.1467-9558.2008.00324.x.

Alexander, J. (1982). *Theoretical Logic in Sociology, Volume One. Positivism, presuppositions, and currents controversies*. California: University of California Press.

— (1991). Sobre Theoretical Logic in Sociology. Objetivos Intelectuales y Contexto Histórico y Biográfico. *Acta Sociológica*, IV(23), 35-48.

— (1992). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Madrid: Gedisa.

Allan, K. (2006). *Contemporary Social and Sociological Theory. Visualizing social worlds*. Thousand Oaks: Pine Forge Press.

Aronson, P. (2014). El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social. En *Memoria Académica VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4648/ev.4648.pdf.

Bialakowsky, A. (2013). Antecedentes y posibilidades de un análisis comparativo en metateoría. El abordaje problemático en la teoría sociológica contemporánea. *Documentos de Jóvenes Investigadores,* 38, 1-60.

Blanco Rivero, J. J. (2011). «Observando» la historia de las ideas. Niklas Luhmann y su contribución al debate contemporáneo de las ciencias históricas. *Revista Politeia,* 34(47), 141-170.

— (2012). Hacia una teoría operativa del significado. *Ariadna Histórica. Lenguajes, Conceptos, Metáforas*, 1, 41-79. Recuperado de http://www.ehu.es/ojs/index.php/Ariadna.

Chernilo, D. (2002). La teoría de los medios simbólicamente generalizados como programa intensivo de investigación. *Revista Mad*, 7. Recuperado de http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RMAD/rt/printerFriendly/1480.

Donzelot, J. (2007) [1984]. *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Finley, M. I. (1987) [1970]. *Grecia primitiva: la Edad de Bronce y la Era Arcaica*. Buenos Aires: EUDEBA.

Hobsbawm, Eric (2018). *La era del Imperio (1875-1914)*. Buenos Aires: Crítica.

Jokisch, R. (2002). *Metodología de las distinciones. Forma, complejidad, autorreferencia, observación, construcción de teorías integrando lo macro y lo micro en las ciencias sociales*. México D. F.: Ediciones Casa Juan Pablós.

Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social.* Madrid: Trotta.

Le Bon, G. (1983) [1895]. *Psicología de las masas.* Madrid: Morata.

Luhmann, N. (1996). *La ciencia de la sociedad.* México D. F.: Universidad Iberoamericana.

— (1998) [1984]. *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos.

— (2000). *La realidad de los medios de masas*. Barcelona: Anthropos.

— (2002). *Die Politik der Gesellschaft*. Fráncfort: Suhrkamp.

— (2004). *La política como sistema.* México D. F.: Universidad Iberoamericana.

— (2005a). *El arte de la sociedad*. México D. F.: Herder.

— (2005b). *El derecho de la sociedad*. México D. F.: Herder.

— (2006) [1997]. *La sociedad de la sociedad*. México D. F.: Herder.

— (2007a). *Introducción a la teoría de sistemas*, México D. F.: Universidad Iberoamericana.

— (2007b). *La religión de la sociedad*. Madrid: Trotta.

— (2008). *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.

— (2017). *La economía de la sociedad*. México D. F.: Herder.

Mascareño, A. (2006). Sociología del método: la forma de la investigación sistémica. *Cinta de Moebio,* 26, 1-41. Recuperado de www.moebio.uchile.cl/26/mascareno.html.

— (2009). Medios simbólicamente generalizados y el problema de la emergencia. *Cinta de Moebio*, 36, 174-197. Recuperado de www.moebio.uchile.cl/36/mascareno.html.

Maturana, H. y Varela, F. (1998). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis, la organización de lo vivo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

McClelland, J. S. (2010). *The Crowd and the Mob. From Plato to Canetti,* Londres: Routledge.

Moscovici, S. (1981). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.

Nisbet, R. (1996) [1966]. *La formación del pensamiento sociológico 1*. Buenos Aires: Amorrortu.

Ritzer, G. (1997). *Teoría sociológica contemporánea*. México D. F.: McGraw-Hill.

Sarlo, B. (2007) [2001]. *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé.

Sasín, M. (2009). Poder, saber, sentido. Procesamiento de la contingencia y producción de la realidad: Variaciones sobre Niklas Luhmann y Michel Foucault. *RELEA. Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados*, 15(30), 95-132.

— (2010). La comunidad estéril. El recurso comunitario como forma de la autodescripción social. *Revista Papeles del CEIC,*

1(57). Recuperado de http://www.identidadcolectiva.es/pdf/57.pdf.

— (2017). Sociología de las masas. La semántica de lo masivo en los orígenes del pensamiento social argentino. En *XXXI Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) "Las encrucijadas abiertas de América Latina. La sociología en tiempos de cambio"*. Recuperado de http://www.alas2017.com/isbn/.

Seidmann, S. (1998). The End of the Sociological Theory. En S. Seidman (ed.), *The Posmodern Turn. New Perspectives on Social Theory* (pp. 119-139). Nueva York: Cambridge University Press.

Spencer Brown, G. (1972). *Laws of Form*. Nueva York: The Julian Press Inc.

Swedberg, R. (2012). Theorizing in Sociology and Social Science: Turning to the Context of Discovery. *Theory and Society*, 41, 1-40.

Tarde, G. (2013) [1901]. *La opinión y la multitud*. Buenos Aires: Urbanita.

Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.

Weber, M. (1997). *Economía y sociedad*. *Esbozo de sociología comprensiva*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Zabludovsky, G. (2002). Teoría y metateoría en las ciencias sociales contemporáneas. En *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo* (pp. 127-168). México: Porrúa.

Emiliano Torterola

PARA UN ANÁLISIS METATEÓRICO DE LAS REDES CONCEPTUALES

CONTRIBUCIONES AL PARADIGMA SOCIOLÓGICO INTEGRADO Y LA TEORÍA DEL PÚBLICO EN LA SOCIOLÓGICA CLÁSICA

INTRODUCCIÓN

Desde hace al menos tres décadas, el campo de la teoría sociológica experimenta, al menos, dos movimientos o desplazamientos. El primero alude al "aumento significativo" de proyectos y estudios teóricos *autorreflexivos*, de carácter *meta-analítico* (Ritzer, 2010: 665-680; 1997 [1993]: 585-610; Fuhrman y Snizek, 1990). Es decir, se reconoce en la sociología "una tendencia (...) a concentrarse en la reflexión en torno al quehacer teórico" (Zabludovsky, 2002: 130; véase también Bialakowsky, 2013: 13, 23-42).

Esta orientación reconoce un sinnúmero de modelos o métodos de abordaje, objetos y objetivos de indagación: identificar las condiciones históricas, sociales e intelectuales de producción y circulación científica; reconocer y analizar los supuestos y las reglas –manifiestas o implícitas– de enunciación y observación; examinar los formatos epistemológicos, metodológicos o incluso estilísticos que orientan o moldean la labor teórica y/o teorizante, etc.

Como bien señala Zabludovsky, este (primer) movimiento parece actuar "como causa y efecto" de otro (segundo) desplazamiento: "el renacimiento de los autores clásicos" (2002: 132; véase también Lamo de Espinosa, 2001), uno de los movimientos teóricos más sig-

nificativos[1] tras el derrumbe del "consenso ortodoxo" parsoniano hacia finales de la década de 1970. Tal renacimiento supuso a su vez rescatar de ámbitos marginales (si se tiene en consideración el canon dominante) a clásicos como Georg Simmel, Gabriel Tarde y Robert Park. Y con ellos cobraron renovado interés proyectos disciplinarios, paradigmas, teorías, conceptos, objetos y quehaceres sociológicos olvidados o relegados.

Al considerar a estos últimos autores (quizás los redimidos o recobrados con mayor fuerza, para restringirme a la sociología iberoamericana), pueden identificarse y subrayarse (brevemente) tres apuestas fuertemente articuladas, y en buena medida soslayadas durante el siglo XX. La primera consistió en acercar la disciplina en formación al estudio de la psicología o conducta colectiva (Germani, 1971), mostrando una particular sensibilidad y un interés por entidades, fenómenos o procesos microsociales. Un segundo interés en cuestión, claramente asociado al anterior, radicó en el estudio de las formas (puras y/o empíricas) de sociabilidad y las espinosas relaciones entre intersubjetividad y subjetividad, interacción y estructura psíquica. Un tercer denominador común corresponde al análisis de los conceptos (y las manifestaciones empíricas) sociológicamente fundamentales para los institucionalizadores[2] en cuestión: la *masa*, la *multitud*[3] (en los tres) y el *público* (en Park y Tarde) (Borch, 2012; Nocera, 2013 y 2008; Sánchez de la Yncera y López-Escobar, 1996).

La escasa consideración que recibieron estos conceptos en el "pensamiento sociológico"[4] puede entonces examinarse como un

---

1 Pueden sumarse, al "renacimiento" –y reelaboración– del panteón de autores y obras clásicas, el llamado retorno de la Gran Teoría (Skinner, 1988), y el florecimiento de la(s) Teoría(s) de lo *Post* (Lamo de Espinosa, 2001: 42-45).

2 Para un estudio del pensamiento sociológico a través de sus generaciones y la distinción entre "iniciadores", "fundadores" e "institucionalizadores" de la disciplina, véase el artículo ya citado de Lamo de Espinosa (2001).

3 Sobre el tratamiento de estas categorías o nociones en estudios "científicos" y "ensayísticos" considerados claves o referentes en la disciplina hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, véase el capítulo de Ana Blanco y Alejandro Bialakowsky en el presente libro.

4 Considérese la determinación de las *ideas-elementos* "esenciales de la sociología" según Nisbet (2003 [1966]: 17), aquellas que distinguen la disciplina de las restantes ciencias sociales: *comunidad*, *autoridad*, *estatus*, *lo sagrado* y *alienación*. Recuérdese también que, según Nisbet, cada una de estas ideas-elementos "suele estar asociada a un concepto antinómico, una especie de antítesis, del cual procede gran parte de su significado constante en la tradición sociológica" (2003 [1966]: 19): *sociedad*, *poder*, *clase*, *lo secular*, *progreso*, respectivamente. Sobre la formulación teórica sustentada en antinomias o dualismos, se volverá luego.

indicador del estatuto periférico que caracterizó a los mencionados "clásicos". En especial, si se ciñe el diagnóstico al campo sociológico iberoamericano. Pero, más allá del confinamiento de la observación, resulta todo un síntoma que, en el "*locus classicus* de todas las discusiones sobre la esfera pública" (Fraser, 2007), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (Habermas, 2011 [1962]), no se encuentren referencias a Robert Park y apenas una mención, decorativa, a Gabriel Tarde.[5]

Los dos movimientos resaltados –el ejercicio metateórico y el *revival* de los clásicos– conforman el punto de partida para el presente artículo. El primero se corresponde con el objetivo primario del trabajo: formular y ofrecer una herramienta de fácil empleo para el estudio sistemático de teorías. Esta se basa (o toma por piedra angular) el Paradigma Sociológico Integrado (en adelante, PSI) de George Ritzer (apartado I): una herramienta que propone comprender de manera sistemática y evaluar según criterios exhaustivos las teorías sociológicas.

¿Por qué la elección de la propuesta metateórica integradora de los niveles de análisis social planteada por el sociólogo estadounidense? En primer término, debido a que ella ofrece, a mi juicio, un instrumento útil, de fácil empleo para la comprensión, el análisis sistemático y la evaluación de los paradigmas y las teorías sociológicas. El PSI se presenta, según declara su creador, como un "modelo claro y sencillo". Puesto que "el mundo social es muy complejo (…) y para poder comprenderlo se requieren modelos relativamente simples" (Ritzer, 1997 [1993]: 586, 609). Suscribo entonces el criterio práctico y utilitario brindado por el sociólogo de Maryland.

En segundo término, porque considero factible y necesario realizar una serie de precisiones en el PSI, con el objetivo de perfeccionar y clarificar el nivel de análisis metateórico de carácter "englobador". Sostengo, en este punto, que Ritzer no diferencia claramente el objeto de observación metateórico, teórico y empírico. En tal sentido, propongo como unidad de análisis de la metateoría (para el estudio de las teorías) los conceptos y las redes de conceptos y nociones (Somers, 1996-1997a; 1996-1997b) (apartado II).

---

5 Lo interesante y sintomático de la obra referente, en este punto, es, precisamente, aquello que fue silenciado y omitido de plano: los estudios sociológicos pioneros de Tarde y Park en torno a la construcción de una esfera y una opinión pública burguesa, durante los primeros siglos de la modernidad. Retrospectivamente, pareciera que, a los estudios tecnocráticos cuantitativos, empíricos de los públicos y las opiniones (iniciados hacia 1930), no los hubieran precedido una etapa teorizante "cualitativa y abstracta" de los colectivos y sus opiniones (véase Capellán de Miguel, 2008).

Contribuir a la recuperación y revitalización de una teoría del público en el período inicial de la disciplina conforma el segundo objetivo del trabajo. Para ese fin me centraré en la obra de Robert Park y en su concepto de *público*, valiéndome para ello y poniendo en funcionamiento el paradigma integrador de redes conceptuales, previamente elaborado. No se procura entonces realizar un estudio minucioso, pormenorizado y erudito de la obra del sociólogo de Chicago, sino, fundamentalmente, recalar en períodos intelectuales diferentes de aquella para "poner a prueba" una variante –a mi juicio enriquecedora– del modelo metateórico integrador mencionado.

Como punto de partida del estudio del concepto de público, se considerarán dos períodos en la biografía intelectual del sociólogo de Chicago. El período inicial (1900-1904) corresponde a la formulación y posterior publicación en Heidelberg de su tesis doctoral –y primera obra magna (apartado III).[6] El segundo tramo se desenvuelve principalmente en la década de 1920, dentro del departamento de Sociología de la Universidad de Chicago. Este se orientó, de manera articulada, a la creación de un modelo teórico (*Ecología humana*) (apartado IV.I) y un proyecto de investigación historizado y empíricamente orientado (*sociología de la vida metropolitana moderna*) (apartado IV.II). Tras la presentación del modelo y la teorización de la transición histórica de la vida parroquial a la metropolitana, se ofrece una síntesis e integración de ambos andamiajes conceptuales en un único esquema, denominado ecología urbana (apartado V).[7]

Los objetivos del presente artículo se encuentran, como puede observarse, fuertemente entrelazados. Por un lado, se espera aportar un "valor agregado" (fundado en el nivel metodológico) a la labor interpretativa de los textos y el análisis (reconstructivo) de la teoría y los conceptos. Por otro lado, se propone "poner a prueba" –acudiendo a un objeto en buena medida soslayado en el pensamiento sociológico– la pertinencia, evaluar la eficacia y el potencial del instrumento ofrecido. Una reflexión general sobre los resultados esperados en torno a cada objetivo y la relación entre ellos se ofrece en las consideraciones finales del escrito (apartado VI).

---

6 "La masa y el público. Una investigación metodológica y sociológica" (1996 [1904], en adelante MyP).

7 Para el primero de estos proyectos, Park redactó junto a Ernest Burgess su segunda obra magna, *Introduction to the Science of Sociology* (Park y Burgess, 2016 [1921], en adelante, *ISS*). La obra referente del segundo objetivo –la investigación empírica sobre la *ecología urbana*– fue *The City* (1986 [1925], editado junto con Burgess y McKenzie). Parte de los artículos allí ofrecidos fueron publicados en castellano en la compilación aquí utilizada: *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana* (1999).

I. LA PROPUESTA METATEÓRICA DE GEORGE RITZER: ABORDAJE INTEGRADOR DE LOS PARADIGMAS Y LAS TEORÍAS

Uno de los principales aportes brindado por George Ritzer (1940)[8] a la disciplina sociológica es la reflexión metateórica. Esta última, vale aclarar, se presenta como un ejercicio muy particular dentro de lo que el autor denomina metaanálisis (el cual, desde luego, tampoco es exclusivo de la disciplina en cuestión). La metateoría en sociología se presenta, por otro lado, como un tipo específico de metaanálisis disciplinario; una "metasociología" entre otras tantas desarrolladas (Ritzer, 2010: 664).

Puede definirse la metateorización como "el estudio sistemático de la estructura subyacente a la teoría sociológica", o de cualquier otra disciplina (Ritzer, 1997 [1993]: 586; 2010: 664-665). Según el autor, existen tres tipos (ideales) fundamentales de labor (y examinación) metateórica. En primer término, *metateoría como medio para obtener una comprensión más profunda de la/s teoría/s* (*Mo*). Consiste en el análisis de los *contextos* históricos, culturales, institucionales, tanto sociales ("externos") como científicos o intelectuales ("internos"). Esta "sociología de la sociología", "sociología de la ciencia" o "sociología del conocimiento" se propone dilucidar los escenarios que delimitan, orientan, influyen y estimulan, en mayor o menor medida, las reglas de producción y circulación intelectual, explorando para ello las correspondencias entre "textos" y "contextos" en diversos ámbitos (social-intelectual) y niveles (internos-externos).[9]

El segundo tipo ideal de labor metateórica consiste en la indagación de las modalidades de interpretación, apropiación y empleo –los "usos"– de *corpus* teóricos preexistentes a las formulaciones teóricas subsiguientes. Es decir, labor metateórica como *preludio al desarrollo*

---

8 En líneas generales, la labor sociológica del actual profesor de la Universidad de Maryland se direccionó conjuntamente, durante un tramo importante de su trayectoria intelectual –los años ochenta e inicios de los noventa–, al estudio de la historia de la teoría sociológica y la formulación de propuestas denominadas "metateóricas". Entre sus principales obras del período se destacan: *Sociology: A Multiple Paradigm Science* (1975), *Toward an Integrated Sociological Paradigm* (1981), *Metatheorizing in Sociology* (1991), *Sociological Theory* (2010), *The Blackwell Encyclopedia of Sociology* (2007). Durante las décadas siguientes, incorporó a sus proyectos de investigación el "diagnóstico de época". Entre las publicaciones más destacadas en esta dirección se encuentran: *The McDonaldization of Society* (2004) –un verdadero *best seller* sociológico– y *Enchanting a Disenchanted World: Revolutionizing the Means of Consumption* (1999).

9 Para una reflexión sistemática y pormenorizada sobre las relaciones entre "textos" y "contextos", véanse los trabajos de Pablo de Marinis, Ana Grondona y Mariano Sasín en el presente libro.

de la teoría (*Mu*). Procura rastrear y reconstruir las fuentes teóricas y conceptuales utilizadas "para el desarrollo" de un nuevo modelo analítico (Ritzer, 1997 [1993]: 588). Las fuentes son consideradas "recursos" o "insumos" para la producción teórica, por lo que el investigador debe reconstruir las operaciones de apropiación que las teorías realizan de autores, obras, paradigmas, modelos analíticos, etc.

El tercer y último tipo ideal de trabajo metateórico (*Mp*) es, para la presente indagación, el más relevante. Ritzer (1997 [1993]) lo define como "fuente de las perspectivas que sostienen *toda* la teoría sociológica" (1997: 587, el énfasis me pertenece; 2010: 667-668). El PSI es, entonces, uno entre varios instrumentos ofrecidos en la sociología dentro de este (tercer) tipo de ejercicio metateórico.[10]

Para abordar la totalidad de los paradigmas (y las teorías en su totalidad), el sociólogo estadounidense desarrolló un instrumento holístico, capaz de comprender y evaluar –desde una perspectiva integradora– las fortalezas, potencialidades, debilidades y carencias de los paradigmas y las teorías (1997 [1993]: 587).

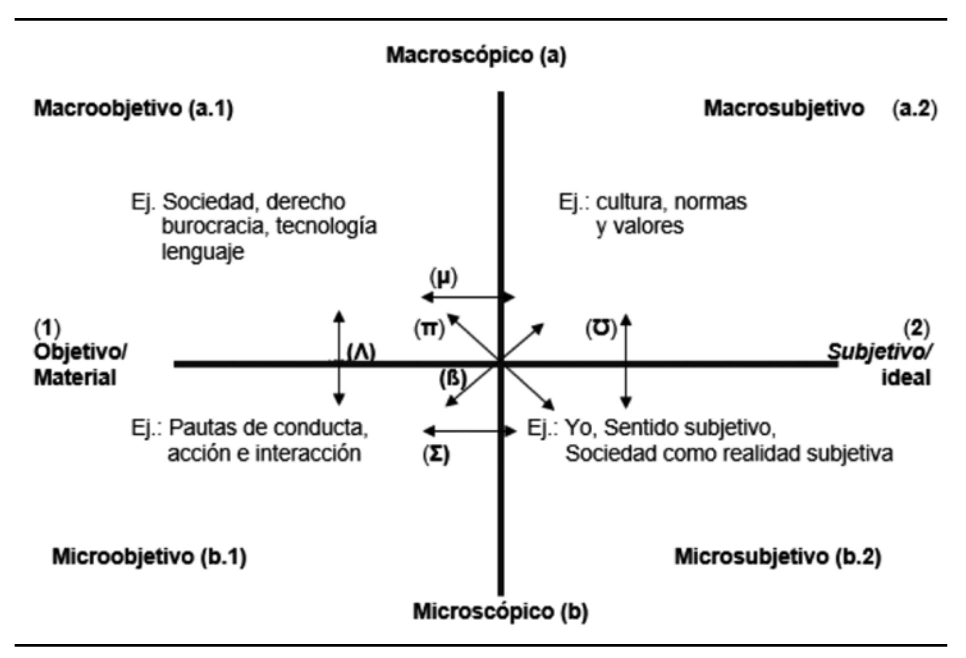
Dada la pretensión abarcadora, exhaustiva e integradora del modelo, ninguna propiedad o estado del objeto estudiado debería escapar al ejercicio formalizador metateórico. La "clave" del proceso de "integración" es la construcción figurativa y sintética de una "taxonomía holística" (Toledo-Nickels, 2008) u "holismo taxonómico", al cual (holismo) se llega a través de la determinación de *dos continuos* exhaustivamente utilizables en el análisis de los paradigmas fundamentales: *macro-micro*, *objetivo-subjetivo*. Operacionalizados, estos continuos pasan a constituirse en el *sistema o plano de coordenadas,* que emerge de la yuxtaposición de los *ejes*. En el **diagrama n° 1,** ofrecido a continuación, puede visualizarse la reconstrucción del modelo integrador, con sus coordenadas características. El continuo macro-micro es simbolizado con las **letras a** y **b,** mientras que el objetivo-subjetivo con los números **1** y **2**.

Formado el plano (integrador de paradigmas), en segundo lugar, se obtienen cuatro dimensiones (cuadrantes) de análisis que subyacen a la relación ortogonal entre ejes macroobjetivo (**a.1**), macrosubjetivo (**a.2**); microobjetivo (**b.1**), microsubjetivo (**b.2**) (Ritzer, 1997 [1993]: 604-610). El *continuo* macro-micro(social) se propone indagar la caracterización y las relaciones entre fenómenos sociales en los paradigmas y las teorías, según *"la magnitud y la escala"* de aque-

10 Son numerosos los modelos integradores ofrecidos para este tipo de labor, el autor resalta: la "matriz disciplinar" de Wallace, la "metasociología positivista" de Furfey, la "neodialéctica" de Gross y la "lógica teórica general" de Alexander (Ritzer, 2010: 668-669).

llos; desde los más "grandes" hasta los más "pequeños" o viceversa (Requena Santos, 2000: 138; Ritzer, 1997 [1993]: 606; véase también Salles, 2001: 115-118).

Diagrama Nº1
El paradigma sociológico integrado (PSI): continuos y dimensiones de análisis



Fuente: Ritzer, 1997: 463.

El segundo eje lo forma la polaridad *objetivo-subjetivo*. En la esfera analítica "objetiva" se ubican fenómenos *materiales* (externos, objetivados y eventualmente, coercitivos). La comprensión-clasificación de las dimensiones subjetivas del mundo social abarca por contrapartida los fenómenos *ideales* o *espirituales*; aquellos que "ocurren exclusivamente en el campo de las ideas, y que carecen de una existencia material. Son los procesos mentales, la construcción social de la realidad, las normas, los valores y otros muchos elementos de la cultura" (Requena Santos, 2000: 139).

Más que una escala *discreta* –como sucede en el continuo macro-micro– el eje en cuestión está "formado por dos tipos polares con una serie de *tipos mixtos*", que combinan "elementos" o "medidas" diferentes de los extremos "subjetivo" y "objetivo" (Ritzer, 1997 [1993]: 609-610. El énfasis me pertenece). A su vez, fenómenos "ideales", como

la cultura y las normas, son también objetivos (en el sentido de objetivaciones coactivas). Por tales motivos (usual hibridación, carácter "objetivo" de los fenómenos "ideales"), la polaridad en cuestión opera de manera *heurística* y *orientativa*.

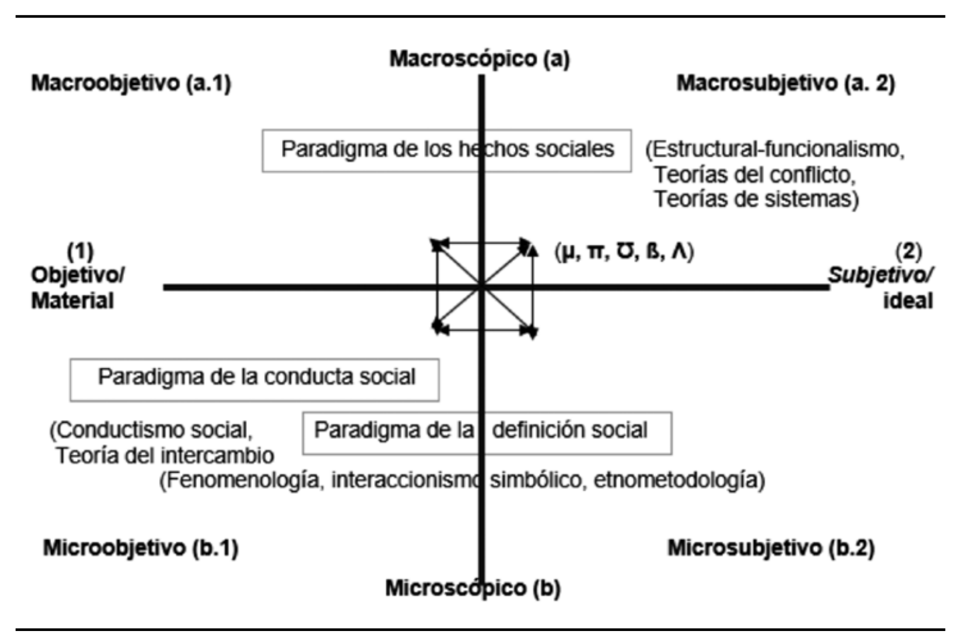
Tras la construcción de las dimensiones y sus elementos, es preciso estudiar "la relación dialéctica" entre dichas dimensiones, dado que, en "el mundo social", en todos los procesos o prácticas sociales se "ponen en juego", al mismo tiempo, todos los campos analíticos. Según el autor, "la cuestión micro-macro no puede analizarse independientemente del continuum objetivo-subjetivo. Todos los fenómenos sociales micro y macro son también objetivos o subjetivos. Esto lleva a la conclusión de que hay cuatro niveles principales de análisis y de que los sociólogos deben centrarse en su interrelación dialéctica" (1991: 463; 2010: 670-685). Estas interacciones simultáneas, fundamentales en la definición del autor, son representadas en el diagrama N°1, con los símbolos μ, π, Ʊ, ß, Λ, Σ.

Una vez diseñado el instrumento metateórico, como ya se mencionó, el autor se propone *ubicar* o *situar* en el PSI los "paradigmas sociológicos fundamentales", como se expone en el diagrama N°2. Los paradigmas, afirma Ritzer (1997 [1993]) siguiendo a Kuhn, son "imágenes básicas de objetos, métodos y obras referentes de una ciencia" (p. 598). Tras esta definición tan amplia, el autor aclara, por un lado, que "las teorías *son sólo parte de paradigmas más amplios*" (p. 598-599, el énfasis pertenece al autor). Y, por otro lado, que son tres: el paradigma de los *hechos sociales*, el de la *conducta social* y el de la *definición social* (Ritzer, 1975; 1997 [1993]: 589-592; véase también Bialakowsky, 2017 y 2013; Toledo-Nickels, 2008; Requena Santos, 2000). Esta clasificación le permite a su vez al autor resaltar la condición *multiparadigmática* de la disciplina (Ritzer, 2010; 1997 [1993]).

También esta fijación es heurística, y sirve a los fines aproximativos e ilustrativos, fundamentalmente. Según la clasificación formulada por Ritzer, el paradigma de los *hechos sociales* toma por objeto o punto de partida del análisis sociológico las grandes estructuras del mundo social (objetivas y subjetivas). La condición *sui generis* de la sociedad se reconoce en las expresiones supraindividuales, coercitivas e independientes de la voluntad humana. Por lo tanto, abarca los cuadrantes macroobjetivos y macrosubjetivos (a.1 y a.2), y comprende a teorías tales como el *estructural-funcionalismo*, las *teorías del conflicto*, la *teoría de sistemas*. El paradigma de la *definición social* se centra en el significado (interpretación descriptiva, explicativa) del mundo social realizado por los actores, de modo intersubjetivo o individualmente: "Se ocupa principalmente del mundo microsubjetivo y de la parte del mundo microobjetivo que depende de los procesos mentales

(la acción)” (b.2 y parcialmente b.1) (Ritzer, 1997 [1993]: 611-612). Sus teorías más representativas son el *interaccionismo simbólico*, la *fenomenología*, la *etnometodología*. El tercer paradigma es el de la *conducta social*, considerando la condición irreflexiva de aquella: el trasfondo naturalizado, aproblemático y orientador de las acciones e interacciones humanas son los sistemas de recompensas (o gratificaciones) y los castigos; normas que diferencian modos “deseables-esperables” e “indeseables-no esperados” de conducta o comportamiento (véase Ritzer, 1975: 158-165). Por tal motivo, según el autor, “se interesa por la parte del mundo microobjetivo que no incluye los procesos conscientes (la conducta)” (ni concibe autonomía individual alguna), y se ubica exclusivamente en el cuadrante microobjetivo (b.1) (Ritzer, 2010: 670-671). Dos enfoques teórico-sociológicos pueden incluirse bajo la denominación “conductismo social”: la *sociología conductista* y la *teoría del intercambio*.

Diagrama Nº2
Los paradigmas sociológicos fundamentales en el paradigma sociológico integrado (PSI)



Fuente: Ritzer, 2010: 679.

Una vez ubicados los paradigmas o teorías en los cuatro cuadrantes, la labor metateórica consiste en comprender y evaluar críticamente, en

primer lugar, las fortalezas y debilidades de dichos paradigmas o teorías, determinadas por los modos en que se aborda en ellos el carácter multidimensional de la realidad social (μ, π, Ʊ, ß, Λ). En segundo lugar, en virtud de lo anterior, identificar gracias a la herramienta englobadora, cómo pueden complementarse los paradigmas en cuestión. Y en tercer y último término, ofrecer recetas para el perfeccionamiento de cada uno de ellos.

Realizada sintéticamente la reposición del planteamiento de Ritzer, pueden abrirse, como ya sucedió en varias oportunidades, diversos interrogantes, aportes (Requena Santos, 2000; Colomy, 1991) y críticas (Bialakowsky, 2017 y 2013; Zabludovsky, 2002). Mi planteo parte de una problematización, que da lugar a un cuestionamiento y finaliza con un aporte. Para pasar al apartado siguiente y cerrando el presente, formulo entonces las preguntas: según Ritzer, reflexionando específicamente sobre el tercer ejercicio metateórico: ¿cuál es el objeto de reflexión de la teoría y cuál el de un modelo analítico sistemático como el PSI?

II. PARADIGMA SOCIOLÓGICO: *INTEGRANDO* EL ESTUDIO DE LAS *TEORÍAS* A TRAVÉS DE LAS *REDES CONCEPTUALES*

Para responder el interrogante, Ritzer enfatizó reiteradamente que el objeto de estudio de la metateoría son los paradigmas y las teorías, al tiempo que estas últimas se abocan a la observación de fenómenos empíricos: "Mientras el objeto de la reflexión de los teóricos es el mundo social, los metateóricos se centran en *el estudio sistemático de la estructura subyacente a la teoría sociológica*" (Ritzer, 1997 [1993]: 97; 585, el énfasis pertenece al autor).[11]

Realizada esta aclaración, cabe preguntar: ¿qué elementos o unidades componen las estructuras teóricas? Puede afirmarse, en efecto, que el *objeto* de estudio de las teorías es el *mundo social* (v. gr., en los sociólogos clásicos, el análisis de la evolución histórica de *comunidad feudal* a la *sociedad capitalista*, así como la estructura y dinámica específica de esta última).

Ahora bien, la *unidad de análisis* metateórica –integradora y sistematizadora– debe ser, desde mi punto de vista –siguiendo la metodo-

---

11 Debe señalarse en este punto que la indagación aludida –la de las estructuras teóricas– refiere especialmente al segundo (*Mu*) y tercer (*Mp*) ejercicio metateórico, definidos en el apartado anterior. Es decir, el estudio formal o interno de aquellas. Por su parte, la primera de las labores (*Mo*), como ya se mencionó, se centra fundamentalmente en las relaciones que dichas teorías establecen con los escenarios sociohistóricos, intelectuales e institucionales en la producción, circulación y apropiación de las teorías.

logía de Margaret Somers–,[12] los elementos básicos que componen las teorizaciones, así como las asociaciones entre ellos: los conceptos y las nociones,[13] [14] y, por lo tanto, las relaciones o tramas de significados. Esta es, pues, mi propuesta: la observación y evaluación de las teorías a través del PSI parte de la recomposición de los conceptos y sus redes conceptuales, y la ubicación de aquellas en las dimensiones analíticas del paradigma integrador.

Y ello, fundamentalmente porque considero, en primer lugar, que los conceptos –particularmente los denominados "básicos" como *racionalización*, *solidaridad* o *comunidad* en Weber, Durkheim y Tönnies respectivamente– son los elementos nucleares de las teorías. También de los modelos analíticos, las leyes y los sistemas de clasificación que las componen. Por lo tanto, también el metaanálisis, en su afán por estudiar de manera sistemática las teorías, debe considerar los conceptos como unidades claves de recomposición y análisis. En segundo lugar, los conceptos (y las nociones) se ofrecen como observables fácil y rápidamente identificables[15] para la labor metateórica, tanto más (en particular, los conceptos) cuanto más formalizada y sistematizada se ofrece la teoría estudiada.[16]

---

12 En efecto, el objeto de estudio de su sociología histórica son los conceptos. Ellos son las llaves para la recomposición de las relaciones entre las teorías y los contextos (históricos, políticos, intelectuales), así como los supuestos epistemológicos y normativos. El objeto de estudio de Somers es la narrativa de la ciudadanía política en la tradición anglosajona. Y ello lo realiza mediante la organización de redes conceptuales construidas (entre ellas, comunidad, feudalismo, sociedad civil, mercado, estado, opinión pública) a partir de las antinomias *natural-cultural*, *público y privado* (Somers, 1996/1997a y 1996/1997b).

13 Lo más llamativo en este punto es que el propio Ritzer, cuando explica resumidamente las principales contribuciones de teorías, autores u obras, lo hace valiéndose, precisamente, de conceptos o grupos de conceptos.

14 Diferencio aquí *concepto* de *noción* con fines heurísticos. Los conceptos son "palabras" o conjunto de palabras cuyas definiciones son claras, formales y explícitas (v. gr., *hecho social* en Durkheim o *acción social* en Weber). Considero, en cambio, las nociones como palabras o sintagmas que no cuentan con definiciones precisas, explicitas y/o exhaustivas. Tomando en cuenta entonces la obra de Park, tanto en MyP como en *ISS*, el *público* se presenta como un concepto (apartado III), mientras que, en los ensayos de sociología urbana, lo hace como una noción (apartado IV).

15 Desde luego, no los únicos observables. Como se mencionó en la introducción, Nisbet (2003 [1966]), por ejemplo, toma por unidad de análisis las ideas-elemento de la sociología. Otra unidad de observación es el "registro conceptual" (de Marinis, 2015 y 2012). Es decir, establecer –y esclarecer– los posibles significados y usos que pueden darse, en un *corpus* determinado (v. gr., la teoría sociológica clásica) a un concepto determinado (v. gr., el de comunidad) (véase de Marinis, 2015: 296-297; 2012: 235-236).

16 Podría sumarse, en tercer término, la siguiente ventaja: el estudio de los conceptos y/o las nociones en cada dimensión analítica integradora facilitan la producción de

Digo elementos básicos porque también otros (posibles) componentes teóricos, como ser los *modelos*, las *leyes* o *clasificaciones* (Alexander, 1989) se forman mediante relaciones conceptuales y/o entre nociones. Si la teoría es, en resumidas cuentas, "una generalización separada de los particulares, una abstracción separada de un caso concreto" (p. 12), sostengo que el proceso y la práctica "generalizadora" fundamental –no la única– *a través* de la cual es posible construir teorías es la mediación conceptual entre el medio metafísico y el fáctico (p. 14-15).

Pueden considerarse estas mediaciones a través de la lógica teórica de Alexander (1989), su modelo de análisis metateórico integrador, llamado *continuo del pensamiento científico*. En los extremos del continuo, se encuentran el "polo metafísico" y el "polo empírico", homólogos a los extremos del "análisis metateórico" y la observación del mundo social en Ritzer, respectivamente.

Cercano al "extremo metafísico" (y podría decirse también, "metateórico") encontramos los *presupuestos generales* (v. gr., sobre el orden y la acción social), las *orientaciones ideológicas* (v. gr., liberales, conservadoras, radicales). En el "medio teórico", los *modelos* analíticos, los *conceptos*, las *definiciones, clasificaciones* y *leyes*, así como las proposiciones y observaciones. Y en el "extremo operacional y observacional", las proposiciones simples y complejas, las correlaciones, los supuestos metodológicos y las observaciones (véase Alexander, 1989: 15-19).

Alexander ofrece entonces un modelo metateórico –la lógica teórica, determinada por el continuo científico, sus componentes y contenidos posibles de acuerdo con las "tradiciones teóricas" (1989: 15-16)–, en el cual subraya un cúmulo de mediaciones (componentes) existentes entre el medio teórico y el empírico, entre ellos los conceptos (o nociones), con las correspondientes definiciones y clasificaciones.

Considero, siguiendo a Somers (1996-1997a y 1996-1997b), que los conceptos y las nociones, con las cuales se "moldea un pensamiento" (o una teoría), son "palabras en contextos" (1996-1997a: 32). Es decir, los conceptos no deben considerarse o analizarse como categorías aisladas, sino como "matrices modélicas o redes conceptuales" (1996-1997b: 5). Esta epistemología y metodología relacional ofrece reconstruir, relacionalmente, las teorías y la relación entre dimensiones analíticas, a través de las redes conceptuales.

---

metaconceptos sintetizadores y clarificadores. En el ejercicio presente, como se podrá reconocer más adelante, se crearon con fines heurísticos, algunos metaconceptos, como ser *Homo Publicus* (apartado III) o ecosistema cultural y ecosistema institucional (apartado IV).

Desde luego, es también posible sumar el estudio de las redes conceptuales a los otros ejercicios metateóricos. En relación con el primero de ellos (*Mo*) cabría preguntar, por ejemplo, de qué modo los conceptos y las redes conceptuales en la historia de la disciplina (v. gr., las provenientes de la biología, la medicina y la física, como en el positivismo) fueron apropiados y utilizados en las teorías de la sociedad o la historia moderna.[17]

En el caso de la labor metateórica como *preludio al desarrollo de la teoría* (*Mp*), queda claro que los conceptos constituyen unidades por demás útiles y necesarias, tanto para producir como para entender (en el caso del metaanálisis) *de qué modo*, con qué intención y sentido se sirve una teoría de otras pretéritas para forjar la propia. Por ejemplo, Berger y Luckmann (1986 [1966]) se apropian desde una perspectiva fenomenológica de conceptos claves diversos de las obras de Marx, Mead, Durkheim, Weber, para formar nuevas redes conceptuales dentro de un modelo que desea estudiar, simultáneamente, los procesos de *externalización*, *objetivación* e *internalización*, con el fin de explicar el carácter dual –"subjetivo" y "objetivo"– de la realidad social.

Puede recuperarse en este punto el PSI de Ritzer. Por ejemplo, el autor señala que "el nivel macroobjetivo implica grandes realidades materiales tales como la sociedad, la burocracia y la tecnología" (Ritzer, 1997 [1993]: 463). Ahora bien, es claro que "sociedad", "burocracia", y "tecnología" tienen significados diferentes, por ejemplo, para Weber, Marx y Durkheim.[18] Pero, además, los "significados" de estos

---

17 Como bien señala Somers, "una red conceptual es cultural en la medida en que es un sistema de signos, símbolos y prácticas lingüísticas organizadas por (…) normas y estructuras internas; y es política en la medida en que la ubicación más amplia de 'institución' y 'autoridad' (…) nos recuerda que toda estructura conceptual tendrá algo de político, por ser lingüístico, así como de autoridad pública" (Somers, 1996-1997b: 11). Sumo a esta aclaración, siguiendo a Ritzer, que las estructuras políticas y culturales son "sociales" e "intelectuales", desarrolladas en los espacios "externos" e "internos" de la producción teórica.

18 Ritzer transita con velocidad –según mi punto de vista–, con su interés integrador, del metaanálisis integrador de las teorías al de los paradigmas (entendidos estos últimos como aglomeraciones de aquellas). Este paso sintetizador puede ser problemático y poco fecundo. Por ejemplo, de considerar el denominado "paradigma de los hechos sociales", podemos señalar rápidamente que (las teorías de la sociedad de Marx y Durkheim) ofrecen redes conceptuales y esquemas integradores muy diferentes. A pesar de compartir, en términos generales, una preeminencia del nivel "macrosocial" sobre el "microsocial", las relaciones entre componentes objetivos y subjetivos difiere en sus modelos (materialista y culturalista, respectivamente). Por otro lado, también los "autores" conforman unidades asimismo forzadamente construidas. Como se observará más adelante, existen similitudes, pero también muchos contrapuntos, entre el Park primero (formal) y el segundo (ecológico). Sostengo

conceptos (no "grandes realidades") se entienden relacionalmente con otros conceptos y significados ubicados tanto "dentro" de la dimensión como en las restantes dimensiones de análisis (macrosubjetiva, microobjetiva, microsubjetiva). Y estas relaciones explican "relaciones dialécticas" diferentes entre las dimensiones, según cada autor.

En Weber, por caso, el Estado como "maquinaria de poder" procura controlar y organizar un territorio (dimensión macroobjetiva). Su eficiencia se debe, fundamentalmente, en la modernidad, a la racionalización y legitimación de leyes, estatutos y procedimientos, así como a una vigorosa cultura ascética y metódica (dimensión macrosubjetiva). La cultura orienta el direccionamiento, "en última instancia" de la vida material, pero también la esfera de la subjetividad y las relaciones sociales (es decir, el nivel microanalítico): la racionalización de la cultura generó un tipo particular de individualidad (disciplinada, metódica), condensada de manera típica-ideal en el espíritu y las motivaciones del funcionario burocrático (dimensión microsubjetiva). Este cumple su rol, según sus convicciones y motivaciones construidas sobre la base de los lineamientos de la racionalización legal y burocrática, de manera impersonal, obedeciendo órdenes, previa enajenación de los medios de producción (esfera microobjetiva).[19]

La teoría sociológica, además de "observar el mundo real", desarrolla un proceso de abstracción y generalización, formalizado mediante el despliegue de redes conceptuales y de nociones (en el caso del "Estado moderno" weberiano, burocracia, impersonalidad, objetividad y precisión normativa, racionalización cultural, disciplina, enajenación de los medios de producción, etc.).

Para comprender la teoría del público en Park, es preciso entonces reconstruir y esclarecer, mediante el estudio metateórico, las redes conceptuales en las cuales el concepto (o la noción) se inserta. En tanto el PSI tiene por objetivo aportar claridad, simpleza y sistematicidad a dicho estudio, se propone, en primer lugar, identificar en cada dimensión de análisis los grupos de conceptos y/o nociones que la componen. Y se plantea que dicha reconstrucción se realice cartográficamente: ubicando las unidades de análisis y sus (específicas) asociaciones (de acuerdo con sus significados) en las dimensiones de los continuos.

---

que la labor metateórica integradora y, en particular, el PSI de Ritzer, debe entonces abocarse, primero, a la identificación y luego (segundo) al estudio sistemático de universos homogéneos y uniformes (por ejemplo, una teoría). Para, en tercer término, comparar dichas unidades con otras equivalentes (otra/s teoría/s).

19 Sobre la relación entre los niveles "macro-micro" y "objetivo y subjetivo" en el profesional moderno de Weber, véase Torterola (2009).

Tras ello, en segundo lugar, se sugiere establecer las relaciones (implícitas o explícitas) entre dimensiones y continuos (macro-micro, material-ideal). Por ejemplo, ¿se prioriza un enfoque macrosocial, microsocial o, en cambio, se procura generar un "balance" entre ambos niveles? ¿Los conceptos permiten reconocer un tratamiento equilibrado entre los componentes "objetivos-materiales" y los "subjetivos-ideales" o, por contrapartida, la teoría tiende a establecer un predominio de uno o más niveles sobre otro u otros (v. gr., macro sobre micro, objetivo sobre subjetivo) del continuo?

Es decir, sugiero estudiar y evaluar las teorías o teorizaciones a través de dos prácticas metateóricas. En primer lugar, la *recomposición* de los conceptos y las redes conceptuales fundamentales de aquellas y la fijación de estas últimas (redes) en cada dimensión de análisis. En segundo lugar, la determinación integral, global de las relaciones entre conceptos, dimensiones y niveles (macro-micro; objetivo-subjetivo) del continuo.

En el caso de la teoría parkiana del público, sostengo que es posible identificar tres redes conceptuales. La primera tuvo lugar durante su período teorizador inicial, considerado formalista y neokantiano (véase Nocera, 2008). La red parte de la polaridad elemental entre *masa* y *público*. En este sentido, por ejemplo, puede considerarse que el *público* como concepto sociológico (en las obras pioneras de Tarde y Park) emergió *comparándose* con el de *masa* (Tarde, 2013 [1901]; Park, 1996 [1904]; Nocera, 2008 y 2013). La construcción conceptual se desarrolló entonces desplegando sucesivas oposiciones y antinomias entre conceptos y/o propiedades (Nisbet, 2003 [1966]; Somers, 1996-1997b).

La segunda y la tercera red se desplegaron en la etapa segunda del sociólogo de Chicago. Sostengo que los conceptos y las redes se desarrollaron bajo dos tipos de teorizaciones, que contienen, a diferencia del modelo "dual", "dicotómico", *secuencias*. Una de las tramas corresponde a la *teorización ecológica* del orden social, entendido este último como ecosistema territorial –y "naturalmente"– organizado. La otra red, expuesta a caballo de la anterior, es la *teorización histórica*, que marca la transición de la vida pueblerina a la gran ciudad, como equivalentes de la evolución orgánica de la sociedad tradicional a la moderna.

III. ANÁLISIS INTEGRAL DE LAS REDES CONCEPTUALES EN LA TEORÍA DEL PÚBLICO DE ROBERT PARK. PRIMERA PARTE: SOCIOLOGÍA FORMAL Y ORDEN NEGOCIADO

Presentada la herramienta, se propone a continuación su aplicación, tomando por objeto el concepto de *público* en la obra de Robert Park. Es decir, se procura utilizar la redefinición del PSI para indagar sobre

un autor (Robert Park) y un objeto (la teoría del público), escasamente explorados en la sociología de habla hispana.

Como ya se mencionó, primero se determinarán las redes conceptuales y/o de nociones elementales desplegadas *en cada* dimensión de los ejes de coordenadas (a1, a2, b1, b2). Posteriormente, se establecerán mediante las combinaciones alfanuméricas definidas en el diagrama N°1 (μ, π, Ʊ, ß, Λ, Σ) las relaciones *entre* las dimensiones, a partir de las relaciones conceptuales establecidas por el autor. Ambos pasos son figurados en los diagramas N°3 y N°4, correspondientes a cada ejercicio sistematizador.

El primero de los ejercicios se aboca a la tesis doctoral de Park (MyP), publicada en alemán tras su estadía de cuatro años en Berlín (entre 1900 y 1904). El título mismo sugiere que la labor metaanalítica debe comenzar en la *dimensión microobjetiva* **(**b.1**)**: masa y público se presentan como formas puras de acción recíproca, como unidades psicosociales. Estos colectivos, señala, son esporádicos: se constituyen de manera informal y ocasional, cuando sus integrantes "hacen foco" en un "objeto" ("hecho", "acontecimiento" inteligible) que suscita la "atención" y la comunicación entre ellos (Park, 1996 [1904]: 405).

Tanto el público como la masa pueden considerarse, a lo largo de la obra del autor,[20] más como *estados* de comunicación (y recíproca estimulación) y menos como *entidades* o *sustancia*s. Al igual que la sociedad, unos (públicos) y otras (masas) *comienzan* y *terminan* con las interacciones que teórica y empíricamente (en el pensamiento y/o la acción) suscitan los "hechos" colectivamente reconocidos y abordados (discursiva y prácticamente).[21] Una y otra forma conceptual de unidad, interacción y conducta colectiva (*collective behavior*) emanan entonces de la definición psicosocial, interaccionista y comunicacional de la sociedad en la fase temprana de la obra de Park (Park y Burgess, 2016 [1921]: 197-198; Flores, 2011; Félix da Silva, 2011; Berganza Conde, 1999, Germani, 1971). Cabe destacar aquí la naturaleza

---

20 En efecto, Park mantuvo esta definición en la *ISS* (Park y Burgess, 2016 [1921]: 463-470) y en las acotadas caracterizaciones en los ensayos de sociología urbana (Park, 1999: 64, 93).

21 Finalizados los encuentros bien mediados, abstractos (v. gr., entre editores y lectores), bien directos, cara a cara (v. gr., discusión vecinal en una plaza); consumados los influjos de recíproca influencia (se trate de acuerdos o desavenencias), "el sentido íntimo del *contacto personal* y *espiritual*, y los *sentimientos* que se habían suscitado y que les unieron por un momento se deshacen" (Park, 1996 [1904]: 406. El énfasis pertenece al autor). "Se deshacen", en el sentido de que la carga psicológica y anímica volcada en la oposición argumentativa y la discusión dejan de confluir o intersecarse, independientemente de la proximidad física y/o temporal de los involucrados.

dinámica y procesual de las formas: el público puede transformarse en masa y viceversa.[22]

En la esfera *macrosubjetiva* **(**a.2**)**, se identifican otras redes conceptuales: la moral, las costumbres, la opinión pública (en singular), las representaciones como formas culturales colectivas y las ideas, costumbres y opiniones públicas (en plural, pertenecientes a círculos de filiación, solidaridad, pertenencia). Pues, tanto los públicos como las masas en Park "tienen por presupuesto la existencia previa de otros grupos" (Park, 1996 [1904]: 346). En esta dimensión se condensa entonces, en términos simbólicos, la tensión entre lo colectivo y lo grupal. *La* opinión pública como un resultado (inestable) del consenso colectivamente alcanzado. ¿Por qué inestable o frágil? Porque se construye sobre divisiones (y conflictos, como se verá más adelante) ineludibles y siempre presentes.

La tercera dimensión fundamental en esta obra es la *microsubjetiva* **(**b.2**)**. La caracterización básicamente racional del *sujeto-público* se opone a las caracterizaciones del *sujeto-masa*. Este último se encuentra gobernado por la "sugestión", la "imitación", "el ardor y la excitación" que lo arrojan –bien a transformar, bien a conservar– un statu quo material y/o simbólico (Park y Burgess, 2016 [1921]: 426). El hombre público, por contrapartida, es un sujeto racional, crítico e ilustrado.

Estas caracterizaciones –del público, la opinión y la subjetividad racional– determinan directa o indirectamente relaciones entre las dimensiones analíticas. Comienzo por la relación entre a.2 y b.1 (ß). Las representaciones y las opiniones pueden considerarse el punto de partida[23] y también el producto de la comunicación pública: aquí se somete a discusión, debate, deliberación y acuerdo o consenso los temas colectiva y/o grupalmente significativos ("hechos"). Por su parte, la moral y las normas (colectivas o grupales) también pueden ser problematizadas y modificadas.

---

22 De perderse la actitud crítica y deliberativa de la unidad, resalta Park (1996 [1904]), la forma-público se desvanece. O más aún, si las interacciones pasan a estar gobernadas por impulsos y sentimientos irreflexivos, el colectivo público "se transforma en una masa" (p. 423). Desde luego, el proceso también puede ser inverso: los contactos pasionales pueden dar lugar a otros racionales, lógicos, deliberativos. Entonces, la masa se transforma en público.

23 "El público se desenvuelve en un mundo de objetos (…) que son producto de una construcción ideal y que tienen para todos el *mismo valor objetivo*, aun cuando para los distintos individuos tengan diferentes significados. Solamente si el propio grupo se considera como un sujeto que toma partido y actúa como una unidad, puede ser objeto de una explicación socio-psicológica" (Park, 1996 [1904]: 405. El énfasis me pertenece).

Esto conduce a reflexionar sobre la relación entre b.2 y a.2 (℧). El *sujeto-público*, por un lado, es un ser sociocultural, formado por "coacciones espirituales".[24] Estas coacciones se internalizan en el individuo[25] como lenguaje, *hábitos éticos*, lealtades, solidaridades, además de disposiciones cognitivas-argumentales y emocionales en mayor o menor medida arraigadas, sedimentadas. Por otro lado, está atravesado por una serie de tensiones o dualidades constitutivas: las representaciones compartidas, comunes (el "ser de las cosas") y las individuales (el "valor" de aquellas).

Esta heterogeneidad se contrapone a la *homogeneidad* o *unidimensionalidad* reinante en el *hombre-masa*, el cual se relaciona con los contenidos culturales con amor u odio. A pesar de aquella tensión, en última instancia, Park resalta la condición autónoma y crítica del sujeto-público: este puede ubicarse *más allá* de la moral y la opinión, pero, precisamente, porque se encuentra *más acá* de lo verdadero y lo falso.[26] Los atributos determinados para la caracterización de uno y otro tipo de subjetividad permiten comprender la relación de aquellos formatos con la cultura objetiva (en términos de análisis crítico o pasional aceptación o rechazo), pero también con las formaciones psicosociales.

Park evita así un reduccionismo macrosubjetivo y microobjetivo (socioculturalista) y (fenomenológico-interaccionista). Aquí ingreso (quien escribe) a la indagación de la relación entre *dimensiones microscópicas* (b.1 y b.2; Σ). La definición racional y liberal de la subjetividad pública resalta entonces una "relativa autonomía" de aquella respecto a los influjos que provienen de los contactos sociales: el *límite* o "tiranía última" del *Homo Publicus* parkiano es, pues, "la del concepto" (1996 [1904]: 422-423).

---

24 Precisamente, por esta coacción que generan la moral, los valores o las tradiciones es menos probable y factible su transformación. Se encuentran más arraigadas o naturalizadas en los sujetos, operando como acervo cultural no problematizado.

25 La formación del aparato psíquico debe entenderse como "un *momento esencial* del *proceso sociológico*" en que el grupo como un todo" –con sus costumbres, tradiciones, normas, representaciones colectivas– "*ejerce coacción* sobre el individuo" (Park, 1996 [1904]: 390. El énfasis me pertenece).

26 "Es ciertamente distintivo del público que su comportamiento sea doble. El «ser» de las cosas –aquél significado que aceptan como idéntico todos los miembros del grupo–, y su «valor» –que es distinto para todos los miembros– divergen al nacer un público, mientras que, en la masa, el «ser» y el «valor» coinciden. Al intentar (…) determinar su voluntad a través de la deliberación y la discusión, el público se somete de nuevo a las normas (…). Estos son los presupuestos necesarios para la existencia del público porque «el hombre puramente abstracto puede existir más allá del bien y del mal, pero nunca más allá de lo verdadero y lo falso»" (Park, 1996. Las comillas corresponden al autor, el énfasis me pertenece).

Los "insumos" de los que se sirven –y a su vez alimentan– la construcción o reelaboración de esta forma "psicosocial" o "psicocolectiva" denominada *público* son las percepciones, los argumentos y los juicios de individuos lógicos, racionales, críticos (Sánchez de la Yncera y López-Escobar, 1996: 355-360). Por su parte, la *masa* remonta a los individuos que se entregan a ella a las formas elementales (religiosas y lúdicas) de la vida social. Esta forma psicosocial (la masa) le "exige" a sus integrantes capacidades simpáticas, remontándolos a las formas elementales (religiosas y lúdicas) de la vida social: las pasiones habilitan y estimulan a la "fusión completa e íntima" entre los hombres, como en "una danza coral" (Park y Burgess, 2016 [1921]: 426).

El público también se construye valiéndose del *sentir-con*. Pero la individualidad nunca llega a disolverse en un estado de fusión irracional primitiva porque, a la comunidad de sentimiento, se suma la de pensamiento (*pensar-con-otros*). Esta cualidad supone la internalización de "capacidades" –ilustradas, reflexivas, críticas–, transmitidas mediante la cultura objetiva (Park, 1996 [1904]: 405).

En lo que concierne en particular al concepto de público, en la "zona media" del nivel de análisis microsociológico (b.1 y b.2), pueden ubicarse las nociones de razón, lógica, argumentación: dichas nociones pueden reconocerse bien como propiedades de la interacción (reglas y expectativas en torno a los procesos de debate y deliberación), bien como propiedades de la subjetividad (disposición o facultad internalizada).

Definidas las redes en cada dimensión y los vínculos entre ellas, se ofrece el diagrama N°3. Solo resta sumar a lo dicho hasta aquí y a modo de digresión, que la *posibilidad* teórica y práctica (ideal y empírica) del conflicto (y disenso) subyace a una red de conceptos y nociones que atraviesa, con significados similares (y a su vez diferenciados), la obra del sociólogo chicaguense. De aquí la importancia medular en MyP de la noción de *oposición*, para la definición y caracterización del concepto de público. En la etapa segunda de la obra, aquella noción dará lugar al concepto de *lucha*. Los registros de oposición se despliegan en las tres dimensiones analíticas hasta aquí señaladas (*macrosubjetiva*,[27]

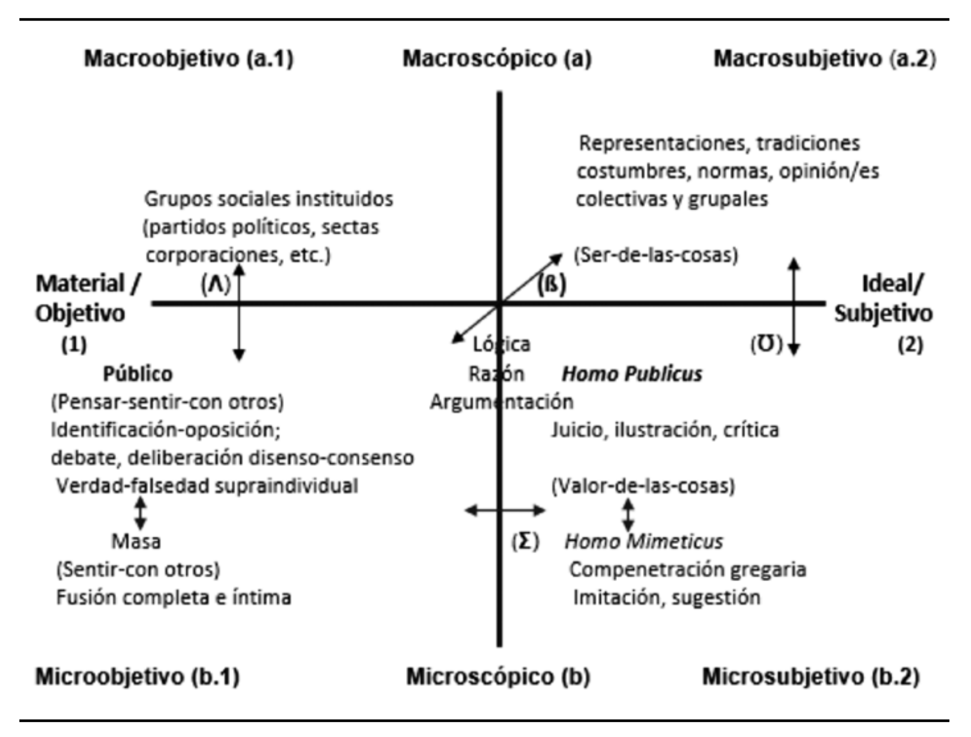
---

27 Según Park, el conflicto entre ideales, representaciones y opiniones constituye una forma ideal de la lucha por la vida. No es casual que, veinte años después, cuando *The City* salió a la luz, el primer apartado de *The natural history of the newspaper* se denomine *The struggle for existence* (Park y Burgess, 1986 [1925]: 80-90). Si bien el darwinismo tendrá lugar plenamente en la etapa segunda de Park, ya en su tesis doctoral se vislumbra el siguiente hecho: la ley de la evolución y el dominio ecológico supone, entre otros aspectos, el dominio cultural de los grupos dominantes.

microsubjetiva[28] y *microobjetiva*[29]) (Park, 1996 [1904]: 406; véase también Park y Burgess, 2016 [1921]: 283-284; Flores, 2011).

Diagrama Nº3

El concepto público y sus redes conceptuales en MyP: un análisis metateórico integrador



Fuente: diagrama del autor.

---

28 Como estado del Yo, el conflicto se expresa como un campo de batalla entre juicios, representaciones (y también posiblemente actitudes o solidaridades) contrapuestas, en lucha.

29 Al igual que los individuos, los grupos sociales se (auto)identifican o afirman, diferenciándose de –u oponiéndose a– sí mismos, otros sujetos o colectivos, independiente de las propiedades (en caso de existir) de los grupos organizados o no (v. gr., corporaciones profesionales, colectividades religiosas, organizaciones políticas o sindicales, etc.) que dieron origen o están en la base de estructuración de los públicos. La forma primordial de la oposición intersubjetiva pública es, pues, la discusión. Y en la esfera macroobjetiva, como conflicto entre opiniones, representaciones, ideales: "En general, ocurre lo mismo con los grupos que con los individuos: solamente consiguen su *autoconciencia* mediante la *oposición a otros grupos*. Las representaciones que se hacen de sí mismos están siempre entrelazadas con representaciones de otros grupos" (Park, 1996 [1904]: 399. El énfasis me pertenece).

En suma, de MyP subyace una *noción negociada* (Sánchez de la Yncera y López-Escobar, 1996), *procesual, circular* (Gaziano y Frazier, 1979: 17) y *dinámicamente desequilibrada* (Gaziano y Frazier, 1979: 18) del orden social. Ello debido a los significados y/o atributos otorgados especialmente al concepto de público, las redes conceptuales establecidas en cada dimensión analítica y el modo en que se relacionan los niveles y componentes de la realidad social.

Del análisis de las redes de conceptos y nociones presentadas en el diagrama N° 3 se comprende, por un lado, que ni la cultura objetiva ni las corrientes de opinión determinan o se imponen "pesadamente" sobre el mundo de las interacciones y/o las subjetividades. Por el contrario, a medio camino entre el paradigma de la definición social y la conducta social,[30] los públicos y sus componentes, los individuos críticos, poseen notables capacidades de transformación cultural (fundamentalmente, corrientes de opinión, pero también de manera indirecta, las normas, los valores, las representaciones, la moral o las tradiciones colectivas o grupales). Claramente, la sociología psicológica de Park se ubica más cerca de una "sociología de la acción social" que de una "sociología del sistema social" (Dawe, 1988 [1970]: 414-417).

Por otro lado, y en relación con el señalamiento anterior, también puede observarse en el diagrama N°3 que, en MyP, en la dimensión macroobjetiva **(**a.1**)**, no se reconocen redes conceptuales o de nociones más que, de manera inespecífica –y con escaso desarrollo– la de "grupos sociales". Desde una perspectiva integradora, se advierte entonces un descuido del campo analítico en cuestión (a.1) y, por consiguiente, de la relación de dicha dimensión con las restantes, mayormente abordadas (a.2, b.1, b.2).

El descuido o la escasa consideración de la dimensión macroobjetiva en la etapa primera de la obra de Park subyace a la definición conductual –próxima a la psicología social–del significado del concepto de sociedad[31] y de las características del proyecto sociológico inicial. En efecto, el deficitario análisis de las estructuras macrosociales materiales encontró, por contrapartida, una rica pero "reduccionista" –en términos evaluativos metateóricos (Ritzer, 2010: 645-690)– inda-

30 Véase al respecto el diagrama n° 2, expuesto en el apartado I.

31 En "términos mecánicos", "la sociedad se manifiesta y reduce a la interacción", por lo que la sociología puede entenderse como una "psicología colectiva", siendo la comunicación –los procesos intermentales de estimulación y respuesta– el medio social de las acciones recíprocas. "El límite de la sociedad es adyacente a los límites de la interacción", es decir, a la participación de los individuos en la vida social." (Park y Burgess, 2016 [1921]: 197-198).

gación de las formas de interacción (cuyo mecanismo elemental es la comunicación), así como las complejas relaciones entre cultura, personalidad e interacción.

Es posible que Park fuera consciente de la inconsistencia de su trabajo inicial. Es decir que, autorreflexividad mediante, haya hecho de su propio marco teórico un objeto de análisis metateórico (*Mu*). Como resultado de ello, a la vista de sus escritos publicados durante las décadas de 1920 y 1930, Park desarrolló una teoría más integradora del mundo social. Es decir, sumó a su arquitectura teórica una "sociología del sistema social", para volver a mencionar el –ya citado arriba– concepto de Dawe (1988 [1970]). Para ello, se valió, por un lado, de un modelo ecológico y, por otro, de un análisis sociohistórico de civilización (urbana) moderna. Estas dos vertientes se sintetizaron en un proyecto de ecología urbana.

IV. ANÁLISIS INTEGRAL DE LAS REDES CONCEPTUALES EN LA TEORÍA DEL PÚBLICO DE ROBERT PARK. SEGUNDA PARTE: ECOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA URBANA

El segundo y más prolífico período intelectual de Robert Park se desarrolló en el departamento de Sociología de la Universidad de Chicago (1916-1929). Y tuvo por ejes centrales la definición articulada de una teoría ecológica de la sociedad (formalizada y sistematizada en la *ISS* de 1921) y el despliegue de una sociología urbana (Martínez, 1999).

En la transición de la etapa intelectual primera (o joven) a la segunda (o madura), la sociología del autor experimentó una serie de desplazamientos que es necesario subrayar ahora para organizar y encuadrar una segunda o nueva aplicación de la herramienta diseñada en el apartado III. En líneas generales, la sociología formal y psicoconductista dio lugar a otra de carácter sociohistórico, orientada a la investigación empírica. Entre otras cuestiones, este giro programático implicó incorporar a la arquitectura teórica y conceptual la indagación de la *dimensión macroobjetiva* (a.1) (Berganza Conde, 1999: 60), soslayada en la obra doctoral (tal como creo haberlo demostrado en el apartado anterior), así como también las relaciones entre dicha dimensión y las tres restantes.

En la perspectiva que sostengo aquí, la teorización del público en este segundo período requiere entonces, por un lado, recomponer brevemente la teoría ecológica de las comunidades humanas (Gaziano y Frazier, 1979). Y, por otro, reconstruir de manera sintética la evolución desde la vida "parroquial" hasta las organizaciones "metropolitanas", con las subsiguientes oposiciones o dualidades.

Para afrontar la labor metateórica integradora, se reconstruye brevemente, en primer lugar (apartado IV.I), el modelo ecológico, con

sus correspondientes redes conceptuales. Y, en segundo término, las redes de nociones (más que conceptos) utilizadas para exponer las dualidades ruralidad-tradición y urbanidad-modernidad (apartado IV.II). Tras estas reconstrucciones se procurará integrar de manera sistemática ambas redes en el PSI (apartado V), para de ese modo comprender con mayor claridad y rigor la teorización del público en la segunda etapa del sociólogo clásico.

Al igual que en el apartado anterior, se procura, primero, determinar las redes conceptuales y/o de nociones más relevantes (para comprender la teorización del público), desplegadas *en cada* dimensión del sistema de coordenadas (a1, a2, b1, b2), así como las relaciones principales entre los cuatro espacios que el cruce de los dos ejes conforma (μ, π, Ʊ, ß, Λ, Σ). Se reserva para el último apartado (V) sintético e integrador el diagrama N°4.

IV.I. LAS REDES CONCEPTUALES EN LA ECOLOGÍA HUMANA: DOMINACIÓN Y CONTROL SOCIAL

El modelo teórico-metodológico denominado "ecológico" tiene por finalidad comprender tanto la *estructura* material (*comunidad*) y simbólica (*sociedad*) como la evolución *dinámica* (procesos continuos de *lucha, asimilación* y *adaptación*) de las "colonias" humanas (Park y Burgess, 2016 [1921]: 40-42).

Con y a través de estas polaridades conceptuales, los autores desean enfatizar los componentes *macrosociales* (a.1, a.2) de los ecosistemas humanos. La *comunidad* (*biótica, natural*) constituye el basamento espontáneo, no planificado de todo organismo, territorialmente organizado (humano, animal o vegetal). La comunidad conforma la dimensión material de todo agrupamiento humano, cristaliza (objetiva, y torna objetivos) relaciones de dominación-subordinación, integración-segregación *económica* y *territorial*. Por tal motivo, ubico la comunidad en el *cuadrante macrosocial-objetivo* (a.1) del PSI.

La *sociedad*, por su parte, sostiene Park, "siempre incluye algo más que la cooperación competitiva y su interdependencia económica resultante. La existencia de una sociedad presupone una cierta cantidad de solidaridad, consenso y fines comunes" (2013 [1929]: 197). Viviendo en sociedad "los individuos logran sus intereses definidos en referencia a las metas más amplias del grupo del que son *miembros*. En este sentido y alcance, la sociedad *controla* a los individuos que la integran". Además de las opiniones, "leyes, costumbres y convenciones «definen la situación» (…) y de este modo, entre otros, imponen una *disciplina* sobre todos aquellos que tratan de *participar* en la *vida común*" (p. 197; el énfasis me pertenece, las comillas corresponden al autor; Park, 1999: 136-137). El concepto de sociedad puede ubicarse

entonces en el *polo macrosubjetivo* (a.2), aunque debe resaltarse la condición objetiva de estas instituciones. El concepto de opinión[32] se define, en este nuevo esquema,[33] como un mecanismo de control de la sociedad –cuestión sociológica fundamental en la ecología de Park– y se resalta su función coercitiva.

El orden ecológico se presenta, simultáneamente, como una realidad material (comunidad) y simbólica (sociedad), en la cual la organización de los recursos económicos (producción, circulación, consumo), territoriales y culturales (moral, normas, opinión, etc.) constituyen realidades objetivas y subjetivas macrosociales (Torterola, 2012).

En el nivel *microsociológico*, el concepto medular es la *lucha por la existencia* (Park y Burgess, 2016 [1921]: 320-350). En *ISS*, Park y Burgess (2016 [1921]) profundizan lo tibiamente aseverado en MyP: la historia de la humanidad se considera ahora la historia de la lucha entre grupos humanos (se trate de clases, castas, etnias, clanes), conflicto que se desenvuelve en el nivel *microobjetivo* (b.1) de la realidad social. En efecto, la lucha (directa) y la competencia (indirecta) constituyen el motor primario de las relaciones humanas. Pero no solo de conflicto viven los ecosistemas humanos: los individuos interaccionan también cooperando (por mutua necesidad) y consensuando (por acuerdos valorativos, ideales, en las opiniones, etc.). En esta red conceptual, la unidad psicológica *público* constituye una forma de interacción entre grupos humanos que luchan por la vida.

¿En qué consiste esta última? En el interés y la capacidad por determinar, de manera inmediata, los contenidos de la *opinión* (relación entre las dimensiones *microobjetiva* y *macrosubjetiva*; b.1 y a.2) e indirectamente, las formas materiales de la *dominación* (relación entre las dimensiones *macroobjetiva* y *microobjetiva*; a.1 y b.1). En el modelo ecológico de Park, la relación orgánica entre las esferas macrosociales, como en Marx, se expresa del siguiente modo: las ideas y opiniones dominantes de una sociedad son las ideas de los grupos

32 “Todos los problemas actuales –concluían Park y Burgess en el tratado ya citado– pueden entenderse, finalmente, como problemas de control social.” O si se quiere, más ampliamente, como cuestiones cuyo núcleo problemático lo constituye la “relación entre control y cambio social” (Park y Burgess, 2016 [1921]: 422-423). En el esquema ecológico, entonces, la importancia y la centralidad del concepto de control desplaza al del público, lo cual constituye un indicador, a mi entender, del cambio de enfoque en Park: del psicosocial al macrosocial.

33 Como puede observarse en el **diagrama n° 4**, el concepto aludido es reemplazado –debido a su relación con las nociones de democracia, pluralismo y cosmopolitismo– por el metaconcepto sintagmático “ecosistema de opinión y opiniones”.

dominantes del ecosistema (a.1 y b.1) (véase Park, 1999: 130-131; Flores, 2011: 60-65).

El urbanita (dimensión *microsubjetiva*, b.2) es considerado entonces como miembro de una colonia entendida bien como totalidad (cuando el ecosistema es pequeño, homogéneo), bien como particular (cuando aquella se presenta como una especie, entre tantas otras, dentro de la colectividad mayor). Como integrante de una colonia, se ve sometido a relaciones de control (relación *macrosubjetiva* y *microsubjetiva*; a.2 y b.2) y es "arrojado" a relaciones simultáneamente de lucha, cooperación (simbiótica) y consenso en el orden microobjetivo (a.2 y b.2).

Por último, cabe señalar: los ecosistemas humanos están abiertos al cambio. La incorporación de nuevas colonias en el ecosistema (por procesos migratorios), la irrupción de nuevas generaciones, medios de subsistencia (v. gr., prensa) generan un desafío para la comunidad y la sociedad, en cuanto órganos del orden social. Los conceptos centrales para entender las tensiones entre continuidad y cambio en los ecosistemas son la acomodación y la asimilación (Gaziano y Frazier, 1979: 25-35). Mientras la acomodación refiere (por ejemplo, de considerar las migraciones humanas) a contactos primeros e iniciales con los grupos existentes y espacios diversos de interacción (b.1), con la cultura dominante (a.2) y la organización económica y territorial (a.1), la asimilación refiere a modalidades ya asentadas (metabolizadas) de incorporación. En materia de ideas y opinión, por ejemplo, las colonias migrantes se encuentran sometidas a procesos que van desde la absoluta aculturación hasta la preservación fortificada y reforzada de la propia cultura. Para esto último, la colonia "trasplantada" (Park, 1999: 106) debe instituir y preservar sus propias instituciones de control y regulación.

Recompuestas breve y sistemáticamente las redes conceptuales más importantes del modelo ecológico, paso ahora a desarrollar el esquema histórico-evolutivo ofrecido en los trabajos de sociología urbana de Park.

IV.II. EL PÚBLICO EN LAS REDES CONCEPTUALES EN LA SOCIOLOGÍA URBANA

La *gran ciudad* constituye para Park un laboratorio (Park, 1996 [1904]; Park, Burgess y McKenzie, 1986 [1925]) de estudio y análisis de la sociedad *moderna*, pero también un espacio de investigación sobre las especificidades de aquella. A través de la gran urbe, es posible entonces reconstruir los contrastes entre el modo de vida metropolitano y la vida parroquial, como correlato de la transición de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*; entre unas sociedades homogéneas y otras heterogé-

neas, altamente diferenciadas; entre racionalidades sustantivas y racionalidades formales e instrumentales (véase Martínez, 1999; Grondona, 2012; Torterola, 2012). Y es posible asimismo observar una serie de fenómenos sociales específicos de la vida moderna: la desorganización grupal e individual (Thomas y Znaniecki, 2004 [1918-1919]), la acelerada movilidad física y espiritual, el crimen organizado, la soledad y la neurastenia, etc. (Park, 1996 [1904]).

En este juego que pivotea entre la definición de la especificidad o particularidad de la gran urbe y la comparación con la vida pueblerina (moderna o premoderna), se despliegan simultáneamente, en todas las dimensiones analíticas, las redes conceptuales del autor. Me referiré con brevedad, en cada una de ellas, a las más importantes para determinar y enriquecer la noción[34] de público.

En el *extremo macroobjetivo* (a.1), encontramos conceptos tales como expansión demográfica, división del trabajo, monetarización, la especialización y complementación de actividades (tan específica de la gran ciudad), el desarrollo de los medios de movilidad (ferrocarriles, automóviles) y la comunicación (prensa) producto de la tecnificación y la racionalización de las instituciones (Gaziano y Frazier, 1979: 37). En el extremo *macrosubjetivo* (a.2), se identifican nociones tales como cosmopolitismo (en contraposición con la cultura cerrada y situada del medio rural) y democracia liberal (como valores culturales). Ellos son el soporte –cosmopolitismo y liberalismo– del pluralismo político e ideológico en la (auspiciosa) imagen que construye Park de la sociedad (metropolitana) moderna. Entre una y otra dimensión, es posible reconocer la noción (mixta) de educación generalizada (Park, 1999: 64) (a.1 y a.2). Con ello, debemos entender un sistema formal educativo. Su importancia radica en la democratización (independientemente de las colonias en cuestión) de la alfabetización, como requisito de la extensión social de la prensa escrita.

En el extremo microsocial, a mi entender, los conceptos claves son *lo primario* y *lo secundario* (Ritzer, 1997 [1993]: 65). En el *plano microobjetivo* (b.1), la antinomia se expresa como formas de interacción y solidaridad definidas por criterios opuestos: relaciones concretas, estrechas, afectivas, cara a cara (primarias) y relaciones mayormente abstractas, distanciadas emocionalmente y/o formalizadas, y, en muchas ocasiones también, mediatizadas (secundarias). La gran ciudad supone, en términos generales, una inexorable transición de grupos de pertenencia y afinidad primarios a otros secundarios, y asi-

34 Recuérdese, como se señaló en el segundo apartado, que, en los estudios de sociología urbana, Park jamás define formalmente el concepto de público, sino que lo utiliza, como se expondrá luego, como noción.

mismo una mayor mediatización y desanclaje espacio-temporal en lo que refiere a las condiciones de posibilidad de los "momentos psicosociales" denominados públicos. Esta noción es sinónimo, entonces, en la gran ciudad de la movilidad (física e imaginaria), la comunicación mediada y del proceso de abstracción de las relaciones sociales.[35]

En la esfera *microsubjetiva* (b.2), la polaridad primario-secundario puede caracterizarse a través de la oposición entre individualidad afectiva y emocional y subjetividad racionalmente definida. En la lógica primaria, el individuo se concibe como miembro de una comunidad (grupo social), mientras que, bajo la lógica secundaria, su individualidad es irreductible a los preceptos orgánicos de una colectividad. Con ello, formulo entonces una relación entre la dimensión *microobjetiva* y la *microsubjetiva* (b.1 y b.2), por un lado, y entre la dimensión *macrosubjetiva* y *microsubjetiva* (a.2 y b.2): los individuos mantienen actitudes diferentes (abiertas y cerradas)[36] hacia los grupos sociales y hacia las opiniones y los valores bien dominantes, bien del grupo (clase, etnia) de pertenencia (por ejemplo, actitudes de aceptación o disconformidad).

En lo que refiere a la relación entre los dos *niveles macro* (a.1 y a.2), claramente en Park existen correspondencias directas. Por ejemplo, a mayor población, conformada por un mayor número de colonias, mayor número de ideas, opiniones, culturas. Por otro lado, no es posible establecer un reduccionismo materialista o idealista: la cultura científica es fundamental para el desarrollo de nuevas tecnologías e industrias (entre ellas, las culturales). Pero no menos cierto es que la emergencia de (nuevas) instituciones producto del desarrollo material, como ser los periódicos, generan modificaciones cuantitativas y cualitativas en la opinión (a través de las noticias aceleran el ritmo de cambio de los temas, abren o cierran nichos de mercados, según la estructura del mercado editorial, etc.).

Tras esta breve exposición, me propongo a continuación articular, en un esquema integrador y sintético, las redes conceptuales del pa-

35 En efecto, los "momentos psicológicos" conocidos como los públicos pueden aparecer en cualquier situación social, "pero suceden con mayor frecuencia en una sociedad que ha alcanzado un alto grado de movilidad". Y ello donde "los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y la prensa se han convertido en partes indispensables de la economía social" (Park, 1999: 64. El énfasis me pertenece).

36 El concepto de actitud (Park y Burgess, 2016 [1921]; Thomas y Znaniecki, 2004 [1918-1919]) es tan importante en la Escuela de Chicago (Germani, 1971) que Park llegó a definirla como la unidad de análisis de la sociología: "La unidad elemental de lo social no es el individuo sino la actitud, la tendencia individual a actuar. No son los individuos sino las actitudes las que, por su interacción, mantienen las organizaciones sociales y determinan los cambios sociales" (Park, 1996 [1904]: 92).

radigma ecológico y las nociones presentes en la sociología de la vida metropolitana. Es decir, busco integrar y sintetizar los conceptos y las nociones principales, a través de las cuales es posible reconstruir la teoría del público en el segundo momento intelectual de Park.

V. SINTETIZACIÓN E INTEGRACIÓN DEL MODELO ECOLÓGICO Y LA SOCIOLOGÍA URBANA

Comienzo la síntesis, entonces, por el nivel macrosociológico del continuo. En el extremo *macroobjetivo* (a.1.), encontramos la organización comunitaria de la prensa y las noticias: un ecosistema del que forman parte, con poder diferenciado y en un contexto de división del trabajo, diferentes tipos de periódicos: "críticos e independientes", "amarillistas", "políticos"; del orden nacional, urbano o parroquial (en el sentido de pertenencia a una colonia específica, como ser la polaca, la alemana, la afro, etc.). La sociedad es, en términos morales y normativos, plural, de corte liberal (*extremo macrosubjetivo*, a.2). Su función es proveer cohesión, integración y orden al ecosistema cultural. Pero debe ser lo suficientemente flexible y abarcadora como para cobijar, dentro de un sistema político-ideológico (democracia liberal) dominante, diversas ideas, opiniones, convicciones. Es decir, el control social, anclado en la cultura dominante, debe ser capaz de aceptar ideas, opiniones y culturas subalternas. La diversidad de la prensa y las noticias tiene, entonces, un correlato en la pluralidad ideológica y cultural, dentro de parámetros de control[37] y preservación del orden liberal (a.1 y a.2; μ). El ecosistema urbano y liberal moderno de Park se presenta como un orden plural, diverso, cosmopolita.

En el nivel *microsocial***,** es posible reconocer, asimismo, en correspondencia con las dimensiones *macrosociales*, un mosaico diverso y plural de relaciones sociales (b.1) y de formatos de individualidad (b.2). La cantidad y variedad de "áreas naturales" (v. gr., vecindarios) (Park, 1996 [1904]; Park, Burgess y McKenzie, 1986 [1925]), de órganos institucionales de preservación y control (gacetillas de migrantes), tiene su correlato, en un nivel analítico microscópico, en una profusión de públicos formados por criterios diferenciados (de tipo ideológico político, cultural-lingüístico, según intereses en los temas nacionales o locales, etc.). No obstante, es posible organizar, para facilitar la labor sistematizadora, dos tipos de relaciones y subjetividades: primarias y secundarias. Esta distinción no soslaya, de todos modos,

37 La opinión se presenta, en la narrativa de Park, como un producto de la evolución humana de sus formas más simples a complejas y una metáfora del carácter impersonal y abstracto del control social: las *formas elementales* de este último son los rituales, los tabúes y las ceremonias. En un estadio ecológico más avanzado, el rumor y el chisme (véase Park y Burgess, 2016 [1921]: 420-425).

la creciente mediatización y el distanciamiento espacio-temporal de los contactos sociales, procesos que condicionan o enmarcan la construcción (abstracta, distanciada) de los públicos modernos.

En términos generales, los grupos primarios de pertenencia son más proclives a generar opiniones mediante tradiciones, costumbres y dogmas. Los secundarios, en cambio, son más abiertos a la ciencia, la filosofía, la crítica ilustrada. (b.1 y a.2; Ʊ). La prensa amarilla o la de una colectividad migrante son más afines a lógicas primarias (basadas en elementos emocionales, costumbres, etc.). Por su parte, la prensa crítica o cosmopolita están más cercanas a los públicos secundarios (mayormente ilustrados). En todo caso, en la ecología de la prensa, cada "especie" (periódico) se corresponde con un nicho de lectores formado por afinidades o proximidades culturales, sociales, políticas (relación macroobjetiva y microobjetiva [a.1 y b.1; Λ]).[38]

Por otro lado, la práctica de la lectura de las noticias puede variar de acuerdo con los lectores (a.1 y b.2; π). "El urbanita medio" (podría decirse también indolente, embotado) (b.2), según Park, tiende al consumo de "imágenes" y a leer diagonalmente las noticias. Su actitud es más bien sensacionalista. El ejercicio lógico de dicho urbanita ya no es abstracto, reflexivo, deductivo (MyP), sino más bien concreto, práctico, inductivo (Park, 1986 [1925]: 91).[39]

Si se piensa, por ejemplo, en los conceptos ecológicos de acomodación y asimilación, estos procesos involucran, como se señaló, todas las dimensiones analíticas. Por ejemplo, la irrupción de un medio de comunicación como la prensa, que facilitó como ya se indicó la proliferación y rápida movilidad de temas y opiniones –en particular, las dominantes (μ)–, genera actitudes grupales (**Λ**) e individuales (π) diferenciadas: como ser la formación (o no) de un periódico grupal o el aprendizaje de la lectura y la escritura (y/o una nueva lengua); la indiferencia, el rechazo o, por el contrario, el consumo diario y rutinario de noticias (acomodación). Con el tiempo, estas actitudes

38 En la gran ciudad, estos mercados –que son de noticias, posiciones editoriales, opinión, debate y juicio, es decir, abarcan todos los niveles analíticos–, sostiene Park, se homologan (o derivan) de la diferenciación social, cultural y de la personalidad. Por ejemplo, "prensa amarilla" tiene por destinatario urbanitas "simples", "comunes" (*ordinary man*), que desean consumir imágenes y síntesis periodísticas impactantes. La "prensa independiente", que nació de la (búsqueda de) autonomía respecto de la organización política partidaria (y su prensa), tiene por destinatarios públicos mayormente lectores e inmiscuidos (en textos, no imágenes) en temas de debate y opinión (Park, 1986 [1925]).

39 En la vorágine de la gran ciudad, con su ritmo acelerado y múltiples actividades, los "hombres" (lectores) ordinarios no "piensan" o se interesan por "doctrinas políticas o ideas abstractas", sino en "imágenes concretas, anécdotas, fotografías, parábolas" (Park, 1986 [1925]: 91).

grupales e individuales abren caminos diferenciados, con consecuencias profundas, en el plano cultural de las relaciones sociales y de la personalidad (asimilación): por ejemplo, quienes aprendieron a leer y escribir tienden a incorporar contenidos culturales (Ʊ) que facilitan la movilidad social y territorial; tienden a trascender los grupos primarios de pertenencia y solidaridad hacia nuevos grupos (secundarios), anclados en valores, tipo de especialización, orientaciones políticas (en lugar de tradiciones, costumbre, sangre), etc. (Σ).

Por lo expuesto aquí, a partir de las redes conceptuales reconstruidas en los apartados IV.I y IV.II, se observa que los significados de los conceptos (puros, formales) de *público* y *masa* fueron redefinidos a partir de nuevas relaciones de conceptos (paradigma ecológico) y nociones (sociología urbana): grupos, contactos, valores, primarios y secundarios, ciudad antigua y metrópoli moderna; ecosistema (comunidad) de prensa y noticias; ecosistema de opinión (y opiniones) como mecanismos de control (de la sociedad). El público en particular pasó, por un lado, a relacionarse estrechamente con el concepto de control y, por otro, con el de prensa, noticias, movilidad (expresando así el carácter crecientemente impersonal, abstracto y fluctuante de la gran urbe moderna).

Estos cambios en las redes conceptuales, a caballo de la "ecología" humana y la "historia" moderna, permiten identificar tres desplazamientos en relación con la etapa inicial de la obra de Park. En primer lugar, la noción del sujeto "crítico" e "ilustrado" (polo *microsubjetivo*, b.2) no se disipa. Pero conforma una entre otras posibles actitudes individuales: los públicos pueden ser también escasamente reflexivos, sensacionalistas, consumidores de prensa amarilla. Se despliega una nueva red conceptual y también antítesis (crítico-conformista, etc.).

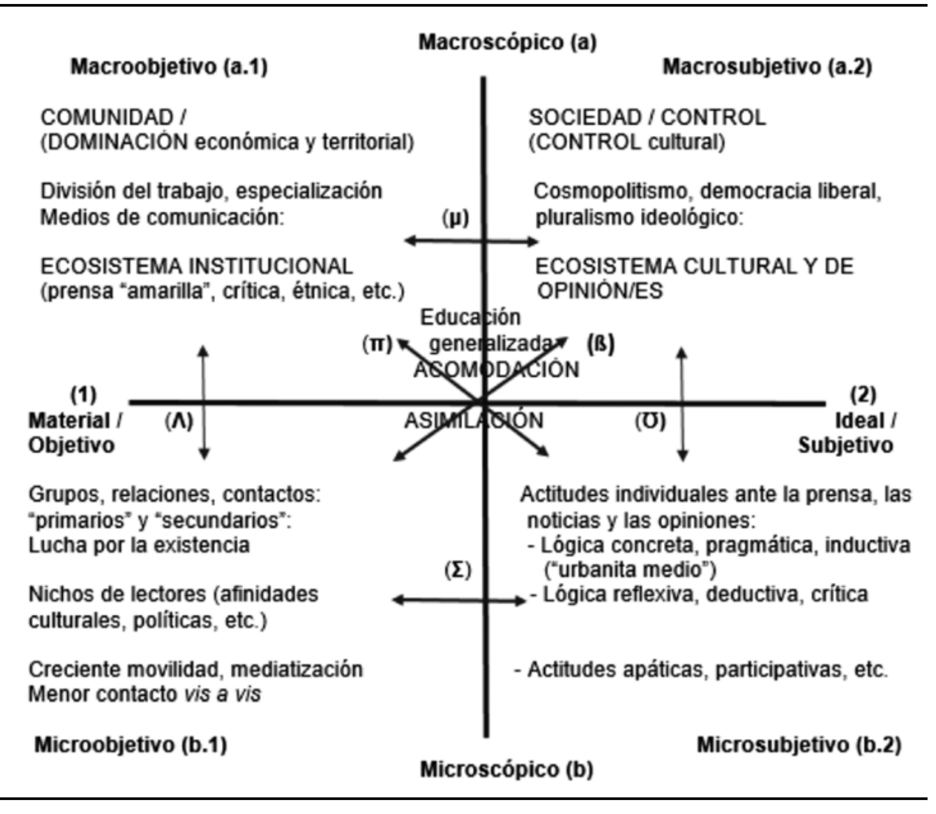
Es decir, en segundo lugar, se observa la construcción –a diferencia de MyP– de un modelo que abarca las cuatro dimensiones analíticas, con sus extremos "objetivos" y "subjetivos", observación "macroscópica" y "microscópica". Sin embargo, en tercer lugar, puede indicarse también que los hechos sociales objetivos y subjetivos pasan ahora a ser fundamentales en su conjunto para explicar el fenómeno del público y el individuo público. Si se recuerda que, según Park y Burgess (2016 [1921]) la cuestión sociológica "más importante" de inicios del siglo XX era el control social,[40] ello conduce a la necesidad de estudiar principalmente

40 En la historización de las etapas de adaptación (acomodación y asimilación) ecológica, lo que encontramos es bien una subordinación, bien una transición (ya señalada) de los mecanismos "primarios" hacia otros "secundarios" de control: desde lo *irracional-efervescente-concreto-directo* hacia lo *racional-formal-abstracto-mediado*. En tanto la prensa y las noticias son, en una escala reducida o específica, "laboratorios" (para utilizar la metáfora de Park) de estudio de la ecología humana moderna, la prensa cumplía, por entonces, dos funciones. Por un lado, un rol de preservación y organización del

las corrientes de opinión como fuerza o corriente macrosocial cristalizada, más que las formas de interpenetración psicológica microscópicas.

En el diagrama N°4 se ofrecen entonces ambas redes conceptuales (sintetizadas mediante el término "ecología urbana", así como las relaciones entre las dimensiones analíticas que subyacen a aquellas redes.[41]

Diagrama Nº4
Análisis integrador de las redes conceptuales de la ecología urbana en Robert Park: la teorización del Público



Fuente: diagrama del autor.

grupo, afirmando la identidad, solidaridad, moral, costumbres y lengua de las colonias trasplantadas. Por otro lado, un papel integrador, proveedor de recursos de sociabilidad (temas, información, modas, opiniones), en un medio dinámico y cambiante como el ecosistema urbano (Park, 1986 [1925]: 84-85; Gaziano y Frazier, 1979: 29-30).

41 Los conceptos claves pertenecientes al modelo de la ecología humana son ubicados en el PSI con mayúsculas. Por su parte, a los conceptos o las nociones recuperadas de la sociología urbana, les reservé las minúsculas.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

El ejercicio realizado propuso generar un aporte a la metateoría propuesta por George Ritzer. Desde luego, no es la primera ni será, seguramente, la última. Así como Colomy (1991) ofreció un cuarto tipo de labor metateórica, el estudio sistemático de las "tradiciones" sociológicas (*Ma*) y Requena Santos (2000) desarrolló un modelo alternativo al integrador, denominado "reticular", sugiero considerar los conceptos y las redes conceptuales –independientemente de sus formas (modelos, sistemas binarios) y los niveles de formalización y/o abstracción teórica– como las unidades de análisis del PSI de Ritzer.

Subrayo en este punto que, así como las teorías generan abstracciones y modelos formales y explicativos del "mundo social", la metateoría ofrece por su parte modelos explicativos de su objeto (las teorías), estudiando sus elementos constitutivos fundamentales (conceptos, redes conceptuales). "Subrayo" porque tal aclaración no fue explicitada por el mismo Ritzer, quien no clarifica de manera adecuada los componentes del continuo científico. Precisamente, los conceptos –y las nociones– desempeñan un papel mediador –y bisagra– entre el polo "abstracto", "generalizador" (metafísico, y también metateórico) y el polo "fáctico", "específico" (empírico). Las redes de conceptos son, al mismo tiempo, la llave para estudiar los influjos entre los continuos y sus dimensiones analíticas.

Considero que, con la determinación de los conceptos y las redes de conceptos y nociones como unidades formales de análisis, el PSI gana precisión y potencial explicativo en su objetivo de comprender, evaluar y comparar las teorías sociales. En particular, cuando las teorizaciones son complejas o desorganizadas (en el caso de Park, la correspondiente al público en la ecología urbana), una vez que se definen las redes y las ubican en los polos del sistema de coordenadas, el PSI posibilita analizar y evaluar con claridad y exhaustividad dichas teorizaciones.

Me propuse, asimismo, utilizar el PSI y el enfoque en las redes de conceptos en un objeto escasamente considerado en la sociología: la teorización del público en la obra de Park, en la fase institucionalizadora de la disciplina. El hallazgo más notorio alcanzado tras la aplicación del PSI "reacondicionado" es el siguiente: aun cuando las definiciones y caracterizaciones de los registros conceptuales más importantes de público en Park –como forma de socialización y como espíritu objetivado en una opinión compartida– no atravesaron prácticamente modificaciones a lo largo de su obra, sí *mutaron* sus *significados*. Y esto último debido a la mutación del esquema teórico-conceptual general, el modelo de abordaje y el objeto de análisis en el autor de Chicago. Estas mutaciones permiten reconocer y determinar

desplazamientos simultáneos (a los conceptuales) en las relaciones entre las dimensiones de análisis del PSI.

En la etapa neokantiana y formalista, el colectivo psicosocial *público* se ofreció como concepto sociológico fundamental y su significación se construyó, hacia afuera, en un "juego de alteridad" con el concepto de *masa*. Las redes y los cotejos entre las propiedades de una y otra categoría se forman bien en la dimensión macrosubjetiva (relación de las unidades con la moral, las costumbres, las tradiciones, las leyes), en la microsubjetiva (formato racional, lógico e individual o irracional, emocional, comunitario del espíritu) y microobjetiva (medio y fin de la atención y las reglas de sociabilidad: debate, confrontación, búsqueda de consenso o unidad efervescente, acción colectiva espontánea).

En la etapa ecológico-urbana (también historicista-narrativa), la cuestión del público tiende a subordinarse, por un lado, a la dinámica que caracteriza la formación-transformación de la opinión, y la relación de esta última con la relación –inestable, dinámica, abierta– entre "orden" y "cambio" social. Pasa a comprenderse ("la cuestión") *mediante* la relación (conceptual y observacional), en lo inmediato, con los conceptos de movilidad, prensa, opinión pública, control social. Y, más ampliamente, a través de una polaridad matriz (comunidad y sociedad) y de los conceptos que estructuran el *ethos dinámico* del modelo ecológico (competencia, conflicto, acomodación, asimilación).

Por medio de la observación sistemática e integradora, se diagnosticó, en primer lugar, una mutación desde un modelo "negociado" e "interaccionista" del orden social a otro en el cual las relaciones sociales se encuentran condicionadas por un haz de fuerzas sociales (materiales e ideales) teórica y empíricamente fundadas. El modelo teórico-conceptual inicial (MyP), si bien no desapareció, se subordinó años más tarde (*ISS*) a un modelo más complejo que toma por base teórica la ecología humana y por "laboratorio" empírico la transición de la vida parroquial a las grandes urbes. Los desplazamientos teóricos y conceptuales tuvieron por corolario la transición de una teorización encuadrada en los paradigmas de la *conducta* y la *definición social* a otra moldeada por el paradigma de los *hechos sociales*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alexander, J. (1989). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa.

Berganza Conde, M. R. (1999). Hacia una recuperación del pensamiento de los pioneros: el concepto de comunicación en la teoría sociológica de Robert Park. *Comunicación y Sociedad,* XII(1), 49-75.

Berger, P. y Luckmann, T. (1986) [1966]. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bialakowsky, A. (2017). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Cinta de Moebio,* 59, 116-128.

— (2013). Antecedentes y posibilidades de un análisis comparativo en metateoría. El abordaje problemático en la teoría sociológica contemporánea. *Documentos de Jóvenes Investigadores*, 38, junio. Instituto de Investigaciones Gino Germani: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Borch, C. (2012). *The politics of crowds. An alternative history of sociology.* Cambridge: Cambridge University Press.

Capellán de Miguel, G. (2008). Introducción: los «momentos» de la opinión pública. En G. Capellán de Miguel (ed.), *Opinión pública. Historia y presente* (pp. 9-19). Madrid: Trotta.

Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado.* Buenos Aires: Paidós.

Colomy, P. (1991). Metatheorizing in a Postpositivist Frame. *Sociological Perspectives*, 34(3), 269-286.

Dawe, A. (1988) [1970]. Las teorías de la acción social. En T. Bottomore y R. Nisbet (eds.), *Historia del análisis sociológico* (pp. 412-475). Buenos Aires: Amorrortu.

de Marinis, P. (2015). Las comunidades de Max Weber. Acerca de los tipos ideales sociológicos como medio de desustancialización de la comunidad. En A. Morcillo Laiz y E. Weisz (eds.), *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción* (pp. 293-319). México: FCE, CIDE.

— (2012). La comunidad societal de Talcott Parsons, entre la pretensión científica y el compromiso normativista. En: P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 231-264). Buenos Aires: Prometeo.

Félix da Silva, N. (2011). A contribução e o pioneirismo de Robert Park. *Estudios de jornalismo e da comunicacäo,* 38(4), octubre-diciembre, 679-692.

Flores, F. H. (2011). La comunicación interpersonal como instrumento en la teoría sociológica de Robert Park. *Revista de Comunicación,* 10, 51-70.

Fraser, N. (2007). Transnationalizing the Public Sphere On the Legitimacy and Efficacy of Public Opinion in a Post-Westphalian World. *Theory, Culture & Society,* 24(4), 7-30.

Fuhrman, E. R. y Snizek, W. (1990). Neither Proscience nor Antiscience: Metasociology as Dialogue. *Sociologica! Forum*, 5, 17-3.

Gaziano, C. y Frazier, J. (1979). Robert Ezra Park's Theory of News, Public Opinion y Social Control. *Journalism & Mass Communication Monographs,* 64, 1-54.

Germani, G. (1971). *Estudios sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires: Paidós.

Grondona, A. (2012). La 'comunidad' de Chicago. Cuestión social, cuestión urbana y cambio social: una sociología de lo comunitario. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 189-230). Buenos Aires: Prometeo.

Habermas, J. (2011) [1962]. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.

Lamo de Espinosa, E. (2001). La sociología del siglo XX. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96, 21-50.

Martínez, E. (1999). Introducción. En R. Park, *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana* (pp. 7-37). Madrid: Ediciones del Serbal.

Nisbet, R. (2003) [1966]. *La formación del pensamiento sociológico*. Tomo 1. Buenos Aires: Amorrortu.

Nocera, P. (2013). Gabriel Tarde y las formas elementales del espíritu público. En G. Tarde (2013) [1901], *La opinión y la multitud* (pp. 11-81). Buenos Aires: Editorial Urbanita.

— (2008). La recepción de Tarde en la primera sociología de Robert Park. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas,* 19.

Park, R. E. (2013) [1929]. Sociología, comunidad y sociedad. *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, 25, enero-junio, 195-211.

— (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Madrid: Ediciones del Serbal.

— (1996) [1904]. La masa y el público. Una investigación metodológica y sociológica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* 74, 361-423.

Park, R. E. y Burgess, E. W. (2016) [1921]. *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1986) [1925]. VI. The Natural History of Newspaper. En R. Park, E. Burgess y R. Mackenzie (eds.), *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment* (pp. 80-98). Chicago: University of Chicago Press.

Park, R. Burgess, E. y Mackenzie, R. (eds.) (1986) [1925]. *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment*. Chicago: University of Chicago Press.

Requena Santos, F. (2000). Hacia una perspectiva reticular de la teoría sociológica. *Papers*, 62, 133- 145.

Ritzer, G. (2010). *Sociological Theory*. Nueva York: McGraw-Hill.

— (2007). *The Blackwell Encyclopedia of Sociology*. Malden: Blackwell Pub.

— (2004). *The McDonaldization of Society*. Thousand Oaks: Pine Forge Press.

— (1999). *Enchanting a Disenchanted World: Revolutionizing the Means of Consumption*. Thousand Oaks: Pine Forge Press.

— (1997) [1993]. *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw-Hill.

— (1991). *Metatheorizing in Sociology*. Lexington: Lexington Books.

— (1981). *Toward an Integrated Sociological Paradigm: the Search for an Exemplar and an Image of the Subject Matter*. Nueva York: Allyn & Bacon.

— (1975). Sociology: A Multiple Paradigm Science. *The American Sociologist,* 10(3), 156-167.

Rospir, J. I. (2008). El siglo XX americano. Una propuesta de historia intelectual de la opinión pública. En I. Capellán de Miguel, *Opinión pública. Historia y presente* (pp. 121-158). Madrid: Trotta.

Salles, V. (2001). El debate micro-macro: dilemas y contextos. *Perfiles Latinoamericanos,* 18, 115-151.

Sánchez de la Yncera, I. y López Escobar, E. (1996). Los barruntos de Park antes de Chicago. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* 74, 345-359.

Skinner, Q. (1988). *El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas*. Madrid: Alianza.

Somers, M. (1996-1997a). ¿Qué hay de político y de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de los conceptos. *Zona Abierta,* 77-78, 31-94.

— (1996-1997b). Narrando y naturalizando la sociedad civil y la teoría de la ciudadanía: el lugar de la cultura política y de la esfera pública. *Zona Abierta,* 77-78, 255-337.

Tarde, G. (2013) [1901]. *La opinión y la multitud*. Buenos Aires: Editorial Urbanita.

Thomas, W. y Znaniecki, F. (2004) [1918-1919]. *El campesino polaco en Europa y América*. Madrid: CIS.

Toledo-Nickels, U. (2008). El esquema metateórico de Ritzer desde la metodología de los programas de investigación. *Cinta de Moebio,* 33, 204-218.

Torterola, E. (2012). Lazo social y metrópolis. La comunidad en los orígenes de la sociología urbana: Georg Simmel y Robert E. Park. En P. de Marinis (coord.), *Comunidad: estudios de teoría sociológica* (pp. 109- 140). Buenos Aires: Prometeo.

— (2009). *Individuo y profesión. El proceso de especialización en las teorías de la modernidad de Max Weber y Georg Simmel*. Buenos Aires: Prometeo.

Zabludovsky, G. (2002). Teoría y metateoría en las ciencias sociales contemporáneas. En *Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo* (pp. 127-168). México: Porrúa.

Juan Ignacio Trovero

DE LA TEORÍA A LA TEORIZACIÓN

ALGUNOS APORTES PARA EL TRABAJO EN/CON TEORÍA EN SOCIOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

La caracterización de lo que constituye el “trabajo teórico” o “trabajar en/con teoría” en sociología no suele resultar una tarea sencilla para quienes se dedican a la “investigación teórica”. Esta, respecto de su contrapartida empírica, encuentra más difícil y compleja su justificación y demarcación, debido, entre otras cosas, a la naturaleza diferente de sus objetos de estudio. Pero entonces, ¿qué se entiende por *teoría* en sociología? ¿Cuáles son sus características, sus particularidades, sus alcances y posibilidades?

Estas y otras preguntas, de difícil aproximación y respuesta, han estado presentes, implícita o explícitamente, a lo largo de toda la historia de la disciplina. Desde ya, todas ellas se vinculan con una cuestión de índole metodológico-epistemológica subyacente a toda ciencia: la siempre tensa relación que existe entre la teoría y la realidad. No es nuestro interés adentrarnos en esta problemática cual si fuera una brecha abierta que precisara ser zanjada de una vez y para siempre. Esta tensión es inherente a todas las ciencias, incluidas obviamente las sociales. Pero, en el presente trabajo, nos proponemos aportar algunas herramientas que puedan resultar de utilidad, en particular para quienes trabajan en el campo de las teorías sociales/sociológicas.

Nos detendremos, específicamente, en las propuestas de Gabriel Abend y Richard Swedberg.[1] Aún con sus diferencias, estos autores buscan intencionadamente salir de la discusión planteada en términos generales, y proponen una concepción de la *teoría* mucho más restringida y pragmática, apegada a cuestiones propedéuticas, metodológicas y/o epistemológicas. Ambos recuperan cierto punto de vista metateórico, pero se focalizan en los aspectos prácticos del quehacer teórico en sociología. Así, despliegan sus argumentos en dos direcciones: Abend se sirve de diversas herramientas con el objetivo de clarificar el término teoría y sus respectivos "usos" a partir de un "análisis semántico" (2007, 2008); mientras que, por su parte, Swedberg propone algunas "recomendaciones y reglas de procedimiento" para avanzar en el "proceso de teorización" (2012, 2014a, 2017).

La importancia de estos aportes reside sobre todo en que abordan directa y profundamente los problemas que nos ocupan pero, también, en que son relativamente recientes, lo cual les permite estar a tono con las discusiones actuales del campo. Además, resultan poco conocidos en nuestro medio académico, razón adicional para traerlos a colación. Asimismo, dado que estos textos no cuentan con traducciones al español, es nuestra intención acercar a quienes trabajan en el campo de la teoría social/sociológica de habla castellana estas importantes contribuciones.[2] Por otro lado, las propuestas de Abend y Swedberg presentan varios puntos de contacto entre sí, al mismo tiempo que poseen la nada desdeñable cualidad de estar expuestas de un modo concreto, preciso y claro.

El capítulo se estructurará de la siguiente manera. En primer lugar, caracterizaremos estos estudios en el marco general, mucho más amplio, en el que se desarrollan y con el que dialogan. Allí identificaremos brevemente una serie de estudios que han abordado estas cuestiones a lo largo de la historia de la disciplina. En segundo lugar, analizaremos algunos trabajos de nuestros autores, en donde creemos se concentran sus indagaciones acerca de lo que aquí nos ocupa, identificando y señalando los elementos que consideramos especialmente

1 Gabriel Abend, de origen uruguayo, ha trabajado en el Departamento de Sociología de la Northwestern University (Evanston, Chicago); de 2009 a 2018 se desempeñó como profesor en la New York University, y a partir de 2018, se encuentra trabajando en la Universität Luzern (Suiza). Por su parte, Richard Swedberg, sueco de nacimiento, fue profesor en la Stockholm University (Suecia) y, desde 2002, es profesor en el Departamento de Sociología de la Cornell University (Nueva York).

2 El único texto traducido al español del que tenemos conocimiento es Abend, 2007. En el resto de los casos, las traducciones del inglés utilizadas en este capítulo son nuestras (incluso también para textos de otros autores que tampoco cuentan con traducción al español).

relevantes y pertinentes para nuestros objetivos. Asimismo, nos interesará desandar la huella epistemológica por la que transitan, ya que entendemos que sus propuestas se sustentan en marcos densos pero que no siempre quedan explicitados. Por último, en la recta final del capítulo, nos ocuparemos de señalar los que juzgamos como los principales aportes de ambas propuestas para el trabajo en/con teoría en sociología, al trazar el arco que va de la *teoría* a la *teorización*.

LA PREGUNTA POR LA "TEORÍA" EN SOCIOLOGÍA (UNA PREOCUPACIÓN PERSISTENTE DESDE LOS CLÁSICOS HASTA HOY)

La pregunta acerca de la especificidad, delimitación, independencia o, incluso, relevancia y/o mera existencia de algo que pueda llamarse "teoría" en sociología ha atravesado toda la historia de la disciplina. Si bien presente ya –de formas más o menos veladas– en el pensamiento de los "clásicos", será después de la década de 1930, y especialmente a mediados de siglo, cuando asumirá mayor relevancia y visibilidad en la literatura sociológica. Muchos autores destinaron una porción no menor de sus esfuerzos al intento de explicar, cada cual a su manera, qué entendían (o qué era recomendable entender) por "teoría" en sociología. Y lo siguen haciendo.

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde aquel momento fundacional en que se perfilaba un ámbito de estudio específico de una "nueva" ciencia, la sociología, en la Europa del siglo XIX; hasta los años noventa del siglo XX en donde se cuestionó, directamente y sin tapujos, la mera utilidad de la misma ciencia. Es difícil, desde ya, trazar esta historia por lo que nos limitaremos a mencionar aquellos trabajos que, con sus marcadas diferencias, consideramos nos ayudan a comprender el estado de las discusiones acerca de la especificidad de la teoría en una disciplina que, en los términos de Giddens, tiene que lidiar con la "doble hermenéutica".[3]

Para comenzar, nos ocuparemos muy brevemente de los considerados "clásicos" de la disciplina (ver Alexander, 1990). Karl Marx (2014 [1867]), a través del despliegue de un profundo y sistemático método crítico, puso en el centro de su análisis la relación que existe entre la política y la economía en las sociedades modernas, reconociendo que es esta última la que termina por configurar las relaciones sociales de producción en un régimen capitalista. Su crítica a la economía polí-

3 Es decir, una ciencia que trabaja con materiales que resultan de la interpretación de la vida social que previamente fue interpretada por los actores que participan de ella; interpretación de la que, a su vez, estos se apropian para guiar sus conductas (ver Giddens, 1999).

tica no puede ser entendida por fuera de una crítica revolucionaria al sistema (y su ideología) capitalista, por lo que la elaboración "teórica" del mundo tampoco puede estar disociada de la *praxis* revolucionaria. Por su parte, Émile Durkheim (2001 [1895]), en Francia, hacia finales del siglo XIX, establece que la sociedad no puede ser entendida como una mera suma de individuos, hecho que se desprende, en primer lugar, de considerar a los fenómenos sociales como "externos al individuo", y, en segundo lugar, de que dichos fenómenos tienen una existencia *sui generis*, lo que les da una entidad propia, separada de las conciencias individuales, y que son producidos por la sociedad misma y no por sus partes. A partir de las teorías evolucionistas, sobre todo sirviéndose de las ideas de Charles Darwin, entre otros, elaborará una teoría funcionalista de la sociedad. En Alemania, unos pocos años después, Max Weber (2002 [1922]) postulará la necesidad de poner el eje de la discusión metodológica en las ciencias sociales en torno al concepto de *Verstehen* (comprensión), entendido como algo diferente de *Erklären* (explicación). Así, sentará las bases de la "sociología comprensiva", es decir, aquella ciencia que pretende estudiar la acción social para explicarla causalmente en su desarrollo y efectos. Todo a lo que puede aspirar, así, la ciencia social es a ofrecer una posible explicación acerca de un determinado fenómeno que se ajuste lo más posible, en un sentido racional, a la cadena causal que le dio origen.

Más adelante, ya en el otro lado del océano y en las aguas del estructural-funcionalismo estadounidense, tanto Talcott Parsons (1968 [1937]) como Robert K. Merton (1992 [1949]) han jugado un papel importante en esta historia. El primero por haberle adjudicado a la teoría estatuto de "variable independiente" dentro de la investigación sociológica y el segundo por haberse ocupado de definir el lugar exacto que le corresponde a esta en su propuesta acerca de las "teorías de alcance intermedio".

Años más tarde, surgen con afán sintetizador varias propuestas. Por un lado, la de Niklas Luhmann (1998 [1984]), que postula la necesidad de poner el foco en la idea de "sistema", sin entenderlo como una identidad, sino como una diferencia entre el sistema y su entorno, poniendo en marcha de este modo un ambicioso proyecto fundado en la desestimación de la idea de que existe algo así como una unidad en el mundo (y dentro de él de la idea de "sociedad") y la propuesta de una sistematización de este basada en redes de observadores, que no pueden ser unificados por una observación totalizada;[4] y la de Jürgen Habermas (2010 [1981]), quien, por su

4 Para un desarrollo más extenso sobre la teoría de Luhmann, consultar el capítulo de Sasín en este mismo volumen.

parte, postula la necesidad de un programa que ponga el eje en su noción de "acción comunicativa", proponiendo una síntesis entre la "subjetividad" del mundo de la vida y la "objetividad" del sistema social.[5] Por otro lado, encontramos algunas propuestas que colocan en el centro de sus reflexiones a lo que llaman "lógica teórica" (Alexander, 1982, 1988, 2000) o "metateoría" (Ritzer, 1988, 1990, 1997), y que logran concitar gran atención en el campo de debates de la teoría social/sociológica.[6] Coinciden en su interés por caracterizar y delimitar el trabajo en teoría sociológica desde un enfoque que postula la necesidad de establecer una "síntesis teórica". Alexander (1982) propone una "perspectiva multidimensional" para analizar los presupuestos generales de la sociología, mientras que Ritzer (1990, 1997) sienta las bases del "análisis metateórico" desde un "enfoque multiparadigmático" que permita "trazar un arco" (Bialakowsky, 2013) entre las diferentes teorías sociológicas o "atravesarlas transversalmente" (Pignuoli Ocampo, 2017b). Tanto la "lógica teórica" como la "metateoría" pueden ser entendidas, así, como una "teoría de la teoría" (Zabludovsky, 1995), siendo una práctica reflexiva que se plantea tanto profundizar en la teoría sociológica existente como constituir un nuevo punto de partida para nuevas propuestas teóricas.[7]

En la década de 1990, se abre un período signado por un fuerte cuestionamiento interno a la disciplina. Algunos estudios comienzan a diagnosticar, cada uno a su manera, la muerte, la crisis o simplemente el fin de la sociología, y/o más específicamente, de la "teoría sociológica".[8] Más allá de la elección, acertada o no, de

---

5 Se puede consultar para más detalles, entre otros, Belvedere (2012), Bialakowsky (2017), Pignuoli Ocampo (2017a), Sasín (2012) y Zavala Pelayo (2011).

6 Estos proyectos se enmarcan en un contexto de "*Return of Grand Theory*", característico de los años ochenta. Este término, propuesto por Quentin Skinner (1985) es retomado posteriormente por el sociólogo español Lamo de Espinosa (2001), para referirse a aquellos intentos que "tratan de tender puentes entre los dualismos heredados de las dos generaciones anteriores, singularmente la tensión entre estructuras y acciones" (p. 43).

7 Por ejemplo, Bialakowsky (2013), Pignuoli Ocampo (2017b), Requena Santos (2000) y Toledo-Nickels (2008) retoman estas perspectivas para elaborar sus respectivas líneas de investigación.

8 De alguna u otra manera, estos se montan sobre la división entre "teoría social" y "teoría sociológica" tematizada por Giddens: "Empleo la expresión «teoría social» para abarcar cuestiones que según mi criterio son asunto de todas las ciencias sociales [mientras que la] «teoría sociológica» se entenderá, si se quiere, como una rama de la teoría social en sentido lato, pero no puede sustentar una identidad plena por sí sola" (2011: 18). Desde ya, esta es una discusión todavía abierta. Para más

las figuras metafóricas, postulan agudas críticas y proponen una serie de "soluciones" sobre la base de su propio diagnóstico, guareciéndose bajo el enorme paraguas que representó el "giro posmoderno" (Best y Kellner, 1997; Seidman, 1994b). Entre ellos, algunos de los más incisivos han sido los de Steven Seidman, Charles Lemert, José Joaquín Brunner y Gøsta Esping-Andersen. El primero es contundente: "La teoría sociológica se ha ido a la basura. Ha perdido gran parte de su relevancia intelectual y social; se ha desvinculado de los conflictos y debates públicos que la nutrieron en el pasado, se ha vuelto mayormente autorreferencial" (Seidman, 1994a: 1). La crítica se centra en el "discurso fundacionalista" en el que para el autor recae la teoría sociológica: sus discusiones teóricas tienen poco impacto sobre los conflictos políticos y sociales relevantes para la esfera pública, al erigirse como meras disputas autorreferenciales y epistemológicas (p. 3). En la misma sintonía, Lemert (1992, 1995) postula que los sociólogos interesados en la teoría debieran renunciar a sus aspiraciones de ser los "proveedores de verdades científicas abstractas". Sus críticas se centran en la concepción de que la sociología ha llegado al punto máximo de su crisis y que debe, indefectiblemente, ceder su paso a la "teoría social". Por su parte, Brunner (1998) augura el "crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas". Así, sentencia que "ni sus grandes categorías sistemáticas, ni sus pequeños conceptos de interpretación de la vida cotidiana, parecen sostenerse en pie frente al doble embate del Banco Mundial y la novela contemporánea". El primero proporciona, según el autor, manuales que parecen ser más eficientes que la sociología a la hora de actuar en el mundo; mientras que la novela contemporánea parece representar más ricamente que la sociología los elementos de la vida interior y colectiva. Por último, Esping-Andersen (2000) se ocupa de demostrar que la efectividad que tuvieron los clásicos de la sociología para dar cuenta de los cambios drásticos en la economía y la política ha entrado en franco declive con el paso del tiempo hasta llegar al punto en que aquellas teorías quedaron obsoletas. Sin embargo, este autor no se posiciona en la vereda de los análisis *post-something*, ya que ellos también llegan a callejones sin salida, proponiendo "soluciones" por completo erróneas. El autor postula, pues, una serie de recomendaciones para que la sociología se comporte de manera empírica y, a la vez, "diacrónica y transversalmente comparativa" para abordar los "dramáticos cambios que

---

detalles al respecto consultar, entre otros, Aronson (2011, 2014), Belvedere (2012), Giddens (1999), Larraín (2014) y Martuccelli (2009).

nos rodean". En este sentido, sugiere una sociología que no tema ser "*theory-less*".[9]

A la vez que se desarrollaban estos amplios debates en la década de 1990, aparecieron algunos trabajos preocupados específicamente por precisar e identificar el lugar que le correspondía a la teoría en sociología. En primer lugar, Charles Camic y Neil Gross (1998) han propuesto una tipología en torno a los proyectos intelectuales que desarrollan teoría sociológica. Distinguen ocho tipos de proyectos, de acuerdo con la tarea principal que desempeñan: 1) construcción de herramientas generales para su uso en el análisis empírico; 2) síntesis de múltiples enfoques teóricos; 3) refinamiento de los programas de investigación teórica; 4) diálogo entre múltiples enfoques teóricos; 5) ampliación/reconstrucción de enfoques teóricos actuales; 6) vinculación con ideas teóricas del pasado; 7) diagnóstico de las condiciones sociales contemporáneas, y 8) disolución de la teoría sociológica. Los autores reseñan extensamente una gran cantidad de trabajos que se ubican en cada una de dichas categorías y luego discuten las condiciones de posibilidad de cada uno de estos proyectos de acuerdo con su relación con los otros, con la sociología en toda su extensión, con las "fuerzas externas" y con los "legados históricos". Karl Weick (1995, 1999), por su parte, sostiene que el trabajo teórico puede tomar diversas formas y debe ser visto como un contínuum (adivinanza - especulación - conjetura - proposición - hipótesis - concepción - explicación - modelo) y no como una *dicotomía* (teoría/teorización – producto final/proceso). Así, el rótulo de "teoría" no debe guardarse para el producto final, sino también para referir a las "luchas provisionales" (*interim struggles*). El proceso de teorización consiste en actividades tales como la abstracción, generalización, relación, selección, explicación, síntesis e idealización. Estas actividades en su devenir despliegan listas de referencias, datos, listas de variables, diagramas y listas de hipótesis. Estos productos emergentes resumen el progreso, otorgan dirección y sirven de marcadores de posición. Tienen vestigios de teoría pero no son en sí mismos teorías. Pocas cosas son "teorías completas". La clave yace en el contexto, "¿qué vino antes, qué viene después?" (p. 389). Como veremos más adelante, sendos trabajos, que se detienen en distintas aristas del mismo problema, cobran especial relevancia en cada uno de nuestros autores.

---

9 Desde ya que estas perspectivas recibieron buenas y agudas críticas. Entre ellas, las más destacadas son las de François Dubet (1996, 2004) y Nicos Mouzelis (1995). Para una lista un tanto más extensa, y un estudio más general acerca de estos tópicos, ver Aronson (2011) y Zavala Pelayo (2011).

Finalmente, queremos poner de relieve que los debates en torno al lugar que ocupa la teoría en sociología gozan de total actualidad. Un ejemplo elocuente de esto lo encontramos en el número de junio de 2017 de la revista *Sociological Theory*, titulado "¿Qué es una buena teorización?" ("*What is Good Theorizing?*"). Sus cuatro artículos dan buena cuenta de que el tópico está lejos de abandonar la agenda de la teoría sociológica (Besbris y Khan, 2017; Ermakoff, 2017; Healy, 2017; Mears, 2017). Healy postula que la acción de "matizar" (*nuance*) conspira contra la "buena teoría", ya que bloquea el proceso de abstracción del que esta depende e inhibe el proceso creativo que hace de la teorización una actividad útil. Desde ya que su crítica no es general sino bien específica: el acto de matizar en la teoría sociológica es definido como la pretensión de "enriquecer" una teoría agregándole complejidad, usualmente mediante la añadidura de dimensiones o aspectos relevantes, pero sin que esto suponga la especificación del vínculo entre los nuevos elementos y los previamente existentes. Ermakoff, por su parte, se propone volver sobre la afirmación que establece que la "teoría requiere fundamentación empírica" para reflexionar acerca de las condiciones de posibilidad de tal fundamentación. La teorización se basa así tanto en la fundamentación empírica como en la especificidad analítica. Ambos requisitos, según el autor, componen la matriz epistémica de reivindicaciones y conceptos orientados al conocimiento acumulativo. Besbris y Khan (2017) argumentan vehementemente no solo que la mayoría de las producciones no deberían "promover una nueva teoría del mundo" (*advance a new theory of the world*), sino que, además, "tales demandas de desarrollo teórico empobrecen la disciplina tanto de manera sustancial como teórica" (p. 47). En tal sentido, abogan por una sociología con "menos teoría" y más "descripción". Por último, Mears se propone investigar sobre los orígenes, variedades, usos y abusos de la construcción de enigmas teóricos (*theoretical puzzles*) en sociología. En su artículo, la autora discute no tanto con la idea de un "enigma" como herramienta heurística, la cual reconoce como sumamente pertinente para la investigación (especialmente "cualitativa"), sino más bien con las estrategias de construcción de tal herramienta y sus orígenes, la práctica de deducir enigmas en las presentaciones académicas y los peligros que supone su utilización acrítica.

Llegados a este punto, y luego de haber pasado revista a esta larga lista de nombres, propuestas, diatribas y proclamaciones, en los dos siguientes apartados veremos en qué consisten las principales ideas y propuestas de Abend y Swedberg acerca de qué es posible (y recomendable) entender por "teoría" en sociología.

ACERCA DEL SIGNIFICADO Y LOS *USOS* DE LA PALABRA "TEORÍA"

Gabriel Abend aborda estas cuestiones, fundamentalmente, en dos artículos: "Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México y Estados Unidos" (2007) y "The Meaning of 'Theory'" (2008). En el primero, el autor se ocupa comparativamente de los discursos de las sociologías mexicana y estadounidense y demuestra que en ellos subyacen "supuestos epistemológicos significativamente diferentes" (2007: 574). La comparación se articula sobre la base de discusiones teórico-epistemológicas (la naturaleza y papel de las teorías, el diálogo entre teorías y evidencia, la búsqueda de la objetividad epistémica y del ideal de una ciencia libre de valores) y, al mismo tiempo, se apoya fuertemente en datos que construye a partir de un análisis de contenido de una muestra de artículos de revistas académicas muy importantes (dos mexicanas, *Estudios Sociológicos* y *Revista Mexicana de Sociología,* y dos estadounidenses, *American Journal of Sociology* y *American Sociological Review*). El objetivo ulterior del artículo es postular una "sociología de las epistemologías" que se ocupe de dar cuenta de dos problemas teóricos: el primero refiere a cómo explicar la diferencia que describe entre ambos "estilos de pensamiento", y el segundo, al tema de la conmensurabilidad y la traducibilidad: si es acaso posible, y en qué medida, "la traducción de unas afirmaciones teóricas a otras expresadas en estas lenguas (o si existe un metalenguaje al que ambas pudieran ser traducidas)" (p. 575).[10]

Ahora bien, el segundo artículo, que nos interesa particularmente y en el que nos detendremos en esta oportunidad, intenta discernir qué entienden los sociólogos y las sociólogas cuando utilizan términos como "teoría", "teórico" o "teorizar". Según Abend, estas palabras son *usadas* recurrentemente aunque la mayoría de las veces no se sabe exactamente qué *se quiere decir* con ellas. La sociología ha estado plagada de disputas acerca de qué es una buena teoría, qué cosa constituye una contribución teórica, hacia dónde debería ir la teoría, cuáles son las funciones de la teoría, etc. Sin embargo, estas disputas han estado enmarcadas, según el autor, en

10 Para más detalles acerca de este texto, ver en este mismo volumen Bialakowsky y Blanco, quienes en su propuesta de un análisis simultáneo de producciones del Sur y del Norte lo abordan en profundidad y lo ponen en diálogo con "Retórica y locura. Para una teoría de la cultura Argentina" de Horacio González. Su objetivo es mostrar cómo se despliegan diferentes "estilos sociológicos" ("cientismo" por el lado de Abend y "ensayismo" por el de González) dentro de un determinado campo de saberes y prácticas disciplinarias.

una discusión acerca de la naturaleza, características y funciones de una determinada entidad que supuestamente la palabra "teoría" distingue; pero no en lo que exactamente distingue a la palabra "teoría". Hay algunas preguntas en las que se han detenido reiteradas veces los sociólogos y las sociólogas: ¿qué es la teoría? (es decir, una pregunta ontológica), ¿qué es una buena teoría? (una pregunta evaluativa) o ¿para qué es la teoría? (una pregunta teleológica). Ahora bien, Abend se propone en esta oportunidad abordar una pregunta de índole semántica: ¿qué significa "teoría" en el lenguaje sociológico?

En primer lugar, apunta sus miras a desarticular las "confusiones semánticas" que se presentan en torno al uso extendido de la palabra "teoría" en sociología, con el propósito de despejar malos entendidos y clarificar el término. En general, cuando se distinguen especies, tipos, formas de teorías, de enfoques teóricos, de modos de teorización, se parte de una pregunta ontológica (¿qué son los distintos tipos de teorías?) que supone una idea subyacente de "teoría" (que efectivamente *existen* "tipos de teoría"). Por el contrario, Abend propone un "ejercicio lexicográfico", es decir, dar cuenta empíricamente de los diferentes modos en que una palabra es utilizada por hablantes competentes de un cierto lenguaje (2008: 177). Según sostiene, su "abordaje semántico" no presupone ningún concepto de "teoría", sino que se limita a mencionar lo que los sociólogos y las sociólogas suelen entender cuando lo utilizan.

Entonces, logra sistematizar siete diferentes *usos* de la palabra "teoría": 1) cuando se la utiliza como *proposición general* que establece relaciones entre variables; 2) cuando la intención es brindar una *explicación* de un fenómeno social particular; 3) cuando lo que se busca es la *comprensión* de un fenómeno; 4) cuando se pretende *reconstruir, interpretar, analizar, criticar, sistematizar* los escritos de autores relevantes para la disciplina; 5) cuando el objetivo está puesto en discutir cómo se observa, aborda o representa el mundo social; 6) cuando se utiliza el término para reflexionar acerca de los *componentes normativos o políticos* de la realidad social, y 7) cuando se lo utiliza para dar cuenta de *problemas específicos internos* a la disciplina. Veamos ahora con un poco más de detalle cada uno de ellos.

1. El primer uso, es decir, el que supone *una proposición general* o *un sistema lógico interconectado de proposiciones generales* que establece relaciones entre variables, requiere teorías que puedan ser cuantificables para que sus resultados puedan ser extrapolables al universo. Se espera de este tipo de teorías que, al menos, "sugieran" una *conclusión general* que se desprenda

de los casos específicos que fueron tomados en cuenta en la investigación empírica.

2. El segundo uso responde a una *explicación de un fenómeno social particular*. En este caso, se deben poder identificar un cierto número de “factores o condiciones” que tras ser puestos a prueba (tanto sea considerando su relevancia causal como sometiéndolos a algún tipo de test contra-fáctico) deben de algún modo producir “efectos”. En este sentido, una o más Teorías de tipo 1 lógicamente suponen, al menos, una teoría de tipo 2. Carl Hempel sostiene que “en la ciencia empírica, la explicación de un fenómeno consiste en subsumirlo bajo leyes empíricas universales” (p. 178). Sin embargo, desde el punto de vista del autor, las Teorías de tipo 1 se pueden mantener separadas de las de tipo 2. Con todo, ambos usos de la teoría se sostienen sobre el modelo nomológico-deductivo y persiguen la búsqueda de leyes universales.
3. Al igual que las anteriores, el objetivo de este uso del término es decir algo acerca de un fenómeno de la vida social. Sin embargo, se produce un desplazamiento desde la pregunta “¿qué x causa y?” a “dado un cierto fenómeno P, ¿qué significa P?”. En este sentido, entonces, lo que se busca es la *comprensión de un fenómeno,* asumiendo los métodos y tareas de la tradición hermenéutica. Lo que ofrece este uso de la teoría son interpretaciones, lecturas, “maneras de otorgar sentido”. A diferencia de las teorías de tipo 1, estas no conciben la variable P como el “valor de la variable y” (lo que supone su relación con otras variables en tal modo que puede ser descripto por una *función*); y a diferencia de las de tipo 2, estas *pueden o no* ofrecer una explicación causal de P. Sin embargo, quienes usan el término teoría en este sentido se encuentran ante la dificultad de estandarizar y codificar sus resultados. Por ende, suelen ser consideradas desde ciertos lugares académicos como conceptualmente vagas, metodológicamente problemáticas o simplemente no-científicas. Esto sucede sobre todo en el caso de los Estados Unidos en donde son “más raras”, siendo más fecundas entre las academias latinoamericanas y europeas (p. 179).[11]
4. El cuarto uso que se le suele dar a la palabra teoría en sociología refiere a aquellos estudios tendientes a *reconstruir, interpre-*

11 Estas diferencias entre culturas académicas estarán en el foco de otro artículo de Abend (2007).

tar, analizar, criticar, o simplemente sistematizar los escritos de autores relevantes para la disciplina. Estos estudios pretenden "entender el significado" de las obras en dos sentidos: por un lado, qué quisieron decir sus autores *realmente* en tal o cual pasaje, o bien, por el otro, cuál fue su significado en un contexto determinado, cuál fue su relevancia, cuál su originalidad. Este tipo de estudios suelen ser en su mayoría exegéticos y por ende es difícil decir que quienes realizan dicho trabajo "*hagan* una teoría", sino más bien que "trabajan en el campo de tal o cual teoría", "brindan cursos sobre...", "tienen intereses en...".

5. El quinto uso responde a la idea de una *Weltanschauung*, una perspectiva general desde donde se ve y se interpreta el mundo. A diferencia de los usos anteriores, estas no se preguntan por el mundo social en sí mismo, sino más bien por cómo se lo observa, aborda o representa. Se recuesta sobre principios epistemológicos y ontológicos previos que pueden o no estar explicitados (¿qué puede ser conocido? ¿Qué es lo que vale la pena conocer? ¿Qué tipo de preguntas puede ser formuladas?). Abend identifica similitudes entre este tipo de teorías y las "categorías del entendimiento" kantianas en el sentido de que aquellas pueden ser entendidas como si formaran parte de un marco normativo delimitado a priori por fuera de la experiencia (pp. 179-180). Cuando la palabra "teoría" asume los nombres de "posmoderna", "marxista", "posestructuralista", "estructural-funcionalista", se puede decir que se está hablando en los términos de las teorías de tipo 5. Del mismo modo, el término *teoría* puede funcionar de adjetivo en los casos en que se lo usa como "abordaje teórico", "escuela teórica", "marco teórico", "perspectiva teórica" o como "paradigma teórico". Este último traza un paralelo entre los estudios acerca de la historia de la ciencia de Thomas Kuhn y el campo de la teoría sociológica (este es el caso de los estudios metateóricos *a-la-Ritzer*, por citar un ejemplo).

6. Otro uso del término se encuentra presente en las reflexiones que incluyen fuertes *componentes normativos o políticos* intentando trascender las fronteras estrictamente académicas de la disciplina. Este es el caso de las teorías "feministas", "críticas", "neo-marxistas", "pos/de-coloniales".

7. Por último, existe otro uso del término teoría que tiende a ocuparse de *problemas específicos internos a la disciplina*. En este sentido, aquellos sociólogos que trabajan el "vínculo micro-macro", el "problema de la agencia y la estructura", el "pro-

> blema del orden social", se inscriben dentro de este uso. Pero también lo hacen aquellos que discuten acerca de los modos en que la "realidad" se "construye socialmente", acerca del "estatus científico de la sociología", o de la "relatividad" de la moral. Sea cual fuere el caso, todos involucran un alto grado de reflexividad en sus análisis, a menudo incorporando preocupaciones del orden de la "naturaleza" del conocimiento, del lenguaje o la realidad. No abordan directamente problemas "empíricos", sino más bien problemas de orden "filosófico", entendiendo por ello que son problemas que no pueden ser abordados mediante los usuales métodos empíricos (p. 181). Según el propio Abend, un trabajo como el que realiza puede ser considerado una teoría de este tipo.

La tipología es extensa, pero más que buscar exhaustividad y precisión para cada una de sus categorías, apunta a dejar en evidencia que la palabra "teoría" en el lenguaje sociológico está plagada de "ambigüedades léxicas" y que esto conduce en no pocas ocasiones a "pseudo-desacuerdos", a "embrollos conceptuales" e, incluso, a totales y rotundos "problemas de comunicación" (*down right miscommunication*) (2008: 184). ¿Cómo pueden evitarse este tipo de situaciones? ¿Cómo se *deberían* usar las palabras "teoría", "teórico" o "teorizar"? Estas preguntas suponen un "dilema semántico" (*Semantic Predicament* –en adelante SP por sus siglas en inglés–), ya que no tienen una respuesta unívoca. Una "teoría", en realidad, no refiere a ningún objeto. Este es el principal error que suele cometerse y supone la creencia de que *hay algo* con lo que se corresponde la palabra "teoría", que está allí afuera, que refiere a *tal o cual* cosa. A esto Abend lo llama "el error socrático", debido a que subyace la pregunta acerca de "¿qué es la teoría?" como si el término "teoría" pudiera ser reemplazado, tal como lo hacía Sócrates, por los términos "justicia", "coraje", "piedad", etc. Para el autor, esto reviste suma importancia porque si bien muchos sociólogos y sociólogas reconocen que hay diferentes modos de entender la teoría, han fallado en mostrar las implicaciones semánticas de este hecho. Es decir, siguen reproduciendo, quieran o no, aquella "pregunta socrática". Según Abend, el problema radica en la pregunta. Uno no puede responder "¿qué es la teoría?" porque lo que realmente significa el término "teoría" no es algo que pueda ser rastreado utilizando nuestros conceptos. No hay un objeto allí afuera que podamos asir, definir, circunscribir.[12] Quizás haya que reformular la pregunta.

---

12 "Mi argumento es que en el caso de la «teoría» los problemas se derivan de la creencia errónea de que hay algo –de hecho, una cosa– allí afuera que corresponde

Entonces, Abend desarrolla dos argumentos que habilitan posibles soluciones al SP: uno tiene que ver con lo que denomina el "principio de la razón práctica" y el otro con el "principio del pluralismo ontológico y epistemológico". "El principio de la razón práctica" supone el reconocimiento de que el SP constituye un *problema de índole práctico-político*. La solución al SP, pues, debe configurarse como el resultado de un *proceso colectivo de discusión y negociación*, que se parezca al tipo de consenso que se genera cuando una comunidad debe tomar una decisión política. Por su parte, el "principio del pluralismo ontológico y epistemológico" refiere a que el uso del término "teoría" *no debería cargar con demasiados bagajes ontológicos y epistemológicos*, más aún, debería intentar reducirlos al mínimo posible –aceptando, a su vez, su pluralismo–. El desafío entonces está en proponer una solución al SP sin caer en posiciones epistemológicas unilaterales y sin que haya que llegar a un acuerdo acerca de cuál es la "naturaleza" de la sociología. Justamente, para ello aparece el principio del pluralismo, que busca habilitar la diversidad sin exigir la adhesión a los mismos presupuestos ontológicos y epistemológicos (2008: 184-186).

En el centro de las preocupaciones de Abend, se encuentra el intento por la articulación satisfactoria de estos dos principios. En la consecución de tal objetivo considera necesario postular una *nueva forma de entender la teoría*, alejada de los argumentos que suelen esgrimir dos grupos de sociólogos y sociólogas: quienes se reivindican como "científicos y científicas teóricos/as" y quienes postulan la existencia de diversos "tipos de teoría". Ninguno logra superar el descuido con el que tratan las semánticas de la teoría y los consiguientes "errores socráticos" en los que recaen. Al negar el "principio de la pluralidad ontológica y epistemológica", el primer grupo entiende a la teoría sociológica como una *explicación científica*, lo que supone que lo que no es tal, por ende, no es teoría sociológica (el caso paradigmático escogido por Abend es el de George Homans). El segundo, por su parte, al postular la existencia de diversos "tipos" o "variedades" de teoría supone que estas, a pesar de sus diferencias, deben compartir atributos o propiedades comunes: "En el mismo sentido en que hay mesas de diversas variedades: mesas de café de vidrio, mesas de *pool*, mesas para almorzar de fuerte madera de roble…" (Abend, 2008: 187). Aquí, el ejemplo más claro es el de la tipología que proponen Camic y Gross (1998).

---

a la palabra «teoría». Entonces, si uno utiliza la palabra para referirse a cualquier otra cosa que no sea dicho objeto, sea lo que fuere que resulte ser, uno estaría equivocado. Quiero llamar a esto «error Socrático»" (Abend, 2008: 182).

Entonces, esta *nueva forma de entender la teoría* deberá nutrirse de otros aportes. Abend recupera algunas ideas de Donald Levine y Jeffrey Alexander, quienes no intentan proponer un significado (el suyo) como el "verdadero" y tampoco presuponen la existencia de "tipos" o "especies" de teoría. Para Abend, Levine (1997) logra desambiguar los cuatros diferentes significados del término: puede interpretarse el término "teoría" como 1) abstracta o racional, en contraposición a empírica; 2) general, en contraposición a particular; 3) contemplativa, en contraposición a práctica, y 4) exegética, en contraposición a heurística. Esto supera el error socrático porque no le adjudica entidad objetiva a la teoría, sino que refuerza la idea de a qué refiere su "significado", es decir, la aborda semánticamente. Por el otro lado, recuerda con Alexander (1998) que los sociólogos deben construir sus objetos de estudio sobre la base de discusiones y que, muchas veces, el avance en tal o cual campo se da más por desacuerdos que por acuerdos. Así, postula que la teoría es un "término relativo" y que la usual división entre teoría y datos es solo una "distinción analítica convencional que facilita la comunicación" (Abend, 2008: 190). La clave de lectura del esquema del contínuum científico alexanderiano, el cual le sirve de herramienta, resulta ser que la teoría no tiene cualidades ontológicas que la separen definitivamente de los datos por lo que no puede ser ubicada en un punto fijo en dicho esquema.

Munido de estas herramientas, Abend concluye con una sugerencia práctica para la clarificación de las confusiones: el uso de la "terapia semántica" (2008: 192). Para acceder a ella, propone un "abordaje semántico" de la problemática que suscita el uso del término "teoría". En este sentido, sugiere que avanzar en la "terapia semántica" en lo que refiere al significado de la palabra "teoría" supone para los sujetos involucrados (científicos y científicas sociales, especialmente en el campo de la sociología): 1) incorporar dicha terapia en el dictado de los cursos universitarios; 2) explicitar a qué tipo de teoría (de las siete previamente mencionadas) se refieren "cada vez que usen la palabra teoría" –por ejemplo en *papers,* congresos, debates, foros–; y, por último, 3) no cesar nunca en la discusión y argumentación, último reducto del buen entendimiento hacia el interior de la comunidad científica, ya que el uso de la palabra teoría acarrea indefectiblemente problemas del orden práctico y político, como señalan Bourdieu (2001) respecto de que las palabras son sitios de poder y Williams (1997) acerca de que "teoría" y "teórico" son términos "densos" (*thick*).[13] En definitiva,

---

13 Se refiere a que pueden *simultáneamente* hacer un trabajo descriptivo y evaluativo (Abend, 2008: 192).

> Hay mejores y peores respuestas a la pregunta "¿qué debería significar «teoría» en el lenguaje sociológico?". Sin embargo, no debería esperarse una especie de verdadera y exacta solución a un problema matemático (…). Más bien, debería esperarse algo como una equitativa y razonable solución a un problema político, a la cual se llegue mediante mecanismos políticos para la toma de decisiones colectivas (*collective decision-making*). Esta solución no puede ser descubierta; debe ser creada (Abend, 2008: 194).

EL PROCESO DE *TEORIZACIÓN* EN SOCIOLOGÍA Y SUS REGLAS DE PROCEDIMIENTO

La propuesta de Richard Swedberg abreva en la tradición de pensamiento vinculada al pragmatismo, fundamentalmente en su vertiente estadounidense. Esta perspectiva se remonta a las figuras de Charles Sanders Peirce, William James, John Dewey e, incluso, al más cercano Charles Wright Mills. En principio, se puede afirmar que su importancia para la historia del pensamiento occidental "estuvo dada por el esfuerzo por des-ontologizar la filosofía" (Haidar, 2012: 142). El pragmatismo propugna que la validez de cualquier concepto debe basarse en sus efectos experimentales y en sus consecuencias para la conducta. Gran parte de su potencia explicativa se resume en la "máxima pragmática" de Peirce, aparecida originalmente en *How To Make Our Ideas Clear* (1878), que ha sido retomada en varias oportunidades como "teoría del significado o de la verdad" pero que, en realidad, es más "un método filosófico para clarificar conceptos a través de sus consecuencias" (Barrena, 2014: 1). Dicha máxima reza así:

> Todavía puede obtenerse un grado mayor de claridad de pensamiento recordando que el único fin último para el que los hechos prácticos a los que dirige la atención pueden ser útiles es para proseguir el desarrollo de la razonabilidad concreta; de manera que el significado del concepto no reside en absoluto en ninguna reacción individual, sino en la manera en que esas reacciones contribuyen a ese desarrollo (Peirce, 1878; traducción de José Vericat).[14]

Peirce señala en *Lecciones sobre el pragmatismo* que "la cuestión del pragmatismo es la cuestión de la abducción" (1978: 239). El término "abducción" tiene varias acepciones, incluso en la propia obra de Peirce. Por un lado, en estrecha relación con la máxima pragmá-

---

14 Mucho se ha trabajado ya acerca del pragmatismo como perspectiva filosófica y especialmente sobre Charles Sanders Peirce (ver Barrena, 2014; Holmwood, 2011; Rochberg-Halton, 1983; Schaffhauser, 2014). Específicamente sobre la "máxima pragmática", ver, entre otros, Olshewsky (1983) y Misak (2010).

tica, significa que es un método para aclarar ideas y para restringir el surgimiento de hipótesis explicativas; mientras que, por otro, si atendemos a sus características lógicas, resulta ser una "inferencia mediata de carácter sintético, probable y explicativo" (Aguayo, 2011: 39); y por último, puede entenderse el concepto como una especie de "intuición científica" que se puede sintetizar en la capacidad humana de "acertar" (*guess right*), que en parte se halla en su propia naturaleza y en parte se cultiva a través del "trabajo duro y la imaginación" (Swedberg, 2012: 18). A pesar del carácter polisémico del término, se puede observar que se articula íntimamente con otros conceptos como los de "intuición" y "deducción", intentando superarlos (Aguayo, 2011; Staat, 1993; Swedberg, 2012, 2014b, 2017). En la propuesta de Swedberg, como veremos más adelante, estos conceptos asumen un papel de suma importancia.

En su artículo "Theorizing in Sociology and Social Science: Turning to the Context of Discovery" (2012), Swedberg se ocupa de poner el foco en la "teorización" más que en la "teoría".[15] Mientras que la primera es concebida fundamentalmente como un *proceso*, la segunda suele estar asociada a la idea de un *producto final.* Ambas ideas evidentemente se suponen de manera mutua y se complementan, pero, al enfatizar en el producto final –como sucede, según el autor, en la mayoría de los casos–, se oculta cómo fue el proceso de producción. El objetivo de Swedberg es, en este artículo, en algún punto, "pedagógico": señala que los y las estudiantes deben "aprender a teorizar su propio trabajo empírico" y no simplemente "usar las ideas de otros" (p. 2). Existen muchas formas de "teorizar" tales como la inducción, la deducción, la generalización, la construcción de modelos, el uso de analogías, entre otras. Algunas de estas acciones concretas son especialmente fructíferas en sociología. De esto se ocupa en su artículo: de señalar cuáles y en qué medida.

Su punto de partida es la distinción entre el contexto de descubrimiento y el de justificación.[16] Aquí asume la distinción

---

15 Luego de la publicación de este artículo (2012), aparecieron varios trabajos del autor que abordan la misma temática (2014a, 2014c, 2017). Decidimos reponer mayormente los argumentos del artículo de 2012 (mencionando cuando sea necesario los otros), ya que creemos que resulta ser la presentación más clara y sistemática de sus ideas al respecto.

16 Aunque Swedberg no lo mencione, es menester destacar que Gregorio Klimovsky reconoce la existencia de un tercer contexto, el de aplicación, el cual se relaciona con los aspectos "prácticos" y "tecnológicos" de la ciencia (ver Klimovsky, 1971: 135-155; Klimovsky e Hidalgo, 1998: 17-20). Para una discusión general, consultar Schuster (1992), y para una problematización metodológica de dicho contexto, Schuster (1995).

propuesta originalmente por Hans Reichenbach y continuada y extendida por Karl Popper. Según Swedberg, el primero establece que el contexto de descubrimiento refiere a la forma en que los procesos de pensamiento son llevados a cabo subjetivamente, mientras que el de justificación involucra la comunicación interpersonal de estos procesos. Popper agrega, por su parte, que es imposible estudiar la "creatividad teorética", ya que esta responde a los dominios de la psicología empírica, y que todo lo que precede a la puesta a prueba de una teoría no tiene ningún interés para la ciencia y la lógica (p. 4). En este punto, Swedberg pretende observar el fenómeno no tanto como dos contextos diferentes, sino como dos etapas de un mismo proceso. El ejemplo que ofrece es muy ilustrativo al respecto:

> Para usar una metáfora del área de las leyes: el contexto de descubrimiento es donde tienes que descifrar quién es el asesino, mientras que el contexto de justificación es donde tienes que probar tu caso en la corte. (…) la creatividad es principalmente lo que importa cuando una teoría es concebida; y la lógica y el rigor científico es principalmente lo que importa en el contexto de justificación (p. 6).

A partir de este punto, el autor empieza a delinear ciertas reglas de procedimiento que es aconsejable seguir para avanzar en el proceso de teorización. Todo comienza con el "estudio previo" (que forma parte del contexto de descubrimiento) y continúa en una segunda etapa llamada "el estudio principal". El "estudio previo" constituye el momento de la observación, el cual se puede sintetizar en dos reglas-frases: "¡todo vale!" y "no pienses, ¡mira!" (pp. 11-12).[17] Esta resulta ser la etapa más subjetiva y creativa del proceso. Ahora bien, para avanzar en la segunda etapa (el "estudio principal") se requieren reglas un tanto más precisas en sentido práctico-metodológico. Según el autor, las reglas a perseguir en esta etapa son las de "nombrar", "conceptualizar", "extender el concepto hacia una teoría" y "completar la teoría tentativa a través de una explicación" (p. 16).

Teniendo en cuenta que al momento de la investigación el proceso de teorización se presenta unificado (es decir, las dos etapas se desarrollan juntas), el autor establece que es recomendable tener en cuenta *cuatro reglas de procedimiento*: 1) observar y escoger algo interesante; 2) nombrar y formular el concepto central; 3) construir la teoría; 4) completar tentativamente la teoría incluyendo una explicación.

---

17 "*Anything goes!*" y "*Don't think but look!*". La última es una conocida frase de las *Investigaciones filosóficas* de Ludwig Wittgenstein: "*Denk nicht, sondern schau!*".

En el momento en el que se despliegan las dos primeras reglas, que en gran medida es el momento fundacional del proceso de teorización –y por ende un momento de vital importancia–, aparece la figura de la *abducción*: "La meta general de teorizar es que surja una nueva idea, o lo que Peirce llamó abducción" (p. 17). Partiendo de la concepción peirceana, Swedberg avanza hacia una acepción del término que reconozca la "capacidad biológica" (*biological quality*) que tienen los seres humanos. Esta "capacidad" es vital en el proceso de teorización, sobre todo en sus primeros momentos, ya que involucra una suerte de "intuición científica" que supone la capacidad del sujeto de "acertar" (*guess right*), cuando selecciona, cuál es la hipótesis correcta entre una miríada de posibilidades.[18]

La idea de que se puede "entrenar" la capacidad innata de teorizar la retoma también de Peirce (1992 [1898]). Allí, el filósofo aborda las tres operaciones mentales que constituyen el razonamiento: la *observación*, la *experimentación* y la *habituación*. La primera se compone de dos partes: una, consciente y lógica; otra, inconsciente y creativa. La experimentación refiere a la intervención activa en el objeto de estudio por parte del investigador, intervención que a un tiempo involucra una "voluntad de poder" y una "imaginación creativa". Por último, acerca de la habituación, se debe enfatizar en la facultad disruptiva del investigador de poder romper con los hábitos que suponen viejos esquemas, patrones y estructuras mentales (Peirce, 1992; Swedberg, 2012).[19] La primera regla que, como dijimos, supone observar y escoger algo interesante (y se resume en la máxima "no pienses, ¡mira!") refiere en gran parte a todo esto; resulta ser, entonces, el momento más vivo, dinámico, creativo, artesanal, e incluso artístico del proceso de teorización.[20] En este sentido, se entiende que para el autor exista

18 Vale aclarar que, en este punto, el propio Swedberg asume que se separa un tanto de la concepción de Peirce, ya que "a pesar de que a Peirce no le agradaba el término intuición, es posible describir la abducción como un tipo de «intuición científica»" (p. 18).

19 El concepto de hábito en Peirce es polisémico y escurridizo, tal como destaca Shapiro (1973): "Peirce utiliza el hábito para designar una variedad de cosas inicialmente desconcertante, incluidas creencias, principios lógicos, disposiciones, instintos y personalidad. Es un concepto amplio que cubre bajo un mismo paraguas lo que otros filósofos podrían querer separar como lo corporal y lo mental, lo racional y lo irracional. La forma típica de describirlo en los términos de Peirce es decir que la disposición 'para actuar de cierta manera en ciertas circunstancias y cuando se activa por un motivo dado es un hábito'. O, alternativamente, 'un hábito es la forma general en la que uno actuaría si se diera tal y tal ocasión general'" (p. 26; la traducción es nuestra). Ver también Boyd y Heney (2017) y Castaño Ramírez (2011).

20 Swedberg simpatiza con la idea de Wright Mills (2012) que habla sobre la sociología como un oficio (*craft*), o como parte de él, en lugar de como un trabajo o

una clara división entre la acción de "teorizar" (*theorizing*) y la "teoría" propiamente dicha:

> Mientras que la teorización puede ser lúdica y estar llena de movimiento, la teoría representa el congelamiento de una serie de pensamientos. La teoría se congela en el lenguaje escrito o en un lenguaje simbólico como el matemático. Mientras que la teorización nunca termina, la teoría queda atascada para siempre en su formulación (Swedberg, 2012: 15).

La segunda regla se pone en marcha luego de la observación y consiste en nombrar lo más precisamente posible los fenómenos que se van a estudiar. Aquí se debe decidir si se va a utilizar un nombre ya existente o si, por el contrario, será necesario inventar uno nuevo. Swedberg no aconseja esta última opción salvo que sea *extremadamente* necesario. Una vez definido el *nombre* que se le va dar a determinado fenómeno (por ejemplo, "anomia" en el sentido genérico de falta de normas), el paso que sigue es pasar a definir los *conceptos* que se utilizarán ("anomia" entendida en los términos de Durkheim). Este paso (de *nombres* a *conceptos*) da cuenta de las cualidades racionales y abstractas que presentan los últimos a diferencia de los primeros.

Así, una vez definidos los conceptos, la tercera regla comienza a desenvolverse. Para construir la teoría es necesario atender a qué conceptos se utilizarán, cómo se los entenderá y, fundamentalmente,

---

una profesión. Una razón para esto tiene que ver con el importante papel que desempeña el conocimiento tácito en un oficio: "Se entiende bien que la mano del artesano sabe más que su mente; y ser consciente de esto ayuda al artesano a hacer un mejor trabajo. Un artesano necesita desarrollar una relación especial con el material con el que trabaja. Un carpintero, por ejemplo, debe saber cómo se sienten y actúan los diferentes tipos de madera. De manera similar, un científico social tiene que desarrollar un sentido íntimo de lo que sienten y piensan los actores, mucho más allá de lo que se registra en las entrevistas o encuestas" (Swedberg, 2012: 16). Por su parte, también parece coincidir con el argumento central de Robert Nisbet (1962) quien postula una sociología "como forma de arte": "La ciencia de la sociología hace sus más significativos avances intelectuales bajo el impulso de estímulos y a través de procesos que en gran medida comparte con el arte; que cualesquiera que sean las diferencias entre ciencia y arte, es lo que tienen en común lo que más importa en el descubrimiento y la creatividad" (p. 67). Por último, en la misma línea, la idea de *craft* de Swedberg también parece relacionarse con la de Richard Sennett (2009), quien propone el término "artesanía" (*craft*) para referirse a "un impulso humano duradero y básico, el deseo de realizar bien una tarea, sin más. La artesanía abarca una franja mucho más amplia que la correspondiente al trabajo manual especializado". El artesano, continúa Sennett, "se centra en la estrecha conexión entre la mano y la cabeza. Todo buen artesano mantiene un diálogo entre unas prácticas concretas y el pensamiento; este diálogo evoluciona hasta convertirse en hábitos, los que establecen a su vez un ritmo entre la solución y el descubrimiento de problemas" (p. 12).

cómo se dará cuenta de ellos a la hora de allanar el camino hacia la explicación (que constituirá la cuarta regla) del fenómeno en cuestión. En este sentido, Swedberg establece que, una vez que el concepto se encuentra bien delimitado, el siguiente paso es tratar de construir la teoría. Esto se logra de varias maneras: mediante el uso de metáforas y analogías, por medio de la construcción de tipos y categorías, entre otras (pp. 23-24).

Las *metáforas* las considera útiles en términos heurísticos, siendo entre ellas las más reconocidas las de la sociedad como un “contrato” (Rousseau), la vida social como un “teatro” (Goffman) o la ciudad como una “ecología” (Park-Burgess).[21] Una *analogía* es similar a una metáfora solo que la distancia que separa lo que uno quiere investigar de algún otro fenómeno no es tan radical. La idea principal es la de pasar de un caso particular a otro siguiendo la lógica del silogismo. Esto se puede observar claramente en los razonamientos de tipo legal, en especial, en los sistemas basados en costumbres. Los *tipos* y las *categorías* también son importantes para la construcción de la teoría, siendo los primeros más desarrollados pero, quizás, menos comprensivos que los segundos. Los tipos pueden ser parte de un par conceptual (al estilo *comunidad-sociedad*) o bien conformar una tipología completa (como los tres tipos weberianos de dominación legítima –racional-legal, tradicional y carismática–). Pueden incorporarse taxonomías y clasificaciones, así como “tipos ideales”, pero siempre debe recordarse que en la etapa del descubrimiento, es decir, todavía en el “estudio preliminar”, estas solo se comportan de modo heurístico, sin pretender brindar explicaciones ni probar hipótesis.

Ahora bien, una teoría no queda completamente construida sin algún tipo de *explicación*. No se puede hablar, en la terminología de Swedberg, de un proceso de teorización “completado” si no incluye una explicación, la cual puede ser teleológica o funcional, estar basada en comparaciones, o bien ser contrafáctica (p. 25). Para concluir, pues, la cuarta regla se refiere a escoger las mejores herramientas para abordar el tipo de explicación que se persigue, sea su exposición *literaria* (es decir, mediante *palabras*) o *gráfica* (mediante *modelos*). Por ejemplo, las *matemáticas* son muy utilizadas en muchos modelos. Los *diagramas, árboles de decisiones, redes conceptuales, diagramas de flujos* y *esquemas* permiten reconstruir un fenómeno “como si” hubiese sucedido de tal o cual manera. En todos los casos, que pueden desde ya combinarse en un mismo proceso de teorización, se busca brindar explicaciones acerca de un fenómeno a partir de una “forma de pensamiento no tradicional” (p. 26).

---

21 Sobre el uso e importancia de las “metáforas” en las ciencias sociales, consultar en este volumen los capítulos de Fraga y Bialakowsky-Blanco.

Swedberg sostiene que la *explicación* ya se encuentra presente en el contexto de descubrimiento. Allí es utilizada con fines heurísticos y puede asumir la forma de "análisis contrafácticos" (por ejemplo, el método weberiano de la "posibilidad objetiva" de que la cultura occidental sea el resultado adecuado de una serie de hechos que se derivaron de la victoria griega sobre los persas en la batalla de Marathon, y que pudo haber sido de otra manera de haberse resuelto la contienda en otra dirección). Pero también se espera, sobre todo en una fase inicial de la investigación, que aparezcan "explicaciones funcionales" que suelen ser el cimiento de las hipótesis. Con todo, el vínculo entre la explicación y los hechos es crucial en la etapa del descubrimiento: "Teorizar significa esencialmente producir una explicación de algo que se ha observado" (p. 27).

Para finalizar, nos resta mencionar que el autor se detiene especialmente en la "enseñanza de la teorización", en donde los y las estudiantes deben *aprender a teorizar* por sí mismos/as poniendo en juego toda su habilidad e imaginación en el proceso, mientras que los profesores y las profesoras *ayudan* a dar a luz a sus propias teorías, sobre la base de su experiencia y conocimiento (ver p. 29). Así, teorizar se convierte en un proceso "profundamente democrático" (cualquiera puede hacerlo) y se parece bastante a cómo se suele aprender a utilizar los métodos para la investigación social: no se aprende leyendo sobre ellos, sino utilizándolos.[22]

Tanto estudiantes como profesores participan a un tiempo de un proceso de teorización que se nutre y enriquece a cada paso que da. No hay recetas ni mapas, solo puede hablarse de ciertas "reglas" y "procedimientos" útiles en determinadas etapas del proceso. Al igual que Abend, Swedberg aboga por un trabajo colectivo y mancomunado entre los científicos y las científicas sociales:

> El proyecto de teorizar puede realmente florecer solo si la teorización se convierte en una empresa comunitaria y cooperativa entre todo tipo de científicos/as sociales, vinculados entre sí y con personas de todo el mundo. A Peirce le gustaba señalar que la investigación científica es profundamente comunitaria en su naturaleza, y que las nuevas formas de teorizar y analizar solo tendrán éxito si están profundamente enraizadas en una comunidad universal de investigadores. La investigación

22 También Weber es un buen ejemplo al respecto, quien sostiene en sus "Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura" de 1906, que "la metodología jamás puede ser otra cosa que la autorreflexión sobre los medios que *han resultado confirmados* en la práctica, y la conciencia explícita de estos no es prerrequisito de una labor fructífera más que el conocimiento de la anatomía lo es de una marcha 'correcta'" (Weber, 2012: 112).

> y la comunidad, decía, deben unirse en una verdadera comunidad de investigación —o, como también podría decirse, en *una cultura general de teorización* (p. 35).

CONCLUSIONES: *DE LA TEORÍA A LA TEORIZACIÓN*

Llegados a este punto, y a modo de cierre, presentaremos algunas conclusiones que pueden desprenderse del presente capítulo y que, esperamos, pueden contribuir a la mayor comprensión del trabajo en/con teoría en sociología, a partir de la recuperación de algunas herramientas teórico-metodológicas propuestas por Abend y Swedberg.

Así, en primer lugar, encontramos que ambas propuestas abordan las diversas acepciones que asume el término "teoría" al trazar el arco que va *de la teoría a la teorización*. En el transcurso del capítulo, fueron apareciendo recurrentemente términos como "teorizar", "teorizando" o "teorización". Si bien los autores muchas veces los utilizan como sinónimos, pueden observarse ciertos matices en sus usos que permiten identificar una dimensión de índole *semántica* y otra de índole *práctica*. En la primera dimensión, se puede observar que las declinaciones (-ar, -ando, -ción) indican movimiento, cierta dinámica, cierta idea de proceso, de algo inacabado, inconcluso. Así, la palabra "teoría", que parece hablar de algo constituido, cerrado y finalizado, pierde terreno frente al término "teorización", que remite a un proceso en constante movimiento, dinámico y que es concebido como un *acontecer*. Mientras que, en la segunda, estos términos sintetizan bien todo un conjunto de actividades que realizan los sociólogos y las sociólogas cuando investigan, y, específicamente, cuando trabajan en/con teoría: en términos bien generales, "teorizar, a diferencia de proferir oraciones gramaticales o argumentar, es una práctica que genera un cuerpo de saber explícitamente formulado acerca de cierto ámbito" (Díez y Moulines, 1997: 16). Existe, así, "un teorizar de primer orden" que se ocupa de teorizar sobre un objeto o dominio determinado, y "un teorizar de segundo orden", que se ocupa de teorizar sobre una teorización de primer orden. Por ejemplo: existe una teoría de primer orden, la teoría económica, y existe una de segundo orden, entre otras posibles opciones, la teoría crítica de la economía. En otras palabras, la actividad científica como forma de teorización *produce* conocimiento científico acerca de un determinado objeto; conocimiento que puede ser a su vez objeto de nuevas teorizaciones.

En segundo lugar, encontramos en ambas propuestas herramientas heurísticas valiosas para el trabajo en/con teoría en sociología. Abend propone en su trabajo una *tipología* acerca de qué se

supone que deberían entender los sociólogos y las sociólogas cuando hablan de teoría. Como hemos visto, las siete categorías que componen la tipología no representan definiciones conceptuales, sino los diferentes *usos* que suele darse a la palabra. A simple vista, lo primero que uno puede observar es que los límites que definen a las categorías que utiliza no parecen ser lo suficientemente precisos. Una teoría como la marxista, por citar un caso, ¿no abarcaría acaso los siete usos del término? Las categorías que distingue se superponen muchas veces, subsumiéndose en muchos casos y generando agrupaciones internas. Sin embargo, según Abend reconoce explícitamente, su tipología no busca cumplir con los estrictos requisitos de la exhaustividad, precisión y mutua exclusión de los sistemas categoriales clásicos. Por ello, la explicitación del "uso" que se le pretende dar al término teoría resulta un buen punto de partida para su "clarificación". Por el otro lado, Swedberg recurre a la postulación de cuatro *reglas de procedimiento* para el correcto desenvolvimiento del proceso de teorización. La herramienta puesta en funcionamiento por este autor no persigue objetivos taxonómicos, sino más bien propedéuticos y pedagógicos. Recordemos, las reglas consistían en observar y escoger algo interesante, nombrar y formular el concepto central, construir la teoría y completar tentativamente la teoría incluyendo una explicación; y atraviesan todo el proceso, desde el contexto de descubrimiento hasta el de justificación. El objetivo del proceso de teorización es, por definición, el de acceder a una explicación acerca de un determinado fenómeno. Sin embargo, el autor pone en el centro de la escena a los investigadores y las investigadoras, quienes se deben servir de ciertas capacidades y/o habilidades (entre las cuales la "abducción" es la más importante) para que surjan nuevas ideas. La "imaginación creativa", desde esta perspectiva, puede ser aprendida, entrenada, desarrollada. Y para ello es necesario vigorizar la enseñanza de la teoría sociológica en las universidades.

Esto nos conduce en la dirección de una última conclusión. Tanto Abend como Swedberg parecen entender el trabajo teórico en sociología como la tarea específica de los sociólogos y las sociólogas en su doble función de investigadores/as y docentes. Sin embargo, es Abend quien carga sus tintas sobre sus roles en la discusión y la toma de decisiones "práctico-políticas" internas a la disciplina. Según pudimos observar, propone para la sociología una "terapia semántica" a modo de "solución" a las confusiones a las que el uso del término "teoría" conduce. Ninguna discusión teórica debería soslayar, según el autor, que existen muchos sentidos de la palabra teoría y que no existe un referente real o un significado verdadero para

ella; tampoco que son bastante diferentes las muchas cosas que se pretenden expresar con el uso de la palabra; o que, por último, las cuestiones ontológicas, evaluativas y teleológicas, en su uso corriente, son problemáticas. "La plena conciencia de estos hechos simplemente disolvería numerosos problemas y disputas, es decir, aquellos que en última instancia son causados por la imprecisión semántica" (Abend, 2008: 192). Por ello, sugiere que la "terapia semántica" debe estar incluida en el dictado de los cursos universitarios así como en los textos y manuales que se utilizan en las clases y en otras actividades académicas en las que esté involucrada la "teoría". También propone que cada vez que los sociólogos y las sociólogas se encuentren debatiendo acerca de qué significa la "teoría", expliciten a qué tipo de teoría se refieren. Aun cuando estas "recomendaciones" de índole práctica son importantes, el autor reconoce que no se debe olvidar que estos modos de proceder solo son "un primer paso hacia delante para mejorar las cosas" (p. 192) ya que el uso de la palabra teoría supone problemas del orden político. En este sentido, recomienda no abandonar el terreno de la discusión y argumentación, lo que permite y garantiza el buen entendimiento dentro de la comunidad científica.

Como hemos observado a lo largo del primer apartado, la discusión acerca de qué puede/debe entenderse por "teoría" en sociología ha despertado no pocas controversias y disputas a lo largo de más de un siglo. Quizás esto sea inevitable para una ciencia que está obligada, por definición, a pensarse y re-pensarse constantemente en sus modos, prácticas y definiciones. Esto se debe, desde ya, a la naturaleza dinámica de su objeto de estudio. Pero fundamentalmente a que la discusión entre pares, el desacuerdo, el intercambio de opiniones, de ideas, de puntos de vista, son moneda corriente en nuestra disciplina, y así es como se trabaja y como se construye conocimiento (sea "teórico" o de cualquier otro tipo). La propia naturaleza autorreflexiva de la sociología nos obliga (mejor dicho, nos *debe* obligar) a pensar y repensar continuamente los métodos que utilizamos, las prácticas que realizamos, los objetos que construimos, las explicaciones que damos. La única forma de sobrellevar la perplejidad ante la imposibilidad de no poder acceder a verdades objetivas, a soluciones definitivas, consiste en no detener nunca la marcha del proceso, incluso a sabiendas de que el resultado será siempre parcial e incompleto.

Los aportes de ambos autores que hemos repuesto aquí pueden servir tanto para mantener viva esta discusión como para trazar líneas de acción para trabajos futuros. Representan, según entendemos, certeros intentos *ordenadores*, en el sentido de que proveen

herramientas de afán sintético sobre el trabajo existente en teoría sociológica; y *orientadores* del trabajo futuro, ya que incorporan una intención práctica y propositiva. Siendo propuestas que tienen objetivos concretos y pragmáticos, pueden ser útiles para quienes entiendan que la teoría y la práctica de investigación nunca están disociadas, sea tanto en el contexto de una investigación teórica como de una empírica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abend, G. (2007). Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México y Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, XXV(75), 573-637.

— (2008). The Meaning of 'Theory'. *Sociological Theory*, 26(2), junio, 173-199.

Aguayo, P. (2011). La teoría de la abducción de Peirce: lógica, metodología e instinto. *Ideas y Valores*, 60(145), 33-53.

Alexander, J. C. (1982). *Theoretical Logic in Sociology, Volume One. Positivism, Presuppositions, and Currents Controversies*. California: University of California Press.

— (1988). El nuevo movimiento teórico. *Revista Sociológica*, VI(17), 259-307.

— (1990). La centralidad de los clásicos. En A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Universidad.

— (1998). Theories of Sociology. En *Routledge Encyclopedia of Philosophy*. Routledge.

— (2000). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa.

Aronson, P. (2011). Sociología: entre la inherente inmadurez y la pos-disciplina. En P. Aronson (ed.), *La sociología interrogada, De las certezas clásicas a las ambivalencias contemporáneas*. Buenos Aires: Biblos.

— (2014). El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social. En VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. Ensenada, Argentina: Universidad Nacional de La Plata.

Barrena, S. (2014). El pragmatismo. *Factótum. Revista de Filosofía*, 12, 1-18.

Belvedere, C. (2012). *El discurso del dualismo en la teoría social contemporánea*. Buenos Aires: Eudeba.

Besbris, M. y Khan, S. (2017). Less Theory. More Description. *Sociological Theory*, 35(2), 147-153.

Best, S. y Kellner, D. (1997). *The Postmodern Turn*. Nueva York: The Guilford Press.

Bialakowsky, A. (2013). Antecedentes y posibilidades de un análisis comparativo en metateoría. *Documentos de Jóvenes Investigadores - Instituto de Investigaciones Gino Germani*, 38, junio, 1-60.

— (2017). La temporalidad y la contingencia en el “giro del sentido” propuesto por las perspectivas teóricas de Giddens, Bourdieu, Habermas y Luhmann. *Sociológica*, 32(91), 1-32.

Bourdieu, P. (2001). Lenguaje y poder simbólico. En ¿Qué significa hablar? Madrid: Akal.

Boyd, K. y Heney, D. (2017). Peirce on Intuition, Instinct, & Common Sense. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, IX(2), 1-24.

Brunner, J. (1998). Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas. *Revista de Estudios Sociales*, 1, agosto.

Camic, C. y Gross, N. (1998). Contemporary developments in sociological theory: Current projects and conditions of possibility. *Annual Review of Sociology*, 24, 453-476.

Castaño Ramírez, A. (2011). Introducción al concepto de hábito de Charles Peirce para el comportamiento del consumidor. *Punto de Vista*, 2(3), 9-14.

Díez, J. y Moulines, C. (1997). *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*. Barcelona: Editorial Ariel.

Dubet, F. (1996). ¿Ocaso de la Idea de Sociedad? *Revista de Sociologia - Universidad de Chile*, 10, 7-23.

— (2004). Conflictos de normas y ocaso de la institución. *Estudios Sociológicos*, XXII(1), enero-abril, 3-24.

Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ermakoff, I. (2017). Shadow Plays: Theory’s Perennial Challenges. *Sociological Theory*, 35(2), 128-137.

Esping-Andersen, G. (2000). Two societies, one sociology, and no theory. *The British Journal of Sociology*, 51(1), 59-77.

Giddens, A. (1999). Perfiles y críticas en teoría social (traducción de capítulo 1 de Profiles and Critiques in Social Theory, 1982, Londres: MacMillan). En P. Aronson y H. Conrado (eds.), *La teoría social de Anthony Giddens* (pp. 75-98). Buenos Aires: Eudeba.

— (2011). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Habermas, J. (2010). *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social. Tomo II: Crítica de la razón funcionalista* [1981]. Madrid: Trotta.

Haidar, V. (2012). Una "Comunidad de comunidades": tras las huellas de una tradición liberal y democrática de pensamiento acerca de la comunidad en las obras de John Dewey y los sociólogos de la Escuela de Chicago. En P. de Marinis (ed.), *Comunidad: Estudios de teoría sociológica* (pp. 141-188). Buenos Aires: Prometeo Libros.

Healy, K. (2017). Fuck Nuance. *Sociological Theory*, 35(2), 118-127.

Holmwood, J. (2011). Pragmatism and the Prospects of Sociological Theory. *Journal of Classical Sociology*, 11(1), 15-30.

Klimovsky, G. (1971). Estructura y validez de las teorías científicas. En D. Ziziemsky (ed.), *Métodos de investigación en psicología y psicopatología* (pp. 153-173). Buenos Aires: Nueva Visión.

Klimovsky, G. e Hidalgo, C. (1998). *La inexplicable sociedad*. Buenos Aires: AZ Editores.

Lamo de Espinosa, E. (2001). La sociología del siglo XX. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 96(1), 21-49.

Larraín, J. (2014). Reflexiones sobre la teoría social en la actualidad. *Economía y Política*, 1(2), 73-99.

Lemert, C. (1992). General Social Theory, Irony, Postmodernism. En S. Seidman y D. Wagner (eds.), *Postmodernism and Social Theory*. Oxford: Blackwell.

— (1995). *Sociology after the Crisis*. Nueva York: Routledge.

Levine, D. (1997). Social Theory as a Vocation: Engaging with Future Challenges. *Perspectives: The ASA Theory Section Newsletter*, 19(2), 1-8.

Luhmann, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos.

Martuccelli, D. (2009). La teoría social y la renovación de las preguntas sociológicas. *Papeles del CEIC*, 2(51), 1-31.

Marx, K. (2014). *El capital. Crítica de la economía política (Vol. I)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mears, A. (2017). Puzzling in Sociology: On Doing and Undoing Theoretical Puzzles. *Sociological Theory*, 35(2), 138-146.

Merton, R. K. (1992). *Teoría y estructura sociales* [1949]. México: Fondo de Cultura Económica.

Mills, C. W. (2012). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Misak, C. (2010). The Pragmatic Maxim: How to Get Leverage on a Concept. *The Harvard Review of Philosophy*, 17, 76-87.
Mouzelis, N. (1995). *Sociological Theory: What Went Wrong? Diagnoses and Remedies*. Nueva York: Routledge.
Nisbet, R. (1962). Sociology as an Art Form. *Pacific Sociological Association*, 5(2), 67-74.
Olshewsky, T. (1983). Peirce's Pragmatic Maxim. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 19(2), 199-210.
Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social. Tomos I y II* [1937]. Madrid: Guadarrama.
Peirce, C. S. (1878). How to Make Our Ideas Clear. *Popular Science Monthly*, 12, enero, 286-302.
— (1978). *Lecciones sobre el pragmatismo* [1903]. Buenos Aires: Aguilar.
Peirce, C. S. (1992). Training in Reasoning [1898]. En *Reasoning and the Logic of Things* (pp. 182-196). Cambridge: Harvard University Press.
Pignuoli Ocampo, S. (2017a). La comunicación como unidad de análisis en Luhmann y Habermas. *Convergencia*, 24(73), 61-86.
— (2017b). La perspectiva del programa de investigación multinivelado como metodología de teoría sistemática. *Revista Mexicana de Sociología*, 79(2), 401-430.
Requena Santos, F. (2000). Hacia una perspectiva reticular de la teoría sociológica. *Papers*, (65), 133-145.
Ritzer, G. (1988). Sociological Metatheory: a Defense of a Subfield by a Delineation of its Parameters. *Sociological Theory*, 6(2), 187-200.
— (1990). Metatheorizing in Sociology. *Sociological Forum*, 5(1), 3-15.
— (1997). *Teoria sociológica contemporánea*. México: McGraw-Hill.
Rochberg-Halton, E. (1983). The Real Nature of Pragmatism and Chicago Sociology. *Simbolic Interaction*, 6(1), 139-153.
Sasín, M. (2012). La comunidad de la diferencia. Reverberaciones de la sociología de la comunidad en Niklas Luhmann. En P. de Marinis (ed.), *Comunidad. Estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
Schaffhauser, P. (2014). El pragmatismo en la sociología: ¿hacia un nuevo giro epistemológico? *Intersticios Sociales*, 7, marzo-agosto, 1-33.
Schuster, F. G. (1992). *El método en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

— (1995). Consecuencias metodológicas del contexto de aplicación. *Redes*, 2(4), 79-95.

Seidman, S. (1994a). El fin de la teoría sociológica (traducción de Carlos Muñoz). En S. Seidman (ed.), *The Postmodern Turn. New Perspectives on Social Theory* (pp. 119-139). Cambridge: Cambridge University Press.

— (1994b). *The Postmodern Turn. New Perspectives on Social Theory* (S. Seidman, ed.). Cambridge: Cambridge University Press.

Sennett, R. (2009). *El Artesano*. Barcelona: Anagrama.

Shapiro, G. (1973). Habit and Meaning in Peirce's Pragmatism. *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, 9(1), 24-40.

Skinner, Q. (1985). *The Return of Grand Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Staat, W. (1993). On Abduction, Deduction, Induction and the Categories. *Transactions of the Charles S. Peirce Society,* 29(2), 225-237.

Swedberg, R. (2012). Theorizing In Sociology and Social Science: Turning to the Context of Discovery. *Theory and Society*, 41, 1-40.

— (2014a). From Theory to Theorizing. En *Theorizing in Social Science. The Context of Discovery* (pp. 1-28). Stanford, California: Stanford University Press.

— (2014b). How to theorize according to Charles S. Peirce. En *The Art of Social Theory* (pp. 230-248). Nueva Jersey: Princeton University Press.

— (2014c). *The Art of Social Theory*. Nueva Jersey: Princeton University Press.

— (2017). Theorizing in Sociological Research: A New Perspective, a New Departure? *Annual Review of Sociology*, 43, 189-206.

Toledo-Nickels, U. (2008). El esquema metateórico de Ritzer desde la metodología de los programas de investigación. *Cinta de Moebio. Revista de epistemología de ciencias sociales*, 33, 204-218.

Weber, M. (2002). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2012). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Weick, K. E. (1995). What Theory is Not, Theorizing Is. *Administrative Science Quarterly*, 40(3), 385-390.

— (1999). That's Moving. Theories That Matter. *Journal of Management Inquiry*, 8(2), 134-142.

Williams, B. (1997). *La ética y los límites de la filosofía*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Zabludovsky, G. (1995). Metateoría y sociología: el debate contemporáneo. *Sociedad*, 7, octubre, 113-131.

Zavala Pelayo, E. (2011). Teorías, teorizaciones, tiempo y contextos: un esquema conceptual para analizar teorías sociológicas y lo que hay detrás. *Estudios Sociológicos*, XXIX(85), 33-59.

SOBRE LAS AUTORAS Y AUTORES

Fermín Álvarez Ruiz es Licenciado en Sociología (2012) y Magister en Investigación en Ciencias Sociales (2016) por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Como docente, es Ayudante de Primera de la asignatura "Historia del Conocimiento Sociológico I" en la Carrera de Sociología de la misma Facultad, y Profesor Adjunto a cargo de "Teoría Social I" y "Teoría Social II" en la carrera de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Lanús. Entre 2013 y 2018 fue becario doctoral de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Actualmente se encuentra concluyendo su tesis doctoral sobre el problema de la comunidad en la sociología de Aníbal Quijano.
Contacto: ferminalvarez@gmail.com

Daniel Alvaro es Licenciado en Sociología (2004) por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magister en Filosofía y Críticas Contemporáneas de la Cultura por la Université Paris 8 Vincennes - Saint-Denis (2006), Doctor en Ciencias Sociales por la UBA y Doctor en Filosofía también por la Université Paris 8 (2012). Es Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONI-

CET) y Director del "Grupo de estudios sobre problemas sociales y filosóficos", radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Fac. de Cs. Soc. de la UBA. Es docente de la materia "Teoría Estética y Teoría Política" en la carrera de Sociología de la UBA, donde también enseña a nivel de posgrado. Ha publicado artículos en obras colectivas y en revistas especializadas, y ha traducido obras de Jacques Derrida y Jean-Luc Nancy. Es coordinador y coautor de *Jean-Luc Nancy: arte, filosofía, política* (Buenos Aires, Prometeo, 2012) y autor de *El problema de la comunidad. Marx, Tönnies, Weber* (Buenos Aires, Prometeo, 2015). Sus publicaciones pueden consultarse en https://conicet-ar.academia.edu/DanielAlvaro
Contacto: danielalvaro@gmail.com

Alejandro Bialakowsky es Licenciado en Sociología (2006) y Doctor en Ciencias Sociales (2014) por la Facultad de Ciencias Sociales (FSOC) de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, FSOC, UBA. Es Profesor Adjunto Regular de la asignatura "Sociología Sistemática", Carrera de Sociología, FSOC, UBA. Realizó una estancia postdoctoral en el Max Weber Kolleg, Universidad de Erfurt, Alemania. Ha dictado cursos de grado y postgrado en diversas universidades. Sus temas de investigación y docencia son la teoría sociológica y social clásica y contemporánea.
Contacto: alejbialakowsk@gmail.com.

Ana Blanco es Licenciada en Sociología (2009) y Doctora en Ciencias Sociales (2016) por la Universidad de Buenos Aires. Ha sido becaria doctoral y posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Actualmente se desempeña como docente de grado en las carreras de Sociología y Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sus temas de investigación se vinculan al campo de la teoría social clásica y contemporánea, y sus publicaciones pueden consultarse en: https://uba.academia.edu/AnaBlanco
Contacto: blancoanabelen24@gmail.com

Pablo de Marinis es Licenciado en Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1991) y Dr. Phil. (Institut für Soziologie, Universität Hamburg, Rep. Federal de Alemania, 1997). Desde 2006 es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Con sede en el Instituto de Investi-

gaciones Gino Germani (Fac. de Cs. Soc., UBA) coordina el "Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Social" (GEPyC/TS), integrado, entre otras personas, por los autores y autoras de los capítulos de este libro. Ha dirigido numerosos proyectos UBACyT, CONICET y ANPCyT. Desde 2012 es Profesor Regular Asociado (a cargo) de la cátedra de "Sociología Sistemática" en la Carrera de Sociología de la Fac. de Cs. Soc. de la UBA. Ha dictado asimismo numerosos seminarios de posgrado en diversas universidades nacionales y extranjeras. Sus temas de investigación se centran en la teoría social clásica y contemporánea, la sociología latinoamericana y la metodología de la investigación teórica. Sus publicaciones, preponderantemente sobre esos temas, pueden consultarse en https://uba.academia.edu/PablodeMarinis
Contacto: pablodemarinis@gmail.com

Eugenia Fraga es Licenciada en Sociología (2013), Magíster en Investigación en Ciencias Sociales (2017) y Doctora en Ciencias Sociales (2018) por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es Docente en la materia "Sociología Sistemática" de la Carrera de Sociología de la misma Facultad desde 2014. Fue Becaria Estímulo (2013-2014) y Becaria Doctoral (2014-2019) UBACYT. Actualmente es Becaria Postdoctoral del CONICET (2019-2021). Ha participado en proyectos UBACYT, ANPCYT y CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) desde 2011. Sus áreas de investigación han sido: las sociologías del cuerpo, la identidad y la comunidad, las teorías poscoloniales y decoloniales, la epistemología de la teorización sistemática, el análisis del discurso y la historia conceptual, la sociología de los intelectuales, y diversas variantes de la teoría crítica clásica y contemporánea. Sus publicaciones pueden consultarse en: https://uba.academia.edu/EugeniaFraga.
Contacto: euge.fraga@hotmail.com

Ana Grondona es Licenciada en Sociología (2004) y Doctora en Ciencias Sociales (2011) por la Universidad de Buenos Aires. Trabaja como docente en las Facultades de Psicología y en la de Ciencias Sociales de la misma universidad. Actualmente es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y desarrolla sus tareas en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es autora de *Saber de la pobreza. Discursos expertos y subclases en la Argentina 1956-2006* (Ediciones del CCC, 2014) y de *Germani y América Latina. Transición, paradojas, sustituciones y heterogeneidades* (UNGS, 2017). También coordinó la compilación *Buen Vivir*

y estilos de desarrollo (Ediciones del CCC, 2016). Desde 2002 integra el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
Contacto: antrondona@hotmail.com

Victoria Haidar es abogada (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral, 2000), magíster en sociología y política (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2007) y doctora en ciencias sociales (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2011). Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y se desempeña como docente de sociología en las carreras de Abogacía y Ciencia Política de la UNL. Sus temas de investigación se inscriben en el ámbito de la sociología histórica de las problematizaciones y la sociología política. Es autora del libro *Trabajadores en riesgo. Una sociología histórica de la biopolítica del trabajo asalariado en la Argentina* (Buenos Aires, Prometeo, 2008). Ha publicado artículos en revistas de ciencias sociales con impacto nacional y regional.
Contacto: vhaidar@fcjs.unl.edu.ar

Mariano Sasín es Licenciado en Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2002). Es Profesor Titular de "Teoría Sociológica Clásica" en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, docente regular de "Sociología Sistemática", en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y docente de "Sociología" en el Ciclo Básico Común de la misma universidad. Desde 2006 integra el "Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Social" (GEPyC/TS), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Su tema de investigación es la teoría sociológica clásica y contemporánea y tiene diversas publicaciones nacionales e internacionales al respecto. Actualmente se encuentra en curso su tesis de maestría en la que aborda la posibilidad de desarrollar una metodología para la investigación teórica a partir de la obra de Niklas Luhmann. Sus publicaciones pueden consultarse en: https://uba.academia.edu/MarianoGustavoSas%C3%ADn
Contacto: marianosasin@gmail.com

Emiliano Torterola es Licenciado en Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2002), Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, 2007) y Doctor en Ciencias Sociales (Fac. de Cs. Soc., UBA, 2017). Desde 2017, es investigador del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Desde 2015 es profesor ayudante de la cátedra de "Sociología Siste-

mática" en la Carrera de Sociología (FSOC-UBA). Es autor del libro *Individuo y profesión. El proceso de especialización en las teorías de la modernidad de Max Weber y Georg Simmel* (Prometeo, 2009) y de numerosos artículos sobre teoría sociológica y sociología de la cultura, publicados en revistas científicas internacionales y nacionales. Sus publicaciones pueden consultarse en https://uba.academia.edu/EmilianoTorterola
Contacto: emiliano.torterola@gmail.com

Juan Ignacio Trovero es Licenciado en Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2013) y doctorando en Ciencias Sociales por la misma institución. Es becario doctoral (UBACyT) con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (2015-actualidad). Su tesis, en estado avanzado de escritura, se centra en los aspectos teóricos, metodológicos y epistemológicos de la obra del sociólogo ítalo-argentino Gino Germani, bajo la dirección de Pablo de Marinis y Ana Grondona. Es docente en la asignatura "Sociología Weberiana" de la Carrera de Sociología (FSOC-UBA), a cargo de Eduardo Weisz. Es miembro del "Grupo de Estudios sobre el Pensamiento de Max Weber" (FSOC-UBA) desde 2012. Desde entonces, sus temas de investigación se han relacionado principalmente con la teoría sociológica clásica y contemporánea, la epistemología de las ciencias sociales y sus vínculos con la sociología latinoamericana. Algunas de sus publicaciones pueden consultarse en: http://uba.academia.edu/JuaniTrovero.
Contacto: juanitrovero@gmail.com

Todos los capítulos de este libro están atados por el hilván de la curiosa exploración, la intensa búsqueda y, quizá también (¿por qué negarlo?), el creativo divertimento en (y con) teorías sociológicas/sociales. Sin pretensiones canónicas y normalizadoras de "La Teoría" (en mayúsculas y en singular), ofrecemos un muestrario de muy diversos usos de teorías, puestas "en movimiento". Además del más obvio fin de exhibirse, todos estos textos persiguen siempre algún otro fin adicional: difundir planteamientos poco conocidos en nuestro medio; utilizar con otros fines enfoques ya probados; reflexionar acerca de la condicionalidad geopolítica y cultural de las teorías; desestabilizar las maneras de comprender las relaciones entre textos sociológicos y contextos socioculturales.

Se ofrecen aquí variadas inspiraciones para la imaginación teórica de públicos sociológicos y de otras disciplinas sociales y humanas. Siempre se publican libros imaginando un lector o una lectora promedio. En nuestro caso, nos representamos gente inquieta, no complaciente, que experimenta una perenne incomodidad con los métodos que utiliza para investigar, y que, por eso, está siempre a la pesca de nuevos estímulos para un pariente muy cercano de la ya mencionada imaginación teórica: la imaginación metodológica.

COLECCIÓN IIGG – CLACSO





CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

ISBN 978-950-29-1819-8

